
Natalia Román
Esclava de tu venganza
Los Mendoza I
NR


Esclava de tu
venganza
Los Mendoza I

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: Esclava de tu venganza. Los Mendoza I.


Diseño de portada: Adyma Desing.
Maquetación: Adyma Desing.
Esta novela fue registrada en el Registro de la Propiedad Intelectual de Valencia con el número de registro 09/2013/1975.
ASIN: B07L3BF66M.
Esta novela fue autopublicada en Amazon en diciembre de 2018.

.

Esta historia es pura ficción, producto de mi imaginación, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Ni los personajes ni los lugares ni las guerras… nada es real ni tiene que ver con lo que pudo pasar en otra época. Por eso espero sepan perdonar si me he tomado alguna licencia ya que si lo he hecho solo ha sido porque tanto la historia como los personajes me lo pedían. Ahora espero que disfruten de la novela. Gracias.

*Le dedico esta novela a mi madre,*
*esa mujer que todas las*
*personas*
*necesitamos a nuestro*
*lado desde el minuto cero de nuestra vida.*

*¡¡Te quiero, mami!!*



# I

# Los Valles de Salazar
# Nube Blanca
# (Año 1829)

Nube Blanca, así se llamaba la plantación de algodón de los Salazar. Era una de las más grandes y prósperas de la comarca. Tenía ese nombre porque cuando el algodón estaba en flor parecía un campo de nubes blancas entre un cielo rojo, pues su tierra colorada hacía resaltar el algodón formando un precioso paisaje. Sus más de trescientas hectáreas en las que solo se cultivaba algodón eran inmensas, tanto, que parecían no tener fin.

Cientos de esclavos trabajaban las tierras todos los días, de sol a sol, bajo el látigo explotador de sus amos. Sin embargo, la vida era muy distinta para los amos y señores que vivían en mansiones lujosas y majestuosas como Nube Blanca, que era grandiosa e impresionante.

La entrada a la finca era muy extensa, flanqueada por una hilera de grandes pinos a cada lado del camino. Una vez terminabas de recorrer el camino llegabas a una enorme explanada, justo en el porche de la entrada. En el centro, un gran círculo con piedra rústica formaba un macetero gigantesco, repleto de hermosas rosas de todos los colores, proporcionando un precioso colorido, y a su vez un agradable aroma daba la bienvenida a sus invitados a la entrada de la casa.

Por dentro era tan impresionante como por fuera y el recibidor era grandioso. Tenía una impresionante escalera de mármol blanco en el centro que dividía la parte de arriba en dos. Dos lámparas majestuosas colgaban del techo llenas de cristales y velas. Había decenas de habitaciones y varios cuartos de baño.

En la planta de abajo había un gran salón comedor con muebles rústicos: varios sofás, una mesa muy larga rodeada de sillas y una gran chimenea para calentarse en invierno, aunque en todas las estancias había una chimenea puesto que era el único medio que existía para calentar las casas en esa época. Del techo colgaban también dos grandes lámparas con velas, que los esclavos encendían y apagaban todos los días cuando sus amos se iban a dormir.

También había un gran despacho donde los hombres se reunían para hablar, tomar unas copas y fumar un buen puro cada vez que

había alguna reunión. La salita era el retiro de las mujeres para charlar, coser y bordar lejos de las miradas de sus maridos.

Al final de la casa, en la parte de atrás, se hallaba el salón de baile y por él se podía salir al jardín a través de una gran puerta con cristales tallados. Esta era la sala más espaciosa de la mansión y en ella, siempre que había una fiesta, montaban unas mesas enormes, y los esclavos servían comida y bebida a todos los invitados. Ese era el único momento en que la casa se llenaba de gente, de todos los amigos y conocidos de la familia Salazar.

En el pasado la familia Salazar fue muy numerosa y la casa siempre bullía de actividad, pero en la actualidad, solo vivían en ella Álvaro Salazar y su hija Mónica.

Los Salazar fueron la primera familia en habitar esa comarca y los fundadores de ese pueblo. Por eso llamaron a esas tierras «Los Valles de Salazar», pues lo único que había cuando llegaron eran unos valles extensos y preciosos cerca de un río delimitado por unas enormes montañas.

Detrás de la casa unos jardines muy bonitos llenos de flores, árboles y setos separaban la mansión de las caballerizas, donde el señor Salazar podía presumir de tener los mejores caballos de la comarca.

Aparte del algodón se dedicaba a la cría de caballos y tenía los mejores sementales. La gente pagaba mucho dinero para montar sus yeguas con los sementales Salazar pues, como solían decir, con los caballos Salazar podían asegurarse un buen potrillo.

Después de los jardines y las caballerizas estaba la plantación de algodón, y a continuación el río. Un pequeño río que atravesaba toda la finca Salazar convirtiéndola así en una de las más envidiables de la comarca.

Una vez atravesabas el río comenzaban las chabolas de los esclavos. Estaban llenas de mugre y pobreza, lo más lejos posible de la mirada de sus amos, que preferían ignorar en qué situación se hallaban. Compraban a esos pobres negros por una miseria y los explotaban hasta el día de su muerte, cuando por fin podían descansar en paz.

Los únicos que cobraban un sueldo eran el capataz y sus hombres. Para lograr que los esclavos cumplieran con sus obligaciones les hacían trabajar sin descanso a base de latigazos, castigos y abusos diarios a cambio de un plato de comida al día, sin tener derecho a protestar ni a pensar por sí mismos.

Álvaro Salazar era un hombre bueno y generoso. No le gustaba que los castigos a sus esclavos fueran excesivos e intentaba evitar

que el capataz y sus hombres abusaran de su poder. Pero eso era algo inevitable puesto que el amo daba las órdenes, pero pocas veces se ejecutaban al pie de la letra, ya que el trato directo con los esclavos era cosa del capataz y siempre acababa haciendo lo que le venía en gana con ellos sin que pudieran quejarse por miedo a los castigos que eso les ocasionaría después.

El señor Salazar amaba mucho a su esposa y cuando ella murió dando a luz a su segundo hijo, que nació muerto, se quedó tan triste y tan solo que volcó en su hija todo su amor y toda su atención. Nunca volvió a casarse y se dedicó a los negocios y a su hija por completo, y ese fue su gran error.

Su hija era la niña más consentida y caprichosa del mundo. No había cosa que ella quisiera y no consiguiera, y eso le causaba muchos quebraderos de cabeza al señor Salazar. Ella sabía camelar a su padre, tanto era así que siempre conseguía todo lo que quería de él. Incluso la cosa más disparatada e imposible que se pudiera imaginar.

—¡Mónica, hija! —gritó su padre irritado—. ¡No puedes casarte con ese hombre! ¡Eso es imposible! ¡No lo permitiré!

—¡¿Por qué no?! ¡Es el hombre al que amo y quiero casarme con él! —chilló ella para hacerse oír—. Tú siempre me has prometido que podría elegir al hombre con el que quisiera casarme, que nunca me obligarías a hacerlo con alguien a quien no amara —dijo esta vez con pesar para ablandar a su padre y hacerle sentir mal—. Entonces, ¿por qué me haces esto? ¿Por qué quieres destrozarme la vida?

—¿Es que no te das cuenta de que ese hombre solo busca tu dinero y tu posición social? ¡Tú no le importas!

—Ahora lo entiendo. ¿Es solo por eso? ¿Porque es tu capataz? Creí que todo lo que siempre defendías, aquello que siempre decías de que todos deberíamos ser iguales era cierto. Como cuando decías que si por ti fuera nunca hubiera existido la esclavitud, también pensaba que lo decías de verdad. Pero ya veo que nunca fue cierto, que eres como todos los demás y que solo te importa el qué dirán. Por eso prefieres que yo sea una desgraciada el resto de mi vida, porque eso es lo que seré si no dejas que me case con él.

—Por favor, hija, no seas injusta, sabes que no es eso. Conozco a Ernesto muy bien y sé que no es un buen hombre, disfruta maltratando a los esclavos. Y por más que se lo he prohibido, sé que lo hace a mis espaldas.

—¿Y por qué no lo echas? Porque sabes que, sin él, los esclavos no harían nada. Tú eres demasiado blando y contigo esos negros

holgazanearían todo el día en vez de trabajar. Él hace que ellos rindan, y gracias a él la plantación sale adelante. Solo hace su trabajo por el cual le pagas, y que yo sepa lo hace muy bien. Para eso están los negros, para trabajar, y si no hay castigos, no trabajan lo suficiente. Eso lo sabe todo el mundo.

—¡Ya basta! No vas a casarte con él. Es mi última palabra.

—¡Entonces no lo haré con nadie! —gritó desesperada, para después soltar la bomba que haría perder a su padre la batalla—. Nadie va a querer casarse conmigo, ¡estoy embarazada! —Mónica se echó en el sofá llorando sin consuelo.

Su padre, que la adoraba, no podía verla así, así que cada vez que cogía un berrinche como ese, él no podía negarle nada.

—Vamos, mi niña, no llores. Sabes que no puedo verte así. No puedo creer que Ernesto se haya aprovechado de ti de esa manera. Tendré que matarlo para limpiar tu honor.

Se sentó a su lado y la abrazó. Pero la cólera le quemaba por dentro de pensar que ese malnacido hubiera abusado de su niña, que la hubiera enamorado y dejado embarazada solo para conseguir sus propósitos y así ser alguien en la vida para dejar de ser a su costa el muerto de hambre que era, pues nadie sabía quién era ni de dónde venía.

—No… no puedes matarlo…

—Tengo todo el derecho. Se atrevió a tocarte y voy a matarlo.

Era lo único que podía hacer para que el nombre de su hija no fuera de boca en boca. Si lo mataba por haberla mancillado, aún podía tener la posibilidad de casarla con un hombre decente. No era exactamente lo que él hubiera querido, por supuesto, pero cabría la posibilidad de casarla con un viudo que no le importara su desliz y que cargara con el hijo de otro por una muy buena dote, cómo no.

—Si haces eso nunca voy a perdonártelo… y yo —dijo sin poder dejar de sollozar con la voz entrecortada—, tampoco querré seguir viviendo sin él. A-así que será como si me mataras a mí también.

Conocía muy bien a su padre y sabía cómo hablarle para ablandarle, para que así hiciera todo lo que ella quisiera.

—No puedes pensar en eso, hija. Ese hombre no te merece y te hará infeliz.

—Eso es cosa mía. Si no dejas que me case con Ernesto, te juro que me marcharé con él y no volverás a verme nunca más.

La sola idea de no volver a verla le mataba de angustia y, conociéndola como la conocía, sabía que era capaz de cualquier cosa para salirse con la suya, pero él jamás consentiría que se fuera con ese hombre para que hiciera con ella lo que le diera la gana. Y

no consentiría nunca que la hiciera una desgraciada.

Así que prefería tragarse su orgullo y aceptar ese matrimonio para que estuvieran cerca de él, asegurándose así que ella siempre estuviera bien y que ese malnacido nunca le hiciera daño. Porque entonces sí lo mataría. Por más que ella se lo implorara, nunca consentiría que ese hombre abusara o humillara a su hija, por muchos derechos que tuviera sobre ella una vez se convirtiera en su esposo.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres? —preguntó sabiendo que tenía la batalla perdida—. Piensa que una vez que se convierta en tu esposo tendrá poder sobre ti, se convertirá en tu dueño y ni siquiera yo podré mandar sobre ti una vez te cases con él.

Quería asustarla, que se echara atrás con su decisión, pero no decía ninguna mentira porque en esa época una vez las mujeres se casaban pertenecían a sus maridos. Ellos decidían por ellas, mandaban sobre ellas, y ellas no tenían ningún derecho a protestar, solo a obedecer sus caprichos. Pero el señor Salazar jamás dejaría que un simple capataz muerto de hambre se convirtiera en el dueño de su hija. No, mientras él viviera.

—Sí. Es lo que quiero. Sé que te cuesta creerlo, pero él me ama. Es tierno y cariñoso conmigo, y me hace inmensamente feliz. No sé cómo es con los esclavos y no me importa, solo sé que cuando está conmigo es el hombre más maravilloso del mundo y no quiero casarme con nadie si no es con él. —Su padre la miró con mucha tristeza y ella, dándole un abrazo, añadió—: No me mires así. Sabes que tú siempre serás el hombre más importante de mi vida y no quiero que estés celoso nunca, porque nunca voy a dejar de quererte. —Le dio muchos besos y le hizo sonreír.

—Hablaré con él y después tomaré una decisión. No te prometo nada.

Mónica dio un grito de felicidad y lo besó como cuando era una niña, muchas veces y por toda la cara. Eso era exactamente lo que hacía siempre que por fin conseguía lo que quería de su padre, como acababa de hacer en ese mismo instante, y salió corriendo mientras gritaba:

—¡Voy a buscarle! Seguro que no te vas a arrepentir. ¡Te quiero, papá!

Se fue hacia las caballerizas en busca de Ernesto. Cuando lo vio se le echó en los brazos y lo besó, él la abrazó con fuerza y le devolvió el beso sin importarle que todos estuvieran mirándolos.

—¡Por fin! Por fin mi padre ha entrado en razón y consiente que

nos casemos. Quiere hablar contigo.

—¿Estás segura de que no me pegará un tiro en cuanto me vea entrar por la puerta?

—No seas bobo. —Sonrió—. Eso sí, intenta no enfadarte diga lo que diga. Seguro que intentará tirarte de la lengua para así tener una excusa y negarse a que nos casemos. Compórtate como un caballero. ¡Sorpréndele! —gritó felizmente al ver su sueño cumplido.

—Está bien, está bien. Sabes que soy capaz de cualquier cosa por ti —volvió a besarla y abrazarla—. Te quiero.

—Yo también te quiero.

***

Cuando Ernesto entró en el despacho Álvaro se encontraba tomando un coñac mientras miraba por la ventana. Intentaba controlar su cólera para así evitar mandar que matasen a ese hombre que había logrado conquistar a su hija con palabras de amor, que él estaba seguro eran todas falsas, y conseguir así robarle a su niña. Y eso no iba a perdonárselo nunca.

—Señor Salazar, su hija me ha dicho que quiere hablar conmigo.

—Pasa y cierra la puerta —habló con una frialdad como el hielo.

Álvaro se dio la vuelta y lo observó fijamente. En ese mismo instante entendió por qué su hija se había enamorado de él. Era un hombre alto, fuerte y muy atractivo, y aun siendo un peón que no tenía dónde caerse muerto, se le veía un hombre orgulloso, arrogante y seguro de sí mismo.

—Le puedo asegurar que entiendo su posición y comprendo que en estos momentos solo tenga ganas de matarme, señor, porque si yo estuviera en su lugar seguro que ya no estaría aquí, sino bajo tierra. Lo único que puedo decir en mi defensa es que amo a su hija por encima de todo y que por ella soy capaz de dejar mi vida en sus manos. Lo que usted decida hacer conmigo lo aceptaré sin rechistar. Cometí un error al poner mis ojos en ella, sé que nunca debí hacer eso y estoy dispuesto a pagar por ello. Ahora todo depende de usted y de lo que decida hacer conmigo.

—¡Vaya! Mi hija te ha aleccionado bien, porque no creo que esas palabras puedan salir de ti…

—Señor Salazar, yo…

—¡Cállate! Tienes razón, en este momento me gustaría matarte, pero sé que mi hija no me lo perdonaría nunca. No sé cómo has conseguido conquistarla, pero estoy seguro de que no eres ese

hombre dulce y maravilloso que le has hecho creer a ella. Te conozco bien. Sé que buscas nuestro dinero y nuestra posición. Pero está bien, si mi hija quiere casarse contigo no me voy a oponer, está esperando un hijo tuyo y después de eso ningún hombre va a querer casarse con ella. Después de haberse acostado con un muerto de hambre como tú ha perdido todas las oportunidades que tenía de aspirar a un matrimonio con un hombre decente y digno de ella, no como tú, que no le llegas ni a la suela del zapato.

—Siento que piense eso de mí, señor. Si me dejara demostrarle que…

—Nada de lo que digas o hagas va a hacer que cambie de opinión. Pero solo podrás casarte con ella si renuncias a todos tus derechos como esposo.

Ernesto lo miró muy serio y le preguntó con toda la humildad que logró fingir para no desbaratar sus planes:

—¿A qué se refiere?

—Podrás vivir en esta casa y ser uno más. Pero no tendrás derecho ni a la plantación ni a las tierras ni al dinero. Y, sobre todo, tratarás a mi hija como se merece. Porque si alguna vez veo que la tratas mal, que se te ocurre levantarle la voz siquiera, te juro que yo mismo te mataré con mis propias manos. Cuando hayas firmado con mi abogado todas esas condiciones, podrá realizarse la boda.

—Entiendo que no se fie de mí y firmaré lo que usted quiera. Voy a demostrarle que puede confiar en mí y que quiero a su hija por encima de todo.

—Eso espero por tu bien, ya que mi amenaza se cumplirá al pie de la letra.



# II

El día de la boda llegó. Invitaron a todos sus vecinos y conocidos, pero muchos no se presentaron pues no veían con buenos ojos eso de mezclar la alcurnia con la gentuza de los bajos fondos. La gente tenía la mentalidad muy anticuada, había cosas que no podían ser y esa era una de ellas. Pero aun así nada impidió que Mónica y Ernesto se casaran.

Todos acusaban a Álvaro de ser demasiado blando con su hija y de no imponerse para impedir esa boda. Él, sin embargo, se defendía diciendo que lo único que le importaba era la felicidad de su hija y que jamás la obligaría a casarse con alguien a quien ella no quisiera. Prefería que lo criticaran a él por benévolo que tener que admitir que se casaba simplemente porque estaba embarazada. De esa manera evitaba que su hija estuviera en boca de todos.

El matrimonio fue bastante bien, Mónica era muy feliz y Ernesto se desvivía por ella. Así que Álvaro tuvo que reconocer delante de su hija que se había equivocado.

Cuando Mónica dio a luz el parto tuvo muchas complicaciones y ella no pudo volver a tener más hijos.

La niña era preciosa y la alegría de la casa. Tanto su abuelo como sus padres estaban locos por ella, así que la mimaban y consentían sin reparos.

***

Cuando la pequeña tenía cuatro años su abuelo sufrió un accidente: al caer del caballo se rompió el cuello y murió en el acto. Para Mónica fue una gran pérdida y el principio de todas sus desgracias.

—Hola, Mónica. —El abogado le dio un beso en la mano a ella y después le ofreció la mano a su marido—. ¿Qué tal, Ernesto? Siento mucho vuestra pérdida. He venido para leer el testamento de tu padre. ¿Estáis preparados?

—¡Sí! —contestó Ernesto—. Pasemos al despacho.

Cuando empezó a leer el testamento, a Ernesto comenzó a cambiarle la cara como si le estuvieran dando la peor noticia de su vida, y en el fondo así era.

Su suegro había dejado todo a su nieta. La plantación, las tierras, el dinero, los caballos. Todo, absolutamente todo, le pertenecía a la niña. Su mujer y él solo podrían administrar los bienes, pero siempre con la aprobación de su abogado, hasta que la niña cumpliera los veintiún años y fuera mayor de edad. Eso hizo que Ernesto perdiera los papeles ya que siempre creyó que una vez su suegro no estuviera, él sería el dueño y señor de todo, y así podría manejar y llevar todo a su antojo. Pero la sorpresa fue muy grande y muy decepcionante para él.

Ahora estaba atado de pies y manos porque tendría que pedir la aprobación del abogado de Álvaro cada vez que quisiera hacer o deshacer cualquier cosa, y estaba completamente seguro de que su suegro le habría dejado instrucciones para que no pudiera tener demasiado poder sobre nada. Con ese testamento no podría ni siquiera vender un caballo hasta que su hija fuera mayor de edad, y para eso tendría que esperar diecisiete años, o que al abogado le pareciera conveniente cualquier decisión que él tomara.

Era la cosa más absurda que podía ocurrirle. Estaba casado con una mujer rica y poderosa, pero, aun así, seguía sintiéndose el capataz de la casa ya que podía mandar, pero no tenía derechos.

Cuando el abogado se marchó, él seguía en el despacho tomándose un coñac, intentando calmar su ira. Al momento, Mónica regresó de acompañar al abogado hasta la puerta, se acercó a él y se abrazó a su cintura.

—¡Vaya con mi padre! No sé en qué estaría pensando. A lo mejor creyó que íbamos a vender las tierras y la plantación y nos fugaríamos a otro país —bromeó. Él se apartó de ella con mucha brusquedad—. ¿Qué te pasa? ¿Estás enfadado? —Podía sentir su furia por lo apretados que tenía los puños y la mandíbula.

—¡¿Cómo quieres que me sienta si tu padre hasta después de muerto tiene que controlar nuestras vidas?! —gritó como un energúmeno.

—No te enfades —intentó calmarle—. Ahora eres el dueño de todo, ¿qué importa lo que diga ese testamento? Para mí tú eres el único dueño.

—¡Importa y mucho! ¿Es que no te das cuenta de que ahora voy a tener que rendirle cuentas a una niña de cuatro años y al abogado de tu padre? Al que seguramente tu padre le habrá dado órdenes estrictas para que no me deje tomar ninguna decisión. Para él siempre fui y siempre seré un muerto de hambre. ¡Siempre seré un peón en esta casa! —siguió gritando como un loco—. ¡No sé para qué me case contigo, no me ha servido de nada!

Mónica se quedó atónita. Era la primera vez que discutían y que lo veía así de furioso.

—Por favor, tranquilízate y recapacita. No es para tanto.

—¡¡Déjame!! Tengo que irme.

Mónica se quedó sola y llorando en el despacho. Cuando se le pasó el disgusto se dijo a sí misma que él acabaría recapacitando, que volvería más calmado después de pensar y tranquilizarse, le pediría perdón, harían las paces y todo volvería a ser como antes. Pero nunca llegó a imaginar lo equivocada que estaba, porque eso nunca ocurrió. Después de la lectura del testamento su marido dejó de ser esa persona ejemplar que fingió ser durante todo el tiempo que estuvieron casados. Se quitó la máscara y se convirtió en el hombre que le había dicho su padre que era: un hombre cruel y despiadado.

Dejó de interesarse por ella y se enredaba con las esclavas jóvenes, abusando de su poder y ejerciendo el derecho de pernada, o con cualquier mujer que se le pusiera a tiro, ya fuera de alto abolengo o mujerzuelas de los bajos fondos.

Mónica se iba marchitando poco a poco como una flor al darse cuenta de que su padre siempre tuvo razón y de que su marido nunca la quiso, que lo único que siempre buscó fue el dinero y la posición. Y la certeza la obtuvo al morir su padre, cuando Ernesto se fue después de la lectura del testamento tan enfadado y no regresó en tres días. Cuando lo hizo solo fue para ignorarla y no volver a tocarla, como un castigo por no poder conseguir lo que siempre quiso al casarse con ella.

Dormían en habitaciones separadas por órdenes de Ernesto, que nunca más quiso volver a compartir su cama. Se convirtieron en extraños en la misma casa y Mónica fue perdiendo lentamente las ganas de vivir: casi no comía, se pasaba los días encerrada en su habitación y ni siquiera quería ver a la niña.

***

Una noche, después de casi un año de abandono por parte de su esposo y siendo la fecha de su aniversario —el cual Ernesto ni siquiera había recordado o no quería recordar—, Mónica se levantó de la cama y fue a su habitación. Estaba harta de sus andanzas, de ser la comidilla de todo el mundo y se enfrentó a él.

—¿Dónde vas esta noche? ¿A cuál de tus fulanas vas a ver? ¿O con qué esclava vas a revolcarte esta noche? Estoy segura de que la mitad de esos negros bastardos que nacen aquí son tuyos.

—No creo que eso te importe —le habló con mucha prepotencia —. Y ahora déjame solo, tengo prisa y no tengo ganas de oír tus reproches. —Estaba vistiéndose para salir.

—¡Estoy harta de ti! ¡Mi padre tenía razón! Nunca me has querido, ¿verdad? Solo te interesaba mi dinero y la posición que podía ofrecerte. Ni si quiera te importa tu hija.

—Mi hija es lo único bueno que he sacado casándome contigo porque ni siquiera has servido para darme un hijo varón por el cual pudiera sentirme orgulloso. ¡Y sí!, tienes razón, lo único que me interesaba de ti era tu dinero, pero tampoco lo he podido conseguir. ¿Estás satisfecha sabiendo la verdad ahora? —preguntó cogiéndola del mentón—. A ver si así dejas de echármelo en cara una y otra vez. ¡Ah! ¿Quieres saber también por qué busco otras mujeres? Porque eres tan recatada y tan sosa en la cama que me aburres, como todas las mujeres de tu clase, así que me divierto más con cualquier esclava que contigo. Y ahora, si me disculpas, tengo prisa. —La soltó de un empujón dejándola caer al suelo—. Buenas noches, querida. No me esperes despierta. —Sonrió con sarcasmo mientras salía de la habitación, dejándola sola y tirada en el suelo.

Cuando Mónica se fue a su habitación se echó en la cama sin poder dejar de llorar. Su pena y su decepción eran tan grandes que se hundió en una profunda depresión sin poder levantarse de la cama.



# III

Los días iban pasando y ella no reaccionaba, no se movía de la cama y casi no comía. Quería morir y no le importaba nada.

—Amo. La señora Mónica lleva muchos días sin salir de la cama y apenas come.

—No tengo tiempo para las tonterías de mi mujer. Estoy muy ocupado, así que encárgate tú, Tula.

Cuando Tula subió a la habitación y la vio así se le partió el alma. Tula era la esclava que se había encargado de cuidar a Mónica desde que murió su madre. Le tenía mucho cariño y, aunque Mónica siempre fue muy altiva y orgullosa, también sentía mucho afecto por ella.

—Señora Mónica. Debe usted hacer un esfuerzo y comer un poco para poder levantarse de la cama. Si su padre levantara la cabeza y la viera así.

—¡Odio a mi padre! Él y su estúpido testamento han hecho que pierda a mi marido.

—No diga eso, señora.

—¿Y mi marido dónde está?

—Acaba de marcharse.

—No me mientas, Tula, porque si no ordenaré que te aten al palo y te azoten. No he oído su caballo, aún no se ha ido.

—Lo siento, señora. Hablé con él, pero no quiere subir a verla.

—¡Le odio! —gritó furiosa lanzándole el almohadón a Tula—. ¡Y te odio a ti por no obligarle a venir!

A Mónica de repente la invadió una tristeza tan grande que no pudo evitar echarse a llorar.

—Por favor, señora, no puede seguir así, se va a morir de pena. —Tula se sentó a su lado para abrazarla—. Piense en su hija.

—Vete… —ordenó alejándose de la esclava—. Quiero estar sola. Y no quiero que nadie me moleste en toda la tarde, me duele la cabeza y solo quiero descansar.

***

Cuando llegó Ernesto para cenar cogió a su hija en brazos comiéndosela a besos y se sentó con ella en la mesa.

—Papá, ¿por qué mamá ya no cena con nosotros? —le preguntó la niña.

—Porque está enferma y no puede bajar. Pero yo estoy aquí y me muero de hambre, así que vamos a cenar.

—Sí. Yo también tengo mucha hambre.

Aún no habían terminado de cenar cuando se escuchó un grito aterrador en el piso de arriba.

—No quiero que te muevas de aquí —ordenó Ernesto a su hija.

Subió las escaleras corriendo y, cuando entró en la habitación de su mujer, vio a Tula llorando desesperadamente intentando coger a Mónica en brazos. Toda la cama estaba llena de sangre y ella no se movía por más que Tula la zarandeara. Aún tenía el abrecartas con el que se había cortado las venas en la mano todo ensangrentado.

—¡Señor, está muerta! —gritó Tula—. Me dijo que no quería que la molestaran, pero nunca creí que… —No pudo seguir hablando, el llanto no la dejaba.

Ernesto se había quedado petrificado en el umbral de la puerta y no pudo reaccionar hasta que escuchó de repente a su hija detrás de él. Solo en ese momento consiguió apartar la vista del cuerpo inerte de su mujer y volver en sí.

—¿Qué pasa, papá? ¿Por qué llora Tula? ¿Le pasa algo a mamá?

Ernesto se volvió, cogió a su hija en brazos y bajó con ella las escaleras. No podía permitir que la niña viera a su madre en ese estado, así que con toda la calma que fue capaz de hallar en esos momentos, dijo besándole la frente:

—No, cariño, todo está bien.

***

Después del entierro de su mujer todo el mundo hablaba de lo mismo, todos le echaban la culpa a Ernesto, y en el fondo tenían razón. Ella lo había querido tanto que no pudo soportar su abandono y su desprecio, y prefirió dejar de vivir.

Desde ese mismo instante él tuvo que cambiar para demostrarles a todos que podía llegar a ser un caballero digno de la posición que ocupaba y que sacaría adelante todo lo que su suegro había dejado en sus manos. Porque, aunque no fuera su legítimo dueño, debía darle a su hija un futuro digno del apellido Salazar.

Tanto empeño puso que consiguió que todos lo respetaran. Sin tener ningún derecho a él, se apropió y adoptó el apellido de la familia de su mujer. Nadie sabía de dónde había salido ni cuál era su verdadero apellido, así que con el paso del tiempo todos

acabaron llamándole Ernesto Salazar. A él le gustaba que le llamaran así, sobre todo porque odiaba sus orígenes bajos e inmundos.

Con el transcurrir de los años la gente olvidó todo ese incidente, la muerte de su esposa y quién era él, y pasó de ser un simple capataz a convertirse en un señor gracias a un matrimonio que nunca debió celebrarse. Pero acabó siendo un hombre respetable que adoraba a su hija y se desvivía por ella. Igual que Álvaro Salazar hizo con Mónica.



# IV

## Nube Blanca
## (Año 1839)

Mónica estaba sentada en la mesa esperando a que llegara su padre para cenar. Era una niña muy inquieta, así que levantándose de la mesa fue a la cocina a buscar a Tula.

—Tula, ¿dónde está mi padre?

—Está en las caballerizas, mi niña. Vuelva a la mesa y espérele allí, no creo que tarde mucho.

Pero ella, sin hacer caso, decidió ir a buscarle. Según se iba acercando le llegaron los gritos desesperados de una persona. Era el grito más desgarrador que ella había oído jamás. Y también escuchaba a su padre gritar como si estuviera discutiendo con alguien.

—¡Nunca debiste entrar en mis tierras, y menos aún para intentar matarme!

—¡Y no voy a dejar de hacerlo hasta que lo consiga! ¡Hasta que no lo vea muerto y pague por todo lo que ha hecho, no voy a descansar! —vociferó también ese muchacho por la ira que lo consumía y el dolor que lo enloquecía.

Él no era un esclavo, era blanco. Pero también estaba atado al

palo donde azotaban a los negros con toda la espalda destrozada, pues su piel estaba hecha girones, desgarrada por tantos latigazos, y la cara ensangrentada.

—¡Será mejor que me mates! ¡Porque no descansaré hasta que consiga que te arrepientas cada minuto de tu vida por lo que le hiciste a mi hermana!

—Solo he ejercido mis derechos como amo, y no creo que lo pasara tan mal.

—¡¡Ella no te pertenecía! ¡¡No era tu esclava y tú no eras su dueño!!

Ernesto se acercó al muchacho y, cogiéndole del pelo para levantarle la cabeza, lo miró a los ojos y le habló con mucha arrogancia.

—Ella trabajaba para mí, por lo tanto, me pertenecía. ¿Aún no sabes lo que es el derecho de pernada, muchacho? —Acto seguido, gritó a su capataz—. ¡Sigue azotándole, aún le quedan fuerzas para hablar!

Cuando el capataz retomó los azotes y el muchacho volvió a aullar por el dolor que le producía cada latigazo en su carne desgarrada, se escuchó una vocecita gritar detrás de ellos:

—¡Papá, por favor, haz que paren, haz que paren!

Mónica estaba detrás de su padre llorando sin poder dejar de mirar a ese muchacho todo ensangrentado, que gritaba de dolor y de rabia al mismo tiempo. Cuando su padre la vio corrió hacia ella, la cogió en brazos y le dijo con voz enternecedora, para intentar borrar de su mente la atrocidad que acababa de presenciar:

—¿Qué haces aquí? No deberías estar aquí, cariño. Este no es lugar para ti, no es algo que tú tengas que ver.

—Papá, por favor, suéltale. Me prometiste que no volverías a usar el palo, que no volverías a azotar a nadie más. —Lo miraba con tanta tristeza en los ojos llorando sin consuelo, y estaba tan asustada escuchando los gritos de ese muchacho que no podía evitar taparse los oídos para dejar de oír esos gritos desgarradores—. Me lo prometiste —le suplicó con voz temblorosa.

—¡Para! —ordenó al capataz inmediatamente—. Suéltalo y sácalo de mis tierras. —Mirando con desprecio al muchacho, le advirtió—: ¡Y tú! Tienes suerte de que no pueda negarle nada a mi hija. La próxima vez que vuelvas por aquí no tendrás tanta suerte y no seré tan benévolo. —Miró a su pequeña sonriendo como si nada hubiera pasado—. Anda, vamos a cenar, cariño. Me muero de hambre. —Ernesto se fue con su hija en brazos hasta la casa.

—¿Qué ha hecho, papá? —le preguntó la niña mientras

caminaban—. ¿Por qué le estaban azotando?

—Es mejor que no lo sepas, no son cosas de niñas. Solo es un sucio ladronzuelo que se merecía un escarmiento.

—¿Y Aní, papá? ¿Por qué no ha venido Aní hoy a darme clase?

—Aní no va a volver.

—¿Por qué?

—No lo sé, cariño, solo sé que no va a volver.

—Me gustaba Aní.

—A mí también. Pero te encontraré a alguien muchísimo mejor, ya lo verás. Vamos a cenar.

Cuando terminaron de cenar y después de acompañar a dormir a su hija, Ernesto llamó a su capataz.

—Quiero que a medianoche vayas a casa de ese muchacho y acabes con él. No quiero que corran rumores de lo que ha pasado con su hermana. Sería muy molesto que la gente empezara a hablar y más de un tema tan delicado, eso acabaría con mi reputación. Y estoy seguro de que es precisamente lo que intentará hacer ese muchacho. Me ha costado mucho ganarme el respeto de todos esos idiotas para volver otra vez a estar en boca de todos. Así que quiero que te deshagas de él. Total, a nadie le va a importar un muerto de hambre más o menos.

—Pero, señor, estará su familia. No es tan fácil.

—Esa gente vive en chabolas de paja y madera, y es muy corriente que alguna acabe en llamas, ¿no te parece? Pasa continuamente. Así que no quiero fallos, ¿está claro?

—Sí, señor, no se preocupe. Sabe que puede confiar en mí. Ese muchacho no volverá a molestarle porque esta misma noche será historia. Puede dormir tranquilo.

***

Cuando al día siguiente la gente hablaba del incendio en las chabolas y de cómo murió una familia en él, Ernesto felicitó a su capataz y se quedó mucho más tranquilo.

Siempre era mejor deshacerse de los problemas de raíz que tener que andar dando explicaciones a nadie. Y mucho menos que la gente volviera a hablar de él, sobre todo tratándose de un tema tan escabroso y desagradable.



# V

## Las Camelias
## (Año 1849)

En Las Camelias, la plantación de los señores Medina, se celebraba la pedida de mano de Estela, la mejor amiga de Mónica.

—¡Es tan emocionante! —gritaba Mónica a su amiga—. ¡Vas a casarte! No me lo puedo creer.

—No sé qué le ves de emocionante. ¡Ah, sí! Dices eso porque algún día te casarás con Arturo. La diferencia es que tú estás enamorada de él, pero yo ni siquiera conozco a mi prometido. Solo lo he visto una vez en mi vida. Esta noche es mi fiesta de compromiso y van a presentármelo formalmente. Estoy aterrada y te juro que me gustaría morirme ahora mismo —se quejó entre lágrimas, dejándose caer en la cama sin parar de llorar.

Mónica se tumbó a su lado y la abrazó. No soportaba verla así. Eran amigas desde niñas y la quería muchísimo. Lo compartían todo, penas y alegrías, era como la hermana que siempre quiso tener y que, por desgracia, nunca tuvo.

—¿Por qué no hablas con tus padres y les dices que no quieres casarte? —la entristecía ver así a su amiga y no sabía cómo

ayudarla.

Sus padres la habían comprometido con ese muchacho y no había nada que hacer. Cuando unos padres acordaban el matrimonio de una joven ella tenía que aceptar y no protestar porque no valía la pena. Nada podían hacer para que cambiaran de opinión y aún era peor si el novio era un buen partido, entonces sí que no había vuelta atrás. Y Sergio Serra, para desgracia de Estela, era muy buen partido. Su familia era una de las más adineradas de la comarca así que sus padres jamás desharían ese compromiso, y por más que protestara era una batalla perdida.

Era una época difícil para las mujeres, pues los padres las casaban por una buena dote o para cerrar un buen negocio. Muy pocas podían elegir libremente con quién querían casarse, a no ser que el elegido fuera del agrado de sus padres o más rico que ellos. En ese caso no había inconveniente.

Lo mejor era nacer varón. Eras el orgullo de tu padre porque así el apellido no se perdía y seguía pasando de generación en generación, y no había nada más importante que eso. También gozaban del privilegio de heredar todos los bienes y hacer lo que les diera la gana simplemente por ser hombres. Era una sociedad muy machista e injusta.

—Todas no tenemos la misma suerte que tienes tú, tu padre es diferente. Él jamás va a obligarte a hacer nada que tú no quieras hacer. Tú podrás casarte con quien quieras y cuando quieras. ¿Sabes?, me das mucha envidia, Mónica, sobre todo en estos momentos.

—Bueno, en eso tengo que darte la razón, pocas tienen un padre tan comprensivo y maravilloso como el mío. Si no fuera mi padre me enamoraría de él.

Mónica bromeaba para animar a su amiga, pero lo único que consiguió de Estela fue una sonrisa apagada.

—Pero mis padres no me dejan elección y no quieren volver a discutir sobre el tema. Han dado su palabra a los Serra y no hay más que hablar, eso me dijo mi madre. Después, para arreglarlo, dijo que ella también se había casado sin querer a mi padre y que, aunque al principio fue duro, después fueron muy felices y lo siguen siendo. ¡¿De verdad cree que eso puede servirme de consuelo?! —gritó Estela con mucha rabia—. Mi padre es un buen hombre y muy cariñoso. Pero ¿cómo es ese Serra? Podría ser un asesino y a ellos les da igual. —Se echó de nuevo a llorar.

—Vamos, no digas eso, seguro que tu madre no te iba a dejar en manos de un asesino y a elegido para ti un hombre tan bueno como

tu padre, ya lo verás. Piensa en tu hermana, es muy feliz. O, por lo menos, eso es lo que siempre me has dicho.

—Bueno, es que mi cuñado es un buenazo y está muy enamorado de mi hermana. Por eso ella es feliz.

—Entonces, me das la razón. Fue tu madre quien escogió a tu cuñado y lo hizo muy bien, ¿no? Seguro que ha hecho lo mismo contigo. Yo no lo sé porque nunca he tenido madre, pero siempre he oído que las madres tienen un sexto sentido para eso. Confía en ella, te quiere mucho y verás que ha elegido un buen hombre para ti, igual que hizo con tu hermana Lucía.

No estaba segura de lo que decía y por dentro rezaba para no equivocarse, pero era lo único que se le ocurría para tranquilizar a su amiga

—¿Tú te acuerdas de cómo es el hijo pequeño de los Serra?

—No recuerdo ni siquiera haberlo visto nunca.

—Sí. En el cumpleaños del padre de Susan, ¿te acuerdas? Me lo presentaron ese mismo día y es feísimo. Según dice mi madre, la madre de él le ha dicho que desde ese día no ha podido dejar de pensar en mí. Aparte de feo, un cobarde. En vez de venir e intentar conocerme, primero pide mi mano sin saber lo que pienso de él. Y ni siquiera él la pidió, fue su madre, que después de ofrecer una dote escandalosa por mí, mis padres ni se lo pensaron dos veces, aceptaron sin ni siquiera decírmelo, y ahora quiere conocerme formalmente. Lo que yo digo, ¡es un cobarde!

—No seas mala, será muy tímido. Si es tan feo como dices seguro que sabía que no querrías ni verlo. Por eso lo ha dejado todo en manos de su mamá. Pobrecito, si seguro que le das hasta miedo.

Las dos se echaron a reír tras el comentario de Mónica.

—No sé cómo consigues que me ría hasta en un momento como este.

—Para eso están las amigas, para aliviar las penas. Y estoy segura de que será encantador, de que va a adorarte y de que te va a hacer muy feliz. Tú solo tienes que mirar en su interior. Olvídate de su aspecto, eso no es importante. Lo que importa es que sea bueno y te trate bien. Y, puesto que no tienes elección, dale una oportunidad e intenta conocerle.

—Y eso lo dices tú precisamente, que tu novio es el más guapo del condado.

—No seas exagerada. Bueno, puede que tengas razón, Arturo es muy guapo. Pero si fuera feo lo querría igualmente. Sabes que nunca me ha interesado eso. A mí no me importa el físico. Me divierto mucho con él y es bueno, cariñoso y muy romántico. Por

todo eso lo quiero, no porque sea guapo. Aunque no puedo negarte que me vuelve loca cuando me mira con esos ojos tan divinos. —Las dos se rieron a carcajadas—. Y ahora será mejor que termines de arreglarte, porque si no tu madre va a subir a por nosotras. Seguro que tu prometido ya está aquí, impaciente por verte.

—¡Oh, por Dios! No digas eso, me pones nerviosa. —En ese momento llamaron a la puerta.

—Te lo advertí —dijo Mónica en un tono burlón, mientras su madre abría.

—Estela, hija, los invitados están llegando y aún no habéis bajado. Os quiero abajo en dos minutos, tu prometido acaba de llegar. —Cuando vio la cara de miedo de su hija al escuchar sus palabras se acercó, le dio un beso en la frente y un fuerte abrazo diciéndole con dulzura—: No tengas miedo, cariño. Es un buen muchacho y estoy segura de que vas a ser muy feliz con él. Ya verás que con el tiempo me darás la razón.

—Sí, madre, ya bajamos —contestó Estela con mucha tristeza en la voz.

—Vamos, te acompaño. —Mónica la cogió del brazo arrastrándola hacia las escaleras.

Cuando entraron al salón y su madre se la llevó para presentársela formalmente a su prometido, Mónica se quedó muy triste en un rincón pensando en lo injusta que era la vida. Estaba muy enfadada por su amiga.

—¿Qué le pasa a la muchacha más linda del mundo? ¿Por qué esa cara de tristeza?

Mónica enredó su mano por el brazo de su padre y entraron al salón.

—Júrame que nunca me obligarás a casarme con alguien a quien no ame.

—Sabes que jamás haría eso, mi vida. Eres lo más importante para mí y lo único que quiero es verte feliz. Además, creo que Arturo es perfecto para ti, nunca me negaría a que os casarais. Lo que no entiendo es cómo no lo habéis hecho aún.

—¡No me lo puedo creer! ¿Ya te quieres deshacer de mí, tan pronto? —Ernesto se echó a reír.

—Sabes que no es eso. Además, espero que cuando te cases sigas viviendo en casa, no soportaría perderte.

—Pues claro que sí, nunca voy a dejarte solo. El que quiera casarse conmigo tendrá que aceptar que vivamos en casa, si no, no pienso casarme —dijo Mónica muy segura de sí misma.

—¡Esa es mi niña! —gritó Ernesto muy orgulloso—. Ahora, será

mejor que vayamos con los demás, ya van a sentarse a la mesa.

Mientras cenaban, Mónica no dejaba de mirar a Sergio y podía comprender lo que su amiga le había contado. El pobre muchacho era muy feo y a Mónica le dio por pensar que si su madre no hubiera arreglado la boda y hubiera dado una buena dote, este jamás se casaría con nadie. Estaba segura de que ninguna muchacha lo aceptaría si él intentara conquistarla ya que su físico dejaba mucho que desear y, aparte, parecía muy tímido, casi incapaz de soltar una palabra sin aturullarse cuando hablaba con Estela. Puede que ella lo cohibiera porque era una muchacha muy bonita, demasiado para él, pensaba Mónica furiosa.

—Voy a tener que ponerme celoso si no dejas de mirar al prometido de tu amiga. ¿No me irás a decir que ahora te gustan los feos?

Mónica salió de sus pensamientos al escuchar la voz de Arturo hablándole al oído. Ella estaba sentada al lado de su padre, y en el otro lado estaba su prometido.

—No seas malo —le sonrió—, el pobre muchacho no tiene la culpa de ser así. —Los dos empezaron a reírse.

—Eso no contesta a mi pregunta. ¿Por qué lo miras sin parar?

—No empieces con tus celos absurdos. Sabes que yo tengo la suerte de tener el novio más guapo del mundo y jamás me fijaría en un hombre como ese. A mí me gusta la perfección —añadió para no alimentar sus celos con una sonrisa en los labios mientras acariciaba su cara.

Ese era el único defecto de Arturo, se moría de celos en cuanto Mónica prestaba un poco de atención a cualquier hombre que no fuera él. Pero Mónica sabía apaciguarlo con mucha rapidez.

—Entonces, ¿por qué no te casas conmigo de una vez? Estela es tu última amiga soltera y ya está a punto de casarse. ¿Cuánto más vas a hacerme esperar?

—No insistas con eso, es muy pronto y aún no estoy preparada.

—Vamos, Mónica, llevamos toda la vida de novios. ¿Cómo puedes decir que es pronto? —Mónica no pudo evitar reírse.

—No me refiero a eso. Todavía no quiero perder mi libertad y tenemos mucho tiempo para todo. Somos muy jóvenes y la vida es muy larga.

—Sabes que yo nunca te anularía como mujer y que jamás te obligaría a nada. No voy a ser un marido dominante ni posesivo, conmigo no vas a perder tu libertad. Me gusta cómo eres, no querría que cambiaras nunca.

—Lo sé. Y no es por eso por lo que aún no quiero casarme, solo

te pido un poco más de tiempo. Cuando esté preparada serás el primero en saberlo. —Le dio un beso en la mejilla—. Además, yo jamás dejaría que un hombre me dominara, de eso puedes estar seguro —añadió sonriendo, muy segura de sí misma—. Por eso deberías pensártelo bien antes de casarte conmigo. Después no digas que no te lo advertí. —A Arturo le dio la risa.

—Sé muy bien con quién voy a casarme. Bueno, si alguna vez te decides. —Ahora fue Mónica la que se rio tras el comentario de Arturo—. Y de una cosa estoy seguro: nuestro matrimonio no será soso y aburrido como el de la mayoría porque tú nunca me darás la razón y eso será lo que lo haga interesante. Debe ser aburridísimo un matrimonio en el que la mujer no dé su opinión. Yo prefiero saber todo lo que piensa esa cabecita tan preciosa. —Mientras decía eso, tocaba su sien con la yema de su dedo y volvía a hacerla reír.

—Eres adorable, ¿lo sabías? Y puede que pronto te dé una respuesta. —Volvió a besarle en la mejilla.

—¡Dios te oiga! —dijo exagerando su expresión, consiguiendo una nueva sonrisa de Mónica.

Mónica quería mucho a Arturo, eran novios desde siempre y ella sabía que él nunca la haría infeliz. Sabía lo mucho que la quería y la suerte que tenía. Era muy buen partido, venía de una familia muy adinerada y, aparte de eso, era hijo único. Aunque eso a ella no le importaba, porque lo querría aunque no tuviera donde caerse muerto. Ella nunca miraba a la gente por lo que tenían o por lo que eran, siempre decía que la belleza estaba en el interior de las personas, y ahí era donde había que mirar.

Cuando terminaron de cenar y Estela le presentó a su prometido, Mónica lo miró muy intensamente queriendo ver en su interior. Pero inmediatamente se dio cuenta de que él se ponía muy nervioso al sentir su escrutinio y sonrió, ya que esa timidez hablaba mucho de él. Un hombre arrogante, posesivo y de malos sentimientos, no se avergonzaría ante la mirada de una mujer, más bien se pondría a la defensiva e intentaría ser él el que dominara la situación. Y ese pequeño detalle en él le gustó.

—Sergio. Ella es Mónica, mi mejor amiga.

—Es un placer, señorita.

Sergio cogió su mano y le dio un beso, al tiempo que Mónica le hizo una pequeña reverencia diciéndole con una sonrisa:

—El placer es mío, caballero. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto.

—¿Va a cuidar usted bien de mi amiga? Porque si no lo hace le mataré.

Sergio se quedó muy sorprendido, con la boca abierta y sin poder contestar por la impresión.

—No le hagas caso —rio Estela—, Mónica es muy bromista —explicó al ver la cara de sorprendido que ponía su prometido—. ¿Verdad, Mónica?

Pero Mónica no bromeaba, tenía la mala costumbre de decir siempre lo que sentía, aunque eso no fuera normal en un mundo donde los hombres mandaban y las mujeres callaban y obedecían. Pero a Mónica nadie la silenciaba. Cuando quería decir algo simplemente lo hacía, ya que su padre nunca la obligó a comportarse como una señorita tímida y recatada. A él le gustaba que su hija fuera capaz de decir en cualquier momento lo que sentía y que nadie la pisoteara. Se sentía orgulloso de ella y le gustaba consentirla.

—Tienes razón, solo era una broma —contestó a Estela, y después le aconsejó a Sergio—: Pero espero que cuide bien de ella o dejará de serlo.

—Puede estar tranquila, señorita, no tengo otra intención que procurar hacer muy feliz a su amiga. Si usted está de acuerdo, por supuesto.

A Mónica le dio la risa y fue justo en ese momento y gracias a esas palabras que el muchacho le inspiró confianza, ganándose así su respeto. Después de eso pasaron una velada muy agradable y divertida hablando los cuatro juntos, pues Arturo se les había unido unos minutos más tarde, hasta que se despidieron y Mónica se marchó con su padre.



# VI

## Las Camelias

El día de la boda Mónica estaba ayudando a Estela a ponerse el velo, era como una especie de tradición. Las amigas más íntimas ayudaban a vestir a la novia, y así les infundían un poco de valor para lo que se les venía encima, ya que debían enfrentar su destino sin oponer resistencia alguna.

Estela era una muchacha muy bonita. Tenía el pelo castaño ondulado, unos ojos color miel grandes y preciosos, era alta y muy delgada. Estaba muy nerviosa, así que Mónica le dio un abrazo para tranquilizarla.

—Estás preciosa. Verás que todo sale bien y estoy segura de que Sergio va a cuidar muy bien de ti, porque si no es así me lo dices y le daré tal puñetazo que no volverá a hablar en un mes. Que conste que se lo advertí el mismo día que lo conocí —dijo bromeando para intentar deshacer esa tensión que veía en su amiga—. Aunque he de reconocer que me cae bien y sé que va a ser un buen marido.

—Ojalá tengas razón —se obligó Estela a sí misma a sonreír.

—Y Susan, ¿por qué no ha venido?

—Su marido está enfermo. Cuando ayer vino a decirme que no podían venir se puso a llorar. Me da tanta pena. La veo tan triste

que me preocupa que cometa una tontería.

—No me extraña, con ese marido que le ha tocado cualquiera estaría como ella. No sé cómo unos padres pueden hacerle eso a su propia hija.

***

Mientras se celebraba la boda Mónica se había colocado al fondo. Cuando estaba nerviosa no podía estar sentada. Por eso se había acomodado al final, detrás de las sillas donde estaban todos los invitados sentados, para así poder estar de pie y moverse con libertad, evitando de esa manera que los nervios se le acumularan en el estómago.

Le rogaba a Dios que ese hombre fuera tierno y cariñoso con ella porque no soportaría ver a su amiga infeliz, como la mayoría de las muchachas que se casaban obligadas y sin amor. Muchas de ellas con viejos viudos, como su amiga Susan cuyo padre cerró un gran negocio con su boda y no le importó casar a su hija con un hombre maduro y con cuatro hijos por criar, ya que solo la quería para cuidar de sus hijos y para que le calentara la cama por las noches. Por lo menos el marido de Estela era joven y, aunque fuera muy feo, parecía una buena persona.

De repente una voz la sacó de sus pensamientos.

—¿Tan poco le gustan las bodas que prefiere verlas de lejos?

Mónica miró al hombre que se dirigía a ella. No le había visto nunca e imaginó que sería un invitado por parte del novio. Él no la miraba, su mirada estaba fija en el altar donde los novios se estaban dando el «sí, quiero».

—Las bodas serían más bonitas si las novias pudieran elegir libremente con quién quieren casarse.

Estaba enfadada por su amiga y decía lo que pensaba, aunque eso no fuera lo correcto, como siempre le pasaba.

—Vaya, es usted un poco rebelde. ¿No le gustan nuestras leyes?

Al oírle decir eso Mónica se fijó en su indumentaria y entonces se dio cuenta de que iba vestido de militar. Estaba apoyado en el árbol y se le veía muy alto. Pero ella, sin amedrentarse por lo que él acababa de decir, prosiguió alterada.

—Las leyes son crueles y machistas, y no, no me gustan.

—¡Guau! Al hombre que consiga domarla deberían condecorarlo —bromeó sonriendo y fue justamente en ese momento cuando él volvió la cara para mirarla a los ojos, dejando a Mónica sin respiración al ver la otra parte de su rostro.

Tenía una cicatriz ancha que le empezaba en la sien y cruzaba toda la mejilla hasta el mentón, deformándole casi media cara. Pero ella no se impresionaba con facilidad e inmediatamente reaccionó, diciéndole mientras sostenía su mirada, desafiante y sin dar ningún síntoma de repulsión al ver sus lesiones:

—No soy un caballo y ningún hombre tiene que domarme. Si eso es lo que piensa de las mujeres, pena me da su mujer.

—No estoy casado.

—No me extraña. —Cuando vio que él apretaba el mentón, molesto por su comentario, inmediatamente continuó—: Y no lo digo por su rostro, sino por su comentario.

Seguía mirándole a los ojos sin bajar la mirada y él tampoco bajaba la vista. Era como si se estuvieran retando a un duelo. Ella, demostrándole que su rostro no la asustaba, y él esperando que hiciera como todo el mundo cuando lo miraba por primera vez, poner cara de asco al ver ese rostro desfigurado y evitar su mirada.

—Discúlpeme si mi comentario la ha ofendido, no era mi intención, solo estaba bromeando.

—Pues es una broma de muy mal gusto. Y ahora, si me disculpa, voy a darles la enhorabuena a los novios.

Antes de que pudiera dar un paso, la agarró del brazo y le preguntó clavando su mirada grisácea sobre sus ojos nuevamente:

—¿Volveré a verla?

Mónica volvió a mirar esas pupilas grisáceas y extrañas, y no pudo evitar decir con timidez, pero con un tono burlón al mismo tiempo:

—Esto es una fiesta y creo que será inevitable… soldado —añadió mirando su uniforme.

—¡¿Soldado?! —preguntó molesto al ver que lo degradaba rebajando sus galones, los cuales lucía con mucho orgullo.

—Lo siento, he de marcharme.

Al decir eso golpeó la mano con la que él se aferraba a su brazo con el abanico cerrado para que la soltara, y cuando lo hizo salió corriendo hacia el altar bastante alterada.

Mónica se fue donde estaban los novios recibiendo las felicitaciones. Él no podía dejar de mirarla mientras se alejaba y le parecía la muchacha más bonita que había visto en su vida. No era demasiado alta, más bien baja. Su pelo era dorado como el trigo al sol, lleno de tirabuzones, y sus ojos grandes y azules como el cielo le habían cautivado. Pero lo que más le había impresionado era su carácter.

No era normal que una muchacha joven, y parecía muy joven,

fuera capaz de hablarle así a un hombre que ni siquiera conocía, y más aún a un hombre como él. Normalmente todas solían ser calladas y recatadas, sobre todo después de ver su rostro desfigurado. Tras eso ninguna se atrevía a tener una conversación con él, simplemente buscaban una excusa o echaban a correr, y aún menos se atrevían a sostenerle la mirada. Pero ella no se había asustado, sino todo lo contrario, había sido capaz de desafiarle con la mirada, de hablarle sin dejar de mirarle a los ojos, y eso le había complacido enormemente. Sentía curiosidad y deseaba conocerla.

—Te estaba buscando —dijo José, hermano del novio—. La boda ya ha terminado y Sergio está casado, así que si quieres puedo poner una excusa y nos vamos.

—¡No! Ya no quiero irme.

—Pensé que no querías estar aquí.

—He cambiado de opinión. Quiero que me presentes a una muchacha —le pidió Jorge.

—¡Vaya! Mi capitán interesado en una muchacha, eso sí que es raro —bromeó.

—¿Y por qué no?, no soy de piedra y esa chica me ha impresionado. Es la primera vez que una muchacha ve mi cara y no echa a correr. Ha sido capaz de mantener una conversación conmigo mirándome a los ojos en vez de a mi cicatriz, y tampoco ha apartado la mirada con desagrado como hace casi todo el mundo.

—Tienes demasiados complejos.

—Tú también los tendrías si estuvieras en mi lugar.

—Y bien. ¿Quién es?, siento curiosidad. Debe ser muy especial para que estés tan interesado. —Él señaló a Mónica—. Es muy guapa, aunque un poco joven para ti, ¿no? Lo siento, pero no puedo presentártela.

—No me fastidies. ¿Quieres que te arreste por desacato? —preguntó bromeando.

Pero en el fondo podía hacerlo si no le obedecía. José era teniente y él capitán, debía obedecer sus órdenes fueran cuales fueran, pero eran amigos y estaban fuera de servicio. José, de permiso por la boda de su hermano pequeño, y Jorge tenía pendientes unas largas vacaciones y había decidido pasarlas allí con su amigo para acompañarle a la boda de su hermano.

—¡No! No es que no quiera, es que no la conozco. Debe ser amiga de mi nueva cuñada, y desde que entré en el ejército he perdido muchos contactos, ya no conozco a tanta gente. Como te he dicho antes, es muy joven. Si fuera de nuestra quinta seguro que la

conocería —bromeó alardeando por su fama de conquistador, pero al ver la cara de su amigo, dijo resoplando—: Preguntaré a mi hermano.

—No esperaba menos de ti, teniente, a no ser que quisieras pasar tus vacaciones encarcelado —se mofó a su vez mientras se alejaba su amigo.

José fue a hablar con su hermano y cuando volvió informó a su capitán:

—Solo sé que se llama Mónica, que es la mejor amiga de mi cuñada y, lo siento mucho por ti, pero está comprometida con el hijo de los Robles, una familia muy respetable. Es mejor que nos vayamos, lo tienes muy difícil.

—¡Vamos, hombre! No quiero casarme con ella y no creo que, porque me la presentes y le pida un baile, su novio vaya a retarme a duelo.

No le importaba que estuviera comprometida, solo quería volver a hablar con ella y saber si era capaz de tener otra conversación con él sin fijarse en su cicatriz y sin causarle repulsión. O mejor aún, quería pedirle un baile y comprobar si era tan valiente como parecía, o si pondría una excusa como hacían todas para no estar cerca de él y no tener que mirar su rostro.

—Está bien, si es lo que quieres te la presentaré. Bueno, mejor que lo haga mi hermano, yo no la conozco. Vamos a buscarlo y que nos la presente a los dos. —Cuando llegaron donde estaba su hermano dijo sonriendo—: Mira qué casualidad, está hablando con ellos. Vamos a aprovechar para que nos la presente y de paso conoces a mi hermano y a mi cuñada. —Poniendo la mano en el hombro de su hermano, le dijo—: Sergio, mi capitán quiere felicitaros a ti y a tu esposa. —Volvió a dirigirse a su amigo—: Jorge, este es mi hermano Sergio, y ella mi cuñada Estela.

Jorge le tendió la mano a Sergio y después besó la mano a su mujer, la cual quedo muy impresionada dando una gran exhalación sin poder dejar de mirar su cicatriz. Él ya estaba acostumbrado a que la gente reaccionara así cuando lo veían por primera vez, pero siempre acababa molestándole un poco.

—Enhorabuena a los dos —habló con toda la galantería que pudo tras la reacción de Estela.

Nada más terminar de felicitar a los novios, Jorge clavó sus pupilas en Mónica, que tampoco podía dejar de mirar esos ojos grises. Eran tan claros y tan bonitos que parecían transparentes, y dependiendo de cómo le diera la luz o cómo fuera su mirada de cálida, tenían el fondo azulado. Resaltaban y llamaban muchísimo

la atención debajo de esas cejas tan anchas y tan negras como su cabello. La miraba tan intensamente que consiguió que se ruborizara y solo en ese instante fue cuando ella bajó la mirada, y no lo hizo por miedo a su cara, sino avergonzada por la intensidad de su escrutinio, algo que a él no le pasó desapercibido. Le gustaba demasiado ver cómo esa muchacha podía ruborizarse por una mirada suya, cosa que nunca le sucedía con ninguna mujer puesto que ninguna era capaz de sostenerle la mirada ni un segundo para poder ruborizarse.

—Y bien, hermano, ¿desde cuándo has perdido los modales? ¿No vas a presentarnos a esta belleza? —preguntó José mirando a Mónica.

—Lo siento, no me di cuenta. Ella es Mónica —dijo a su hermano y después, dirigiéndose a Mónica, añadió muy orgulloso —: Él es mi hermano, el teniente José Serra.

—Es un placer, señorita.

José cogió su mano y la besó inclinando la cabeza, Mónica se agachó devolviéndole el saludo haciendo una pequeña reverencia.

—Igualmente. Aunque parece ser que el placer es de su hermano, lo presenta con mucho orgullo y con todos los rangos. «El teniente José Serra» —imitó a Sergio con un tono grave en la voz, consiguiendo que todos se rieran.

—Déjeme presentarle a mi capitán y amigo Jorge Mendoza.

Mientras Jorge cogía su mano entre las suyas para besarla no dejaba de mirarla, más bien no había dejado de hacerlo en ningún momento, y aunque Mónica estaba acostumbrada a que los muchachos la admiraran, ese hombre la ponía un poco nerviosa. Le devolvió el saludo inclinándose apenas sin dejar de mirarle a los ojos porque le parecían los ojos más bonitos que había visto nunca y volvió a sonrojarse mientras le sonreía tímidamente.

—Es un placer volver a verla, Mónica.

—¡Capitán! —exclamó sorprendida.

—Sí, capitán —afirmo él, regalándole una hermosa sonrisa que intensificó su cicatriz dejándola sin aliento.

—Tendrá que disculparme, no reconozco los galones, capitán.

—Solo con una condición.

—¿Cuál? —preguntó con mucha curiosidad.

—Sería para mí un honor si me concediera el siguiente baile.

—Lo siento mucho, capitán, pero su honor tendrá que esperar. Este baile está reservado solo para mí. —Arturo había llegado justo en ese momento—. Discúlpenme, pero quiero bailar con mi prometida.

Mientras decía eso cogía a Mónica por la cintura y miraba al capitán Mendoza por encima del hombro, alejándola con posesión.

—No debiste ser tan grosero —le recriminó Mónica un poco molesta cuando estaban bailando.

—¿Y por qué no? Eres mi prometida, quería bailar contigo y, además, no me gusta cómo te mira ese hombre.

—¿Cómo puedes saber cómo me mira ese hombre si acabas de llegar? Solo es una excusa para esos celos absurdos que siempre tienes. Y no vuelvas a tratarme como si te perteneciera, sabes que eso no me gusta.

—Está bien, no volveré a hacerlo, ¿me perdonas? —preguntó con una sonrisa en los labios.

Era muy guapo, en eso tenía razón Estela. Alto, fuerte, pelo castaño, sus ojos eran castaños y alegres, capaces de conquistar a cualquier muchacha con solo una mirada. Pero él estaba loco por Mónica y no tenía ojos para nadie más.

—No debería.

—Sabes que me pongo muy celoso si otro hombre te mira, pero todo eso se pasaría si te casaras conmigo. ¿Cuándo vas a decirme que sí?

—No seas pesado, ya lo hemos hablado y sigue siendo muy pronto. No quiero casarme todavía.

Ella era una muchacha romántica y soñadora, eso la hacía demasiado moderna para su época, como le decía su padre. Creía en el amor y no soportaba que las mujeres no pudieran elegir por sí mismas con quién querían casarse o cuándo hacerlo, por eso no quería ser como todas las demás.

Mónica no quería casarse tan joven y cargarse de niños enseguida como el resto de sus amigas. Ella podía elegir, tenía esa opción, y su padre nunca iba a presionarla. Por esa misma razón no sentía ganas de pasar por el altar.

Quería mucho a Arturo, pero no para casarse tan pronto. El día que lo hiciera quería estar segura de que lo hacía porque deseaba casarse con él y, lo más importante, porque se sintiera feliz y enamorada, y ella aún no sentía eso. No sabía si estaba enamorada lo suficiente como para pasar el resto de su vida con él, por eso prefería esperar y siempre le daba largas. Quería estar completamente segura de sus sentimientos antes de dar el «sí, quiero».



# VII

## Las Camelias

Mónica estaba con Estela, a la que por fin habían dejado sola unos minutos, y las dos habían aprovechado para hablar a solas sin que nadie las molestara.

—Chica, esto de casarse es muy cansado, no te dejan en paz con tantas felicitaciones.

Mientras hablaba ponía cara de espanto abanicándose con mucho brío. Las dos se rieron con la broma.

—¿Cómo estás? Ya estarás más tranquila. Por fin ha pasado todo.

—No, ahora estoy más nerviosa. Según se acerca la hora de tener que estar a solas con él, en la intimidad de la alcoba, me va entrando un dolor aquí —dijo tocándose la boca del estómago.

—Seguro que no es tan malo. Además, parece cariñoso y ya sabes lo que dicen, que si el hombre es cariñoso no duele tanto. Y si no, haz lo que hizo Susan. ¿Te acuerdas de lo que nos dijo? —Estela asintió con la cabeza, pues no le salía la voz solo de imaginar esa escena—. Levantarse el camisón, cerrar los ojos y pensar en algo bonito. Aunque tú en eso tienes más suerte que ella, su marido le

triplica la edad, es viejo y puede que un día la asfixie con el volumen de su barriga. —Las dos se echaron a reír una vez más.

—¡Aaaggg! Tienes razón, pobrecita. —Puso cara de asco pensando en su amiga—. Sergio es feo, pero por lo menos es delgado, tiene buen tipo y solo es mayor que yo cinco años. Además, ha sido bastante atento conmigo desde que nos hemos casado, solo espero que esta noche sea igual.

Mónica vio que Estela sonreía a alguien a su espalda y se dio la vuelta.

—Espero que ahora pueda tener el placer de bailar con usted. Me debe un baile por una disculpa.

Jorge le ofreció su brazo y una sonrisa, que hacía que su cicatriz se pronunciara aún más. Ella lo miró unos segundos y aceptó enredando la mano por su antebrazo.

—Si me lo pide así, no puedo decirle que no, no vaya a ser que me arreste —bromeó devolviéndole la sonrisa, consiguiendo que el corazón de Jorge se desbocara dentro del pecho.

—Discúlpeme, señora —se dirigió a Estela—, pero debo robarle a su amiga unos minutos. Es una cuestión de honor y deuda.

—Es toda suya, capitán —dijo Estela riéndose al ver la cara de Mónica.

—¡Oye! —se quejó Mónica haciéndoles reír siguiendo la broma.

Cuando llegaron a la sala de baile él la cogió por la cintura y la acercó suavemente a su cuerpo, dejándola muy pegada a su pecho, y con su otra mano se apoderó de la de ella entrelazando sus dedos con los de él. Ese gesto a Mónica le pareció demasiado íntimo y personal para alguien a quien acababa de conocer, ni si quiera Arturo le había cogido nunca la mano de esa manera. Pero Mónica prefirió no darle mucha importancia. Estaban tan cerca que ella puso la mano que le queda libre en su pecho y se separó un poco de él, apoyándola luego en su hombro para poder mantener la distancia.

—No creo que a mi prometido le guste verme tan cerca de usted, capitán. —Sonrió mirándole a los ojos nuevamente. Era tan alto que tenía que levantar la cabeza para hacerlo—. Siento mucho lo que pasó antes, pero a veces no puede controlar los celos. Espero que no se lo tome en cuenta, es un buen muchacho.

—No tiene usted que disculparse por él y no quiero hablar de su prometido, ahora está conmigo y quiero disfrutar de este momento. —Mónica estaba un poco asombrada por sus palabras—. Aunque tengo que reconocer que si yo fuera su prometido tampoco me gustaría verla cerca de otro hombre que no fuera yo.

Su mirada era tan profunda que Mónica creía perderse en esos ojos tan fascinantes, sin poder dejar de mirarlo como si estuviera hechizada. Nunca había visto unos ojos grises, eran poco comunes, y aparte del color, tenían una forma muy bonita y una mirada intensa.

—No debería decir esas cosas, capitán.

—Ahora entiendo por qué estaba usted tan alejada del altar en la ceremonia, no quería eclipsar a su amiga con su belleza, ¿verdad?

—Capitán…

—Es usted la muchacha más bonita que he visto nunca. —Mientras hablaba volvía otra vez a acercarla a él suavemente.

—No intente coquetear conmigo, capitán, porque estaría perdiendo el tiempo.

Estaba acostumbrada a flirtear con sus amigos, a que los muchachos le dijeran cosas bonitas, pero ese hombre la ponía nerviosa. Su mirada, la manera de abrazarla, su altura, su fuerza, su hombría. Todo en él la desconcertaba, incluso su manera de cogerle la mano. Pero intentaba sobreponerse antes de que él pudiera darse cuenta.

—Tengo mucho tiempo, estoy de vacaciones. —Ese comentario la hizo reír y él se rio con ella.

—¿De dónde es?

—De Cardoña.

—¿Nació o vive allí?

—Nací y vivo allí.

—¿Y viene usted aquí a pasar sus vacaciones? Me sorprende.

—¿Por qué?

—Porque viviendo en la ciudad este condado le debe parecer muy aburrido.

—Eso pensé antes de llegar, pero después de conocerla creo que este va a ser el mejor viaje que he hecho nunca.

—Capitán… Debería usted buscar otra muchacha, no olvide que estoy prometida.

—No está casada, eso es lo que importa. Un compromiso siempre se puede romper y no me interesan las otras muchachas.

Mónica no pudo evitar reírse de nuevo, así que le pregunto sorprendida:

—¿De verdad cree que yo podría dejar a mi prometido por usted? Está bromeando, ¿verdad? —Pero él no se reía esta vez y volvía a mirarla intensamente, así que ella cada vez se ponía más nerviosa—. Creo que será mejor que dejemos de bailar. —Cuando

intentó alejarse, él la sujetó con más fuerza—. Suélteme.

—¿De qué tiene miedo, Mónica?

—Yo no tengo miedo, pero ya no quiero bailar con usted.

—¿Le asusta mi cara?

—¡No! ¿Por qué tendría que asustarme?

—Porque a todas las mujeres les asusta. —Él, de repente, aflojó sus brazos como si la liberara de tener que bailar con él y se quedó parado en medio de la pista diciéndole—: Puede irse si así lo desea, sé que no resulta muy agradable estar cerca de mí.

En ese momento ella volvió a mirarle a los ojos y se dio cuenta de que su mirada se había entristecido. Sintió pena por él, debía ser muy duro que la gente siempre lo contemplara con desagrado. Entonces apretó su mano con la de él, volvió a ponerle su otra mano en el hombro y se acercó un poco más a él sonriéndole. Él le devolvió la sonrisa, la abrazó de nuevo y volvieron a retomar el baile. Pero Mónica ya le había dejado bien claro que no debía coquetear más con ella. Aunque él también tenía la certeza de que no iba a rendirse tan fácilmente.

—¿Cómo se hizo esa cicatriz? Lo siento, discúlpeme, no debería…

—No tiene por qué disculparse, no me molesta hablar de ello. Fue en una batalla. —Ella miró sus medallas.

—¿Le condecoraron por ello?

—No. Estas fueron por otra cosa.

—¿Por qué? Discúlpeme, soy muy curiosa. —Él le sonrió.

Mónica se dio cuenta de que si no fuera por esa horrible cicatriz sería un hombre muy atractivo, se podía apreciar si mirabas el otro lado de su cara, el problema es que esa cicatriz no dejaba que nadie pudiera darse cuenta de ello. Con la mano que tenía los dedos entrelazados con los de ella sin soltárselos, él señaló una de sus medallas.

—Esta me la dieron al sacar a mis hombres de una emboscada y acabar volviéndola a nuestro favor haciendo prisioneros a los enemigos. —Ella no podía dejar de mirarlo. Estaba embobada, cautivada, imaginándoselo en el campo de batalla con ese uniforme tan bonito, montado a caballo y defendiendo a sus hombres a capa y espada. Su voz la sacó de sus pensamientos—. Y esta otra, al valor en el campo de batalla. Recibí un disparo en el estómago.

Ella empezó a acariciar la medalla con la misma mano con la que él la tenía cogida, ese movimiento friccionaba sus dedos entrelazados y Jorge deseaba que ese baile no terminara nunca. Hacía mucho tiempo que no sentía así a una mujer, y ese simple

roce en sus dedos despertaba sentimientos en él que dormían desde hacía una eternidad, o al menos eso era lo que a él le parecía.

—Es muy bonita. Aunque si el precio era recibir un disparo sería mejor que no la llevara puesta. —Él le sonrió nuevamente.

—Valió la pena. Gracias a eso salvé la vida de mi superior.

—Recibir un balazo para que no se lo lleve otro no es justo. Valiente puede, pero no justo. ¿Por qué la vida de su superior es más valiosa que la suya? No creo que los galones decidan quién debe morir o vivir, no me parece correcto.

—Es usted una rebelde. Aunque eso ya se lo había dicho antes, ¿verdad? —Ella empezó a reírse.

Jorge se quedó mirándola embobado, preguntándose si de verdad podía existir una muchacha como esa o era una especie de sueño del cual no quería despertar. Ella estaba allí, bailando entre sus brazos, riendo y sin importarle su cara desfigurada. Con ella se sentía como un hombre normal, no le acomplejaba su manera de mirarlo ya que ella no prestaba atención a su cicatriz, y eso le hacía sentirse bien. Era tan hermosa que quería seguir bailando con ella toda la noche, o toda la vida.

—Sí, creo que sí —dijo ella recordando el momento en el que se habían conocido debajo del árbol.

—¿Sabe una cosa? Me lo he pensado mejor y creo que sí voy a detenerla. —Ella lo miró sorprendida, con los ojos y la boca muy abiertos, lo que provocó su risa.

—¿No le gusta mi manera de pensar, capitán?

—Creo que me gusta demasiado, y no solo su manera de pensar. Por eso voy a tener que detenerla para que no pueda escapar de mí. —Mónica empezó a reírse de nuevo.

—Pero si me detuviera no estaría a su lado, y tampoco podría verme. —Esta vez era ella la que estaba coqueteando con él descaradamente, con una mirada alegre y picarona.

Estaba acostumbrada a que los muchachos le dijeran cosas bonitas y a ella le gustaba flirtear con ellos, igual que estaba haciendo con él en esos momentos.

—No olvide que soy capitán y que mis hombres obedecerían cualquier orden que yo les diera. Como encerrarme con usted y tirar la llave al fondo del mar. —Ella volvió a reírse.

—¿No cree que sería muy aburrido? Seguro que acabaría cansándose de mi compañía…

Jorge no podía controlar el deseo que crecía dentro de él. Se moría por besarla, así que, sin pensárselo dos veces, la acercó hacia él muy despacio. Ella de repente se quedó muda. Veía cómo él iba

bajando poco a poco la cabeza con intención de besarla, mientras la apretaba contra su cuerpo y le decía con la voz ronca por el anhelo:

—Estoy seguro de que encontraríamos la manera de divertirnos, y tenga la certeza de que jamás me cansaría de usted. —Podía sentir cómo a ella se le cortaba la respiración, y esa sensación aumentaba su deseo a pasos agigantados.

Pero entonces alguien tocó su hombro rompiendo toda la magia que los envolvía. Cuando se giró y vio al prometido de Mónica su cara se desfiguró más de lo que ya la tenía, pero esta vez fue de rabia y de impotencia, al escucharle decir:

—¿Puede usted devolverme a mi prometida, capitán? Un baile está bien, dos son demasiados, pero intentar un tercero es una osadía. —Lo retó con la mirada separando a Mónica de su lado de malos modos, algo que molestó muchísimo a Jorge.

—No parecía que Mónica estuviera a disgusto, no la he oído quejarse —contestó muy serio, con la voz fría y cortante mientras se acercaba a él para enfrentarlo con la mirada.

Le sacaba casi una cabeza y era bastante más corpulento, pero Arturo no retrocedía y seguía sujetando a Mónica, que podía notar la tensión entre los dos. Entonces les dijo, queriendo evitar un altercado entre ambos:

—¡Bueno, bueno! No te pongas así, por favor, solo era un baile.

—Dos, Mónica, y si no llego a venir hubieran sido tres.

—No le des tanta importancia…

—¡Cómo no le voy a dar importancia!

Había subido el tono de voz y Jorge dio un paso hacia él diciéndole en voz baja y amenazante:

—Si vuelves a levantarle la voz voy a hacer que te arrepientas.

—¡Es mi prometida! Y yo decido…

—¡Basta, Arturo! —gritó Mónica muy molesta, después miró a Jorge con una sonrisa forzada—. Esto no es el campo de batalla, capitán, y aquí no va a ganar ninguna medalla. Además, creo que mi deuda está saldada y su honor intacto, así que deberíamos dejarlo aquí, ¿no le parece?

Jorge la miró fijamente a los ojos y por sus palabras se dio cuenta de que ella no quería que iniciaran una pelea, por lo que decidió declinar el reto para no disgustarla y evitar un escándalo, aunque por dentro se lo llevaran los demonios. Deseaba seguir al lado de Mónica y odiaba tener que cedérsela a ese pelele por muy novio suyo que fuera. Con un gran esfuerzo, agachó lentamente la cabeza.

—Ha sido un verdadero placer bailar con usted, Mónica. Y tiene

razón, mi honor está más que satisfecho. Pero como nos han interrumpido no acepto sus disculpas, así que seguirá debiéndome un baile, y le puedo prometer que me lo cobraré la próxima vez que nos veamos. —Le guiñó un ojo, cogió su mano y la besó sin dejar de mirarla a los ojos—. Buenas noches, espero volver a verla muy pronto.

—Buenas noches, capitán. —Mientras se alejaba no podía apartar la vista de él.

Nunca un hombre la había impactado tanto. Con ese uniforme, su altura, su porte y con esas historias que le había contado la había cautivado.

—¿Te gusta ese hombre? Es viejo y con esa cara, ¡por Dios, Mónica! Asusta. No sé ni cómo has podido bailar con él, ¿no te da asco?

—No digas tonterías, y por favor no te burles del mal ajeno, eso no está bien. Bastante mal debe pasarlo él al ver cómo reacciona la gente cuando lo mira.

—¡Ya! ¿Por eso te has olvidado de mí? Si no llego a venir a buscarte aún estarías bailando con él. ¿Solo bailabas con él por eso, porque te da pena?, ¿por eso no te apartabas de él?

—No te soporto cuando te pones celoso, un día vas a enfermar por ello. Y no vuelvas a alzarme la voz delante de nadie, no voy a permitírtelo.

—Pero…

—Lo que ha pasado es que sus historias en el campo de batalla eran muy interesantes y perdí la noción del tiempo, eso es todo. Anda, cambiemos de tema, no quiero enfadarme. —Él besó sus labios con una suave caricia y cuando intentó hacerlo con un poco más de pasión ella se lo impidió diciéndole—: Para, eso no está bien.

—Tengo ganas de que seas mía, Mónica, ¿cuánto más vas a hacerme esperar? ¡Casémonos ya! Todas tus amigas ya están casadas.

Sí, era cierto, y ninguna hablaba bien de la noche de bodas. Todas decían lo mal que lo habían pasado y peor era la convivencia diaria, todas coincidían en lo difícil que era tener que complacer al marido todos los días y no poder rechistar delante de él. Por eso ella no quería casarse, le daba miedo la noche de bodas y aún más perder su libertad.

En esa época el sexo era tabú, todo lo que las muchachas de la alta sociedad oían de él las asustaba. Todas decían que era doloroso, desagradable y una obligación que ellas debían cumplir

con sus maridos quisieran o no. Para muchas era así porque casi todos los matrimonios eran pactados, y a las que tenían suerte y se casaban por amor les daba mucha vergüenza confesar que disfrutaban con sus maridos en la cama, no fuera a ser que las trataran de golfas. Así que todas las jóvenes antes de su boda estaban aterradas esperando ese momento, y esa era una de las razones por las que Mónica no se acababa de decidir.

—Mónica, ¿qué te pasa? Estás en las nubes.

—Solo estaba pensando.

—No estarías pensando en ese hombre, ¿verdad?

—¡Ya estoy harta! Odio cuando te pones celoso. Voy a buscar a mi padre, quiero irme a casa.

Estaba enfadada y ya no deseaba estar con él, así que fue en busca de Estela para despedirse.

***

—Vaya, por fin te encuentro. ¿Dónde te has metido? No me lo digas, seguro que con esa tal Mónica —preguntó José a Jorge.

Jorge estaba tomándose una copa y mirando cómo Mónica había dejado plantado a su novio para irse a hablar con Estela, y no entendía el porqué, pero esa escena le había complacido mucho.

—Ojalá.

—Vamos, no disimules. Te he visto bailar con ella y bastante rato, por cierto.

—Sí, hasta que ha llegado el estúpido de su novio y me ha estropeado la noche.

—Parece que te gusta demasiado esa muchacha.

—¡Sí! Tanto como para ser la futura señora de Mendoza.

José soltó una carcajada y Jorge le clavó la mirada como dos puñales.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó sorprendido al ver la reacción de su amigo.

—Nunca en mi vida he hablado más en serio, el único problema es que ella aún no lo sabe —dijo haciendo reír a su amigo, después añadió sonriente—: Pero ya me conoces, cuando se me mete algo en la cabeza no paro hasta conseguirlo.

—Esta vez no sé si vas a lograrlo, no creo que deje a su novio por ti.

—Eso ya lo veremos.

—Entonces, ¿vas a contraatacar? ¿O nos vamos al pueblo a divertirnos?

—Voy a despedirme y nos vamos.

Nada más decir eso se acercó donde se encontraba Mónica hablando con Estela.

***

Mónica estaba despidiéndose de Estela dándole un beso y valor para aguantar la noche.

—Ya te contaré. No sé cuándo voy a poder ir a verte, pero espero que sea pronto. Voy a echarte mucho de menos —dijo con tristeza abrazando a su amiga.

—Y yo a ti. Pero tienes que venir a mi cumpleaños la semana que viene, si no, mataré a tu marido. Díselo de mi parte.

—Espero que quiera llevarme, ahora ya no puedo hacer lo que quiera, dependo de él.

—¡Tonterías! Tú dile que si no te lleva se las tendrá que ver conmigo. —Estela sonrió—. Ahora tengo que irme, mi padre me está esperando. Adiós. —Le dio un beso y se volvió rápidamente para marcharse, pero tropezó con alguien y perdió el equilibrio.

Justo cuando estaba a punto de caer, sintió unos fuertes brazos cogiéndola por la cintura y que la pegaron a un fornido cuerpo. Instintivamente, ella apoyó las manos en esos duros pectorales y al levantar la mirada se quedó paralizada. Cuando por fin consiguió reaccionar sus mejillas se tiñeron de rojo al ver esa mirada gris y penetrante, sabía perfectamente a quién pertenecía. Una sonrisa triunfante se dibujó en la cara de Jorge al verla tan aturdida por estar otra vez entre sus brazos. Con una voz aterciopelada que acarició todos sus sentidos, le habló al oído.

—Hola de nuevo, Mónica.

—Lo… lo siento. Discúlpeme, capitán, no le vi.

Mónica, avergonzada por lo que ese hombre era capaz de hacerle sentir con una simple mirada y unas palabras al oído, agachó la cabeza.

—No tiene que disculparse, siempre es un placer tenerla entre mis brazos —susurró en su oído.

—Bueno, pero ahora puede soltarme, ya no voy a caerme.

Se incorporó y levantó la cabeza para disimular su nerviosismo.

—¿Y por qué no me concede un último baile antes de irme? —Él no la soltaba, estaban tan cerca que podía oler su perfume, el cual le resultaba embriagador.

—Lo siento, capitán, pero tengo que marcharme. Mi padre me está esperando, y no quiero tener más problemas con mi prometido.

—¿Ha tenido problemas por mi culpa? Porque podría hablar con él, si me lo permite.

—No, gracias. Es mejor que no se interponga, puedo manejarle bien. Ahora, será mejor que me vaya.

Muy a su pesar Jorge tuvo que soltarla, no sin antes darle un beso en la mano, mirándola muy intensamente.

—Buenas noches, Mónica.

—Buenas noches, capitán Mendoza.



# VIII

## La Caprichosa

Después de la fiesta, los Serra habían vuelto a su casa acompañados por Estela y Sergio, puesto que allí era donde iban a vivir. Había sido decisión de Sergio y, como era de esperar, Estela no había podido dar su opinión. Él era el hombre, él mandaba y más teniendo el apoyo de sus padres, tanto los de él como los de ella. La decisión estaba tomada y desde esa misma noche el hogar de Estela sería la plantación de los Serra «La caprichosa».

Cuando Estela se metió en la cama se arregló bien el camisón, estaba aterrada y sentir la prenda tapándola hasta los tobillos le daba confianza. Al entrar Sergio en la habitación ya se había puesto él también el camisón. En esa época los hombres también lo usaban y no estaba bien visto que se vieran desnudos, ni siquiera después de casados. Así que, hicieran lo que hicieran, tenía que ser con camisón, o por lo menos eso decían los mayores.

Sergio se metió en la cama y enseguida se dio cuenta del miedo que sentía su mujer, así que se acercó a ella, la abrazó con fuerza y le habló con un tono de voz muy suave para tranquilizarla.

—No quiero que tengas miedo, no voy a obligarte a nada. Cuando estés preparada solo tienes que decírmelo. —Ella se quedó

atónita, no podía creer que él estuviera diciéndole eso.

—¿Estás hablando en serio? ¿No vas a obligarme a...? —Ni siquiera podía pronunciar las palabras sin morirse de vergüenza.

—Si te obligara me odiarías y eso no es lo que quiero. Me gustas mucho y sé que prácticamente acabamos de conocernos, así que entiendo tu miedo. Quiero que me quieras, no que me temas, como le pasa a la mayoría de las mujeres con sus maridos.

—Gracias. Pero si pensabas así, ¿por qué no intentaste cortejarme? Pediste mi mano a través de tu madre sin antes hablar conmigo, sin intentar siquiera conocerme.

—Si me hubiera acercado a ti me hubieras rechazado, de eso estoy seguro. Sé que mi físico deja mucho que desear y tú eres tan hermosa —le decía acariciándole la mejilla suavemente—. Desde el primer momento que te vi me quedé prendado de ti. Sabía que no estabas comprometida con nadie y no quería que ningún otro se me adelantara. Por eso hice que mi madre hablara con la tuya. Sé que lo más difícil va a ser conquistarte, pero si me das la oportunidad estoy seguro de que podré hacerte muy feliz. Sé que no nos conocemos, que no confías en mí y piensas que cuando hagamos el amor será doloroso y desagradable, por eso prefiero esperar. Quiero que tu primera vez sea algo especial y bonito, algo que puedas recordar con cariño, y no una obligación fría y desagradable que te deje un mal recuerdo. Porque eso pasaría si hiciéramos el amor ahora mismo, si te obligara a hacerlo.

Cuando le escuchó decir todas esas cosas se dio cuenta de que Mónica tenía razón. La belleza estaba en el interior, y en ese momento su marido le parecía el hombre más atractivo del mundo. Un impulso la llevó a darle un beso en los labios por primera vez sin sentirse obligada y, para su sorpresa, sintió una agradable sensación, así que le dijo con una voz muy dulce y mimosa:

—Si sigues por ese camino estoy segura de que podría llegar a enamorarme de ti. Solo te pido un poco de tiempo para poder conocerte.

Sergio levantó su mentón y mirándola a los ojos con mucha intensidad, le habló con mucha calma.

—Puedes tomarte el tiempo que necesites, pero recuerda una cosa: me muero de ganas de hacerte el amor. —Estela se puso colorada y él le sonrió dándole un beso muy tierno en los labios—. Buenas noches, cariño.

—Buenas noches… y gracias.

Estela se acurrucó en sus brazos y en ese momento sus miedos desaparecieron. Se sentía feliz por tener la suerte de haberse casado

con un marido tan comprensivo y maravilloso. Ahora sí estaba segura de que podría llegar a ser feliz con su esposo y de que su madre había elegido un buen marido para ella, igual que había hecho con su hermana Lucía. En eso tampoco se había equivocado Mónica.



# IX

## Los Valles de Salazar

Jorge estaba en el club. Allí se reunían todos los caballeros a conversar, tomar unas copas, jugar a las cartas, hablar de negocios… José había vuelto al cuartel, pero él se había quedado en un hotel hasta que sus vacaciones acabaran. Iban a ser largas porque después de la muerte de su padre ya no quería seguir en el ejército, ya que si estaba allí era por él.

Había cogido una excedencia, pues necesitaba tiempo para volver y para resolver el asunto que lo había llevado hasta allí. También quería ver de nuevo a Mónica, ya que no se la podía quitar de la cabeza. El problema era que no sabía dónde encontrarla. Incluso había pensado en ir a casa de Sergio y que su mujer le dijera dónde vivía. Estaba dispuesto a conquistarla y por lo menos tenía que intentarlo.

—¿Capitán Mendoza?

—Sí.

Cuando Jorge se giró y vio a ese hombre el corazón se le heló en el pecho. Estaba preparado para ese encuentro, pero aun así el impacto fue muy grande. Al descubrir la repulsión en su mirada,

sintió ganas de asesinarlo en ese mismo instante. Pero Ernesto se repuso rápidamente de la impresión que le causó esa cicatriz y con una sonrisa le preguntó:

—¿Es usted el capitán Mendoza?

—Sí, soy yo. ¿Quién es usted?

Tuvo que llenarse de paciencia para ser amable con él en vez de matarlo ahí mismo, que en realidad era lo que le apetecía hacer.

—Soy Ernesto Salazar. Es un placer conocerle por fin. —Le tendió la mano y Jorge tuvo que hacer un esfuerzo muy grande para devolverle el saludo—. Pocas veces disfrutamos del honor de tener entre nosotros a un oficial del ejército tan condecorado como usted. Sé que estuvo en la boda del pequeño de los Serra, yo también, pero no coincidimos.

—El placer es mío —dijo rechinando los dientes intentando ser amable.

—¿Puedo sentarme?

—Pues claro, ¿quién se lo impide?

—¿Sabes, Ernesto? Jorge estaba hablándonos de esas nuevas máquinas —le informó José Serra, padre de Sergio—, esas que recogen las cosechas sin necesidad apenas de esclavos.

—¿Usted ha visto esas máquinas?

—No. Pero me han dicho que son increíbles. No se habla de otra cosa en la ciudad. Acaban de abrir una factoría donde tienen una máquina para que la gente pueda verla y cuando la compras te mandan una nueva. Vienen de Alemania, por eso las traen por encargo y a cuentagotas. He oído que los que las tienen están encantados porque han doblado en solo una cosecha la producción de sus plantaciones. Ya sabes, menos esclavos para trabajar y tener que alimentar, y más siembra recogida. ¡Todo un éxito!

—Es increíble. ¿Usted me daría la dirección? —preguntó Ernesto.

—Pues claro.

—Iré la semana que viene. Este fin de semana es el cumpleaños de mi hija y no puedo ausentarme. ¿Quiere venir? Está usted invitado a la fiesta. Para mi hija y para mí será un honor tenerle en casa.

En ese momento Jorge no pudo evitar pensar en Mónica y aceptó la invitación de Ernesto, aunque fuera lo que menos le apeteciera hacer en el mundo. No deseaba volver a verlo, a no ser que fuera para ajustar cuentas pendientes, y mucho menos ir al cumpleaños de su hija y tener que presentarle sus respetos. Pero sabía que Mónica estaría allí después de que Ernesto le dijera que

había estado en la boda de los Serra, así que lo más normal era que Mónica también estuviera en el cumpleaños de la señorita Salazar. Incluso pudiera ser que fueran amigas, y por volver a verla era capaz de ir al mismísimo infierno si fuera necesario.

Quería volver a hablar con ella, bailar con ella, tenerla entre sus brazos y que ella le hiciera volver a sentir esa sensación que le invadía cuando la tenía cerca, por su forma de mirarlo se sentía un hombre normal. Eso no solía pasarle nunca y Mónica era la única persona que después de tantos años le miraba y le hacía olvidar que su cara estaba deforme.

—Será un placer, allí estaré.

—No puedo creer que estés interesado en esas máquinas —dijo José—. Tienes muchos esclavos, ¿para qué las necesitas? Son máquinas muy caras y tendrías que hacer una inversión muy grande. ¿Crees que te interesa? Es muy arriesgado.

—Pues claro que me interesa. Desde que oí hablar de ellas tenía curiosidad, y después de lo que ha dicho el capitán Mendoza estoy convencido. Esos malditos negros cada vez trabajan menos, muchas veces se me queda la mitad de la cosecha por recoger y eso me hace perder mucho dinero. A la larga, seguro que salgo ganando. En cuanto empiece a funcionar podría vender la mitad de los negros y me ahorraría tener que darles de comer, sin mencionar el dinero que ganaría al venderlos. Creo que es perfecto.

—Yo de ti esperaría un tiempo. Todos hablan de ellas, pero nadie ha visto esas máquinas.

—Yo podría acompañarle, la semana que viene tengo que hacer algunas cosas en la ciudad.

—Entonces iremos juntos, capitán.

—Pero no querría que después me echara a mí la culpa si algo sale mal.

—No se preocupe, soy capaz de afrontar mis propias decisiones —sonrió—. Y usted no va a obligarme a comprarlas, ¿verdad?

—No. Puede estar seguro. Jamás decido con el dinero de los demás.

—Eso dice mucho de usted, y me gusta.

***

Esa misma tarde Mónica había ido al pueblo con Tula, quería recoger el vestido que le habían hecho para lucirlo en su fiesta de cumpleaños. Jorge estaba en el balcón de su hotel cuando la vio entrar en la tienda e inmediatamente se arregló y salió en su busca.

Cuando entró en el local y la vio Jorge quedó embobado. Hacía cuatro días que no la veía y estaba preciosa hablando y riendo con la dueña del establecimiento. Le gustaba su manera de hablar, moverse, gesticular, todo en ella le parecía encantador. Así que, movido por un impulso, compró un ramo de rosas rojas a una de las dependientas.

Era un comercio solo para mujeres donde había de todo: flores, perfumes, vestidos hechos a medida, sombreros, guantes… Cualquier cosa que desearan podían encontrarla en esa tienda, todo era selecto y muy caro.

Se acercó hasta ella con el ramo de rosas ocultando su rostro y, situándose a su espalda, le tocó el hombro. Ella se giró y cuando vio las flores pensó que era Arturo.

—Son preciosas, pero prefiero un beso —coqueteó.

—Sus deseos son órdenes para mí. —Al tiempo que hablaba, Jorge bajó el ramo descubriendo su cara y a Mónica le dio un vuelco el corazón.

Jorge agachó lentamente la cabeza para besarla y a ella se le cortó la respiración. Le dio un beso en la mejilla suavemente y vio cómo se ponía colorada, entonces le sonrió.

—No vuelva a hacer eso —Mónica estaba avergonzada mirando a todos lados—, ¿qué va a pensar la gente de mí?

—Lo siento, pero no pude resistirme. —La miró con picardía y añadió—: Además, usted me lo pidió, y debería agradecerme que pueda controlarme porque no era ahí precisamente donde quería besarla.

—Pensé que era usted mi novio —intentó aclararle rápidamente —, por eso le pedí un beso.

Nada más decir eso se dio cuenta de su error, ya que Jorge era mucho más alto y ella debería haberse dado cuenta inmediatamente.

—Podría serlo si usted quisiera —dijo haciéndola reír.

—Otra vez vuelve a coquetear conmigo, capitán. ¿No se da por vencido?

—No. Sobre todo cuando algo me interesa, y usted me interesa demasiado.

—¿Qué hace aquí?

Tenía que cambiar de conversación para que él dejara de mirarla así, porque si no empezaría a ponerse nerviosa y no quería que él se diera cuenta. Era el único hombre que conseguía que ella perdiera la compostura, aunque en realidad era el único hombre maduro que coqueteaba con ella. Mónica estaba acostumbrada a los muchachos

de su edad como Arturo, a ellos sí podía controlarlos con unas palabras. Pero Jorge era demasiado intenso y no sabía cómo refrenarlo.

—La vi entrar y quise saludarla, y de paso pedirle un favor.

—Estaré encantada de ayudarle. ¿Qué es lo que necesita? —preguntó con una sonrisa dejándole cautivado.

—Tengo un compromiso, un cumpleaños, y no tengo ni idea de qué comprar para regalar a una muchacha. No la conozco y le estaría muy agradecido si me ayudara a salir de este aprieto.

—¿De quién se trata?

—Ya le he dicho que no la conozco. Me presentaron a su padre hace dos días y me invitó a la fiesta. No me apetecía nada ir, pero de repente pensé que podría ser que usted fuera y pudiera volver a verla, por eso acepté. Solo sé que se llama Salazar, Ernesto Salazar.

—¿Salazar?

A Mónica le dio la risa. No podía creer que él no supiera que ella era Mónica Salazar. Pero inmediatamente recordó que, cuando los presentaron, Sergio lo hizo como Mónica. En ningún momento mencionaron su apellido.

—¿De qué se ríe? —preguntó confuso.

—De nada. Está bien, le ayudare a elegir el mejor regalo.

—¿Conoce a la señorita Salazar? —se interesó mientras la seguía paseando por la tienda.

—Sí, bastante bien —cogió un frasco de perfume—, y le puedo asegurar que esto le va a encantar. Es su perfume preferido.

—¿Un perfume? Eso es un regalo demasiado personal, ¿no cree? No la conozco, ¿y si no le gusta?

—Confíe en mí, le encantará. Ahora mismo lo llevo puesto y huele muy bien.

—¿Me permite? —Él agachó la cabeza y, cogiéndola por la cintura, la arrastró hacia él, acercó la punta de la nariz a su cuello y aspiró su perfume quedando extasiado. Entonces, le preguntó al oído—: ¿Qué es?

—Esencia de jazmín. —Mónica contestó con hilo de voz al sentirlo tan cerca.

Él, sin poder moverse de su lado, volvió a aspirar su perfume y susurró en su oído:

—¡Dios, Mónica! Me estás volviendo loco.

Sin poder controlarse, la apretó más contra su cuerpo y justo en ese momento fue cuando ella reaccionó poniendo las manos en su pecho para apartarse de él muy nerviosa.

—Por favor, capitán, acabará usted poniéndome en un

compromiso.

—Lo siento. Bueno, no lo siento.

Mónica escondió en sus labios una sonrisa, pero al mismo tiempo no dejaba de mirar hacia los lados por si alguien los había visto y se tranquilizó al descubrir que no había nadie en la tienda y que estaban en un rincón apartados de las miradas de las dependientas.

—Compórtese como un caballero, o me marcharé y no volveré a ayudarlo.

Jorge sonrió y le hizo una pequeña reverencia.

—Tiene usted razón, discúlpeme, me comportaré como un caballero. Pero busquemos otra cosa.

—¿Por qué? Creí que le había gustado el perfume —se sorprendió.

Él respondió con una sonrisa muy picara.

—Y me ha gustado mucho, ¡demasiado! Por eso no quiero que otra mujer huela como usted. —Ella se quedó mirándolo sin saber qué decir, asombrada pero complacida al mismo tiempo—. No me cansaría de oler ese perfume nunca, Mónica, pero en su piel. Además, sabe que por más que la gente use el mismo perfume en ninguna de ellas olerá igual y no creo que ninguna pueda competir con usted. Elija otra cosa para esa muchacha, no me importa lo que sea.

—¿Qué le parece esto? —Cogió un abanico blanco con puntilla muy bonito y, abriéndolo, tapó su cara dejando solo los ojos a la vista de él. Después parpadeó muy rápido haciéndole reír—. Es bonito, ¿verdad?

—¿Le gusta?

—Sí.

—Pues espero que a ella también. Espéreme aquí, voy a pagar.

—Estaré fuera.

Cuando salió la vio en un coche de caballos, dándole instrucciones a una esclava para que colocase unos paquetes detrás. Estaba oliendo las rosas que él le había comprado.

—¿Ya ha terminado con sus compras?

—Sí. Ahora solo espero que me deje invitarla a una limonada por las molestias.

Mónica lo miró pensativa unos segundos.

—Se lo agradezco, pero no puedo aceptar. Recuerde que estoy prometida. ¿Qué diría la gente si me vieran con usted?

—Pensé que no era usted de esa clase de muchachas que se deja manipular por su novio o que le importe mucho lo que diga la

gente.

Mónica seguía oliendo las rosas y mirándolo por encima de ellas, volviéndole loco con esos ojos tan increíblemente azules.

—Mi novio no me manipula y yo puedo hacer lo que quiera.

—¡Demuéstremelo! —exclamó desafiante—. Deje que la invite a una limonada y le juro que me portaré bien.

—¿Dónde?

—En mi hotel. Seguro que no ha tomado otra limonada igual. ¡Está buenísima!

—No puedo entrar en su hotel con usted, si me vieran el chisme correría como la pólvora.

Sabía que deseaba tomar esa limonada, que quería estar con él por su manera de mirarlo y por no rechazar su invitación inmediatamente, como haría cualquier otra muchacha. No, ella estaba allí indecisa, queriéndose ir, pero sin poder alejarse, y por Dios que él no la dejaría escapar. Le quitó el ramo de rosas y se lo dio a la esclava de Mónica diciéndole:

—Espera aquí a la señorita, no tardaremos demasiado. —Cogió la mano de Mónica, la enredó en su antebrazo y cruzó la calle con ella para entrar en su hotel—. Vamos, ¿de qué tiene miedo? Pensé que era usted una muchacha moderna. No hay nada de malo en que dos amigos tomen una limonada juntos.

—Capitán, no debería…

—Tonterías. —Empezó a andar arrastrándola con él.

Cuando entraron al hotel Mónica quedó muy sorprendida, era muy bonito y lujoso. Las lámparas, los sofás, las alfombras, todo allí parecía valer una fortuna. Él la acompañó hasta una mesa en el salón y la ayudó a sentarse. Todos los hombres la miraban, ya que era la única mujer que había allí, y ella empezó a ponerse nerviosa.

—Una limonada muy fría, por favor —pidió Jorge al camarero que se había acercado a la mesa nada más verlos entrar.

—Sí, capitán Mendoza.

Cuando el camarero se fue ella le dijo:

—No debería estar aquí, todos me miran —habló muy bajito y bastante avergonzada, y él no pudo evitar reírse—. No se ría. Hasta que no consiga meterme en un aprieto no se dará por satisfecho, ¿verdad? No sé qué hago aquí con usted.

—No se preocupe. Mientras no subamos a mi alcoba su reputación estará a salvo y la cosa no pasará de aquí.

—¡Ay, Dios! Es usted incorregible. —Pero Mónica no pudo evitar reírse.

—No puede usted culparlos, solo están admirando su belleza y

muriéndose de envidia pensando en la suerte que tengo.

—Adulador. —Los dos se echaron a reír.

A Mónica le gustaba estar con él, se divertía, y eso no solía pasarle con el sexo masculino. Cuando vio que él sacaba una caja de su bolsillo y se la ofrecía le preguntó, sorprendida:

—¿Qué es esto?

—Un regalo por las molestias. ¡Ábralo!

Al ver el frasco de perfume se quedó atónita.

—No puedo aceptarlo, es un perfume muy caro.

—Eso no importa, ya le dije antes que solo quiero olerlo en usted. Me conformaré con que cada vez que nos veamos usted huela a jazmín.

Mónica abrió el frasco sonriendo, se echó un poco en el cuello y bromeó.

—Creo que no ha hecho una buena inversión, no creo que pueda olerlo desde ahí.

—¿Podría acercarme? —Su voz y su manera de mirarla eran toda una provocación que le hacían ruborizarse como a una niña.

—¡No! Creo que será mejor que siga donde está.

A Jorge le dio la risa y le complació esa manera de sonrojarse ante su comentario.

El camarero les trajo la limonada y pasaron un rato muy agradable, conversando y riéndose muy a gusto los dos juntos, hasta que ella le dijo que tenía que irse y a él le cambió la cara de golpe.

—No me mire así, capitán. Me lo he pasado muy bien, pero es tarde ya.

—¿La veré en la fiesta de la señorita Salazar? —preguntó antes de salir del hotel.

—Puede estar seguro, allí estaré.

—¿Me guardará un baile? Aún me sigue debiendo uno.

—Ya pagué esa deuda, capitán, ¿no lo recuerda?

—No. Recuerdo que la arrancaron de mis brazos, así que su deuda sigue en pie.

—Entonces tendré que consultar mi carné. —Sonrió sorprendiéndole por sus palabras.

Cuando estaba a punto de salir por la puerta del hotel él la cogió del brazo y la arrinconó contra la pared susurrando su nombre.

—Mónica…

—¿Qué hace? —Ella se asustó al sentirlo tan cerca.

—Solo quiero volver a oler su perfume, deje que disfrute de mi inversión, aunque solo sea unos segundos.

Rodeó su diminuta cintura con sus enormes manos y la acercó

muy despacio hacia él, ella puso las manos en su pecho para evitar que se acercara diciéndole muy nerviosa:

—Jorge, por favor, no haga eso. —La voz le temblaba pensando que él iba a besarla.

—No se preocupe, le prometí que me portaría bien, solo necesito recordar su aroma hasta que vuelva a verla. —Envolviéndola entre sus brazos y pegándola a su cuerpo, hundió la punta de la nariz en su cuello para aspirar su aroma como si absorbiera su último aliento y, sin poder contenerse, le besó suavemente el cuello una y otra vez trepando hasta su oreja para decirle al oído mientras la sentía temblar entre sus brazos—: Creo que será mejor que se vaya o no podré responder de mis actos. —Con un gran esfuerzo, se alejó de ella—. La acompañaré hasta su coche.

Mónica, sin poder hablar, salió rápidamente del hotel. Hasta las piernas le temblaban. Se dirigió hacia su coche, que seguía en el mismo sitio esperándola, con el corazón latiéndole desbocado. Cuando Jorge la cogió del brazo para ayudarla a subir sintió un gran placer al ver sus mejillas sonrosadas porque estaba completamente seguro de que ese momento de intimidad que habían compartido la había alterado tanto a ella como a él.

—Capitán, yo…

—Nos vemos el sábado. —No era una pregunta, sino una afirmación—. Estaré esperando ansioso ese momento para volverla a ver, Mónica, y por favor, prométame que me guardará un baile. —Le dio un beso en la mano como despedida.

—Se lo prometo. En cuanto llegue a casa voy a apuntarlo en mi carné de baile por si se retrasara. Adiós, capitán. —Le dedicó una sonrisa y le hizo una seña al cochero.

Cuando se alejaban, Tula la reprendió.

—No debería haber entrado con ese hombre a su hotel, mi niña, la gente podría hablar mal de usted.

—¿Por qué? Solo hemos tomado una limonada y conversado un rato, ha sido muy divertido. No creo que haya nada malo en eso.

Se dejó caer en el asiento, cogió el ramo de rosas de las manos de Tula y volvió a olerlas, sonriendo y suspirando por el capitán Mendoza.

No podía dejar de pensar en él y en los momentos que había pasado a su lado, en cómo se había sentido al encontrarse rodeada por su cuerpo y por esos brazos tan musculosos. Había sido una sensación muy placentera, pero también se había asustado por su cercanía. Ni siquiera Arturo la había abrazado nunca así, y si lo había hecho no había sentido nada parecido.

***

Cuando se metió en la cama esa misma noche no podía dormir pensando en él. Se levantó de la cama de golpe cogiendo un carné de baile y apuntó a Jorge en él, el primero en la lista. Sonrió y volvió a acostarse, nerviosa, imaginando qué pasaría el sábado cuando volvieran a verse. Se quedó dormida y soñó con unos ojos grises que la miraban con anhelo.

A él le pasaba lo mismo, había estado toda la tarde sin poder sacársela de la cabeza como un adolescente y tampoco pudo conciliar el sueño cuando se tumbó en la cama. Necesitaba volver a verla, tenerla en sus brazos, besarla, el deseo era tan grande que le pesaba en el pecho y le ahogaba. Hacía muchos años que no deseaba a una mujer tanto como a Mónica y estaba dispuesto a decirle lo que sentía la próxima vez que la viera. Él estaba seguro de que ella sentía lo mismo, lo había notado cuando la había abrazado en la puerta del hotel. Había sentido cómo su cuerpo temblaba entre sus brazos, cómo su respiración se entrecortaba, cómo se deshacía. Iban a ser los dos días más largos de su vida.



# X

## Nube Blanca

Era su fiesta de cumpleaños y Mónica estaba muy nerviosa pensando en cómo reaccionaría al volver a ver a Jorge. Tenía que actuar con indiferencia para que él no notara que se moría de ganas de verlo porque si él se daba cuenta ella estaría perdida, y no podía dejar de preguntarse por qué le pasaba eso. Con Arturo nunca tuvo esa sensación, nunca sintió mariposas en el estómago pensando en él, nunca la ponía nerviosa con una simple mirada, y se decía a sí misma que era por el hecho de conocerlo desde que eran niños.

Esperaba con impaciencia que llegara Estela para poder contárselo todo, y también para saber cómo estaba su amiga después de su noche de bodas. Se había pasado la semana pensando en ella y queriendo saber si de verdad era tan malo como todos decían, si su marido se portaba bien con ella o si no era capaz de hacerla feliz. Seguro que las ganas de matarlo no se las quitaría nadie si veía a su amiga triste y deprimida, como le pasaba a Susan desde que se casó con ese hombre tan desagradable.

***

Según iba apareciendo la gente todo eran besos, felicitaciones y regalos. Cuando llegó Estela, Mónica la cogió del brazo y se la llevó al jardín evitando a los invitados que llegaban. Ya no quería que siguieran felicitándola, quería estar a solas con ella para que le contara todo con pelos y señales.

—¡Y bien! ¿Cómo fue? ¿Te dolió mucho? ¿Es tan horrible como dicen? ¿Estás bien? ¿Te hace feliz? ¿Tengo que matarlo?

—No puedo contestar a tantas preguntas a la vez.

—¡Pues de una en una, mujer! —gritó impaciente—. Llevo toda la semana esperándote, ya no puedo más.

—Está bien, lo intentaré —dijo muerta de risa Estela al ver la inquietud de su amiga—. Pues no me dolió, no sé si es tan horrible como dicen, estoy muy bien, me siento muy feliz y, por favor, no lo mates, no quisiera quedarme viuda tan pronto. Ya te avisaré si un día de estos quiero librarme de él. —Mónica la miró extrañada y Estela no pudo evitar reírse a carcajadas nuevamente al ver la cara de su amiga—. No me mires así, aún no ha pasado nada.

—¿A qué te refieres? —Cuando Estela le contó lo que había ocurrido la noche de bodas y lo que le dijo su marido se quedó sorprendida—. ¿Y a qué estás esperando? ¿A ver si se cansa y se va con otra? Ya sabes lo que dicen de los hombres, que si no están satisfechos te dejan por otra. No puedes perder a un hombre como ese. Fíjate que ya me cae bien.

—Lo sé, pero él es tan caballeroso que me da vergüenza ser yo quien lo busque. Además, eso no estaría bien visto, ¿no?

—Es tu marido, no veo por qué tendría que estar mal visto, y estoy segura de que te estará esperando ansioso tal y como te dijo, así que tienes que hacerlo. Pobrecito, debe estar desesperado. —Las dos se echaron a reír—. ¿Dormís separados?

—No. ¿Por qué?

—Porque entonces tampoco es tan difícil, mujer. Solo tienes que darle un beso de buenas noches, detrás de otro y otro, hasta que él ya no pueda resistirse. —Estela volvió a reírse.

—Puede que te haga caso. ¿Y tú cómo sabes todo eso si aún no estás casada?

—Hija, tampoco hay que ser tan inteligente ni estar casada para saber que si a un hombre le dejas besarte más de una vez, estás perdida.

—Eres tremenda —se rio Estela.

—Tengo que contarte algo.

Cuando Mónica le contó todo lo que había pasado con Jorge, Estela se quedó atónita.

—Vaya, es muy atrevido. Y tú no debiste ir a su hotel. Por Dios, Mónica, te besó en el cuello. Si Arturo se entera no quiero ni pensar lo que podría pasar con lo celoso que es. Seguro que enloquecería.

—Pues no veo dónde está el problema. Entre Jorge y yo no ocurrió nada, y lo pasé muy bien. Solo somos amigos.

—No creo que ese hombre busque solo tu amistad, no seas tan ingenua. ¿Y qué amigo besa a una mujer prometida en el cuello?

—¿Tú crees que quiere…?

—No puedo creerlo, ¿te gusta? —preguntó sorprendida.

—No lo sé, pero me gusta estar con él.

—Pues ahí lo tienes, justo detrás de ti.

Cuando Mónica escuchó eso, el corazón le dio un vuelco y se volvió con la respiración entrecortada para verlo. Fue entonces cuando se dio cuenta de que sí, Estela tenía razón: estaba empezando a sentir algo muy profundo por ese hombre.

—Hola, Mónica, es un placer volver a verla.

Jorge le besó en la mano y ella le sonrió muy, muy nerviosa por esos sentimientos que acababa de descubrir que tenía hacia él.

—A-a mí también me alegra verlo, capitán. Pero es de muy mala educación presentarse en un cumpleaños y no felicitar a la homenajeada.

—Eso puede esperar, prefiero hablar con usted… ¿Cómo sabe que aún no he felicitado a la señorita Salazar? —preguntó confuso, ella empezó a reírse a carcajadas—. ¿Por qué se ríe? —inquirió más confuso todavía.

—Es evidente que aún no sabe quién soy yo, ¿verdad, capitán?

—¿Y quién es? —Puso una sonrisa cautivadora.

—Soy Mónica Salazar. —Tendió la mano como si estuviera presentándose por primera vez.

A Jorge le cambió el semblante en cuanto escuchó su apellido, su sonrisa desapareció y sus ojos se volvieron grises y fríos como el acero.

—¿Ha dicho Salazar? —preguntó tan frío como su mirada.

Ella se quedó helada al ver cómo la miraba, bajó la mano que él había ignorado y le dijo asustada:

—¿Está usted bien? ¿Le pasa algo?

—¿Es la hija de Ernesto Salazar?

—Claro, somos los únicos Salazar que quedan en este condado.

—Discúlpeme. —Se dio la vuelta y se fue sin dar ninguna explicación.

—¿Qué le habrá pasado? Es como si mi apellido le hubiera molestado. Qué extraño.

Mónica se quedó un poco desconcertada y desconsolada, él siempre había sido muy simpático y amable. De repente, no pudo evitar pensar en la tarde que habían pasado cuando se encontraron en la tienda, y ver cómo la había mirado hacía apenas unos instantes con tanto desprecio la puso triste, y al mismo tiempo de mal humor.

Pero en cuanto llegó Arturo decidió olvidarse de todo y divertirse. Era su cumpleaños y nadie iba a fastidiarle la fiesta. Aunque le había dolido muchísimo el desplante de Jorge y no lograba entender por qué.

***

Jorge estaba mirando por la ventana. No podía dejar de observar a Mónica, que estaba con sus amigos y su novio en el jardín. Parecía divertirse. Era muy joven, muy hermosa y muy coqueta. Llevaba un vestido blanco con florecitas moradas, una lazada morada le ceñía su pequeña cintura, al igual que los tirantes que le caían por los hombros bordeando todo el escote por delante y por detrás del mismo tono de la lazada. El vestido era bastante escotado y en su cuello lucía un estupendo collar de diamantes y zafiros. Estaba preciosa, pensaba Jorge sin poder dejar de mirarla.

Podía ver cómo sus amigos se desvivían por complacerla, cómo Mónica iba apuntando en su carné de baile a todos esos muchachos que querían bailar con ella y cómo al estúpido de su novio se lo comían los celos. No dejaba de pensar que era un pelele por permitir que todos esos muchachos la avasallaran de esa manera. Si él estuviera en su lugar jamás la compartiría con nadie y le prohibiría que coqueteara con otros hombres.

«¿Por qué tiene que ser una Salazar? ¿Y precisamente la hija de Ernesto Salazar?», se preguntaba a sí mismo. Ernesto era el único hombre en la faz de la tierra al que detestaba por encima de todas las cosas. La rabia lo consumía por dentro. De todas las muchachas que había en el mundo, ¿por qué precisamente ella tenía que ser su hija? Todos sus planes se habían ido al garete, ya que nunca podría estar con una Salazar a no ser que fuera para hacerle daño, y él no deseaba lastimarla, pero tampoco podría volver a ser amable con ella.

Aunque lo que más le molestaba en todo este asunto era que ella no le hubiera dicho desde el principio quién era, si lo hubiera hecho él nunca se hubiera hecho ilusiones con ella y ahora no le estarían carcomiendo la rabia y la impotencia.

—¡Ha venido! —exclamó una voz a sus espaldas—. ¿Por qué está aquí tan solo? Venga, le presentaré a mi hija.

Jorge respiró profundamente intentando calmarse un poco para poder seguir allí, en vez de poner una excusa y salir corriendo de esa casa, que era lo que deseó hacer en cuanto supo que Mónica era una Salazar.

—Será un placer conocer a su hija —mintió con el mentón apretado intentando controlar su ira. Justo cuando ellos salían, Mónica entraba.

—Mónica, ven. Quiero presentarte a un amigo.

Mónica lo miró muy seria, pues seguía enfadada por el desplante que le había hecho.

—Lo siento, papá, pero ahora no puedo. Tengo que ir a por una cosa que me ha pedido Estela.

—No seas maleducada y ven aquí ahora mismo, jovencita.

Se acercó resignada, pero seguía igual de enfadada sin querer mirar a Jorge.

—No te preocupes, papá, ya nos conocemos. ¿Verdad, capitán Mendoza? Y también me ha felicitado, ha sido ¡muuuy amable! —exclamó con sarcasmo—. Ahora, tengo que irme.

—Espera un momento. —Su padre, que la conocía muy bien, la cogió del brazo y le preguntó—: ¿Qué te pasa, cariño? ¿Estás enfadada?

—No, pero tengo que irme.

—Un momento, me están llamando. ¿Puedes acompañar al capitán Mendoza un segundo? Vuelvo enseguida. Pórtate bien y sé amable con nuestro invitado. —Cuando su padre se fue ella se dirigió muy seria a Jorge mirándolo por primera vez.

—No creo que usted necesite compañía y menos la mía, así que discúlpeme —dijo enfadada. Cuando fue a darse la vuelta para marcharse él la cogió por el brazo.

—Su padre le ha ordenado que me haga compañía, así que no puede irse.

—Usted no puede decirme lo que puedo o no puedo hacer, no tiene ningún derecho. Así que suélteme y déjeme ir. —Jorge la atrapó por la cintura y la acercó hacia él.

—¿Y si no quiero? ¿Y si quiero tener ese derecho sobre usted? —Su mirada estaba llena de furia y también de deseo.

—¡Está usted loco! —Lo miró extrañada y asustada por esa mirada tan intensa—. Eso nunca va a pasar —añadió muy segura de sí misma.

—Podría pedir su mano y convertirme en su dueño. —Al

escuchar esas palabras, Mónica se quedó sin respiración—. Por una buena dote no creo que su padre se negara.

—Mi padre jamás me vendería, por muy buena que fuera su dote.

—¿Está segura? —la desafió.

—Completamente. Usted no conoce a mi padre. Él me adora y jamás me obligaría a que me casara con nadie ni a hacer nada que yo no quisiera. Y ahora, ¡suélteme!

—No, hasta que me diga si me apuntó en su carné de baile. Me lo prometió, ¿recuerda? Y me muero de ganas de volver a bailar con usted.

—Ha perdido cualquier oportunidad de volver a bailar conmigo. Primero, porque ya no quiero volver a bailar con usted, y segundo, porque mi carné está lleno. Y no, no le apunté. —Justo en ese momento él la soltó mirando por encima de su hombro.

—Bueno, ya estoy aquí. Mónica, espero que hayas sido amable con mi invitado —comentó su padre detrás de ella.

—No puedo quejarme —dijo Jorge mirándola con burla—. Aunque no he llegado a tiempo para que escriba mi nombre en su carné de baile, es una lástima.

—No puedo creerlo. ¿Ya tienes el carné lleno y aún no ha empezado el baile?

—Sí. Y ahora tengo que irme, si me disculpan. —Salió corriendo hacia el jardín como si huyera de su peor enemigo.

***

—Vaya cara que traes, ¿qué te pasa? ¿Y dónde está el chal? —preguntó Estela.

—Para el chal estoy yo. ¡Dios mío, mira! —Le enseñó sus manos que aún estaban temblando—. No entiendo qué le pasa a ese hombre. El día de tu boda y antes de ayer fue tan amable y simpático, y ahora me mira como si quisiera matarme. Y lo que me ha dicho ha sido horrible. —Cuando le contó todo lo que Jorge le había dicho, Estela se quedó muy sorprendida.

—¡No puedo creerlo! Quizá se haya enamorado de ti. El día de mi boda te miraba bastante embobado. Igual está molesto porque estás comprometida.

A Mónica le ponía nerviosa solo imaginar que ese hombre pudiera estar enamorado de ella. Aunque era bastante imposible por la forma en que la había mirado hacía apenas unos minutos, como si ella fuera su peor enemigo.

—No digas eso. Además, no creo que sea ese el motivo. Ha intentado comprarme por una muy buena dote, según él. ¡Será estúpido!

—Anda, no seas exagerada. Primero, no ha intentado comprarte, solo lo ha insinuado, y no creo que lo hiciera, sabe que estás comprometida. Igual solo quería molestarte. Y todo el mundo da una dote para casarse, no seas tan orgullosa.

—Yo no necesito que nadie dé una dote por mí. Digas lo que digas para mí es como si te compraran. Y eso es lo que no entiendo. ¿Por qué querría molestarme? Es muy extraño. —Estaba muy confundida con todo lo que estaba pasando.

En la boda de Estela y en la tienda él estuvo muy amable. Incluso juraría que intentó besarla, cosa que la puso muy nerviosa y le hizo sentir mariposas en el estómago. Pero ahora se comportaba de una manera muy extraña y parecía otro hombre muy distinto, frío y arrogante. Daba gracias por no haberle dicho antes que sí estaba apuntado en su carné de baile, y además el primero; no había dejado de pensar en él en toda la tarde y por eso lo apuntó como le había prometido. Pero estaba enfadada por su reacción al saber que era una Salazar y no quería bailar con él, por eso le había mentido.



# XI

## Nube Blanca

Jorge estaba hablando con Ernesto, necesitaba saber hasta dónde llegaba la relación de Mónica con ese pelele, así que sin poder contenerse le preguntó:

—Su hija es muy hermosa, ¿no ha pensado en casarla?

—¿No me diga que está interesado en ella? Porque me daría mucha pena tener que decirle que no. Aunque no me disgustaría tener como yerno a un hombre tan importante como usted: capitán del ejército, condecorado en dos ocasiones, rico, de la alta sociedad. Lo que no entiendo es cómo aún sigue soltero.

—No he encontrado a la mujer adecuada todavía, creo que soy demasiado exigente. Pero no se equivoque, no lo decía por interés propio. Solo que me parece extraño que siga soltera. Por su edad, claro. Acaba de cumplir los veinte, ¿no es así?

—Sí.

—Con esa edad casi todas las muchachas ya están casadas, a no ser que no consigan pretendiente, y no creo que ese sea el problema de su hija. Es demasiado hermosa y seguro que le sobran candidatos.

Ernesto sonrió orgulloso.

—Tiene razón, ese no es el problema. Los muchachos hacen cola

en la puerta por ella, pero ella aún no quiere casarse. No sé cuántas veces Arturo le ha pedido que se case con él, pero no hay manera, ella no se decide. Creo que no quiere perder su libertad.

—¿Y usted no quiere que se case?

—Pues si quiere que le sea sincero, no, no quiero que se case.

—¿Por qué?

—Verá, ella es la niña de mis ojos, lo más valioso que poseo. No sabría qué hacer sin ella y jamás la obligaría a casarse, nunca la obligaría a hacer nada que no quisiera. Además, cuanto más tarde en casarse, más tiempo podré disfrutar de ella, ¿no le parece? —Jorge lo miró, pero no dijo nada. Necesitaba saber cualquier detalle que ese hombre pudiera proporcionarle—. Sé que suena egoísta, pero cuando una hija se casa deja de pertenecerte a ti para ser del marido, y me va a costar mucho asimilar eso. Su madre murió cuando era muy pequeña y siempre hemos estado muy unidos. Ella es lo más importante para mí y lo único que deseo en esta vida es verla feliz. Por eso jamás la obligaría a casarse, eso solo depende de ella.

—Le entiendo. Yo no pretendo robársela, solo me conformaría con un baile —dijo intentando que sonara a broma y consiguió que Ernesto se riera—. Pero he llegado tarde, su carné está completo.

—Eso se puede arreglar. El primer baile siempre lo guarda para mí. Podría cedérselo.

—Gracias, pero no creo que ella acepte tal intercambio.

—Eso déjelo en mis manos. Yo siempre puedo bailar con ella, aunque no tenga hueco en su carné, tengo ese privilegio. —Su sonrisa demostraba lo orgulloso e importante que se sentía al decir eso.

***

Antes de que fuera a dar comienzo el baile Ernesto volvió a reunirse con Jorge acompañado por Mónica, pero según se acercaban él podía ver en su rostro lo mucho que la molestaba complacer a su padre y tener que compartir un baile con él.

—Bueno, aquí la tiene, he logrado convencerla. Espero que disfrute del baile.

—De eso puede estar seguro. —Ofreciéndole el brazo, la miró con una sonrisa triunfadora y ella, con muy pocas ganas, lo aceptó enroscando la mano por su antebrazo.

Cuando llegaron al centro del salón todos estaban esperando para que abrieran el baile, por eso Mónica siempre guardaba el

primer baile para su padre. Le gustaba hacerlo con él y en ese momento se sentía muy molesta por tener que bailar con Jorge, pero no quería dejar a su padre en mal lugar, así que había aceptado.

Jorge la cogió por la cintura acercándola a su cuerpo, pero ella volvió a separarse de él poniendo distancia entre los dos. Cuando comenzó la música la gente empezó a bailar alrededor de ellos, tapándolos de las miradas de los curiosos que se preguntaban por qué Mónica había abierto el baile con ese hombre en vez de con su padre, como hacía siempre, o con su prometido, que sería lo más correcto.

—No logro entender qué le pasa —soltó muy enfadada—, ni tampoco por qué quiere bailar conmigo después del desplante que me ha hecho antes al saber que era una Salazar.

Estaba enfadada y hablaba con mucha soberbia. Pocas veces le pasaba, pero lo sucedido con Jorge nada más encontrarse había roto sus ilusiones y la hacía actuar así. Y, gracias a su soberbia, Jorge se dio cuenta de lo equivocado que estaba con ella. Era una Salazar y no podía ser buena persona, así que no podía dejarse engañar por su cara de ángel.

—Siento lo que paso antes, pero… me encontraba mal.

—Ahora se atreve a mentirme. Usted no se encontraba mal, fue mi apellido el que lo puso mal y le exijo una explicación.

Cuando la escuchó decir esas palabras, la agarró fuertemente por la cintura y la apretó contra su cuerpo. Con una mirada fría como el acero le advirtió, muy serio:

—No vuelva a exigirme nada, usted también me mintió. Su carné no estaba completo, me fijé cómo apuntaba a otros muchachos después, así que me engañó. Y eso que me prometió hace dos días que me apuntaría el primero. No es usted más que una niña arrogante, presumida y mentirosa.

Mónica se quedó muda por esas palabras tan hirientes. Pero inmediatamente la rabia la hizo reaccionar. Nadie se había atrevido a hablarle así antes y no iba a permitir que ese hombre lo hiciera, y mucho menos en su casa, en su fiesta de cumpleaños y siendo su invitado. Con una mirada llena de odio, le preguntó:

—¿Por qué ha querido bailar conmigo si tan desagradable le resulto? ¿Y por qué no se va de mi casa si mi apellido le pone tan mal? Y sí que lo apunté en mi carné, jamás rompo una promesa. Pero no quise bailar con usted porque, aunque lo parezca, usted no es el mismo hombre al que yo le prometí ese baile y al que apunté en este maldito papel. —Sus ojos despedían fuego de lo alterada y

enfadada que estaba.

Jorge no podía dejar de observarla extrañado. Con fuerza, cogió su muñeca por donde colgaba el carné y, sin permiso, miró la primera hoja. En efecto, su nombre era el primero de la lista, incluso antes que él de su prometido, pero estaba tachado. No pudo evitar mirarla profundamente a los ojos y sentirse muy complacido al pensar que ella lo había apuntado nada más llegar a su casa, como le había prometido aquella tarde en la puerta de su hotel.

Su mirada gris y fría como el acero volvió a ser cálida con ese tono azulado, y de repente le asaltó un deseo incontrolable por besarla. Mónica podía leerlo en sus ojos y su cuerpo empezó a temblar por los nervios así que, juntando el poco valor que le quedaba, le dijo esperando que surtiera resultado:

—¿Ha olvidado que soy una Salazar, capitán? No creo que quiera hacer eso.

En cuestión de segundos, y nada más escuchar lo que acababa de decir, sus ojos se tornaron nuevamente grises y fríos como el hielo al mirarla, y apretó el mentón. Entonces, decidió seguir molestándola.

—Usted dijo que su padre jamás iba a obligarla a nada y, sin embargo, está aquí, bailando conmigo, aunque no quiera hacerlo.

—Él no puede imaginarse lo mucho que me desagrada estar aquí con usted, si así fuera no me lo hubiera pedido. Y no me ha obligado, yo he aceptado de muy buena gana para no darle un disgusto. Nunca puedo negarle nada, ese es mi problema. Lo que no puedo entender es por qué usted le cae también.

—Ahora solo ha sido un baile, Mónica. Pero más adelante querré más de usted, y le puedo asegurar que siempre acabo consiguiendo todo lo que me propongo. —Mientras hablaba iba acercándola poco a poco hacia él, estaban tan pegados que ella podía notar su aliento en la cara y bajó la cabeza. Él agachó la cabeza al mismo tiempo para decirle al oído—: No le sienta bien el apellido Salazar, ¿qué tal Mendoza? Tal vez podría ser yo quien domara esa fiera que lleva dentro, aún me sobra espacio para más medallas. —Mónica estaba tan sorprendida con todo lo que ese hombre le decía que por primera vez en su vida se había quedado sin palabras—. Vaya, y parece que ni tendré que sacar el látigo. ¿No me diga que en el fondo le gustaría convertirse en la señora de Mendoza? Se ha quedado muy callada, y ya sabe lo que la gente suele decir: el que calla, otorga.

Mónica levantó la cabeza para mirarlo y cuando vio que él sonreía sintiéndose satisfecho por su silencio, le entraron ganas de

abofetearlo.

—Es usted un…

Jorge se dio cuenta de sus intenciones y antes de que ella levantara la mano para darle una bofetada, la cogió con mucha rapidez, entrelazó sus dedos con los de ella y los apretó con fuerza. Ahora tenía la mano inmovilizada sobre su pecho y, una vez más, la dejó sin palabras diciéndole con sarcasmo:

—Vamos, querida, no querrá armar un escándalo.

—¡Suélteme! Nunca voy a ser la señora de Mendoza, sino de Robles. Con él si voy a casarme. Para hacerlo con usted tendrían que apuntarme con una escopeta en la cabeza y aun así sería yo quien apretaría el gatillo, porque antes de convertirme en su esposa preferiría estar muerta. —Él empezó a reírse.

—Si usted quisiera ser la señora de Robles, hace ya tiempo le hubiera dado el «sí, quiero» a ese muchacho. Por lo que tengo entendido, se lo ha pedido muchas veces y usted siempre le da largas.

—Eso es algo que a usted no le importa.

—¡Sí me importa! —La miraba profundamente a los ojos erizándole la piel—. Sabe que ese muchacho no es para usted, por eso le da largas. Usted necesita alguien con más experiencia, alguien con más carácter que sepa cómo manejarla.

—¿Alguien como usted? —preguntó con sarcasmo.

—Podría ser.

—¿Quién cree que es usted para decirme lo que necesito?

—Tu futuro marido —habló tan serio, clavándole los ojos como dos puñales, que a Mónica empezó a asustarle su mirada fría y penetrante, tanto que la helaba por dentro. Además, parecía tan seguro de sí mismo que un escalofrió le recorrió todo el cuerpo.

—Nu-nunca voy a ser suya. —Estaba tan nerviosa que apenas le salía la voz.

—Sí lo serás, y te va a gustar.

Su sonrisa era maliciosa y su cicatriz aún se marcaba más, dándole un aspecto tenebroso. Mónica estaba cada vez más asustada, ya que parecía tan seguro de lo que decía que se sentía acorralada y a su merced. Justo en ese momento acabó el baile y ella se alejó de él como si fuera el mismísimo diablo, gritándole mientras iba en busca de su prometido.

—¡Está usted loco!

Cuando se reunió con Arturo este le preguntó:

—¿Qué te pasa?, tienes mala cara. ¿Y por qué has abierto el baile con ese hombre? Sabes que no lo soporto.

—No quiero hablar de eso. ¿Por qué no bailamos?

—No hay nada que más desee que un baile con mi prometida. —Mónica le sonrió.

Estaba bailando con él cuando vio que el capitán Mendoza no dejaba de mirarla con una sonrisa burlona, y en ese mismo instante tomo la decisión de su vida.

—¿Sabes una cosa?

—Pues no, no soy adivino. Pero me muero por saberlo. —Mónica le sonrió y le susurró al oído.

—Acabo de darme cuenta de que me muero de ganas de ser la señora de Robles.

—¿Estás segura? —preguntó confuso mirándola con incredulidad—. No estarás bromeando, ¿verdad?

—Nunca he estado tan segura como en este momento. Pero tú no pareces estar tan seguro. Y yo que creí que te morías de ganas de ser mi marido.

Arturo la abrazó, la besó y, mirándola a los ojos, le dijo con mucha ternura:

—¿Sabes cuánto tiempo llevo esperando este momento? No es que no esté seguro, es que aún no me lo puedo creer. ¿Cuándo quieres que sea la boda?

—Cuanto antes.

—Vaya, no sé qué es lo que te ha pasado, pero me encanta. Vamos a hablar con tu padre antes de que te arrepientas.

A Mónica le dio la risa y los dos fueron en busca de Ernesto cogidos de la mano.

***

Jorge solo podía ver desde donde se encontraba que ella le hablaba al oído y él la abrazaba y la besaba con mucho entusiasmo. Cuando terminó el baile los persiguió con la mirada hasta que se acercaron al padre de Mónica y se pusieron a hablar con él. Ernesto también los abrazó a los dos como si estuviera felicitándoles por algo. Jorge no podía dejar de mirarlos y sentía una presión en el pecho que le decía que algo estaba ocurriendo, y también sabía que no le iba a gustar nada.

Ernesto subió donde estaba la orquesta tocando y detuvo la música.

—Siento mucho parar el baile, pero cuando sepáis por qué lo hago lo entenderéis. Por fin mi hija se decidido a aceptar la petición de matrimonio de este muchacho —mientras decía eso pasaba el

brazo por los hombros de Arturo—, y la verdad es que me siento muy feliz. No podía haber elegido mejor marido que tú, y lo tuyo te ha costado, te la has ganado a pulso.

Todos se echaron a reír tras las palabras de Ernesto, todos menos Jorge, que tenía los ojos clavados en Mónica como si quisiera matarla con la mirada. Ella a su vez lo miraba orgullosa y desafiante, dándole a entender que con la decisión que acababa de tomar jamás sería la señora de Mendoza, por más que él se empeñara.

—Ha valido la pena esperar. —Arturo besó a Mónica en la frente.

—¡En un mes será la boda y están todos invitados! —gritó Ernesto feliz.

Todos empezaron a aplaudir y se acercaron para felicitarles.

Jorge sentía una horrible sensación en el pecho y solo tenía un pensamiento en su mente: matar a ese pelele con sus propias manos, así que decidió marcharse para no cometer una locura. Salió de la sala y se fue tan enfadado que parecía que se lo llevaban los demonios.

Cuando terminaron las felicitaciones Estela le preguntó muy sorprendida a Mónica:

—¿Qué me he perdido? Pensé que no querías casarte todavía.

—Y no quería.

—Entonces, ¿qué está pasando? No entiendo nada. —Cuando Mónica le contó todo lo que Jorge le había dicho, Estela se quedó estupefacta—. No puedo creer lo que me estás diciendo. ¿Por lo que te ha dicho ese hombre vas a casarte con Arturo? ¿Por qué? No tienes necesidad. Tu padre nunca te obligaría a casarte con nadie y menos con ese hombre, es demasiado mayor. Y tú siempre has presumido de hacer lo que se te viene en gana, no entiendo por qué lo has hecho.

—Yo tampoco sé lo que me pasa. Cuando conocí a Jorge me pareció todo un caballero, amable y encantador. Incluso te voy a confesar que me sentí atraída por él, y ni siquiera su cicatriz me importó.

—¡Pues ya debiste sentirte muy atraída!, porque no es algo que una pueda ignorar. A mí me daría repelús incluso que se me acercara. Ahora sí que creo que decías en serio que hay que mirar en el interior de las personas, porque si no nunca te hubieras sentido atraída por ese hombre. Es repulsivo.

—No digas eso, es cruel. ¿Sabes lo que más me molesta?

—Pues no. ¿Qué?

—Que de repente hoy es como si ese hombre no fuera el mismo. Es frío, sus ojos son como puñales y me da miedo. No me preguntes por qué, pero estoy segura de que todo lo que decía era en serio, si no ¿por qué ha abandonado la fiesta nada más anunciar la boda? Y sé que mi padre nunca me obligaría a casarme con él, pero nunca se sabe las cosas que podrían ocurrir. Nosotras, por desgracia, estamos a merced de los hombres. Además, tarde o temprano tenía que casarme con Arturo, y así estoy segura de que Jorge no volverá a molestarme.

—Bueno, la verdad es que ya era hora de que te casaras, llevas siglos siendo novia de Arturo. —Las dos se rieron—. Me alegro, estoy segura de que con Arturo serás muy feliz.

—Lo sé, es un encanto.

—Acabamos de fijar la fecha de la boda y ya te estás escapando de mí —bromeó Arturo cogiéndola por la cintura. Ella le sonrió y le dio un beso en la mejilla—. ¿Quiere bailar conmigo, futura señora de Robles?

—Pues claro que sí, bobo, será un placer bailar contigo.

Cuando estaban bailando él la besó con mucha ternura. Le gustaban sus besos y pensaba que con él todo sería así, tierno y bonito. Así que decidió olvidarse de los miedos que tenía por lo que siempre había oído decir de la noche de bodas y pensar que con él todo sería perfecto. Porque, al fin y al cabo, ya no tenía escapatoria. Ya no podía volverse atrás, aunque quisiera, pues su padre ya lo había anunciado a los cuatro vientos.

***

La fiesta había acabado y Mónica estaba acostada, muy cansada, pero sin poder dormir, y odiando a Jorge con todas sus fuerzas por todo lo que había ocurrido. Y pensar que antes de que empezara a llegar la gente, ella estaba muy nerviosa pensando en él, en que iba a volver a verlo, que conversarían, bailarían, se reirían y que el coquetearía con ella como había hecho cada vez que se habían encontrado.

Pero nada había salido como esperaba. Sí, habían conversado y bailado, pero no había sido nada divertido y sus palabras no le habían hecho reír, sino todo lo contrario. Por ese mismo motivo lo odiaba, por haberla ilusionado y después haberla tratado con tanto desprecio, y eso nunca se lo iba a perdonar, como el hecho de forzarla a casarse con Arturo tampoco.

***

Mientras, en la habitación del hotel, Jorge no podía coger el sueño. Estaba que se lo llevaban los demonios y no podía entender por qué en ningún momento nadie le había dicho que Mónica era una Salazar. Ni siquiera ella, la otra tarde en la tienda, se lo había dicho. Ella sabía que el regalo era para ella y sin embargo no le dijo nada, estuvo jugando con él como si fuera tonto. La odiaba por eso y por ser quien era, y también porque iba a casarse con ese pelele. La odiaba desde lo más profundo de su ser, pero también la deseaba con la misma intensidad. Se había hecho ilusiones con ella y ahora estaba dolido porque si él hubiera sabido desde un principio que era una Salazar, jamás la hubiera mirado, y mucho menos hubiera intentado conquistarla. O al menos eso pensaba para sentirse mejor, sin ningún resultado.



# XII

## La Caprichosa

Estela estaba acostada aguardando a que llegara Sergio. Lo había pensado bien y había decidido seguir el consejo de Mónica. No quería que su marido se cansara de esperarla y se fuera con otra, eso nunca podría perdonárselo porque sabía que no podría soportarlo. Se había enamorado de él precisamente por eso, por su paciencia, por su amabilidad, por su ternura y porque era sumamente cariñoso con ella sin exigirle nada a cambio. Quería estar con él y ya no quería hacerle esperar más, y aunque tenía un poco de miedo, estaba decidida a llegar hasta el final. Debía ser una buena esposa, como él era un buen marido.

Cuando Sergio salió del baño y se metió en la cama le dio un beso de buenas noches, como hacía todas las noches, y como todas las noches la abrazó.

—Buenas noches, mi amor.

—No tengo sueño —protestó ella.

Nada más decir eso se acercó a sus labios y le dio un beso, y otro, y otro, hasta que él ya no pudo soportarlo más y empezó a besarla con tanta pasión que la hizo perder el sentido con sus besos. Se apartó un poco para tomar aire y serenarse, y le resultó increíblemente satisfactorio que ella protestara al sentir su lejanía.

—¿Dime que esto no es un sueño y que quieres que te haga el

amor? —Su voz se escuchaba ronca por el deseo y volvió a besarla.

—No es un sueño, estás despierto. Quiero estar contigo y te amo. —Su voz era suave y sensual, y consiguió que él perdiera la cabeza.

—¡Dios, Estela! Esto es lo más bonito que nadie me ha dicho jamás. Yo también te amo, más de lo que nunca creí que pudiera amar.

Sus besos se volvieron ardientes y apasionados, haciendo que ella se estremeciera de placer y, cuando estaban totalmente extasiados, él se detuvo para mirarla a los ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó sorprendida y con la voz entrecortada por el deseo que él acababa de despertar en ella con sus besos y sus caricias.

—Quitémonos los camisones, por favor.

—Pero eso es pecado —dijo asustada.

Sergio le sonrió y la besó de nuevo.

—Eso son cosas de viejas. Además, nunca nadie va a saberlo, esto es algo entre tú y yo. Por favor, mi amor, quiero sentirte.

Después de lo paciente que había sido con ella, Estela no podía negarle nada y, puesto que nadie iba a saberlo nunca, decidió complacerlo. Además, después de todo lo que él le había hecho sentir con sus besos y sus caricias lo único que deseaba era estar con él, sin importarle los chismes de viejas.

—Está bien, pero no mires. Y apaga la vela, que me da mucha vergüenza.

—No miraré, te lo prometo.

No le importaba no verla desnuda, se conformaba con sentir su cuerpo junto al suyo. Sabía que a ella le costaría mucho acostumbrarse a que él la contemplara desnuda por todos los tabús que la gente se empeñaba en poner al hablar del sexo. Pero no le importaba esperar, de momento se conformaba con poder tenerla por fin entre sus brazos y hacerle el amor sin camisones. Lo demás vendría poco a poco.

Cuando volvieron a abrazarse y él la sintió desnuda entre sus brazos, un escalofrío de placer recorrió todo su cuerpo. En ese momento se sentía el hombre más feliz del mundo y quería que esa noche fuera muy especial.

Empezó a besarla con mucha pasión y a acariciarle todo el cuerpo para que su deseo creciera y no sintiera mucho dolor cuando llegara el momento. Estaba tan complacido al sentir cómo ella ardía de deseo entre sus brazos que no dejaba de besarla y de decirle palabras hermosas al oído. Cuando la sintió preparada, se puso encima de ella abriendo sus piernas y encajándose en ella.

Ella se asustó al sentir su erección, pero él no le dio tregua alguna y empezó a devorarla con sus besos y a hacerle el amor con tanta intensidad, pero al mismo tiempo con tanta delicadeza para hacerle el menor daño posible, que el dolor del primer contacto pasó rápidamente. Poco a poco sintió cómo el deseo volvió otra vez a crecer en ella y se entregó a él totalmente, sabiendo que después de esa noche ya nunca jamás podría estar sin él.

Cuando terminaron él la abrazó exhausto y no dejó de besarla y de decirle lo mucho que la amaba, mientras ella se recuperaba entre sus brazos, tan agotada como él.

—¿Te ha gustado? —preguntó temeroso—. No quería hacerte mucho daño y no podía concentrarme. Seguro que la próx… —Ella le puso los dedos en los labios para que callara.

—No tienes que disculparte, ha sido muy bonito y me ha gustado mucho. Te amo y estoy segura de que la próxima vez será tan hermosa como esta o incluso más.

—¿Por qué no salimos de dudas? Ahora que la tensión se ha pasado, ahora que sé que no voy a hacerte daño, seguro que…

Ella empezó a besarle apasionadamente y él se volvió loco de deseo por esa mujer a la que adoraba. Volvieron a hacer el amor y después se quedaron abrazados. Ya no necesitaban palabras, todo era perfecto entre ellos, así que se durmieron felices y más enamorados que antes.



# XIII

## Nube Blanca

El jueves, Mónica estaba esperando la llegada de su padre. Ernesto había ido a la ciudad para comprar unas máquinas que iban a hacer que el algodón se recogiera en la mitad del tiempo que necesitaban los esclavos para hacerlo. Desde allí le había mandado una carta con un mensajero diciéndole que volvía para cenar y que llevaba dos invitados, para que estuviera todo preparado. Mónica estaba nerviosa pensando en esos invitados y rezando para que uno de ellos no fuera el capitán Mendoza. Aún se le ponía la carne de gallina pensando en él y en cómo la miraba.

Pero él solo estaba de vacaciones por lo que había oído, y si se había vuelto a la ciudad con su padre era porque ya se le habrían terminado. Por eso estaba mucho más tranquila pues pensaba que no tenía que volver a verlo nunca más. Aunque había una cosa que le molestaba profundamente y era que por su culpa ella había adelantado la boda con Arturo, y no podía entender que, si él tenía pensado marcharse, ¿por qué le dijo todas esas cosas?

Cuando salió a recibirlos al primero que vio bajar del carruaje fue a su padre. Con una sonrisa en los labios, se le colgó del cuello y

lo llenó de besos.

—Te he echado mucho de menos. —Estaba muy contenta al tenerlo de vuelta en casa—. Otra vez que vayas a tardar tantos días me iré contigo.

—No seas exagerada, solo han sido cuatro días y, por favor, saluda a nuestros invitados, van a pensar que no te he enseñado buenos modales.

Mónica se giró con una sonrisa hacia los visitantes, pero se le congeló en la cara cuando vio al capitán Mendoza que se acercaba a ella con una mirada fija y fría, para después coger su mano y besarla mientras decía:

—Es un placer volver a verla, señorita Salazar. Permítame presentarle a mi madre.

Mónica miró a esa mujer extrañada. Su cara le era familiar, pero no podía recordar de qué, y no se parecía en nada a su hijo. Tenía el pelo castaño claro, con muchos reflejos plateados por las canas. Sus ojos castaños tenían una mirada tranquila y serena, no como la de Jorge. Era delgada y no muy alta, más o menos de su estatura, en eso tampoco se parecía a su hijo. Y vestía con mucha elegancia, en eso era en lo único que coincidía con el capitán.

—Es un placer.

—Mamá, ella es Mónica Salazar.

Su madre, con una sonrisa, la cogió del brazo y le dio dos besos.

—Encantada, soy Ana de Mendoza. Mi hijo me ha hablado mucho de usted, ya tenía ganas de conocerla.

Mónica miró extrañada a Jorge al saber que él había hablado de ella con su madre.

—No le haga caso, mi madre es muy exagerada.

—Bien, ¿por qué no entramos y nos sentamos a cenar? Me muero de hambre —confesó Ernesto.

Se sentaron a la mesa y su padre no dejaba de hablar de las máquinas y de lo satisfecho que estaba de su compra. Se había quedado maravillado con todo lo que le habían dicho que podrían conseguir y pensando en todo el tiempo que iba a ganar porque sus esclavos cada vez rendían menos. Se imaginaba doblando ya la producción de la plantación y las ganancias.

—Todo lo que cuentas me parece estupendo, pero creo que te has precipitado al comprar dos máquinas. Tendrías que haber probado con una y después, si todo funcionaba bien, haber comprado la otra. Por lo que dicen, valen una fortuna.

—¿Desde cuándo tú te preocupas por el dinero? Sé que es una apuesta arriesgada, que he invertido todo mi capital, pero estoy

seguro de que los resultados van a valer la pena. Si no te arriesgas, no ganas. Eso lo sabe todo el mundo.

—Sí, pero si arriesgas la mitad y no funciona no pierdes todo lo que tienes. Es demasiado arriesgado, papá, solo espero que todo salga bien y no te equivoques.

—¿Por qué no me dejas eso a mí, cariño? Además, las mujeres no tenéis ni idea de negocios, así que lo mejor es que te ocupes de la casa que yo ya me ocuparé de todo lo demás.

Cuando Mónica escuchó a su padre decir eso se sintió dolida. Jorge se dio cuenta enseguida.

—Creo que su hija tiene razón, Ernesto. Ha sido muy arriesgado y el tiro podría salirle por la culata.

Mónica lo miró sorprendida. Estaba dando la cara por ella y no entendía el porqué, con lo mal que la había tratado la última vez que se vieron. Seguro que era porque su madre estaba allí y por eso se comportaba así.

—¿Tú también vas a decirme que he arriesgado mucho? Esas máquinas tardan mucho en llegar y si luego tengo que esperar a que me manden la otra ya estoy perdiendo dinero. Hay muchas hectáreas de tierra para estar perdiendo el tiempo y por eso necesito dos. Estoy harto de ver cómo toneladas de algodón se quedan sin recoger porque mis esclavos no sirven para nada. Y si esas máquinas hacen que esta cosecha se recoja entera, me daré por satisfecho.

—Bueno, ¿por qué no dejamos que los hombres hablen de negocios y me cuentas algo sobre ti?

Mónica miró a Ana, que también se había dado cuenta de su dolor al oír a su padre menospreciarla delante de los invitados. Y eso era muy raro en él, debía estar nervioso por el dinero que había invertido para que le hablara así, o al menos eso era lo que pensaba Mónica. Ana le sonreía y Mónica se dio cuenta de que le gustaba esa mujer. Parecía encantadora, no como su hijo que era un bloque de hielo, frío, seco, y parecía que no tuviera sentimientos.

—No sé si su hijo le habrá dicho que voy a casarme.

Cuando dijo eso lo miró a él, que la estaba observando muy fijamente, y apretó el mentón al escuchar sus palabras, consiguiendo con su gesto una sonrisa escondida en Mónica.

—No, no sabía nada.

—No sé si aún seguirán aquí cuando llegue el día, ni siquiera pensé que su hijo fuera a volver. Pero si todavía están aquí espero que quieran venir a la boda.

—¿Por qué creyó que no iba a volver? —preguntó Jorge muy

serio.

—Como estaba aquí de vacaciones y volvió a la ciudad, pensé que se le habrían terminado. Aparte, este condado tiene que ser muy aburrido para una persona que está acostumbrada a la ciudad como usted. Y ahora vuelve aquí con su madre, es como si tuviera pensado estar mucho tiempo.

—Puede que esté interesado en alguna muchacha de aquí del condado y quiera echar raíces. La ciudad resulta pesada a veces.

No dejaba de mirarla y empezaba a ponerse nerviosa. No entendía por qué, pero sabía que hablaba de ella y eso que ella pensaba que después de anunciar su boda con Arturo la dejaría en paz.

—Mi hijo me habló muy bien de estas tierras y quise acompañarlo. A mí no me gusta mucho la ciudad, es demasiado ruidosa. Echaba de menos esto.

—¿A qué se refiere? ¿Usted vivía aquí? —se sorprendió Mónica.

—No. Pero una vez viví en un sitio como este. Aunque no me gusta hablar de ello, los recuerdos son demasiado dolorosos.

—Entonces no hablemos de ello —dijo Ernesto sonriéndole—, no me gustaría ver cómo se pone triste. ¿Por qué no salimos al porche?, el olor de las rosas es increíble en esta época del año, y corre una brisa muy agradable.

Mientras hablaba se levantaba ofreciéndole el brazo a Ana para acompañarla y Jorge hacía lo mismo con Mónica.

—Gracias, pero no necesito ayuda, puedo ir yo sola.

No quería ni siquiera tocarle, se sentía más segura alejada de él.

—Mi madre tampoco necesita ayuda, pero no le hace un desplante a tu padre. No creo que te convenga enfadarme, Mónica.

Por su manera de mirarla sabía que la estaba amenazando, y no entendía por qué ese hombre creía tener el derecho de hablarle así. Pero no quería discutir con él porque sabía que su padre no entendería que fuera desagradable con sus invitados, así que aceptó de mala gana su brazo. Mientras salían, ella le habló fríamente.

—No recuerdo haberle dado permiso para que me tutee, así que no vuelva a hacerlo.

Jorge se acercó a su oído y le habló bajito.

—Será mejor que te vayas acostumbrando, no suelo hablarles de usted a las mujeres con las que comparto el lecho. —Mónica se quedó pálida y se le cortó la respiración cuando le escuchó decir eso. A él le divertía molestarla, pensaba Mónica, porque no encontraba otra explicación a sus palabras—. Ya te dije que tarde o temprano serás mía, y que anunciaras tu boda no me ha hecho

cambiar de opinión. Sigo pensando que Mónica de Mendoza te quedará mucho mejor que Salazar, y mucho más aún que Robles.

Mónica no podía ni mirarlo, y mucho menos replicarle, la seguridad con la que él hablaba cuando le decía que tarde o temprano sería suya la asustaba. Era como si él pudiera predecir el futuro y por eso estuviera tan seguro. Cuando llegaron al porche Mónica se separó de él cómo de la peste y se sentó al lado de su madre evitando a toda costa mirarle.

—¿Qué te pasa, Mónica? Estás pálida. ¿Te encuentras bien? —preguntó Ana.

—Sí, no se preocupe, estoy bien. ¿Por qué no me habla de la ciudad y de todas esas tiendas tan maravillosas que hay? Hace mucho tiempo que no voy.

Las dos mujeres se pusieron a hablar y pasaron un rato bastante agradable. Mónica no dejaba de hacerle preguntas sobre vestidos, peinados, cualquier cosa por la que una muchacha de su edad pudiera estar interesada y que allí no tenían, y Ana le contaba todo con pelos y señales.

Cuando Tula salió para recoger las tazas de café, se le cayó una encima del vestido de Mónica manchándolo un poco. Tula miró a su amo asustada e inmediatamente pidió perdón.

—Lo siento mucho, señorita. —La voz le temblaba por el miedo.

—¡Eres una inútil, no sirves para nada! —gritó Ernesto—. Como no se vaya la mancha lo vas a pagar muy caro. Ese vestido vale más que tú.

—Papá, por favor, no es para tanto. —Mónica acarició el brazo de Tula con una sonrisa muy dulce—. No te preocupes, Tula, solo es un vestido y estoy segura de que la mancha se irá. No hay que hacer un drama de algo tan simple.

—Muchas gracias, señorita. —Tula recogió todo y salió corriendo.

Jorge miraba a Mónica fijamente.

—Mónica, me encantaría ver tu caballo, tu padre me ha dicho que es un semental increíble. ¿Podrías enseñármelo?

Mónica sintió pánico al pensar que debería estar a solas con él en las caballerizas, así que le respondió nerviosa:

—Creo que es mejor que le acompañe mi padre.

—¡Aaah, no! Sabes que ese caballo no me hace caso. Tú eres la única que sabe manejarlo. Anda, ve y acompaña a Jorge, no seas descortés. Yo me quedare aquí con Ana, a no ser que ella quiera ver el caballo también.

Mónica sintió alivio al pensar que podían ir todos juntos y así no

tendría que estar a solas con ese hombre.

—Es una buena idea. ¿Quiere ver un caballo de pura raza? —preguntó a Ana con la esperanza de que dijera que sí.

—No, yo no entiendo de caballos y aún estoy cansada del viaje.

Jorge cogió la mano de Mónica obligándola a levantarse y se la enroscó en el antebrazo diciéndole con una sonrisa burlona:

—No nos queda más remedio que ir solos. Pero no se preocupe, cuidaré muy bien de usted y volveré a traerla aquí sana y salva, lo prometo.

Mientras caminaban hacia las caballerizas Mónica no se atrevía a hablar, sabía que en cuanto abriera la boca él notaría lo nerviosa que estaba y no quería darle ese gusto.

—Estás muy callada, señorita *Salazar*. —Pronunció su apellido con sarcasmo—. No es muy corriente en ti, no me digas que se te ha comido la lengua el gato.

Mónica seguía sin hablar y sin mirarlo, así que Jorge, moviéndose con la rapidez de una serpiente, la cogió por la cintura, la estrechó entre sus brazos, puso una mano en su nuca y enredó los dedos en su pelo obligándola a levantar la cabeza para pegar sus labios a los de ella. A Mónica la pilló tan desprevenida que no le dio tiempo a reaccionar y cuando lo hizo era demasiado tarde, él ya había conseguido abrir sus labios para apoderarse de su boca.

Cuando ella sintió su lengua dentro de su boca la sorpresa fue tan grande que se quedó paralizada. Nunca Arturo se había atrevido a besarla de esa manera ni ella se lo había permitido jamás. Sus besos siempre habían sido muy recatados, puesto que ella no le daba pie a nada más. Pero los de ese hombre eran muy distintos. Eran apasionados y dolorosos al mismo tiempo porque la apretaba con tanta fuerza que sentía más dolor que placer, y por más que ella intentara separarse de él, lo único que conseguía era que él la apretujara más contra su cuerpo y le hiciera más daño.

Cuando por fin dejó de luchar fue cuando él suavizó el beso, entonces su lengua acarició la suya suavemente, moviéndola alrededor de la suya para incitarla a responderle. Ella podía sentir cómo el cuerpo de Jorge se relajaba y sus brazos se aflojaban, cómo su abrazo iba dulcificándose y dejaba de presionarla contra su cuerpo, pero sin separarse un milímetro de ella. Cuando consiguió tenerla como quería fue cuando la besó con mucha pasión. Su lengua era cálida, suave, y acariciaba la de Mónica con mucha ternura y posesión al mismo tiempo, obligándola a responderle, haciéndole sentir pequeñas descargas electrizantes por todo el cuerpo, consiguiendo que Mónica se estremeciera entre sus brazos y

eso le volvió loco. Cuando consiguió saciar su deseo la soltó.

—Solo quería comprobar que tu lengua seguía estando ahí. —La miró a los ojos y con una voz ronca por la pasión le susurró al oído, haciéndola temblar de nuevo—: No puedes negar que ha sido bastante placentero. Bueno, siempre que no luches contra mí. Espero que cuando seas mi esposa dejes de ser tan arisca. Como has podido comprobar hace un momento, es mucho mejor cuando no te resistes. —Ella estaba aterrada y no era capaz de emitir ningún sonido y tampoco podía moverse porque él seguía abrazándola con fuerza y su mano seguía enredada en su pelo inmovilizándola—. Parece que tendré que comprobar de nuevo que tu lengua sigue ahí.

Cuando escuchó esas palabras fue cuando reaccionó y, pillándolo desprevenido, antes de que él volviera a besarla le dio un empujón y una bofetada. Aprovechó su desconcierto para echar a correr, pero no había llegado muy lejos cuando él la agarró del brazo y la volvió bruscamente hacia él, atrapándola de nuevo entre sus brazos.

—¡Suélteme! No se atreva a besarme otra vez porque si lo hace tendrá que buscar su lengua entre los matorrales.

Jorge empezó a reírse. Le gustaba cuando se ponía así, fuerte y desafiante, no soportaba verla callada y abatida, como hacía un instante.

—¿Estás segura?

—¡Sí!

Por su voz podía apreciar lo asustada que estaba, pero su deseo era más fuerte que su razón.

—Creo que prefiero arriesgarme.

Nada más terminar de decir eso volvió a sorprenderla, otra vez la cogió del pelo para forzarla a levantar la cabeza de nuevo y empezó a acercarse a su boca muy lentamente, mirándola y sonriendo con sarcasmo.

—Por favor, señor Mendoza. —Sentía su respiración agitada y su cuerpo tembloroso entre sus brazos, él nunca había deseado besar a una mujer tanto como deseaba besarla a ella en esos momentos—. Se lo diré a mi padre.

—No me importa —susurró—. ¿Qué cree que hará su padre? Igual quiere limpiar su honor y me reta a duelo. No olvide que pertenezco al ejército y se me dan muy bien las armas. O mejor aún, igual es su novio el que lo hace. Sería un placer quitárselo de encima, así ya no tendría que casarse con él y dejaría de ser un obstáculo entre los dos.

Mónica sabía que tenía razón. Si Arturo se enteraba de eso, con

lo celoso que era, sería muy capaz de retarle a un duelo.

Sus cuerpos estaban tan pegados que sus labios se rozaban mientras hablaban, así que no pudo evitar volver a besarla obligándola a abrir sus labios de tanto que la apretaba.

Mónica sintió tanta rabia que en cuanto él introdujo su lengua ella le mordió con todas sus fuerzas. Él se apartó nada más sentir el dolor, mirándola con tanta furia que Mónica pensó que esta vez sería él el que iba abofetearla. Sin embargo, le sorprendió cuando él cogió su cabeza entre sus manos apretándola con fuerza.

—Si vuelves a hacerlo será tu lengua la que tendrás que buscar entre los matorrales, y hablo muy en serio, Mónica. Recuérdalo para la próxima vez antes de volver a morderme.

Sintió el sabor metálico de la sangre y escupió en el suelo, al limpiarse la boca ella vio sangre en su mano y se sorprendió al ver hasta donde había llegado. Temerosa porque él le devolviera el castigo, le suplicó con voz temblorosa.

—Suélteme, por favor.

—¿Ves?, al final seré capaz de domarte. Y te puedo asegurar que cuando sea tu marido vas a acabar siendo sumisa y complaciente, como toda buena esposa.

—¿Está seguro de que la bala que recibió no le dio en el cerebro? Porque no tiene que estar muy bien de la cabeza si aún cree que podría llegar a casarme con usted algún día. ¿No se acuerda de que dentro de tres semanas voy a casarme con Arturo? —dijo desafiante, queriéndole molestar.

—Eso nunca va a suceder.

—Lo que nunca va a suceder es que algún día sea usted mi marido.

—Eso ya lo veremos —habló molesto en un tono tan desafiante como el de ella—. Bien, vamos a ver ese caballo. —La soltó de golpe y ella se tambaleó.

—No voy a ir con usted a ningún sitio.

Cuando estaba a punto de marcharse él le advirtió:

—No querrá que cuando su padre me pregunte por el caballo le diga que no lo he visto, ¿verdad? Si le digo eso se preguntarán qué hemos estado haciendo tanto tiempo y tendremos que decir la verdad.

Mónica se quedó paralizada y se dio la vuelta para volver a las caballerizas mientras gritaba furiosa:

—¡Es usted la persona más horrible que he conocido en toda mi vida, y le odio!

Cuando llegaron al establo Mónica abrió una de las puertas de

las caballerizas y sacó un caballo blanco. Era impresionante. El caballo más bonito que nadie había visto jamás. Grande y fuerte, tanto que se le notaba a leguas que era un semental. Ella le acarició el hocico y el animal se acercó a ella relinchando.

—Hola, Pegaso —dijo con mucho cariño. Después le advirtió a Jorge—: No se acerque, no le gustan los extraños.

Pero Jorge no le hizo caso, se acercó y empezó a acariciarle. El caballo se puso un poco nervioso, pero al final consintió el contacto.

—Los caballos saben a quién tienen que temer y a quién no, son muy inteligentes. ¡Es precioso! Igual que su ama. —Estaba muy cerca de ella acariciando el cuello del animal y la miró a los ojos—. Creo que mi yegua Tormenta sería perfecta para él. Podría traerla para que la vieras.

—Eso tendría que hablarlo con mi padre —le dijo fríamente mientras encerraba al caballo—, él se ocupa de las montas.

Salió del establo y se fue muy rápido hacia la casa. No quería estar ni un segundo más con él a solas porque aún podía sentir la presión y el dolor que habían dejado los labios de Jorge en los suyos. Cuando llegaron al porche su padre le preguntó:

—¿Qué te pasa, cariño? Tienes mala cara.

Mónica no sabía qué contestar, así que Jorge lo hizo por ella.

—Cuando llegamos al establo empezó a sentirse mal, se quejaba del estómago, por eso hemos venido enseguida.

—Tienes un poco de sangre en la boca, hijo. ¿Qué te ha pasado?

—No ha sido nada, el caballo que se puso nervioso y me dio un cabezazo.

Mónica no podía mirarlo, estaba muy nerviosa y no quería que se le notara.

—Ya te he dicho que ese caballo es indomable —replicó Ernesto —, solo es cariñoso con mi hija.

—Puedo entender el porqué. Creo que su hija es irresistible, por eso el caballo está a su merced. —No podía dejar de mirarla mientras hablaba apoyado en la barandilla del porche—. Pero no creo que haya nada indomable, solo hay que tener un poco de paciencia y mano dura.

Mónica sabía que esas palabras iban dirigidas a ella y no al caballo, y como no soportaba ni un minuto más estar cerca de él se despidió poniendo una excusa.

—Si me disculpan voy a retirarme ya, no me encuentro bien.

Dio las buenas noches a Ana y a su padre con un beso, y sin tener el valor de mirar a Jorge, se despidió de él. Cuando pasó por su lado él la retuvo agarrándola de la mano para obligarla a

detenerse y llevándose su mano a los labios la besó. La miró con tanta intensidad a los ojos que consiguió que Mónica se estremeciera mientras le decía con una voz cálida:

—Buenas noches, Mónica. Como siempre. fue un placer volver a verla y espero que volvamos a encontrarnos pronto.

—Yo espero que no —susurró ella solo para él.

Inmediatamente se soltó de su mano y corrió a su habitación, metiéndose en la cama y odiando a ese hombre como nunca creyó que pudiera odiar a nadie en su vida. Sin entender por qué Jorge parecía tan seguro cuando le decía que algún día ella sería su esposa. Su seguridad le asustaba, y más después de esos dos besos que le había robado fríos y dolorosos, pero al mismo tiempo apasionados y ardientes. No entendía por qué se comportaba así y solo deseaba que esas tres semanas pasaran rápido para casarse con Arturo, olvidar a ese hombre tan odioso y no volver a verlo en la vida.

***

Jorge y su madre iban en el coche de caballos que les había dejado Ernesto para que los llevaran al hotel. Ernesto les había ofrecido su casa, pero ellos no habían aceptado.

—¿Estás seguro de lo que quieres hacer, hijo?

—Ya hemos discutido esto, mamá, y sabes que no voy a echarme atrás. Te dije que si no ibas a apoyarme sería mejor que no vinieras y me prometiste que estarías a mi lado pasara lo que pasara.

—Y voy a estarlo, como siempre. Eres lo único que tengo y si te casas, aunque sea en estas circunstancias, voy a estar ahí para acompañarte al altar, incluso sabiendo que te estás equivocando. ¿No te has dado cuenta de lo que ha hecho por esa esclava? Estaba aterrada por ese hombre y, sin embargo, ella ha sacado la cara por la mujer evitando que su padre la castigara. A mí me parece una buena chica, y creo que es dulce y cariñosa.

—Tenían visitas y debían comportarse. Puede que ahora mismo estén castigándola entre los dos. Y no entiendo por qué la defiendes, es una Salazar y deberías odiarla como lo hago yo. Además, te puedo asegurar que no es dulce, y mucho menos cariñosa.

—No existe más ciego que el que no quiere ver. Pero no quiero discutir contigo, sabes que hagas lo que hagas siempre voy a estar a tu lado. Y ahora vas a explicarme lo que ha pasado en las caballerizas. ¿Qué le has hecho a esa muchacha?

—No sé de qué hablas.

—No te hagas el tonto. A ella no le dolía el estómago, estaba asustada. Y a ti no te dio ningún cabezazo el caballo, te habría partido la boca. ¿Vas a decirme qué ha pasado? —De pronto su madre lo miró muy sorprendida preguntándole—: ¿No te habrás propasado…?

—No. Puedes estar tranquila, yo nunca haría eso.

—Gracias a Dios, me asustaste.



# XIV

## Los valles de Salazar

Jorge estaba en el club. Había pasado una semana desde la cena en casa de los Salazar y no podía quitarse de la cabeza a Mónica. Después de esos dos besos robados sentía deseos de volver a tenerla entre sus brazos y, por más difícil que le resultara, sabía que tenía que esperar, que para que sus planes salieran bien debía tener paciencia. Pero le desesperaba que se fuera acercando la boda de Mónica con ese pelele, al que odiaba con todas sus fuerzas por tener el privilegio de poder estar con ella siempre que quisiera. Cuando se imaginaba a Mónica en sus brazos, besándolo, la rabia le consumía.

Deseaba ir a su casa para verla, pero sabía que ella le daría con la puerta en las narices y no estaba seguro de poder volver a soportar que otra mujer se burlara de él, aunque estaba seguro de que si Mónica lo rechazaba no era por su cara deforme, sino por cómo él se había portado con ella al descubrir que era una Salazar. El problema era que, por más que la deseara, sabía que nunca podría ser cariñoso con ella puesto que nunca podría dejar de odiarla por ser quien era, pero aun así deseaba que fuera suya. Por eso le ponía nervioso que los días pasaran y que esa boda no estuviera cancelada todavía, que Ernesto aún no hubiera acudido a

él. Y justo en ese momento apareció Ernesto y se dirigió a su mesa hablándole lleno de preocupación.

—Jorge, ¿puedo hablar contigo un momento? —Tenía la cara desencajada y el semblante sombrío.

—Pues claro. ¿Qué te ocurre? Tienes muy mala cara.

—Estoy desesperado.

—¿Por qué?

—Hace unos días recibí un mensaje. No sé ni quién me lo mandado, pero decía que la factoría de las máquinas era un fraude y me advertía que no era la primera vez que engañaban a la gente.

—No puede ser. Parecía todo tan normal y tan real. Y esa máquina que nos enseñaron era de verdad. O por lo menos lo parecía. Deben haberte gastado una broma, hombre.

—Eso mismo pensé yo, que el mensaje me lo mandaba algún bromista, y aun así me fui para quedarme más tranquilo. Cuando llegue allí casi me da un patatús. No había ni rastro de que allí hubiera habido alguna vez una factoría. Me he vuelto loco preguntando, nadie sabe nada de esa maldita tienda. Los comerciantes de alrededor dicen que se abrió unos días antes de que fuéramos nosotros y la cerraron dos días después de nuestra visita. He preguntado en el ayuntamiento, en el juzgado, y no consta en ningún sitio. Es como si nunca hubiera existido, como si se la hubiera tragado la tierra. Todos los papeles que me hicieron firmar son falsos, no sé qué hacer ni dónde acudir. Le he preguntado a mi abogado, pero dice que es inútil, que si la tienda ya no existe y no se sabe nada de los dueños no se puede reclamar a nadie, así que no puedo recuperar el dinero.

—Te estoy escuchando y me estás dejando atónito, no me lo puedo creer. Cuando oí hablar de esas máquinas nunca pensé que pudiera ser un bulo. Y después de ver la tienda y la máquina quién lo iba a decir. Era todo tan real… ¿quién podía imaginar que fuera un fraude?

Cuando Ernesto escuchó a Jorge decir esas palabras, fue cuando por primera vez comprendió que le habían engañado. Hasta entonces no había querido creérselo, pero él acababa de abrirle los ojos.

—Tienes razón, me han engañado —dijo abatido—. ¡Mierda! ¡Estoy arruinado! ¿Qué voy a hacer ahora? Mi hija tenía razón, no tenía que haber comprado dos. ¡Dios mío! Cuando se entere va a matarme. —Se quedó en la silla como si fuera un pasmarote, sin poder reaccionar.

—Vamos, no te pongas así. Mañana usaré mis influencias e

intentaré averiguar algo.

—Si consigues averiguar algo te estaré eternamente agradecido. Sabía que tú eras la única persona que podía ayudarme, por eso he venido, con la esperanza de encontrarte y contártelo todo.

—Anda, tranquilízate, te invito a un coñac.

—No te digo que no, necesito valor para contárselo a mi hija y un buen coñac me ayudará.

Jorge le sonrió lánguidamente para hacerle sentir su apoyo, pero en el fondo simulaba una carcajada de placer al verlo tan abatido y por fin bajo su yugo, el cual no iba a resultarle nada agradable al distinguido señor Salazar y a la consentida de su hija. Deseaba hacerles pasar por un infierno y por fin tenía el poder para conseguirlo.



# XV

## Los Valles de Salazar

Dos días más tarde, Jorge había citado a Ernesto en el club.

—¡Por fin! Han sido los dos días más largos de toda mi vida. ¿Sabes algo? ¿Has podido averiguar alguna cosa?

Jorge lo miró con cara de decepción y Ernesto se dejó caer en la silla. No necesitaba que le contestara, pues conforme le había mirado sabía que no había podido conseguir nada.

—Lo siento, pero por mucho que lo he intentado no he podido conseguir nada. Nadie sabe nada de esa gente. Lo único que he averiguado es que no eres el único que ha resultado engañado con esta historia, ha habido muchos más. Han estafado a un montón de gente y han desaparecido de la noche a la mañana sin dejar rastro, como un fantasma.

—Eso no me sirve de consuelo.

—Lo sé. ¿Qué piensas hacer?

—No tengo ni idea. Los negocios no me iban demasiado bien y debo mucho dinero, y ya sabes cómo son estas cosas. En cuanto

corra la voz de que estoy arruinado, mis acreedores van a hacer cola en la puerta para querer cobrar todo su dinero sin más demora. Por eso arriesgué todo lo que tenía. Si hubiera funcionado me hubiera podido quitar todas las deudas de encima. Pero quién se podía imaginar que las cosas saldrían así.

—Si tus acreedores quieren cobrar ya y te denuncian, podrías acabar en la cárcel, ¿lo sabes?

—Lo sé, y eso es lo que menos me importa. Lo peor es cómo voy a dejar a mi hija así con tantas deudas. La plantación hoy en día no da para pagar tanto dinero de golpe. Ella no sabrá manejar la situación y acabará perdiéndolo todo.

—Vende tierras.

—No puedo hacerlo.

—¿Por qué no?

—Mi suegro dejo todo a nombre de Mónica, ella es la única que puede vender. Pero no hasta que cumpla los veintiún años y sea mayor de edad.

—Entonces, lo tenéis muy difícil. Porque, aunque a ti te metieran en la cárcel por el dinero que debes, tu hija no podría sacar la plantación adelante sin un céntimo, así que tienes razón, acabará perdiéndolo todo. A no ser que su futuro suegro quiera invertir en ella, al fin y al cabo, dentro de un año cuando tu hija cumpla la mayoría de edad, Nube Blanca será de su hijo también.

—Ayer hablé con él.

—¿Y?

—Me dijo que no. A él tampoco le van muy bien las cosas y estamos hablando de mucho dinero. Dice que no puede arriesgar su plantación para salvar la mía, y en el fondo lo entiendo. En un año pueden pasar muchas cosas. Como, por ejemplo, que te falle la cosecha por el tiempo y pierdas todas las ganancias del año, o que tengas una plaga o un incendio. Nunca puedes estar seguro de que las cosas vayan a salir bien. Mira lo que me ha pasado a mí.

—Tienes razón. Y tu hija, ¿cómo se lo ha tomado?

—Pues de momento espera que algo pase y se puedan arreglar las cosas, pero creo que lo dice para animarme y no hacer que me sienta peor de lo que ya estoy. Por más que me estruje el cerebro, no encuentro una salida y te juro que estaría dispuesto a cualquier cosa. —Se le veía muy triste y se sujetaba la cabeza entre las manos como si le pesara una tonelada.

Esas eran las palabras que Jorge estaba esperando oír, así que le dijo con gran placer, simulando su regocijo:

—¿Sabes?, me siento un poco culpable y quisiera ayudarte.

Podría saldar todas tus deudas y ayudarte a levantar esa plantación.

—Es mucho dinero.

—Lo sé, pero mi padre me dejó una gran herencia, y estoy seguro de que Nube Blanca es una buena inversión. Pero, como bien has dicho, es mucho dinero y quiero algo a cambio.

—Puedes pedirme lo que quieras, te daré hasta mi alma si es necesario. —Sonrió esperanzado.

—No quiero tu alma —habló muy serio—, quiero la mano de tu hija —soltó con toda la calma que fue capaz de mostrar.

Ernesto se quedó petrificado, su alegría se había esfumado. Por un momento, creyó que todo se había solucionado, pero volvía a verlo todo negro otra vez. Por su mirada y su forma de hablar, sabía que Jorge no daría ni un céntimo si su hija no se casaba con él, y él jamás la obligaría a hacer algo así, se lo había prometido miles de veces. Además, sabía que ella jamás aceptaría casarse de esa manera.

—Lo siento, pero eso no puedo hacerlo, mi hija jamás lo aceptaría. Pero te puedo firmar lo que quieras. ¿Cuánta tierra quieres? En cuanto mi hija cumpla la mayoría de edad será tuya. Eso sí lo aceptaría Mónica, y también sería una buena inversión para ti.

—No me interesa. Ya sabes lo que quiero y nada de lo que me ofrezcas va a hacer que cambie de opinión.

—Pero está comprometida, va a casarse dentro de nueve días.

—Aún no está casada, y un compromiso se puede anular. Habla con tu hija, puede que ella te quiera más de lo que crees y acepte casarse conmigo. Te puedo asegurar que seré un marido ejemplar y te juro que voy a hacerla todo lo feliz que se merece.

—¿Por qué? ¿Por qué quieres casarte con Mónica?

—Ya te dije que soy muy exigente. Tu hija es muy hermosa, joven, y ¿qué hombre no querría tener una mujer como ella? Cuando tengas una respuesta, házmelo saber.

Se levantó y lo dejó solo y pensativo.

**Nube Blanca**

Ernesto llegó a su casa tan abatido que se dejó caer en el sofá con una copa de coñac en la mano. Cuando su hija entró y lo vio tan decaído le preguntó:

—¿Cómo ha ido todo? ¿Por qué estás así? —Se sentó a su lado y le cogió una mano—. Vamos, papá, no puede ser tan malo. ¿El capitán Mendoza no ha averiguado nada? —Solo pensar que Jorge tuviera que ayudarles le daba mala espina, pero aun así volvió a

preguntar—. ¿Qué ha pasado?

—¡Nada! No ha pasado nada. No ha podido averiguar nada. Nadie sabe nada de esa maldita factoría. —Estampó la copa contra la pared y se abrazó a su hija—. Esto es el fin, estamos arruinados y lo vamos a perder todo. En este mismo instante quisiera estar muerto. Te he fallado, mi vida, perdóname. He sido tan estúpido.

A Mónica se le partía el corazón viendo a su padre así, llorando como un niño pequeño.

—No vuelvas a decir eso, no quiero verte así. Estoy segura de que algo se podrá hacer. Yo misma hablaré con el capitán Mendoza si es necesario.

—Sí. Algo se puede hacer, pero no voy a consentirlo.

—¿Y qué es? —Al ver que su padre no contestaba, volvió a preguntar—: ¿Qué es, papá? Contéstame, quiero saberlo.

—No, no quiero que lo hagas. Quiero que te cases con Arturo, él cuidará de ti. Lo que pase conmigo no importa. La plantación quedará parada un año hasta que cumplas veintiuno, después puedes vender algo de tierra y con lo que saques la levantarás para que vuelva a ser lo que era antes. No voy a permitir que pierdas todo lo que te corresponde y no quiero que te preocupes por mí.

—¿Cómo puedes decirme eso? A mí sí me importa lo que te pase, y quiero saberlo. ¿Qué ocurrirá si no pagamos?

—Puedo acabar en la cárcel.

—¡Dios mío! —Mónica empezó a llorar—. No podría soportarlo, eres lo único que tengo. No me importa lo que haya que hacer, no voy a dejar que te metan en la cárcel.

—Cariño, no quiero que…

—Papá, por favor, has dicho que algo se puede hacer y quiero saber qué es.

—Jorge Mendoza me ha dicho que él pagaría todas mis deudas y pondría el dinero para sacar adelante Nube Blanca.

—Pero eso es mucho dinero, ¿verdad?

—Eso mismo le dije yo y no le importa. El problema es que quiere algo a cambio.

—Bien, ¿y qué es?

—Te quiere a ti. Quiere casarse contigo.

Cuando Mónica le escuchó decir eso se quedó helada. Sintió que no podía respirar, que el corazón se le salía del pecho, y en ese momento recordó sus palabras: «Tarde o temprano serás mía». Un escalofrió recorrió su cuerpo.

—¡Oh, Dios mío! —gritó aterrada.

—Pero no te preocupes, yo jamás te obligaría a hacer algo así.

Aunque estoy seguro de que el capitán Mendoza es un buen partido. Es rico, poderoso y de muy buena familia. Si no fuera porque te lleva dieciséis años y por su cara, me parecería perfecto para ti. Pero te lo prometí y no voy a dejar que lo hagas. Además, tú estás enamorada de Arturo y vas a casarte con él. Así que yo tendré que responsabilizarme de mis actos. Al final tenías razón, no debí arriesgar tanto.

Mónica no podía dejar de llorar y él la abrazó con fuerza.

—Algo podremos hacer. Le daré la plantación, lo que quiera, no me importa. Pero no quiero que vayas a la cárcel.

—¡Ssshhh! No llores, no hay nada que hacer. Ya lo he intentado, pero no quiere nada, solo a ti. Me lo dejó bien claro.

***

Mónica no podía dormir y no dejaba de dar vueltas en la cama. No se sacaba de la cabeza lo que le había dicho su padre y le parecía muy raro que justamente él fuera el único capaz de ayudarles, y que su precio precisamente fuera casarse con ella. Era como si él hubiera sabido desde un principio lo que iba a ocurrir, y que por eso le dijera a ella con tanta seguridad que tarde o temprano se convertiría en la señora de Mendoza. Pero no, eso era imposible, él no podía predecir el futuro, él no podía saber lo que iba a suceder, se dijo a sí misma antes de caer bajo el embrujo de Morfeo agotada de tanto pensar en una solución a todos sus problemas.



# XVI

## Los Valles de Salazar

De buena mañana mandó ensillar su caballo y se dirigió al hotel de Jorge. Cuando preguntó por él, el botones le sugirió que esperara en el *hall* mientras él subía a la habitación de Jorge. Al bajar le dijo que esperara un momento, que el señor Mendoza la atendería en cuanto pudiera.

La hizo esperar un buen rato y a Mónica le pareció una falta de respeto muy grande. Cada vez se iba poniendo más nerviosa, hasta que por fin llegó el botones para decirle:

—El capitán Mendoza me ha pedido que la acompañe hasta su alcoba.

—No puedo hacer eso. ¿Puede decirle que baje él, por favor?

—También me dijo que usted diría eso, y me manda decirle que si quiere hablar con él tendrá que subir.

Mónica respiró profundamente y decidió subir. El botones la acompañó hasta su habitación.

—¡Capitán Mendoza, la señorita Salazar está aquí!

—¡Que pase!

Cuando Mónica entró en la habitación empezó a ponerse muy, muy, muy nerviosa. De pronto se sintió como un ratón en la casa de

un gato, atrapada.

Era una habitación muy grande y muy elegante. Con un sofá de terciopelo, una mesa, un pequeño escritorio con un espejo, un par de sillas y un diván. Todo adornado con mucho lujo, como las cortinas, los cuadros. Cualquier pequeño detalle que hubiera en esa habitación parecía valer una fortuna. Se notaba que el alojamiento era caro y él llevaba bastantes días allí con su madre.

Jorge salió del dormitorio y ella se quedó sin respiración. Llevaba un pantalón negro de raso y una bata a juego anudada a la cintura. El cinturón de la bata lo llevaba muy flojo y se le abría dejando al descubierto la mitad de su pecho. Mónica podía verle el pecho desnudo y eso hacía que sus nervios aumentaran, pues ni siquiera a su padre le había visto nunca tan destapado. Era delgado, pero corpulento al mismo tiempo, hombros anchos y brazos fuertes, y tan alto que tenía que levantar la cabeza para mirarlo. Tenía el pelo escalonado, ni demasiado largo, ni demasiado corto, y al estar mojado las puntas se le levantaban hacia arriba. Acababa de salir de bañarse y hasta ella llegaba un increíble olor varonil, fresco y muy agradable.

Cuando él cogió su mano para besarla mirándola fijamente a los ojos Mónica bajó la cabeza y Jorge levantó su mentón para obligarla a enfrentarlo.

—Me gustabas más cuando eras capaz de mirarme a los ojos, ya fuera con desafío, con orgullo, o como la última vez, con rabia, odio y ganas de matarme. No pierdas esa rebeldía, Mónica, es lo que más me gusta de ti, lo que te hace única.

Mónica se apartó de él y le habló muy seria y altiva.

—Después de hacerme esperar tanto tiempo, ¿cómo se atreve a recibirme así? No pienso hablar con usted aquí, puedo esperar un poco más. Cuando esté vestido búsqueme abajo. —Estaba a punto de abrir la puerta, pero su voz la interrumpió.

—Puedes irte si quieres, pero no soy yo el que quiere hablar y no voy a buscarte. Si tienes algo que decirme será mejor que no te vayas, porque no tendrás otra oportunidad como esta.

Mónica se quedó paralizada con la mano en el picaporte sabiendo que él no iba a ceder, era ella la que había ido y ella tenía que claudicar. Así que respiró profundamente, pero cuando se volvió él ya no estaba. A través de los visillos lo descubrió fuera, en el balcón, sentado en una mesa. Parecía que estaba desayunando, así que apartó las cortinas y salió.

—Debe ser muy importante para que hayas vuelto.

Eso era lo que más admiraba en ella, su valentía. Sabía

perfectamente que Mónica detestaba estar en esa situación, podía verlo en su cara y, sin embargo, estaba ahí tragándose su orgullo, y haría lo que fuera por salvar a su padre, incluso aceptar su propuesta de matrimonio. Pocas muchachas de su clase tan finas y recatadas serían capaces de enfrentarse a algo así sin derrumbarse, con la entereza que ella estaba demostrando.

—¿Quieres sentarte y desayunar? Está todo recién hecho.

—No, gracias. Ya he desayunado.

—Y bien, ¿qué es lo que quieres?

—Sabe muy bien a qué he venido.

—No teeengo ni idea —dijo en un tono burlón—. Si fueras tan amable de explicarme el motivo de tu visita…

Estaba jugando con ella y Mónica lo sabía, pero tenía que tranquilizarse y no perder la paciencia si quería arreglar las cosas sin necesidad de llegar demasiado lejos.

—Ayer estuvo hablando con mi padre y quería proponerle un negocio para que nos ayude. Usted saldría bien parado y nosotros también.

Jorge no hablaba, seguía desayunando sin dejar de mirarla.

Llevaba un vestido de seda granate muy escotado, con un sombrero negro que aún hacía resaltar más sus tirabuzones dorados, y un pequeño velo transparente tapaba sus ojos.

—Te escucho.

—He pensado que si usted nos deja el dinero para que mi padre no tenga que acabar en la cárcel yo le devolvería triplicado ese dinero con las próximas cosechas que vendiera. Me quedaría con lo justo para pasar la próxima cosecha y usted tendría el resto. Puede que tardase un poco en recuperarlo, pero usted ganaría el triple de lo que nos dejó. O si no le parece bien, cuando cumpliera la mayoría de edad le cedería las tierras que usted eligiera, no me importa las que quiera, solo tendría que decirme cuáles son y serán suyas.

—No soy un hombre paciente, no me gusta esperar, y no necesito tierras.

Había terminado de desayunar y se había recostado en el asiento de la silla encendiéndose un puro muy fino. El aroma mentolado que desprendía el puro era muy agradable, ella aspiró profundamente intentando tranquilizarse y llenándose de ese aroma que no entendía el porqué, pero le gustaba. No olía como los puros que fumaba su padre, esos le repugnaban.

—¿Qué tal cuatro o cinco veces más de lo que nos preste? Creo que es un buen negocio, mucho dinero por no hacer nada. Qué

importa lo que tarde en recuperarlo, seguirá siendo mucho dinero.

—Tengo dinero y no es eso lo que quiero. Pensé que se lo había dejado bastante claro a tu padre ayer.

Jorge no dejaba de mirarla mientras daba pequeñas bocanadas de humo, y eso la ponía bastante nerviosa.

—No puedo casarme con usted, eso es imposible. Dentro de ocho días voy a casarme con Arturo.

—Entonces, ¿qué haces aquí? ¿Por qué no vas a pedirle el dinero a tu prometido? —soltó fríamente y bastante enfadado al oírla hablar de su boda.

—Usted ya sabe por qué, él no puede disponer de tanto dinero. No entiendo por qué quiere casarse conmigo si tanto me odia.

—¿Por qué crees que te odio?

—Solo tengo que fijarme en cómo me mira, es como si quisiera matarme. Nunca podría casarme con un hombre que me mira así.

—Pues te equivocas… no te odio. —Nada más decir eso se levantó y se acercó poco a poco hacia ella. Mónica retrocedió hasta quedar pegada a la pared y él aprovechó para acercarse a ella con rapidez, aplastándola entre la pared y su cuerpo—. ¿Quieres saber por qué quiero casarme contigo?

Mónica lo miró directamente a los ojos y levantó la cabeza con orgullo para dejarle bien claro que no se iba a dejar doblegar ante él.

—Solo quiere someterme, domar a la fiera que llevo dentro, ya me lo ha dicho varias veces. —Lo miraba con tanta furia que de sus ojos azules parecía que iban a saltar chispas de fuego que acabarían derritiendo ese velo que cubría sus ojos y lo fulminarían con la mirada—. ¡Pero eso nunca va a lograrlo! ¡¿Me oye?! ¡Nunca! —Buscando una salida, le dijo esperando que él recapacitara y olvidara esa locura de querer casarse con ella—. Con una buena dote podría casarse con quien usted quisiera, sin necesidad de cortejos. Según mi padre, es usted un buen partido y a cualquier padre le gustaría tener como yerno a un capitán del ejército. Yo estoy comprometida, voy a casarme y le odio, así que lo nuestro nunca saldría bien.

—Acabarás queriéndome, Mónica, como hacen todas las mujeres con sus maridos.

—Eso nunca va a suceder. Y no se equivoque, no todas las mujeres quieren a sus maridos, simplemente se resignan. Y yo jamás me resignaré y jamás lo querré, de eso puede estar seguro.

—¿Quieres que apostemos? —Él le levantó el velo para ver sus ojos, apoyó sus manos en la pared una a cada lado de su cabeza

acercándose a ella, sus narices quedaron a pocos milímetros—. No quiero que escondas tu mirada debajo de ese velo, me gusta ver tus ojos, Mónica. ¿Quieres saber por qué quiero casarme? —Su voz se volvió ronca, sus ojos la miraban con deseo y su cuerpo se acercaba más al suyo buscando ese contacto que tanto ansiaba—. Quiero tener hijos, no tengo veinte años y no quiero perder el tiempo en cortejos. ¿Quieres saber por qué contigo? —Ella no podía hablar, había vuelto a dejarla sin palabras. Notar su aliento tan cerca moviéndole el pelo con ese aroma a puro mentolado le resultaba agradable, la aturdía. Y esa voz, tan ronca y melosa al mismo tiempo, la dejaba sin aliento—. Eres la única mujer capaz de mirarme a la cara y no asustarse, y no me gusta hacer el amor con alguien que no es capaz de mirarme a los ojos porque mi rostro le repugna. No resulta agradable cuando te miran así.

Cuando le escuchó decir eso le entró un escalofrío por todo el cuerpo solo al imaginarse con él en una situación tan delicada.

—Jamás voy a estar con usted en una situación como esa. —Sonaba débil y temblorosa.

Jorge le sonrió con picardía y pegó sus labios a su oído acariciándolo con cada palabra que salía de su boca con sensualidad, mientras acariciaba su mejilla con la de ella.

—Tendré que recordártelo en nuestra noche de bodas, cuando esté haciéndote el amor y te retuerzas de placer entre mis brazos. Porque vas a casarte conmigo, Mónica, y lo sabes. No tienes escapatoria, me perteneces y serás mía… solo mía. —Aterrada por sus palabras le dio un empujón con todas sus fuerzas y echó a correr hacia la puerta mientras le oía gritar—: ¡Volverás y te estaré esperando!

Cuando Mónica subió a su caballo empezó a llorar, no había conseguido nada, solo dejar que ese hombre se burlara de ella y la humillara. Quería matarlo y no veía ninguna salida para poder salir de ese lío sin tener que casarse con él.

**Los 20 Robles**

Entonces fue a ver a Arturo y, llorando sin consuelo, le contó todo lo que podía pasar si él no la ayudaba. Estaba tan desesperada que no le importaba suplicar a su prometido que pagara una dote por ella. Todo menos caer en las garras de ese hombre que le daba tanto miedo porque de una cosa estaba segura: escondía algo siniestro, pero no sabía qué era.

—Tienes que ayudarme, Arturo, por favor. No puedo casarme con él.

—Te juro, cariño, que lo he intentado todo, pero mi padre no tiene tanto dinero. Pero no te preocupes, dentro de ocho días serás mi esposa y ese hombre ya no podrá hacerte nada.

—Lo siento, pero tenemos que anular la boda, no puedo casarme contigo —le dijo entre sollozos apartándose de él.

—No digas eso, por favor, Mónica. Si tengo que matar a ese hombre lo haré, pero no voy a permitir que te cases con él. No podría vivir sin ti, cariño.

—No tengo otra opción, no voy a permitir que mi padre acabe en la cárcel. Lo siento, pero tengo que irme. Si no encontramos una solución pronto, tendremos que suspender la boda.



# XVII

## Nube Blanca

Tres días después, Mónica se despertó al escuchar unas voces muy fuertes en la planta de abajo. Cuando bajó y vio a los soldados arrestando a su padre se le hizo un nudo en la boca del estómago, casi no podía respirar. El día que tanto había temido por fin había llegado.

—¡Papá, ¿qué pasa?! —preguntó gritando por la angustia al ver a los soldados poniéndole las esposas a su padre.

—Nada, cariño, no te preocupes. Esto era inevitable. Los prestamistas me han denunciado y quieren cobrar ya. —Se acercó a ella—. No quiero que llores por mí, no pienses en mí. Cásate con Arturo y sé feliz.

—¡¿Cómo puedes decir eso?! —gritó de nuevo mientras se lo llevaban esposado.

Mónica no podía dejar de llorar, Tula la abrazó con fuerza.

—No llore, mi niña, seguro que se le ocurre algo para ayudar a su padre.

Pero ella sabía qué tenía que hacer. Se levantó, se secó las lágrimas con las manos y ordenó muy seria:

—Tula, dile a Moisés que ensille mi caballo.

**Los valles de Salazar**

Cuando llegó al hotel de Jorge estaba temblando, pero no podía hacer otra cosa, era imposible escapar de esa situación por más que quisiera hacerlo. Estaba allí, esperando como la última vez en el *hall*, tal y como le había dicho el botones que hiciera, hasta que a Jorge le dio la gana recibirla. Mónica sabía que la larga espera que estaba sufriendo era un castigo por haberse ido como se fue la última vez que había estado en su habitación.

Cuando por fin el botones la acompañó a su habitación, lo vio sentado en la terraza, había terminado de desayunar y estaba fumándose un puro. Se armó de valor y salió al balcón.

—Buenos días —saludó con voz temblorosa.

—Buenos días —contestó muy seco.

Estaba leyendo el periódico y ni siquiera había levantado la vista al saludarla, tampoco se había levantado para besarle la mano como hacía siempre, solamente estaba callado esperando a que ella hablara. Algo que a Mónica le resultó muy difícil pues tenía un nudo en la garganta que no la dejaba articular palabra, pero respiró profundamente absorbiendo el aroma del puro que Jorge fumaba y eso la relajó un poco.

—Los soldados acaban de llevarse a mi padre.

—Eso no me importa. ¿Por qué no vas a contárselo a tu prometido?

—Si consigue que lo suelten haré lo que usted quiera. —Él seguía callado mirando el periódico sin poder concentrarse en su lectura porque todos sus sentidos estaban puestos en Mónica. A ella le pareció una falta de respeto tan grande que empezó a sentir rabia por su manera de ignorarla, tanta que no pudo evitar gritarle y llorar al mismo tiempo—. ¡Es usted un maldito arrogante! ¡Eso era lo único que quería, ¿verdad?! ¡Que viniera aquí a suplicarle, a ponerme en ridículo para no hacerme ni caso! ¡¡Le odio!! ¡Pero no se preocupe, ya no volveré a molestarle nunca más! —Salió del balcón, tan alterada y cegada por las lágrimas que tiró una pequeña mesita sin darse cuenta y, cuando estaba a punto de salir de la habitación, él la detuvo cerrando la puerta y volviéndola hacia él—. ¡¡Suélteme, no me toque!!

—No puedes irte así. —Cogió su cara entre sus manos y le quitó las lágrimas con las yemas de los dedos, dejándola pasmada—. Además, aún no hemos terminado de hablar.

—Ahora quiere hablar, si… ni-ni siquiera me estaba escuchando.

—He escuchado todo lo que has dicho, pero no has dicho lo que quiero oír.

—¿Y qué es lo que quiere oír? —preguntó derrotada.

Sabía perfectamente lo que quería de ella, pero mantenía la esperanza de encontrar una salida antes de aceptar su propuesta de matrimonio. No podía imaginarse el resto de su vida atada a ese hombre tan frío y desagradable.

—Ya sabes qué es lo que quiero, ¿verdad?

—Por favor, Jorge, sea mi socio al cincuenta por ciento, no me pida más. —Tenía que intentar una última carta antes de ceder a sus deseos—. Es un buen negocio, la mitad de Nube Blanca sería suya.

Él la miró intensamente a los ojos consiguiendo que temblara entre sus brazos al decirle:

—Te quiero a ti, Mónica, quiero que seas *mía*. Lo demás no me interesa. —Mónica agachó la mirada, derrotada.

—Está bien. —La voz le temblaba por lo que iba a decir, pero se llenó de valor—. Si soy suya… aquí y ahora… ¿Sacará a mi padre? ¿Pagará sus deudas?

Jorge la cogió del mentón y la miró a los ojos, sin poder creer lo que ella le estaba ofreciendo.

—¿Quieres ser mía ahora? —preguntó confuso.

—No, no quiero. Pero por mi padre vendería mi alma al diablo si fuera necesario.

—¿Y yo soy el diablo para ti?

—Sí. Es usted lo más parecido a él que conozco.

—¿Crees que después de entregarte a mí tu novio se casará contigo?

—Eso a usted no le importa, ya me las arreglaré. ¿Acepta o no acepta?

—Está bien, si es lo que quieres.

La cogió por la cintura y la acercó suavemente hacia él. Poniendo la mano en su nuca, enredó sus cabellos en sus dedos y levantó su cabeza. Ella tenía los ojos cerrados, todo su cuerpo temblaba de miedo y él se moría de ganas de besarla, pero sabía que si lo hacía ya no podría parar y no era eso lo que quería en realidad.

Sabía que estaba a su merced, que podía hacerla suya, que ella haría cualquier cosa por salvar a su padre, y esa era una buena oportunidad para poseerla y después no cumplir con lo acordado. Total, ella era la que se le estaba ofreciendo, así que él solo tenía que tomar lo que le daban y después podía despedirla con una

sonrisa. Mónica jamás contaría a nadie lo que iba a suceder, de eso estaba seguro, y sería una venganza muy placentera.

El único problema era que sabía perfectamente que no se conformaría con un rato de placer porque él quería más y no dejaría que se casara con ese pelele, jamás consentiría que fuera de otro hombre. No podía soportar ni siquiera imaginar que otro hombre la besara o la tocara, porque la quería solo para él. Por eso, con un gran esfuerzo, le dijo:

—Lo siento, querida, pero es mucho dinero por solo un par de horas de placer. Quiero tenerte siempre que me plazca.

Mónica se apartó de él de un empujón, gritándole al sentirse rechazada y humillada.

—¡Es usted un cerdo! Le gusta humillarme, disfruta haciéndolo, ¿verdad? Pues no, óigame bien, no voy a casarme con usted, antes preferiría estar muerta.

Cuando intentó marcharse de nuevo, él volvió a arrinconarla contra la pared, apretándola contra su cuerpo.

—Lo sé, sé que preferirías estar muerta que ser mía, pero se trata de tu padre, no lo olvides. ¿Quieres que se pudra en la cárcel? —Sabía que mencionando a su padre ella acabaría cediendo—. Soy tu única opción y lo sabes. Ahora pídemelo, esta vez te toca a ti, Mónica. Pídeme que me case contigo y tu padre estará fuera de esa cloaca en media hora.

Mónica lo contemplaba atónita, no podía apartar la vista de esos ojos tan grises y tan bonitos que la miraban con tanta intensidad y tanta frialdad al mismo tiempo.

—No puedo… —Su voz era imperceptible de lo nerviosa que estaba.

—Sí puedes. Hazlo, o si no, no moveré un dedo por él.

—Eso es lo único que quiere, que me humille más todavía, ¿verdad?

Jorge seguía mirándola hipnotizado y, mientras ella respiraba profundamente, no pudo evitar clavar la mirada en el escote, fascinado por su canalillo. Su pecho subía y bajaba al ritmo de su agitada respiración a pesar de que intentaba mantener la calma, pero sin demasiado éxito.

—Sí seguimos así, te voy a tener que pedir un adelanto a cambio de sacar a tu padre. —Empezó a acariciar con el dedo índice el escote de su vestido rozando suavemente su piel al mismo tiempo —. Tu piel es tan suave y delicada, Mónica. —Su voz volvía a sonar ronca por el deseo que crecía dentro de él y, sin poder contenerse, bajó la cabeza para enterrar la nariz en su cuello y poder así aspirar

de nuevo ese aroma que lo extasiaba—. Uuummm, necesitaba volver a embriagarme con tu perfume a jazmín. —Mientras le besaba el cuello, le susurró al oído—: Este juego se me está descontrolando, Mónica. Si no quieres acabar en mi lecho ahora mismo, será mejor que me pidas de una maldita vez lo que quiero.

Ella estaba tan nerviosa que le costaba respirar, su pecho subía y bajaba intentando llenar de aire sus pulmones, acentuando su escote. Jorge, incapaz de apartar los ojos de la turgencia de sus pechos, seguía acariciándola con su dedo, mientras la aprisionaba más entre la pared y su cuerpo.

Cogiendo su mano con las suyas para que dejara de tocarla, de mirarla y cesara de una vez con esa tortura, Mónica le dijo con un tono de voz imperceptible, que solo él pudo escuchar:

—Por favor, cásese conmigo y saque a mi padre de la cárcel.

Era capaz de decirle cualquier cosa para que se apartara de ella y dejara de torturarla con sus sensuales caricias que parecían provocarle taquicardias. Al mismo tiempo que hablaba le caían unas lágrimas por las mejillas, de la rabia y la impotencia que sentía al comprender que él estaba consiguiendo lo que quería: someterla.

Jorge secó sus lágrimas con sus dedos, se apartó de ella liberándola del castigo y le dijo bromeando:

—Si me lo pides así no te puedo negar nada. —No pudo evitar reírse cuando ella lo fulminó con la mirada—. Está bien, está bien, no me mires así. No estás para bromas y lo entiendo. Solo espero que no se te ocurra echarte atrás una vez saque a tu padre de la cárcel, porque te puedo asegurar que solo necesitaría chasquear mis dedos para que volviera a entrar inmediatamente. —La cogió de la mano y salió con ella a la calle.

—¿Dónde vamos? —preguntó sorprendida.

—A sacar a tu padre. ¿No era eso lo que querías?

El cuartel estaba a dos calles y la llevaba de la mano de esa manera que a Mónica le parecía íntima y extraña, con sus dedos entrelazando los suyos. Todo el mundo los miraba y ella empezó a sentir mucha vergüenza, ya que todos la conocían. Sabían que iba a casarse con Arturo y la estaban viendo caminar por la calle cogida de la mano de otro hombre.

—Por favor, suélteme. Nos mira todo el mundo.

—Bien, pues van a tener que ir acostumbrándose a vernos juntos, ¿no crees? Quiero que la boda sea en una semana y voy a invitar a todos.

Ella estaba andando y no sabía ni cómo lo hacía porque se había quedado petrificada. En una semana sería su esposa y ya no podía

escapar. Pero decidió no pensar en eso, aún podía producirse un milagro y que esa boda no se realizara. Ahora, lo único que quería era ver a su padre, tenerlo cerca y sacarlo de ese inmundo cuartel.

Cuando entraron los soldados se pusieron firmes y lo saludaron nada más verlo, él se irguió y les devolvió el saludo. A Mónica aún le pareció mucho más alto al hacer ese gesto y se sintió muy pequeña a su lado.

—¿Qué podemos hacer por usted, capitán?

—Me han informado de que habéis detenido al señor Salazar, quiero que lo soltéis inmediatamente. Yo me haré cargo de todas sus deudas.

—Sí, capitán. ¡¡Traed al prisionero!! —gritó uno de los soldados.

Cuando Mónica vio a su padre se le echó al cuello y empezó a darle muchos besos.

—No has debido venir, no debiste aceptar su oferta.

—No digas más tonterías. No iba a permitir que pasaras ni un solo día ahí dentro, y si para eso he de convertirme en la señora de Mendoza pues lo haré. Lo único que me importa es que estés conmigo.

—¿Estás bien, Ernesto? Espero que mis hombres hayan cuidado bien de ti.

—Sí, estoy bien. Gracias, Jorge. Solo espero que cuides bien de mi hija ahora que vas a ser su marido.

—Ya te dije que cuidaré de ella como se merece. Ahora tenemos mucho que hacer para que esté todo listo para el gran día. ¿No es así, querida? Dentro de una semana en tu casa, me gusta tu jardín. Y estoy seguro de que querrás seguir viviendo allí después de la boda.

—Sí, por favor, no querría vivir en otro sitio.

—Tus deseos son órdenes para mí —sonrió.

En ese momento a ella le parecía que volvía a ser aquel hombre que conoció en la boda de Estela, amable, gentil y simpático.



# XVIII

## Nube Blanca

Mónica y Ana se encargaban de todos los detalles de la boda que fueran a hacerse en la casa, y Jorge y Ernesto de los invitados. En esos días ella había estado muy ocupada, no se había acordado de Arturo y tampoco tenía la cabeza para muchas cosas, porque estaba organizando una boda que no quería con un hombre al que detestaba. En cuatro días iba a perder su libertad e iba a pertenecerle a él que, aunque de repente volvía a ser amable y agradable, seguía dándole mucho miedo, ya que seguía viendo en él un oscuro secreto.

Lo único bueno era que él no había vuelto a tocarla desde entonces, y eso la tranquilizaba un poco, pues estaba segura de que no sería capaz de seguir adelante si encima él la forzaba y besaba con furia, como hizo la última vez. Parecía como si se hubiera calmado al saber que ya no tenía escapatoria y que no había nada que pudiera impedir esa boda. Aunque, en el fondo, ella rezara todos los días para que ocurriera algo que deshiciera ese compromiso.

Lo único que le daba fuerzas era que su padre estaba en casa apoyándola y dándole valor. Le consolaba saber que él siempre

estaría allí con ellos y que no estaría sola con ese hombre después de la boda, porque sabía muy bien que su padre no le permitiría que la tratara mal, y estaba segura de que su madre tampoco le dejaría, así que se sentiría arropada teniéndoles a los dos en casa. Ana era una mujer buena y cariñosa, a Mónica le gustaba estar con ella, ya que podría llegar a ser la madre que nunca tuvo, esa era una de las razones por las que le gustaba saber que ella también viviría con ellos.

Mónica estaba leyendo, eso la ayudaba a relajarse, cuando llegó Tula anunciando a Arturo.

—¡Señorita! Ha llegado el señor Robles y quiere hablar con usted. —A Mónica le dio un vuelco el corazón.

—¿Dónde está? —preguntó nerviosa.

—Está esperándola en el porche.

Mónica salió y cuando lo vio sintió mucha nostalgia. Estaba mucho más guapo que de costumbre, pero su semblante era triste y sombrío. Deseaba tirarse en sus brazos y que él se la llevara lejos, que la sacara de ese mal sueño en el que se había convertido su vida en solo cuatro días. Pero tenía que ser fuerte y decepcionarlo para que se olvidara de ella y pudiera rehacer su vida.

—Hola, Arturo. Puedo imaginarme por qué estás aquí, y te pido perdón por no haber ido antes a tu casa para hablar contigo y darte una explicación. Pero he estado muy liada con los preparativos de la boda y no he tenido cabeza para otra cosa. —Su voz sonaba fría y casi no podía mirarlo a los ojos.

—Por más que quieras aparentar que eres una novia feliz no voy a creerte. Hace menos de una semana ibas a casarte conmigo y no tenías esas ojeras ni esa cara tan triste. Entonces sí estabas feliz. ¿Por qué, Mónica? ¿Por qué lo has hecho?

—Te pedí ayuda, ¿recuerdas? Ahora no vengas exigiendo una explicación. Sabías que no iba a dejar que mi padre se pudriera en la cárcel, por eso lo hice. Y ya no hay marcha atrás, ya no se puede hacer nada.

—¡Sí se puede! Voy a matarlo. No voy a dejar que te cases con él, ¿me has entendido?

Mónica lo miró fijamente, se acercó a su lado y, cogiéndole de los brazos, le dijo muy triste con los ojos llenos de lágrimas:

—Olvídate de mí, Arturo, y búscate otra muchacha que pueda hacerte feliz. No quiero que te metas en líos por mi culpa, no vale la pena. Además, no podría soportar que te pasara algo. Adiós, Arturo.

Lo soltó y se metió corriendo para la casa sin poder evitar echarse a llorar, él la alcanzó y le dio la vuelta. Cuando vio cómo

lloraba la abrazó fuerte y ella se deshizo en lágrimas contra su pecho, él le dio un beso en la cabeza con mucha ternura.

—¿Cómo puedes pedirme que me olvide de ti? Te quiero, Mónica, y nunca voy a dejar de hacerlo. Y te juro por Dios que voy a impedir esa boda, cueste lo que cueste.

Ella levantó la cara y lo miró con las lágrimas rodando por sus mejillas.

—Pero no quiero que te pase na…

—¡Ssshhh! Nada va a pasarme, confía en mí, volveré. Te quiero. —Le quitó las lágrimas y le dio un beso muy tierno en los labios.

Cuando salió de Nube Blanca iba a toda velocidad con su caballo, sentía tanta rabia de ver a Mónica así que en lo único que podía pensar era en matar a Jorge para poder estar de nuevo con su amada. Y no iba a descansar hasta conseguirlo, aunque tuviera que morir en el intento.

**Los valles de Salazar**

Jorge estaba en el club cuando entró Arturo hecho un animal gritándole delante de todos.

—¡¡Tú!! ¡Eres un malnacido! Desde el primer momento que vi cómo la mirabas supe que eras una amenaza y no has parado hasta conseguir arrebatármela.

Jorge lo miraba impasible, sentado en la silla sin levantarse siquiera. Hasta que Arturo sacó unos guantes del bolsillo y lo abofeteó con ellos. En ese momento se levantó y le preguntó fríamente:

—¿Estás seguro de lo que haces?

—Sí. Será un placer matarte y liberar a Mónica de tu yugo.

Jorge sonrió sarcásticamente.

—Vete a casa, muchacho, esta batalla la tienes perdida y no quiero matarte.

—¿No tendrá miedo de enfrentarse a mí, capitán? Porque no voy a irme de aquí hasta que acepte el duelo. ¿O es demasiado cobarde para hacerlo? —preguntó delante de todos para presionarle y no quedar como un cobarde.

—Está bien. ¿Dónde y cuándo quieres morir?

—Mañana al alba en el claro del bosque, hasta que uno de los dos esté muerto. Usted elige con qué quiere luchar.

—Allí estaré. Yo llevaré las armas.

Cuando Arturo se fue todos empezaron a murmurar y José Serra le dijo a Jorge:

—Este muchacho se ha vuelto loco.

—No, está en todo su derecho. Yo habría hecho lo mismo si un malnacido hubiera venido y me hubiera arrebatado a mi prometida.

—Sí, pero él tiene que saber que enfrentarse a un capitán del ejército es como firmar su sentencia de muerte. Jamás estará a su altura elija el arma que elija, y usted lo sabe.

—Sí. Por eso le di la oportunidad de retractarse, pero la dejó escapar.

**Nube Blanca**

Mónica estaba en la salita leyendo, pero sin poder concentrarse en el libro desde que Arturo se había ido. Tenía un mal presentimiento y justo en ese momento entró Tula anunciando a la madre de Arturo.

—Señorita Mónica, ha venido la señora Robles y quiere hablar con usted.

La mujer entró empujando a Tula muy nerviosa y hablando aceleradamente.

—Mónica, por favor, tienes que parar esa locura. No podría soportar que mi hijo muriera y ese hombre lo matará estoy segura. Mi hijo no puede competir con él, no está a su altura. Por favor, es tu prometido, tienes que evitar que mate a mi hijo.

Mónica estaba atónita, no sabía de qué hablaba, no entendía por qué estaba tan alterada, y por qué decía que Arturo iba a morir.

—Por favor, tranquilízate y cuéntame qué pasa porque no te entiendo.

—¿No sabes nada de lo que ha pasado este mediodía? ¿Tu prometido no te lo ha contado?

—No. No sé qué ha pasado, no he visto a Jorge en todo el día. ¿Qué tendría que contarme?

—Mi hijo está como loco desde que tu padre vino y anuló vuestro compromiso diciéndonos que te casabas con ese hombre.

Mónica recordó lo mal que lo había visto por la mañana cuando fue a verla.

—Lo siento, pero no he tenido otra opción, si no lo hubiera hecho mi padre habría acabado en la cárcel.

—Lo sé, Mónica, y te entiendo. Si hubiéramos podido hacer algo te juro que lo hubiéramos hecho, pero era mucho dinero. —Mónica asintió con la cabeza—. El problema es que Arturo no quiere aceptarlo, y este mediodía fue al club y retó a tu prometido a un duelo a muerte que se celebrará mañana al alba. —A Mónica se le heló la sangre—. Todo el mundo habla de las habilidades que tiene tu prometido siendo del ejército, por eso he venido. Habla con él,

por favor, Mónica, pídele que no vaya. Si mi hijo muriera yo no sabría qué hacer.

Mónica estaba blanca, no sabía cómo reaccionar, jamás se hubiera imaginado que Arturo hubiera ido a retar a Jorge después de hablar con ella. Todo era una locura. Pero de lo que estaba segura era de que Arturo no tenía ninguna posibilidad: Jorge lo mataría y ella se sentiría culpable durante el resto de su vida. Con mucha pena, miró a Ester Robles y le dijo, intentando tranquilizarla:

—No te preocupes, hablaré con Jorge. Puedes irte tranquila. —La acompañó hasta la puerta, Ester le dio un abrazo y un beso.

—Gracias, Mónica. Sabía que podía contar contigo.

Mónica estaba muy angustiada, acababa de mentir a Ester y le dolía ver cómo se iba confiando en que ella pudiera hacer algo, cuando ella misma no estaba segura de que Jorge la escuchara siquiera. Pero tenía que intentarlo, así que llamó a Moisés y le mandó una nota a Jorge con él.

***

Cuando Jorge llegó a casa de Mónica, ella estaba en la salita esperándole muy nerviosa.

—Te has enterado, ¿verdad? Por eso has mandado a Moisés a buscarme.

—Por favor, Jorge, no lo hagas —le suplicó. Era la primera vez que lo tuteaba y le gustó esa sensación. Siempre era tan fría y orgullosa hablándole de usted que parecía que no tuviera sentimientos—. Sabes que Arturo no tiene ninguna posibilidad contra ti. —Ella cogió su mano y volvió a suplicarle—. Hazlo por mí, por favor. No podría cargar con su muerte en mi conciencia. —Lo miraba con los ojos llenos de lágrimas. En ese momento parecía tan frágil y vulnerable que le entraron ganas de abrazarla, hasta que la escuchó decir—: Si quieres que me arrodille y te suplique lo haré, pero no lo mates.

Cuando vio cómo era capaz de ponerse en el suelo de rodillas delante de él por ese muchacho, la rabia lo invadió. La levantó del suelo, cogiéndola del mentón y apretándola con fuerza para mirarla a los ojos.

—¿No me has suplicado ya bastante? Eres capaz de rogarme, humillarte y arrodillarte delante de mí por ese muchacho. ¿Tanto le amas? —La miraba con tanta rabia que ella sintió un escalofrió recorrer todo su cuerpo, de repente la soltó de un empujón y cayó

al suelo—. Estoy seguro de que si tuvieras la certeza de que el que fuera a morir soy yo, no correrías ni te pondrías de rodillas para suplicarle a ese pelele por mí, sino todo lo contrario, te alegrarías y lo celebrarías con él.

Salió de la casa con el caballo como alma que lleva el diablo, lleno de furia al ver que ella era capaz de humillarse delante de él por ese muchacho cuando con él era tan fría, altiva, arisca y, sobre todo, muy orgullosa.

**Los valles de Salazar**

—Has llegado justo a tiempo para ser mi padrino de duelo —le dijo a José cuando acabaron de cenar.

José acababa de llegar para asistir a la boda, le habían concedido un permiso y lo primero que había hecho era ir a ver a su amigo.

—¿De qué me estás hablando? —Cuando Jorge le contó todo se echó a reír—. No me digas que por celos vas a ser capaz de matar a ese muchacho.

—No seas absurdo, ¿por qué debería tener celos? Es una Salazar y solo por eso la desprecio. Y yo no le he retado, ha sido él, que tiene ganas de morir.

—Y tú de matarle porque tu futura esposa está enamorada de él. Es capaz de suplicarte y arrodillarse delante de ti para pedirte clemencia, y eso te enfurece. Sabes perfectamente que ese muchacho está en desventaja y si lo matas Mónica nunca te lo perdonará. Ya has conseguido lo que querías, tienes a los Salazar en tus manos, olvídate de ese duelo. Y cuéntame cómo has conseguido a Mónica Salazar.

—Fue bastante fácil. Más largo de lo que yo esperaba, pero muy fácil. Te dije que lo del bulo funcionaría. Solo tuve que pagar a unas cuantas personas para que empezaran a hablar de una máquina que hacía maravillas y todo empezó a rodar. El chisme llegó aquí justo antes de llegar yo, que es lo que quería, y solo tuve que confirmar que era cierto a las personas que sabía que se lo dirían a Ernesto, y cayó en mi trampa como un corderito. Luego fue sencillo: acompañarlo a la ciudad, enseñarle una máquina falsa y un dependiente con mucha labia, tanto que con un buen descuento le vendió dos máquinas, que era justo lo que yo quería para dejarlo en la más absoluta miseria. Si no hubiera sido porque sabía que esa máquina era falsa te juro que me hubiera convencido a mí también, menos mal que no nos pidió verla en marcha. Eso es lo bueno que tienen los ricos, confían tanto en sí mismos que creen que nunca

nadie va a engañarlos. Lo que más largo que se me hizo fue ese maldito mensaje que Ernesto debía recibir para hacerle ver que había sido estafado y así terminar de caer en mis garras. ¿Por qué no lo enviaste antes? Pensé que al final Mónica se casaría con ese pelele antes de llegar el mensaje.

—Estuvimos de maniobras, por eso me retrasé un poco en hacerlo. Pero nunca me dijiste que ella entraba en este juego y no sabía que querías casarte con ella. Cuando supe que te habías prometido me quedé de piedra, nunca pensé que lo conseguirías.

—No importa, llegó a tiempo para poder impedir esa boda. Y no tenía intenciones de casarme con ella, pero después de oír a su padre cómo hablaba de ella, cómo la quiere, cómo la idolatra, supe que la mejor manera de vengarme de él sería a través de su hija, y cuanto más daño le haga a ella más sufrirá él. No sabes cómo deseo que llegue el día de la boda, bueno, más bien la noche de bodas.

—¿Para qué? ¿Para llevártela a la cama o para terminar tu venganza?

—Si te soy sincero, para las dos cosas. Ansío tanto una cosa como la otra. —Los dos se echaron a reír—. Cambiemos de tema. ¿Cómo van las cosas por la ciudad? Me muero de ganas de terminar con todo esto y volver.

—Cuando vuelvas, ¿la llevarás contigo?

—No. ¿Para qué? Una vez me haya vengado de su padre me iré, no quiero cargar con una Salazar el resto de mi vida. Después de eso, lo que pase con ella no me importa.

—¿Y no tendrás remordimientos?

—¿Por qué? Él no los ha tenido nunca, ¿por qué tendría que tenerlos yo?

—Porque tú no eres esa mala persona que le quieres hacer creer a ella.

—Eso no va a cambiar nada. Además, a esa niñita le va a venir bien que le bajen los humos. Es orgullosa, altanera, coqueta, fría y desesperante. Cree que ningún hombre puede mandarle ni decirle lo que tiene que hacer. Pero de eso tiene la culpa su padre, que la ha malcriado toda la vida. Por eso te digo que cuando acabe con ella va a ser la mujer más sumisa y complaciente del mundo, y su próximo marido tendrá que agradecérmelo.

—Ahora entiendo cómo subiste tan pronto de galones y por qué dicen que eres un gran estratega. Has montado todo esto en un abrir y cerrar de ojos, y has conseguido exactamente lo que querías. Tengo que felicitarte.

—Gracias.

—Y ahora cuéntame. ¿Cómo son las chicas por aquí? Quiero divertirme esta noche.

—En eso no puedo ayudarte y lo sabes. No me gustan esas mujeres.



# XIX

## Los Valles de Salazar

Al día siguiente cuando Jorge y José llegaron al claro del bosque, Arturo y su primo ya estaban allí esperándolos. El primo de Arturo era su padrino.

—Buenos días —saludó Jorge a Arturo—. ¿Sigues teniendo ganas de morir? Pensé que no vendrías.

—Eso es lo que le hubiera gustado. Pero no voy a echarme atrás, y no crea que le va a ser tan fácil matarme. Puede que sea yo quien acabe con usted.  —Jorge sacó dos espadas y le dio una a Arturo—. ¡¿Espadas?! Pensé que elegiría pistolas.

—No tientes a la suerte, muchacho. No hacen capitán a nadie por su mala puntería, no te daría tiempo ni a quitarle el seguro. Con las espadas te está ofreciendo una oportunidad —añadió José. Los dos se pusieron en posición y José gritó—: ¡¿Estáis preparados?! —Ambos asintieron con la cabeza—. Bien, pues podéis empezar. Y recordad que no valen golpes, solo las espadas pueden tocaros.

Arturo se abalanzó sobre él queriendo hundir su espada en el corazón de Jorge, pero este le esquivó sin ningún problema. Arturo estaba ciego por la ira y cuanto más esquivaba Jorge sus

movimientos, más le costaba controlar la espada. Su ira crecía por momentos volviéndose más torpe con cada movimiento. Pero lo que más le molestaba era saber que Jorge estaba jugando con él, que podría acabar con él en cuanto quisiera y, sin embargo, seguía esquivando sus ataques sin contraatacar en ningún momento.

Sabía que estaba perdido, que no iba a ganar, que Jorge acabaría con él en cuanto se lo propusiera, pero el orgullo y la furia le hacían seguir adelante porque prefería morir que pedir clemencia o ver a ese hombre casado con Mónica. Hasta que en el último intento Jorge lo desarmó y con la punta de su espada en el corazón de Arturo, le volvió a dar otra oportunidad, diciéndole con mucha paciencia:

—No vale la pena morir por ninguna mujer. Hazme caso, muchacho, y vete a casa.

Jorge quitó la espada de su corazón y se dio la vuelta dando por terminado el duelo.

Pero Arturo estaba tan rabioso y descontrolado que se levantó, cogió la espada del suelo y fue directo hacia Jorge levantando la espada detrás de él dispuesto a acabar con su vida.

Jorge vio a José asustado mirando a su espalda mientras gritaba:

—¡¡Cuidado, Jorge!! ¡¡Detrás de ti!!

Se giró rápidamente y pudo ver la espada encima de él. Intentó esquivarla, pero no le dio tiempo, así que puso el brazo para que no le diera en la cara. Aún tenía la espada en la otra mano cuando Arturo cayó al suelo al tropezar con una piedra y Jorge le amenazó con la espada en su yugular, sin apretar demasiado. Quería insertarla hasta el fondo de su garganta y verle morir, pero las palabras de Mónica le estallaron en la cabeza. «No podría cargar con su muerte en mi conciencia». Entonces miró a Arturo fríamente al decir:

—Si no te mato es por dos razones. Primero, porque dentro de dos días Mónica será mi mujer y creo que ese ya es bastante castigo para ti, y segundo, porque Mónica me lo ha pedido. Pero te juro que la próxima vez no voy a tener compasión, así que vete a casa y por tu bien espero que esta vez me hagas caso.

—¡Entonces será mejor que me mate porque no voy a dejar que Mónica sea suya! —gritaba Arturo enfurecido.

—Eso es algo que ni tú ni nadie va a poder impedir.

—¡Ella no le va a querer nunca porque me quiere a mí! Ayer mismo me lo demostró cuando fui a verla a su casa. Fue muy cariñosa y complaciente conmigo, y estoy seguro de que con usted nunca va a serlo. Por más que se convierta en su esposo, Mónica

nunca va a quererlo, nunca será suya. Porque cuando esté con usted, cuando le haga el amor, será en mí en quien piense.

Jorge intentó hundir la espada en su yugular, estaba tan furioso que quería matarlo, pero José le gritó:

—¡No lo hagas, Jorge! ¡¿No ves que eso es lo que quiere?! Si lo haces Mónica nunca te lo perdonará, te odiará toda la vida y a él nunca podrá olvidarlo. ¿Es eso lo que quieres?

Jorge reaccionó al escuchar las palabras de José y volvió a advertirle clavando la punta de su espada en la garganta de Arturo hasta conseguir que sangrara.

—Si vuelves a acercarte a Mónica te mataré. ¡Olvídala, ella nunca será tuya!

Se dio la vuelta y lo dejó ahí tirado en el suelo, sintiendo una impotencia muy grande y unas ganas locas de matarlo por lo que acababa de decir. Pero sabía que José tenía razón. Si lo mataba Mónica nunca podría perdónale, y Arturo se convertiría en un mártir para ella.

Al llegar al hotel el botones le informó:

—La señorita Salazar está en su habitación esperándole. —Cuando vio su brazo enrollado en un trapo lleno de sangre le preguntó preocupado—: ¿Quiere que avise al médico, capitán?

—No, gracias, ya han ido a avisarle.

Jorge entró en su habitación y encontró a Mónica sentada en el sofá con su madre. Cuando las dos lo vieron con el brazo lleno de sangre se levantaron de un brinco. Su madre fue corriendo hacia él y Mónica se quedó paralizada.

—Hijo, ¿qué ha pasado? ¿Estás bien?

Jorge abrazó a su madre.

—No te preocupes, mamá. Estoy bien, solo ha sido un rasguño sin importancia. —No dejaba de mirar a Mónica, que seguía parada con los ojos llenos de lágrimas—. El médico estará a punto de llegar, ¿puedes ir a ver si viene? Quiero hablar con Mónica a solas.

Cuando su madre se fue se acercó a Mónica y levantándole el mentón, le dijo con sarcasmo:

—No estarás llorando por mí, ¿verdad, querida?

—Nunca voy a perdonarle esto y no… no pienso casarme con usted. —No podía dejar de llorar—. Le pedí, le supliqué que no le matara y usted… ¡Oh, Dios mío! ¡No sabe cuánto le odio!

Mónica gritaba con tanta furia y lo miraba con tanto rencor que en ese momento Jorge se dio cuenta de lo mucho que Mónica amaba a Arturo, así que la ira se apoderó de él. Cuando Mónica fue a alejarse, él la cogió del brazo sin controlar su fuerza.

—¿Dónde crees que vas? —preguntó enfurecido.

—¡¡Aaay!! —gritó al sentir el dolor en su brazo, parecía como si fuera a arrancárselo de cuajo—. ¡Me hace daño, suélteme! ¡No soporto estar un segundo más a su lado, quiero irme, y no… no volver a verle nunca más!

—Creo que eso no va a ser posible, ya que dentro de dos días vas a ser mi esposa.

—¡¡No!! ¡No pienso casarme con un asesino! —le gritó de nuevo mirándole a los ojos fríamente.

—Tu querido Arturo debe estar en su casa, sano y salvo bajo las faldas de su madre. Ni siquiera le hice un rasguño, y que conste que no fue por falta de ganas, lo hice por ti. Soy yo el que está herido, el que llega lleno de sangre y a ti solo te preocupa que ese pelele esté bien.

Mónica lo miró sorprendida sin entender muy bien por qué Arturo seguía vivo, si lo normal en un duelo era que solo quedara uno con vida.

—Lo siento. Cuando le vi entrar lleno de sangre, pensé que lo había matado. Se supone que en un duelo el que sobrevive es el que gana, mientras el otro yace muerto.

No sabía cómo reaccionar, estaba tan sorprendida de que él le hubiera hecho caso y hubiera perdonado a Arturo.

—Y a ti te hubiera gustado que yo no hubiera vuelto, ¿verdad? Así tus problemas hubieran desaparecido y podrías casarte con él. ¡¿No es eso lo que te hubiera gustado?! —Estaba tan enfadado que no dejaba de apretarle el brazo, furioso.

—Yo no he dicho eso. Por favor, suélteme, me hace mucho daño —pidió. Sentía un hormigueo en el brazo por la falta de riego sanguíneo, al ser sujetado con dureza por la mano de Jorge, que parecía más bien la garra de un ave de presa estrujando a su víctima.

—¿Qué paso ayer entre Arturo y tú cuando fue a tu casa? —Ella se quedó atónita, no sabía cómo podía saber eso—. ¿Qué pasa? ¿Te da vergüenza contestarme? ¿Qué hiciste, Mónica? ¿Hasta qué punto estuviste cariñosa con él? ¡Quiero la verdad! —Sus palabras estaban llenas de odio y rencor, Mónica sintió un escalofrío recorrer su cuerpo.

—No pasó nada, se lo juro, solo hablamos. Por favor, suélteme, me hace mucho daño —pidió de nuevo.

Él la soltó y le ordenó muy serio:

—Vete a casa. —La miraba fríamente y su voz sonaba triste.

—Yo no sé qué le ha dicho Arturo, pero no pasó nada. Si no

quiere creerme no puedo hacer nada, aunque tampoco me importa.

—He dicho que te vayas, nos veremos en el altar. —Le dio la espalda y cuando ella salió llorando se tropezó con su madre, con José y con el médico.

—¿Dónde vas, Mónica? ¿Por qué lloras?

—Lo siento, Ana, pero tengo que irme.

Subió al caballo y se alejó llorando y con un dolor en el brazo muy fuerte. Pero lo que más le dolía era el corazón por varias razones. Primera, porque él pensara que ella fuera capaz de entregarse a Arturo, como si fuera una cualquiera. Segunda, que creyera que ella solo quisiera verle muerto, porque por más que lo odiara ella nunca le deseó la muerte ni a él ni a nadie. Solo quería que la dejara en paz y le devolviera su libertad. Y tercera, y la más dolorosa para ella, que Arturo fuera capaz de mancillar su reputación para vengarse de Jorge.



# XX

## Nube Blanca

La noche antes de la boda Jorge fue a su casa, no lo había vuelto a ver desde el duelo, y justo cuando iba a meterse en la cama Tula llamó a la puerta de su habitación.

—Señorita, el señor Mendoza está abajo y quiere hablar con usted.

—Pues dile que estoy durmiendo.

—Es que su padre me preguntó y yo le dije que acababa de ayudarla a desvestirse y que aún seguía despierta.

—No debiste decir eso, Tula, ahora tendré que bajar.

—Lo siento. ¿Quiere que la ayude a vestirse de nuevo?

—No, me pondré la bata.

—Pero eso no está bien, mi niña. Ese hombre aún no es su marido, no puede bajar así.

—Qué importa ya, Tula. Total, mañana ya estaré atada a él para el resto de mi vida.

Su voz sonaba tan triste que Tula la miró con mucha pena, atreviéndose a aconsejarla para que las cosas fueran un poco más fáciles para ella.

—Debería resignarse, mi niña, e intentar que su marido le

agrade.

—Eso nunca va a pasar. Tienes razón, tengo que resignarme porque nada va a parar esa boda ya. Pero él nunca va a poder agradarme, y siempre voy a odiarle. Sobre todo, después de mañana cuando me obligue a estar con él. ¡Dios mío, Tula! No sé si voy a poder soportarlo.

—Si las demás mujeres que se casan sin estar enamoradas pueden soportarlo, usted también lo hará. Aunque usted no lo sepa es mucho más fuerte de lo que cree, podrá con eso y mucho más. Pero aun así sería mucho mejor si se resignara y no luchara contra su marido, eso no la va a ayudar, sino todo lo contrario.

—Gracias, Tula, intentaré recordarlo cuando llegue el momento. Ahora tengo que bajar.

Llevaba un camisón blanco de tirantes con el pecho de encaje y el cuerpo de seda hasta los tobillos. Se puso la bata que iba a juego con el camisón, toda de encaje, de media manga, ceñida y abotonada a la cintura, y bajó a la salita.

Su padre y Jorge estaban fumando y tomándose un coñac.

Cuando ella entró él no podía dejar de mirarla mientras se acercaba. Era la primera vez que podía admirar su figura sin tanto corsé, faldas, cancán, pololos y toda esa parafernalia que llevaban las mujeres en esa época. Era imposible imaginar cómo podían ser con tantas capas, pues parecían cebollas. Él había fantaseado con ello muchas veces, pero al verla así con tan poca ropa y ese pelo largo dorado y ondulado, ya que los tirabuzones habían desaparecido al peinarlos para irse a dormir, se dijo a sí mismo lo afortunado que era. Estaba preciosa, no podía quitar los ojos de ella, la miraba de arriba abajo y le parecía la muchacha más hermosa que había visto jamás.

Ella se ruborizó cuando él se acercó y le besó la mano mirándola con tanta intensidad. Mónica tenía la sensación de que Jorge estuviera desnudándola con la mirada.

—Bueno, os dejo solos para que podáis hablar, yo me voy a dormir.

—¡Pero papá!, no puedes dejarnos solos, eso no está bien.

—Vamos, Mónica, mañana Jorge será tu marido, no creo que pase nada porque os deje solos.

—Puede irse tranquilo, podré esperar hasta mañana.

Cuando dijo eso la miró a los ojos con malicia, ella sintió un escalofrió al imaginar lo que Jorge insinuaba tras esas palabras y se apartó de él de un tirón porque aún tenía su mano entre las suyas. Mientras, Ernesto subía las escaleras riéndose.

—Siento recibirle así, pero estaba a punto de meterme en la cama, y tampoco son horas de visita. ¿Qué puede ser tan importante que no podía esperar hasta mañana? —Mientras hablaba no dejaba de andar, estaba nerviosa y no quería que él se acercara a ella, ahora se arrepentía de no haberse vuelto a vestir—. ¡Ya sé! ¿Ha venido para anular la boda?

—¿Por qué haría algo así?

—Porque cree que le engañé con Arturo. No sé qué fue lo que le dijo, pero usted le creyó, y eso es algo que no voy a perdonarle. —De repente lo vio sonreír y se sorprendió.

—Si yo hubiera creído una sola palabra de lo que insinuó ese pelele en estos momentos estaría muerto, y no me hubiera importado lo que pensaras de mí. No, querida, sé que sigues siendo pura y virginal, solo quería aclarar unos puntos antes de mañana.

—Bien, pues diga lo que tenga que decir y márchese, por favor. Quiero irme a dormir. —Su frialdad y arrogancia lo ponían de tan mal humor que en dos zancadas se acercó a ella, la cogió por la cintura y la rodeó con sus brazos—. ¡Suélteme, no tiene ningún derecho a…!

—Mañana serás mía y tengo todo el derecho para…

—¡Mañana! —gritó—. Pero hoy no. Váyase de mi casa, hasta mañana aún puedo mandar en ella —le desafió sin bajar la mirada y forcejeando para que la soltara.

Mónica quería molestarle hablándole así, pero se equivocaba porque precisamente eso era lo que más le gustaba de ella, su fuerza y su valor. No se acobardaba ante él sabiendo que tenía las de perder, como cualquier mujer que se enfrentara a su marido, sabiendo que después sería castigada por su rebeldía. Y eso fue exactamente lo que hizo él, castigarla apoderándose de su boca, con rabia, con fuerza.

Mónica no dejaba de darle golpes en la cintura, pero por más golpes que le diera él ni se inmutaba, seguía besándola con fuerza haciéndole cada vez más daño. Ella ya no sentía los labios por el dolor y empezó a llorar. Cuando él sintió sus lágrimas y su cuerpo temblando de miedo se apartó de ella, la cogió de los brazos y le advirtió, molesto:

—No vuelvas a enfadarme porque no lo vas a pasar bien. —Le apretaba los brazos y ella lloraba por el dolor y la impotencia que sentía.

—Suélteme, por favor, me hace mucho daño. —Él se dio cuenta de que se quejaba del brazo y le desabrochó el botón de la bata, ella le cogió de las manos y con una voz muy suave para ablandarlo le

suplicó—: Por favor, Jorge, no haga eso, se lo suplico. Mañana…

—No voy a forzarte, no te asustes. Como le he dicho a tu padre, puedo esperar hasta mañana. Solo quiero ver tu brazo. —Le bajó la bata y cuando vio su brazo amoratado, gritó—: ¡Por Dios! ¿Eso te lo he hecho yo? —Ella asintió con la cabeza—. ¿Fue antes de ayer en el hotel? —Ella volvió a asentir con la cabeza y él le acarició el brazo suavemente—. Espero que mañana no me obligues a hacerte daño, Mónica, podría ser bonito si tú quieres, y yo te deseo tanto… —La acercó muy despacio hacia él y empezó a besarle el hombro muy suavemente, una y otra vez. Sus labios subían lentamente por el cuello hasta llegar a su oído para decirle con una voz muy sensual—: Me muero de ganas de que llegue mañana, Mónica, para por fin tenerte entre mis brazos, para que seas mía.

—Jorge, váyase, por favor.

Casi no le salía la voz y él, con una sonrisa, admiró su escote y le dijo divertido al sentir su vergüenza:

—Sí, será mejor que me vaya, si no tendremos que adelantar la noche de bodas. Solo quería decirte que no quiero una novia triste y llorosa. Así que duerme bien. Espero verte mañana radiante como una novia feliz y enamorada. Sé que va a ser difícil fingir, pero tendrás que hacer un esfuerzo, no quiero que los invitados empiecen a murmurar. —Sonrió con sarcasmo—. Ahora, tengo que irme. Buenas noches, ¡querida! —exclamó dándole un beso en los labios suavemente, y se marchó con una sonrisa en los labios.

***

Mónica estaba en la cama sin poder dormir, llorando y pensando en lo horrible que iba a ser la noche de bodas con él. Se preguntaba si sería capaz de decir «sí, quiero» o echaría a correr para alejarse de él todo lo que pudiera.

Lo único que le había gustado de su visita fue cuando le dio a entender que no había creído una sola palabra de lo que había insinuado Arturo. No podía imaginar qué era, pero conforme estaba Jorge de furioso cuando se lo dijo, seguro que nada decente. Por eso le dolió tanto que él creyera que fuera capaz de hacer semejante cosa, solo faltaba que encima la tomara por una golfa, para tratarla aún peor de lo que la trataba. Y tampoco podía creer que Arturo hubiera sido capaz de insinuar que había pasado algo entre ellos, aunque pudiera ser que por rabia o celos se lo hubiera dicho para molestarle.

El caso es que entre los dos la estaban volviendo loca y ella ya

no quería pensar en nada, solo quería dormir y no volver a despertar nunca más. Al final, el sueño acabó apoderándose de ella y consiguió dormirse y, así, dejar de pensar.



# XXI

## Nube Blanca

Mónica estaba aterrada. Por fin había llegado el día de su boda y lo que más deseaba en ese momento era desaparecer. No soportaba la idea de pertenecerle a ese hombre durante el resto de su vida, y rezaba para que esa vida fuera muy corta, ya que prefería estar muerta que ser la señora de Mendoza. Ni siquiera Estela conseguía animarla.

—Bueno, ha llegado el día, ahora sí que no tienes escapatoria. Quién iba a decir que al final te casarías con el capitán Mendoza. La verdad es que cuando me contaste todo lo que había pasado no me lo podía creer. Vamos, cambia esa cara y mírame a mí, estoy feliz. ¿Te acuerdas cómo estaba el día de mi boda? Creo que aún estaba más asustada que tú. Aunque tú siempre has sido más valiente que yo —le decía Estela mientras la ayudaba a vestirse para ver si se animaba—. Sabes que seguí tu consejo y que todo fue maravilloso. Te puedo asegurar que todo lo que dice la gente, eso de que es tan horrible hacer el amor con tu marido, es mentira. No te voy a negar que duele bastante, pero solo la primera vez, después es muy placentero. —Mónica seguía con la mirada perdida—. Vamos,

Mónica, reacciona. Tantas ganas tenías de que te contara mi noche de bodas ¿y ahora no me haces caso? Y si te lo digo es para que no tengas tanto miedo.

—Lo siento. Pero no tengo cabeza para nada, y no puedes comparar tu caso con el mío porque tú tienes suerte. Sergio te quiere. Yo estoy totalmente segura de que Jorge solo quiere hacerme daño, lo vi en sus ojos en el mismo instante en que supo que yo era una Salazar. Desde ese momento él nunca volvió a ser igual conmigo, es como si tuviera algo en contra de nosotros.

—¿No has hablado con tu padre? ¿Le has preguntado si se conocían?

—No. Mi padre no lo conocía antes.

—¿Le has dicho a tu padre lo que piensas de Jorge?

—No. Ya está bastante mal por sentirse culpable de que no me haya podido casar con Arturo, como para que yo le diga lo que pienso. Total, nada se puede hacer ya. Si no me caso con él mi padre va directamente a la cárcel, eso ya me lo dejó bastante claro antes de soltarlo. Me tiene en sus manos y no puedo hacer nada.

—A lo mejor te sorprende y es tierno y cariñoso cuando llegue el momento.

Mónica le dedicó una sonrisa apagada, diciéndole con tristeza:

—No creo que tenga esa suerte. —Tocaron a la puerta y las dos se llevaron un buen susto—. ¡Adelante!

—Hola. Creí que no llegaría a tiempo para ayudarte a poner el velo, pero es que esos niños me vuelven loca —comentó Susan muy nerviosa entrando en la habitación, besándolas a las dos con mucho cariño—. ¿De qué hablabais?

—De la noche de bodas. Anda, a ver si tú eres capaz de tranquilizarla un poco. ¿A que no es tan horrible como dicen?

—No, qué vaaa, es mucho peor. Cuando pienso en la mía aún se me pone la carne de gallina.

—¡No seas loca! ¡¿Por qué le dices eso?!

—Porque es la verdad y no quiero engañarla. Cuando esta noche su marido se eche encima de ella aplastándola con su barriga, con ese olor a whisky insoportable y le haga esas cosas tan horribles y dolorosas se acordará de mí y sabrá que yo no la he engañado. Sabrá que la gente tiene razón cuando dice que complacer a un hombre es horrible, porque el único que disfruta con esas cochinadas es él.

Mónica se echó a llorar aterrada por las palabras de Susan.

—¡¿Ves lo que has conseguido?! Eres una amargada, no sé para qué has venido.

Estela se sentó a su lado en la cama y la abrazó muy fuerte. Susan empezó a sentirse fatal por lo que había dicho y se sentó al otro lado abrazándola también intentando consolarla.

—Lo siento, Mónica, no me hagas caso. Estela tiene razón, soy una amargada. Además, solo tienes que fijarte en mi marido y comprenderás por qué digo esas cosas. Yo no he tenido suerte. Pero fíjate en Estela, parece dichosa. A lo mejor a ti te pasa como a ella y Jorge te hace feliz. Ese sería mi mejor deseo para ti.

—Gracias —dijo Mónica secándose las lágrimas con las manos.

—Por lo menos eres más afortunada que yo en dos cosas. Primera, Jorge no viene cargado de niños que acaben volviéndote loca. De esa te has librado. Y segunda, Jorge tiene muy buen tipo, no como el gordo de mi marido, que en vez de barriga luce un inmenso tonel. —Las tres se echaron a reír.

El marido de Susan le triplicaba la edad. Era gordo, viejo, calvo y solo se había casado con ella para que cuidara de sus hijos y desahogarse por las noches sin importarle para nada que ella sintiera placer, puesto que el único que disfrutaba era él, tal y como había dicho ella. Y después del negocio que había cerrado con su padre por ese matrimonio, y la fortuna que había pagado por ella, ya se sentía bastante generoso como para importarle los sentimientos de Susan. Era su mujer y lo único que tenía que hacer era obedecerle y complacerle cada vez que él sintiera la necesidad.

Según él, su deber era cuidar de sus hijos y mantener la casa en orden, sin protestar y sin quejarse, como una buena esposa, sumisa y complaciente. También tenía la suerte de poder lucir colgada de su brazo a una esposa joven y muy bella, porque Susan era muy hermosa. Era alta, delgada, con unos ojos verdes muy bonitos y su pelo rojizo llamaba mucho la atención. Así que cuando su marido tenía algún compromiso, la sacaba de la casa para lucirla y que todos sus amigos tan viejos y deteriorados como él se murieran de envidia.

En eso se había convertido la vida de Susan desde que sus padres la vendieran a ese hombre para así ellos poder agrandar su capital, que ya era bastante grandioso. A ellos les importaba muy poco la felicidad de su hija, mientras pudieran duplicar su fortuna con un buen negocio, ya que ella acabaría acostumbrándose a esa vida, igual que hizo su madre.

Por todas esas razones Susan tenía todos los derechos de sentirse amargada y no disimulaba delante de sus amigas su estado de ánimo, pues con ellas era con las únicas personas que no tenía que fingir. Aunque a veces se pasara un poco con su sinceridad, como le

había ocurrido en ese momento, aterrorizando a Mónica más de lo que estaba.

Las tres seguían en la cama abrazadas intentando animar a Mónica cuando llamaron a la puerta. Mónica se levantó de golpe, volvió a limpiarse las lágrimas y dijo muy seria:

—Se acabaron las ñoñerías. No puedo escapar de esta, así que será mejor que me arme de valor y baje a enfrentar mi destino.

—Eso es, así me gusta —la animó Estela—. Me estabas asustando. Tú siempre has sido demasiado fuerte para acobardarte de esa manera.

—Sí. Tú siempre fuiste la más valiente de las tres, ahora no puedes desmoronarte. Todas hemos pasado por eso y aquí estamos, unas más felices que otras, pero aún seguimos en pie.

—Tienes razón. Gracias, chicas. —Les dio un abrazo—. No sé qué haría sin vosotras.

Sin darse cuenta, Susan la había armado de valor y había recordado lo que Tula le había dicho la noche de antes. ¡Sí! Ella era fuerte, y si Susan era capaz de soportar a su marido, ella podría hacer lo mismo con Jorge. Eso sí, ella jamás se iba a dejar dominar por ese hombre, eso lo tenía muy claro.

Cuando volvieron a llamar a la puerta Mónica respiró hondo para tranquilizarse y gritó:

—¡Adelante!

—Vamos, cariño, todos los invitados están aquí y Jorge ya está en el altar esperándote. ¡Solo falta la novia! —Su padre le ofreció el brazo y ella le pasó la mano temblorosa. Cuando Ernesto le acarició la mano y notó que temblaba le preguntó—: ¿Por qué tiemblas? Si no quieres hacerlo no lo hagas, no me importa ir a la cárcel si no quieres casarte con él. Estoy seguro de que Arturo volvería a pedirte en matrimonio. —Ella le sonrió con un gran esfuerzo.

—Estoy bien, papá, solo un poco nerviosa. No es nada. Vamos, nos están esperando.

Mientras se iba acercando al altar por el pasillo que había quedado en el centro del jardín entre todas las sillas que habían ocupado los invitados, la respiración se le iba cortando y le faltaba el aire.

Todos sus sueños se habían roto, pues ya nunca se casaría feliz y enamorada como siempre había soñado. Ella, que siempre presumió de que sería libre para decidir cuándo y con quién quería casarse, ahora se encontraba allí, caminando hacia ese hombre al que odiaba con toda su alma y del cual no podía escapar, aunque quisiera.

Cuando levantó la mirada hacia el altar, que estaba debajo de un arco de flores muy bonito, y vio a Jorge con los ojos clavados en ella, mirándola fijamente de arriba abajo, toda esa fortaleza que había conseguido gracias a sus amigas desapareció de golpe. Su mente se quedó en blanco, como si se hubiera escapado de su cuerpo y no estuviera allí. No quería pensar en nada, porque si lo hacía echaría a correr y no miraría atrás.

Jorge estaba contemplándola embelesado. Llevaba el vestido de su madre, que era muy bonito. La parte de abajo era de raso blanco, con una cola muy larga, y el escote palabra de honor. Encima de él, cubriendo todo el vestido de raso, llevaba otro vestido de encaje muy fino con manga de farol que, a pesar de lo fino que era, tapaba el moratón que tenía en el brazo. Fue algo que Mónica agradeció al vérselo puesto, ya que sabía que no estaría de humor para tener que dar explicaciones a nadie por ese moratón. El encaje subía terminando en cuello de cisne todo abotonado por detrás hasta la cintura. Llevaba el velo puesto con una tiara de flores secas, pero aun así él podía ver su semblante pálido y su cara increíblemente triste acercándose hacia él, y sin embargo estaba preciosa.

Jorge le sonrió ofreciéndole el brazo. Cuando Mónica lo cogió y se situó frente al cura seguía en el limbo. Solo reaccionó cuando sintió cómo Jorge agarró su mano para ponerle el anillo y le escuchó decir:

—Con este anillo, yo te desposo.

Entonces el cura le repitió las mismas preguntas a ella.

—Y tú, Mónica, ¿quieres a Jorge como a tu legítimo esposo para amarle y respetarle todos los días de tu vida? ¿En la salud y en la enfermedad? ¿En la alegría y en la tristeza? ¿En la riqueza y en la pobreza hasta que la muerte os separe?

Todos se quedaron callados al ver que ella no contestaba. Jorge apretó con fuerza su mano consiguiendo que reaccionara por el dolor. Justo en ese momento ella lo miró a los ojos, y con voz temblorosa contestó:

—¡Sí-sí quiero! —Ni siquiera sabía cómo le habían salido las palabras, y mientras le ponía el anillo Jorge podía sentir cómo sus manos temblaban. Su voz era apenas un susurro al añadir—: Con este anillo, yo te desposo.

—Si hay alguien que tenga algo que decir por lo cual no pueda celebrarse esta unión, que hable ahora o calle para siempre.

Se produjeron unos segundos de silencio, y Mónica no podía más que rezar para que alguien hablara e impidiera esa locura. Pero nadie dijo nada y ella se dio cuenta en ese mismo instante de que ya

nada tenía remedio. Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando el cura volvió a hablar.

—Por el poder que me ha concedido la Santa Iglesia, yo os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

Mónica se tensó cuando vio que Jorge le levantaba el velo para poder besarla. Se acercó a ella y, cogiéndole la cara con las manos, la besó suavemente una y otra vez, hasta que todos empezaron a aplaudir y se acercaron separándoles para darles la enhorabuena.

Cuando todos los invitados acabaron de felicitarles, los soldados que había invitado Jorge hicieron una fila a ambos lados del pasillo cuadrándose ante su capitán. Jorge les devolvió el saludo militar e inmediatamente desenvainaron sus espadas chocando las puntas con ellas, formando una especie de arco para que los recién casados pasaran por debajo de ellas, y así fueran abrir el baile. Era como un ritual que siempre hacían los soldados para desearles buena suerte y asegurarse de que el marido volviera siempre al lado de su mujer después de cada batalla. Jorge cogió la mano de Mónica, entrelazó sus dedos con los de ella y caminaron por primera vez como marido y mujer bajo ese arco tan original y bonito.

Cuando llegaron al centro del salón Jorge le hizo una pequeña reverencia y le ofreció su mano con una sonrisa, ella la aceptó y sus cuerpos se aproximaron para abrir el baile. Todo en él parecía gentil y caballeroso, y fue justo en ese momento cuando ella tuvo el valor de fijarse en él.

Llevaba el traje militar de gala azul marino, con unos galones dorados en los puños y en el cuello, dependiendo del rango tenían más o menos galones. Un pañuelo rojo ceñía su cintura, con los bordes dorados, terminando en un pequeño fleco también dorado, donde guardaba su espada envainada y su pistola. Los botones que cerraban y adornaban la chaqueta también eran dorados, y en el lado izquierdo a la altura del corazón colgaban las medallas. También llevaba puesto un sombrero de ala por donde le salía el pelo con las puntas hacia arriba, le quedaba muy bien y estaba muy atractivo.

Cuando te acostumbrabas a su cara desfigurada, que era algo que a Mónica ya no le impresionaba, podías darte cuenta de lo apuesto que era. El ala del sombrero escondía su mirada gris y fría como el acero, así que por un momento ella dejó el miedo a un lado devolviéndole la sonrisa, hasta que le oyó decir:

—Te lo dije, te dije que Mónica de Mendoza te iba a quedar mucho mejor.

—Nunca voy a sentirme como la señora de Mendoza, soy una

Salazar y usted nunca va a cambiar eso. Ahora que ya ha conseguido lo que quería, ¿va a explicarme por qué odia mi apellido?

—Aún no he conseguido todo lo que quiero de ti, querida. Pero no desesperes, tenemos toda la noche. —Su mirada era burlona y divertida, y ella se estremeció al visualizar lo que él estaba insinuando—. Cuando se vayan todos los invitados y nos quedemos solos, entonces, solo entonces, sabrás qué es lo que quiero de ti. Pero si tan impaciente estás, puedo darte un adelanto.

—No se le ocurra… —La estrechó contra su cuerpo y empezó a besarla cortando sus palabras.

Su beso era suave, rozando sus labios con ternura, no se parecía en nada a la última vez que la había besado con tanta fuerza y tanta brusquedad. Esta vez era muy distinto, sus labios suaves y cálidos besaban los suyos suavemente obligándola a abrir la boca, penetrando con su lengua buscando la suya, acariciándola con movimientos lentos y firmes, obligándola a responder a sus caricias. Mónica estaba tan sorprendida por ese cambio en él que se dejó llevar por esa sensación tan agradable devolviéndole el beso. Con sus labios aún pegados a los de ella, le dijo:

—¿Ves cómo, si no te resistes, es mucho más agradable, señora de Mendoza? —Ella sabía que disfrutaba humillándola con sus palabras, pero no quería discutir más con él. No iba a darle el gusto de seguir peleando, ya era su marido y nada podía cambiar eso—. ¿Por qué estás tan callada?

—¿No era eso lo que quería, que fuera sumisa y complaciente? Pues bien, ya lo ha logrado. —Su voz sonaba triste y apagada.

—No, querida. Sumisa y complaciente te quiero en lecho. —Cuando le escuchó lo miró con los ojos muy abiertos, sorprendida por sus palabras. Él le sonrió—. Sabes que lo que más me gusta de ti es saber lo que piensas, que prefiero tu rebeldía a ver esa cara de muerta en vida.

—Pues lo siento, pero esta es la cara de su nueva adquisición, señor Mendoza. Si quería a alguien alegre y divertida debería haber buscado en un burdel, son las únicas mujeres que les gusta que paguen por ellas. Creo que esta inversión no le va a complacer en absoluto.

Él sonrió mirándola con picardía.

—Pues yo creo que es la mejor inversión que he hecho en mi vida. —Ella le miró a los ojos sorprendida, y él la besó de nuevo con tanta pasión que la dejó sin aliento—. ¡Sí! Esta noche valdrá la pena el dinero que he pagado por ti, Mónica.

Cuando escuchó esas palabras sus ojos se llenaron de lágrimas, porque en ese mismo instante se dio cuenta de que había sido comprada como una vulgar esclava para pasar a ser el juguete preferido de su amo.

Al terminar la pieza su padre tomó el relevo y se puso a bailar con ella, y Mónica se abrazó a él con fuerza. Quería volver a sentirse pequeña, regresar al tiempo en el que cualquier problema que pudiera tener su padre lo solucionaba con un abrazo y muchos besos.

—¿Estás bien, cariño? —Ella asintió con la cabeza, no quería hablar porque si lo hacía podría echarse a llorar. Solo necesitaba que la abrazara y que calmase su angustia, y eso fue exactamente lo que hizo su padre—. No debes tener miedo, estoy seguro de que Jorge va a ser un buen marido, porque si no lo mataré.

Mónica le sonrió y le dio un beso.

—Seguro que sí. Además, vas a estar aquí conmigo, y eso compensa cualquier cosa.

Cuando acabó el baile Estela se la llevó al jardín con la excusa de que tenía que comer algo. Había tanta gente que era imposible sentarlos a todos en una mesa, ya que Jorge había invitado a todo el mundo y todos habían acudido, excepto los Robles, por supuesto.

Habían montado muchas mesas en el jardín con comida, y los esclavos servían en ellas a la gente que se acercaba a comer.

Las dos tomaron asiento y Tula se acercó con el plato de Mónica.

—Tiene que comer, mi niña, no ha probado bocado en todo el día.

—Gracias, Tula, pero llévatelo, no tengo hambre. No creo que me pase nada por la garganta.

Tula se fue y se quedaron solas.

—¿Cómo estás?

—Pues mal. ¿Cómo quieres que esté?

—Vamos, tienes que tranquilizarte. ¿Recuerdas cómo estaba yo? Y mírame ahora. Nunca entenderé por qué la gente se empeña en hacernos creer que las mujeres no tenemos derecho a disfrutar en la cama con nuestros maridos. Cuando es mentira, tenemos el mismo derecho que ellos. Y yo estoy segura de que Jorge tiene que ser muy cariñoso, solo tienes que fijarte en cómo te mira.

—Sí, como si quisiera matarme.

—Tienes miedo y eso te confunde. Cuando caminabas hacia el altar me he fijado en él y no era odio lo que he visto en sus ojos.

—Tú no lo conoces, es frío y duro como una barra de acero, y cuando me toca o me besa es para hacerme daño. Creo que Jorge

será igual que el marido de Susan.

—Vamos, por favor, Mónica. ¿De verdad crees que puedes comparar a ese viejo con Jorge? Está bien, Jorge es un poco mayor para ti, pero ni tiene barriga ni esta calvo, y tampoco creo que vaya a ser tan desagradable en el lecho.

—¡Dios te oiga!

—Por fin os encuentro, creí que no iba a librarme nunca de ese viejo. —Susan se sentó con ellas a la mesa.

—¡Susan, por Dios! Si tu marido te oyera tendrías muchos problemas.

—Estela, no me quites el placer de insultar a mi marido delante de vosotras, sois las únicas con las que puedo desahogarme.

—Hola, te estaba buscando. —Sergio se sentó al lado de Estela y, mientras lo hacía, le daba un beso dejando su plato en la mesa.

Mónica no podía apartar la mirada de él y comprobó lo que Estela le había contado. La miraba, le acariciaba la mano y la besaba con mucho amor. Se le notaba a leguas que estaba totalmente enamorado de su mujer, y eso era algo envidiable. Era normal que Estela estuviera feliz con un hombre así a su lado.

Se asustó al escuchar la voz fría de Jorge detrás de ella acompañado de José. Jorge se sentó a su lado y cuando vio que José no se sentaba, descubrió que su amigo no dejaba de mirar a Susan. Entonces pasó su brazo por la cintura de Mónica, se acercó a ella y le susurró:

—Querida, creo que José está interesado en conocer a tu amiga.

Mónica miró a José, que estaba embelesado admirando la belleza de Susan, y después miró a Susan, que estaba ruborizada por la mirada tan intensa que José le dedicaba.

—Lo siento, no me di cuenta. Susan, él es el teniente José Serra, hermano de Sergio. —Miró a su amiga y sonrió al verla tan sofocada por la mirada de José. Después, se dirigió a él—. José, ella es Susan, amiga de la infancia.

Él solo la miraba a los ojos y le sonreía.

No era un hombre guapo, aunque sí bastante más que su hermano. Era alto, pelo castaño, ojos pardos y un cuerpo musculoso y muy bien formado. Tenía una mirada y una sonrisa arrebatadoras, era muy simpático, un seductor y un don Juan de los pies a cabeza. Cuando una mujer se le metía por los ojos no paraba hasta llevársela a la cama, y le importaba bien poco si estaban casadas o prometidas, si eran de alta cuna o de los bajos fondos, fuera como fuera él las conquistaba a todas. Tenía mucho carisma y todas acababan sucumbiendo a sus deseos tarde o temprano.

José le tendió la mano y Susan accedió extendiendo la suya. Cuando la atrapó entre sus manos la obligó a levantarse tirando de ella y la dejó casi pegada a su cuerpo.

—Es un verdadero placer conocerla, señorita. —Besó y acarició su mano con mucha sensualidad y su cálida mirada la penetraba hasta las entrañas—. Aunque resulta mucho más placentero poder admirar tanta belleza.

—El placer es mío, teniente, y siento mucho tener que corregirle, pero soy señora —aclaró Susan haciéndole una pequeña reverencia.

José no podía soltar su mano y la miraba de arriba abajo con mucho interés, consiguiendo que Susan se ruborizara de nuevo.

—No puedo creerlo —fingió estar apenado, consiguiendo una pequeña, pero débil sonrisa de Susan.

—Pues créalo. Y si fuera tan amable de devolverme la mano, creo que mi marido se lo agradecería.

—Acaba usted de romperme el corazón. —Esta vez exageró el gesto bromeando y Susan no pudo reprimir una sonrisa mucho más amplia en sus labios.

José la soltó y Susan volvió a sentarse al lado de Estela, mientras él lo hacía al lado de Jorge, justo enfrente de Susan.

—No se preocupe, lo superará. El mío se rompió hace tiempo y aún estoy aquí.

—¿Cuándo se te rompió el corazón? —preguntó José divertido —. Quizás yo podría recomponértelo.

Susan lo miró con una sonrisa dibujada en el rostro, pero esta vez con una gran tristeza en la mirada.

—Hace exactamente ocho meses, cuatro días y cinco horas, justo el día de mi boda. Y para que mi corazón se recompusiera tendría que quedarme viuda. ¿Podría ayudarme ahora, teniente? —preguntó con sarcasmo.

José se quedó tan impresionado ante aquella revelación que no fue capaz de responder. Cualquier hombre debería sentirse orgulloso de tener una mujer así a su lado, y no podía entender por qué esa muchacha estaba tan amargada. No podía dejar de mirarla y se preguntaba qué clase de estúpido podía tener como mujer a una muchacha como Susan y no hacerla feliz.

—Susan, por Dios, ¿qué te pasa hoy? —le preguntó Estela preocupada—. Vas a acabar metiéndote en un buen lío. Si a tu marido le llegaran todos los comentarios que estás haciendo, ya puedes despedirte de volver a salir a la calle. Contrólate, por favor.

—Tienes razón, lo siento. Pero es que las bodas sacan lo peor de

mí. Será porque me recuerdan a la mía. —Mirando a José dijo avergonzada—: Le pido perdón, teniente Serra.

—No tienes por qué, yo no me he sentido ofendido en ningún momento, y creo que tienes todo el derecho a decir lo que piensas. Además, estaría encantado de ayudarte, pero el asesinato no entra en mis planes de conquista. —A Susan le dio tanta risa que todos acabaron riéndose con ella—. Deberías sonreír más, estás muy bonita cuando lo haces.

—Gracias, teniente, pero últimamente me es bastante difícil hacerlo.

De pronto José vio que la sonrisa de Susan se esfumaba y que su semblante palidecía mirando por encima de su cabeza. José se volvió y justo detrás de él estaba Alberto Sandoval.

—Estás muy bien acompañada, querida. —Alberto puso las manos en los hombros de José y de Jorge, y saludó—: Capitán Mendoza, teniente Serra, Sergio, señoras, es un placer saludarlos, pero tendrán que disculparme, quisiera bailar con mi preciosa mujercita.

—Pero aún no he terminado de comer —protestó Susan.

Su voz se había apagado, su semblante se había entristecido y le temblaban las manos. José podía notar el cambio en ella y no entendía por qué eso le molestaba tanto. Odiaba a ese hombre y no podía comprender cómo una muchacha tan hermosa como Susan podía pertenecerle a ese viejo, ya que no se la merecía. Justo en ese momento pensó que a algunos padres habría que matarlos, pues no se podía entregar a una muchacha tan joven y hermosa como Susan a un viejo desagradable e insensible como Sandoval. Ahora comprendía su manera de hablar y su amargura.

—Querida, ya comerás en casa, quiero que saludes a unos amigos. Y no creo que tardemos mucho en irnos, ya sabes que estas fiestas me cansan mucho. ¡Vamos, vamos, levántate!

A Susan no le quedó más remedio que obedecer y despedirse de todos.

José se levantó, se acercó a ella y, cogiéndole la mano, le dio un beso. Su mirada había cambiado. Había pasado de mirarla de forma sensual y arrebatadora, a hacerlo con ternura.

—Ha sido un placer conocerla, señora de Sandoval. Espero que pueda guardar un baile para mí antes de irse.

—Eso solo dependerá de mi marido, teniente Serra —contestó muy nerviosa.

José se dio la vuelta y miró a Alberto. Todos estaban observando la escena, atónitos, ya que una mujer casada no podía bailar con

ningún otro hombre que no fuera su marido, a no ser que este le diera permiso, por supuesto. Y conociendo la reputación de José, ningún hombre dejaría que su esposa bailara con él en público. Por eso todos estaban asombrados por la osadía de José.

—Y bien, Alberto, ¿me concederás el honor de bailar con tu preciosa mujercita? —Antes de que él pudiera negarse, añadió—: Puedo esperar hasta que termines de lucirla ante tus amigos, por supuesto. Después estaría encantado de bailar con ella mientras hablas con mi padre, antes te estaba buscando.

Alberto lo miró muy serio, pero por respeto al padre de José y a los negocios que le llevaba, no podía negarse, así que accedió de muy mala gana.

—Está bien, después podrás bailar con mi mujer mientras converso con tu padre. —Cogió a Susan del brazo y se la llevó mientras le preguntaba muy enfadado—: ¿Qué has hecho para que el mayor de los Serra esté interesado en ti? ¿Sabes quién es? ¿Conoces su reputación?

—Nada, no he hecho nada. Acaban de presentármelo y no he cruzado ni dos palabras con él, lo juro.

—Está bien. Solo te digo que mientras estés bailando con él mantengas las distancias. Su fama de mujeriego le precede y no quiero que la gente empiece a murmurar.

—Entonces, ¿por qué aceptaste? No tengo que bailar con él si tú no quieres.

No sabía por qué había dicho eso, porque en el fondo se moría de ganas de bailar con él, aunque apenas lo conocía. Pero había algo en él que le llamaba la atención, y deseaba averiguar qué era.

—Su padre y yo llevamos negocios juntos muy importantes, y no puedo hacerle ese desplante a su hijo. Es inteligente, y sabía que sacando a su padre en la conversación yo no me podría negar. Pero no te preocupes, no os quitaré los ojos de encima.

—Por muy mujeriego que sea, no creo que intente nada con una mujer casada y delante de todo el mundo, creo yo.

—Yo no estaría tan seguro.

Cuando llegaron donde estaba el grupo de amigos de Alberto, Susan respiró profundamente para poder aguantar sin desfallecer a todos esos viejos que la aburrían profundamente. Aunque esta vez había algo distinto en ella, algo que no podía explicarse a sí misma pero que la animaba, y era pensar en José y en que iba a bailar con él. Ese pensamiento la acompañaba mientras sonreía forzadamente a todos esos viejos y asentía con la cabeza sin saber qué decían, pues su mente estaba en otro lugar no muy lejos de allí.

***

—¡Alberto Sandoval! No me lo puedo creer —protestó José muy enfadado—. ¿Cómo ha conseguido ese viejo asqueroso a una mujer como Susan?

—Pues como conseguís los hombres todo lo que queréis, con dinero —respondió Mónica indignada por su amiga y por sí misma —. ¿No es eso lo que hacéis los hombres? ¿Comprar a vuestras mujeres como si comprarais esclavas? —Mientras decía eso miraba a Jorge, que le devolvía la mirada sin decir nada—. La prueba está en que, cuando te casas, el hombre sigue siendo el señor Serra —miró a Sergio—, y la mujer pasa a ser la señora *de* Serra —dijo exagerando el de para que todos la entendieran—. Inmediatamente pasamos a ser *de* su propiedad.

—Sí, pero Sandoval con Susan… Eso es repugnante. Ella es… increíble, y él es… —Ni siquiera le salían las palabras al pensar en ello.

—¿No cree que si nosotras pudiéramos elegir al hombre que nos compra todo sería muy distinto? Además, no entiendo por qué se escandaliza, estoy segura de que el día que usted encuentre a la mujer que quiera como suya, también mandará a su madre para que la compre.

Mónica estaba tan enfadada que no sabía lo que decía ni se daba cuenta de que estaba ofendiendo a Sergio.

—Mónica, por favor, parece que Susan te ha contagiado su malhumor —la reprendió Estela sintiéndose fatal por su marido.

—Lo siento, tienes razón. Discúlpame, Sergio, no quería ofenderte. Es que estoy…

—No tienes que disculparte. Solo espero que mi mujer esté más contenta conmigo de lo que Susan lo está con su marido.

Con esa broma hizo sonreír a Mónica y disminuyó la tensión que había en el ambiente.

—Pues claro que sí, cariño. Tú vales mil veces más que ese viejo chocho. Además, hay una gran diferencia entre tú y él. —Mientras hablaba no dejaba de acariciarle la cara y le dio un tierno beso en los labios—. Tú me quieres y nunca me harías daño, ¿verdad?

—De eso puedes estar segura, cariño.

Jorge no dejaba de mirar a Mónica, que observaba las muestras de cariño entre Sergio y Estela.

—Estela ha tenido mucha suerte contigo, no podemos decir lo mismo de Susan y de… —Se quedó callada al darse cuenta de lo

que iba a decir.

—¿Por qué no terminas la frase? Ibas a decir de ti, ¿verdad, querida? —preguntó Jorge muy serio. Mónica no podía mirarlo, no se atrevía.

—Tienes razón, Mónica —dijo José—. Los hombres tenemos muchos privilegios, y no voy a ser yo quien quiera que cambien las cosas. Pero te puedo asegurar que el día que decida desposarme, que aún no sé si ese día llegará, no necesitaré pagar para que una mujer quiera casarse conmigo. La mujer que elija estará encantada de convertirse en la señora *de* José Serra, de eso ya me encargaré yo mismo sin necesidad de mandar a mi madre.

Mónica sonrió un poco avergonzada. Sabía que José le decía eso reprendiéndola por lo que había dicho antes de su hermano y aceptó la reprimenda sin protestar. Sintió un escalofrío cuando Jorge acarició su brazo.

—No has probado bocado y tienes que comer algo —se acercó a su oído para decirle en privado—, te necesito fuerte para esta noche. —Ella agachó la mirada y se puso colorada, él levantó su cara y pasándole el brazo por los hombros, la acercó hacia él y la besó en los labios suavemente—. No tienes que avergonzarte, ahora eres mi esposa y puedo besarte cuantas veces quiera.

—Creo que sería mejor que empezaras a echar a los invitados, parece que ya no quieres esperar más —bromeó José, ganándose una mirada asesina de Mónica. Él, sin embargo, le devolvió una sonrisa.

—Tienes razón. —Nada más decir eso se dirigió a Mónica—. ¿Por qué no echamos a todos y subimos a la alcoba?

Mónica empezó a sentir un pánico horroroso y habló con la voz imperceptible, y colorada como un tomate.

—No podemos hacer eso, no podemos echar a la gente.

Jorge empezó a reírse a carcajadas al ver su reacción de niña asustada.

—Entonces subamos ahora, no creo que nadie nos eche en falta. —Su sonrisa era maliciosa y resaltaba su cicatriz, dándole un aire sombrío.

Disfrutaba viendo cómo se sonrojaba por sus insinuaciones y cómo se ponía nerviosa. Mónica lo sabía, así que decidió ignorarle y se puso a conversar con Estela deseando que él dejara de atormentarla. Todos se unieron a la conversación y Mónica empezó a tranquilizarse un poco.

José le caía bien, era muy simpático y divertido, no dejaba de contar historietas que les habían pasado en el campo de batalla.

Incluso hacía ruidos con la boca simulando balas o bombas haciéndoles reír, que era justo lo que Mónica necesitaba en esos momentos. También contó cómo en dos ocasiones Jorge le salvó la vida. Por todo lo que contaba José, Jorge parecía un hombre valiente y de honor. Entonces, ¿por qué con ella era tan insensible y tan cruel?, se preguntaba Mónica a sí misma.

—Se ve que le tienes un gran aprecio a tu capitán —dijo Estela.

—Le debo la vida, y es el mejor hombre que conozco.

Mónica miró a su esposo intentando encontrar a ese hombre que decía José.

—Basta, no sigas adulándome, estás confundiendo a mi esposa. Ella cree que soy un monstruo, algo así como el señor Sandoval.

—Pues está usted equivocada, señora *de* Mendoza —exagero el *de* como había hecho ella antes consiguiendo una sonrisa de Mónica —. Se lleva al mejor hombre que jamás he conocido.

—Bueno, basta. Ven, baila conmigo.

Jorge se levantó y le cogió de la mano sin esperar una confirmación, demostrándole una vez más que debía hacer lo que él le ordenara. Cuando llegaron al salón y empezaron a bailar, ella le habló muy seria.

—¿De verdad piensa que voy a creer todas esas mentiras que ha contado su amigo de usted? ¿Cuánto le ha pagado para que diga tantas cosas bonitas? Porque ese hombre que José describe no es el mismo hombre con el que me he casado.

—No me conoces. Pero tienes razón, me importa bien poco lo que pienses de mí. Ahora eres mi esposa, me perteneces y no tengo que ser amable para conquistarte, solo necesito alargar la mano cada vez que quiera que seas mía. Y te puedo asegurar que, a partir de hoy, vas a ser mía todas las noches, querida. —Ella volvió a sentir un escalofrío por todo su cuerpo.



# XXII

## Nube Blanca

José acompañó a su padre a donde se encontraban el señor Sandoval y Susan, y cuando Susan escuchó su voz a su espalda el corazón le dio un vuelco.

—Señora de Sandoval, creo que por fin ha llegado mi turno. ¿Me haría el honor de concederme este baile mientras mi padre y su esposo hablan de negocios?

Susan miró a su marido esperando que le diera permiso, algo que hizo Alberto de muy mala gana. Cuando Alberto accedió, ella sonrió.

—El honor es todo mío, teniente Serra.

José le ofreció el brazo y ella lo aceptó con mucho gusto y con una gran sonrisa en los labios. Cuando sonreía, José creía estar contemplando a un ángel.

Llegaron a la pista y se pusieron a bailar, José la tenía a una distancia prudencial y miraba por encima de su hombro mientras hablaba con ella.

—Y bien, ¿cuándo quieres que mate a tu marido? —Susan se echó a reír—. Podría retarle a duelo cuando me lo pidieras, para mí sería un placer dejarte viuda.

—Para mí también sería un placer convertirme en viuda —afirmó muy bajito para que solo él la oyera—. El único problema es que, por desgracia, mi marido tiene cuatro hijos. Aunque no sean míos, y por más que me queje, he aprendido a quererlos y no creo que perder a su padre fuera bueno para ellos, así que no tengo más remedio que seguir soportando a ese hombre. Pero el día que me decida le llamaré, de eso puede estar seguro, teniente Serra.

—José, llámame José, y tutéame, por favor.

Mientras le decía eso iba acercándola muy lentamente hacia él, clavando su mirada lobuna en sus hermosos ojos verdes. Había dejado de mirar detrás de Susan y centraba toda su atención en ella poniéndola muy nerviosa.

—No puedo tutearle, eso no está bien. Y creo que debería haber más espacio entre los dos, mi marido nos vigila y no le va a hacer gracia verle tan cerca de mí. Por favor, teniente Serra, no quiero que se meta en un lío por mi culpa. Alberto es muy celoso, muy rico y muy poderoso, podría causarle muchos problemas. Aún no entiendo cómo ha accedido a dejarme bailar con usted, nunca puedo hablar ni bailar con ningún hombre que no sea él o sus amigos. ¿Por qué cree que antes ha venido a buscarme? No quería bailar conmigo, solo pretendía alejarme de ustedes.

Los nervios le hacían hablar sin parar.

—Estás bailando conmigo porque yo lo presioné. Es la primera vez que uso la influencia de mi padre para conseguir algo, y no me importa reconocerlo. Tu marido lleva muchos de los negocios de mi padre y por eso ha accedido a que bailes conmigo. Así que parece que mi padre es más rico y más poderoso que él. Y no debes preocuparte por mí, nada malo me va a pasar por bailar contigo. Ahora no quiero hablar más de él, este es nuestro momento y no quiero desperdiciar ni un solo segundo hablando de ese hombre. —Volvió a acercarla un poco más hacia él hasta dejar su pecho aprisionado por el suyo fuerte y musculoso.

—José, por favor, mi marido debe estar vigilándonos, su-suélteme. —La voz le temblaba por sentirlo tan cerca.

—Tu marido no está. También le pedí a mi padre que se lo llevara fuera.

—¿Por qué? —Susan estaba confusa, pero al mismo tiempo complacida.

Le gustaba la sensación que le producía estar entre esos brazos fuertes y musculosos, sentir su olor, su vitalidad y su virilidad. No podía compararse con la bola de grasa que cada noche se echaba encima de ella, era tan desagradable, su olor a sudor y sus carnes

fofas le asqueaban. Nada que ver con el teniente Serra, olía bien, su cuerpo era perfecto, y hubiera dado cualquier cosa porque ese momento no terminara nunca, por perderse en esos brazos y no volver a la realidad nunca más.

No estaba segura de qué era lo que le pasaba, pero le gustaba el teniente Serra. Algo absurdo, pensaba Susan, porque acababa de conocerlo, y después de lo que le había dicho su marido sobre su reputación tenía que comprender que después de ese baile él no volvería a pensar en ella y buscaría a otra muchacha, otra que estuviera disponible, no casada como ella. Lo que tenía muy claro era que ella no lo olvidaría tan fácilmente.

—Porque quería tenerte cerca, perderme en esos ojos tan hermosos y convencerte para que salgas conmigo al jardín y así podamos estar a solas.

—No-no-no puedo hacer eso.

—¿Por qué no?

—Porque no es decente, soy una mujer casada y-y no puedo salir al jardín a pasear con un hombre soltero, y más con su reputación, teniente. Mi marido me mataría.

—Tu marido no va a darse cuenta. Mi padre lo va a tener muy entretenido, y solo será un momento.

—Pero…

La soltó de golpe y, cogiendo su mano, se abrió paso entre la gente que bailaba. Justo cuando estaban a punto de salir al jardín, Alberto entraba tropezándose con ellos.

—¿Dónde crees que vas? —preguntó a Susan muy serio, su mirada y su voz eran tan cortantes que José pudo sentir cómo Susan se estremecía de miedo, soltando su mano de golpe.

—Tu mujer quería volver a tu lado, y yo solo intentaba acompañarla para entregártela sana y salva, puesto que la dejaste conmigo.

—Pues te lo agradezco. Ahora despídete, querida, nos vamos.

—¿Tan pronto? —preguntó Susan muy desilusionada.

—Sí. Ya sabes que las fiestas me marean.

José veía la tristeza en su cara y deseaba arrebatársela y llevársela con él. Solo de pensar que ese viejo indeseable se la iba a llevar y que pasaría la noche con ella, tocándola, besándola, y después le haría el amor en contra de su voluntad, la furia lo invadía, y en lo único que podía pensar era en desenfundar su pistola y matarlo en ese mismo instante. No entendía qué le pasaba, acababa de conocer a esa muchacha y una sensación de posesión y protección hacia ella lo dominaba.

Susan podía sentir su furia por cómo apretaba la mandíbula y miraba a su marido, así que le sonrió intentando tranquilizarlo mientras le decía:

—Buenas noches, teniente Serra.

—Buenas noches, Susan. —Le besó la mano y le acarició suavemente la muñeca.

—Buenas noches, José —se despidió Alberto.

José se quedó detrás mirando cómo cogía su brazo con fuerza y se la llevaba, pero no estaba resignado a dejar que se fuera así.

Alberto estaba despidiéndose de Jorge en la entrada y José se puso detrás de él. Con un solo gesto y una mirada Jorge supo exactamente lo que su amigo quería, así que con una excusa se llevó a Alberto al porche dejando a Susan con Mónica a solas, pues las dos estaban despidiéndose también al lado de ellos.

A Susan le volvió a dar un vuelco el corazón cuando escuchó la voz de José detrás de ella.

—Susan.

Ella se volvió, pero esta vez no sonreía.

—Debo marcharme, teniente Serra.

José le cogió de las manos acercándose a ella.

—Quiero volverte a ver a solas.

El corazón de Susan empezó a galopar tan deprisa que parecía que se le iba a salir del pecho y sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas.

—Eso no va a poder ser, teniente…

—Solo necesito una respuesta y quiero que seas sincera. ¿Quieres volver a verme?

—Sí —afirmó con un hilo de voz.

Las lágrimas empezaron a caer por sus mejillas y él se acercó para limpiárselas, acariciándole las mejillas con mucha ternura.

—Confía en mí, volveremos a vernos pronto. A no ser que de verdad quieras quedarte viuda, porque si es así soy capaz de salir ahí afuera y retar a tu marido a duelo.

—No, yo…

—Está bien, solo era una broma. Te mandaré un mensajero para decirte cuándo y dónde podemos vernos. Voy a estar pensando en ti. ¿Tú pensarás en mí?

Ella asintió con la cabeza.

José cogió su cara entre sus manos y la acercó hacia él para besarla, dejándola sin respiración y temblando como una hoja. Podía sentir sus temblores, su miedo, pero también sentía su deseo, el mismo deseo que crecía dentro de él. Necesitaba besar esa boca

antes de que se alejara con el viejo Sandoval.

Mónica estaba atónita mirándolos sin poder creer lo que estaba sucediendo delante de sus narices. Se le partía el corazón viendo a su amiga tan vulnerable delante de ese hombre que acababa de conocer, y que parecía haberle robado la razón. Mientras, no dejaba de observar la puerta aterrorizada por si Alberto volvía a entrar con Jorge.

Justo cuando iban a besarse a Mónica se le paró el corazón al ver entrar a alguien. Pensando que era Alberto, José se separó de ella bruscamente y maldijo al ver a Jorge entrar.

—Lo siento, pero ya no puedo retenerle más. Tu marido te espera fuera, Susan.

Susan salió corriendo sin volver a mirar a José, porque sabía que si lo hacía se echaría en sus brazos y no volvería con su marido ni aunque su vida dependiera de ello.

Mónica seguía paralizada por todo lo que acababa de ocurrir, hasta que escuchó a José bromear.

—Creo que hemos escandalizado a tu mujer.

Jorge se rio y la cogió por la cintura.

—Vamos, querida, ¿de verdad no crees que dos personas puedan enamorarse a primera vista?

—No. Creo que Susan se ha enamorado. Pero no creo que ese sea su caso, teniente, y no le voy a permitir que haga daño a mi amiga.

—Vaya, tu mujer tiene carácter.

—Sí. Y eso es lo que más me gusta de ella.

—Solo te voy a decir una cosa, Mónica. Retiro lo que dije antes, porque soy capaz de dar toda mi fortuna por conseguir que esa mujer sea mía. ¿Crees que mi madre podría conseguirlo? —preguntó bromeando de nuevo—. Porque hasta sería capaz de acudir a ella. —A Mónica le dio la risa—. Como también te puedo asegurar que cuando Susan sea mía no será en contra de su voluntad, en eso no mentí. Nunca forzaría a una mujer en el lecho.

—Eso espero, porque Susan ya lo pasa bastante mal con su marido como para que otro hombre le haga daño.

—El día que Susan esté conmigo, le haré olvidar todo lo malo que ha pasado antes de mí.

—¡Vaya! Sí que te ha dado fuerte —dijo Jorge poniendo su mano en el hombro de su amigo.

—Pues sí, creo que esa pelirroja me ha robado la razón y no pararé hasta que sea mía.

Mónica lo miraba extrañada y preguntándose. ¿Que tenían esos

Serra para enamorarse a primera vista y querer conseguir a la mujer al precio que fuera? Igual que hizo su hermano con Estela.



# XXIII

## Nube Blanca

Cuando todos los invitados empezaron a marcharse, los nervios de Mónica aumentaron en cuestión de segundos.

Estela se había despedido deseándole suerte. Cuando despidieron a los dos últimos invitados y se quedaron solos con su padre y la madre de Jorge, Ernesto se acercó a ella y le dio un beso en la frente.

—Buenas noches, cariño —dirigiéndose a Jorge añadió—: Y tú cuida bien de mi niña o te las tendrás que ver conmigo. —Estaba a punto de subir las escaleras y escuchó la voz de Jorge, que le habló muy serio.

—Un momento, Ernesto. —Se giró hacia su madre—. Mamá, por favor, déjanos solos.

—Hijo, ¿estás seguro? —preguntó su madre preocupada.

—Madre, vete, por favor.

Ana se acercó a Mónica y le dio un beso en la mejilla mirándola con mucha pena.

—Lo siento, hija, espero que puedas perdonarle —le susurró bajito al oído.

Mónica se quedó paralizada al ver cómo se alejaba Ana después de lo que le había dicho y sintió la mano de Jorge cogiendo la suya. Pero esta vez no entrelazó sus dedos con los de ella, esta vez la cogió como el que coge la mano de un niño con mucha fuerza, como si no quisiera que se moviera de su lado. Al mismo tiempo veía cómo dos esclavos bajaban un par de baúles de las habitaciones. Todo pasaba a su alrededor como en cámara lenta y tenía el presentimiento de que algo muy malo iba a ocurrir, así que intentó alejarse de su esposo, pero él apretó con más fuerza su mano evitando que se moviera de su lado.

—¿Y esos baúles? ¿Os vais de viaje? —preguntó Ernesto—. ¿Por qué no me dijiste nada?

—No vamos a ningún sitio, son todas tus pertenencias. Ahora esta es mi casa y no te quiero aquí.

Cuando Mónica le escuchó decir eso el corazón se le paralizó.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué dices eso? ¿Te has vuelto loco, muchacho? Esta sigue siendo mi casa.

—No, no me he vuelto loco. Y no te equivoques, Ernesto, todo lo que era tuyo ahora me pertenece. Tu hija, tu casa, tus tierras, absolutamente todo, y ¿quieres saber por qué? Porque tú nunca fuiste el dueño de nada. Creías serlo, pero en realidad todo le pertenece a tu hija, y ahora que soy su marido todo me pertenece a mí, y todo pasa a ser de mi propiedad, incluyéndola a ella —dijo mirando a Mónica que parecía una estatua de hielo sin moverse y sin poder respirar—. Te dije que un día me vengaría de ti, que todo lo que tenías sería mío y que te mataría. —Nada más pronunciar esas palabras, escuchó a Mónica sollozar y pasándole el brazo por la cintura le dijo mientras la acercaba a él—. No te preocupes, prefiero que siga vivo para que sufra sabiendo cada minuto que le queda de su miserable vida que *yo* estoy disfrutando de todo lo suyo. Ese castigo es mucho mejor que la muerte.

Ernesto se quedó blanco al darse cuenta de que Jorge tenía razón y de que todo lo que alguna vez había sido suyo, después de ese matrimonio, lo había perdido. Todo le pertenecía a Jorge al ser su hija aún menor de edad y él ser su marido, incluyendo lo más valioso que tenía en su vida que era Mónica. Lo que no podía entender era por qué. ¿Por qué de repente ese hombre se había convertido en su enemigo? ¿Por qué quería quitarle todo lo que tenía? Entonces, le preguntó confuso:

—¿Por qué? ¿Qué te he hecho yo para que me hagas esto?

El placer que sintió Jorge al escuchar esa pregunta se reflejó en su cara, porque sonrió de tal manera que a Mónica le pareció ver al

mismísimo demonio dibujado en su cara.

—¿Quieres saber por qué?

—¡¡Sí, maldita sea, quiero saber por qué!! —gritó.

—¿Recuerdas a Aní?

—¿Aní? —preguntó con asombro, como si nunca hubiera oído ese nombre.

—Sabía que ni siquiera te acordarías de ella, pues yo te refrescaré la memoria. Aní, una muchacha joven y preciosa que tuvo la desgracia de trabajar para ti. —En ese mismo instante Ernesto se acordó de Aní y él mundo se le cayó encima. Su cara le delató inmediatamente—. ¡Vaya! Parece que acabas de recuperar la memoria. Recuerdas lo que le hiciste, ¿verdad? La destrozaste, acabaste con sus sueños, sus ilusiones. Era una niña y la violaste brutalmente, creías ser su dueño por unas cuantas monedas que le pagabas cada vez que venía a darle clases a tu hija. —Justo en ese momento Mónica recordó a Aní, pero no entendía nada, estaba tan aturdida por lo que estaba pasando que no podía razonar—. Pues bien, a mí me ha salido bastante más cara tu hija, pero te puedo asegurar que voy a disfrutar tanto o más de lo que tú disfrutaste con mi hermana.

Ernesto se abalanzó sobre él, pero los hombres de Jorge que estaban a su lado lo inmovilizaron.

—¡Si le haces daño te mataré, juro por Dios que te mataré! ¡Tú tenías que estar muerto, tenías que estar muerto!

Lo tenían sujeto entre dos hombres y postrado de rodillas sin poder mirar a su hija, que estaba aterrorizada por todo lo que estaba oyendo.

—No puedes hacer nada para evitar lo que voy a hacer con tu hija esta noche porque yo sí tengo todos los derechos sobre ella. No como tú, que siendo un muerto de hambre te creías el dueño del mundo. Y ahora, si me disculpas, tengo que disfrutar de mi noche de bodas. Pero no te vayas aún, me muero de ganas de contarte cómo me ha ido, y da gracias que no hago que te aten al palo y te azoten sin piedad. Si no recuerdo mal, eso te gustaba mucho, ¿verdad? —Se volvió hacia Mónica y, rodeando su cintura, la acercó hacia él diciéndole con sarcasmo—: ¡Vamos, querida! Me muero de ganas de estar contigo. —La arrastró hacia las escaleras y fue justo en ese momento cuando ella reaccionó, y se apartó de él bruscamente.

—¡Ni se te ocurra tocarme, no voy a ir contigo a ningún sitio! —gritó y volviéndose hacia los hombres de Jorge, les ordenó—: ¡Soltad a mi padre ahora mismo, si no haré que os azoten!

Jorge la miraba divertido.

—¿De verdad crees que mis hombres van a obedecerte? —Se acercó a ella y la cogió de la cintura nuevamente—. Me encanta cuando sacas la fiera que llevas dentro, pero estoy harto de esperar. Es hora de domarte, fierecilla, y probar la mercancía que tanto dinero me ha costado.

Mónica lo miró con furia al escuchar sus últimas palabras.

—¡Eres un…!

Fue a abofetearlo, pero Jorge, rápidamente, esquivó su mano. Se agachó cargándosela al hombro y empezó a subir las escaleras. Ella gritaba y le daba puñetazos en los riñones, pero él ni se inmutaba, seguía subiendo las escaleras mientras oía a su padre gritar:

—¡Voy a matarte, maldito hijo de perra!

Dejó de oír los gritos de su hija cuando entraron en la habitación y Jorge cerró la puerta de un portazo.

Ernesto deseaba estar muerto solo al pensar lo que Jorge estaba dispuesto a hacerle a su hija en ese mismo instante, exactamente lo mismo que él le había hecho a su hermana. Solo en ese momento sintió remordimientos por lo que hizo diez años atrás.

***

Cuando entraron en la habitación y la dejó en el suelo, ella se revolvió y empezó a darle puñetazos en el pecho con todas sus fuerzas. Se sentía engañada, furiosa, y lo único que quería era matarlo.

—¡Váyase de mi alcoba! —Mónica estaba llorando y con un ataque de nervios que no podía controlar. Él la cogió de las muñecas y la miró fijamente a los ojos—. ¡¡Suélteme!!

—¿Vas a seguir golpeándome? —preguntó muy serio. Ella negó con la cabeza. Las lágrimas y la congoja no la dejaban hablar. Jorge le soltó las muñecas y le cogió la cara con las manos—. ¡¡Deja de llorar, basta!! —gritó.

Mónica dio un brinco y lo miró asustada.

—Yo no tengo la culpa de lo que mi padre le hizo a su hermana, y si usted hace lo mismo conmigo no será mejor que él —susurró con voz temblorosa mientras le suplicaba con la mirada.

—No quiero hacerte daño, Mónica, y solo de ti depende que esta noche sea agradable o la peor noche de tu vida. Tú decides cómo quieres que sea. Si no te resistes te va a gustar, si me enfadas te arrepentirás.

—Yo…

Se quedó muda cuando él se puso detrás de ella y abrazó su cintura para después quitarle la tiara. Se deshizo del velo y soltó su pelo dejándoselo suelto por la espalda. Le gustaba admirarlo, era muy bonito con esas hondas doradas como el trigo. Cuando lo retiró a un lado y empezó a desabrocharle el vestido muy despacio, Mónica empezó a temblar. Lentamente, sin prisas, le quitó el vestido y el cancán, solo le quedaban el corsé y los pololos. Se pegó a su espalda y rodeó de nuevo su cintura con los brazos pegándola a su cuerpo. Empezó a besarle el cuello, bajando por su hombro suavemente mientras le acariciaba el brazo.

A Mónica se le empezó a poner la carne de gallina al sentir la suavidad y calidez de sus labios recorriendo su piel. Jorge cogió su pequeña cintura y la volvió hacia él para mirarla a los ojos mientras le acariciaba el moratón que tenía en el brazo, el que él mismo le había hecho hacía apenas dos días.

—¿Te duele? —Ella volvió a negar con la cabeza, pues los nervios no la dejaban hablar—. ¿Sabes lo mucho que me gusta tu piel? —Sus dedos recorrían su escote—. Eres tan suave, y hueles tan bien. A jazmín, aún lo recuerdo. —Empezó a olerle y a besarle el cuello hasta llegar a su oído—. No puedes ni imaginarte cuánto te deseo, Mónica. No he podido olvidar tu aroma desde la otra tarde en el hotel, después de la limonada, ¿recuerdas? —No dejaba de besarla y apretarla contra él—. ¿Recuerdas la mañana que viniste a mi hotel? Juraste que jamás serías mi esposa y te dije que en la noche de bodas te lo recordaría. He de confesarte que en todos estos años jamás creí que vengarme de tu padre me causaría tanto placer.

Jorge acababa de cometer el mayor error de su vida pues, al escuchar esas palabras, a Mónica la invadió una ira tan grande que con todas sus fuerzas le dio un empujón y se apartó de él.

—¡¡Antes tendrá que matarme, porque nunca voy a ser suya!! —le gritó histérica.

—¿De verdad prefieres que sea así? —preguntó. Y al ver cómo le miraba con un odio intenso, la cólera se apoderó de él—. Está bien, tú lo has querido, y que conste que te di una oportunidad.

En cuanto Mónica vio cómo rápidamente se quitaba la chaqueta, la camisa, las botas y los pantalones supo que tenía que salir de esa habitación inmediatamente o de lo contrario estaría perdida, porque él no se apiadaría de ella, no después de su amenaza. Así que pasó corriendo por su lado intentando llegar a la puerta, pero no lo consiguió. Jorge la cogió por la cintura y la arrastró a su lado, levantándola y pegándola a su cuerpo.

—¿De verdad crees que puedes escapar de mí? Soy tu marido,

me perteneces y tengo todo el derecho de poseerte. —La arrojó a la cama, pero ella se revolvió como un gato y salió por el otro lado—. Cuanto más me enfades peor va a ser para ti, querida. No tienes escapatoria, deja de hacer el tonto y ven aquí. —Y era verdad, sabía que no podía escapar, como también era verdad que prefería morirse antes que darle el gusto. Así que se acercó a la ventana, la abrió y sacó el cuerpo fuera, quedándose en el filo del alféizar—. ¡Baja de ahí ahora mismo! —ordenó furioso e intentó acercarse.

—¡Si se acerca me tiro! —le amenazó ella—. ¡Le juro por Dios que si da otro paso más me tiraré, estoy hablando en serio!

Tenía los ojos llenos de lágrimas y estaba temblando. Cuando él dio otro paso hacia ella intentando acercarse y vio que cerraba los ojos, se dio cuenta de que no era un farol y de que estaba dispuesta a tirarse.

—¡Está bien, está bien, me estoy alejando! —le gritó para que se detuviera—. ¡¡Maldita sea, Mónica!! ¡Abre los ojos y mírame, me estoy alejando! No lo hagas, por favor. Entra, no voy a tocarte. —Ella abrió los ojos y lo miró, se había alejado y se estaba poniendo los pantalones—. Me estoy vistiendo, haz el favor de entrar.

—No-no voy a entrar hasta que no salga de mi alcoba.

Mónica se bajó de la ventana, pero no se movió del sitio. Entonces él se dio la vuelta para buscar sus botas y se sentó en la cama para ponérselas, fue en ese momento que ella vio su espalda por primera vez. Su asombro fue tan grande que Jorge pudo escuchar su respiración cortada, y su exhalación por la impresión inundó toda la habitación. No se sorprendía con facilidad, pero no estaba preparada para lo que acababa de ver.

—Sí, ya sé lo desagradable que resulta ver mi cuerpo. Pero tú eres la única mujer que se merece tener un marido con el cuerpo deforme por los latigazos, puesto que fue tu padre el que me dejó así. Ahora tendrás que soportar que este cuerpo deforme te haga el amor todas las noches porque hoy no voy a tocarte, pero eso no quiere decir que no vayas a ser mía mañana. ¡Eres mi mujer, Mónica, y me perteneces, así que ve haciéndote a la idea! Te habrás dado cuenta de que también te mentí, mi cara no está así por una herida de guerra, sino por el mismo látigo que dejó mi espalda como la estás viendo, y todo por orden de tu padre. —Su voz sonaba triste.

Al escucharle, Mónica recordó a ese muchacho blanco que tanto la impresionó, cuando aún era una niña, atado al palo donde azotaban a los negros, con la cara ensangrentada y la espalda destrozada por los latigazos, mientras gritaba y amenazaba a su

padre. Habían pasado más o menos diez años, pero aún podía verlo allí atado como si hubiera sido ayer.

Recordando eso, no podía dejar de mirar las cicatrices de su espalda. Sintió una pena muy grande por él, ya que muchísimos negros no habían sufrido un castigo tan cruel como el que había padecido Jorge, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Nadie debería tener que soportar algo así, era inhumano. Y lo peor de todo era ser consciente que fue su padre quien dio la orden para tal atrocidad.

—Lo sien-siento mucho…

—No se te ocurra compadecerme ni sentir lástima por mí, Mónica, ¡porque no voy a permitírtelo! —Su voz sonaba tan fría que Mónica sintió su rabia y su frustración en cada palabra. Cuando se levantó de la cama ella dio un brinco asustada—. No te preocupes, se me han quitado las ganas de seguir peleando esta noche contigo, puedes dormir tranquila.

Deshizo la cama y sacó la sábana de abajo, cogió el abrecartas y, en la herida del antebrazo causada por el duelo que había tenido con Arturo dos días antes, se quitó un par de puntos haciendo que la herida sangrara de nuevo, manchando la sábana con su sangre.

—¿Qué está haciendo? ¿Se ha vuelto loco?

—No finjas que te preocupas por mí, querida, porque te daría igual si me cortara las venas delante tuya. Es más, estoy seguro de que te quedarías mirando cómo me desangro, y hasta te sentirías feliz y aliviada de librarte de mí. —Salió de la habitación con la sábana en la mano terminando de ponerse la camisa.

***

Cuando llegó a la entrada Ernesto estaba sentado en una butaca con la cabeza entre las manos, custodiado por los hombres de Jorge. Al llegar a su altura le echó la sábana ensangrentada a los pies.

Al ver la sábana manchada, a Jorge con la camisa abierta y la cara de satisfacción con que lo miraba, Ernesto volvió a abalanzarse sobre él. Pero los hombres de Jorge lo retuvieron y tiraron al suelo. Jorge le cogió del pelo obligándole a mirarlo, y le dijo con una sonrisa sarcástica:

—Ahora entiendo por qué te gusta violar a las mujeres, ha sido muy divertido. Corto, pero divertido. Nunca había disfrutado tanto con una mujer y tu hija es peleona. No sabes cómo voy a disfrutar cada noche forzándola, porque los dos sabemos que ella no se va a dejar doblegar tan fácilmente, ¿verdad? Espero que eso te deje conciliar el sueño, o mejor aún, que cuando cierres los ojos

recuerdes lo que le hiciste a mi hermana y sepas que tu hija va a pasar por ese infierno todas las noches conmigo. Ya te dije que cuidaría de ella como se merece, y nada más que por ser tu hija se merece vivir en este infierno en el que se ha convertido su vida gracias a ti. —Lo soltó y les gritó a sus hombres—: ¡Lleváoslo! Lo quiero fuera de esta casa ¡ya! Y espero que no vuelvas por aquí, porque la próxima vez sí que te ataré al palo y ordenaré que te arranquen la piel a tiras con el látigo, como tú hiciste conmigo.

Mientras se lo llevaban lo oía gritar amenazándole con matarle y maldiciéndole.

Subió de nuevo a la habitación y encontró a Mónica tumbada en la cama llorando. Cuando ella escuchó cerrarse la puerta se levantó de un brinco y corrió hacia la ventana. Él la miró muy serio y le habló con frialdad.

—Te he dicho que no voy a tocarte esta noche, no necesitas salir corriendo hacia la ventana, podrías caerte y partirte el cuello. Solo he venido a por mi chaqueta.

Mónica vio cómo la camisa se manchaba de sangre poco a poco, justo en el antebrazo donde le había herido Arturo.

—Está sangrando.

—Y qué te importa. ¿O vas a comportarte como una buena esposa y vas a curarme la herida? Al fin y al cabo, la tengo gracias a ti.

—Si me promete no volver a tocarme y dejar que Tula suba para que me ayude a cambiarme, sí, le curaré.

Jorge la miró muy serio y le habló con desprecio antes de abandonar la habitación.

—Le diré a Tula que suba a ayudarte.

—Pero no me ha prometido…

—No necesito hacerlo, puedo curarme yo solo. Buenas noches.

Al cabo de unos minutos subió Tula, y cuando la vio con el pololo y el corsé, sonrió.

—Ahora entiendo por qué el amo me ha dicho que si decía algo a alguien me cortaría la lengua.

—¿A qué te refieres?

—No ha pasado nada entre ustedes, ¿verdad?

—¿Tan evidente es?

—Ay, mi niña, si aún lleva puestos los pololos y el corsé. Es más que evidente —decía Tula pegada a su espalda mientras la ayudaba a desvestirse—. Ya puede usted dar gracias, pocos hombres se apiadan de sus mujeres la noche de bodas. Por eso me amenazó. No creo que le hiciera mucha gracia que la gente se enterara, podrían

reírse de él.

—¿Por qué tendrían que reírse? —preguntó inocentemente.

—Ay, mi niña. La noche de bodas está para eso, para que los hombres disfruten de sus mujeres, y el que no lo hace o tiene un problema o es demasiado blando. Y las dos cosas son un motivo de burla entre los hombres que siempre juegan a ser los gallos del corral.

Mónica estaba atónita con lo que decía Tula, pero sabía que en el fondo tenía razón. Solo esperaba que nadie se enterara para que no se rieran de él, porque eso sí lo enfurecería más de lo que ya estaba.

—Pues ya lo sabes, no se te ocurra abrir la boca. ¿Dónde está Jorge?

—Me dijo que en cuanto terminara de ayudarla le llevara agua caliente, alcohol y una aguja con hilo a la salita. No entiendo para qué quiere eso, pero voy a llevárselo antes de que se enfade. No quiero tener problemas con él el primer día, no parece que tenga mucha paciencia.

Cuando Tula se fue Mónica estaba en la habitación nerviosa, pensando si Tula lo estaría curando o estaría haciéndolo él solo como le había dicho. Se sentía mal porque esa herida, al fin y al cabo, había sido por su culpa, en eso él tenía razón. Primero, por dejar vivo a Arturo porque ella se lo había suplicado, y después por no forzarla, aunque a su padre le había hecho creer lo contrario. Porque, aunque él no le hubiera dicho nada, ella sabía por qué se había abierto la herida y manchado la sábana. Nada más y nada menos, que para demostrarle a su padre que había hecho con ella todas las barbaridades que le había dicho que haría, y en el fondo tenía que agradecerle que no hubiera abusado de ella.

Se puso la bata y decidió bajar a ver si necesitaba ayuda, y de paso averiguar dónde estaba su padre y qué había hecho con él.

Cuando bajó lo vio en la salita solo, limpiándose la sangre con el agua caliente. Estaba sin camisa y con esos pantalones que llevaba la primera vez que fue a su hotel. Se quedó en el marco de la puerta, pues le daba miedo acercarse a él.

—¿Quiere que le ayude? —preguntó con una voz dulce como si quisiera amansar a una fiera

—¿No tienes miedo al monstruo de tu marido? ¿Qué ha cambiado en apenas diez minutos para que te atrevas a acercarte a mí? ¿Ya no sientes deseos de tirarte por la ventana?

—Me dijo que no iba a tocarme esta noche, y solo espero que cumpla con su palabra de caballero. Pero si quiere me voy.

Jorge la miró muy serio y le ofreció el trapo con el que estaba curándose.

Mónica se acercó y le limpió la herida suavemente, mientras él se tapaba con la bata la espalda. Con ese gesto ella se dio cuenta de que para él era más vergonzoso enseñar su espalda, que desagradable pudiera resultarle a ella mirarla. Tenía que ser muy duro vivir con una parte de tu cuerpo de la cual te avergüenzas hasta el punto de no querer que nadie la vea, incluso después de saber de su existencia.

Tenía medio antebrazo seccionado y cosido por la herida que le había causado Arturo con la espada y los dos últimos puntos se los había abierto, así que empezó a ponerle alcohol, y mientras lo hacía no pudo evitar fijarse en la cicatriz que tenía en el estómago. Recordó que la tenía por haberle salvado la vida a su superior, y pensó que alguien capaz de poner su vida en peligro para salvar a otro tenía que ser muy valiente, o muy loco. Lo único que tenía claro era que no habría nadie en el mundo con un cuerpo tan lleno de cicatrices como él.

Los dos estaban en silencio, Jorge no podía dejar de observarla y ella no se atrevía a mirarlo.

—¿Qué quiere que haga ahora? —le preguntó cuando terminó de curarle la herida.

—Cierra los puntos con la aguja y el hilo, ya están desinfectados.

—¿Quiere que le cosa? —Se asustó—. No creo que pueda hacerlo.

—Entonces, vete y déjame solo. —Le arrebató la aguja de entre los dedos y esperó a que ella se alejara.

Cuando Mónica estaba a punto de irse se volvió para mirarlo y vio cómo intentaba estirar la piel al mismo tiempo que clavaba la aguja. Sintió una angustia muy grande en la boca del estómago al contemplar la escena y se acercó de nuevo cogiéndole la aguja de entre los dedos.

—¿Qué haces? ¿No te ibas?

Mónica, sin decir nada, empezó a coserle y cuando vio cómo su cara empezó a cambiar por el dolor sin quejarse siquiera no pudo evitar ser amable con él.

—Lo siento, pero nunca he hecho esto. Siento hacerle daño.

—No te preocupes, ya estoy acostumbrado al dolor —a Mónica se le hizo un nudo en la garganta al escuchar esas palabras—, y lo estás haciendo muy bien. Otra en tu lugar no hubiera vuelto.

Se quedaron callados mientras terminaba de coserle. Mónica estaba muy cerca de él, hasta a él llegaba su perfume a Jazmín.

Todo en ella le embriagaba. Su perfume, su piel tersa, suave y cálida. Era tan joven, pequeña, frágil y delicada, pero al mismo tiempo, fuerte, valiente y decidida, que todo ese conjunto de cualidades en ella hacían que la deseara con todas sus fuerzas, y no sabía si iba a ser capaz de controlarse teniéndola tan cerca.

—¿Dónde está mi padre? —le preguntó una vez terminó de coserle la herida.

Cuando vio que Jorge empezaba a apretar el mentón se dio cuenta de que no tenía que haber preguntado por él.

—¿Es por eso por lo que estabas siendo tan amable? —Se levantó y se terminó de poner la bata.

—Perdóneme. Será mejor que me vaya.

Mónica se giró para marcharse, pero Jorge la cogió del brazo y la arrastró hasta dejarla pegada a él, y enredó los dedos en su cabello obligándola a mirarlo.

—No sé dónde está tu padre y no me importa. No quiero volver a hablar de él en esta casa y menos que tú lo menciones. Hazte a la idea de que ha muerto.

—¡No puedo hacer eso, no puede pedirme algo así!

—¡Soy tu marido! ¿Cuándo vas a darte cuenta de que puedo pedirte y hacer lo que quiera contigo?

—¡¡Nunca!! ¡Suélteme, le odio!

—Bien, pues voy a darte motivos para que me odies más todavía. —La tumbó encima de la mesa y se puso encima de ella.

—Usted me dijo que no…

—Lo siento, querida, pero que parezca un caballero no quiere decir que lo sea. Yo también vengo de los bajos fondos, no lo olvides.

Empezó a besarla con furia, y sin poder controlar la rabia que tenía dentro, le desabrochó la bata y acarició sus pechos con fuerza. Cuando bajó su boca hasta ellos, los mordió y succionó por encima de la tela. El pánico se apoderó de Mónica al notar la boca de Jorge devorando uno de sus pechos, se sintió perdida y empezó a llorar suplicándole.

—Jorge, por favor… por-por favor. —Él levantó la cabeza y le habló fríamente.

—Llorar no te va a servir de nada.

—Por favor, no lo haga. Jamás podré perdonárselo.

—¿De verdad crees que me importa?

—Por favor.

Sus ojos le miraban llorosos, suplicantes y eso le desarmó. Fue en ese mismo instante cuando se dio cuenta de que sí, sí le

importaba lo que ella sintiera. Así que, derrotado, agachó la cabeza, la apoyó en su pecho y respiró profundamente intentando serenarse. Después, se apartó de ella.

—Será mejor que te vayas —le habló serio y derrotado dándole la espalda para servirse un coñac.

Mónica se levantó rápidamente de la mesa.

—Gracias.

—¡Vete ahora! —gritó—. No tientes a la suerte.

Ella subió rápidamente las escaleras, se encerró en su habitación y se tumbó en la cama. Su cabeza era un remolino de emociones. Sentía rabia, odio y frustración por ese hombre, pero al mismo tiempo, pena y lástima. Tenía que haber sido muy duro pasar por todo lo que había hecho de él un hombre duro, sin corazón y sin sentimientos. Pero al mismo tiempo no podía entender por qué, a pesar de odiarla tanto como a su padre y de haberse casado con ella para hacerle daño, no era capaz de cumplir su venganza y se controlaba librándola de cumplir con su deber de esposa.

Mónica había visto en sus ojos el deseo que sentía por ella, se lo había dicho en varias ocasiones y, aun así, él había escuchado sus súplicas y la había dejado marchar. Se preguntaba por qué, pero la respuesta era evidente: el odio que sentía hacia ella por ser una Salazar era mucho más fuerte que el deseo de poseerla.

En ese mismo instante se dijo a sí misma que tenía que conseguir que él siguiera odiándola toda la vida, y que nunca olvidara que ella era la hija de Ernesto Salazar, para que la aborreciera y así no tener que entregarse a él nunca.



# XXIV

## Nube Blanca

Cuando Mónica se despertó era ya muy tarde, no había pegado ojo en toda la noche y se sentía muy mal. Tiró del cordón que tenía en la cabecera de la cama para llamar a Tula.

La esclava llevaba con ella toda la vida. Tras la muerte de su madre, que también se llamaba Tula, se hizo cargo de sus labores en el hogar de los Salazar, que consistían en ocuparse de la cocina y atender a Mónica.

Los ricos heredaban las fortunas y los esclavos las tareas. Aunque era mejor trabajar en la mansión que en el campo recogiendo algodón, y encargarse de la señora de la casa era todo un privilegio. Sobre todo, porque Mónica era un ama generosa, bondadosa y muy cariñosa. No se parecía en nada a su madre, que siempre fue orgullosa y consentida, una niña malcriada.

Tula apareció con la bandeja del desayuno porque a Mónica le gustaba desayunar en la cama.

—Buenos días, mi niña, ¿cómo ha dormido?

—Fatal, me duele la cabeza. Y el señor Mendoza, ¿dónde está? ¿Sigue durmiendo?

—No. Su marido salió muy temprano con sus hombres a recorrer

la plantación.

—No vuelvas a decir que es mi marido porque yo no lo siento así.

—Entonces, ¿cómo quiere que le diga?

—Simplemente el señor Mendoza, con eso será suficiente. Vaya, qué pronto quiere hacerse dueño de lo que no le pertenece. Porque, aunque sea mi marido, está siempre será la plantación de los Salazar y nunca será suya. —Se acababa de despertar y ya estaba furiosa con él por querer apoderarse de sus tierras.

—¿Quiere que la ayude a vestirse?

—No. No pienso salir de mi alcoba. No quiero volver a ver a ese hombre en mi vida.

—Pero no puede permanecer aquí encerrada toda la vida.

—Sí, puedo.

Tula la miró y sin decir nada más abandonó la habitación, sabiendo que su actitud solo despertaría más la furia de su marido. Aunque eso era precisamente lo que Mónica quería, que él la odiara cada día un poco más. Eso era lo que se había propuesto, y no iba a parar hasta lograr que él se fuera de su casa, desapareciera de su vida y la dejara en paz.

Cuando Jorge llegó para comer y se sentó en la mesa con su madre le preguntó a Tula:

—Y mi mujer, ¿dónde está?

—Está en su alcoba. No quiere bajar, amo. Me ha pedido que le suba la comida.

—Bien. Pues no volverá a comer hasta que no baje a la mesa, y si me entero de que le subes algo, te ataré al palo. ¿Te ha quedado claro? —Su mirada era tan amenazante que Tula no se atrevió a mirarlo.

—Sí, amo.

Cuando Tula se fue su madre le acarició la mano.

—Tienes que tener un poco de paciencia, hijo. Después de lo que pasó anoche esa muchacha tiene que estar odiándote. Es normal que no quiera verte ahora mismo.

—Ayer no pasó nada.

Ana lo miró sorprendida.

—¿Quieres decir que no…?

—No, no la forcé, sigue siendo pura y virginal.

—Pues no sabes cuánto me alegro, creí que te había perdido. Yo no te eduqué para que te convirtieras en la clase de hombre que tanto daño ha hecho a nuestra familia. No puedes abusar de esa niña simplemente por haberte convertido en su esposo. Sabes que ni

siquiera yo te perdonaría que hicieras algo así. No soportaría que fueras como ellos, como tu padre, como el suyo. Un hombre cruel y despiadado que cree que por tener dinero y poder pueden comprar y manejar a su antojo la vida de los demás, de la gente que por desgracia no tiene nada y tienen que aguantar los abusos de sus amos.

—Sabes que yo jamás haría eso. Pero es mi mujer y no sería un abuso, sino un derecho.

—¡No! No vuelvas a decir eso. Que seas su esposo no te da derecho a abusar de ella.

—Entonces nunca tendrás esos nietos que tanto deseas. Ella nunca va a entregarse a mí por voluntad propia.

—Sí, si dejas que te conozca. Si eres paciente, tierno y cariñoso, ella verá el hombre que escondes dentro de ti y podrá llegar a quererte.

—Vamos, por favor, mamá. ¿De verdad crees que alguna mujer se acostaría conmigo por placer? ¿Que podría llegar a enamorarse de un monstruo como yo?

—Por favor, hijo, no digas esas cosas, no soporto que tú mismo te veas así. Tienes que olvidarte de esos complejos tan absurdos y de lo que pasó con Irene. No todas las mujeres somos tan frívolas, y sí podemos enamorarnos sin importarnos cómo sea él. Si es guapo, feo, alto, bajo, eso no importa. Lo único que en realidad nos importa es que nos traten bien. Y si no, fíjate en Estela y Sergio. Si eres amable y cariñoso con tu esposa podrías conquistarla. Tú fuiste el que me dijiste que cuando la conociste lo que más te gustó de ella fue que no se asustó cuando vio tu cara, y que habló y bailó contigo como si fueras un hombre normal, mirándote sin repulsión, no como todas las demás.

—Eso fue antes de saber que era una Salazar, y después de todo lo que pasó ayer nunca va a dejar de odiarme. Y yo tampoco puedo ser amable con ella. Solo de pensar que es la hija de ese hombre me pongo de mal humor y no la soporto.

—Pues tendrás que olvidarlo porque ella no tiene la culpa de ser quien es. Además, ahora es una Mendoza y eso debería apaciguar tu ira. Fuiste tú el que se empeñó en casarse con ella. Ahora conviértete en su marido y no en su enemigo, porque eso no solucionará nada y lo único que conseguiréis será haceros más daño. Y no vale la pena, hijo, la vida es muy corta.

—¿Por qué no terminamos de comer tranquilamente y hablamos de otra cosa?, terminará por sentarme mal la comida.

***

Cuando Tula entró en la habitación de Mónica ella le preguntó:

—Tula, ¿cuándo piensas traerme la comida? Es muy tarde ya.

—Lo siento, mi niña, pero el señor Mendoza ha ordenado que si quiere comer tendrá que bajar al comedor. Me ha prohibido subirle comida, y me ha amenazado con atarme al palo si lo hago. Pero ahora se ha ido, y si quiere puedo subirle algo sin que se entere.

—No. No quiero que tengas problemas con él por mi culpa. No tengo tanta hambre, y si él prefiere que me muera de hambre pues muy bien, lo haré. Porque no pienso bajar y compartir la mesa con él.

Mónica se quedó todo el día encerrada en su habitación y por la tarde subió Ana para ver cómo se encontraba.

—Hola, Mónica, ¿puedo pasar?

—Sí.

—¿Cómo te encuentras?

—Mal, ¿cómo quieres que me encuentre? No es muy agradable saber la misma noche de bodas que tu marido te odia y que solo te ha comprado y se ha casado contigo por vengarse de algo que pasó hace más de diez años. Que tira a la calle a tu padre como a un perro y que solo quiere hacerte daño. —Mientras hablaba no dejaba de dar vueltas por la habitación, nerviosa—. Lo que no entiendo es qué haces aquí, ¿por qué intentas hacerme creer que te preocupas por mí? Tú también debes odiarme por ser la hija del hombre que le destrozó la vida a tu hija. Seguro que entre los dos lo planeasteis muy bien todo para vengaros de mí y de mi padre.

—No digas eso, yo no te odio, Mónica. He intentado muchas veces hacer que mi hijo recapacitara, pero ha sido inútil. Yo nunca he querido vengarme ni de ti ni de tu padre.

—No tenías necesidad, sabías que tu hijo lo haría por los dos y, la verdad, tengo que decirte que lo ha hecho muy bien. Debes estar muy orgullosa de él.

—No digas eso, por favor. Esas cosas no traen nada bueno. Hay que saber olvidar, y digo olvidar no perdonar, porque nunca podría perdonar a tu padre.

Cuando vio la cara de tristeza de Ana, se arrepintió inmediatamente de haberle dicho todas esas cosas. Porque por muy enfadada que estuviera con su hijo, tenía que reconocer que, aunque no conocía a Ana demasiado, sabía que ella no era como Jorge, y algo le decía que podía confiar en ella. Se agachó al lado de la butaca donde se había sentado Ana y le cogió las manos.

—Lo siento, perdóname, no quería decir eso. Pero si tú y yo queremos llevarnos bien será mejor que no hablemos ni de tu hijo ni de mi padre, y así podremos llegar a ser buenas amigas. Me gusta estar contigo, así que podemos hacer cualquier cosa menos hablar de ellos, ¿vale?

—Tienes razón. Todos estos días nos hemos llevado muy bien y me gustaría seguir así.

Mónica le sonrió y se quedaron un rato hablando en la habitación.

***

Cuando llegó la noche estaba muerta de hambre, pero su orgullo era más fuerte que su necesidad de alimento.

Jorge se acababa de sentar en la mesa con su madre cuando le preguntó a Tula:

—¿Mi esposa va a bajar a cenar?

—No, amo, no quiere bajar.

—¿Le has llevado algo de comer? Y no me mientas porque lo sabré.

La miraba a los ojos esperando su respuesta, y ella le contestó con mucho miedo, sin poder enfrentarle y con la cabeza baja.

—No, amo. Lo hubiera hecho si me lo hubiera pedido, pero ella jamás me lo permitiría sabiendo que usted puede castigarme. No ha comido nada en todo el día.

Jorge se levantó de la mesa y subió como un loco hacia la habitación.

Cuando Mónica lo vio entrar se levantó de la cama asustada. Él se acercó a ella en dos zancadas sin darle tiempo a reaccionar, quería evitar que volviera a salir al alféizar de la ventana. La cogió del brazo y salió con ella sin decir una palabra.

Mónica estaba aterrada y no se atrevía a hablar, solo podía correr para poder seguir sus pasos. Cuando llegaron al comedor la sentó en la silla que estaba a su lado, enfrente de su madre, y sujetando su cabeza por encima del respaldo de la silla le habló fríamente.

—Tienes que estar muerta de hambre así que, si no empiezas a comer ahora mismo, me veré obligado a darte de comer como a un bebé.

Se sentó a su lado presidiendo la mesa, y comenzó a comer. Por el rabillo del ojo podía ver cómo ella cogía los cubiertos con manos temblorosas.

—Mónica, hija… Lo siento, discúlpame. No sé si quieres que te llame así. Si te molesta no volveré a hacerlo.

Ana quería romper el silencio y poner un poco de paz entre los dos, pues estaban muy tensos.

—No, no se preocupe. Me gusta. —Su voz sonaba débil, porque aún no se había recuperado del susto.

Mientras Jorge la bajaba por las escaleras en su mente iba imaginándose cualquier clase de castigo, y ninguno bueno. Todo, menos que él la sentara en la mesa para cenar. Pero tenía hambre, así que muy dentro de ella agradecía ese gesto por su parte.

—Quería decirte que hace un momento trajeron un mensaje de tu amiga Estela. Iba a subírtelo después de cenar, pero ya que estás aquí…

Le dio el mensaje y ella lo cogió mirando a Jorge de reojo, esperando que él se lo quitara de las manos para ver primero lo que decía. Pero él no movió un dedo y ella lo leyó. Cuando terminó, dejó el papel en la mesa.

—¿Es importante? —preguntó Ana.

—Solo quería saber si puede venir a visitarme.

—Y bien, ¿cuándo va a venir? Tendremos que estar preparados. Podrías invitarles a comer. —Mónica seguía callada, igual que Jorge —. ¿Qué te pasa, hija? ¿No quieres que vengan?

—Sí. Sí quiero. Pero no sé si su hijo me dará permiso.

—Estoy aquí, puedes hablar conmigo directamente, no voy a morderte. Y puedes invitar a quien tú quieras, esta es tu casa.

Mónica lo miró sorprendida por lo que acababa de decir. No podía creer que él le estuviera dando libertad para tomar decisiones, y le gustaba que le concediera ese derecho.

—Gracias, mañana mismo le contestaré para que vengan a comer pasado mañana. Si le parece bien.

—Me parece perfecto. Dile también que si su cuñado José aún no se ha ido que venga. Quiero hablar con él antes de que vuelva al cuartel.

Mónica le hizo una mueca en forma de sonrisa.

La cena terminó muy amena. Los dos hablaban con su madre, pues ninguno quería hablarse directamente. Ella por miedo, y él por no decir algo que aún empeorara más la situación. Cuando terminaron de cenar salieron al porche a tomar el café. Mónica se sentó al lado de su madre y él se sentó enfrente, y sin poder apartar los ojos de ella se encendió un puro.

Llevaba un camisón de seda azul celeste igual que sus ojos, bastante escotado, una bata a juego y el pelo cogido con una trenza

de lado. Estaba muy bonita hablando y sonriéndole a su madre, tanto que le entraban unas ganas locas de llevársela a su habitación y hacerle el amor hasta quedar extasiado. De repente salió de sus pensamientos al escucharla despedirse de su madre y dar las buenas noches.

Cuando llegó a su habitación y fue a abrir la puerta sintió la mano de él encima de la suya.

—Por favor, Jorge. La velada ha sido bastante agradable, no la estropee. —Él le dio la vuelta y ella, apoyando las manos en su pecho, le repitió—: Por favor, no me obligue a…

—No voy a hacerte nada, no te asustes. Solo quiero hablar. No quiero que nadie sepa que entre tú y yo aún no ha pasado nada. Por eso espero que cuando estén aquí tus amigos seas amable y cariñosa conmigo, de lo contrario no volveré a dejar que tengas visitas. ¿Me has entendido? —Ella asintió con la cabeza.

Le costaba hablar cuando lo tenía tan cerca, la ponía muy nerviosa, así que agachó la cabeza para no seguir mirando esos ojos tan grises que la desconcertaban. Él la cogió del mentón levantándole la cara y acariciándole la mejilla al mismo tiempo, le dio un beso muy tierno en los labios y le preguntó con una voz suave:

—No tengo ninguna posibilidad de que me dejes entrar, ¿verdad?

—Por favor, no soportaría otra pelea, esta noche no.

—Solo quería probar suerte. Buenas noches, Mónica. —Volvió a besarla en los labios y se fue.

Mónica entró en su habitación muy nerviosa y confusa, y tumbándose en la cama no dejaba de preguntarse. ¿Por qué? ¿Por qué la había besado así? ¿Por qué era tan bruto y cruel algunas veces y otras, sin embargo, tan tierno y cariñoso que la dejaba sin palabras? ¿Por qué se había ido? ¿Por qué no había intentado meterse en su habitación y obligarla a ser su mujer, si el día anterior le había dicho que esa misma noche sería suya? No entendía nada, era como si de repente toda esa furia que le invadió la noche de bodas hubiera desaparecido y se hubiera calmado. Aunque no podía más que dar gracias a Dios y rezar para que no se arrepintiera y entrara en su habitación para forzarla.



# XXV

## Nube Blanca

Al día siguiente dio los buenos días y se sentó a desayunar a su lado. No quería estar cerca de él, pero la noche de antes él ya le había dejado bastante claro dónde tenía que sentarse, sin ni siquiera preguntarle a ella en qué lugar quería hacerlo. Si fuera por ella se sentaría en el otro extremo de la mesa, bien lejos de él.

Cuando terminaron de desayunar él le dijo, levantándose y cogiéndola de la mano:

—Acompáñame, quiero enseñarte algo.

Salieron por la puerta de atrás y la llevó a las caballerizas. Cuando abrió una de las puertas y sacó a su yegua, Tormenta, Mónica se quedó con la boca abierta.

—¡Es preciosa!

Era negra azabache, su crin estaba toda rizada, como si llevara una permanente muy suave, y tenía un porte y un señorío al andar muy elegante, parecía que bailaba con cada paso.

—¿Te gusta?

—Después de Pegaso es el caballo más bonito que he visto nunca. ¿Puedo acariciarla? —Él asintió con la cabeza y ella acarició

el lomo del animal. Estaban muy cerca el uno del otro.

—Quiero que Pegaso la monte. Estoy seguro de que saldrán unos potros preciosos, ¿no crees?

—De eso puede estar seguro.

—Entonces, ¿te parece bien?

Jorge le acarició la mano con la que estaba tocando el caballo, pero ella la apartó rápidamente como si fuera un leproso y se alejó de él. Aunque de poco le sirvió pues él siguió sus pasos.

—No entiendo para qué quiere saber mi opinión, no creo que le interese. Ya es el amo y señor de todo esto, así que puede hacer lo que quiera.

A Jorge le invadió una furia muy grande al ver cómo ella de repente se volvió altiva, arisca y orgullosa por el solo hecho de acariciarle la mano. Así que la cogió por el brazo y la volvió hacia él, gritándole con furia:

—¡¿De verdad crees que soy el amo y señor de todo esto?!

—Para eso pagó una fortuna, ¿no es así?

—¡Sí! Y no sé si ha valido la pena, me siento engañado. Esta plantación está hecha un asco, tus esclavos dan pena, ¡y tú! eres una pésima esposa.

Mónica se sintió tan humillada que le dio una bofetada y la rabia acumulada desde la noche de bodas la hizo explotar.

—¡No se atreva a decir que le engañé, porque desde un principio le dije que jamás sería suya! ¡Y no puede quejarse de esta plantación, es la mejor del condado! ¡Y mis negros también son los mejores!

—¡Si vuelves a abofetearme haré que te arrepientas el resto de tu vida! —Se tocó la mejilla, que le ardía por la bofetada, y le dijo con esa mirada gris y fría como el hielo, consiguiendo que temblara ante él—: Puede que cuando vivía tu abuelo fuera así, pero tu padre la echó a perder.

—Ahora mi padre va a tener la culpa de todo, ¿no es así? Esto siempre ha funcionado bien, y si hay algún problema es usted.

Cuando vio que la cogía del brazo y la volvió a entrar al establo, creyó que quería castigarla de alguna manera. Pero se quedó muy sorprendida al verlo sacar a Tormenta, y más aún cuando la asió por la cintura y la subió al animal sentándola de lado. Él se subió detrás de ella, y salió del establo dirigiéndose hacia la plantación de algodón.

—¡Déjeme, no quiero cabalgar con usted!

—No te preocupes, esto no es un paseo de placer. Solo voy a quitarte la venda de los ojos para que te des cuenta de quién es tu

queridísimo papá.

—Nada de lo que haga va a hacer que vea a mi padre con malos ojos. Mi padre vale ¡mil veces! más que usted.

Mónica forcejeaba para que la soltara, pero él cada vez la apretaba más, así que no le quedó más remedio que quedarse quieta. Jorge dejó de hablarle, sus manos apretaban las riendas con tanta fuerza que ella podía sentir la presión de sus brazos en su cintura de tan pegados que estaban. Cuando se metió dentro del campo de algodón empezaron a ver muchos negros trabajando, entonces le susurró al oído:

—Fíjate en ellos, Mónica. Quiero que los mires atentamente y me digas si te parecen lo bastante fuertes como para estar trabajando todo el día de sol a sol.

Cuando hizo lo que Jorge le pedía se dio cuenta de que estaban tan delgados que no podían ni con su alma, y caminaban como si estuvieran muertos en vida. Ella se había quedado muda al verlos, y Jorge seguía adentrándose con el caballo entre los cultivos. Todos los esclavos con los que se tropezaban parecían estar iguales, desnutridos y débiles. Al cruzar el río y llegar a las chabolas donde vivían los negros, el hedor era insoportable y se tapó la nariz. Jorge le dio su pañuelo para que no respirara el olor a muerte que había en el ambiente.

Mónica estaba apenada, ya que mirara por donde mirara solo veía mugre, pobreza, y miseria, y se le cayó el alma a los pies cuando vio a los niños. Estaban tan delgados que sus caras parecían estar metidas hacia dentro y los ojos parecía que se les fueran a salir de las cuencas. Sus pequeños cuerpos eran como esqueletos recubiertos por su piel morena, y tenían la mirada tan triste que a Mónica se le llenaron los ojos de lágrimas. Agarró la chaqueta de su marido por las solapas, escondió la cara en su pecho y le suplicó, con la voz rota por la pena:

—Sáqueme de aquí, por favor.

Jorge abrazó con ternura a Mónica, toda la tensión de sus brazos había desaparecido y su gesto fue cálido, pero sus palabras no, mientras le decía al oído:

—¿Ahora entiendes por qué a tu padre se le echaba a perder la cosecha? Si no tienes negros fuertes es imposible que te rindan al cien por cien, y para eso tienes que alimentarlos bien. Si los matas de hambre no puedes pretender que trabajen como lo han hecho siempre, y solo consigues pérdidas. ¿Sabes qué es lo que comen tus esclavos? Un plato de gachas al día, es lo que más barato sale y lo único que les hace mantenerse en pie. Pero ¿en qué condiciones?

Como puedes ver, pésimas. ¿Sabes cuántas horas les hacen trabajar? Catorce. ¿Sabes cuántos negros han muerto en lo que llevamos de año? Diez. Y estamos a finales de junio.

Le hablaba muy despacio en el oído, como si quisiera que sus palabras le dolieran, y lo consiguió. Mónica sentía un dolor tan grande en el alma, solo de pensar en las condiciones en las que vivían esos pobres negros, que no podía dejar de llorar, y lo peor era que todo eso había pasado delante de sus narices y ni siquiera se había dado cuenta de tanta injusticia.

No podía creer que su padre hubiera hecho algo así, y no soportaba más tanta pena, así que le volvió a suplicar, con congoja sin poder dejar de llorar:

—Sáqueme de aquí… por favor.

Mónica seguía con la cara escondida en su pecho, no quería ver a esos pobres negros, no podía soportarlo, y tampoco ese olor. El pecho de su marido de repente se había convertido en su guarida, olía bien, podía sentir su fuerza, su calor, y no quería volver a ver tanta miseria en su vida. Y mucho menos pensar que eso estaba ocurriendo en sus tierras.

Jorge dio media vuelta con el caballo y volvieron a la casa. Ella no dejaba de llorar y él la abrazaba con fuerza, sin poder consolarla con palabras porque aún estaba demasiado enfadado con ella.

Sabía que todo lo que le había mostrado había sido muy duro para ella porque siempre había vivido entre algodones sin tener conocimiento de lo que ocurría a su alrededor, puesto que a su padre no le interesaba que ella supiera nada de lo que ocurría fuera de la casa. Por eso él sabía que ver eso le había causado una gran impresión. Pero ella era injusta con él, y solo quería demostrarle lo equivocada que estaba.

Había decidido no volver a forzarla, intentar ser amable y cariñoso como le había aconsejado su madre, pero ella le sacaba de quicio con su arrogancia. Por eso la había llevado a ese lugar, para hacerle daño y que abriera los ojos con respecto a su padre. Aunque también sabía que eso iba a ser muy difícil, porque adoraba a Ernesto y nada de lo que él dijera o hiciera le haría cambiar de opinión sobre él.

Cuando estaban llegando a la casa ella se limpió las lágrimas y respirando profundamente, le miró a los ojos.

—Tenemos que hacer algo, no podemos dejar que estén en esas condiciones, tiene que ayudarme.

—¿Y por qué tendría que hacerlo? —preguntó muy serio.

—Porque usted es mi marido, y el dueño de todo esto. Ahora es

su responsabilidad.

—No te equivoques, aún no has sido mi mujer y no me siento dueño de nada.

—¿Piensa chantajearme en una situación como esta?

—Si es la manera de tenerte ¡sí! —Entonces apretó su brazo pegándola más hacia él y le dijo con una voz sensual en el oído—: Entrégate a mí, Mónica, y tus esclavos dormirán hoy mismo entre algodones, de lo contrario no pondré ni un céntimo más en esta plantación.

—Es usted un cerdo y le odio. Y ya le he dicho mil veces que no voy a ser suya, no por mi propia voluntad.

Habían llegado a la casa y Jorge detuvo el caballo en el porche.

—Entonces, todos los negros que mueran de hambre a partir de ahora los habrás matado tú.

Mónica lo miró escandalizada con los ojos llenos de lágrimas, y le gritó furiosa:

—¡Es usted un monstruo!

Se bajó de un salto del caballo y entró corriendo en la casa. Cuando llegó a su habitación se echó en la cama y empezó a llorar. Sus palabras no dejaban de martillearle el cerebro. «Los habrás matado tú, los habrás matado tú, los habrás matado tú». Veía a esos niños muriendo de hambre y el corazón se le encogía.

***

A la hora del almuerzo bajó a comer y se sentó en la mesa sin poder mirarlo. Estaba seria y muy enfadada, y no dejaba de darle vueltas a su comida sin probar bocado. Aún tenía en la cabeza la imagen de esos pobres niños, por eso la comida no le entraba, ya que los remordimientos se lo impedían.

Cuando Ana la vio tan decaída le preguntó:

—¿Qué te pasa, hija?

—Nada. Solo que no quiero comer, no tengo apetito.

—Tienes que hacer un esfuerzo, *querida*. Piensa en toda esa gente que se muere de hambre y tú tirando la comida. —Sus ojos grises la penetraban con la mirada.

Mónica, sin poder soportar más sus ataques, cogió el vaso de agua, se lo echó a la cara y subió corriendo a su habitación para encerrarse en ella.

—¿Qué le has hecho para que haga eso?

—¡Esto es increíble! Soy yo el que está empapado y me echas a mí la culpa.

—Todo estaba bien esta mañana, hasta que ha llegado del paseo contigo y se ha encerrado en su alcoba. No necesito ser adivina para saber que algo ha pasado.

—No quiero hablar de eso, cambiemos de tema.

Estaba enfadado y se estaba secando el agua con la servilleta. Pero en realidad lo que le apetecía era subir para darle a su mujer una lección que no pudiera olvidar. Con un gran esfuerzo se aguantó las ganas, porque en el fondo sabía que se lo había buscado al atacarla de esa manera tan cruel. Y tampoco deseaba que su madre supiera en qué condiciones se encontraban esos negros, porque no podría soportar también los reproches de ella.

***

Cuando llegó la hora de cenar y Mónica no quiso bajar, Jorge le mandó un mensaje con Tula.

—El señor Mendoza me manda decirle que, si no quiere que suba a por usted, será mejor que baje a cenar.

A Mónica no le quedó más remedio que obedecer, prefería hacerlo por su propio pie a que él subiera como un animal y la obligara a bajar.

En la mesa, los dos estaban muy tensos y callados. Mónica estaba tan dolida y enfadada que en cuanto terminó de cenar dio las buenas noches a Ana y subió a su habitación para no tener que seguir soportando la presencia de su marido.

No podía coger el sueño. La cara de esos negros la atormentaba, sentía la necesidad de acercarse a su marido, de hablar con él y suplicarle que los alimentara, pero sabía cuál sería el pago por eso. Deseaba tener el valor suficiente para entregarse a él, pero era inútil. Cuando pensaba en esa posibilidad le temblaban las manos, le faltaba el aire y el terror se apoderaba de ella, tanto, que su cuerpo tomaba vida propia alejándose de la puerta y volviendo a la cama para echarse a llorar por su cobardía. Rezaba para que ningún negro más muriera de hambre por su culpa, por negarle a su marido esa maldita noche de bodas que tanto ansiaba.

Las dudas invadían a Mónica. ¿Por qué?, se preguntaba. ¿Por qué él seguía esperando? ¿Por qué no la forzaba como hacían el resto de los hombres? Puede que si lo hiciera todo fuera más fácil, ella lo odiaría el resto de su vida y él conseguiría lo que quería. Las peleas y discusiones acabarían, y serían como el ochenta por ciento de los matrimonios. Dos personas viviendo en un mismo techo odiándose mutuamente, sin apenas hablarse, sin amor y sin

ilusiones, una condena para ambos durante el resto de sus días.

Con esos pensamientos tan tristes acabó durmiéndose. Se sentía muy desdichada al pensar que, por más que odiara a Jorge, tenía que estarle agradecida de que él no llegara a ser como ese ochenta por ciento de los hombres que forzaban a sus mujeres y convertían sus matrimonios en un infierno.



# XXVI

## Nube Blanca

Habían pasado dos días y Mónica estaba impaciente esperando la llegada de Estela y de Susan. A última hora Jorge le había dicho a Mónica que había invitado a Susan y a su marido. A ella le había sorprendido mucho ese gesto por parte de su marido porque sabía que no le gustaba Alberto Sandoval. Pero no le importaban las razones, le alegraba saber que sus dos amigas pasarían el día con ella y los motivos no le importaban. Tenía tantas ganas de verlas que los minutos le parecían horas.

Cuando por fin llegó el primer carruaje Mónica estaba esperando en el porche. Jorge le pasó el brazo por la cintura para decirle al oído:

—¿Recuerdas lo que hablamos el otro día? Si no te muestras tierna y cariñosa nadie más volverá a pisar esta casa.

Mónica lo miró muy seria y le contestó con sarcasmo:

—No sufras, querido, seré tan encantadora como tú.

La primera en llegar fue Susan, que venía sola, y después de los saludos Mónica le preguntó:

—¿Has venido sola? ¿Y tu marido?

—No ha podido venir. Le surgió un compromiso a última hora

justo cuando íbamos a salir y como no quería hacerle un feo a tu marido me ha dejado venir sola. No sabes cuánto me alegro de no tener que aguantarle en todo un día.

—¡Vaya! Vienes ya de buen humor. No te pasarás el día insultando a tu marido, ¿verdad?

—Pues no, hoy voy a olvidarme de él y así podré disfrutar de este día.

—Eso está muy bien —le dijo Jorge—. Eres la primera en llegar.

—¿Por qué no nos sentamos mientras vienen los demás? —propuso Ana cogiendo a Susan del brazo y acompañándola a los sofás del porche.

—Creo que José va a alegrarse mucho de verte.

Jorge se rio al ver el rostro de sorpresa de Susan.

—¿El teniente Serra… va a venir? —La voz le temblaba y empezó a ponerse colorada por la impresión.

—Sí, ¿no lo sabías? —le preguntó Mónica.

Susan negó con la cabeza mientras se retorcía las manos por los nervios. Solo de pensar que iba a volver a verlo el corazón le latía con fuerza.

Mónica no dejaba de mirar a Jorge, y por su cara de satisfacción supo que ese encuentro inesperado entre José y Susan no tenía nada de fortuito, más bien era programado.

Cuando el carruaje de los Serra apareció en la entrada de la casa, Susan creyó que iba a desmayarse. Todos se levantaron para recibir a los recién llegados.

—¡Hola! —les gritó Estela antes de bajar del coche.

Estaba feliz y radiante, y por un instante Mónica sintió envidia de su amiga, pero se alegraba mucho de verla así. Todos se saludaron, se besaron y enseguida todas las miradas se centraron en Susan y José. José había saludado a todos excepto a Susan, ya que la había dejado para el final. Clavando su mirada en ella se acercó y cogió su mano llevándosela a los labios.

—Siempre es un placer volver a verte, Susan.

—El placer… es mío, teniente Serra —habló con un hilo de voz y la respiración cortada.

—José, por favor, llámame José.

Todos los ojos estaban clavados en ellos hasta que Sergio comentó:

—Si no hubiera traído a mi mujer a veros no sé qué le habría pasado, ya no podía esperar un segundo más para contároslo.

—¿Y a qué se deben tantas prisas?, ¿ha pasado algo? —preguntó Mónica.

—Sí, y no quería que lo supierais por otras personas, os lo quería decir yo personalmente. Y también estoy encantada de ver a Susan aquí. Cuando me dijo mi cuñado mientras veníamos que tú también estarías, la alegría se multiplicó por dos. Poder compartir este momento con mis dos mejores amigas es increíble.

—¡Está bien, pero ¿qué es?! —preguntó Susan gritando por la emoción que veía en su amiga.

—Sí, suéltalo ya, me muero de impaciencia —insistió Mónica.

—¡Estoy embarazada, voy a tener un bebé!

Mónica y Susan gritaron al mismo tiempo y abrazaron a su amiga dándole un beso.

—Me alegro mucho por ti, y por ti también, Sergio —dijo Susan.

—Es maravilloso, me alegro mucho por los dos —les dijo Mónica.

Jorge y su madre también les dieron la enhorabuena.

—¿Y vosotros qué? Tenéis que daros prisa, nuestros hijos tienen que ser los mejores amigos, como sus madres —sonrió Estela.

Jorge pasó el brazo por los hombros de Mónica y le dio un beso en la frente.

—Nosotros preferimos esperar un poco. Quiero disfrutar de mi mujer antes de que le salga una barriga tan grande que me impida acercarme a ella. —Todos empezaron a reírse, Jorge aprovechó la ocasión y la cogió del mentón para darle un beso en los labios—. ¿Verdad, querida?

Su voz era melosa y Mónica se puso colorada, pero le sonrió y le dijo con mucha dulzura:

—Para, cariño, delante de los invitados no.

Mónica pensó que al decirle eso él se mantendría alejado, pero fue todo lo contrario, porque la cogió de la cintura añadiendo:

—No creo que los invitados se asusten porque bese a mi esposa.

Al decir eso cogió su cara entre sus manos y empezó a besarla con mucha pasión, obligándola a abrir la boca y a recibir sus caricias. Su lengua era suave y se movía con mucha habilidad dentro de su boca, estremeciéndola de placer. Por más que quisiera alejarse de él no podía, de lo contrario no podría invitarles otra vez. Así que, sin poder evitarlo, se entregó a ese beso que más que desagradarle la envolvió en una sensación extraña, tan extraña que ni siquiera ella sabía lo que estaba sintiendo. Era algo nuevo, algo que nunca imaginó poder sentir entre los brazos de su marido: deseo.

—Vaya, parece que aún os dura la luna de miel —bromeó José.

Cuando Jorge escuchó las palabras de su amigo dejó de besarla.

Ella seguía aturdida por esas sensaciones nuevas que no conocía, él le sonrió diciéndole bajito:

—Si eres capaz de besarme así delante de tus amigos, voy a tener que invitarles todos los días.

Mónica volvió a sonrojarse.

—¿Por qué no dejáis las carantoñas para cuando estéis solos? —les reprendió su madre.

—Tienes razón, mamá, pero sabes que no puedo controlarme cuando tengo a mi mujer tan cerca. ¿Verdad, querida? —Jorge soltó a Mónica y se acercó a su amigo y a Sergio preguntándoles—: ¿Os apetece un coñac? Vayamos a la biblioteca y así las mujeres podrán hablar de sus cosas.

—Adelantaos vosotros dos, quiero hablar con Susan a solas. Y no os bebáis todo el coñac, volveré.

—Está bien.

Jorge y Sergio se encaminaron hacia el despacho y las mujeres se quedaron en el porche.

José se acercó a Susan y cogiéndola de la mano la hizo levantarse, sin darle la más mínima posibilidad de rechazo.

—Acompáñame, necesito hablar contigo. Os la devolveré en unos minutos —les comunicó con una sonrisa, dejando a todas asombradas por su atrevimiento.

—Pero… yo, no… no sé si esto es una buena idea.

José tiraba de ella mientras la llevaba a los jardines detrás de la casa.

—Susan…

—Teniente Serra… yo… yo, debería irme a casa. Si mi marido llegara y me viera con usted…

—Tu marido no va a venir.

—¿Por qué está tan seguro? Si termina pronto el compromiso que tiene volverá, y si nos viera aquí me mataría.

—Mi padre lo va a tener todo el día ocupado.

—¿Su padre?

—Sí. Está haciéndonos un pequeño favor.

—¿Su padre sabe que usted y yo…? ¡Dios mío, qué vergüenza! Si esto llegara a saberlo mi marido…

—¿Confías en tus amigas?

—Sí. Pondría mi vida en sus manos.

—Bien, porque a mí me pasa lo mismo con Jorge, con mi hermano, y en especial con mi padre. No debes preocuparte, tu marido no va a enterarse de nada. Y te juro que nunca dejaría que tu marido te hiciera daño, antes tendría que pasar por encima de mi

cadáver.

—Él me hace daño todas las noches, y eso es algo que ni usted ni nadie puede evitar —le confesó con mucha tristeza—. Por eso es mejor que se aleje de mí.

—No hablemos de eso porque no quiero ponerme de mal humor, y solo de pensar en eso me hierve la sangre. Necesito saber una cosa.

—¿Qué?

—¿Te gusto?

Susan lo miró fijamente y al final confesó:

—Sí, pero…

—Vaya, menos mal, creí que me rechazabas porque soy feo.

Susan empezó a reírse a carcajadas.

—¿De verdad cree que podría encontrarle feo con el marido que tengo?

Esta vez fue él el que se rio.

—Será mejor que dejemos las bromas a un lado.

Estaban paseando por los jardines y se pararon debajo de un árbol para resguardarse del sol que quemaba a esas horas del mediodía. Susan se apoyó en el tronco mirándole pensativa y le preguntó:

—¿Qué quiere usted de mí, teniente?

—En primer lugar, que me llames José y que me tutees. Después, conocerte más a fondo.

—¿Por qué no dice que lo que quiere en realidad es llevarme a su lecho, como hace con todas?

Mientras hablaba estaba sonrojada pues el tema la escandalizaba, y no era capaz de mirarlo a la cara por la vergüenza que sentía. José podía darse cuenta de lo mucho que le incomodaba esa conversación y se acercó a ella atrapándola entre el tronco y su cuerpo. Estaban tan pegados que podía sentir cómo temblaba por su cercanía. Ella seguía con la mirada baja, fija en el cuello de su camisa.

—Mírame, Susan.

—No.

—¿Por qué no quieres mirarme?

—Porque si lo hago, no podré seguir diciéndole lo que tiene que saber de mí.

—¿Y qué tengo que saber de ti?

—¿Usted ha dicho que quería conocerme más a fondo?

—Sí.

—Y yo sé que no le va a gustar lo que encuentre. Así que será

mejor que se vaya y busque a otra muchacha para entretenerse, yo nunca podría darle lo que quiere.

—¿Por qué dices eso? Me gusta todo lo que veo en ti, y demasiado diría yo.

—Usted quiere acostarse conmigo, ¿no es cierto?

Al hacerle esa pregunta levantó la mirada y le miró a los ojos esperando su respuesta.

—Sí, pero…

—No, no hay peros. Yo no voy a acostarme con usted. Ni con usted ni con nadie. Bastante tengo con aguantar a mi marido todas las noches como para tener que soportar a otro hombre. —Sus ojos estaban llenándose de lágrimas que empezaron a rodar por sus mejillas—. Estoy harta, ¿lo sabe? Harta de aguantar todas las noches ese cuerpo encima de mí, de soportar ese dolor desagradable y nauseabundo. Porque eso es lo único que siento cuando hago el amor, dolor y náuseas. Y ya sé, ya sé que es culpa mía, por eso no quiero estar con nadie más. ¿Lo entiende? Ahora, por favor… si-si me dejara marchar se lo agradecería.

No dejaba de llorar y José estaba tan sorprendido por todo lo que había escuchado que le costó reaccionar. Cuando lo hizo la abrazó con fuerza intentando tranquilizarla y asimilando todo lo que ella acababa de confesarle.

—¡Ssshhh! No llores, por favor, tú no tienes la culpa de nada.

—Sí, es culpa mía... Soy-soy frígida.

No dejaba de llorar y José sentía una impotencia muy grande, y una ira hacia Alberto Sandoval incontrolable.

—¿Frígida? ¿Por qué dices eso?

—Eso es lo que dice mi marido todas las noches. Que-que si no disfruto y me duele es por mi culpa, porque soy frígida. ¡Y yo-yo ni siquiera sé lo que significa eso!

Volvió a llorar y él la abrazó más fuerte sintiendo unas ganas locas de ir a matar a ese malnacido.

Se quedaron un rato en silencio, él abrazándola y ella desahogándose por primera vez desde que sus padres la vendieran a ese hombre que tanto odiaba. Cuando consiguió calmarse, José le cogió la cara entre sus manos, secó sus lágrimas y dijo muy serio:

—Tu marido es un hijo de perra que se ha aprovechado de tu inexperiencia para hacerte creer que tú eres la única culpable de no disfrutar con él en el lecho. Y la única verdad es que él es un cerdo egoísta que lo único que hace es desahogarse cada noche contigo sin importarle lo que tú sientas. Por eso solo sientes dolor, y el dolor te produce náuseas.

—¿Quieres decir que no es culpa mía? ¿Que no soy frígida?

José le sonrió con ternura e hizo un gesto de negación con la cabeza.

—No existen mujeres frígidas, cariño, sino hombres que no saben amar.

—Si estás diciéndome todo esto para conseguir que me vaya al lecho contigo…

Él volvió a sonreír y le puso un dedo en la boca para hacerla callar. Entonces, le preguntó con una mirada muy intensa que le hizo palpitar el corazón:

—¿Quieres salir de dudas?

—¿Cómo?

—Solo hay una manera, cariño.

—¿Cuál?

—¿Qué sientes cuando tu marido te besa?

—Asco… Náuseas.

—Bien. Pues lo único que se me ocurre es besarte, y si sientes asco o náuseas no volveré a tocarte. Después de eso, todo dependerá de ti y de lo que tú quieras.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados pensativa, y a él el corazón le latió nervioso y a cien por hora, solo imaginando que ella pudiera rechazarlo. Nunca había deseado tanto a una mujer como la deseaba a ella en ese instante, y nunca había tenido tanto miedo a un rechazo.

—Si no me gusta, ¿pararás, pararás enseguida, no me obligarás…?

—Sí, te lo prometo, y te juro que nunca voy a obligarte a hacer nada que no quieras.

—Está bien, puedes besarme.

Él acercó sus labios a los de ella, nervioso por primera vez en su vida al besar a una mujer, ya que con ese beso se lo jugaba todo: que ella quisiera más o que no quisiera volver a verlo. Entonces decidió no pensar en nada y dejarse llevar por su experiencia y por el deseo tan grande que sentía por ella.

Susan temblaba por el miedo que sentía. Temía que todo lo que José le había dicho fuera mentira y no poder sentir nada más que asco o náuseas cuando sus labios se posaran en los de ella. Pero se sorprendió cuando el roce de los labios de José en los suyos, lejos de provocarle náuseas, provocó en ella una placentera sensación.

Sus pequeños besos suaves y cálidos le resultaban muy agradables, tanto que no quería que cesaran. Inmediatamente dejó de temblar y sus brazos dejaron de estar colgando uno a cada lado

de su cuerpo para subir por su pecho en una suave caricia y terminar enroscándose en su cuello.

José solo necesitaba ese gesto de ella para meterse de lleno en esa pasión que lo quemaba por dentro, así que se apoderó de su boca, abriéndola y penetrando con su lengua en busca de la suya con pasión. La sedujo con cada caricia, avivando en ella un deseo que nunca creyó poder sentir y que la llevó a responderle con la misma intensidad con la que él le devoraba la boca. Sus lenguas danzaban a un ritmo infernal abrasándolos por dentro, mientras sus brazos la apretaban en un fuerte abrazo, envolviéndola en una calidez embriagadora que le hacía perder la cabeza.

Cuando por fin fue capaz de apartarse de ella y contemplar su cara, una sensación de satisfacción embargó todo su ser. ¡Sííí! Estaba complacida por sus besos, más que complacida. Sus labios estaban hinchados y colorados por la batalla de besos que acababan de repartirse mutuamente, y sus ojos seguían cerrados, como si aún estuviera extasiada por el deseo.

—Susan —dijo suavemente devolviéndola a la realidad. Ella abrió los ojos para mirarlo, turbada aún por lo que había pasado—. ¿Quieres que vuelva a besarte?

—Sí, por favor, lo único que quiero es que me beses durante el resto de mi vida.

José le sonrió y volvió a extasiarla con sus besos, hasta que él mismo tuvo que poner el freno porque de lo contrario la tumbaría en el césped y le haría el amor allí mismo sin importarle nada. Nada más que ella y esa pasión que lo estaba volviendo loco.

—¡Oh, Susan! Si tu eres frígida, yo soy papá Noel. —Susan empezó a reírse y a besarle por toda la cara, cogiéndole la cara con sus manos—. Para, para, por favor. Porque si no voy a subirte a una alcoba para seguir demostrándote lo poco frígida que eres y para que por fin sepas lo que es estar con un hombre de verdad. Con un hombre que quiere disfrutar de ti. Con un hombre que lo único que desea es verte gozar, volverte loca de placer y hacerte feliz. ¡Diiiooos! Dentro de dos días voy a volver al cuartel y se me va a hacer eterno hasta que podamos volver a encontrarnos.

Susan sintió una emoción muy grande al oírle decir eso, y no pudo evitar el deseo de complacerle.

—A mí también se me va a hacer eterno. ¿Me dolerá?

—No, cariño. Si te han gustado mis besos, aún te gustará mucho más que te haga el amor.

—Entonces quiero hacerlo, quiero estar contigo.

—¿Estás segura?

—Nunca he estado más segura de nada en toda mi vida. Quiero saber qué se siente, quiero saber por qué Estela es tan feliz.

Sin poder esperar ni un segundo más la cogió de la mano y entraron en la casa por la puerta de atrás. Abrió la puerta de la biblioteca y asomó la cabeza llamando a Jorge, que salió y los miró sonriendo.

—¿Qué ocurre?

—Necesito una habitación, y que retrases la comida una hora más o menos. —Susan sintió tanta vergüenza que se escondió detrás de José—. Tranquila, puedes confiar en él.

—No te preocupes, soy una tumba. Subid las escaleras, la tercera a la derecha es mi habitación. Echad el pestillo y nadie os molestará. Y no tengáis prisa, la comida tardará aún un poco.

—Gracias. Te debo una.

Cuando llegaron a la habitación, Susan le dijo:

—Creía que me iba a morir de vergüenza con Jorge, aún estoy temblando por los nervios.

—Ven aquí, yo te relajaré.

Susan se acercó a él un poco avergonzada. Él la abrazó y empezó a besarla. Besos apasionados, largos, lentos, profundos, mientras la desnudaba y se desnudaba al mismo tiempo. Cuando ella se percató de lo que estaba sucediendo se descubrió a sí misma prácticamente sin nada, tan solo tenía el corsé puesto, pero desabrochado. Todo lo demás había desaparecido sin darse cuenta, tal era el deseo que él despertaba en ella. José, que la envolvía en su cálido y fornido abrazo, estaba completamente desnudo. Sus cuerpos se rozaban y Susan, agitada por la pasión, tan solo atinó a decir:

—José… necesitamos unos camisones.

A José le entró la risa, preguntándole con una voz plena de deseo:

—¿No crees que es demasiado tarde para eso?

—Pero…

—¡Ssshhh! No quiero camisones, no quiero ningún obstáculo entre tú y yo. —Nada más decir eso tiró del corsé dejándola completamente desnuda ante él. La contempló, sonrió y con picardía le dijo—: Eres preciosa, ¿lo sabías? Y no hay nada que me guste más que contemplarte así, desnuda para mí.

La vergüenza la hizo acercarse a él y abrazarle, él le devolvió el abrazo y empezó a besarla de nuevo. La cogió en brazos y la llevó hasta la cama donde la tumbó con cuidado. Se tumbó a su lado sin dejar de besarla, mientras sus manos recorrían suavemente su cuerpo estremeciéndola con cada caricia.

Sus labios se deslizaron lentamente por su cuello hasta llegar a sus pechos, que estaban hinchados y erectos por las caricias que él acababa de proporcionarles. Su boca los succionaba haciéndola gemir de placer mientras sus dedos la torturaban en la parte más sensible de su cuerpo, preparándola para poder recibirlo con deseo, sin dolor, tal y como le había prometido. En el mismo instante en que su cuerpo empezó a temblar por no poder soportar más esa deliciosa tortura, abrió sus piernas y se colocó entre ellas.

Cuando Susan lo sintió encima abrió los ojos y lo miró. Contemplarlo le resultaba excitante, estaba tan bien proporcionado, todo su cuerpo estaba tenso y musculoso, y era digno de ver. No podía compararse con el trozo de grasa enorme y desagradable que era su marido. Cada vez que tenía encima a Alberto cerraba los ojos y rezaba para que terminara pronto y no la aplastara con su gigantesca barriga, y siempre daba gracias a Dios de que entre ellos estuvieran los camisones, porque por lo menos hacían de barrera y evitaban el contacto directo con él y ese sudor que siempre desprendía por el exceso de grasa corporal que tenía. Todo en él era nauseabundo y desagradable

Con José era todo tan distinto, tan bonito. Le gustaban su cuerpo y su contacto, y sentía ganas de perderse en su perfección. Sin poder reprimirse, acarició su pecho y sus brazos musculosos suavemente estremeciéndolo con sus caricias.

Justo en ese momento él la penetró suavemente, pues quería estar seguro de que Susan lo recibiera con deseo. Inmediatamente sintió las manos de ella bajando por su espalda en una caricia hasta llegar a sus nalgas, donde lo empujaron hacia ella exigiéndole más placer, ya que sentirlo dentro fue la experiencia más maravillosa e inesperada que había tenido en toda su vida.

José le preguntó antes de continuar, sabiendo que si lo hacía jamás podría parar:

—¿Estás bien? ¿Quieres que siga?

—Sííí, por favor… No pares.

—No podría aunque quisiera, cariño —susurró sonriendo.

Complacido ante la entrega de ella, volvió a besarla con pasión y empezó a aumentar el ritmo, a perderse en ese deseo, hasta llegar los dos juntos a la cima del placer. Su éxtasis fue mucho más intenso al oírla a ella gemir y gritar su nombre por el placer tan grande que él le estaba proporcionado.

Siempre le había gustado que las mujeres gozaran en sus brazos. Pero esta vez era distinto, necesitaba saber que Susan estaba disfrutando, le importaba más que su propio disfrute, y oírla gritar

y gemir le hacía feliz. Al terminar se quedaron abrazados, agotados y extasiados, sin poder decir ni una sola palabra. Él la besaba de vez en cuando, pero ella no podía mover un solo músculo.

Cuando consiguió recuperarse, emocionada por lo amada que se había sentido entre sus brazos, le dijo algo que nunca creyó poder experimentar antes de conocerlo.

—Te amo.

Él volvió a besarla.

—Yo también te amo. ¿Te ha dolido?

—No. Ha sido lo más maravilloso que me ha pasado en la vida.

—Para mí también ha sido maravilloso. Eres preciosa —la besó —, maravillosa —volvió a besarla—, e increíblemente apasionada. —Esta vez su beso fue largo y ardiente—. Por eso no puedo entender cómo el estúpido de tu marido no te valora. Si fueras mi mujer te haría el amor todas las noches y me aseguraría de tenerte muy satisfecha para que no te fijaras en otro hombre. —Susan se rio.

—Si fueras mi marido sería la mujer más dichosa del mundo y jamás podría fijarme en otro hombre, porque tú serías el único. El único que querría que me besara —lo besó con una sonrisa en los labios—, el único que querría que me tocara —volvió a besarlo, y esta vez fue él el que sonrió al ver cómo ella le devolvía las caricias que él le había dado—, y el único con el que querría hacer el amor durante el resto de mi vida.

—¡Vaya! Parece que lo he hecho bien —bromeó haciéndola reír de nuevo—. Tenía miedo de decepcionarte y que no te gustara.

—No te creo.

—Bueno, no, sabía que te gustaría. Más bien estaba seguro de que cuando te hiciera el amor te haría cambiar de opinión, y que ya no te resultaría algo doloroso y nauseabundo, ¿a qué no?

—No contigo. Pero te puedo asegurar que cuando mi marido vuelva a hacerme el amor volveré a sentir dolor y náuseas, porque eso es lo único que él consigue hacerme sentir. Y después de estar contigo no sé si podré soportar que él me toque.

—¡Ssshhh! No pienses en eso. Encontraré la manera de poder estar juntos, te lo juro. Tarde o temprano, serás solo mía.

—Pues espero que puedas encontrar una solución pronto, porque muchas veces me pregunto cuánto más podré seguir soportándolo.

—Escúchame bien —dijo muy serio levantándole el mentón para obligarla a mirarle—. Vas a tener que soportarlo, porque yo no te voy a permitir que abandones. Cuando creas que no puedes

aguantarlo más piensa en mí y en que pronto serás solo mía.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. —Su beso fue tan apasionado y posesivo que no necesitó más explicaciones. Ese beso la hizo sentirse segura, única e increíblemente fuerte—. Te amo, Susan, y quiero que sepas que es la primera vez que le digo esto a una mujer.

—Yo también te amo, y voy a esperar y a soportar por ti todo lo que haga falta. Si el resultado final es estar contigo, valdrá la pena.

—Te puedo asegurar que valdrá la pena. Porque cuando estés conmigo te haré olvidar todo lo malo que has pasado antes de mí.

—Te creo. Porque cuando me besas me olvido de mi marido y de todo el mundo, y solo me importas tú.

—Bien, entonces volvamos a olvidarnos de todo el mundo, este momento es nuestro. Solos tú y yo, cariño.

Volvió a besarla hasta dejarla sin respiración, y cuando consiguió respirar le dijo con un hilo de voz:

—José, es tarde. ¿Qué vamos a decir cuando nos pregunten? Estamos tardando mucho en volver.

—No pienses en eso ahora, ya se me ocurrirá algo cuando llegue el momento.

—Tenemos que irnos.

—Aún no.

—Pero…

José le puso el dedo en la boca para hacerla callar, diciéndole muy serio con la voz cortada por el deseo que crecía nuevamente en él:

—Aún no.

Otra vez la besó y le hizo el amor hasta que gimió y gritó de deseo nuevamente, quedando extasiados una vez más, pero sumamente complacidos.



# XXVII

## Nube Blanca

Tula les trajo una limonada, mientras Mónica y Estela veían alejarse a Susan y José por detrás de la casa.

—Yo preocupada por ti y resulta que todo parece ir bien entre vosotros.

Mónica miró a Ana, dándole a entender con la mirada que necesitaba estar a solas con Estela.

—Será mejor que vaya a ver qué hace Tula en la cocina.

Ana se disculpó y se marchó. Sabía que su nuera necesitaba hablar y desahogarse con su amiga. Cuando se quedaron solas, Estela insistió.

—No puedes negarlo, ese beso ha sido increíble, ni siquiera Sergio me besa así delante de la gente. Te dije que sería muy cariñoso y no me creíste.

—Eso solo ha sido teatro, y porque estáis vosotros. Normalmente es un bruto y un animal.

—No seas exagerada, alguien que te besa así no puede ser un bruto. ¿Y cómo es por las noches?

—No seas loca, no voy…

—¡Aaah, no! Yo te conté lo mío, así que ahora te toca a ti. ¿Es tan cariñoso como parecía hace un momento?

—No lo sé, pero seguro que no. O por lo menos no conmigo.

—¡No puedo creerlo! ¿Aún no…?

—¡¡Chiiisss!! Cállate. Si se entera de que te lo estoy contando me matará.

—No te preocupes, seré una tumba. Pero ¿qué ocurre? Tú pensabas que lo único que él quería era hacerte daño, y ahora resulta que es capaz de respetarte. Porque no creo que sea él el que no quiera...

—No, no es eso, es que yo no le he dejado. Antes prefiero estar muerta. —Estela empezó a reírse—. ¿Por qué te ríes?

—Porque si fuera ese hombre cruel y despiadado que solo quiere hacerte daño, por mucho que tú no le hubieras dejado, él te habría obligado. ¿O no recuerdas lo que nos contaron Susan y Flora de sus maridos? Lo poco que les importó a ellos sus deseos en la noche de bodas. Aunque no quieras reconocerlo por cómo fueron las cosas entre Jorge y tú, nosotras somos unas privilegiadas porque nuestros maridos son capaces de esperar y respetarnos hasta que estemos preparadas.

—¡Tú tienes suerte! Sergio te quiere y por eso esperó. Yo sé que Jorge explotará en cualquier momento y ya no podré frenarle. No creo que pueda perdonarle algún día todo lo que me ha hecho.

Mónica le contó todo lo que pasó con su padre la noche de bodas. Estela, muy sorprendida, exclamó:

—¡Dios mío!

—¿Ves cómo ya no te parece tan bueno?

—Me has dejado atónita. Al final tenías razón y solo quería vengarse de tu padre. Si quieres que te diga la verdad no deja de tener sus motivos, lo que pasó fue horrible, y por lo que me acabas de contar, si su cara impresiona la primera vez que la ves, no puedo ni imaginarme cómo será ver su espalda.

—No pude vérsela muy bien porque estaba lejos y él se tapó enseguida. No le gusta que lo miren. Pero lo poco que vi me impresionó bastante, y ya sabes que yo no me impresiono fácilmente.

—¿Pues sabes una cosa? Que después de todo lo que me has contado, aún me parece más sorprendente y comprensivo que antes. Si su plan era hacerte daño a ti para vengarse de tu padre, y lo único que hizo fue hacerle creer que te había ultrajado, ya puedes estarle agradecida. Porque a otro en su lugar le hubiera importado bien poco que saltaras por esa ventana, lo máximo que te hubieras

hecho sería romperte una pierna. ¿Sabes? Yo sigo pensando que ese hombre siente algo bastante profundo por ti, lo veo en sus ojos cuando te mira.

—Déjate de tonterías románticas, yo ya no creo en nada de eso. Y, por cierto, ¿dónde estarán Susan y tu cuñado? Están tardando mucho, ¿no?

—Sí. Hace más de una hora que se fueron. Esta chica acabará metiéndose en un lío.

—Déjala. Total, más infeliz de lo que es ya no puede ser. Me da tanta pena.

—¡Hola!

Susan entró al porche acompañada de José. Los dos lucían una sonrisa radiante.

—Siento mucho haberos robado a vuestra amiga, pero aquí os la devuelvo sana y salva. La culpa es toda mía. Ya me conoces, cuñada, y cuando me pongo a hablar se me va el santo al cielo. ¿Los hombres siguen en la biblioteca?

—Sí —contestó Mónica.

—Entonces voy a reunirme con ellos.

Hizo una pequeña reverencia a las mujeres y mirando a Susan le guiñó un ojo, ella le dedicó su mejor sonrisa.

—Bueno, ¿de qué hablabais?

—Del lío en el que te vas a meter si tu marido se entera de todo lo que está pasando.

—Por favor, Estela, no me riñas. Me siento demasiado feliz en estos momentos, y no me importa si mi marido se entera o no.

—No puedo creerlo, ¿José y tú habéis…? —Mónica estaba atónita.

—Sí. Y ahora entiendo por qué Estela es tan feliz, yo misma me siento así en este instante. Creo que todos los Serra son increíbles. Estoy enamorada, y antes prefiero estar muerta que dejar de estar con él. Así que os pido por favor que no me critiquéis y que me apoyéis en esto. Os necesito.

—Está bien, está bien, tendrás todo mi apoyo. Pero sabes quién es mi cuñado, ¿verdad? Sabes que mañana puede estar metiéndose debajo de las faldas de otra.

—No le digas eso. ¿No ves la cara de felicidad que tiene y esa sonrisa? Hace mucho que no sonríe así, solo por eso vale la pena.

—Gracias, os quiero. —Se dieron un abrazo y se echaron a reír.

—Tienes razón, los Serra son increíblemente cariñosos. Hasta mi suegro se pasa el día entero besando a mi suegra y diciéndole lo bonita que está. Así que mi suegra está como tú en estos momentos,

siempre con una sonrisa en la boca. Y he de reconocer que a mí me pasa lo mismo con Sergio. —Volvieron otra vez a reír con el comentario de Estela.

—La comida está lista y los hombres nos están esperando —les anunció Ana saliendo al porche.

***

Se sentaron todos a la mesa y, mientras comían, José y Susan no dejaban de dedicarse miradas furtivas. Mónica no podía dejar de observarlos y le parecía increíble el cambio en Susan. Se preguntaba si de verdad cuando dos personas se querían, compartir el lecho pudiera resultar tan agradable como decía Estela, puesto que tanto ella como Susan parecían felices. Una por estar casada con un hombre maravilloso, y la otra por haber compartido con José un rato el lecho hacía apenas unos minutos.

En ese momento su mirada voló hasta posarse en su marido. No podía dejar de preguntarse cómo sería estar con él, cómo sería compartir el lecho con él, hacer el amor con él. Pero de repente esos pensamientos se esfumaron y fueron sustituidos por un escalofrío de terror al ver esos ojos grises y fríos como el acero mirándola fijamente. En ese mismo instante se dio cuenta de su estupidez, ya que con él las cosas solo podían ser de una manera: frías y dolorosas. Tanto a José como a Sergio se les veía cariñosos, y parecían sentir algo fuerte y profundo por Susan y Estela. Sin embargo, Jorge no tenía sentimientos, eso ya se lo había demostrado varias veces.

Después de comer salieron al porche a tomar café y Jorge aprovechó el momento para obligar a Mónica a sentarse a su lado en el sillón, sabiendo que ella no lo rechazaría delante de los invitados. Cuando la tuvo a su lado le pasó el brazo por los hombros y la acercó a él recostándose en el respaldo del sofá, mientras con la otra mano acariciaba la de Mónica y jugueteaba con sus dedos. Ella se sentía muy incómoda con esa situación, pero no se atrevía a moverse de su lado mientras él hablaba con José.

—Bueno, ¿cuándo piensas volver al cuartel? Creo que tus vacaciones han sido muy largas, y te echamos de menos.

—Ahora estoy de luna de miel. Apenas hace una semana que me he casado y no me apetece separarme de mi preciosa esposa. —Levantó la cara de Mónica y la miró a los ojos de una forma tan intensa que la hizo estremecer, para después besarla en los labios una y otra vez preguntándole—: ¿Verdad que no quieres que me

vaya, querida?

Mónica, sin poder quitar la mirada de sus ojos como si estuviera hipnotizada, le respondió:

—No.

Jorge la besó otra vez con la misma pasión que antes y ella volvió a notar esa sensación tan extraña, pero tan agradable al mismo tiempo.

—¿Ves?, mi esposa me necesita y de momento quiero disfrutar de su compañía.

—Si quieres que te diga la verdad, ahora mismo a mí tampoco me apetece volver al cuartel. —Mientras decía eso no dejaba de mirar a Susan, que le sonreía.

Pasaron una tarde entretenida hablando y riendo todos juntos, y cuando se fueron Mónica y Jorge quedaron para devolverles la visita.

***

Después de cenar Mónica dio las buenas noches y subió a su habitación, pero antes de que entrara y cerrara la puerta Jorge la llamó.

—¿Qué quiere? Estoy cansada y tengo sueño.

—Quería darte las buenas noches.

—Ya me las ha dado.

Se acercó a ella, rodeó su cintura con los brazos y le dijo con una voz muy sensual:

—No era así como deseaba darte las buenas noches.

—Déjeme, por favor… —Intentó detenerlo sin resultado, ya que Jorge no pudo resistir la tentación y empezó a besarla con pasión, despertando en ella esa sensación extraña y electrizante que invadió todo su ser.

—Mónica, déjame entrar, por favor. Déjame estar contigo, déjame hacerte el amor. Pídeme lo que quieras, pero déjame entrar en tu alcoba.

Le daba miedo estar con él, pero no podía moverse, así que tenía que hacer algo para que él se alejara.

—Quiero ver a mi padre —susurró casi sin aliento.

Él se quedó paralizado, la soltó de golpe y dio un puñetazo en la puerta cerca de su cara que la hizo brincar por el susto. Enseguida le advirtió muy enfadado cogiéndola del mentón con una mirada fría como el acero:

—Llegará un día en el que no va a importarme lo que digas o

hagas y serás mía quieras o no. Y te juro que va a ser tan desagradable que no lo vas a olvidar nunca.

Jorge se fue maldiciendo, y ella se metió en su habitación asustada. Aún estaba temblando cuando llegó Tula para ayudarla a desvestirse.

—¿Qué le pasa, mi niña? Está temblando.

—Tú también temblarías si tuvieras un marido como el mío. —Tula se rio—. No te rías, no tiene gracia.

—Cualquier muchacha daría lo que fuera por tener un marido como el suyo. Hace más de una semana que están casados y todavía no le permite entrar en su alcoba. Eso es esperar mucho para un hombre.

—¿Tú cómo sabes que…?

—Yo soy la única que le cambia las sábanas, me habría dado cuenta. Su marido es un bendito, y todos los esclavos de esta plantación le adoran. Y por fin los que vivimos en esta casa podemos comer tranquilamente sin tener remordimientos.

—¿A qué te refieres? ¿De qué estás hablando?

—Usted debe ser la única en esta plantación que no sabe de qué estoy hablando.

—Y vas a contármelo, o te lo voy a tener que sacar a la fuerza.

—Hace unos días su marido dio la orden para que todos los negros tuvieran sus cuatro raciones de comida al día. Mandó llamar al médico para que revisara a todos los que estaban enfermos y los medicara, en especial a los niños, e hizo que todos fuéramos a limpiar y desinfectar las chabolas. En solo una semana, su marido ha hecho más por mi gente que todas las generaciones Salazar que han gobernado estas tierras. Les ha devuelto la ilusión y las ganas de vivir, y los niños empiezan a jugar y a sonreír de nuevo. Por eso no entiendo cómo usted no es capaz de ver al hombre bueno y generoso que se esconde detrás de esa cicatriz.

—No seas injusta, Tula, no son sus cicatrices lo que me alejan de él. Y ahora márchate, quiero estar sola.

Se metió en la cama, pero no podía dejar de pensar en lo que le había dicho Tula. Le parecía imposible que él hubiera hecho todo eso cuando a ella le había dicho que no movería un solo dedo si no sucumbía a sus deseos. Pero sabía por qué no le había dicho nada, para ver si ella acababa cediendo a sus caprichos, y ahora se alegraba de no haberlo hecho porque estuvo tentada de ir a su alcoba esa misma noche para que ayudara a los esclavos, pero el miedo la hizo cambiar de opinión.

Aunque lo que más le dolía era que él fuera capaz de ser amable

y generoso con cualquiera menos con ella. A él le preocupaba el bienestar de todos esos negros que ni siquiera conocía, pero no le importaba cómo se sentía ella, que era lo que necesitaba.

Se estaba muriendo de angustia por no saber nada de su padre, pero eso a él no le importaba, y con eso lo único que conseguía era que lo odiara cada día con más fuerza. Por esa misma razón no podía ver que Jorge Mendoza no era el monstruo que parecía ser, y por más que él la besara haciendo que se sintiera bien en sus brazos y le suplicara que fuera suya en vez de obligarla, Mónica nunca podría entregarse a él. No, mientras su padre estuviera lejos de ella.

***

Jorge estaba en su habitación tumbado en la cama sin poder dormir como casi todas las noches, sin poder dejar de pensar en ella y muriéndose de rabia por no poder estar con ella. A veces pensaba que acabaría volviéndose loco, pues el deseo que sentía por Mónica crecía cada noche con más fuerza y le quemaba las entrañas.

Quería creer lo que su madre le decía, pero estaba seguro de que ella jamás sentiría nada por él, y más después de verle la espalda. Sabía que después de eso lo único que ella podía sentir por él era asco y repulsión, igual que Irene. Incluso el odio por todo lo que le había hecho a su padre solo era una excusa para no tener que acercarse a él, y mucho menos dejar que él la tocara.

Como cada noche, acabó durmiéndose cada vez más frustrado, más furioso y más enfadado con ella, sabiendo que ella nunca se entregaría a él por propia voluntad.



# XXVIII

## NUBE BLANCA

Cuando se despertó aún estaba enfadada y decidió no bajar a desayunar, pues no quería verlo. Le alegraba saber que los negros estaban bien, pero le molestaba que no le hubiera dicho que había dado orden de alimentar a los esclavos para hacer que ella se sintiera mal y acabara entregándose a él.

A la hora de la comida sentía un dolor de cabeza muy grande y tampoco bajó a comer. Cuando bajó a cenar él la miró muy serio y le gritó:

—¡¡Por fin!! La señora de la casa se ha dignado a bajar y honrarnos con su presencia. ¿O es el hambre más fuerte que tú? ¡Querida! Ya debe serlo para que tengas el valor de sentarte al lado del monstruo de tu marido.

Mónica, de repente, sintió tanta ira por su ataque que se lo devolvió:

—Pues sí, es usted un monstruo que disfruta torturándome, haciéndome creer que los esclavos siguen muriéndose de hambre cuando es mentira. Y solo lo hace para que yo acabe sucumbiendo a sus sucios y bajos deseos. Gracias a Dios que me he enterado antes de caer en sus garras.

—Vamos, no me hagas reír, Mónica. Estoy completamente seguro de que no has pensado en ellos ni un solo instante, y sé que te importa bien poco si comen o dejan de comer. *Yo* fui el estúpido al creer que te importarían. Al fin y al cabo, eres una Salazar, y ya se sabe que de tal palo tal astilla. Igualita que tu padre, sin corazón ni sentimientos.

Mónica sintió tanto dolor al oír esas palabras que le dio una bofetada con todas sus fuerzas y subió corriendo a su habitación llorando.

—Jorge, hijo, no debiste decirle eso, has sido muy cruel.

—¡Ahora no, madre! ¡No estoy para recriminaciones!

Dio un golpe en la mesa, se levantó bruscamente tirando la silla al suelo y se fue a su habitación sin probar bocado. Se sentía tan mal por haberle dicho eso que sabía que nada de lo que comiera podría sentarle bien, pero es que ella le hacía perder los estribos y no podía controlarse. Cada vez le daba más miedo que llegara un momento en que su ira fuera más grande que su razón, que no pudiera reprimirse, y que acabara cometiendo una locura de la cual luego se arrepintiera durante el resto de sus días.



# XXIX

## Nube Blanca

Mónica se despertó peor de lo que se había acostado y queriendo quedarse en esa habitación encerrada el resto de su vida para no tener que volver a verlo. No soportaba que la tratara como a una de sus posesiones, sin poder hacer nada sin su consentimiento, y mucho menos ver a su padre. Así que decidió que ya no iba a esperar más y, puesto que él jamás la dejaría ir a verlo, lo haría sin su consentimiento.

A media mañana se fue a la cocina para hablar con Tula.

—Tula, ¿dónde está tu hijo?

—En la parte de atrás. ¿Quiere que le llame?

—No, ya voy yo. —Moisés estaba dando de comer a las gallinas —. Moisés ven aquí. ¿Has averiguado lo que te pedí?

—Sí, señorita, pero usted no puede ir allí sola.

—¿Por qué no?

—Porque está lleno de maleantes. Podrían robarle o algo peor, y el amo me mataría.

—No te preocupes. Voy a buscar a Arturo, y espero que él sí quiera acompañarme. Ensilla mi caballo y que no te vea nadie. —

Subió a su habitación, cogió algunas joyas y se fue.

Al volver, Moisés le tenía el caballo preparado. Se subió a él y salió con mucho cuidado para que nadie la viera. Mientras iba galopando hacia la plantación de los Robles se sentía libre, como antes de conocer a Jorge y empezar esa pesadilla en la que se había convertido su vida.

**Los valles de Salazar**

Cuando Mónica llegó a casa de Arturo y le pidió que la acompañara, él no dudó un momento y la llevó al campamento de los abandonados, donde Moisés le había dicho que habían visto a su padre por última vez. Allí era donde vivía la gente sin hogar, la gente que no tenía nada ni casa ni familia ni nada de nada. Había una especie de tiendas de campaña hechas con retales y muchos colchones pegados unos a otros, con las pocas pertenencias haciendo de almohada para tenerlas bien vigiladas y que nadie se las robara.

Mónica entró al campamento y todos la miraron de arriba abajo, pero ella se llenó de valor para que nadie se diera cuenta de lo aterrada que estaba de estar en ese lugar tan inmundo, donde todos la miraban con ganas de echársele encima para robarle las joyas que llevaba puestas.

Con lágrimas en los ojos se puso a buscar a su padre, esperando que Moisés estuviera equivocado y no encontrarlo con esa gente. Pero, de repente, se le paró el corazón y se agarró fuerte al brazo de Arturo al ver a su padre acostado en un colchón como un mendigo, con las ropas sucias y rotas.

—Papá, ¿qué haces aquí? Levántate, por Dios, voy a llevarte a casa. —No pudo evitar echarse a llorar cuando su padre le cogió de la mano.

—¿Qué haces aquí? Vuelve a casa con tu marido, este no es lugar para ti.

—¡No! No me voy a ir sin ti, y no me importa lo que diga mi marido. Si quiere echarte de nuevo tendrá que matarme.

—No quiero que te metas en más líos por mi culpa, si estoy aquí es porque me lo merezco, y no voy a ir a ningún sitio. Este es mi castigo. Quiero que te olvides de mí y que seas feliz con tu marido.

—¿Cómo puedes decirme eso? Ese hombre es un monstruo y le odio por hacerte esto. Jamás le voy a perdonar, y jamás voy a ser feliz a su lado. Vamos, papá. Por favor, ven conmigo. —Intentaba levantarlo, pero él no se movía.

—¡No! Llévatela de aquí, Arturo, por favor.

Arturo la levantó del suelo y la sacó a rastras de allí.

—¡¡Déjame!! ¡No quiero irme, no puedo dejarle aquí!

—Tenemos que irnos, Mónica, por favor. Ya has visto a tu padre, ya sabes que está bien. Ahora tenemos que marcharnos. Si tu marido nos encuentra aquí nada podré hacer para que no te lleve con él de nuevo. —Ella lo miró extrañada—. No me mires así, no voy a dejar que vuelvas con él. Si estás en mi casa él no podrá acercarse a ti. Pondré a todos mis hombres para que vigilen la entrada y no tendrás que volver con él.

Cuando se sentaron en el coche Mónica apoyó la cabeza en su hombro sin poder dejar de llorar.

**Los 20 Robles**

Al llegar a casa de los Robles Mónica se limpió las lágrimas y cogió su caballo, que seguía donde lo había dejado en el porche de la entrada.

—¿Qué haces? ¿Dónde crees que vas?

—Tengo que irme, él vendrá a buscarme y no quiero meterte en más problemas.

—No me importa tener problemas con tu marido.

—Pero…

Arturo le cogió la cara con las manos y mirándola a los ojos le preguntó:

—¿De verdad quieres volver con ese hombre?

—No, no quiero volver con él. Le odio por lo que ha hecho con mi padre y conmigo. Pero vendrá y le conozco, no se irá sin mí.

—Dame un voto de confianza, Mónica, y déjame protegerte. Si estás aquí el no podrá hacerte nada. No le voy a dejar entrar, no podrá llegar hasta ti, y nunca más volverá a obligarte a nada.

Arturo llamó a sus hombres y los puso en la entrada esperando la llegada de Jorge, después entró con Mónica a la casa. La mañana se hizo eterna, esperando que de un momento a otro llegara Jorge reclamando sus derechos, pero Jorge no llegó, y cuando se sentaron a la mesa a comer, Mónica no pudo probar bocado. Primero, por los nervios al imaginar la que se montaría cuando Jorge llegara, y segundo, porque aún no había llegado. De pronto sintió una angustia muy grande al pensar que a Jorge le importaba tan poco su presencia que ni se preocupaba en ir a buscarla.

**Nube Blanca**

Cuando Jorge se sentó a comer y volvió a ver la silla de Mónica

vacía le preguntó a Tula:

—¿Dónde está mi esposa, Tula? No me digas que todos los días vamos a tener la misma discusión. Dile que si no baja inmediatamente…

—No se enfade, amo. Se ha vuelto a levantar con dolor de cabeza, se despertó así esta mañana y todavía no se le ha pasado.

Estaba aterrada mintiéndole a su amo y, por dentro, rezaba para que no le diera por subir y comprobar hasta qué punto le dolía la cabeza.

—Bien, después de comer subiré a verla.

Se sentía mal por todas las cosas que le había dicho la noche anterior y quería disculparse. Sabía que su dolor de cabeza solo era una excusa para no bajar y tener que soportar su presencia.

Tula se quedó sin respiración y Ana, al ver su cara, se dio cuenta de que algo estaba pasando con Mónica.

—Creo que será mejor que la dejes descansar, no creo que tu presencia le quite el dolor de cabeza, hijo. Yo misma subiré a verla más tarde.

—Tienes razón. Más bien le provocaría más dolor si subiera yo, ¿verdad? Así que será mejor que te ocupes tú.

Cuando Jorge se fue, Ana le preguntó a Tula:

—¿Qué está ocurriendo? ¿Dónde está mi nuera? Y no me digas que con dolor de cabeza porque me di cuenta enseguida de que mentías con solo ver tu cara de terror.

—Fue a ver a su padre. No pude hacer nada para evitarlo, lo juro.

—Gracias a Dios que mi hijo no se ha dado cuenta, porque no quiero ni imaginar lo que sería capaz de hacer si se enterara. Esperemos que vuelva antes de que Jorge se entere.

***

Cuando Jorge llegó por la tarde y fue a dejar a Tormenta se percató de que no estaba Pegaso, entonces preguntó a uno de los hombres que se ocupaban de las caballerizas.

—¿Desde cuándo no está el caballo de mi mujer en su cuadra?

—Desde esta mañana, señor.

—¿Y por qué no me avisaste?

—Pensé que usted ya lo sabía.

—Pues no pienses, no te pago para que pienses, sino para que me mantengas informado de todo lo que pase cuando yo no estoy en la plantación. Sobre todo, si se trata de mi esposa o de cualquier

cosa que tenga que ver con ella, ¿entendido?

—Sí, señor, no volverá a ocurrir.

Entró en la casa y fue a la habitación de Mónica. Cuando no la encontró bajó muy enfadado a la cocina.

—¡Tula! ¿Dónde está mi esposa?

—No lo sé, señor.

—¡¡No me mientas!! —gritó, consiguiendo que Tula retrocediera con miedo—. ¡Este mediodía no le dolía la cabeza, ya no estaba aquí, ¿verdad?! ¡Dime ahora mismo dónde ha ido si no quieres que te ate al palo y mis hombres te arranquen la piel a tiras! —gritaba mientras la cogía de los brazos apretándola con fuerza.

—Fue al campamento de los abandonados a buscar a su padre.

—¡Dios mío! ¿Sabes la gentuza que hay allí? Si aún no ha vuelto es porque le ha pasado algo. No debiste dejar que fuera sola, si le pasa algo será por tu culpa. ¿Cuándo se fue?

—Esta mañana.

—Son muchas horas. Reza para que no le haya ocurrido nada porque si no voy a hacer que te arrepientas el resto de tu vida.

—No iba sola, amo. Dijo que iría a buscar al señor Robles para que la acompañara.

—¿Arturo?

—Sí. —Su cara cambió en segundos de la preocupación a una rabia inimaginable—. Lo siento, amo. Pero ella sabía que usted no querría acompañarla y que tampoco la dejaría ir, por eso se escapó. Por más que le dije, por más que intenté que no fuera, no quiso escucharme.

La soltó de golpe y salió como un loco gritando a sus hombres que cogieran las armas y montaran sus caballos para dirigirse a la casa de los Robles.

Tula se quedó muy sorprendida al ver que el amo no le daba una paliza por haberle mentido al enterarse de que Mónica estaba con Arturo. Esa furia tan inmensa que ella había visto de golpe en sus ojos al saber dónde estaba Mónica la había volcado en sus hombres vociferando órdenes. Por un momento creyó que iba a matarla por no habérselo dicho antes y dejar que Mónica se fuera.

Eso es lo que hubiera hecho el señor Salazar, primero hubiera descargado su furia con ella y después hubiera ido a buscar a Mónica, así que daba gracias a Dios de que el nuevo amo no se pareciera en nada al viejo, mientras por dentro rezaba para que la niña Mónica pudiera darse cuenta de eso y dejara de meterse en problemas para aumentar la furia de su marido. Porque tarde o temprano él perdería la cabeza y acabaría cometiendo una locura.

Todo en esta vida tenía un límite, y él estaba al límite de su paciencia.



# XXX

## Los 20 Robles

Jorge entró en la plantación de Arturo, la furia le iba consumiendo según recorría ese impresionante camino escoltado con esos increíbles veinte robles que parecían un gran ejército, impasible e inamovible, todos muy bien alineados y recortados para darte la bienvenida.

Cuando por fin recorrieron el camino Jorge vio a Pegaso atado en el porche y a los hombres de Arturo armados hasta los dientes en la entrada de la casa, así que empezó a llamar a gritos. Al escucharlo, Mónica dio un brinco asustada. Ester la cogió de las manos para tranquilizarla, y Arturo les ordenó cogiendo el rifle:

—No os mováis de aquí.

Su padre y él salieron al porche. El señor Robles, con calma, le dijo a Jorge para no empeorar la situación:

—Vamos, Jorge, no queremos líos. Será mejor que te vayas.

—Si no quieres líos dile a mi mujer que salga, no voy a irme sin ella.

—Tu mujer no quiere volver contigo.

—¡Eso no me importa! —Jorge estaba furioso.

—¡Pues a mí sí, y no voy a dejar que te la lleves! —gritó Arturo

inmediatamente.

—Voy a entrar a por mi mujer y tendrás que matarme para que no me la lleve.

Cuando fue a bajar del caballo Arturo cargó el rifle amenazándolo.

—Si bajas de ese caballo, te mataré. Estás en mis tierras y tienes las de perder.

Jorge volvió a sentarse en la silla, su mirada era amenazante cuando se acercó a él sobre su montura.

—Mis hombres te están apuntando y si disparas te matarán. ¿Cuándo vas a darte cuenta de que Mónica es mía, de que me pertenece, y tú no puedes hacer nada para evitarlo?

—Eso ya lo veremos.

—¿Quieres comprobar que no necesito entrar a buscarla? ¿Quieres ver cómo ella viene a mí? —preguntó desafiante y con una sonrisa sarcástica, e inmediatamente empezó a gritar—. ¡¡¿Esto es lo que quieres, Mónica?!! ¡¡¿Quieres que haya un baño de sangre?!! ¡¡Sabes que no voy a irme sin ti, así que de ti depende!!

Mónica estaba apoyada en la puerta oyendo los gritos de Jorge, cuando Ester le suplicó:

—Es mi hijo, Mónica, y no soportaría que le pasara algo. Tienes que parar esta locura, por favor. Vuelve con él, aquí no podemos tenerte, no quiero una guerra constante con tu marido.

Mónica se dio cuenta de que Ester tenía razón, de que Jorge no se iría sin ella. Antes de eso mataría a Arturo o moriría él, y al darse cuenta de esa realidad salió al porche.

—¡¡Está bien, bajad las armas!! —Miró a Jorge—. Me iré contigo, pero di a tus hombres que bajen las armas. —Mientras hablaba iba bajando las escaleras poco a poco.

—¡Bajad las armas! —ordenó Jorge a sus hombres, que inmediatamente le obedecieron.

—¡No hagas eso, Mónica, no voy a dejar que te vayas con él!

—¡Basta, hijo! Ella ha decidido, es su marido y tiene todos los derechos —le explicó su padre intentando que entrara en razón, ya que parecía haberla perdido desde que Mónica rompiera su compromiso para casarse con Jorge.

—¡No! ¡No voy a dejar que te la lleves, voy a matarte! —gritó apuntando a Jorge a la cabeza nuevamente, e inmediatamente los hombres de Jorge volvieron a encañonar a Arturo.

—¡Arturo, por favor, baja el rifle! —Mónica se acercó a Tormenta para que Arturo dejara de apuntar a Jorge—. No lo hagas, por favor, no quiero que muera nadie.

Jorge se acercó a ella, se agachó y, cogiéndola por la cintura, la subió al caballo. Pero antes de irse volvió a amenazar a Arturo.

—Te lo dije, te dije que vendría a mí. No vuelvas a acercarte a mi esposa porque la próxima vez te mataré. ¡Coged el caballo de mi esposa y bajad las armas! ¡Nos vamos! —gritó a sus hombres dándole la espalda a Arturo.

Cuando salieron de la casa de los Robles, Mónica le ordenó enfadada:

—Puedo ir con Pegaso, ¡suélteme! —Intentó bajarse del caballo, pero él la sujetó con fuerza cortándole la respiración.

—No se te ocurra ni siquiera protestar porque ahora mismo querría matarte. Está claro que no vas a aprender a respetarme por las buenas, así es que tendrás que hacerlo por las malas, y te puedo asegurar que esta vez nada va a detenerme. Y no va a ser nada agradable para ti, querida.

Mónica podía sentir su furia, sus brazos estaban tensos, su mentón apretado y su mirada era como el acero gris, fría y dura. Sintió un escalofrío por todo el cuerpo, sabía que Jorge iba a castigarla y que esta vez no tendría piedad, y el miedo la hizo sollozar en silencio, mientras él la miraba sin decir nada.

**Nube Blanca**

Cuando estaban llegando por fin Mónica pudo volver a hablar e intentó explicarle con una voz que delataba el miedo que sentía:

—Necesitaba ver a mi padre, ne-necesitaba saber cómo estaba. —Entonces le miró a los ojos para decirle—: Si saca a mi padre de esa pocilga y le deja volver a casa le juro que haré lo que quiera. Me entregaré a usted, seré la esposa más sumisa y complaciente del mundo. Pero deje que mi padre vuelva a casa, por favor.

Habían llegado a la casa y él le habló con mucha frialdad estremeciéndola con sus palabras.

—Tu padre no va a volver a pisar esta casa, y tú vas a ser mía, ¡ahora!

—¡Jamás! Tendrá que matarme.

Al llegar al porche, él bajó del caballo y la bajó a ella susurrándole en el oído:

—Pues entonces prepárate a morir.

Sin darle tiempo a reaccionar la cogió y se la cargó al hombro como si fuera un saco de patatas, entrando con ella en la casa. Mónica iba gritando, pataleando y maldiciéndole.

Al oír los gritos, su madre salió de la salita asustada.

—¿Qué haces, hijo? Suéltala.

—¡Ana, por favor, ayúdame! ¡Tu hijo está loco!

—¡No te metas en esto, madre! Estoy seguro de que tú también sabías que estaba con Arturo Robles. —Jorge iba subiendo las escaleras a zancadas.

—Lo siento, hija —dijo Ana mirándola con tristeza y se fue a la capilla a rezar, esperando que a su hijo le entrara la cordura, aunque fuera en el último minuto, para que Mónica no lo odiara el resto de su vida.

Cuando llegaron a la habitación la arrojó sobre la cama de malas maneras, se echó encima de ella y empezó a besarla con furia, con rabia. Sus besos eran duros, dolorosos, estaba tan enfadado que lo único que quería era hacerle daño y ya no pensaba siquiera en sentir placer a su lado. Solo quería castigarla sin importarle las consecuencias, y lo estaba consiguiendo.

Cuanto más luchaba contra él y más se resistía, más daño le hacía. Estrujaba sus pechos y ella sentía mucho dolor, le mordía el cuello y le estiraba de los pelos para inmovilizarla y así poder besarla con furia. De repente la soltó y rasgó el escote de su vestido para poder acceder a sus pechos libremente. Una vez liberados, los agarró con sus enormes manos apretándolos con fuerza y saboreándolos con furia, los succionaba, los mordía, y mientras tanto con la otra mano le subía las faldas e intentaba bajarle los pololos, inmovilizándola con sus piernas para que dejara de patalear.

Mónica estaba aterrorizada, sabía que esta vez él no iba a parar por más que le suplicara y llorara. Entonces, en ese mismo instante, dejó de luchar y decidió no pensar en nada. Quería estar muerta, desaparecer, así que se quedó inmóvil, impasible.

Jorge se paró de golpe y la miró. Estaba llorando, pero con un silencio absoluto. Las lágrimas rodaban por sus mejillas, tenía la mirada perdida, como si su alma hubiera abandonado su cuerpo, como si no estuviera allí.

—¿De verdad crees que hacerte la muerta va a salvarte de esto? —le preguntó con sarcasmo.

Ella no se movía, no le contestaba, así que él volvió a besarla con furia. Cuando sintió que ella seguía sin reaccionar, cogió su cara entre sus manos y sus besos se volvieron más tiernos, más placenteros con la esperanza de hacerla volver de ese estado de letargo. Recorrió sus labios con su lengua, suavemente, provocándola para que abriera la boca, para que le correspondiera, dándole así la oportunidad de que la cosa pudiera ser más agradable para ella, pero era inútil, ella seguía como muerta en

vida. Jorge apoyó su frente en la de ella, derrotado.

—Vas a acabar volviéndome loco, ¿lo sabías?

Con esas últimas palabras se levantó y salió de la habitación.

Mónica se quedó acurrucada, llorando y temblando en la cama por el miedo que había pasado, pero sorprendida de que se hubiera marchado y no hubiera finalizado lo que tantos días llevaba esperando que ocurriera. Le dolían los pechos, pero aun así se sentía aliviada de que solo fuera eso lo que tuviera que reprocharle.

Esa noche no bajó a cenar.



# XXXI

## Nube Blanca

Al día siguiente cuando bajó al comedor, Jorge se levantó de la mesa sin terminar de comer en cuanto la vio aparecer por la puerta. Le dio un beso a su madre y se fue sin dirigirle la palabra.

Mónica se sentó a la mesa y empezó a comer con Ana.

—¿Estás bien, hija?

—¡No! No estoy bien. ¡Su hijo es una bestia y un animal, y disfruta torturándome!

—No seas injusta. Si él fuera tan malo como dices, hace muchos días que hubieras sido su mujer, exactamente la noche de bodas. Su padre no fue tan paciente conmigo. Tú no sabes lo que es tener un marido bestia y animal. —Sus palabras sonaban tan tristes que Mónica se quedó sorprendida.

—¿El señor Mendoza era malo con usted?

—No, hija. El señor Mendoza fue la segunda mejor persona que he conocido en mi vida.

—Por favor, no me diga que la primera mejor persona es su hijo porque no lo me puedo creer.

Ana sonrió por ese comentario, pero su sonrisa era triste.

—No. Fue el padre de Aní, mi hija.

Cuando habló de su hija se le llenaron los ojos de lágrimas y Mónica se sintió un poco culpable.

—¿Puede contarme qué fue lo que ocurrió con ella y con mi padre? Necesito saber por qué su hijo me odia tanto. El día de mi boda yo estaba bastante aturdida y asustada para entender lo que pasaba a mí alrededor. Y sé que no es justo, y que lo que le voy a decir hasta puede que le suene muy mal, y más siendo yo mujer. Pero en esta vida a las mujeres, por desgracia, nos toca estar a merced de los hombres, y si por cada mujer de la que se abusa hoy en día tuvieran que vengar su honra, no quedarían hombres en el mundo y estaría lleno de viudas. —Cuando vio la tristeza de Ana en sus ojos, se arrepintió de su comentario—. ¡Dios mío! Lo siento, discúlpeme. Era su hija y seguro que fue muy doloroso para usted, no tiene que contarme nada, no quiero que se ponga triste.

—Tranquila, hace más de diez años que pasó, y aunque resulte doloroso, creo que tienes derecho a saber todo lo que ocurrió para que entiendas por qué mi hijo se porta así contigo. Aunque te cueste creerlo, puedo asegurarte que él no te odia. A tu padre sí, pero a ti no. Si él te odiara no refrenaría sus impulsos y te sometería a sus caprichos como hizo su padre conmigo. Voy a empezar por el principio, así lo entenderás mejor.

»Cuando tenía dieciocho años mis padres me casaron con un hombre bastante rico, bastante viejo y bastante cruel. No es que nosotros fuéramos pobres, vivíamos bien, pero no teníamos posición social y para mis padres ese matrimonio fue un empujón al poder social, como decían ellos. La noche de bodas fue lo más desagradable que jamás he vivido en toda mi vida, como le ocurre al ochenta por ciento de las muchachas que sus maridos son demasiado viejos para ellas. —Cuando vio la mirada de Mónica le explicó inmediatamente—: Y no me refiero a los dieciséis años que te lleva mi hijo, eso es bastante razonable. Mi marido me llevaba treinta y dos años.

Mónica se quedó muy sorprendida y puso cara de asco pensando en Susan.

—¡Dios mío! ¿Cómo tus padres te hicieron algo así? —Ana le sonrió.

—Ya te he dicho que deseaban una posición social, y creyeron que sería un buen marido para mí.

—Yo jamás haré algo así si alguna vez tengo una hija. ¡Es monstruoso! Pero bueno, sigue.

—Eso no fue lo peor, lo peor fue que su pasatiempo preferido se

convirtió en humillarme, maltratarme y abusar de mí todo lo que le daba gana. Cuando Jorge empezó a tener conciencia, los malos tratos empezó a sufrirlos él también, porque por más que yo le dijera que no se metiera cuando su padre me golpeaba, él nunca me hizo caso. Siempre se metía en el medio para que su padre dejara de golpearme y al final acabábamos los dos apaleados, llorando y abrazados el uno al otro.

—Eso es horrible. ¿Cuántos años tenía Jorge?

Mónica no podía ni imaginarse por el martirio que debían haber pasado los dos, y sintió una pena muy grande.

—La primera vez, apenas cinco años. Cuando vio cómo su padre me pegaba cogió un tronco de leña y le dio en las espinillas. Se llevó tal paliza que otro niño en su lugar no se hubiera vuelto a enfrentar a él nunca más. Pero él era muy valiente y nunca se acobardó, así que volvió a salir una y otra vez en mi defensa, por muchas veces que lo golpeara.

—No me extraña. No creo que su hijo haya tenido nunca miedo a nada ni a nadie. Ahora, sin embargo, es él el que infunde miedo a los demás. —Ana la miró con mucha pena—. Lo siento, discúlpeme. Es su hijo y yo entiendo que lo quiera por encima de todo, y más después de lo que me ha contado. Siga, por favor, ya no voy a interrumpirla más.

—Cuando cumplió los ocho años una noche llegó su padre, estaba borracho y empezó a pegarme como tantas otras. Ni siquiera recuerdo por qué, a veces simplemente le apetecía y lo hacía. Esa noche los gritos despertaron a mi hijo y cuando le vio encima de mí pegándome sin parar, cogió el bastón y le dio en la cabeza con tanta fuerza que cayó al suelo desplomado. La sangre no dejaba de salir y yo no podía dejar de gritar abrazada a mi hijo. Enseguida apareció Manuel, que era el cochero de mi marido y, recogiendo lo poco que pudo, hizo unas maletas, preparó el coche de caballos y nos sacó de esa casa a mi hijo y a mí. Estuvimos huyendo muchas semanas, nunca supimos si mi marido había muerto o no, pero como dijo Manuel, era mejor no pararse a pensar. Si nos hubiéramos quedado yo hubiera acabado en la cárcel o ahorcada por matar a mi marido, porque nunca nadie hubiera creído que un niño de ocho años matara a su padre. Y, de todas formas, yo jamás hubiera dejado que le culparan a él, pero aun así Jorge hubiera acabado en un orfanato muriéndose de hambre. Por eso hui con Manuel.

—¿Por qué ese hombre les ayudó? —preguntó Mónica que estaba atónita con esa historia.

—Eso mismo le pregunté yo cuando llevábamos varias semanas

huyendo. Él me cogió de las manos y me dijo que se había enamorado de mí poco a poco, mientras curaba las heridas que su amo me hacía. Cuando mi marido se iba después de haberme golpeado, él venía enseguida, era tierno y cariñoso, me curaba los golpes que recibía y me llevaba en brazos hasta la cama para que descansara. Era lo único bueno después de que ese animal me pegara, la compañía de Manuel. Yo era casi una niña cuando empecé a recibir golpes, y Manuel tenía quince años más que yo, pero aun así me enamoré de él por su manera de tratarme, de cuidarme y de maldecir a mi marido cada vez que me curaba. Amenazaba con matarle cada vez que nos quedábamos solos después de que mi marido se fuera, pero yo nunca le permití que hiciera nada en contra de él porque sabía que mi marido le mataría, y nunca me lo hubiese perdonado. Cuando me confesó que me quería me sentí la mujer más feliz del mundo, y desde ese instante vivimos como si estuviéramos casados. Eso hicimos creer a todo el mundo para que nunca nos encontraran ni a mi hijo ni a mí, cambiamos nuestros nombres y empezamos una nueva vida al lado de Manuel.

—Has dicho que tu marido era su amo, ¿era negro?

—No, pero su padre lo vendió a mi marido cuando era un niño.

—Vaya. Sigue contándome, por favor —pidió muerta de curiosidad.

—Cuando llegamos aquí estábamos cansados de huir y decidimos quedarnos. Fue justo aquí donde él me confesó que me amaba y decidimos formar una familia, y la verdad es que fue así como Manuel hizo que nos sintiéramos todo el tiempo que estuvimos juntos. Fueron los años más maravillosos que hemos pasado mi hijo y yo. Él fue un padre excelente, mi hijo lo quería con locura y para mí fue el marido perfecto. Era cariñoso, tierno, amable y generoso, él nos hizo olvidar todo lo malo que vivimos con mi marido. Fíjate que siempre habíamos estado rodeados de lujo y dinero, pero nunca fuimos felices. Solo el tiempo que vivimos con Manuel lo fuimos de verdad, y eso que vivíamos en una chabola y trabajábamos muchas horas, pero cuando estábamos juntos eran las mejores horas del día y las disfrutábamos cada minuto.

—Qué bonito. —Mónica estaba emocionada al oír esa parte de la historia.

Ana sonrió y siguió contándole.

—Cuando nació Aní, los dos se volvieron locos con ella. Su padre decía que era su princesa. A ella le encantaba que la llamara así. Y Jorge la adoraba, la cuidaba y la protegía tanto que apenas la

dejaba respirar. Eso le decía ella a Jorge cuando se enfadaba con él, y él siempre le decía dándole un beso: «Eres mi hermanita y no voy a dejar que te hagan daño. No sabes la gentuza que hay por ahí suelta». Se llevaban diez años y eso hacía que él sintiera la necesidad de protegerla. Cuando Aní dijo que quería ser maestra su padre y yo le dijimos que no podía ser porque no podíamos pagar las clases ni el título, pero su hermano buscó un trabajo por la noche y se mató haciendo horas extras para darle el capricho y que se sacara el título. Y creo que eso es una de las cosas que él jamás podrá perdonarse.

—¿Por qué? —preguntó Mónica muy extrañada.

—Porque cuando tuvo el título empezó a trabajar en esta casa dándote lecciones a ti. ¿Te acuerdas de ella?

—Sí. Me acuerdo de ella como si fuera ayer. Era muy bonita, buena, dulce y cariñosa. Se parecía mucho a ti.

—Sí. Y esa fue su desgracia —afirmó con mucha tristeza—. Quizá si hubiera sido fea tu padre jamás se hubiera fijado en ella. —Mónica se puso triste también. No quería creer que su padre hubiera hecho algo así, pero quería escuchar toda la historia y no quería que Ana parara, por eso no dijo nada y la dejó continuar—. Seis meses antes de la muerte de mi hija, murió su padre. Hubo un brote de tuberculosis y se contagió. No pudimos hacer nada y fue un duro golpe para todos. Manuel le hizo prometer a Jorge antes de morir que cuidaría de sus chicas, así nos decía a su hija y a mí cariñosamente. Por eso la noche que tu padre abusó de mi hija y el médico nos dijo que había sido violada brutalmente, que sufría un desgarro vaginal que le había producido una infección interna muy grave, Jorge juró en ese mismo instante que si algo le pasaba a su hermana mataría al responsable. No se separó de su lado en toda la noche y cuando al día siguiente fue a por las medicinas, yo salí un momento al río a buscar agua. Entonces ocurrió la desgracia.

—¿Qué pasó? —preguntó Mónica muy intrigada, y muy triste al mismo tiempo por esa historia tan injusta y tan desagradable.

—Jorge fue el primero en llegar y la encontró muerta.

—¡Dios mío! ¡¿Cómo?!

—Se había colgado de una viga con una cuerda. Tan solo era una niña. Acababa de cumplir los dieciséis años y no pudo soportarlo.

Recordando eso, no pudo evitar las lágrimas y Mónica, que estaba a su lado, también se puso a llorar. Le cogió las manos y la abrazó con fuerza sintiéndose un poco culpable por todo lo que su padre había hecho.

—Lo siento mucho. No… no sé cómo mi padre pudo hacer una cosa así. No puedo entenderlo. Él siempre ha sido un buen hombre. En ese momento algo tuvo que pasarle, debió perder la cabeza por un instante. —Necesitaba pensar que su padre perdió la razón, no podía creer que pudiera ser el monstruo que Ana estaba describiendo con toda esa historia. Eso no podría soportarlo—. Pero han pasado más de diez años de eso, y su hijo debería haberlo olvidado.

—No se puede olvidar lo que tienes marcado como fuego en tu piel. Las cicatrices no te dejan olvidar, ya que tienes que verlas cada vez que te miras a un espejo. Y como castigo, has de vivir con ello todos los días de tu vida.

Mónica se quedó perpleja al oírla decir eso. Porque si ella, que apenas lo conocía y no lo soportaba, se había dado cuenta de cuánto se avergonzaba él de su cuerpo y le había dado pena, no podía imaginarse cómo se sentiría su madre al verlo así.

—Lo siento, tienes razón.

—Cuando enterramos a mi hija, mi hijo quiso vengarse de tu padre, por eso vino hasta aquí enloquecido por la ira y el dolor, y esa fue su perdición. Esa misma noche me lo trajeron medio muerto de tantos latigazos que le habían dado, y pensé que lo perdía a él también. Cuando el médico lo vio no me dio ninguna esperanza porque había perdido mucha sangre, pero aun así hizo todo lo que pudo por él. Hasta tuvo que coserle muchos trozos porque la carne estaba tan desgarrada que casi se veía el hueso de haber recibido tantos latigazos uno encima de otro. Las heridas se le infectaron y cada vez que había que curarle era una tortura, pues el dolor era insoportable, y el pobre ni siquiera podía chillar para desahogarse, tenía que ponerse un pañuelo en la boca y apretaba con todas sus fuerzas para no gritar. A veces se quedaba sin sentido por el dolor, y para mí era una bendición porque prefería mil veces verlo desmayado por el dolor que luchando contra sí mismo para no soltar un quejido. Pero por más que le doliera, nunca nadie le oyó gritar.

—¿Por qué no podía gritar? —preguntó confusa Mónica.

—Porque nadie podía saber que estábamos vivos, tu padre había mandado matarnos.

Mónica se quedó sin respiración y la miró con los ojos muy abiertos y la cara desencajada, imaginándose por el tormento que debió pasar su marido, así que se le hizo un nudo en la garganta. Justo en ese momento comprendió por qué Jorge se había vuelto tan frío y por qué siempre estaba de tan mal humor. Pasar por todo

eso debió ser muy traumático.

—No puedo creerlo. Mi padre no haría algo así —dijo asustada sin querer ver la realidad.

—No te estoy mintiendo, puedes preguntarle a Moisés si no me crees. Él vino la misma noche que me trajeron a mi hijo destrozado por los latigazos. Era muy pequeño, pero su madre lo había mandado para que nos avisara. Ella conocía a mi hija y debió enterarse de que tu padre esa misma noche había ordenado a su capataz que quemara nuestra casa con nosotros dentro, por eso mandó a su hijo para prevenirnos.

—¿Por qué? Después de todo lo que os hizo, ¿por qué quería mataros? ¿No tuvisteis suficiente castigo ya?

—Tu padre no quería que contáramos lo que había sucedido con mi hija. Ya sabes cómo son los chismes, corren como la pólvora y nadie puede pararlos. Tu padre era un hombre muy respetable y algo así le haría caer muy bajo y estar en boca de todos. Tuvimos que trasladarnos a casa de la prometida de Jorge. Moisés se quedó y me ayudó a arreglar la casa para que pareciera que estábamos durmiendo, y de madrugada pudimos ver cómo nuestro hogar ardía en llamas. Al día siguiente no quedaba nada. Si ese muchacho no hubiera venido a avisarnos, habríamos muerto.

—¿No hicieron nada? ¿No acudieron a las autoridades?

—Ningún muerto de hambre, como éramos nosotros en esa época, puede tener la osadía de culpar y desafiar a un hombre con el poder y el prestigio que gozaba tu padre en esos tiempos. Lo único que puedes conseguir es que te maten, y si eso ocurre nadie se va a preguntar qué te ha pasado. Los pobres, por no acabar como tú, y los ricos porque les da igual un muerto de hambre más o menos. Los pobres siempre tienen las de perder ante el poder del amo.

—Ya. Es injusto —protestó Mónica indignada—. ¿Usted ha dicho que estuvieron en casa de la prometida de Jorge?

—Sí.

—¿Su hijo ha estado casado antes?

—No. Nunca llegaron a casarse.

—¿Por qué?

—Ella le dejó. Y gracias a ella mi hijo empezó a odiar su cuerpo y a no querer mirarse en un espejo. Nunca más ha podido estar con una mujer después de lo que ella le dijo.

—¿Por qué? ¿Qué le dijo? —preguntó muy sorprendida ante tal noticia.

—Le dijo que lo sentía mucho, pero que, aunque lo quería con

toda su alma, ya no podía estar con él. Que él ya no era el mismo hombre del que ella se enamoró, y que su cuerpo y sus cicatrices le daban asco. Que no soportaba mirarlo y mucho menos que la tocara. Nos pidió muy amablemente que abandonáramos su casa y se fue a trabajar.

Mónica comprendió en ese mismo instante por qué Jorge era tan reacio a enseñar sus cicatrices, ya que debió ser muy duro para él que su prometida le dijera todas esas cosas y lo abandonara de esa manera tan despiadada.

—Eso es muy cruel. ¿Cómo pudo decirle algo así?

—No lo sé, pero eso terminó de derrumbar a mi hijo. Nunca más quiso que nadie le viera la espalda, ni siquiera yo después de tantos años he podido volver a vérsela. La última vez fue cuando le curaba las heridas que deliraba por la fiebre y solo podía decir que no descansaría hasta matar a tu padre. Creo que la obsesión por vengarse de tu padre le hizo aguantar todo ese sufrimiento y dolor para poder salir adelante y cumplir su venganza.

—Puede que tengas razón. Toda esta historia es horrible e injusta.

—Cuando salimos de casa de su prometida quiso irse lejos para empezar de nuevo. Pero mientras estábamos abandonando la casa me prometió que un día volveríamos, y que haría que tu padre se arrepintiera de todo lo que nos había hecho. Por eso te pido por favor que intentes comprenderle. Él era un muchacho muy guapo, tenía a todas las muchachas locas, pero estaba profundamente enamorado de Irene y las demás no existían para él. Deseaba casarse con ella y formar una familia, pero después del desengaño tan grande que se llevó con ella, juró que ninguna otra mujer se reiría de él, y no volvió a interesarse por otra muchacha jamás. Hasta el día que te conoció y, según él, fuiste capaz de mirarlo sin asustarte de su rostro. No como el resto de las mujeres que es lo primero que hacen nada más verlo.

—Y gracias a eso, a no tener miedo de sus cicatrices, me ha convertido en el objeto de su venganza. Pues creo que no es justo porque no puedo dormir por las noches pensando que en cualquier momento él va a entrar y va a obligarme a ser suya. Y estoy segura de que hasta que lo consiga, no va a quedarse tranquilo.

—¡Aaay, hija! Si él quisiera eso, ya lo habría hecho. Y piensa lo que tiene que costarle saber que tiene una mujer y que aún no ha disfrutado de ella después de estar casi diez años de celibato.

Mónica se quedó sorprendida pensando en eso.

—Pero ayer… fue horrible, pasé mucho miedo, pensé que… —

La voz se le cortaba al recordar lo que había pasado.

—Ayer lo llevaste hasta el límite de su paciencia. Saber que te habías escapado y que estabas con Arturo Robles fue muy doloroso y vergonzoso para él. —Mónica la miró extrañada al oírla decir eso —. Sí, no me mires así. Que tu mujer se escape para refugiarse en la casa del hombre con el que iba a casarse es bastante humillante, y más sabiendo lo mucho que amas a Arturo. Otro en su lugar no te hubiera dejado sin castigo. —Al escuchar esas palabras, Mónica se dio cuenta de lo que había hecho y comprendió que Ana tenía razón, que otro hombre la habría castigado sin importarle las consecuencias—. Voy a decirte algo que espero nunca le digas, porque si no me mataría. Puedes dormir tranquila, él nunca se va a convertir en lo que tanto odia. Nunca va a forzarte. Eso sí, no sigas presionándole de esa manera porque hasta los más santos pierden la paciencia. Y estoy segura de que, si le dieras una oportunidad e intentaras conocerlo, te darías cuenta de que él no es ese monstruo que tú crees. Ha sufrido mucho y, aun así, es un buen hombre, y estoy segura de que podría ser un buen marido si le dejaras.

Mónica la miró incrédula, pero prefirió no decirle nada para no disgustarla, aunque muy a su pesar debía reconocer una cosa. Si Jorge fuera ese monstruo que ella se empeñaba en ver en él, su virginidad hubiera desaparecido la misma noche de bodas y eso era algo que tenía que agradecerle, por más que le pesara. Después de todo, él siempre acababa respetándola y yéndose furioso, pero sin forzarla ni obligarla, como hizo cuando volvieron de casa de Arturo. Su raciocinio fue mucho más fuerte que su deseo y sus ganas de castigarla, y ella debía reconocer, aunque le pesara, que ese gesto era digno de admiración.

—Hay algo que no entiendo. ¿Cómo llegaron a ser los señores de Mendoza, tener tanto dinero y tanto poder?

—Eso es una historia muy larga.

—Tenemos toda la tarde. ¿Por qué no vamos al porche y me la cuentas? —insistió con mucho entusiasmo, pues se moría de ganas de saber toda su historia. Siempre había admirado a su suegra, pero ahora, sabiendo por todo lo que había pasado, lo hacía mucho más.

Ana le sonrió y las dos juntas salieron al porche. Después de acomodarse en un sillón, empezó a contarle:

—Eso fue después de llevar varios meses en la ciudad. Jorge se puso a trabajar en una fundición y, un día, el general Mendoza hizo una visita para comprobar que las armas que estaban fabricando estuviesen en perfecto estado. Mientras estaba revisándolas, hubo un accidente. Una viga del techo se desprendió pudiendo aplastar al

general, pero Jorge se abalanzó sobre él y lo empujó a un lado salvándole la vida, pero él quedó atrapado bajo ella.

—¡Dios mío! ¿Qué le pasó? —preguntó asustada.

—Gracias a Dios solo se rompió el hombro, ni siquiera el médico se podía creer que hubiera tenido tanta suerte. Pero el general insistió y lo llevó al hospital militar porque allí estaban los mejores médicos y quiso que lo atendiera el mejor. Y gracias a eso no le quedaron secuelas. Alberto, que así se llamaba el general, se empeñó en que fuéramos a vivir a su casa mientras Jorge se recuperaba, ya que estuvo más de dos meses sin poder mover el brazo. Se sentía culpable de que Jorge no pudiera trabajar durante tanto tiempo y quiso hacerse cargo de nosotros. También estaba en deuda con mi hijo pues esa viga podría haberle matado. Por eso el tiempo que estuvimos con él fue inmensamente generoso con nosotros, así que vivíamos como si estuviéramos en nuestra casa y fuéramos su familia. Alberto se encariñó mucho de nosotros. Era un hombre maduro que había dedicado su vida al ejército y nunca se había casado, así que se sentía muy solo y Jorge se convirtió en el hijo que siempre le hubiera gustado tener. Usó sus influencias y le metió en el ejército de soldado raso. No puedes ingresar en el ejército siendo un muerto de hambre y fue en lo único que le ayudó, ya que mi hijo se ganó los galones uno a uno y por mérito propio —decía Ana muy orgullosa de él—. Está claro que tuvo un buen maestro. El mejor, diría yo, porque la carrera militar de Alberto era impecable. Fue su mentor y le enseñó todo lo que sabe: a disparar, a manejar la espada y los puños. Y gracias a él se convirtió en el capitán Mendoza. Aunque, como bien decía Alberto, el mérito era todo suyo. Le decía que había nacido para ser militar, que lo llevaba en la sangre, que no podría estar más orgulloso de él ni aunque fuera su propio hijo. Una cosa llevó a la otra. El día a día, el roce, el cariño y acabamos enamorándonos. Me pidió que me casara con él y reconoció a Jorge como a su hijo dándole sus apellidos. Una vez más, Jorge le salvó la vida en el campo de batalla recibiendo un balazo en el estómago por él.

Mónica recordó esa historia, Jorge se la contó la primera vez que bailaron juntos, ese día que con sus historias la dejó cautivada. Ahora entendía por qué había arriesgado la vida por su superior ya que se trataba de su padre. Aunque estaba segura de que lo hubiera hecho igualmente por cualquiera, tal y como dijo José, que le había salvado la vida en dos ocasiones.

—Entonces, ¿fue por su marido por el que le dieron una medalla? —le preguntó sin poder evitar la curiosidad.

—Sí. Una vez más, Alberto le debía la vida, así que cuando murió le dejó toda su fortuna. Jorge decidió tomarse unas vacaciones muy largas ya que, sin su padre, el ejército dejó de tener tanto interés para él. Y fue cuando decidió venir para empezar todo esto de la venganza, aunque también estoy segura de que tuvo mucho que ver el gran dolor que le causó la muerte de Alberto. Sentía mucho cariño, admiración y un gran respeto por él, ya que sin el general Mendoza él nunca hubiera sido lo que es ahora y seguiría en esa fundición matándose a trabajar para ganar una miseria y poder subsistir los dos. También fue una coincidencia que su amigo José fuera de aquí y lo invitara a la boda de su hermano. Era como si el destino le pusiera todo en el camino para que por fin pudiera vengarse de tu padre. Un hombre que le dio dinero, poder y un estatus social, porque sin todo eso jamás hubiera podido acercarse a tu padre sin que lo hubiera reconocido. Y el resto ya lo sabes.

Mónica estaba perpleja con todo lo que Ana le había contado, pero había algo que le rondaba en la cabeza.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Pues claro.

—Jorge era muy pequeño cuando mató a su padre, eso debió causarle un trauma. ¿Cómo lo supero?

—No lo sé. Después de esa noche él nunca más volvió a hablar de su padre, fue como si no hubiera vivido nunca ese momento. Estuvo tres días sin hablar, y luego se despertó y actuó como si nada hubiera ocurrido, como si estar con Manuel huyendo por los caminos fuera lo más normal del mundo. Yo preferí no volver a hablar de eso, y hasta hoy no sé si él olvidó lo que pasó o simplemente nunca ha querido hablar del tema.

***

Se habían pasado toda la tarde hablando y cuando llegó la noche y se sentaron a cenar a la mesa, Mónica aún estaba alterada por todo lo que le había contado Ana. No podía dejar de pensar en lo mal que los dos lo tenían que haber pasado, sobre todo por lo pequeño que era Jorge cuando todo ocurrió. En lo doloroso que tuvo que ser para él la pérdida de su novia, para no querer volver a estar con otra mujer después de tantos años. En ese momento, no pudo evitar mirarlo.

Estaba sentada en el lado de su cara perfecta, o al menos en ese instante a ella se lo parecía. Su nariz, su boca, su mentón, incluso el

corte de su pelo, todos sus rasgos eran increíblemente varoniles y atractivos. Su madre tenía razón, debió ser un muchacho muy apuesto, ya que mirando ese lado de su cara le parecía un hombre muy guapo.

Cuando terminaron de cenar salieron al porche a tomar el café. Jorge no había abierto la boca en toda la cena, solo las oía hablar sin decir nada.

Mónica estaba más tranquila cerca de él después de contarle su madre que jamás abusaría de ella.

—¿Por qué esta noche no sientes miedo al estar cerca de mí y no subes corriendo a encerrarte en tu alcoba? —le preguntó de repente Jorge con sarcasmo, pillándola por sorpresa.

—¿Quiere que le tenga miedo y que me encierre en mi alcoba? —le preguntó ella a su vez.

Mientras le hablaba no dejaba de mirarle, notaba que aún estaba enfadado con ella, bastante enfadado por cómo apretaba el mentón.

—Por mí puedes hacer lo que quieras, *querida* —contestó más enfadado todavía mientras se levantaba y se acercaba a su madre. Mónica se puso tensa al ver cómo se aproximaba, tanto, que incluso él podía sentir su tensión, así que le dijo—: No te preocupes, no voy a volver a tocarte. Puedes estar tranquila. No me gustan las muñecas de trapo. —Se agachó para darle un beso a su madre—. Buenas noches, mamá. —Y se alejó dejando a Mónica pasmada por su reproche.

Ella sabía exactamente por qué le había dicho eso, por cómo ella se quedó sin vida entre sus brazos la tarde que volvieron de casa de Arturo. Lo que no podía entender era por qué le molestaba tanto que le dijera eso.

—Está muy enfadado, ¿verdad? —preguntó Mónica inquieta a Ana.

—Sí. Enfadado, nervioso, desesperado. Debe sentirse fatal al tenerte tan cerca y no poder tocarte.

—¡Por favor, Ana! No digas eso, me pones nerviosa.

Mónica recordó la noche en que él la besó en la puerta de su habitación y le pidió, suplicándole con la mirada, que por favor le dejara entrar en su alcoba.

***

Esa misma noche, tumbada en su cama, no podía dejar de pensar en él y se preguntaba si su madre le había dicho la verdad o solo lo decía para que ella se ablandara. Era imposible que un hombre pudiera estar tanto tiempo sin una mujer, o al menos eso

siempre había oído ella, que los hombres no podían estar mucho tiempo solos, y casi diez años era demasiado tiempo.

Podía recordar el día que estuvieron Estela, Sergio, Susan y José cómo la besó dejándola aturdida y cómo a ella le gustó ese beso, aunque nunca lo admitiría delante de él. Un hombre que besaba así era porque estaba acostumbrado, porque sabía lo que se hacía, y diez años eran muchos, muchos años para saber besar de esa manera. No podía ser, seguro que su madre estaba mintiéndola, o muy equivocada.



# XXXII

## Nube Blanca

Unos días después, él seguía ignorándola y Mónica no dejaba de pensar en su padre. Le atormentaba imaginárselo allí muerto de hambre, cuando fue a verlo no pudo darle las joyas porque sabía que si se las daba con esa gentuza delante serían capaces de matarlo para robárselas.

Entonces, decidió ir en busca de Moisés. Sabía que si su marido se enteraba volvería a castigarla, pero no le importaba, tenía que hacer algo porque no iba a dejar que su padre se muriera de hambre.

—Moisés, ensilla mi caballo y que no te vea nadie.

—Pero, señorita, no puede volver a escaparse, su marido la matará.

—Yo no voy a escaparme, vas a ir tú.

—¡¿Yo?! Si el amo se entera me matará a mí.

—No digas tonterías. Nunca he dejado que te castiguen y no voy a permitirlo ahora. ¡Vamos, ve!

Mónica cargó en el caballo la comida que le había encargado a Tula preparar, las cosas que más le gustaban a su padre, y acompañó a Moisés hasta la puerta.

Mientras daba instrucciones a Moisés, oyó detrás de ella:

—¿Dónde cree que va, señora de Mendoza?

Cuando Mónica se giró y vio a ese hombre le habló con desprecio:

—No le importa. Vuelva a su trabajo, señor Fernández.

A Mónica le desagradaba mucho ese hombre, abusaba de las negras y castigaba a los negros por puro placer. Muchas veces Mónica le pidió a su padre que lo echara, pero él le decía que era un buen trabajador, fiel y leal, así que lo único que conseguía era que su padre lo castigara de vez en cuando. Cuando abusaba de alguna negra y Mónica se enteraba, le insistía a su padre hasta que conseguía que lo castigara. Otras, ella misma lo humillaba delante de todos consiguiendo que soltara al negro que estaba castigando. Como la vez que le dio en la cara con la fusta de su caballo por castigar a Moisés, y le dejó una buena cicatriz durante varios días. Por todos esos motivos, ese hombre la odiaba con todas sus fuerzas.

—No. Su marido me ha ordenado que la vigile, y voy a hacer que vuelva a la casa.

La cogió con fuerza por el brazo para hacerla entrar, así que Mónica volvió a pegarle con la fusta del caballo que llevaba en la mano, volviéndole a marcar la mejilla mientras le gritaba:

—¡Quita tus sucias manos de mí! ¡Ni se te ocurra volver a tocarme! ¡Eres despreciable! —De repente vio que ese hombre se abalanzaba sobre ella, le quitaba la fusta y volvía a cogerla del brazo con mucha más fuerza, tirando de ella en dirección a las caballerizas—. ¡¿Qué estás haciendo?! ¡Suéltame! ¡Te ordeno ahora mismo que me sueltes o te arrepentirás!

Moisés intentó ayudarla, pero ese hombre que estaba fuera de si le dio con el palo del látigo en la cara haciéndole caer al suelo y perdiendo un poco la consciencia.

—¡No vuelvas a tocarme, sucio negro! Después me encargaré de ti, cuando haya acabado con la señora.

Por más que ella pataleara, le gritara o le insultara, ese hombre no la soltaba, y cuando llegaron al palo donde azotaban a los esclavos, empezó a atarle las muñecas.

—¡¿Te has vuelto loco?! ¡Mi marido va a matarte por esto, suéltame ahora mismo!

Él se acercó a ella, se pegó a su espalda y, tirándole de los pelos para echarle la cabeza hacia atrás le susurró al oído:

—Tengo órdenes de su marido para vigilarla y tratarla como a una esclava, y cuando una esclava intenta escapar se la azota. ¿O prefiere el otro castigo? Porque si lo prefiere podría llevarla ahora

mismo a un catre y castigarla sin piedad una y otra vez. Eso sería muy divertido y muy placentero, nunca he tenido a una mujer tan fina entre mis piernas. —Mientras le decía eso le chupaba y mordía la oreja, al mismo tiempo que tocaba sus pechos y restregaba su cuerpo por la espalda de Mónica, excitado—. Aunque ese castigo mejor lo dejamos para su marido, todos sabemos lo mucho que él disfruta castigándola en el catre. Yo prefiero azotarla y devolverle todos y cada uno de los castigos que su padre ordenaba darme gracias a usted, por defender a esas sucias negras.

Los ojos de Mónica se llenaron de lágrimas por la decepción tan grande que empezó a sentir en esos momentos. No podía creer que su marido pudiera odiarla tanto como para ordenarle a ese hombre que la tratara como a una esclava y dejarla a merced del señor Fernández que tanto la odiaba. Estaba aterrada solo de pensar que ese hombre pudiera llevarla a un catre para castigarla y que su marido se lo permitiera, o peor aún, que él mismo hubiera dado esa orden.

Cuando le rompió las ropas con el puñal y le dio el primer latigazo, ella sintió un dolor tan intenso que estuvo a punto de desmayarse. Pero el dolor no se podía comparar al que sentía en su corazón al saber que ese hombre la estaba azotando por órdenes de Jorge.

Justo en ese momento vio aparecer a Tula, que había acudido al oír sus gritos. Podía oír cómo gritaba a ese hombre para que la soltara, pero los siguientes latigazos la hicieron perder el sentido.

***

Jorge estaba en el campo con uno de sus hombres cuando, de repente, vieron acercarse hacia ellos a Moisés cabalgando como alma que lleva el diablo.

—Señor, por ahí viene un negro con el caballo de su esposa. ¿Cómo se atreve ese negro a montar el caballo de su mujer? ¿Quiere que lo mate? —le preguntó mientras apuntaba con su rifle a Moisés.

—Baja el rifle. Mi mujer te matará si tocas a ese esclavo, seguro que lo manda ella. —Cuando Moisés llegó a su lado, casi no podía respirar—. ¿Qué te pasa, muchacho? ¿Por qué montas el caballo de Mónica?

—Amo, tiene que ir a la casa inmediatamente, el señor Fernández se ha vuelto loco. Ha atado a su esposa al palo y la está azotando.

Aún no había terminado de hablar y Jorge ya estaba galopando

con Tormenta hacia la casa. Según iba acercándose y veía a ese hombre desde lejos azotar a Mónica, la rabia lo cegaba y quería matarlo así que, sin dudar, paró el caballo en seco y sacó el rifle. Estaba bastante lejos, pero su puntería era excelente pues su padre le había enseñado muy bien, tanto que consiguió darle en el hombro para que dejara de azotarla. Cuando llegó a su lado bajó del caballo todavía en marcha y, al ver la espalda de Mónica llena de latigazos, se giró y volvió a apuntar a ese hombre con la pistola.

—Señor, no me mate, por favor, solo cumplía sus órdenes. Usted me dijo que la tratara como a una esclava y ella intentó escaparse de nuevo. Después de este castigo no volverá a intentarlo, puede estar seguro. Incluso me lo agradecerá.

—¡¡Te dije que la vigilaras como el que vigila a una esclava, jamás que la trataras como a tal!! ¡¡¿Cómo pudiste creer que yo querría que azotaras a mi esposa?!! ¡¡¡¿Cómo puedes pensar que yo te agradecería esto?!!! —gritó con una furia inmensa señalando la espalda de Mónica llena de latigazos—. ¡¡¿Te has vuelto loco?!! ¡¡Es mi esposa, maldita sea!!

—¡Por favor…!

Volvió a dispararle en el estómago sabiendo que se desangraría poco a poco hasta morir. Una muerte larga y bastante dolorosa, pero era lo menos que se merecía por castigar a Mónica. Después le dijo a su hombre, que había cabalgado igual de rápido que él:

—Sácalo de aquí, no quiero volver a verlo en mis tierras.

Se volvió hacia Mónica, que seguía desmayada por el dolor, y la desató. Con ella en brazos, se dirigió hacia la casa. Tula iba llorando detrás de él.

—¡Ay, mi niña! Lo siento, amo, lo intenté. Intenté que la soltara, pero no me hacía caso, estaba como loco.

—Deja de llorar, Tula, y tráeme a tu hijo, ¡ahora!

—Sí, amo.

Tula se fue corriendo y Jorge entró en la casa. Cuando su madre lo vio entrar con Mónica sin sentido en sus brazos, fue corriendo a su lado.

—¿Qué ha ocurrido, hijo? —le preguntó preocupada.

—La han azotado.

—¡Pero ¿cómo ha podido suceder algo así?!

—Ahora no, madre, trae agua caliente y alcohol. Tenemos que evitar que se le infecte, si no le quedarán las marcas para toda la vida.

Su madre no preguntó nada más y salió corriendo a buscar lo que le había pedido. Conocía a su hijo y cuando le decía «madre»

era porque estaba muy enfadado o muy preocupado, y fuera cual fuera el motivo, lo mejor era no contradecirle. Por su cara sabía que estaba enfadado por lo que había pasado y preocupado por Mónica.

—Mi madre me ha dicho que me buscaba, amo. —Moisés entraba detrás de él en la alcoba.

Jorge dejó a Mónica de lado en la cama con mucho cuidado, pues no quería hacerle daño, y se volvió para darle instrucciones a Moisés.

—Coge a Pegaso, que es el caballo más rápido, y ve a la botica. Quiero que te preparen esto inmediatamente, y hasta que no te lo hagan no salgas de allí. Vuelve lo más rápido que puedas.

Jorge estaba escribiendo mientras hablaba, le dio una nota y una bolsa con monedas. Moisés salió corriendo, mientras Ana entraba con el agua y el alcohol. Jorge se acercó a la cama diciéndole a su madre:

—Vamos, ayúdame a quitarle la ropa.

—No creo que Mónica quiera que tú la desnudes. ¿Quieres que llame a Tula y después entras?

—Madre, déjate de remilgos. Es mi esposa y creo que puedo verla desnuda.

—Está bien.

Entre los dos le quitaron la ropa y la tumbaron boca abajo para poder curarla. Jorge no pudo evitar contemplar su cuerpo desnudo unos instantes, hasta que oyó a su madre carraspear con la garganta, y la tapó con la sábana hasta la cintura.

—Lo siento —se disculpó avergonzado—, acércame el agua.

Ana le sonrió y le dio el agua, mientras le preguntaba, aún aturdida por todo lo que había pasado:

—¿Cómo ha podido pasar esto?

—¡No lo sé! No sé cómo ese hombre ha podido atreverse a hacer algo así. Le dije que la vigilara para que no volviera a escaparse, y aún no puedo entender cómo le ha hecho esto. Debe estar loco, no tengo otra explicación. Pero ya le he dado su merecido. —Las manos le temblaban de la impotencia mientras limpiaba las heridas.

—¿Quieres que lo haga yo? Estás muy nervioso. Deberías ir a tomarte un coñac para tranquilizarte.

—¡No! Quiero hacerlo yo, quiero estar con ella y asegurarme de que no se le infectan. Espero que siga inconsciente para que no sienta dolor, no soportaría verla pasar por eso. Aún recuerdo lo doloroso que puede llegar a ser.

Después de limpiarle las heridas con mucho cuidado, le puso alcohol para desinfectarle. En ese mismo instante ella volvió en sí y

empezó a quejarse y a sollozar por el dolor que sentía.

—¡Aaauuu, duele!

—¡Ssshhh! Lo sé, sé que duele mucho, pero aguanta un poco. Tengo que curarte bien las heridas para que no se infecten, si no te quedarán marcas.

—¡No me mienta, sé que voy a quedar marcada igualmente, como usted! Pero estoy segura de que eso era lo que pretendía, ¿verdad? —No podía dejar de llorar por la rabia y el dolor que sentía—. Ahora podemos ser la pareja perfecta, los dos marcados para siempre —añadió con sarcasmo.

—Yo nunca he querido esto, Mónica, tienes que creerme.

—¡No le creo! Usted me dejó a merced de ese hombre que tanto me odia y le ordenó que me tratara como a una vulgar esclava. ¡Nunca voy a perdonárselo! ¡¿Me oye?! ¡Nunca! —Él volvió a limpiarle con alcohol—. ¡Aaauuu! Estese quieto, me duele mucho.

—No te muevas, por favor, tengo que curarte.

—¡No, no quiero que lo haga, no quiero que me toque, váyase de aquí! ¡Ana!

—Estoy aquí, cariño.

—Hazlo tú, por favor. No… no quiero que él me toque, gracias a él estoy así.

Jorge se levantó de la cama y salió de la habitación muy enfadado dando un portazo, bajó las escaleras y esperó en el porche a que volviera Moisés. No podía dejar de andar de un lado a otro, estaba muy nervioso y no dejaba de fumar. Se le estaba haciendo eterno, los minutos pasaban y Moisés no volvía. Se estaba desesperando por no poder estar con Mónica, por no poder curarla y tranquilizarla, pero ¿a quién quería engañar? Él jamás podría tranquilizarla porque ella nunca le dejaría hacerlo, pensaba furioso.

***

—Mónica, por favor, sé que te duele y que estás muy enfadada, pero no vuelvas a decirle a mi hijo que él quería verte así. Después de todo lo que te he contado, ¿de verdad crees que él ordenaría algo así? Hace un momento estaba muy angustiado, deseaba que no te despertaras para que no sintieras el dolor, no quería que pasaras por lo que él pasó. Así que no vuelvas a decirle eso, le has hecho mucho daño, lo he visto en su cara mientras abandonaba la habitación.

—¡Pues lo siento, pero yo también estoy muy dolida! ¿Sabes lo humillante que ha sido para mí que ese hombre me manoseara y me

diera a elegir entre castigarme en un catre o azotarme igual que a las esclavas, y que encima lo hiciera por órdenes de tu hijo?

—Escúchate a ti misma. ¿Crees de verdad que mi hijo dejaría que otro hombre te tocara?

Mónica sabía que eso era imposible, que él jamás dejaría que otro hombre la tocara después de cómo la sacó de casa de Arturo y lo que le dijo. Pero el dolor y la ira no la dejaban ser razonable, y en ese momento sentía mucha rabia y mucho dolor.

Cuando llegó Moisés con el ungüento Jorge subió inmediatamente a la habitación, se sentó a su lado y le habló con mucha suavidad.

—Mónica, por favor, deja que te ponga esto.

—¿Qué es?

—Es un ungüento. Se tiene que poner tres veces al día, y así evitará que te queden cicatrices.

—No le creo. Si fuera verdad usted no tendría cicatrices.

—Lo mío era inevitable, esto no hace milagros y mi espalda estaba destrozada. Pero tú solo tienes cinco latigazos y no son profundos, así que si me dejas ponértelo estoy seguro de que desaparecerán.

—Está bien, pe-pero no tiene por qué hacerlo usted, que lo haga su madre… o Tula. —Aún seguía llorando, pero estaba más calmada después de hablar con Ana.

—No. Hay que mezclar los productos y quiero estar seguro de que se hace bien. Mamá, por favor, ¿puedes dejarnos solos?

—No… no te vayas, Ana.

—Estaré fuera por si necesitáis algo.

Cuando se quedaron solos ninguno de los dos era capaz de hablar. Jorge estaba preparando el ungüento y al empezar a ponérselo Mónica dio un bote por la impresión.

—¿Te duele? —preguntó sorprendido al ver su reacción.

—No. Está muy frío y no me lo esperaba. Me gusta, el frío me calma el dolor. ¿Por qué no se lo puso? Puede que en la espalda hubiera sido inútil, pero ¿en el rostro?

—Puede que ahora me lo hubiese puesto, pero en aquellos años no tenía donde caerme muerto. Es una planta muy rara de encontrar y es un ungüento muy caro. Además, solo es eficaz si no hay infección y a mí se me infectaron todas, incluso la del rostro. Solo espero que haga efecto, si desaparecen las marcas me daré por satisfecho. —Sus dedos recorrían su espalda suavemente, masajeando cada herida con cuidado para esparcirlo bien. Cuando terminó de ponérselo se tumbó a su lado y la miró a los ojos—. Lo

siento. No sabía que ese hombre te odiara tanto, si no, jamás le hubiera encargado tu cuidado. Debiste decírmelo.

—¿Para qué? Los hombres no hacéis caso a nada. Muchas veces intenté que mi padre lo echara y nunca me hizo caso. Lo único que conseguía era que le castigara de vez en cuando, sobre todo cuando me enteraba de que abusaba de las esclavas. Por eso me odia tanto.

—Ya te he dicho que yo no soy como tu padre. Si lo hubiera sabido lo hubiera echado a la calle, igual que eché a su capataz. ¿Queda algún hombre de tu padre por el cual tenga que preocuparme? Dime a quién no quieres aquí y lo echaré inmediatamente.

Mónica estaba sorprendida por sus palabras, sorprendida y complacida.

—No. Creo que no queda ninguno.

—Bien, así podré estar más tranquilo. Pero tú no debiste intentar escaparte de nuevo. —Le quitó un mechón de pelo que le había caído en los ojos y secó una lágrima que aún tenía en la mejilla. La miraba intensamente, estaban tan cerca que empezó a ponerse nerviosa, así que bajó la vista—. Mírame, Mónica. —Ella volvió a mirarlo—. No soporto que te asustes de mi cara, antes no lo hacías.

—No son sus cicatrices las que me asustan.

—Entonces, ¿qué es?

No podía decirle que no era miedo a sus cicatrices sino a su cercanía, a esa manera de mirarla como si le desnudara el alma. No podía decirle que tenerle cerca cada vez la ponía más nerviosa, entonces contestó para salir del paso:

—No iba a escaparme, esta vez no, se lo juro. Solo quería que Moisés le llevara comida a mi padre. Y no me importa si quiere volver a castigarme. Nunca voy a dejar de preocuparme por él, y siempre voy a intentar ayudarle, sin su permiso o con él. Si no quiere que lo haga tendrá que atarme a la cama o encerrarme bajo llave. Total, ya no me importa lo que haga conmigo, me siento como una esclava en mi propia casa.

—Si me prometes que nunca más vas a volver a escaparte le diré a Moisés que le lleve comida cada vez que la necesite. —Ella lo miró sorprendida. Era la primera vez que él cedía en algo referente a su padre—. No me mires así, no quiero volver a arriesgarme y que te pase algo por ayudarle. Sé que no pararás hasta conseguir llevarle comida a ese hombre y prefiero que vaya Moisés. No quiero volver a enterarme de que te acercas por allí. Allí solo hay gentuza y podrían robarte, matarte o algo mucho peor.

—Se lo prometo. Le prometo que si deja que Moisés le lleve

comida no volveré a escaparme. —Jorge volvió a mirarla muy intensamente y Mónica pudo ver en sus ojos cómo deseaba besarla. Entonces, le dijo nerviosa—: Se-será mejor que se vaya, estoy cansada.

Jorge se acercó muy despacio a ella y le dio un beso en la frente, dejándola pasmada.

—Llamaré a Tula para que no se mueva de tu lado por si necesitas algo. Volveré para ponerte el ungüento.

***

Cuando volvió después de comer para ponerle el ungüento, Mónica estaba dormida. La sábana se había caído al suelo y él estaba hipnotizado, no podía dejar de mirarla. No era muy alta, pero su figura era increíble. Cada vez la deseaba más y más, y se moría de ganas de tenerla entre sus brazos, de hacerle el amor. A veces se preguntaba si iba a ser capaz de seguir controlándose o acabaría cometiendo una locura y la tomaría a la fuerza. Sabía que, si hacia eso, ella jamás le perdonaría y su madre tampoco, y cada vez le resultaba más difícil esperar que Mónica algún día quisiera estar con él. Lo peor era que estaba completamente seguro de que eso nunca iba a ocurrir, y sentía que su paciencia se iba disipando poco a poco. Cogió la sábana y, con un gran esfuerzo, la tapó y se tumbó a su lado. Entonces empezó a besarle el hombro. Mónica se despertó en cuanto sintió en la piel sus labios.

—¿Qué hace? Váyase, por favor —pidió asustada.

—No puedo, tengo que curarte.

—No quiero que me vea así, me da mucha vergüenza.

—Eres mi esposa. Eso me da derecho a verte desnuda y me encanta, eres preciosa.

—¡No! Eso no es decente. —A Mónica le subieron los colores.

Jorge no pudo evitar reírse al notar su vergüenza, después empezó a curarla. Le limpió las heridas y las desinfectó con el alcohol, una por una y con mucho cuidado.

—¡Aaauuu! Escuece y duele mucho.

—Lo sé. —Empezó a soplarle por donde le ponía el alcohol y a Mónica se le puso la carne de gallina—. ¿Mejor así?

Mónica asintió con la cabeza pues no le salían las palabras al sentir cómo sus labios casi rozaban su piel desnuda.

Cuando le puso el ungüento empezó a acariciarla suavemente. Sus caricias eran como un suave masaje, y ella no pudo evitar sentirse relajada y complacida. No quería que se acabara ese

momento, quería seguir sintiendo sus manos grandes y fuertes que, por primera vez desde que se había convertido en su esposo, la tocaban sin hacerle daño. Le resultaba muy placentero y recordó las palabras de Estela: «A lo mejor te sorprende y es tierno y cariñoso cuando llegue el momento». Cuando sintió que sus labios empezaron a besar su espalda hasta llegar a sus hombros, se quedó sin respiración. Después la besó dulcemente en los labios mirándole a los ojos.

—¿Algún día vas a entregarte a mí sin que tenga que forzarte? Va a hacer casi cuatro semanas que estamos casados y necesito tenerte, Mónica, no creo que pueda aguantar mucho más tiempo.

—Váyase, por favor, quiero estar sola.

Jorge cerró los ojos y apretó el mentón. Mónica ya lo iba conociendo y cuando ponía esa cara era porque estaba enfadándose, y mucho. Cuando volvió a abrir los ojos para mirarla Mónica volvió a ver esos ojos grises y fríos como el acero. Sintió que ese hombre tierno y cariñoso había desaparecido para dar paso a ese otro hombre que la asustaba y le hacía siempre daño.

—¡Maldita sea, Mónica! ¿Cuándo vas a dejar a un lado ese estúpido orgullo? —Se levantó de la cama y salió dando un portazo.

***

Por la noche fue Tula la que subió a hacerle la cura y ponerle el ungüento. A Mónica le extrañó que él no hubiera subido a curarla, pero no le sorprendía después de cómo se había ido de enfadado.

—¿Y Jorge?

—Está abajo.

—¿Por qué no viene él?

—No lo sé. Solo me ha explicado cómo tenía que hacerlo y me ha ordenado que me encargue yo de ahora en adelante. Pero si prefiere que lo haga él, bajo a buscarle, mi niña.

—No, no quiero que él venga, prefiero que lo hagas tú. Gracias a él estoy así.

—No sea injusta, mi niña. Si usted hubiera visto su cara cuando la vio atada al palo, no diría eso. Inmediatamente disparó al señor Fernández y mandó a su hombre que lo sacara a la calle.

—¿Lo mató?

—Estoy segura de que a estas horas debe estar muerto, con los dos balazos que le dio.

—¿Dos? —Estaba tan sorprendida por lo que le estaba contando Tula que no se lo podía creer.

Había matado a ese hombre por haberla castigado. Su madre tenía razón, no debió decirle todas esas cosas, había sido muy injusta con él. Si ella sentía tanto dolor por esos cinco latigazos, no podía ni siquiera imaginar por el infierno que paso él al tener la espalda destrozada e inmediatamente comprendió que él jamás mandaría a nadie para que la castigaran de esa manera.

Mientras Tula le contaba cómo llegó con el caballo y le disparó desde lejos evitando que ese hombre siguiera azotándola, Mónica lo imaginaba con su uniforme de gala cabalgando hacia ella como un paladín rescatándola de ese hombre, e inmediatamente se preguntó: «¿Qué me está pasando? ¿Por qué de repente lo veo como un galante caballero? ¿Por qué me molesta que no haya subido él a curarme? ¿Por qué quiero que sea él el que me cure? ¿Por qué quiero que sean sus manos las que me acaricien la espalda?». Todas esas preguntas la estaban volviendo loca y no pudo evitar seguir pensando en él hasta que se quedó dormida.



# XXXIII

## Nube Blanca

Tres días después ya no sentía dolor y estaba cansada de estar encerrada en su habitación, así que decidió vestirse y bajar a comer.

—Vaya, me alegra ver que por fin bajas. ¿Estás bien? —le preguntó Ana.

En esos tres días Ana había estado acompañándola, pero Jorge no había vuelto a subir ni siquiera para saber cómo estaba. Cosa que a Mónica le había molestado muchísimo, pero no iba a decírselo.

—Sí, estoy mejor, gracias.

Jorge no dijo nada, solo la miró unos instantes fijamente y después empezó a comer. Cuando terminaron él volvió a irse, y al levantarse de la mesa ella se dio cuenta de que llevaba una camisa y unos pantalones viejos, y las botas llenas de barro.

—¿Por qué tu hijo lleva esas ropas? Parece un peón.

—Están arreglando las vallas para que no se escapen los animales.

—¿Por qué él? ¿Por qué no lo hacen los negros?

—Porque los esclavos están con la cosecha y las vallas no

pueden esperar. Entre sus hombres y él están haciéndolo. No te preocupes, mi hijo siempre ha trabajado mucho, eso lo mantiene en forma y le ayuda a quitarse el estrés. No puede estar sentado sin hacer nada todo el día y esta plantación está muy dejada. Como dice él, necesita muchas manos.

—Está muy enfadado conmigo, ¿verdad?

—Más bien dolido. Te dije que no tenías que haberle dicho esas cosas.

***

Mónica estaba nerviosa, habían pasado varios días y Jorge ni siquiera la miraba. Quería pedirle perdón por todo lo que le había dicho, pero él tenía razón y su orgullo no la dejaba.

**Los Valles de Salazar**

Ernesto seguía tirado en ese colchón sin ganas de seguir adelante, solo quería morirse. Moisés iba de vez en cuando y le llevaba comida. tal y como Jorge le había dicho a Mónica que se haría. Cuando vio que traían a un hombre que estaba casi muerto se quedó muy sorprendido al darse cuenta de que era el señor Fernández, así que se acercó a él.

—¿Qué te ha pasado? ¿Qué haces aquí? —Al ver que no le contestaba volvió a preguntarle mientras le zarandeaba—: ¿Te han echado de la casa? ¿Quién te ha disparado?

—Fue… fue el señor Mendoza, me… me disparó y me echó a la calle para que muriera desangrado. Menos mal que alguien me recogió y me curó. Ahora no tengo a donde ir —le decía casi sin poder hablar.

—¿Por qué te disparó?

—Por cumplir una orden suya y… azotar a su hija.

—¡¡¿Azotaste a mi hija?!! —Cuando vio que asentía con la cabeza volvió a preguntarle—: ¡¿Te lo ordeno él?! —Una vez más volvió a asentir con la cabeza, y a Ernesto la sangre le empezó a hervir en las venas. De repente sintió una furia incontrolable—. ¡¡Voy a matarlo!!

Cambió toda su comida por una pistola y se dirigió a Nube Blanca. Solo podía pensar en su hija con la espalda destrozada por los latigazos, como tantas veces había hecho él con los esclavos y con el mismo Jorge.

**Nube Blanca**

Cuando llegó a la casa era ya muy tarde. Jorge había vuelto del campo y estaba dejando a Tormenta en la cuadra. Al salir escuchó una voz detrás de él.

—¡Eres un malnacido y voy a hacer que te arrepientas de todo lo que le has hecho a mi hija! ¡¡Voy a matarte!!

Jorge se volvió y enfrentó su mirada diciéndole sin mostrar ningún temor:

—¿Quieres matarme? Está bien, ¡dispara! ¡¿A qué estás esperando?!

En ese instante llegaron los hombres de Jorge y cuando Ernesto los vio, disparó a Jorge sin pensárselo dos veces, pero la pistola se le encasquilló y el tiro fue fallido. Los hombres de Jorge desenfundaron sus armas y le apuntaron dispuestos a matarlo, pero Jorge les detuvo.

—¡¡Alto!! No disparéis. Atadlo al palo. Moisés, acércate. —Cuando el esclavo se acercó le habló bajito—: Quiero que vayas a buscar a mi esposa y le digas lo que está sucediendo, pero no se te ocurra decirle que te lo he dicho yo o te cortaré la lengua. ¿Me has entendido?

—Sí, amo. —Moisés entró en la casa y fue a la salita a buscar a Mónica, que estaba con Ana bordando—. ¡Señora Mónica! Su padre está aquí, el amo lo tiene en las caballerizas.

Mónica se levantó de un brinco del sofá y salió corriendo hacia las caballerizas. Ana se quedó bordando, pues sabía que ese hombre allí solo podía significar una cosa, problemas para su hijo y para Mónica, o sea, más discusiones entre ellos, y prefería no estar presente. Aunque el principal motivo fuera que no quería volver a verlo.

—¡¡¿Aquí?!! ¡¿Qué hace aquí?! —preguntó Mónica mientras corría.

—Quería matar al amo… Le disparó.

—¡¡¿Qué?!! —Mónica no podía creer lo que estaba oyendo y tampoco entendía por qué le daba tanto miedo que su padre matara a Jorge—. ¿Jorge está herido? —preguntó asustada.

—No, falló.

—Gracias a Dios.

—El amo lo ha atado al palo y quiere castigarle.

—¡Por encima de mi cadáver!

Mónica siguió corriendo. Cuando llegó y vio a su padre sin camisa atado al palo y a Jorge cogiéndole del pelo y diciéndole algo al oído, el corazón se le paralizó.

***

Jorge agarró a Ernesto por los pelos y le dijo con arrogancia:

—Cuantas vueltas da la vida, ¿verdad? Ahora tú estás atado y arrodillado ante mí, y yo soy el amo de todo lo que antes era tuyo.

—¡Eres un malnacido!

Al ver a Mónica aparecer con Moisés añadió muy satisfecho:

—Sin quererlo vas a hacerme un favor, y hasta te lo voy a tener que agradecer. —Nada más decir eso, lo soltó bruscamente, se separó bastante y le gritó a su hombre—: ¡Puedes empezar, quiero oírle gritar!

—¡Nooo!

Jorge hizo una señal a su hombre para que esperara y se dio la vuelta mirando a Mónica.

—Vuelve a casa, Mónica, será mejor que no veas esto, es muy desagradable —añadió con sarcasmo.

—¡Suéltale ahora mismo, no te atrevas a azotar a mi padre! —le gritó acercándose a él.

—Lo siento, querida, pero ha intentado matarme y se merece un castigo. Además, ya le advertí que si volvía le ataría al palo como él hizo conmigo. ¡Puedes empezar! —volvió a gritar a su hombre.

—¡¡No!! Suéltale por favor y haré lo que tú quieras —le suplicó muy bajito.

Jorge de nuevo le hizo señas a su hombre para que esperara y volvió a posar su mirada en ella. Mónica bajó la cabeza avergonzada, pues sabía perfectamente lo que él iba a pedirle y no era capaz de enfrentarlo. Jorge la cogió del mentón obligándola a mirarlo para después preguntarle al oído:

—Tú sabes qué es lo que quiero, ¿verdad? —Ella asintió con la cabeza y él la miró intensamente—. ¿Vas a ser mía esta noche, sin peleas ni discusiones?

Mónica volvió a asentir mientras decía con un hilo de voz:

—Sí. Pero haz que le suelten. No ordenes que le azoten, por favor. Sé que ha intentado matarte, pero no le castigues.

—No quiero a una muñeca de trapo en el lecho. —Mientras hablaba se lo decía bajito al oído para que nadie los oyera, y muy lentamente para que le quedara bien claro—. No van a dejarle ir hasta que no me complazcas. ¿Lo has entendido? —Ella volvió a asentir con la cabeza, pues las palabras no le salían—. Si no lo haces, volverán a atarlo al palo. —Una vez más asintió con la cabeza al borde del infarto al saberse perdida y a su merced—.

¡Soltadle! Pero que no se vaya. Encerradle en el granero, ya os diré más tarde qué hacéis con él. —Cogió a Mónica de la mano y la llevó hacia la casa.

—¿Qué ocurre, hijo? ¿Qué ha pasado con ese hombre? —les preguntó su madre al verlos entrar.

—Nada, mamá, no te preocupes. No quiero que nadie nos moleste, será mejor que cenes sola. Vamos a tardar bastante. —Al escuchar Mónica esas palabras, sus nervios aumentaron. Cuando llegaron a la habitación él se quitó la camisa y la cogió por la cintura diciéndole—: Por fin vas a ser mía. No sabes las ganas que tenía.

Empezó a besarla en el cuello e intentó quitarle el vestido. Estaba tan desesperado por tenerla que no podía controlarse. Mónica pensó en todas las veces que él había intentado obligarla y querido desnudarla, entonces le gritó asustada:

—¡Espere!

Jorge se paró en seco y la miró muy serio.

—No puedo creer que vayas a echarte atrás —le dijo incrédulo.

—No. Pero ya que es inevitable, hagamos las cosas bien. Deje que suba Tula y que me ayude a prepararme para usted.

A Mónica le costaba mucho decirle esas palabras, pero prefería prepararse para él, aunque fuera lo más humillante que tuviera que hacer, a que él la desnudara por completo. Si lo hacia ella, al menos podría conservar el camisón.

—Está bien, tienes razón. Las ganas de tenerte no me han dejado pensar en nada, yo también voy a prepararme. Me daré un baño para quitarme el polvo del campo. No me hagas esperar demasiado, ¿vale? —Le sonrió y le dio un beso en los labios, después se puso la camisa y antes de cerrar la puerta dijo—: Avisaré a Tula.

Cuando llegó Tula a Mónica le temblaban las manos de lo nerviosa que estaba.

—¡Dios mío, Tula! ¿Qué voy a hacer?

—Pues comportarse como una buena esposa y cumplir con sus obligaciones. Creo que su marido ya ha tenido bastante paciencia con usted.

—No me digas eso. La culpa es de él, que siempre ha sido muy bestia y muy animal. Y por eso siempre me ha dado miedo. Por eso nunca he tenido ganas de estar con él.

—Usted es la única persona que se empeña en verle de esa manera, a mí me parece un buen hombre. Mil veces mejor que su padre. Así que olvídese de buscar más excusas tontas y deje que su marido la haga feliz esta noche.

—¡Basta, Tula! No vuelvas a decir eso, yo nunca voy a ser feliz al lado de ese hombre.

Cuando Tula se fue ella se metió en la cama y se tapó hasta el cuello. Se había puesto un camisón muy bonito, pero el más recatado que tenía. Era de color beis, con cuello redondo, abotonado por detrás, de manga corta y hasta los tobillos. No quería que él pudiera ver más de lo necesario, y debajo no llevaba nada más. Cuando oyó abrirse la puerta se asustó y se puso tensa, pero no pudo evitar mirarlo.

Tenía el pelo húmedo, llevaba un pantalón y la bata de raso, igual que la mañana cuando fue a visitarlo al hotel, pero en azul marino. Cuando Jorge se quitó la bata y lo vio se quedó embobada. Nunca se había fijado en su cuerpo y en ese momento no pudo negarse a sí misma que le gustaba lo que veía. Su cuerpo era increíble. Estaba delgado, pero muy bien formado. Era muy alto, hombros anchos, brazos fuertes y un pecho musculoso, tanto que le entró pánico solo al pensar que podría aplastarla con el peso de su cuerpo. Cuando se quitó los pantalones y se quedó totalmente desnudo ella dio una exhalación y se tapó los ojos con las manos gritando:

—¡Dios mío! ¿Por qué hace eso? ¿Por qué no se comporta como un caballero y se pone un camisón?

A Jorge le dio la risa por sus palabras y por el gesto de taparse los ojos como si fuera una niña pequeña.

—Ya te dije que, aunque parezca un caballero, no lo soy —dijo divertido metiéndose en la cama—. Me gusta dormir desnudo y no me gustan los camisones, son muy incómodos. —Le quitó las manos de la cara, pero ella seguía con los ojos cerrados—. Vamos, Mónica, sabes que me gusta que me mires.

—No, mientras no se tape.

Jorge volvió a reírse, pero cuando le quitó la sábana y la vio con ese camisón se echó a reír a carcajadas.

—Te gusta ponérmelo difícil, ¿eh? Ese camisón está a prueba de bombas, es como una fortaleza. Pero torres más altas he derribado. —Ella, sin poder evitarlo, se echó a reír. En ese momento abrió los ojos y descubrió que él la estaba mirando fijamente—. Me gusta tu sonrisa. Tendrías que sonreír más a menudo. —Mientras le decía eso le pasaba el dedo por los labios en una suave caricia, dejándola sin respiración—. Quítate el camisón, por favor.

—¡No! No me obligue a hacer eso, es indecente y un pecado. Y me da mucha vergüenza. —Volvió a cerrar los ojos.

—Tonterías.

Mónica percibió que él se levantaba de la cama, sintió sus manos en la cintura y agarrándola con fuerza la levantó, la puso de pie y la pegó a su cuerpo.

—Jorge, por favor —dijo sin apenas poder respirar.

Él se puso detrás de ella, le apartó el pelo poniéndolo a un lado, y empezó a desabrocharle los botones y a besarle en el cuello, mientras le decía con la voz ronca por el deseo:

—Quiero hacer el amor contigo, no con tu camisón.

—Pero eso no es decente, no podemos estar desnudos…

—Los ricos sois muy raros y muy aburridos. No me extraña que las mujeres de tu clase tengáis tanto miedo a la noche de bodas. No sabéis disfrutar de lo bueno.

Terminó de quitarle el camisón y la volvió hacia él. La miró con mucha intensidad, contemplando embelesado su cuerpo menudo y perfecto. Mientras se recreaba, no podía dejar de sentir un calor y una necesidad tan fuertes que le inundaban todo el cuerpo y le aceleraban el corazón.

—No me mire así —suplicó con un hilo de voz.

Estaba tan avergonzada y asustada que no podía dejar de temblar. Cuando él se dio cuenta la abrazó con fuerza y le habló con suavidad intentando tranquilizarla.

—No quiero que sientas vergüenza conmigo, Mónica.

—Tengo miedo. —Al decir eso le miró a los ojos—. Usted me da miedo.

—¿Por qué?

—Por fin va a conseguir lo que tanto ha deseado, y cuanto más daño me haga mejor será su venganza. Después de todo, es igual que mi padre.

Él sonrió y le dio un beso muy tierno en los labios. Sabía que estaba asustada, aterrada por lo que iba a suceder, así que intentó tranquilizarla.

—¿Cuándo vas a darte cuenta de que no soy como tu padre? No quiero hacerte daño. Te lo he dicho miles de veces. Si fuera así hace mucho que hubieras sido mía sin importarme tus lloros y tus pataletas, justo en nuestra noche de bodas. Si he esperado tanto tiempo es porque quiero que este momento sea especial, tanto para ti como para mí. —Volvió a besarla con ternura—. No quiero que me tengas miedo, Mónica. Te puedo asegurar que, si no te resistes y te relajas, no te dolerá mucho y será muy placentero.

—¿Cómo quiere que me relaje si sé que mi padre está ahí encerrado, esperando a que yo le complazca, y que si no lo hago le castigará? No sé qué es lo que tengo que hacer, qué es lo que usted

quiere. Yo nunca…

Él acalló sus lamentos besándola apasionadamente y ella se quedó sin respiración. Su cuerpo empezó a temblar al sentir el cuerpo desnudo de él pegado al suyo y Jorge, al sentirla tan vulnerable, la abrazó con fuerza susurrándole al oído:

—No necesitas hacer nada, solo déjame amarte. Con eso estaré más que complacido. —La besó de nuevo y la sintió más vulnerable aún, pues temblaba entre sus brazos sin control—. Déjate llevar, Mónica, es lo único que quiero —volvió a susurrarle.

La tumbó muy despacio en la cama y se acostó a su lado sin dejar de acariciarla y besarla. Sus besos eran suaves y sedosos. Con la punta de su lengua empezó a rozar sus labios, provocándola para que ella abriera la boca para él. Cuando lo consiguió la invadió con calma, buscando su lengua, acariciándola e incitándola a un baile de besos. Sus lenguas bailaban al mismo son, con caricias húmedas, cálidas y sumamente placenteras.

Quería ir despacio, tenía que ir despacio para no asustarla, para que pudiera disfrutar de cada minuto, aunque para él fuera una tortura controlar el deseo que crecía con cada caricia, con cada beso. Quería estar dentro de ella ¡ya! Pero sabía que no estaba preparada, y por más que lo deseara se controlaría y esperaría hasta conseguir que Mónica lo deseara del mismo modo que él la deseaba a ella.

Cuando dejó de besarla y la oyó protestar con un quejido, sonrió y le mordió la mandíbula poniéndole la piel de gallina. Siguió bajando por su cuello con besos ardientes hasta llegar a sus pechos, donde acarició sus pezones con la punta de la lengua, poniéndolos duros, para después succionarlos y hacerla gemir de placer, mientras Mónica enredaba los dedos en su pelo apretándole contra su pecho. Podía sentir cómo ella se retorcía por el deseo que crecía como fuego ardiente, un fuego que los devoraba y los llevaba hasta el límite, un límite que Jorge ya no podía controlar. Con la poca cordura que le quedaba, bajó lentamente su mano hasta lo más profundo de la intimidad de Mónica. La sintió caliente y húmeda, totalmente entregada a él, ya que movía las caderas hacia él buscando placer, y no pudo seguir controlándose. Justo en ese momento perdió todo el control y, poniéndose encima de ella, la penetró con suavidad, despacio, poco a poco, hasta notar la tensión en Mónica por el dolor que le causaba su intrusión. Entonces, se detuvo para tranquilizarla.

Mónica estaba aturdida, no podía creer que ese hombre fuera su marido, había dejado de ser frío y duro como el acero para ser

increíblemente cálido y amoroso. El miedo había desaparecido y lo que más le extrañaba era que quería estar con él, quería mucho más, quería sentir sus besos y sus caricias, que la hacían enloquecer de deseo. Ella también sentía deseos de besarle y acariciarle, acariciaba su espalda suavemente y, mientras lo hacía, podía sentir sus cicatrices una a una, así que las acariciaba con la punta de sus dedos, deseando que desaparecieran con sus caricias, para que nunca más volviera a sentirse mal por ellas. De repente sintió un dolor muy fuerte y se puso tensa aferrándose a su espalda, entonces escuchó su voz ronca y suave susurrarle al oído:

—No te asustes, solo será un momento. No quiero hacerte daño, Mónica, relájate y el dolor desaparecerá.

Cuando intentó moverse otra vez, ella le susurró:

—Jorge, para… duele.

—Lo siento, pero no puedo parar… antes preferiría estar muerto.

Volvió a moverse y Mónica otra vez sintió dolor, un dolor intenso. Pero él no dejaba de moverse muy despacio, mientras su boca la devoraba con besos tiernos y posesivos al mismo tiempo, cambiando el ritmo de sus caderas y sujetándola con fuerza. Sus movimientos eran fuertes y cada vez más rápidos, consiguiendo que el dolor desapareciera en segundos y despertando en ella un sentimiento que nunca hubiera imaginado que pudiera sentir entre sus brazos.

Sus besos y su pasión eran tan ardientes, tanto, que creía derretirse en sus brazos poco a poco como una vela, y él era el fuego que la consumía y la hacía arder de placer y deseo. Cuando llegaron al éxtasis lo hicieron juntos, y él sintió un gran placer y una felicidad inmensa, por eso no podía dejar de besarla. Estaba contento y emocionado de que ella se hubiera entregado plenamente a él, sin restricciones, sin vergüenza.

—¿Estás bien? —preguntó al recuperar el aliento, ella asintió con la cabeza—. ¿Te ha dolido mucho? —Ella negó con la cabeza—. ¿Te ha gustado? —Le había gustado, y mucho, pero eso era algo que nunca iba a confesarle—. ¿Qué te pasa, Mónica? ¿Por qué no hablas? Puedes estar tranquila, a tu padre no le va a pasar nada, estoy más que complacido y satisfecho. Ha sido muy especial, y ya no creo que pueda estar ni una sola noche sin hacerte el amor.

—Eso no puede ser.

—Vaya, por fin hablas. ¿Qué no puede ser?

—Pues esto. El trato solo era esta noche y nada ha cambiado.

Jorge la miró muy serio, se apartó de ella y se tumbó boca arriba, a su lado. Mónica inmediatamente se tapó con la sábana.

—¡Por Dios, Mónica! ¿Cuándo vas a dejar ese estúpido orgullo a un lado? Así nunca vas a poder ser feliz a mi lado.

—Yo no quiero ser feliz a su lado, no sé por qué piensa eso. —Con un movimiento rápido sin que ella se diera cuenta, le quitó la sábana de un tirón y volvió a ponerse encima de ella—. ¿Qué hace? Yo ya he cumplido mi parte. ¿Por qué no cumple la suya, sale de mi alcoba y ordena que suelten a mi padre?

—Porque no quiero. Y ya que estás tan interesada en cumplir tu trato, te diré que aún no lo has cumplido. La noche es muy larga y yo sigo hambriento de ti.

—Pero yo no dije…

—Dijiste que serías mía esta noche, y la noche no acaba hasta que vuelve a amanecer.

Empezó a besarla y a acariciarla de nuevo hasta despertar en ella ese sentimiento que hacía que se derritiera entre sus brazos, ardiendo por la pasión y consumiéndose por el deseo que él le provocaba con cada beso y cada caricia. Tanto, que sin apenas darse cuenta susurró su nombre, volviéndolo loco.

—¡Oooh, Jorge!

Esa manera de decir su nombre, junto a sus dedos acariciando su espalda, fue devastadora para él, ya que Mónica hizo algo que él nunca creyó que ninguna mujer pudiera hacer por voluntad propia. Esos dos pequeños gestos en ella acabaron llevándolo a la cima del placer y, con un último esfuerzo, la arrastró con él nuevamente para quedar extasiados. Cuando consiguieron recuperarse, dijo él muy satisfecho:

—Puedes negarlo mil veces si quieres, pero sé que te ha gustado y que has disfrutado tanto como yo. —Después de un beso apasionado, le preguntó—: ¿Tienes hambre?

—Sí, mucha. ¿Por qué no deja que me ponga algo y bajamos a cenar?

—No. Quédate aquí, yo subiré algo de comer.

Cuando él bajó y ella se quedó sola volvió a ponerse él camisón, se cepilló el pelo y se puso a pensar en lo que él había dicho. Le daba vergüenza pensar que Jorge pudiera notar lo mucho que ella disfrutaba en sus brazos, pero después de meditarlo unos segundos se dijo a sí misma que era imposible que él pudiera saber lo que ella sentía. Justo en ese momento recordó las palabras de Estela: «Nosotras también tenemos derecho a disfrutar». Entonces pensó que Estela tenía razón, ellas también tenían derecho, ¿por qué no?

Cuando Jorge entró con la bandeja de comida la dejó en la mesita y se acercó a ella, le pasó las manos por la cintura y le dio

un beso.

—Solo han pasado quince minutos y ya te echaba de menos. Ven, cenemos en la cama.

Al acercarse ella vio la mancha de sangre en las sábanas y se sonrojó.

—Espere, llamaré a Tula para que cambie las sábanas. Debe resultarle desagradable...

—No hay nada en ti que pueda resultarme desagradable, y esa es la mancha más hermosa que he visto nunca. No es necesario que venga Tula. —Él puso la sábana de taparse encima y dijo sonriendo—: Ya está, arreglado. No quiero que nadie nos moleste.

Se quitó la bata y la cogió de la mano, se sentaron en la cama y puso la bandeja en el medio.

En la bandeja había unos pequeños canapés, unos trozos de queso y jamón, y un racimo de uvas. Se comieron todo y después él cogió la uva y empezó a darle en la boca, una uva y un beso, una uva y un beso, una vez y otra. Cuando terminaron quitó la bandeja de la cama y la tumbó, quitándole de nuevo el camisón.

—Pare, por favor, no creo que pueda otra vez.

Jorge la miró profundamente a los ojos con esas lagunas grises con ese tono azulado, y Mónica pudo ver cómo empezaron a arder otra vez por el deseo. Se acercó a ella poco a poco, devorándola con la mirada. Consiguió que se ruborizara y se estremeciera incluso antes de tocarla, así que cuando volvió a sentir de nuevo todo su cuerpo sobre ella, se dejó llevar por el deseo. Él, complacido, volvió a hacerla arder de pasión derritiéndola nuevamente entre sus brazos, y se dejó llevar por el deseo. Cuando terminaron, Jorge la acercó a su cuerpo y la envolvió en un fuerte abrazo.

—Eres mi mujer, acabamos de pasar una noche maravillosa y sigues hablándome de usted. —Cogió su mentón y le levantó la cabeza obligándola a mirarlo—. Quiero que me tutees, Mónica, no me gusta esa frialdad con la que me hablas.

—Está bien. ¿Vas a irte ya? Estoy cansada y tengo sueño, y además me gustaría ponerme el camisón.

Jorge sonrió y le dio un beso.

—Yo también tengo sueño. Pero quiero dormir contigo, tenerte entre mis brazos y despertarme a tu lado. Y, además, quiero abrazar tu cuerpo desnudo. —Volvió a besarla y apagó la vela—. Me gusta sentirte así, Mónica, así que tendrás que acostumbrarte a estar desnuda entre mis brazos. Buenas noches.

Mónica se quedó callada. Le gustaba sentirse así, arropada por su abrazo, sentir su cuerpo fuerte y musculoso pegado al suyo. No

podía dormir y no dejaba de pensar en lo que había pasado, en lo increíble que resultaba todo.

Siempre había tenido miedo a la noche de bodas y su terror se incrementó cuando supo que esa noche iba a ser con él. Se imaginaba que sería la noche más horrorosa de su vida, como le habían contado muchas de sus amigas e incluso Ana. Y aún no podía creer que ese hombre frío y duro hubiera convertido esa noche en algo tan especial y tan bonito, que hubiera sido tan tierno y cariñoso, y sobre todo que se hubiera desvivido para hacerle el menor daño posible. Eso era lo más extraño, pero lo que más le había gustado de toda la noche.

Ahora comprendía perfectamente a Estela. Porque si Jorge, que no la amaba, era capaz de hacerle sentir todas esas cosas, Sergio tendría que hacer a su mujer inmensamente feliz. Entonces se preguntó: ¿por qué? ¿Por qué Jorge había sido así con ella? ¿Por qué no había hecho como el marido de Susan? Podía haber buscado su propio placer sin importarle lo que ella sintiera. ¿Tendría razón Estela cuando le decía que Jorge parecía sentir algo profundo por ella o simplemente era como su amigo José, que le gustaba hacer felices a las mujeres que se llevaba al lecho? Como hizo con Susan el día que fueron a comer y ella volvió a sonreír como hacía antes de convertirse en la señora de Sandoval, y solo por el hecho de haber disfrutado unos minutos de placer con él.

Estaba cansada, quería dormirse y dejar de pensar, así que se apretujó más contra Jorge, y cuando sintió que él la abrazaba con más fuerza, se relajó y acabó quedándose dormida.



# XXXIV

## NUBE BLANCA

Cuando al día siguiente Jorge se sentó con su madre para desayunar, esta le saludó con mucha alegría al ver la cara de su hijo. Nunca creyó que algún día volvería a verlo así, pues parecía muy feliz.

—Buenos días, hijo.

—Buenos días, mamá. —Jorge le dio un beso a Ana y con una sonrisa en los labios preguntó—: ¿Sabes? Al final vas a tener suerte y puede que tengas ese nieto que tanto anhelas.

—Parece que todo anda bien entre Mónica y tú. ¿Por fin habéis arreglado todo entre vosotros? Espero que fueras cariñoso con ella.

—Demasiadas preguntas de buena mañana, pero voy a contestarte a todas y cada una de ellas. Sí, sí y sí. Si he esperado tanto tiempo solo ha sido para que esta noche fuera perfecta. Y no te preocupes, he sido cariñoso y he seguido tus consejos, no te has cansado de repetírmelo una y otra vez.

—Y verás cómo no te arrepentirás. Yo nunca pude ser feliz con tu padre porque la primera vez me forzó, fue muy bestia y nunca se lo perdoné. Sin embargo, con Manuel y con Alberto fue todo muy distinto. Si la primera noche haces feliz a tu esposa, la tendrás todas

las demás, se sentirá bien entre tus brazos y, lo más importante, nunca tendrá miedo de ti. Y Mónica estaba aterrada, tenía mucho miedo a estar contigo. Verás cómo a partir de ahora todo será distinto.

—Eso espero porque es muy orgullosa, y no creo que dé su brazo a torcer tan fácilmente. —Cuando Tula le sirvió el desayuno le ordenó—: Tula, no despiertes a mi esposa, déjala dormir. Ya te llamará ella, y cuando lo haga súbele el desayuno.

—Sí, amo.

—No comas tan deprisa, te va a sentar mal.

—Tengo que darme prisa, hoy se me han pegado las sábanas y hay mucho que hacer.

—Bueno, puedes tomarte un día de descanso, creo que te lo mereces.

—Será mejor que me vaya a trabajar o de lo contrario me pasaré el día encerrado en la alcoba de Mónica, y no quiero agobiarla.

Su madre se echó a reír.

—Anda, desayuna y ve a trabajar, será lo mejor.

***

Cuando Mónica se despertó era muy tarde, seguía desnuda y Jorge la había tapado con su bata, era tan suave y olía tan bien que se quedó un rato abrazada a ella recordando todo lo que había pasado esa noche, y preguntándose por qué se sentía tan feliz.

Pero en ese mismo instante pensó en su padre y eso le hizo sentirse mal, ya que no podía ser feliz con su marido si el precio era que su padre viviera en la más absoluta miseria. Tenía que verlo. Su padre estaba en la casa y tenía que verlo, aunque solo fueran unos minutos. Llamó a Tula y se puso el camisón.

—Tula, por fin llegas.

—Estaba preparándole el desayuno. Su marido me dio permiso para subírselo, bueno, más bien me lo ordenó. Debe estar muy contento con usted y a usted tampoco se la ve muy mal. Parece que anoche no lo pasó tan mal como pensaba.

—Calla, Tula, no digas esas cosas. Es muy tarde, ¿por qué no me has despertado antes?

—Su marido me dijo que la dejara dormir.

Mónica sonrió. Le gustaba que Jorge tuviera esos detalles con ella, pero la alegría que sentía se desvaneció enseguida.

—Ayúdame a vestirme, quiero ver a mi padre.

—Su padre ya no está.

Mónica se quedó parada, mirándola.

—¿Dónde está?

—Su marido mandó ayer a uno de sus hombres para que lo acompañara de vuelta al río. Se lo ordenó cuando bajó para que le preparara algo de comer.

—Vete, Tula, déjame sola.

Mónica sintió una decepción muy grande. Toda la felicidad había desaparecido y Jorge volvía a ser ese monstruo sin sentimientos. ¿Por qué lo había vuelto a llevar a ese lugar? ¿Por qué no la había dejado verlo, aunque fuera unos minutos?

***

Cuando Jorge llegó a comer y se sentó a la mesa le preguntó a su madre:

—¿Y Mónica, va a bajar?

—No lo sé. Le pregunté a Tula y me dijo que quería estar sola, y no he querido molestarla. Sigue en su alcoba.

—Voy a ver qué le pasa. —Al llegar la vio sentada en el sillón mirando por la ventana—. ¿Qué haces aquí, no bajas a comer?

—No, no quiero comer.

Por su manera de hablar sabía que estaba enfadada, así que se acercó y se inclinó para darle un beso, pero ella le giró la cara.

—¿Qué te pasa, Mónica? Pensé que entre nosotros estaba todo más o menos arreglado.

Mónica se levantó del sofá y empezó a caminar, estaba nerviosa y no quería estar cerca de él ni que la tocara.

—Yo también creí que usted podía cambiar y ser un poco menos insensible. Después de lo que pasó anoche pensé que podía perdonar a mi padre y que le dejaría quedarse.

—¿Vuelves a llamarme de usted? —Se acercó a ella con un par de zancadas y la cogió por la cintura acercándola a su cuerpo. Apartó un mechón de pelo de su rostro y acariciándole la mejilla, dijo pacientemente—: Lo que pasó anoche fue muy hermoso, así que no lo estropees intentando hacerme chantaje emocional. No voy a ceder, y no quiero a tu padre aquí.

—¡Suélteme, no quiero que me toque! —Intentó apartarse de Jorge, pero él la sujetó más fuerte.

—¿Por qué no quieres que te toque? Ayer estabas encantada.

—Ayer no tuve más remedio y usted sabe por qué lo hice, por mi padre. —Ella sintió cómo su mirada se volvió gris y fría de nuevo, cómo su mentón se apretaba por segundos, y cómo su

abrazo pasó de ser delicado al más fuerte de los abrazos, tanto que casi no podía respirar—. Lo siento, no quise decir eso. Suélteme, me hace daño. —Él aflojó los brazos y vio que a Mónica se le empezaron a llenar los ojos de lágrimas—. Si tan solo me hubiera dejado verlo, aunque solo fueran unos minutos. ¿Qué le costaba dejar que me despidiera de él?

Jorge le quitó con los dedos las lágrimas que rodaban por sus mejillas y cuando intentó besarla, ella le empujó apartándolo bruscamente.

—¡No me toque! No voy a volver a ser suya hasta que no vuelva mi padre. Si quiere volver a tenerme tendrá que traer a mi padre de vuelta a esta casa. Esta es su casa, no la suya.

Él la alcanzó en dos zancadas, volvió a cogerla del pelo y, echándole la cabeza hacia tras para mirarla directamente a los ojos, le habló muy serio.

—Te he dicho antes que no intentes chantajearme. No quieras venderte a mí para comprar el perdón de tu padre porque eso es algo que nunca vas a conseguir. Jamás podré perdonar a ese hombre por lo que nos hizo a mi hermana y a mí. ¡No me pidas imposibles!

La soltó de golpe haciendo que se tambaleara y se fue dando un portazo. Ella se echó en la cama y se puso a llorar.

Toda la magia que había habido entre ellos la noche pasada había desaparecido de golpe, había muerto dando paso otra vez al odio y al rencor.

Cuando su madre lo vio sentarse a la mesa con esa cara de querer matar a alguien le preguntó:

—¿Otra vez tenéis problemas? No os ha durado mucho lo bueno.

—No creo que podamos estar bien nunca. Ella es demasiado orgullosa y yo tengo demasiado rencor guardado dentro. Ninguno de los dos vamos a ceder, y eso es algo que nos separa y jamás nos dejará ser felices juntos.

—Vamos, hijo, no seas tan pesimista y cuéntame qué ha pasado.

Cuando Jorge le contó todo lo que había ocurrido, ella acarició su mano diciéndole suavemente para que no se alterara:

—Mónica solo está enfadada y con razón. —Él la miró muy serio —. No me mires así, tengo razón y cometiste un error. Debiste dejar que viera a su padre, total, él ya estaba aquí. Piensa que esa muchacha lleva muchos días sin verlo sabiendo que está en una situación penosa y que, aunque para nosotros sea el hombre más malo y despiadado que existe en el mundo, para ella es su padre, y con ella siempre fue bueno y cariñoso. Solo lo tenía a él y estaban

muy unidos, así que es normal que se sienta mal por él. Deberías pensar en ello.

—¿Y crees que no lo pensé? ¿De verdad crees que si la hubiera dejado ver a su padre luego se hubiera conformado? Estoy seguro de que después me hubiera impedido que lo sacara de la casa y me hubiera armado un escándalo, se habría puesto histérica y eso hubiera sido mucho peor.

—Pues bien, si es eso lo que piensas sube y pídele perdón. Explícale por qué no la has dejado ver a su padre.

—No pienso hacer eso.

—Luego te quejas y dices que ella es orgullosa. Alguno de los dos tendrá que ceder, porque si no nunca vais a estar bien.

—Tengo que irme.

Se fue muy enfadado y no volvió hasta la noche.

A la hora de cenar, Mónica bajó al comedor y se sentó a la mesa. Su saludo fue muy frío y solo se dirigió a Ana.

—¿Estás bien, hija?

—Podría estar mejor. Puede que algún día, cuando las mujeres tengamos derecho y podamos pedir el divorcio, pensar y decidir por nosotras mismas, entonces sí, podré estar bien. Porque entonces dejaré de ser la señora *de* Mendoza, para volver a ser Mónica Salazar, y te juro por Dios que nunca más dejaré que otro hombre vuelva a mandar sobre mí, y mucho menos que me diga a quién puedo o no puedo ver. Solo espero que cuando llegue ese día no sea demasiado vieja y pueda disfrutar de un poco de libertad.

Mientras ella hablaba a Jorge le iba invadiendo una furia inmensa, así que decidió irse para no empeorar las cosas. Sin decir nada, se levantó de la mesa y subió a su habitación.

—No creo que sea bueno que le enfades más de lo que ya está, hija, podría perder la paciencia.

—¿Y qué va a hacer? ¿Atarme al palo y azotarme él mismo? —Cuando Mónica vio la cara de tristeza de Ana se arrepintió enseguida y se disculpó—: Lo siento, pero será mejor que no hablemos de tu hijo. Nunca nos pondríamos de acuerdo y no quiero que tú y yo nos enfademos, así que hablemos de todo menos de él, por favor.

Terminaron de cenar y salieron al porche. Al rato, Mónica le dio las buenas noches y subió a su habitación, pues el disgusto no se le pasaba y no tenía ganas de hablar. Cuando Tula terminó de ayudarla a ponerse el camisón se sentó para cepillarse el pelo.

Jorge entró en la habitación y ella se puso de pie de un brinco, él no podía apartar los ojos de ella mientras se acercaba muy

lentamente. El camisón de encaje y seda era el mismo que llevaba la noche de antes de la boda, cuando se quedó embobado mirando su cuerpo y desde ese momento deseó tenerla entre sus brazos como un loco. Y después de lo mucho que le había costado conseguirlo y la noche tan maravillosa que habían pasado juntos, no estaba dispuesto a dejar que ella volviera a vetarle la entrada en su alcoba.

—¿Qué hace aquí? Salga de mi alcoba ahora mismo.

—¿Sigues hablándome de usted? Bueno, no importa cómo me hables, no he venido a conversar.

—No me importa a lo que haya venido. Váyase, por favor.

Empezaba a ponerse nerviosa y su nerviosismo aumentó cuando le oyó decir burlón:

—Como bien has dicho antes, las mujeres *aún* no tenéis derecho a pensar, y mucho menos a decidir. Y como soy tu marido he decidido que quieras o no vas a ser mía esta noche, y la próxima, y la otra, y la otra, y la otra, así todos los días de tu vida. A no ser que con un poco de suerte cambien las leyes y puedas pedirme el divorcio *y* que con otro poco de suerte *yo* quiera concedértelo.

No dejaba de mirarla de forma maliciosa y divertida, mientras se quitaba la bata acercándose más a ella.

Mónica seguía apoyada en la cómoda y cuando vio que no se detenía y que cada vez lo tenía más cerca, cogió el abrecartas con las dos manos y le amenazó con él.

—Si se acerca le mataré. Váyase, por favor. —Jorge seguía acercándose y Mónica andaba hacia atrás hasta que tropezó contra la pared y quedó atrapada entre los dos. Él se paró tan pegado a ella que la punta del abrecartas le tocaba la barriga—. No me obligue a hacerle daño.

—¿Sabes que si amenazas a alguien con un arma tienes que estar segura de cumplir tu amenaza?

Jorge dio otro pequeño paso para aproximarse más y ella echó el abrecartas hacia atrás, dejándolo pegado entre su estómago y la barriga de él, por la diferencia de altura.

—Por favor, Jorge.

—Si quieres matarme hazlo, porque será de la única manera que podrás evitar que te haga el amor. —Él podía sentir cómo las manos le temblaban, entonces con rapidez se las sujetó y apartó el abrecartas de su barriga subiéndolo hasta su corazón. Mónica lo miró sorprendida—. No me mires así, no tendrás otra oportunidad como esta. Si quieres matarme hazlo ahora y sin dudar. Clávalo hasta el fondo, Mónica, porque de lo contrario solo me harías daño y no voy a echarme atrás. Eres mía y no voy a renunciar a pasar las

noches en tu alcoba, no después de lo que pasó ayer, antes prefiero estar muerto. Ahora todo depende de ti, mátame o déjame amarte. —Se acercó muy despacio, pero ella no bajó el abrecartas.

—Jorge… por favor, te lo suplico, vete.

Pero él no la escuchaba y seguía acercándose poco a poco, muy lentamente.

Cuando ella vio cómo la punta del abrecartas se hundía en su piel y cómo empezó a correr un hilo de sangre por su pecho lo soltó inmediatamente y cayó al suelo. Fue en ese momento cuando él la abrazó y la pegó a su cuerpo besándola con pasión, sorprendiéndola aún más. No estaba enfadado ni furioso como ella esperaba que estuviera. No había castigo, y sus besos eran ardientes y tiernos al mismo tiempo, sus brazos la envolvían con fuerza, pero sin dolor, y cuando por fin la dejó respirar para quitarle el camisón, ella le dijo con un hilo de voz.

—Espera, estás sangrando. Deja que te cure.

—No me importa, te deseo tanto, Mónica. Llevo todo el día pensando en ti y te necesito ahora.

Volvió a besarla con esa pasión que la dejaba sin sentido por el cuello, por los hombros, mientras iba bajando los tirantes de su camisón hasta dejarlo caer a sus pies. Se agachó y, lentamente, cubrió sus pechos de besos, mientras Mónica lo abrazaba y enredaba los dedos en su pelo apretándole más contra ella. Él la levantó y la llevó hasta la cama sin dejar de adorarla con su boca. Estaba tan ansioso y tan deseoso que le era imposible esperar más, y de un solo empujón entró en ella arrancándole un grito de placer. Al escucharla se detuvo y le preguntó preocupado:

—¿Te he hecho daño?

—¡Nooo! —dijo con un gemido de placer y moviéndose para sentirlo más adentro—. No pares.

Esas dos palabras consiguieron enloquecerlo, ya que nunca creyó oírselas decir algún día, y le hizo el amor ardiendo de deseo, consiguiendo que se derritiera de nuevo entre sus brazos poco a poco como una vela.

Cuando terminaron se quedaron abrazados y ella no pudo evitar mirar esa pequeña herida que le había hecho con la punta del abrecartas, donde aún quedaba un pequeño trazo de sangre que apenas se apreciaba. Mónica empezó a acariciársela con la punta de sus dedos.

—Lo siento. ¿Te duele?

—No. Vuelves a tutearme, ¿ya no estás enfadada?

Mónica se giró dándole la espalda.

—Sí, estoy enfadada.

Jorge empezó a acariciarle la espalda y a dejar pequeños besos sobre su ahora perfecta piel.

—Te dije que con ese ungüento no te quedarían cicatrices y tenía razón. —A ella se le puso la carne de gallina al sentir sus dedos y sus labios recorriendo su espalda. Se acercó un poco más y rodeándole con un brazo la cintura, se pegó a su cuerpo diciéndole al oído—: Lo siento, Mónica, perdóname. Sé que te tenía que haber dejado que vieras a tu padre, pero también sabía que eso te iba a hacer más daño. Sabía que cuando llegara el momento y tuviera que irse te ibas a poner peor, por eso no quise que lo vieras y lo mandé de regreso antes de que te levantaras. Solo quise ahorrarte ese dolor.

—El dolor no me hubiera importado, solo quería verlo, abrazarlo, besarlo. Yo tenía que haber decidido si quería o no pasar por eso.

—Tienes razón y te juro que no volveré a decidir por ti. Solo te pido que entre tú y yo no hablemos de tu padre, y puede que las cosas funcionen bien entre nosotros. Ya no quiero pelear más, Mónica, estoy cansado. Démonos una oportunidad.

Volvió a besarle la espalda, a acariciarla lentamente poniéndole la piel de gallina nuevamente.

—Estese quieto y váyase de mi alcoba.

Jorge la cogió de la cintura y le dio la vuelta, acercándola y pegándola a su cuerpo.

—Sabes que no voy a irme. Es más, mañana voy a darle órdenes a Tula para que traslade todas mis cosas aquí. Creo que ya va siendo hora de que vivamos como marido y mujer. —Cuando Mónica fue a decir algo, él le puso el dedo en la boca para hacerla callar—. ¡No! No quiero que digas nada. Tuviste tu oportunidad y la desaprovechaste. Ahora vas a tener que aguantarme todas las noches, porque voy a hacerte el amor todas las noches, voy a dormir a tu lado todas las noches y voy a darte un beso de buenos días todos los días. Y si no estás de acuerdo aún tienes la opción del abrecartas, y que conste que no volveré a ofrecértela.

Al oírle decir eso Mónica le miró a los ojos y le preguntó:

—¿Por qué te arriesgaste? Podría haberte matado, ya sabes lo mucho que te odio.

—Prefiero estar muerto a que me rechaces, a pasar una sola noche más sin ti. Y por mucho que quieras hacerme ver que me odias, no te creo.

—Pues deberías, porque voy a odiarte todos los días durante el

resto de mi vida. —Jorge le sonrió y le dio un beso tras otro. Ella, entre beso y beso, le iba diciendo—: Te odio… te odio… te odio.

—Yo también te odio, Mónica. —La besó apasionadamente y volvió a hacerle el amor.

Cuando terminaron Mónica estaba recostada sobre su pecho.

—¿Puedo pedirte algo?

—Puedes pedirme lo que quieras siempre que no tenga que ver con tu padre.

Mónica levantó la cabeza y apoyó el mentón en su pecho para mirarle a los ojos.

—Quiero ir a visitar a Estela. Les prometimos que le devolveríamos la visita y tengo ganas de verla. Por favor, Jorge, compláceme y llévame a verla.

—Mándale una nota con Moisés y, cuando ellos te digan, será un placer llevarte a ver a tu amiga. Me gustan los Serra.

Mónica sonrió entusiasmada y le dio un beso en el pecho.

—Mañana mismo mandaré a Moisés con la nota, gracias.

En ese momento y sin saber por qué ella alargó la mano y le acarició la cicatriz de la cara. Jorge se acercó a su mano buscando su caricia y cerró los ojos.

Le gustaba sentirlas en esa parte de su cuerpo, esa parte que creyó que nunca más ninguna mujer volvería a acariciar, esa parte de su cuerpo que él sabía que era repulsiva para todo el mundo excepto para ella, la mujer con la que llevaba soñando casi diez años. La mujer que le hacía sentir que era un hombre normal, no un ser deforme y desagradable como se sentía cada vez que una mujer lo miraba con miedo y repulsión. La mujer que era capaz de acariciar su espalda y hacerle sentir un hombre vivo e increíblemente feliz, aunque las cosas entre ellos fueran tan difíciles. Por eso tenía que lograr que todo funcionara perfectamente, porque de una cosa estaba completamente seguro: pasara lo que pasara entre ellos ya no podría vivir sin ella, no podría pasar ni una sola noche alejado de ella, porque antes preferiría estar muerto.

—¿Qué te pasa? ¿En qué estás pensando? Te has quedado muy serio.

Jorge abrió los ojos y la miró intensamente, diciéndole con tristeza:

—No tienes por qué hacer eso.

—¿El qué? —preguntó confusa.

—Esto. —Cogió su mano y la apartó de su cara besándole la palma.

—¿No te gusta que te acaricie la cicatriz?

—Sí me gusta, pero no tienes por qué hacerlo.

—¿Por qué? —Cada vez estaba más confusa.

—Porque es muy desagradable. —Miró al techo avergonzado.

—A mí no me parece desagradable y nunca me ha importado. —Mónica volvió a acariciarle la cicatriz y le obligó a mirarla—. Y a ti tampoco debería importarte.

—¡Dios, Mónica! Si supieras lo que ese pequeño gesto significa para mí.

Jorge la besó con pasión y volvieron a prenderse en ese deseo que los consumía a ambos hasta llevarlos a la cima del placer, dejándolos cansados y agotados para dormirse abrazados el uno al otro.



# XXXV

## Nube Blanca

Unos días después, Mónica estaba esperando que llegara Jorge del campo, acababa de recibir la contestación de Estela y estaba muy nerviosa. Cuando Jorge entró en la salita le avasalló con su nerviosismo.

—¡Hola! Te estaba esperando. Por fin me ha contestado Estela. Dice que no nos ha avisado antes porque quería saber el día exacto. Van a dar una fiesta para anunciar su embarazo y quieren que vayamos. Es dentro de dos días y tengo que contestarle. ¿Vamos a ir? Por favor, di que sí.

Jorge le sonrió, parecía una niña pequeña pidiéndole una muñeca nueva.

—Pues no lo sé, aún no me has dado un beso. —Ella se colgó de su cuello sonriendo, él la abrazó y la besó—. Sabes que no puedo negarte nada si me lo pides así. —Volvió a besarla y ella se apartó de él sonriendo.

—Para, estate quieto. ¿Qué va a pensar tu madre?

—Su madre está encantada de veros así, por mí podéis besaros siempre que queráis. —Ana estaba en el sofá bordando—. Además,

no sabes las ganas que tengo de que en esta casa se celebre una fiesta para dar la misma noticia que Estela y Sergio van a anunciar.

—No te preocupes, mamá, puede que dentro de poco podamos darte esa noticia. Empeño no nos falta, ¿verdad? —le preguntó a Mónica—. Todas las noches lo intentamos. —Mónica se puso colorada y le dio un puñetazo en el pecho con suavidad.

—Para, no digas eso que me da mucha vergüenza. —Él volvió a besarla y sonrió.

—Voy a bañarme. Enseguida estoy con vosotras para cenar.



# XXXVI

## La Caprichosa

Cuando llegaron a la plantación de los Serra ya había mucha gente, bajaron del coche y se dirigieron hacia la casa. En la entrada estaban Estela, su marido y sus suegros recibiendo a los invitados que llegaban. Mónica le dio un abrazo a su amiga y volvió a felicitarla, haciendo lo mismo con Sergio.

—En cuanto pueda escaparme estoy contigo —le dijo Estela.

Mónica se encaminó del brazo de Jorge al salón donde se encontraban todos los invitados hablando y bebiendo. Ana se había quedado hablando con la madre de Sergio.

En cuanto entraron Mónica sintió los ojos de Arturo clavados en ella, no pudo evitar mirarlo unos segundos, pero después se giró para observar a Jorge que también lo miraba muy serio y con los labios apretados.

—Lo siento. No había pensado que él también pudiera estar aquí —le dijo apenada—. Si quieres que nos vayamos, lo entenderé.

Jorge acaricio su mentón y lo levantó para mirarla a los ojos, y entonces le preguntó:

—¿Sigues sintiendo algo por él? Quiero la verdad, Mónica. No me mientas, por favor.

Mónica podía ver la angustia en sus ojos solo de pensar que ella aún albergara sentimientos por él.

—No. Ya no, te lo juro.

Jorge le dio un beso sabiendo que Arturo estaba mirándolos solo para hacerle entender que Mónica estaba con él en todos los sentidos.

—Entonces no me importa. ¿Tú quieres irte? ¿Estás incómoda?

—No, no quiero. Quiero estar con Estela, hace mucho que no la veo. Y también bailar con mi fabuloso marido. —Le dedico una sonrisa pícara robándole una a él—. Te juro que no hablaré con él si no quieres.

—Puedes hablar con él, no me importa, pero solo si le recuerdas que soy tu marido. —Ella lo miró extrañada y él se rio—. Solo es una broma. Confío en ti, Mónica, no me decepciones.

—Nunca lo haría. —Esta vez fue ella la que lo besó.

Esas palabras y ese beso eran todo lo que Jorge necesitaba para tranquilizarse.

—¡Hola! ¿Cómo están mi capitán y su preciosa mujercita?

Los dos se dieron la vuelta al mismo tiempo y cuando Jorge lo vio, le dio un abrazo.

—Te he echado de menos. ¿Cómo no me dijiste que estabas aquí?

—He llegado esta mañana, no podía faltar a la celebración. ¡Voy a ser tío! Eso se merece un brindis. —Paró a un esclavo que pasaba con una bandeja de bebidas ofreciéndola a todos los invitados y cogió dos copas de jerez y una de ponche para Mónica—. Y, por favor, no me hagas ser maleducado y deja que salude a tu esposa. —Le dio un beso a Mónica en la mano—. ¿Cómo está? Espero que mi capitán la trate bien.

—Estoy muy bien, gracias, y por favor, tutéeme.

—Solo si tú me tuteas a mí.

Mónica le sonrió.

—Será un placer. Pero ahora disculpadme, Estela me llama.

Mientras Mónica se alejaba ninguno de los dos podía dejar de mirarla.

—Vaya, tengo que felicitarte. No sé qué clase de castigo le estás dando, pero le sienta muy bien. Está mucho más hermosa que antes.

—No te pases si no quieres que te arreste —bromeó dándole un golpe en el pecho—. De esa manera solo puedo mirarla yo.

—Bueno, tú y Arturo Robles, que no le ha quitado el ojo de encima desde que habéis llegado. Pero no le culpo, está radiante y se la ve feliz. No como la última vez cuando estuve en tu casa, que

por mucho que quisiera disimular se notaba a leguas que era desgraciada.

—No me hables de ese pelele, solo de ver cómo la mira me dan ganas de matarle, y sé que tarde o temprano voy a tener problemas con él. Creo que aún no se ha dado por vencido, que cree que puede llegar a tener posibilidades con ella. Pero para eso yo tendría que estar muerto.

—Vaya, eso es muy serio y nada práctico. Además, creo que tendrías que matar al ochenta por ciento de los invitados, ya que por donde pasa tu mujer los hombres se vuelven a mirarla. Eso te ocurre por casarte con la chica más guapa del baile.

—Déjate de tonterías.

—Está bien. Ahora vas a contarme qué ha cambiado desde la última vez que nos vimos. Que yo recuerde la odiabas y aún no habías conseguido llevártela al lecho.

—¡Todo! Ha cambiado todo. Solo voy a decirte que nunca creí que vengarme de su padre acabaría haciéndome tan feliz.

—Por fin has conseguido todo lo que querías. ¿Cuándo vas a dejarla y volver al trabajo? En el cuartel te echamos de menos.

—De momento no voy a volver. Quiero aprovechar el año de permiso que pedí, y además estoy a gusto aquí.

—¡No puedo creerlo! Ya no te quieres deshacer de ella. ¿Qué pasa con aquello que dijiste de que no querías cargar con una Salazar el resto de tu vida?

—Ya no es una Salazar, es mi mujer y es una Mendoza. Y no, no voy a dejarla. Donde yo vaya irá ella, quiera o no quiera.

—No me lo puedo creer, mi capitán se ha enamorado.

—No digas tonterías, ya conoces mi problema con las mujeres, y con ella no me siento así. Ella no ve mis cicatrices, y es capaz de besarme y acariciar mi espalda sin repulsión, y solo por eso me gusta estar con ella. Después de tantos años sin estar con una mujer, no me voy a deshacer ahora de ella para volver al celibato.

—Si has estado de celibato tantos años ha sido porque has querido. Que después de Irene te dieran calabazas dos muchachas más no quiere decir que lo fueran a hacer todas. Te rendiste muy pronto por ese estúpido complejo que tienes.

—Para ti es muy fácil decirlo. Si a ti las mujeres no te miraran directamente a la cara y cuando intentaras besarlas se apartaran y te dijeran: «Lo siento mucho, pero no estoy preparada para que la gente me vea con usted». O ¿cómo fue lo que dijo la otra? ¡Ah, sí! «Es usted un hombre bueno y maravilloso, pero no puedo evitar sentir lástima cuando miro sus cicatrices, y lo siento mucho, pero

no puedo estar con alguien por pena». Cuando te pase algo como eso y sientas que todas las mujeres te rechazan, podrás entender por qué tengo complejos.

—Hay otras mujeres a las que solo tienes que pagar para que hagan y digan lo que tú quieras.

—Sí, y lo intenté una vez. Cuando me vio dijo que me cobraría más. Entonces se me quitaron las ganas, y solo quería estrangularla. Además, no me gustan esas mujeres que se venden a cualquiera y que no sabes con quién han estado antes de ti. Y me parece perfecto que a ti te gusten, no te estoy juzgando, solo digo que no soy como tú. Prefiero tener una mujer que me quiera y que caliente mi cama todas las noches.

—Lo que no puedo entender es cómo has podido aguantarte las ganas tantas semanas teniendo a esa mujer tan cerca todos los días. Y más sabiendo que era tu mujer y que podías disfrutar de ella cuando quisieras, y con todos los derechos. Sobre todo, después de tantos años de celibato. Eres admirable, yo no hubiera tenido tanta fuerza de voluntad, la hubiera hecho mía quisiera o no quisiera.

—Con el tiempo te acostumbras, el problema es volver a probarlo. Es como el tabaco. Si no fumas no lo echas de menos, pero una vez lo pruebas ya no puedes parar. Pues eso es lo que me pasa en estos momentos con Mónica, y te puedo asegurar que ya no podría estar sin ella, la necesito. Además, forzar a una mujer no es divertido. Puede que para otras personas como su padre sí, pero yo solo puedo decirte que las veces que he intentado forzarla han sido muy desagradables. No es bonito tener a alguien entre tus brazos que lo único que hace es llorar, gritar aterrada y mirarte con odio y terror. Estar con Mónica es lo mejor que me ha pasado en la vida, por eso ha valido la pena esperar, me ha costado, pero ha valido la pena. No hay nada más placentero que disfrutar de tu mujer y sentir que ella disfruta contigo. En eso estarás de acuerdo conmigo.

—Pues sí, no te lo puedo negar, tienes toda la razón. Si al final va a resultar que eres un romántico y que solo estabas esperando a la mujer ideal para ti. Y, por lo que me cuentas, creo que la has encontrado. Me alegro por ti, has sabido escoger muy bien, es preciosa.

—Bueno, ya me conoces. Soy muy exigente y siempre busco lo mejor, y ella es perfecta. —Sonrió orgulloso—. Anda, dejemos de hablar de mi mujer y tomemos otra copa. —Pasó el brazo por los hombros de su amigo y salieron al jardín—. Y bien, ¿cómo va todo con Susan?

—No quiero hablar de ella.

—¿Por qué? ¿Ya te has aburrido de ella?

—No, qué va, todo lo contrario. Estoy deseando estar con ella de nuevo. Desde el otro día en tu casa, que fue increíble, por cierto, no he vuelto a verla. Antes de irme al cuartel le mandé un mensaje para vernos, pero ni me contestó ni acudió a la cita.

—Sabes que el viejo Sandoval la tiene muy ocupada con tanto crío, seguro que no pudo ir.

—Puede que tengas razón, pero podía haberme avisado.

—¿Va a venir?

—Eso espero, mi padre los ha invitado y ya le he dicho que me quite al viejo de encima para poder estar con ella. Si supieras las ganas que me entran de matar a ese viejo degenerado. ¿Sabes que la trata como a una puta? ¡Y por eso lo odio!

—¿A qué te refieres?

—Cuando estás con una puta, ¿qué haces? Llegas, te desahogas y ya está, te importa bien poco lo que ella sienta. Si le duele, si le gusta, qué más da, para eso le pagas. Pues más o menos eso es lo que hace el viejo Sandoval con Susan. Pagó una pequeña fortuna a sus padres por ella y eso cree tener en la cama. Lleva más de ocho meses casada con él y el otro día en tu casa fue la primera vez que disfrutó haciendo el amor, la primera vez que tuvo un orgasmo. Me dijo que no quería estar conmigo porque ya tenía suficiente con aguantar a un hombre, que no necesitaba un segundo porque hacer el amor era asqueroso y doloroso. No necesité más para saber cómo el viejo la trataba en la cama. Si hasta le hizo creer que era frígida.

—¡Por Dios! ¡No me lo puedo creer! Me has dejado de piedra.

—Así me quedé yo cuando me lo contó, y también sentí rabia e impotencia.

—Con razón decía esas cosas y estaba tan amargada. Pero estoy seguro de que le hiciste cambiar de opinión.

—Ya me conoces. Puse todo mi empeño, y sí, quedó muy complacida. —Los dos se echaron a reír—. Aunque creí que no lo conseguiría, porque me costó convencerla para llevármela a la cama y después me puse nervioso como un adolescente. Ni siquiera cuando perdí la virginidad estaba tan nervioso. Tenía miedo de hacerle daño, de que no le gustara y perder así cualquier oportunidad con ella. Pero todo fue increíble, porque ella es increíble. Es dulce y muy apasionada, y no veo el momento de volver a estar con ella. Te juro que, si no viene hoy, esta misma noche voy y me presento en su casa para llevármela a la fuerza, o retar a ese viejo estúpido a muerte y quitárselo de encima. Necesito saber que está bien.

—Vaya, sí que te ha dado fuerte, nunca te vi así con ninguna mujer.

—Ella es distinta, y no sé qué me pasa, pero lo único que quiero es cuidarla y protegerla.

—Eso solo significa una cosa.

—¿Qué?

—Que te has enamorado.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque a mí me pasa lo mismo. Mataría a cualquiera que intentara hacerle daño a Mónica.

—Entonces debe ser eso. Y porque es preciosa, ¿verdad?

—No tanto como Mónica. —Jorge se rio al ver su cara—. Pero sí, es preciosa. Y hoy está incluso más bonita.

—¿Y tú cómo…?

Vio que Jorge sonreía a alguien detrás de él y se dio la vuelta para quedar cautivado por la belleza de Susan.

Llevaba un vestido verde que realzaba su color de ojos y su pelo rojizo. La sonrisa que le dedicaba solo a él era tan radiante, tanto, que no podía apartar sus ojos de ella. Cuando llegó a su lado y empezó a hablar lo hizo deprisa, atolondradamente y muy nerviosa.

—Lo-lo siento mucho, yo-yo no pude ir ni contestar a tu mensaje. Mi marido estuvo todo el día en casa, la pequeña estaba mala y no pude moverme de allí… —Sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas y él se acercó cogiéndole las manos para tranquilizarla.

—¡Ssshhh! Tranquila, no te pongas así.

—Pero… ¿No-no estás enfadado?

—No, ya no.

—Creí que no querrías volverme a ver.

—Estoy como loco por estar contigo otra vez, y si no fuera porque esto está lleno de gente, ahora mismo te besaría.

—Yo también.

—¿Confías en mí?

—Sí.

—Entonces ven conmigo.

—¿A dónde?

José le sonrió con mucha picardía al decir:

—A mi alcoba.

—Pero…

—Tu marido no va a enterarse. Vamos, Susan, confía en mí. Quiero estar contigo y tú también quieres estar conmigo. —Mientras le decía eso le ofrecía la mano sin dejar de mirarla y sonreírle.

—Está bien. —Ella aceptó su mano.

—Jorge, avisa a mi padre. Él sabrá qué hacer.

Solo en ese momento Susan se percató de que Jorge estaba ahí.

—Discúlpeme, capitán Mendoza, no me di cuenta y no lo saludé.

—Está bien, no tiene que disculparse, lo entiendo. Ahora, será mejor que me encargue de su marido. Parece ser que José no puede aguantar más. —Jorge les guiñó un ojo y sonrió divertido al ver a Susan sonrojarse—. Divertíos.

José la llevó por detrás de la casa, por la entrada que solo usaban los esclavos, y la subió hasta su habitación. Una vez dentro echó el pestillo y empezó a besarla con desespero, con tanta pasión, que Susan creyó estar perdiendo la razón.

Sus besos la enloquecían. Lo había echado tantísimo de menos que los días que habían pasado sin verse le parecían meses. Sabía también que si su marido se enteraba de esos encuentros furtivos la mataría, pero no le importaba, porque prefería morir antes que estar sin él, ya que cuando estaba con él se sentía viva.

—Espera, no puedo tumbarme. Si me despeinara, mi marido sospecharía.

—No necesitas tumbarte.

La cogió de las nalgas y la subió en su cintura sentándose en el borde de la cama.

—¿Qué haces?

Él sonreía mientras le deshacía los primeros ganchos del corsé. Liberó sus pechos y se los llevó a la boca para seguir enloqueciéndola mientras le quitaba el resto de la ropa. Cuando levantó sus caderas y entró en ella con fuerza hasta lo más profundo, los dos gimieron por el placer de estar juntos de nuevo.

—Te he echado de menos —le dijo con una voz ronca de deseo, mientras sujetaba sus caderas y la movía buscando su placer y dándoselo a ella—. No sabes cuánto.

—Yo a ti también. Te amo. —Ella empezó a mover sus caderas en círculos buscando su disfrute y volviéndolo loco.

Cuando él ya no pudo aguantar más esa dulce tortura, la sujetó con fuerza y aceleró el ritmo llegando los dos al éxtasis.

Susan se quedó abrazada a él, cansada, pero inmensamente feliz. Cuando recupero él aliento le dijo haciéndole reír:

—Nunca creí que se pudiera hacer así.

—Hay muchas maneras de hacer el amor, cariño.

—¿Y vas a enseñármelas todas? —La carcajada de él hizo retumbar la habitación.

—Si tú quieres, sí.

—Sí, sí quiero.

—Mañana podría enseñarte algunas otras si te reúnes conmigo.

—¿Dónde?

—En la vieja algodonera de mi padre, allí nadie nos molestará.

—Después de comer, mientras todos duermen la siesta, podría escaparme.

—Te estaré esperando.

—Júrame que no vas a cansarte de mí, que no vas a dejarme por otras. Eres la única razón por la que vale la pena seguir adelante. Antes de conocerte pensaba todos los días en quitarme la vida, deseaba morir. Si no hubiera sido por los niños...

—Te prohíbo que vuelvas a pensar en eso, ¡¿te queda claro?! —Ella asintió con la cabeza—. Escúchame bien. Voy a encontrar la manera de liberarte de ese cerdo, ¿me oyes? Y no voy a descansar hasta lograrlo, hasta que seas mía, solo mía.

—Cada vez me resulta más difícil soportarlo. Después de estar contigo, de saber lo que me haces sentir, él cada vez me da más asco. Es repugnante y no soporto que me toque.

Por sus mejillas empezaban a rodar lágrimas, José se las limpiaba y la besaba con ternura.

—Todo se arreglará, ten un poco de paciencia. ¿Crees que a mí no me duele pensar que ese cerdo te toca? Cada vez que pienso en eso me dan ganas de matarle. Prométeme que vas a esperar y que no vas a volver a pensar en esas tonterías. No soportaría que te pasara algo. ¡Prométemelo!

—Te lo prometo.

Volvió a besarla con esa gran pasión que lo dominaba cuando estaba con ella y que la volvía loca.

Susan podía sentir cómo el deseo de él crecía dentro de ella nuevamente, ya que aún estaba en su interior, y mientras ella se movía provocándolo, José la llenaba de besos excitándola a ella. Volvieron a amarse con fuerza y con pasión hasta quedar saciados.

José quería que ella olvidara todo lo malo, aunque solo fuera por un momento. Esos pocos instantes que tenían para estar juntos tenía que aprovecharlos bien para hacerla feliz, para que así pudiera soportar el tiempo que estaban separados.



# XXXVII

## La Caprichosa

—Me moría de ganas de verte. Y bien, ¿cómo van las cosas entre Jorge y tú?

—Calla, no seas loca, pueden oírte —sonrió Mónica.

—Nadie nos está escuchando y no necesitas confirmármelo, me basta con ver tu cara para saber que por fin has tenido tu noche de bodas. Y por tu aspecto tan radiante yo tenía razón y el señor Mendoza ha resultado ser al final tierno y cariñoso, ¿no es así?

Mónica volvió a sonreír.

—Te quedas corta —dijo con picardía haciendo reír a Estela—. Es tierno, cariñoso, romántico, sensible, dulce y, al mismo tiempo, fuerte, ardiente y apasionado. Hace que me sienta bien y eso es lo más extraño, porque odiándole como le odio no puedo entender cómo hace que me sienta bien entre sus brazos.

—Quizás es porque no le odias, crees que le odias y sin darte cuenta te has enamorado de él. A veces el orgullo y el rencor no te dejan ver la realidad. Y ya sabes ese dicho que dice que del amor al odio solo hay un paso

—No digas tonterías, nunca podría enamorarme de él después

de todo lo que me ha hecho. Es solo que como no tengo más remedio que estar con él, he decidido que por lo menos sea agradable, porque ya estoy harta de tantas peleas. Pero cambiemos de tema. ¿Has visto a Susan?

—No. Pero ya ha llegado.

—¿Por qué crees que ha llegado? Si lo hubiera hecho nos habría buscado.

—Acabo de ver a Jorge y a mi suegro entrar al despacho con Alberto Sandoval.

—¿De verdad? —preguntó pensativa.

—¿Estás pensando lo mismo que yo?

—Creo que sí. José no está con mi marido, Susan ha desaparecido, y tu suegro y mi marido están entreteniendo al señor Sandoval. Es más que evidente…

—Mónica, ¿puedo hablar contigo?

Mónica se quedó sin habla al reconocer la voz de Arturo detrás de ella, pero enseguida reaccionó y se volvió con una sonrisa en los labios.

—Pues claro, ¿por qué no ibas a poder hacerlo?

—No quiero que tengas problemas con ese hombre si te ve hablando conmigo.

—No te preocupes, puedo hablar con quien quiera, incluyéndote a ti. *Mi marido*, porque es mi marido, es muy comprensivo. —Quiso dejarle bien claro que no le había gustado que se refiriera a Jorge de esa manera.

—Pues me alegro.

—Tengo que irme, me llama Sergio. Luego seguimos.

Estela se fue dejándolos solos, algo que molestó bastante a Mónica.

—¿Estás bien? —Arturo intentó cogerla de las manos, pero Mónica las apartó—. ¿Ese aspecto tan fabuloso que tienes es de verdad o solo es fachada para que la gente no hable? No tienes que disimular conmigo, Estela ya no está, no necesitas defenderlo.

—Ya sé que no necesito defenderlo, él es bastante capaz de defenderse solo. Pero no me gusta que te refieras a él de ese modo tan despectivo, y no tienes que seguir preocupándote por mí, estoy muy bien.

—¿Cómo no voy a preocuparme por ti? Mis sentimientos no han cambiado, Mónica. Te quiero, y hoy estás tan hermosa. Mucho más bonita de lo que recordaba. —Otra vez intentó acercarse para cogerle las manos y ella volvió a alejarse.

—No digas eso, tú y yo ya no podemos estar juntos.

—¿Por qué no? Yo te sigo queriendo, y eso nunca cambiará mientras me quede un soplo de aliento. Y estoy seguro de que tú a mí también.

—No, yo ya no te quiero. Tienes que olvidarte de mí y ser feliz con otra muchacha. No te olvides que ahora soy una mujer casada y que lo nuestro nunca va a poder ser.

—No quiero amar a otra, tú eres la única mujer para mí. Te juro que voy a encontrar la manera de que puedas dejar a tu marido para estar juntos de nuevo.

—No te engañes, Arturo, eso nunca va a pasar. Jorge nunca dejaría que me fuera, y yo ya no quiero alejarme de él.

—No te creo. No puedo creer que quieras estar con ese hombre, es repulsivo.

—No me importa si me crees o no, y no vuelvas a hablar así de mi marido. —Estaba muy molesta, no entendía por qué le incomodaba tanto que hablara mal de Jorge—. Ahora, tengo que irme. —Antes de que pudiera moverse, Arturo la cogió del brazo—. Suéltame, por favor.

En ese mismo instante sintió el brazo de Jorge en su cintura, y Arturo miró detrás de ella con cara de pocos amigos, pero sin soltar su brazo para provocar a Jorge.

Mónica sabía que tendría problemas con Jorge por esa situación y si no conseguía que Arturo la soltara inmediatamente, podría haber un conflicto entre ellos. Como también sabía que eso era lo que estaba buscando Arturo.

—Por favor, señor Robles, ¿quiere soltarme?

Jorge abrazó a Mónica acercándola hacia él y apartándola de Arturo, después miró a Arturo desafiante.

—Ya has oído a mi esposa, ella no quiere que la toques y yo ya te advertí que si volvías a tocarla te mataría.

Mónica recordaba ese momento como si fuera ayer, cuando se escapó y Jorge fue a buscarla a casa de Arturo, y no quería otro duelo entre ellos. Así que se volvió dándole la espalda a Arturo para encontrarse con la mirada fría y gris como el acero de Jorge. Con la intención de que la cosa no fuera a peor, cogió la cara de su marido entre las manos para que centrara su atención en ella, pero no pudo conseguirlo. Entonces, le habló con mucha calma.

—Jorge, por favor, déjalo estar. No vale la pena. —Pero él no podía apartar la mirada de Arturo—. ¡Por favor, mírame! —Cuando él hizo lo que le pedía se dio cuenta de lo asustada que estaba—. Soy tu mujer y es contigo con quien quiero estar, él no me importa. —Se puso de puntillas y le dio un beso en los labios—. ¿Por qué no

bailas conmigo?

Jorge le sonrió tratando de tranquilizarla y mirando a Arturo, le advirtió:

—Tienes suerte de que no pueda negarle nada a mi mujer. Esta es la tercera vez que ella te salva, y ya te lo advertí la primera vez. No tientes a la suerte porque llegará el día que ni siquiera ella podrá apaciguarme.

—No necesito que ella me salve, puedo defenderme yo solito. Y no le tengo miedo.

Mónica se giró y le habló con un tono de voz muy frío:

—¡Basta, señor Robles! No empiece una guerra que nadie le ha pedido. Las cosas entre mi marido y yo funcionan perfectamente ahora mismo, y yo en ningún momento le he pedido que me salve.

Jorge estaba encantado con las palabras que Mónica acababa de decir y no pudo evitar volverla hacia él y besarla en los labios, y aprovechar al mismo tiempo para dejarle claro una vez más a Arturo que Mónica era suya.

—¿Cuándo vas a darte cuenta de que Mónica nunca será tuya? —dijo después de besarla—. Ahora, si nos disculpas, quiero bailar con *mi mujer*.

Cogió a Mónica por la cintura y la llevó a bailar. Mientras bailaban Jorge estaba callado y muy serio. Mónica le dijo con una voz como el terciopelo para calmarlo:

—Lo siento, nunca imaginé que se fuera a poner así. Sé que tienes todo el derecho a estar enfadado, pero…

—No estoy enfadado contigo, y no quiero que te disculpes por ese pelele. Lo que me molesta es saber que no parará hasta que no consiga que le mate.

—Prométeme que no volverás a batirte en duelo con él, no importa lo que diga, solo tienes que ignorarlo. Prométemelo, por favor.

—No puedes pedirme eso. Sabes tan bien como yo que, si quiere retarme, solo tendrá que hacer o decir algo contra ti. Yo no podría ignorar eso y lo sabes.

—No quiero que vuelvan a herirte, no creo que en tu cuerpo quepa una sola cicatriz más.

—¿Eso es lo que te preocupa, que tenga otra cicatriz? Estoy seguro de que te da asco mi cuerpo, que no soportas verlo —añadió con tristeza.

Mónica lo miró y le cogió la cara. Le acarició la cicatriz y, poniéndose de puntillas, empezó a besársela suavemente hasta llegar a su oído para decirle:

—No vuelvas a decir eso. Creo que te he demostrado muchas veces que ni me asustan ni me asquean tus cicatrices y, aunque no te lo creas, cuando te miro ya ni las veo.

—Lo sé, discúlpame. Precisamente eso es lo que me vuelve loco de ti. No me hagas caso, estoy enfadado y no sé lo que digo. —La abrazó y la besó con tanta pasión que la dejó sin respiración—. ¿Por qué no le dices a tu amiga que nos deje una habitación?

—¡Ah, Dios mío! No puedo creer lo que estás diciendo. —Lo miraba con los ojos y la boca muy abiertos, y con las mejillas sonrojadas por la vergüenza.

Jorge empezó a reírse a carcajadas.

—Tranquila, solo era una broma.

No podía dejar de reírse y ella acabó riéndose con él y besándole. No sabía por qué hacía eso, pero no le importaba, se había acostumbrado a estar con él y le gustaba.

***

—Algún día me las pagarás, capitán Mendoza.

Arturo no dejaba de mirarlos y la rabia lo cegaba. No podía soportar ver a Mónica bailar con ese hombre. A veces creía que iba a enloquecer por los celos tan fuertes que sentía y que lo consumían por dentro poco a poco.

Cuando vio cómo Mónica besaba la cicatriz de Jorge, le susurraba algo al oído y cómo él la abrazaba y la besaba apasionadamente, decidió marcharse para no cometer una locura. Si seguía viéndolos así, felices, como querían dar a entender a todo el mundo, sacaría su pistola y mataría a Jorge sin vacilaciones por robarle lo único que le importaba en el mundo. Aunque estaba seguro de que todo era una farsa para que la gente no murmurara y eso era lo único que lo mantenía cuerdo, saber que Mónica seguía queriéndole y que solo fingía con su marido hasta que él encontrara una solución y pudieran estar de nuevo juntos.

***

Después del baile se encontraron con Susan y José, que entraban con bastante prisa.

—Tranquilo, tu padre aún lo tiene encerrado en la biblioteca.

—Menos mal, pensé que habíamos llegado demasiado tarde. Aunque cuando mi padre se pone a hablar de sus negocios es como si le dieran cuerda, nunca se cansa. —Todos se rieron.

Mónica podía ver cómo Susan lo miraba embelesada y rezaba para que controlara sus sentimientos delante de su marido, porque como el viejo Sandoval la descubriera mirando así a José, no necesitaría más pruebas de su infidelidad, con eso sería suficiente.

Sergio y Estela se reunieron también con ellos y su hermano le dijo a José:

—Anda, ¿por qué no entras al despacho y liberas a nuestro padre de ese encierro para que disfrute un poco de la fiesta, y para que nuestra madre pueda bailar con él?

—Tienes razón, voy a sacarlos de ahí. —Antes de irse miró a Susan—. Pero antes de eso voy a conseguir que ese viejo me conceda un baile con su preciosa mujercita. —Le guiñó un ojo y se fue hacia el despacho.

—Estáis arriesgándoos mucho, ¿lo sabías? —le advirtió Estela.

—Sí, y no me importa —respondió Susan.

Cuando salieron del despacho José lo hacía con una sonrisa victoriosa, había conseguido el baile y todos se pusieron a bailar.

—Estoy muy preocupada por Susan —comentó Mónica a Jorge.

—Pues no deberías, José sabrá cuidar de ella. Él no va a dejar que nada le pase.

—Pero…

—¡Ssshhh! No quiero que te preocupes, nada malo va a ocurrir.

Cuando terminó el baile a Susan no le quedó más remedio que reunirse con su marido, los demás salieron al jardín, sentándose un rato para conversar.

***

Era ya muy tarde y la mitad de los invitados se habían ido, incluso Susan y su marido. José le pidió un baile y Mónica aceptó, con el permiso de Jorge por supuesto, mientras él bailaba con su madre.

—Tengo que felicitarte.

—¿Por qué?

—Nunca había visto a Jorge tan feliz como hoy. No sé qué le das, pero no dejes de hacerlo.

Mónica le sonrió.

—Pues creo que lo mismo que tú le das a Susan. Yo tampoco la había visto nunca así de feliz. —Esta vez fue él el que sonrió—. Eso sí, te voy a hacer una advertencia: si le haces daño te hincharé un ojo.

—No tengo ninguna intención de hacerle daño, sino todo lo

contrario.

—Más te vale, porque no sabes lo cruel que soy cuando me enfado. —Los dos se echaron a reír.

—Ahora sé lo que Jorge ve en ti. Tienes carácter y eso me gusta, y a él lo tienes loco.

—No seas exagerado.

—Solo te pido una cosa, y quiero advertirte que yo también soy muy cruel cuando me enfado. —Mónica sonrió de nuevo—. Ese hombre lo ha pasado muy mal y no me gustaría que volvieran a hacerle daño. Por muy duro que parezca, en el fondo es un sentimental. Así que espero que cuides bien de él. Pero que conste que yo no te he dicho nada, si se entera de lo que te estoy contando me matará.

Mónica sentía la necesidad de saber una cosa y se atrevió a preguntárselo.

—Tú lo conoces muy bien, ¿verdad?

—Bastante bien, soy su mejor amigo. Algo así como tú con mi cuñada y con Susan. ¿Por qué?

—Después de su prometida Irene, ¿es verdad que no ha vuelto a estar con otra mujer?

—¿Tú cómo sabes eso?

—Me lo contó su madre. Pero no la creí, pensé que me lo decía para ablandarme porque me parece increíble que un hombre pueda estar sin una mujer tanto tiempo. Y te pido por favor que no le digas nada porque me meterás en un problema con mi suegra, ella nunca me lo perdonaría.

—No te preocupes, puedes confiar en mí. ¿Te he dicho ya que mi amigo es muy sentimental? —Arqueó una ceja poniendo cara de pillo, Mónica se rio—. Lo intentó un par de veces, pero cuando las mujeres le ponían excusas o lo miraban con desagrado, él se echaba atrás. Sus cicatrices le han causado bastantes complejos y no le gustan las mujeres de vida alegre, así que puedes imaginarte lo aburrida que ha sido su existencia. Hasta ahora, que ha encontrado a su mujer ideal, alguien que no lo rechaza por sus cicatrices. Y precisamente eso es lo que él ha estado buscando durante todos estos años, alguien como tú, Mónica. Por eso te pido que no lo abandones, él ya no podría estar sin ti, eso te lo puedo asegurar. Pero eso sí, yo nunca te he dicho nada, recuérdalo.

—No te preocupes, tú también puedes confiar en mí, y no pienso ir a ningún sitio.

Cuando terminó el vals Jorge se acercó con su madre y le preguntó a José:

—¿Te importa cambiar de pareja?

José sonrió a Ana y le ofreció el brazo.

—Para mí será un gran honor bailar con la mujer más bella de la fiesta.

Ana le cogió del brazo diciéndole con cariño:

—Anda, no seas zalamero y guarda tus piropos para esas jovencitas a las que vuelves locas.

Todos se echaron a reír.

Jorge aún se estaba riendo cuando cogió a Mónica por la cintura y la acercó hacia él para bailar la nueva pieza que empezaba a sonar.

Mónica no podía dejar de mirarlo pensando en todo lo que José le había contado. Cuando su madre se lo dijo ella no había podido creerla y ahora que José se lo había confirmado, Jorge le parecía un hombre increíblemente bondadoso y generoso. Pues ninguno hubiera aguantado después de tantos años de celibato todos los desplantes que ella le había hecho, incluso en esos momentos tan intensos y violentos que habían tenido tantas veces. Ningún otro hombre se hubiera apiadado de ella en esas circunstancias, y más siendo su esposa y deseándola tanto como ella podía ver en sus ojos que la deseaba. Aun así, él siempre acabó respetándola, algo que estaba segura tuvo que ser un gran esfuerzo para él.

La voz de Jorge la sacó de sus pensamientos.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan pensativa?

—Te odio, señor Mendoza.

Mónica se puso de puntillas y lo besó muy apasionadamente. Él la abrazó con fuerza y le devolvió el beso, consiguiendo que todo su cuerpo reaccionara de esa manera extraña y placentera cada vez que él la tocaba, haciéndola temblar de deseo.

—¿Por qué no le pides una alcoba a tu amiga? Y esta vez no estoy bromeando.

Mónica se rio y con una sensualidad que lo enloqueció le propuso:

—¿Y mejor por qué no nos vamos a casa? Es tarde, estoy cansada y quiero estar contigo.

—Sus deseos son órdenes para mí, señora de Mendoza.

Su sonrisa se ensanchó acentuando esa cicatriz que podía asustar a cualquier mujer menos a ella, y volvieron a fundirse en otro beso increíblemente apasionado.

Cuando terminó el baile se despidieron de todos para volver a casa.

Era ya muy tarde y Mónica, después de estar hablando con Ana

de la fiesta y de lo bien que lo habían pasado, apoyó la cabeza en el hombro de Jorge, él enseguida la abrazó y la recostó sobre su pecho. Ana les había cedido el asiento a los dos para que estuvieran juntos, y ella se había sentado frente a ellos y de espaldas a la carretera.

Mónica se había quedado dormida en su pecho mientras él la abrazaba y le acariciaba el pelo.

—¿Sabes? —le dijo su madre al verlo tan tierno y cariñoso—. Después de lo que al principio insistí para que no te casaras con ella por todo ese jaleo de la venganza contra su padre, ahora no sabes lo contenta que estoy de que no me hicieras caso. Me encanta verte así con ella. Es la primera vez, después de tantos años, que te vuelvo a ver contento y relajado.

—Ella hace que me sienta así. Nunca creí que volvería a estar así con otra mujer después de lo que pasó con Irene.

—Lo sé, y por eso siempre voy a estarle agradecida. No hay mayor pena para una madre que ver solo y desdichado a su hijo. Y me sentiré inmensamente feliz cuando me digáis que por fin voy a ser abuela.

—Puede que pronto. Eso nunca se sabe.

Cuando llegaron a la casa él cogió a Mónica en brazos. Estaba tan dormida que no quería despertarla. Una vez en la habitación la ayudó a desvestirse y ella susurró entre sueños:

—Lo siento, pero hoy no creo que pueda complacerte. Estoy muy cansada. —Jorge sonrió.

—No necesito que me complazcas todas las noches, también podemos dormir solamente.

—Gracias, y buenas noches. —Le dio un beso, se acurrucó en su pecho y se quedó profundamente dormida.

Mientras ella dormía Jorge no podía dejar de pensar en lo afortunado que era. Esa muchacha tan joven y hermosa, que al principio creyó que jamás iba a poder conquistar, ahora dormía plácidamente entre sus brazos. Podía sentir cómo ella estaba totalmente entregada a él, cómo había dejado a su exnovio totalmente anulado delante de él, y lo que más le había gustado era que con solo unas palabras, unas caricias y unos besos le había demostrado delante de todos que para ella era un hombre totalmente normal, sin cicatrices ni deformidades, algo que nunca nadie antes había podido conseguir. Ni siquiera su madre que, al principio, aunque intentara disimularlo, siempre tenía la pena reflejada en sus ojos cuando veía su cuerpo, por eso decidió que jamás dejaría que volviera a verlo.

Con la única persona que podía mostrarse tal y como era, era con ella, con Mónica. Al principio por molestarla y para hacer que aún le tuviera más miedo y así poder someterla más fácilmente. Pero lo más sorprendente era que, aunque fuera un gran estratega como le decía su padre, con ella sus planes nunca daban resultado, porque a ella nunca le asustaron sus cicatrices y nunca pudo someterla. Más bien fue él el que se sometió a sus encantos y acabó colgando la piel de lobo para convertirse en el cordero bobo y enamorado. ¡Sí! Era la primera vez que se lo decía a sí mismo, pero era cierto, se había enamorado de su mujer sin apenas darse cuenta, y desde esa misma noche sabía que no podría vivir sin ella y que sería capaz de cualquier cosa por ella, incluso de morir.



# XXXVIII

## NUBE BLANCA

Habían pasado tres semanas y todo iba muy bien entre ellos, acababan de hacer el amor y estaban abrazados, cuando ella le preguntó:

—¿Puedo hacerte una pregunta sin que te enfades?

A él no le gustó nada esa pregunta, tenía el presentimiento de que el tema iba a ser sobre su padre porque se había puesto muy seria, pero tampoco quería obligarla a callar, así que contestó pacientemente.

—Intentaré no enfadarme.

Mónica levantó la cabeza y apoyó el mentón en su pecho para mirarlo.

—¿Cómo va la cosecha? Y los negros, ¿están mejor? Y todas esas vallas que estaban rotas, ¿conseguiste arreglarlas?

Jorge la miró extrañado.

—¿Por qué iba a enfadarme que te interesaras por tu plantación? Lo que me extrañaba era que te fuera tan indiferente.

—No me es indiferente, solo que a los hombres no os gusta que las mujeres nos metamos en los negocios.

—Puedes preguntarme lo que quieras. Bueno, mejor te contesto

a lo que ya me has preguntado. A ver, déjame pensar… —Puso una cara pensativa e interesante y ella se rio—. ¡Ya! Ya me acuerdo. Primero, la cosecha va muy bien, terminaremos a tiempo para entregarla toda. Segundo, los negros están…, ¿cómo dicen ellos? ¡Ah, sí! «Mejor que cuando vivía tu abuelo, que ya es decir». —Ella le miraba divertida, le gustaba cuando él se ponía de broma, le hacía mucha gracia—. No me mires así, es lo que dicen ellos. Y, por último, las vallas están todas arregladas, así que ya no volverá a perder ninguna vaca, señora de Mendoza.

—Debes ser un buen amo para que los negros digan eso de ti. No ha habido nadie mejor que mi abuelo, señor Mendoza.

—Solo les di lo que nos convenía a todos. Comida para que estén sanos y fuertes, y así puedan trabajar más y mejor. Y no te equivoques, yo no soy su amo, *tú* eres la única dueña de esto.

—No digas tonterías, las mujeres nunca podríamos mandar, no nos harían caso.

—¿Qué harías tú si pudieras mandar?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Quiero saber todo lo que piensas, todo lo que quieres, todo lo que te gusta. Y si hay algo que pueda hacer al respecto, ten por seguro que lo haré.

Mónica lo besó con mucha ternura.

Cada vez la sorprendía más y le encantaba que estuviera pendiente de ella, que la mimara, que la complaciera. Se sentía segura a su lado y eso le gustaba.

—Lo primero, mandaría quitar el palo de los azotes y no permitiría que se volviera a castigar a ningún negro por puro placer. Y después les daría a todos la libertad. —Entonces se rio—. Piensas lo mismo que mi padre, ¿verdad? Que estoy loca como mi abuelo. Mi padre siempre me decía eso, y después añadía que por eso las mujeres nunca podrían mandar, porque éramos demasiado blandas.

—No se necesita ser duro para que a uno le obedezcan, sino justo. Y estoy seguro de que tus esclavos estarían encantados contigo y de que con esas propuestas te seguirían hasta el fin del mundo, igual que yo.

Ella empezó a reírse y volvió a besarlo.

—Tanto los negros como yo tenemos que estar agradecidos de que tú hayas venido a poner orden.

—No tienes nada que agradecerme. Soy tu marido, y mi obligación es protegeros a ti y a tus intereses.

—Y lo haces muy bien. Te odio, señor Mendoza.

—El sentimiento es mutuo, señora de Mendoza. —Atrapó su boca y se fundieron en un beso.

Mónica no pudo evitar bostezar, así que se dieron las buenas noches y, acurrucados uno junto al otro, se quedaron dormidos.



# XXXIX

## Nube Blanca

Al día siguiente, Jorge entró en la casa buscando a Mónica y cogiéndola de la mano, la llevó a las caballerizas.

—¿Qué haces? ¿Dónde me llevas?

—Es una sorpresa.

Cuando llegaron a las caballerizas se quedó con la boca abierta. Estaban todos los esclavos allí, incluso Tula y Moisés, y todos la miraban.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué me traes aquí? ¿Y qué hacen todos los negros aquí?

—Los he reunido a todos para que des tu primera orden. —Mónica le miró atónita—. Vamos, Mónica, mis hombres también van a obedecerte a ti, solo tienes que decirles qué quieres que hagan y lo harán. Eres la señora de la casa, esta es tu casa, y de ahora en adelante quiero que mandes igual que yo.

Mónica le regaló su sonrisa más radiante y, señalando a dos de sus hombres, dijo con mucha autoridad:

—Tú y tú, quiero que arranquéis el palo de los azotes y que lo queméis, y no quiero que vuelva a castigarse a nadie más

físicamente. —Todos los negros empezaron a aplaudir y a gritar de alegría. Ella se volvió hacia Jorge y le preguntó sonriendo—. ¿Lo he hecho bien?

Él la cogió por la cintura devolviéndole la sonrisa.

—Lo has hecho muy bien. Estoy seguro de que ahora todos los negros van a decir que *tú* eres la mejor ama que han tenido jamás.

—Gracias. —Mónica se colgó de su cuello y lo besó.

Todos los negros se acercaron dándole las gracias.

—Bueno, ya está bien, dejad de hacer eso. Estoy seguro de que mi esposa sabe lo agradecidos que estáis. Solo espero que no la decepcionéis y sigáis trabajando como siempre.

—No se preocupe, esto que ha hecho por nosotros es muy importante y le puedo asegurar que todos trabajaremos igual que siempre, pero sin miedo. Usted y su esposo son muy buenos y generosos, y no creo que ninguno de nosotros quiera decepcionarlos.

—Eso espero, Zacarías —dijo Mónica con una sonrisa en los labios.

Zacarías era uno de los negros más viejos, y los demás le tenían mucho respeto. Para todos era como el jefe de la tribu.

—¡Ahora, seguid trabajando! —gritó Jorge para que todo volviera a la normalidad, después cogió a Mónica de la mano—. Ven, tengo otra sorpresa.

—¡¿Otra?! ¿No decías que era una niña malcriada y que no te gustaba que fuera así? Pues si sigues así, vas a acabar malcriándome tú —decía sonriendo hasta que él la detuvo y la rodeó con sus brazos.

—¿Y no te gusta?

—Me encanta.

—Me gusta verte feliz y sobre todo tu sonrisa. Y si tengo que malcriarte para conseguirlo, lo haré.

Mónica volvió a dedicarle una sonrisa radiante consiguiendo que él también sonriera.

—Pues por eso mismo mi padre también me consentía. —Cuando vio cómo se borraba su sonrisa, se dio cuenta de que no tenía que haber nombrado a su padre, le cogió la cara entre las manos para mirarle a los ojos—. Lo siento, se me escapó, no era mi intención nombrarle.

—No importa, lo entiendo. —Sonrió nuevamente, después le dio un beso y la entró en las caballerizas.

—¿Qué hacemos aquí?

Jorge abrió uno de los portones y sacó a Tormenta, la acercó a

Mónica y con sus manos cogió las de Mónica y las puso en la barriga del animal. Ella le miró extrañada y él le anunció con una sonrisa:

—¡Vamos a ser abuelos! —A Mónica le dio la risa—. Quiero saber si puedo montar a Pegaso hasta que Tormenta tenga el potrillo. No quiero forzarla, ese potrillo va a ser increíble.

—Pues claro, no necesitas mi permiso para montar a Pegaso. ¿Está preñada? ¿Desde cuándo? ¿Es de Pegaso?

—Sí, está preñada. No sé desde cuándo porque esos dos andan como locos, se parecen a nosotros. —A ella le volvió a dar la risa y se puso colorada—. Y por supuesto que es de Pegaso. Desde que se vieron no han vuelto a estar con otros, ni ella ni él. Hemos perdido un gran semental, yo diría que al mejor. Aunque le entiendo, a mí me pasa lo mismo con su ama, desde que la vi todo lo demás dejo de tener importancia para mí. Solo pensaba en tenerte al precio que fuera, por eso hice tantas locuras. Pero no me arrepiento, y volvería hacer todo igual si este es el resultado.

Mónica no podía dejar de mirarlo, estaba embobada mientras él le decía todas esas cosas.

—¿Sabes ya cuánto te odio?

Jorge le sonrió y le contestó:

—¡Sí! Igual que yo te odio a ti. —Empezaron a besarse y él la llevó en brazos hasta el dormitorio.

Los dos sabían que ese odio que decían tenerse el uno al otro no era más que una manera de decirse te quiero, ya que el orgullo no les dejaba hacerlo y ninguno de los dos quería confesárselo al otro, pero a ellos les bastaba con eso para ser felices.



# XL

## Nube Blanca

Habían pasado dos semanas y Mónica estaba en el porche pensando en su padre. Al día siguiente era su cumpleaños y no soportaba saber que iba a pasarlo solo en aquel lugar, lleno de gentuza y pobreza, mientras ella se sentía tan dichosa y feliz al lado de su marido, el hombre por el cual su padre estaba en esa situación tan penosa. Así que no pudo evitar echarse a llorar. Cuando de repente sintió los brazos de Jorge rodear su cintura dio un brinco. Jorge le habló al oído.

—Discúlpame, no quería asustarte. —Le dio un beso en el cuello—. Estás helada. ¿Qué haces aquí tan sola? Es de noche y empieza a refrescar, será mejor que entres. —Al ver que no le contestaba la volvió hacia él, entonces se dio cuenta de que estaba llorando—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras? Si alguien se ha atrevido a hacerte algo, lo mataré. —Mónica se acurrucó en su pecho y rompió a llorar con más fuerza.

—¡Yo…!

Llevaba muchas semanas apartando a su padre de sus pensamientos para no sentirse mal, pero ya no podía más y no podía dejar de llorar.

—Vamos, mi vida, dime qué te pasa. No soporto verte así.

Ella intentó explicárselo entre sollozos, casi sin poder hablar.

—No-no quiero que-que te enfades.

Jorge le levantó la cara para mirarla, y cuando vio sus ojos rojos e hinchados, su cara triste y llorosa, supo que estaba perdido. Tenía un mal presentimiento y sabía que fuera lo que fuera no podría negárselo.

—No voy a enfadarme, ¿qué te pasa? —La besó dulcemente.

Mónica decidió contárselo.

—Mañana es el cumpleaños de mi padre, y… y no soporto saber que está allí solo. Necesito verlo, abrazarlo, besarlo y saber que está bien, aunque solo sea un momento. Por favor, Jorge, déjame que vaya a verlo. Es su cumpleaños, solo te pido eso.

Jorge la miró muy serio y sin decir nada se alejó de ella, se metió en el despacho, se puso un coñac y se encendió un puro. Al momento, entró su madre.

—¿Qué ha pasado? Mónica ha subido a su habitación llorando y tú estás aquí encerrado. ¿Habéis discutido?

—No. Ni siquiera le he contestado. Precisamente para eso, para no discutir.

—¿Puedes explicarme qué pasa?

—Mañana es el cumpleaños de su padre y quiere ir a verlo.

—¿Y eso te parece mal? Es lo más normal del mundo.

—Mamá, por favor. Pensé que se había olvidado de él, que nunca más volvería a pedirme…

—No puedo creer lo que estás diciendo. ¿De verdad crees que puede olvidarse de él? ¿Tú te olvidarías de mí?

—No es lo mismo.

—Sí es lo mismo. Yo soy tu madre y él es su padre. Solo piensa que el amor que tú sientes por mí es el mismo que ella siente por ese hombre. Aunque a ti no te guste, es su padre. —Él la miró muy serio—. No me mires así, en el fondo sabes que tengo razón. Demasiado ha tardado en pedírtelo, y si no lo ha hecho antes ha sido para no disgustarte. Pero llega un momento en el que uno ya no puede esconder más sus sentimientos y explota, y eso es lo que le ha pasado a tu mujer. No seas injusto, hijo, y aunque solo sea por ella, deja que vaya a ver a su padre. No puedes prohibirle que lo vea eternamente, y si lo haces acabarás perdiéndola. Si a su padre llegara a pasarle algo y ella no pudiera volver a verlo, nunca te lo perdonaría. Además, tú no tendrías ni que acompañarla.

—¿Crees que dejaría que fuera sola a ese lugar inmundo?

—Yo solo te he dado un consejo. Y si de verdad quieres a tu

mujer como sé que la quieres, no serás tan necio y la dejarás ir a ver a su padre. —Antes de irse le dio un beso en la frente—. Buenas noches, hijo.

Él se quedó sentado terminándose el coñac y el puro pensando en lo que le había dicho su madre. Por mucho que le molestaran sus palabras, sabía que tenía razón, su madre siempre tenía razón. Cuando terminó el puro y el coñac subió a la habitación.

Mónica seguía llorando abrazada a la almohada, él se desnudó y se metió en la cama, se abrazó a su cuerpo y la besó en el hombro. Ella no dijo nada, la congoja no la dejaba hablar, así que Jorge la volvió y empezó a besarle las lágrimas.

—Déjame, no-no quiero estar contigo esta noche.

Apoyó las manos en su pecho para apartarse, pero él la apretó con más fuerza.

—Sabes que no puedo estar ni una sola noche sin tenerte entre mis brazos, sin hacerte el amor.

Sus bocas estaban tan cerca que su aliento la embriagaba, el olor a su puro siempre le causaba esa sensación desde la primera vez que entró en su habitación del hotel y respiró su aroma para darse valor.

Él la acariciaba y ella no podía resistirse a sus caricias, las yemas de sus dedos recorrían suavemente su cuello y sus labios las seguían con besos suaves y ardientes.

—Para… no quiero… —Su voz estaba cortada por el berrinche y el deseo que él empezaba a despertar en ella—. Por favor…

—Eres mía, Mónica —mientras le hablaba con la voz ronca de deseo le levantaba el camisón hasta la cintura—, y te deseo ahora.

Cuando sus dedos penetraron en ella, una ola de calor empezó a quemarla por dentro y, sin poder controlarse, empezó a devolverle las caricias. Sus pequeños dedos recorrían sus cicatrices una a una estremeciéndolo con cada caricia, mientras él devoraba su boca.

Jorge sentía las caricias de Mónica como si fuera seda recorriendo su espalda destrozada, siempre que lo acariciaba de esa manera conseguía enloquecerlo.

Se puso encima de ella sin poder esperar más y la poseyó sin ningún miramiento, sus embestidas eran fuertes y dominantes, mientras le susurraba al oído:

—Me perteneces, Mónica. No lo olvides nunca. Eres mía… —Loco por el placer que sentía al estar dentro de ella, volvió a susurrarle—: Te odio, Mónica, y no sabes cómo mi odio va creciendo cada día más y más. Vas a acabar volviéndome loco.

Sus palabras le llegaron al corazón haciendo que se olvidara de

su padre y entregándose a él por completo. Se derritieron en ese fuego que los consumía llevándolos al límite de sus deseos, después se quedaron abrazados sin decir nada. Era mejor no hablar que acabar discutiendo por algo que no tenía remedio, pensaba Mónica, y así se durmió entre sus brazos con un gran rencor en su corazón.

Mientras, él sin poder dormir, sabía que iba a cometer el mayor error de su vida llevándola a ver a su padre. Sabía que eso iba a traerle problemas, muchos problemas, lo sentía en su interior. Pero su madre tenía razón, ya no podía seguir prohibiéndole que lo viera. Porque, aunque se hubiera entregado a él por completo esa noche, sabía que estaba enfadada y no quería que fuera guardándole rencor, porque ese sentimiento acabaría distanciándola de él, y eso era algo que él no podría soportar.

Mientras le hacía el amor, le había complacido enormemente que, aun estando enfadada, ella no se hubiera podido resistir a sus besos y sus caricias, pero sabía que eso cambiaría si ella acumulaba rencor hacia él por culpa de su padre. Así que estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para no perderla, incluso a ponerle una casa a su padre en el pueblo para que ella fuera a verlo siempre que quisiera. Aunque él no quería verlo, tampoco podía estar continuamente acompañándola a ese lugar y jamás dejaría que ella fuera sin él a ese sitio tan inmundo, ni sola ni acompañada.

Para proteger a su mujer solo había una persona de la que él pudiera fiarse, y esa persona era él mismo, así que solo él la llevaría a esa pocilga para asegurarse de que no corría ningún peligro el tiempo que estuviera viendo a ese malnacido.



# XLI

## Nube Blanca

Por la mañana la despertó con sus labios, besándola y recorriendo su cuello suavemente.

—Buenos días, dormilona.

—Buenos días. —Su sonrisa era apagada y su voz muy triste.

Jorge apoyó el codo en la almohada y la cabeza en la mano, y mirándola fijamente, le dijo con una sonrisa:

—Tendrás que darte prisa si quieres ir a ver a tu padre.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó muy sorprendida.

Jorge asintió con la cabeza y cuando vio cómo su cara empezaba a cambiar, se dio cuenta de que su madre tenía razón, la quería demasiado para verla triste y no le importaba dar su brazo a torcer.

—Sí.

Ella se echó encima de él y se lo comió a besos.

—¡Gracias… gracias… gracias! —le decía, y con cada palabra le daba un beso haciéndole reír—. Voy a arreglarme en un santiamén.

Estiró del cordón para que subiera Tula a ayudarla. Él se vistió y le dijo antes de cerrar.

—Te espero abajo.

***

Cuando Jorge se encontró con su madre le contó sus planes.

—Me alegra mucho que hayas cambiado de opinión, hijo.

—Espero no tener que arrepentirme. No sé por qué, pero tengo un mal presentimiento.

—¿Qué puede pasar? Ese hombre ya no puede hacer nada contra ti.

—Eso no me da miedo, yo ya no soy un muchacho y él ya no es el dueño. Es otra cosa. Bueno, no importa.

Al bajar Mónica se sentaron a desayunar. Mónica no habló en ningún momento sobre la visita a su padre por respeto, ya era suficiente con que Jorge hubiera accedido a dejarla ir como para encima hablar de ello. Estaba muy contenta, pero al mismo tiempo se sentía mal por su marido, porque sabía lo que a él le tenía que haber costado dejarla ir. Ese detalle conseguía que Mónica lo admirara, y cada vez sus sentimientos hacia él se volvían más fuertes.

—¿Quién quieres que me acompañe? —le preguntó cuándo terminaron de desayunar y se levantaron de la mesa—. Puedo ir con Moisés, si te parece bien.

—Voy a llevarte yo. —Ella lo miró sorprendida—. ¿Estás preparada?

Mónica puso las manos sobre su pecho y le miró a los ojos.

—No tienes que hacerlo tú, puedo ir con cualquiera. Sé lo mucho que te ha costado complacerme, por eso no es necesario que me acompañes.

—Ese sitio es muy peligroso y no voy a dejar que vayas con nadie, estaré más tranquilo si voy yo.

—Está bien, gracias.

No quería enfadarlo, por eso no insistió, pero estaba completamente segura de que era un esfuerzo muy grande por su parte ir donde se encontraba su padre.

Cuando subieron al coche Jorge iba muy callado, en todo el camino no abrió la boca y Mónica se sentía muy mal. Se recostó en su hombro buscando su apoyo e inmediatamente lo halló, Jorge le rodeó con el brazo los hombros y ella se sintió mucho mejor.



# XLII

## Los Valles de Salazar

Cuando llegaron a esa parte tan inmunda del condado y el cochero paró el carro al lado de la tienda, a Jorge le invadieron unos recuerdos muy desagradables de su juventud. Esa zona le recordaba la época en la que perdió a su hermana y fue castigado como a un vulgar esclavo, y pensar que justo ahí estaba el causante de toda esa desdicha lo ponía malo. Con un gran esfuerzo se recompuso, bajó del carro y ayudó a Mónica a descender. Pero era incapaz de entrar a esa tienda y ver de nuevo a Ernesto.

—Estaré aquí. Lo siento, pero no puedo entrar, no quiero verlo.

—Está bien, no importa. Puedo ir sola. —Antes de entrar, él la cogió de la muñeca.

—No voy a moverme de aquí, si pasa algo llámame y antes de que parpadees me tendrás a tu lado.

Mónica le sonrió y le dio un beso. Cogió las bolsas de comida que llevaba y entró. No recordaba la otra vez cuando fue con Arturo que el olor fuera tan desagradable. La gente la miraba de arriba abajo y ella deseaba que Jorge estuviera a su lado, pero se llenó de valor y buscó a su padre. Cuando lo vio se arrodilló a su lado y le dijo moviéndole el brazo:

—¡Felicidades, papá! —Él no abría los ojos y no se movía, Mónica volvió a zarandearle—. ¡Papá, despierta, te he traído comida y tu tarta preferida!

Ernesto seguía sin moverse, entonces le tocó la frente y se dio cuenta de que estaba ardiendo en fiebre. Justo en ese momento vio cómo los demás hombres se acercaban y tiraban de las bolsas de comida que llevaba.

—Danos la comida, tenemos hambre —dijo uno de ellos—, él ya no va a necesitarla.

—¡Parad, son para mi padre! ¡Estaos quietos! —gritó asustada tirando de las bolsas para que no se las quitaran.

—¡Solo queremos la comida, dánosla! —volvió a gritarle el mismo hombre enfadado.

Todos estaban acorralándola queriendo coger la comida, a ella le empezó a entrar el pánico y gritó para que Jorge entrara.

—¡Jorge, por favor, ayúdame! ¡Papá, despierta!

La gente se amontonaba sobre ella y le quitaba las bolsas de las manos, algunos la agarraban de los brazos porque querían quitarle los pendientes y los anillos.

—¡Esto tiene que valer una fortuna! —gritaba otro agarrando su muñeca con fuerza para quitarle el anillo.

—¡Soltadme, maldita sea!

En ese mismo instante sonó un disparo y todos se apartaron de ella.

—¡Si alguien vuelve a tocar a mi mujer, lo mataré!

Mónica estaba asustada. Quería correr a su lado, pero no quería dejar a su padre solo y enfermo en esa pocilga con esos desalmados.

Jorge la miró, se acercó y le ofreció una mano, mientras que con la otra no dejaba de apuntar a esa gente con su arma para que no se movieran.

—Jorge, mi padre…

—Vámonos, Mónica.

—¡No puedo! —Empezó a llorar—. Mi-mi padre está ardiendo en fiebre, no puedo dejarle aquí… Por favor, te lo suplico, no me obligues a abandonarlo así.

Jorge se acercó y miró a Ernesto, se agachó para tocarlo y cuando comprobó que estaba ardiendo en fiebre, cogió a Mónica del brazo y la levantó.

—Tenemos que salir de aquí, podría ser contagioso.

Salió de allí arrastrando a Mónica, que gritaba y forcejeaba con él porque no quería irse.

—¡Suéltame! ¡Tengo que volver con él, está enfermo y me

necesita!

—¡No voy a dejar que vuelvas a entrar ahí, podría ser peligroso! ¡No sabemos qué es lo que tiene!

—¡No me importa, no puedes obligarme a dejarle en esas condiciones!

Estaba histérica y no dejaba de chillar, Jorge la cogió de los hombros y le gritó furioso:

—¡¡Tranquilízate, Mónica!! Si me prometes que vas a hacer todo lo que te diga, llevaremos a tu padre a casa y llamaremos al médico. ¿Vas hacer lo que te diga? —Ella asintió con la cabeza—. ¿Me lo prometes?

—Sí, te-te lo prometo.

—Bien. Ahora quiero que subas al coche, pero delante, donde se sienta el cochero, y que no te acerques a tu padre hasta que no sepamos qué es lo que tiene. ¿Te ha quedado claro? —Mónica volvió a asentir con la cabeza y subió al coche sin rechistar, mientras Jorge desenganchaba uno de los caballos del carruaje y se lo daba al cochero diciéndole—. Quiero que vayas en busca del médico y que vaya para la casa ahora mismo.

Jorge volvió a entrar en la tienda y cogió en brazos a Ernesto, notaba cómo ardía y sabía que no era nada bueno. Sentía unas ganas inmensas de dejarlo allí, pero sabía que Mónica jamás le perdonaría que su padre muriera allí solo. Ernesto no dejaba de toser y temblar.

Cuando lo subió al carruaje y lo tumbó en la parte de atrás, se puso al lado de Mónica, pero lo más alejado posible de ella, cogió las riendas y salió lo más rápido que pudo. Estaba muy serio y parecía preocupado, ella intentó acercarse a él y tocarle, pero Jorge le dijo muy serio:

—No me toques y no te acerques a mí, mi ropa podría estar infectada.

—¿Por qué eres tan exagerado?

—No soy exagerado, sino precavido. Está ardiendo en fiebre y no ha parado de toserme encima, y por ese mismo motivo no quiero que te acerques a mí. —Cuando vio su cara de preocupación le sonrió—. No te preocupes, cuando me quite esta ropa y me dé un baño podrás volver a abrazarme y a besarme todo lo que quieras.

—¿Por qué haces esto? Odias a mi padre, ¿por qué le ayudas?

—No lo hago por él, sino por ti. A mí no me importaría si se muriera ahora mismo, pero sé que tú no me perdonarías si lo dejara en estas condiciones.

—¿Y eres capaz de infectarte por eso?

—Prefiero arriesgarme yo a que lo hagas tú.

Mónica lo miraba atónita, no podía creer que ella fuera tan importante para él, que fuera capaz de arriesgar su vida para que a ella no le pasara nada. Sentía unas ganas locas de abrazarlo y besarlo, pero sabía que él no iba a dejar que lo tocara, así que decidió esperar a que se quitara esa ropa, se bañara y entonces se lo comería a besos.

Su padre no dejaba de toser, tenía muy mala cara y ella estaba muy preocupada.

**Nube Blanca**

Cuando llegaron a la casa Jorge llevó el coche a la parte de atrás y le gritó a una de las esclavas que se acercara. Detrás de la casa había unas pequeñas habitaciones que eran de los negros que se encargaban de la casa.

—¿Cuál es tu habitación?

—La tercera, amo.

—Bien. Coge todo lo que necesites y sácalo de allí ahora mismo.

—Sí, amo.

La muchacha recogió lo que tenía, que no era gran cosa, y Jorge cogió a Ernesto en brazos para llevarlo dentro. En ese momento uno de sus hombres se acercó.

—¿Le ayudo, señor?

—No. Con uno que se arriesgue es suficiente. Quiero que desinfecten el coche y que nadie entre en esta habitación, y mucho menos mi esposa, ¿me has entendido?

—Sí, señor. —Dejó a Ernesto en la cama y salieron de la habitación—. ¿Y si su esposa me ordena que la deje entrar? Usted ordenó el otro día que ella también mandaba en la casa, y que teníamos que obedecerla igual que a usted.

—Lo sé, pero no la dejes entrar en esta habitación hasta ver qué dice el médico.

—Sí, señor.

Mónica estaba detrás de ellos con la cara llena de lágrimas, nerviosa y con unas ganas locas de entrar en esa maldita habitación para cuidar a su padre. Cuando Jorge la vio se puso delante de ella y le dijo muy serio y sin tocarla:

—Entra en casa, Mónica, no te van a dejar pasar. Es mejor que esperes al médico en casa, que te quites esa ropa y que te laves. Tú también has estado allí dentro y has tocado a tu padre así que ve a desinfectarte. Yo voy a bañarme y a quitarme todo esto.

***

Cuando bajó, Mónica estaba con su madre, se había cambiado y lavado como le había dicho Jorge, él también se había bañado y había ordenado quemar toda la ropa. Al verlo entrar en la salita se levantó corriendo y se arrojó a sus brazos, él la abrazó con fuerza y la hizo sentirse mucho mejor.

—Vamos, tranquilízate, seguro que no es nada y se pondrá bien enseguida, ya lo verás. Como bien has dicho antes, soy un poco exagerado. —Le dio un beso.

—Gracias. —Ella se lo devolvió.

En ese momento llegó el cochero con el médico, salieron corriendo a recibirle y Jorge le acompañó hasta la habitación donde estaba Ernesto. El médico entró solo. Mónica quería entrar con él, pero Jorge la detuvo.

—El médico ya está aquí, déjame entrar, por favor —le suplicó preocupada por su padre.

—No voy a dejarte entrar hasta que el médico no diga que puedes hacerlo y que no es peligroso. Si el médico sale y dice que no es contagioso, te dejaré entrar.

—¿Y después qué? ¿Harás que lo vuelvan a llevar a ese sitio tan horrible para que vuelva a enfermar?

Jorge la cogió del mentón para mirarla, vio su cara llena de lágrimas y una tristeza muy grande.

—Si el médico dice que no es contagioso podrás entrarle a la casa y cuidar de él el tiempo que sea necesario. Después podrás comprarle una casa pequeña en el pueblo y podrás ir a verlo siempre que quieras. Pero no me pidas más, Mónica, no lo quiero aquí, no quiero verlo y mi madre tampoco creo que pueda hacerlo. ¿Está claro?

—Sí. Gracias, muchas gracias.

Mónica rodeó su cintura con los brazos y se acurrucó en su pecho, ese lugar volvía a ser su refugio después del mal rato que había pasado, su pecho olía bien, sentía su calor, su fuerza y le gustaba estar ahí. Jorge le devolvió el abrazo con fuerza.

Se quedó abrazada a él esperando pues se sentía mejor entre sus brazos, sentir su fuerza le daba paz.

Cuando salió el médico con un pañuelo tapándose la boca y vio su cara, se le paró el corazón. Por su expresión, estaba claro que era grave y cuando le escuchó dar instrucciones a Jorge supo que su padre iba a morir. Estaba tan aterrada que no podía moverse.

—Nadie debe entrar. Pon a una persona a su cargo y que entre

lo menos posible. Por su bien, será mejor que no respire directamente y que lleve siempre un pañuelo tapándose la nariz y la boca. Después que se lave bien y desinfecte antes de tocar nada. Lo siento, Mónica, pero nada se puede hacer por él, está demasiado avanzada.

—¿Qué es lo que tiene? —preguntó Jorge.

—Escarlatina.

Cuando Mónica escuchó esa palabra empezó a llorar, recordando que su madre también murió de escarlatina cuando ella apenas tenía cuatro años.

—¡Vaya! —exclamó Jorge sorprendido.

—Tienes que decirme dónde lo encontraste, no podemos dejar que se propague, sería un caos.

Mientras Jorge hablaba con el médico y le explicaba todo, Mónica seguía abrazada a él, llorando sin poder creer lo que estaba ocurriendo. Hacía apenas unos minutos pensaba que su mundo podía llegar a ser perfecto, ya que por fin Jorge la dejaba ver a su padre e incluso le iba a comprar una casa para que ella pudiera visitarlo siempre que quisiera. Y ahora parecía estar en una pesadilla, pues ese hombre estaba ahí dando a su padre una sentencia de muerte, y ella no podía hacer nada, y tampoco podía creer que eso estuviera pasando de verdad.

Cuando el médico se fue ella seguía abrazada a Jorge sin poder reaccionar, él la cogió de los hombros y ella volvió en si cuando escuchó su voz.

—Mónica, Mónica, por Dios, ¿qué te pasa?

En ese mismo instante ella lo miró y se apartó de él con un empujón.

—¡Déjame!

Nada más decir eso echó a correr hacia la habitación de su padre queriendo entrar sin importarle las consecuencias, pero cuando estaba a punto de abrir la puerta, Jorge la alcanzó y la detuvo.

—¡¿Te has vuelto loca, es que no acabas de oír lo que ha dicho el médico?!

—¡No me importa, quiero estar con él, no voy a dejar que muera solo como un perro! Me-me taparé la boca con un pañuelo y después me limpiaré bien. Ha-haré todo lo que ha dicho el médico, pero, por favor, déjame entrar, me necesita. —Estaba histérica y no podía dejar de llorar.

—No voy a dejarte entrar, ¿es que no lo entiendes?

—¡No, no lo entiendo! ¿Qué más te da que entre? ¿Qué más te da lo que me pase?

—No vuelvas a decir eso, si algo te pasara no podría soportarlo —le habló muy serio.

—Si no me dejas entrar con él y pasar las últimas horas a su lado nunca te lo voy a perdonar, y te odiaré el resto de mi vida —le dijo con una voz y una mirada muy fría.

—No me importa, prefiero que me odies a que te arriesgues y te contagies. Te conozco y sé que no podrías estar viéndole agonizar sin tocarle, sin abrazarle, sin besarle. Lo siento, pero no te lo voy a permitir por mucho que insistas, y si quieres odiarme, hazlo.

—¡Eres un monstruo sin sentimientos, y si mi padre está ahí muriéndose es por tu culpa! —gritó enfurecida y lo miró con un odio intenso, como si quisiera matarlo—. Te supliqué muchas veces que lo sacaras de esa pocilga, pero nunca me hiciste caso, y ahora se muere. ¡Te odio, te odio, te odio y nunca te voy a perdonar! ¡¡Tú le has matado, tú eres el único culpable de todo!!

Sin poder contener más el llanto, se fue corriendo y se encerró en su habitación.

***

—¿Qué ha pasado, hijo? ¿Qué ha dicho el médico? Nada bueno, conforme ha pasado Mónica. Se ha encerrado en su alcoba y no ha querido abrirme.

Jorge estaba sentado en los escalones con la cabeza entre las manos y los codos en las rodillas, su madre se sentó a su lado y le acarició el brazo.

—Su padre se muere. ¡Dios mío! La he perdido mamá y esta vez va en serio, nunca podrá perdonármelo.

—No digas eso, se le pasará, solo está disgustada por la noticia.

—No. Tú no has visto su mirada, estaba llena de odio. Ni siquiera al principio de estar casados cuando decía que me odiaba, ni siquiera entonces me miro de esa manera. Me culpa de que su padre se esté muriendo, aunque en cierto modo tiene razón porque yo lo llevé a esa situación.

—Tú le dejaste vivir, él fue el que se echó a morir. Quizás al final el remordimiento por todas las cosas malas que ha hecho en su vida y creerse culpable también de la desdicha de su hija fueron los que le llevaron a esa situación. No vuelvas a decir que es culpa tuya, porque ese hombre ha terminado tal y como se merecía.

—Puede que tengas razón, pero ella jamás lo verá así. Siempre va a echarme la culpa, y eso levanta una muralla entre los dos.

—Pues tendrás que tener mucha paciencia y derrumbar esa

muralla poco a poco.

***

Mónica se quedó todo el día encerrada en su habitación y por la noche Jorge subió a verla. Estaba tumbada en la cama y él se acercó a su lado, se puso en cuclillas y le acarició la mejilla. Cuando Mónica abrió los ojos y lo vio, se dio la vuelta dándole la espalda, y le hablo con una voz fría y triste.

—Vete de aquí, no quiero volver a verte en mi vida, y si intentas forzarme volverás a tener una muñeca de trapo en la cama. Eso es lo único que vas a conseguir de mí de ahora en adelante.

—Mónica, por favor.

La giró hacia él y de nuevo vio en ella esa mirada perdida y ese cuerpo inerte. Empezó a sentir de golpe una rabia y una impotencia tan grandes que tuvo que salir de la habitación para no empezar a decirle todas las cosas que sentía y evitar empeorar más la situación, así que se marchó dando un portazo que hizo retumbar todas las paredes de la estancia.

Cuando se sentó a la mesa para cenar con su madre, la rabia le salía hasta por los poros.

—Tula. ¿Mónica ha comido algo hoy?

—No, amo. Le juro que no le he subido nada, y ella tampoco me lo ha pedido.

—Quiero que le subas la cena y te asegures de que se lo coma todo.

—Sí, amo, gracias.

—¿Ves? Así acabarás derrumbando esa muralla.

—No voy a dejar que se muera de hambre. Esta vez estoy seguro de que prefiere morir de hambre antes que compartir la mesa conmigo.

***

Cuando Mónica vio a Tula entrar con la bandeja de comida le dijo muy enfadada.

—Llévate esa bandeja antes de que el amo y señor se dé cuenta y te arranque la piel a tiras, no quiero sentirme culpable de lo que te pase. Además, no quiero comer.

—Pues tendrá que hacerlo, porque tengo órdenes de no moverme de aquí hasta que no se lo coma todo. —Ella la miró extrañada—. Sí, no me mire así. Su marido se preocupa por usted y

prefiere dejar que coma aquí antes de que se quede todo el día sin comer. Y ahora va a comérselo todo, ¿o prefiere que llame a su marido y se lo dé él?

—¡Uuuy, le odio!

Mónica empezó a comer. Era capaz de cualquier cosa con tal de no verlo, y cuando terminó, Tula le cogió la bandeja diciéndole:

—Pues parece que sí tenía hambre porque se lo ha comido todo.

—Con tal de no ver a ese hombre soy capaz de todo. ¿Sabes cómo está mi padre?

—Sigue igual, con mucha fiebre e inconsciente.

—Tula, quiero que estés atenta y que en cuanto se vaya el hombre que vigila su puerta, me avises.

Tula la miró muy seria y con un movimiento de cabeza le informó:

—Esa puerta no va a dejar ni un solo minuto de estar vigilada, eso es lo que ha ordenado su marido, y aunque no fuera así yo no dejaría que usted entrara. ¿No se da cuenta de que podría contagiarse y morir?

—Hablas igual que Jorge. Vosotros sois los que no os dais cuenta de que necesito estar con él, verlo por última vez. No quiero que muera solo.

—Lo comprendo y estoy segura de que su marido también, pero usted debe entender que no podemos dejar que entre. Primero, porque su padre no va a saber que usted está con él y no vale la pena, él está inconsciente y no va a recuperarse. Y segundo, porque nos importa demasiado su salud como para dejarla entrar.

—Habla por ti, no creo que a él le importe en absoluto.

—No entiendo cómo puede ser tan necia. —Mónica la miró muy enfadada al oírla decir eso—. Sí, no me mire así, y si quiere puede mandar a poner el palo otra vez y que me azoten. Pero antes tengo que decirle que, si su marido no la quisiera, le importaría bien poco que usted entrara, se infectara y muriera con su padre. Pero él, en vez de eso, manda a sus hombres hacer guardia todo el santo día para que no la dejen entrar pase lo que pase. Porque él sabe igual que yo que usted es tan insensata que acabaría entrando para morirse con él. No puedo creer que por culpa de su padre, que no se lo merece, usted y su marido siempre acaben discutiendo.

—¡¡Basta, Tula!! —gritó Mónica muy enfadada—. ¡No quiero seguir hablando contigo, quiero estar sola, vete!

Esa misma noche Jorge decidió dormir en su antigua habitación, estaba demasiado dolido y enfadado para soportar otro desplante de su mujer.



# XLIII

## Nube Blanca

Cuando al día siguiente Jorge se levantó y fue a preguntar por Ernesto a la esclava que había dejado al cuidado de su suegro, le confirmó que seguía igual, ardiendo en fiebre e inconsciente.

Mónica se pasó todo el día encerrada en su habitación y Jorge en el campo cuidando de la cosecha, eso le hacía olvidarse un poco de todo. Pero cuando volvió por la tarde y se acercó por las habitaciones de los esclavos donde estaba Ernesto vio a la muchacha salir de la habitación.

—¡Amo! —Se acercó la esclava para informarle—: El señor Salazar acaba de morir.

Jorge se quedó helado. Era algo que había deseado muchas veces, pero en ese mismo instante solo podía pensar en Mónica y en cómo se iba a tomar la noticia. Sabía que en cuanto se lo dijera ella le iba a culpar de todo, y eso le ponía de muy mal humor.

Al entrar en la casa se tropezó con su madre.

—Hijo, ya estás aquí, has venido muy tarde hoy. ¿Quieres cenar ya o esperamos un poco? ¿Qué te pasa? Tienes muy mala cara.

—Ernesto acaba de morir. No sé cómo se lo voy a decir a

Mónica. Va a odiarme, y no me va a perdonar en la vida.

—¡Vaya! Lo siento, pero tienes que decírselo.

—Lo sé.

Jorge entró en la habitación de Mónica y la encontró sentada en el sillón. Cuando ella lo miró y vio su cara supo que algo había pasado con su padre, se levantó y se acercó a él preguntándole con lágrimas en los ojos:

—¿Qué ocurre? ¿Es mi padre? —Las lágrimas se desbordaron de sus ojos al preguntar—: Ha muerto, ¿verdad?

—Sí, acaba de morir.

—¡¡Nooo!!

Jorge la abrazó y ella rompió a llorar entre sus brazos, él no podía más que abrazarla fuerte y besarle la cabeza intentando consolarla. Sabía que no podía decir nada para que se sintiera mejor y deseaba que su dolor desapareciera cuanto antes. Ninguno de los dos supo el tiempo que llevaban abrazados, ella llorando sin consuelo y él destrozado al verla así. De pronto y sin poder controlarse, cogió su cara entre sus manos y empezó a besarla, necesitaba sentirla cerca, consolarla de alguna manera y esa era la única que creía posible.

—Basta, Mónica, por favor. No soporto verte así —le habló con una voz muy dulce.

—¡¡Vete!! —le gritó furiosa quitándole las manos de su cara—. ¡No quiero verte, es tu culpa, tú le has matado, tú le has matado! —Se echó llorando en la cama.

Él la miró con mucha tristeza y se fue muy abatido, sabiendo que no era el momento de hacerla entrar en razón, así que decidió alejarse derrotado.

***

Todos sus conocidos acudieron al entierro para acompañarlos en su dolor y darles su apoyo. Cuando aparecieron Estela y Susan, Mónica se colgó de los brazos de ambas y no se separó de ellas ni un solo instante. Evitaba acercarse a Jorge y ni siquiera lo miraba. Jorge, respetando su dolor, procuraba no acercarse a ella para no ponerla peor de lo que ya estaba, aunque por dentro se lo llevaban los demonios.

Al terminar el entierro Estela y Susan la acompañaron a su habitación y la ayudaron a acostarse. Estaba cansada, seguía llorando sin parar y no quería ver a nadie, sobre todo a Jorge.

—Mónica, tienes que tranquilizarte, a tu padre no le gustaría

verte así y lo sabes. Tengo que irme, ¿quieres que le diga a Jorge que suba? —le preguntó Estela.

—¡No! No quiero verlo, quiero estar sola.

—Mónica —la voz de Susan sonaba muy suave—, la compañía de Jorge te hará bien.

—¡No! No quiero verlo. ¡Le odio!

Cuando bajaron Jorge estaba tomándose un coñac con Sergio y Alberto Sandoval. José estaba en el cuartel y no sabía nada porque Jorge no había podido avisarle. Al verlas entrar en la salita fue corriendo hacia ellas.

—¿Cómo está? ¿Crees que puedo subir?

—Será mejor que la dejes sola, no quiere ver a nadie —dijo Estela apenada al ver la desesperación de Jorge.

—Y menos a mí, ¿verdad?

Estela lo miró y le sonrió tristemente.

—Se le pasará, ya lo verás. —Esta vez fue Susan la que intentó animarle.

Jorge y su madre los acompañaron hasta la puerta y les dieron las gracias, Jorge dio las buenas noches a su madre y subió a su habitación, donde se tumbó en la cama sin poder dormir ni dejar de pensar en Mónica. La echaba tanto de menos que le dolía hasta el alma, y no sabía qué hacer ni qué decir para volver a recuperarla.



# XLIV

## Nube Blanca

Al día siguiente Jorge se levantó de muy malas pulgas y después de desayunar se fue a las caballerizas para dar un paseo con Pegaso. Necesitaba cabalgar, soltar toda esa adrenalina que llevaba dentro, pero justo cuando entró a los establos, encontró la excusa perfecta para poder descargar su ira.

Uno de los pocos hombres que aún quedaban de Ernesto, el cual había dejado que se quedara porque tenía dos hijos que alimentar y le había jurado lealtad, estaba tumbado en la paja abusando de una esclava. La esclava parecía una niña, estaba llorando, inmóvil, y con una mirada de tristeza y dolor insoportable.

Ella miró a Jorge pensando que él se daría media vuelta y se iría, o peor aún, que se quedaría mirando y cuando él acabara se uniría a la fiesta echando a ese hombre y quedándose él, como hacía el otro amo. Pero la mirada fría y dura con la que Jorge contemplaba la escena desconcertó a la esclava, y se quedó sorprendida con la reacción del amo, pues se abalanzó sobre ese hombre y lo cogió del pelo haciendo que se levantara bruscamente. Después empezó a darle puñetazos y patadas sin parar mientras le gritaba:

—¡¡Eres un malnacido, te dije que si te quedabas debías seguir mis normas, y que yo sepa prohibí el abuso y los malos tratos a los esclavos!! ¡Quiero que salgas de esta plantación y que no vuelvas nunca más, porque si vuelves a poner un pie en estas tierras te mataré!

Uno de sus hombres acudió al oír los gritos y al descubrir a Jorge golpeando sin piedad a ese hombre los separó.

—Señor, si no deja de golpearle así va a matarlo. ¿Qué ha pasado?

—¡Sácalo de aquí y que no vuelva, no quiero volver a verlo por aquí nunca más!

—Sí, señor.

Cuando consiguió calmarse se acercó a donde estaba la esclava, que seguía desnuda, tumbada y acurrucada, sin atreverse a moverse y sin parar de llorar. Jorge se agachó y la tapó con su chaqueta. Al ver que ella se asustaba al sentir su contacto, le habló con suavidad.

—No tienes por qué tener miedo, no voy a hacerte daño. ¿Cuántos años tienes?

—Qui-quince, amo. —Su voz temblaba al igual que su cuerpo.

La rabia volvió a crecer en Jorge porque en ese momento se acordó de su hermana.

—Vístete y no te preocupes, nadie más volverá a hacerte daño.

—Señor, ya he sacado a ese hombre.

—Pues quiero que lo vuelvas a traer inmediatamente y que reúnas a todos los esclavos y a todos los hombres en menos de una hora en las caballerizas. Y que no falte nadie —ordenó muy enfadado.

—Sí, señor.

En menos de una hora, como él había ordenado, todos estaban en las caballerizas, tanto los esclavos como los empleados. Muchos negros no se atrevían a mirarlo y todos estaban asustados, porque cada vez que Ernesto los reunía era para darles un castigo por cualquier cosa, ya fuera culpa de ellos o no.

Jorge no podía dejar de sentir pena por ellos, nunca había tenido esclavos y no le gustaba tenerlos. Pero ya que los tenía no iba a dejar que las cosas siguieran como siempre, por lo menos no mientras él estuviera allí.

Todos miraban a ese hombre que estaba al lado de Jorge de rodillas y con la cara destrozada por la paliza que le habían propinado.

—Quiero que miréis al señor Torres, estoy seguro de que ni siquiera su mujer lo va a reconocer cuando llegue a su casa. Quiero

que todos sepáis que este hombre no va a volver a pisar esta plantación, por lo menos mientras yo siga mandando en ella. Le he pillado hace más o menos una hora abusando de una esclava, y ya os dejé bastante claro a todos que no quería abusos ni castigos contra los esclavos. —Mientras decía eso miraba a sus empleados—. Si alguien tiene que castigar, seré yo el que lo haga y será castigado conforme yo crea conveniente. Así es que, si alguien cree que puede seguir haciendo lo que le venga en gana, será mejor que se largue, a no ser que quiera terminar como el señor Torres. Y tengo que advertiros que últimamente no estoy de muy buen humor, así que espero que los demás os acordéis de él antes de desobedecer una orden mía. —A continuación, dijo mirando a los esclavos, que estaban muertos de miedo—: Y vosotros, solo espero que no seáis tan estúpidos y no os dejéis castigar. Porque quiero que sepáis que, si alguien vuelve a abusar de vosotros, sobre todo de vosotras —esta vez miró a las negras y a esa niña que acababa de sacar del granero—, es porque queréis.

»Yo no voy a esconderme detrás de las caballerizas ignorando lo que ocurre aquí y no voy a castigaros si venís a contarme cualquier problema que tengáis. Al revés, intentaré solucionarlo. Me habéis visto trabajar en el campo como uno más y preocuparme por la cosecha. Os he triplicado la comida porque vosotros hacéis que Nube Blanca funcione y no quiero que viváis como lo habéis hecho hasta ahora, con miedo. Eso se acabó. Solo espero que a todos os hayan quedado bastante claras las normas a partir de ahora, porque no quiero volver a encontrarme otra escena como la que me he encontrado hace un rato en las caballerizas. Si a alguno no le ha quedado bastante claro algo, es el momento de hacer cualquier clase de pregunta, si no todos podéis volver al trabajo. —Solo uno de los negros más jóvenes se atrevió a levantar la mano—. Sí, puedes hablar.

—Amo, queremos saber si podemos cortejar a nuestras mujeres o sigue existiendo el derecho de pernada y tenemos que esperar como con el antiguo amo a que usted sea el primero.

—Eso es repugnante. Primero, son vuestras mujeres y nadie tiene derecho a ellas, ni antes ni después de vosotros. Eso sí, siempre que ellas quieran, esa norma es tan válida para mis empleados como para vosotros. Creo que eso está bastante claro, ¿verdad? —les preguntó a las negras que asintieron con la cabeza sin atreverse a hablar—. Bien, pues a trabajar.

Mientras todos se iban, Tula se acercó a él.

—Gracias, amo. Esto que ha hecho hoy nadie lo va a olvidar

jamás. Es usted un santo y no entiendo cómo mi niña Mónica está tan ciega.

—No quiero que le digas nada a Mónica de esto. Y no seas exagerada, solo soy justo. Recuerda que soy militar y no soporto las injusticias.

—Es usted el mejor militar que he conocido.

Jorge sonrió.

—¿A cuántos militares has conocido, Tula?

—A ninguno —Jorge volvió a sonreír—, pero he conocido a muchos amos y ninguno puede compararse con usted.

—Yo no soy tu amo, Tula, solo Mónica es la dueña de todo esto. Yo solo intento ayudar. Tarde o temprano volveré al cuartel y, tal y como están las cosas, no creo que tarde mucho en hacerlo.

Jorge se alejó cabizbajo mientras Tula lo observaba con tristeza, rezando para que a Mónica le volviera la cordura, pues tenía que estar loca para no ver ese hombre bueno y maravilloso que tenía a su lado. Le daban ganas de ponérsela en las rodillas y darle una buena tunda para que abriera los ojos de una vez porque si seguía así solo conseguiría perderlo, y estaba segura de que cuando lo hubiera hecho y se diera cuenta de lo que había perdido, sería demasiado tarde y se arrepentiría el resto de su vida.

Entró a la casa muy triste por todo lo que estaba pasando.



# XLV

## Nube Blanca

Jorge estaba desesperado. Mónica no había vuelto a salir de su habitación desde el entierro de su padre y de eso hacía cuatro días ya, así que decidió subir a buscarla para sacarla de allí como fuera. Cuando subió, ella estaba en el sillón leyendo y al oír la puerta se giró para ver quién entraba. Al verlo, volvió a girar la cabeza sin decir nada. Él se acercó y se puso en cuclillas a su lado.

—Mónica, por favor, ¿por qué no bajas a comer? —Le acarició el brazo y ella lo quitó bruscamente, él empezó a enfadarse por su reacción y respiró profundamente para intentar calmarse—. No quiero enfadarme, y ya no sé qué hacer contigo para que todo vuelva a ser como antes. Siento todo lo que ha pasado, te echo mucho de menos.

Mónica se levantó del sillón y empezó a caminar nerviosa.

—Nunca nada va a volver a ser como antes. Y no seas mentiroso, tú no sientes su muerte, tú deseabas que mi padre muriera, por eso lo echaste a la calle como a un perro. *Tú* eres el único culpable de su muerte. *Tú* lo has matado.

A Jorge lo invadió una furia inmensa al ver que ella le hablaba

con tanto odio y tanto rencor así que, cogiéndola por los hombros, la zarandeó mientras le gritaba:

—¡Tienes razón, siempre quise verle muerto, y te diré que mi venganza consistía en quitarle todo lo que tenía y después retarle a duelo para acabar matándolo! ¡Pero solo hubo una cosa que tu padre hizo bien y fue tenerte a ti! ¡Eso es lo único que tengo que agradecerle y solo por ese motivo le dejé vivir! ¡Yo no lo llevé a ese sitio para que se echara a morir, eso fue decisión suya!

Ella se apartó de él con brusquedad.

—¡Pero tú lo echaste de aquí sin nada y por eso acabó así!

—¿Y no te has parado a pensar por qué nadie le ayudó? ¿Por qué nadie lo acogió en su casa? Si tu padre hubiera sido una buena persona, sus amigos, si es que los tenía, le hubieran ayudado, ¿no crees?

—¡No se te ocurra insinuar que mi padre no tenía amigos, y no quieras hacerme creer que era una mala persona! No sé qué le pudo pasar cuando le hizo eso a tu hermana, debió perder la cabeza por un momento y cometió esa locura, y estoy segura de que después tuvo que arrepentirse y mucho. Él siempre ha sido un hombre maravilloso, no como tú, que me haces vivir en un infierno todos los días por vengarte de algo que pasó hace más de diez años y que deberías haber olvidado. Él solo se equivocó una vez, tú me martirizas todos los días, entonces quien es peor, ¿tú o él?

Cuando Mónica vio su mirada como el acero se le paró el corazón. Él se acercó a ella y la cogió del mentón clavando su mirada como dos cuchillos en sus ojos azules y asustados.

—¿Por qué no le preguntas a Tula cómo era tu padre? Pregúntale cómo era en la cama con las esclavas, ella lo vivió en sus propias carnes. Pregúntale por qué tu plantación acabó en quiebra. Y, ya de paso, pregúntale también por qué y de qué murió tu madre…

—¡Mi madre murió de escarlatina! —gritó con voz temblorosa.

—Eso es lo que tu padre te hizo creer, pero yo no voy a quitarte la venda de los ojos porque estoy seguro de que de mí no creerías nada. Tula sabe todas y cada una de las cosas que han pasado en esta casa, y sabes tan bien como yo que ella nunca va a mentirte. Ahora, si quieres seguir estando ciega, sigue echándome la culpa de todas tus desgracias, pero el día que consigas ver la verdad, ese día te arrepentirás de todas las cosas que acabas de decirme, y puede que para entonces sea demasiado tarde para nosotros.

La soltó de golpe y se marchó dando un portazo. Cuando bajó fue directamente a la cocina y le ordenó a Tula:

—Quiero que subas a la alcoba de mi esposa, que saques todas mis cosas y que las lleves a mi antigua habitación. También quiero mis uniformes preparados, creo que ya es hora de volver al trabajo.

—¿Se va, amo? ¿Va a dejarnos ahora? Mi niña no podrá con todo sola, le necesita. Ella no sabrá manejar la plantación.

—Ella no me quiere aquí, y si me quedo solo conseguiremos hacernos más daño. No te preocupes, dejaré aquí a mis hombres para que se encarguen de todo. Ellos saben lo que hay que hacer.

***

Cuando Tula subió a la habitación y Mónica la vio sacar todas las cosas de su marido sin decir nada, le preguntó:

—¿Qué haces?

—Su marido me ha ordenado que lleve todas sus cosas a su antigua alcoba, y también que le prepare los uniformes. Se va, mi niña, y si usted no le pide que se quede, no lo hará.

—Por mí como si quiere irse de la casa, no me importa. Además, estaré más tranquila si no vuelve a entrar en mi alcoba, ¡no quiero verlo!

—No me ha entendido. Se va de la casa, vuelve al ejército.

Mónica se quedó paralizada, estaba muy alterada por la discusión con Jorge y no entendía muy bien lo que Tula decía.

—¿Quieres decir que vuelve a la ciudad, que se va para siempre?

—Sí, mi niña. Dice que ya no quiere seguir haciéndole daño, por eso se marcha. Solo usted puede hacer que cambie de opinión.

Mónica se quedó perturbada. Él era capaz de irse y dejarla sola en un momento así. Ella no sabría qué hacer para que la plantación fuera adelante, le necesitaba, aunque le doliera en el alma reconocerlo, necesitaba que él estuviera allí. Pero prefería morirse antes que decírselo, y justo en ese momento fue cuando se dio cuenta de que lo había perdido, porque ella nunca le pediría que se quedara y él nunca se quedaría si ella no se lo pedía. Empezó a sentirse mal, no podía respirar y se le nubló la vista hasta caer al suelo sin sentido.

***

Tula gritaba como una loca bajando las escaleras.

—¡Amo, amo! ¡Tiene que subir! ¡La niña Mónica se ha desmayado y no vuelve en sí!

Jorge subía las escaleras a zancadas mientras le gritaba a su

madre:

—¡Busca a Moisés, que vaya a por el médico inmediatamente! —Cuando entró y la vio tirada en el suelo, la cogió en brazos y la puso en la cama mientras le preguntaba a Tula—: ¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Estaba recogiendo sus cosas, como usted me ordenó. Le dije que usted se iba, que volvía al ejército y de repente se desmayó.

—Mónica, Mónica, mi vida, reacciona. —Le movía la cara, las manos, intentando que reaccionara, pero ella no se movía y justo en ese momento entró su madre.

—Ya he mandado a Moisés, esperemos que no tarde mucho. ¿Cómo sigue?

—Está igual, no vuelve en sí. Lleva mucho tiempo, ¿no crees? ¡¿Por qué no vuelve en sí?! ¿Crees que puede ser algo malo? ¿Será la escarlatina como su padre? ¿Y si se ha contagiado?

—No lo creo, no tiene fiebre. —Ana tocó la frente de Mónica para cerciorarse—. Tranquilízate, verás como no es nada malo.

***

Cuando llegó el médico, Mónica seguía desmayada y Jorge estaba histérico.

—¡Por fin ha llegado, mi mujer sigue inconsciente y lleva mucho tiempo así, tiene que hacer algo!

—Tranquilo, déjeme verla, seguro que no es nada. —Sacó una botellita del maletín y se la puso en la nariz, Mónica inmediatamente empezó a toser y reaccionó—. Vaya, ya ha vuelto. Le ha dado un buen susto a su marido. —Ella miró a Jorge, que estaba muy serio y tan pálido como la pared—. Ahora quisiera que me dejaran un momento a solas con la paciente, así podré hacerle un reconocimiento.

Cuando salieron Jorge seguía muy nervioso y no dejaba de dar vueltas.

—¿Por qué no paras un momento, hijo? El médico ya está aquí y Mónica va a estar bien.

—Tarda mucho y ¿por qué quería verla a solas?

—Cosas de médicos.

Justo en ese momento salió el médico y se abalanzó sobre él preguntándole:

—¿Cómo está mi esposa? ¿Qué le pasa?

—Tranquilo, no tiene nada de qué preocuparse, sino más bien para alegrarse. Va a ser usted padre, su esposa está embarazada. Eso

sí, no quiero que se mueva de la cama, tiene que hacer reposo hasta nueva orden. Vendré a verla todas las semanas.

—¿Por qué no puede moverse de la cama? ¿Le ocurre algo al bebé?

—Su esposa me ha dicho que ha sangrado un poco estos dos últimos días y después de todo lo que ha pasado con su padre es normal. Esto es solo un aviso, y tenemos que procurar que ella esté lo más tranquila posible y que descanse mucho para que este embarazo pueda llegar a buen puerto. Por eso no quiero que se levante de la cama.

—No se preocupe, mi esposa no va a levantarse de la cama y va a estar lo más tranquila posible.

Jorge le acompañó hasta la puerta y se despidió dándole las gracias. Después se quedó en la salita esperando a que bajara su madre.

***

Cuando Ana entró en la habitación se sentó en la cama y le dio a Mónica un fuerte abrazo.

—¿Estás bien, hija? Déjame darte un abrazo, no sabes lo feliz que me hace esta noticia. Por fin voy a ser abuela. —Mónica le sonrió con tristeza—. ¿Qué te pasa, no estás contenta?

—Sí, mucho, pero preocupada. El médico me ha dicho que podría perderlo. Si algo le pasa a mi hijo no sé si podría soportarlo, creo que ya he tenido bastante perdiendo a mi padre.

—No tienes de qué preocuparte, todos vamos a cuidar de ti y nada le va a pasar a mi nieto. Ahora lo único que tienes que hacer es estar tranquila y no moverte de esa cama. Verás como todo sale bien.

—Eso espero. Creo que tener este bebé va a ser lo único que me pueda hacer feliz de ahora en adelante.

***

Cuando Ana bajó a la salita Jorge estaba esperándola con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos mirando al suelo. Su madre se acercó y le pasó la mano por el pelo, él levantó la cabeza y la miró, sus ojos reflejaban una tristeza muy grande.

—Tranquilízate, hijo. Mónica está bien, solo un poco preocupada por si algo le sucede al bebé. Pero si seguimos las

recomendaciones del médico todo va a salir bien, ya lo verás. Deberías subir a verla.

—No. No voy a subir.

—¿Por qué no?

—Ya oíste al médico, ella necesita tranquilidad y reposo y no creo que verme a mí le proporcione ninguna de las dos cosas. Si algo le pasara a ese bebé por mi culpa, no podría perdonármelo nunca y ella tampoco, por eso es mejor que no suba.

—¿Por qué dices eso?

—Si está así es por mi culpa. Tuvimos una discusión muy grande y le dije cosas muy dolorosas. Estaba decidido a irme, a volver al ejército…

—¿No pensaras irte ahora y dejarla, así como está?

—No, no voy a irme hasta que no esté del todo bien, pero no voy a subir. Para ella estar conmigo es como un infierno y no quiero seguir torturándola con mi presencia.

—¿Por qué dices eso?

—Eso fue exactamente lo que me dijo, y no creo que sea bueno en su estado verme.

—No deberías darle importancia a lo que te dijo. Cuando las personas discuten la mayoría de las veces lo que dicen no es lo que sienten.

—Sí. Sí lo sentía, lo vi en sus ojos. Lo único que ahora me importa es que los dos estén bien, y por mucho que me duela no voy a volver a acercarme a ella, hasta que ella no me lo pida. Solo te pido que cualquier cosa que pase me mantengas informado. Ahora, voy al campo a ver cómo va la cosecha, necesito aire fresco y despejar la mente.

Cuando se fue, su madre se quedó muy triste. Estaba destrozado y le dolía el alma verlo así. Nunca creyó volver a ver a su hijo tan abatido, como la vez que su prometida Irene le dejó de aquella manera tan cruel. Pero esta vez parecía aun peor, y aunque él jamás lo dijera, su madre sabía por qué: porque quería a Mónica mucho más de lo que quiso nunca a Irene, y su rechazo lo destrozaba por dentro.

***

Cuando Ana volvió a entrar para ver a Mónica, esta le preguntó:

—¿Cuándo va a irse tu hijo?

—De momento no va a irse a ningún sitio hasta que el bebé y tú estéis fuera de peligro.

—No creo que le importemos mucho ninguno de los dos cuando ni siquiera ha subido para ver cómo estamos.

—Y no va a subir. —Mónica la miró extrañada—. No me mires así, si quieres que suba tendrás que pedírselo.

—¿Por qué tendría que hacer algo así? Si no quiere subir, pues mejor para mí, más tranquila estaré.

Por su manera de hablar Ana se daba cuenta de que Mónica estaba muy enfadada, así que le explicó por qué su hijo no quería subir.

—Está muy dolido por lo que le dijiste y le preocupa que te pongas peor si viene a verte. Así que no subirá hasta que se lo pidas. Y si tanto te molesta que no suba, ¿por qué no dejas tu orgullo a un lado e intentas ser feliz con mi hijo, aunque solo sea por ese niño que está en camino?

—Yo jamás podré ser feliz con tu hijo después de todo lo que ha pasado.

—Hace cuatro días los dos estabais felices y enamorados, y no se te ocurra negarlo porque yo estaba presente y podía ver lo que ninguno de los dos sois capaces de reconocer. Cuando dos personas se aman no lo pueden ocultar y vosotros no lo hacíais, no os dabais cuenta, pero no lo hacíais.

Cuando Ana se fue Mónica no dejaba de pensar en lo que había dicho, era imposible, ninguno de los dos podía estar enamorado. Ella solo podía odiarlo por lo que le había hecho a su padre, y él era imposible que tuviera sentimientos, después de lo que hizo con su padre. No, eso no podía ser, Ana estaba equivocada.



# XLVI

## Nube Blanca

Habían pasado dos semanas y el médico le seguía recomendando reposo. Jorge seguía sin subir a verla y las únicas personas a las que veía Mónica eran Ana y Tula. A Mónica se le hacían los días eternos y empezaba a ponerse muy triste.

—Jorge, tenemos que hacer algo.

—¿Qué ocurre?

—Mónica está mal, ni Tula ni yo somos capaces de animarla y cada vez está más decaída.

—¿Y qué quieres que haga? Y, por favor, no me digas que suba a verla porque ella no lo ha pedido. Esperemos a ver qué dice el médico la próxima semana.

Pero el médico seguía mandándole reposo, así que Jorge decidió hacer algo para levantarle la moral.

***

—¡Hola! ¿Podemos pasar?

Cuando Mónica vio a Estela y a Susan entrar por la puerta de su habitación no podía creérselo.

—¡Pues claro! No seáis tontas. Pero ¿qué hacéis aquí? No sabéis lo feliz que me hace que hayáis venido. No puedo creerlo, me

estaba muriendo de aburrimiento.

Las dos se tumbaron a su lado, una a cada lado de la cama y le dieron un fuerte abrazo.

—Tu marido ha venido a por nosotras para que te hagamos compañía. Debe quererte mucho, no sabes lo que le ha costado convencer a mi marido para que me deje venir todas las tardes —dijo Susan sonriendo—. Y no sabes lo agradecida que estoy de poder salir de esa casa y olvidarme por unas horas de esos mocosos. Estoy harta de ser la madrasta de esos cuatro críos que me vuelven loca. Y para colmo de males, voy a tener otro más. Imagínate, ¡cinco niños! ¿No es para morirse?

Mónica estaba sorprendida.

—¿Estás embarazada?

—Sí.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—En el entierro de tu padre no estabas para noticias alegres, y después no te he vuelto a ver. Y a mi marido no le gustan demasiado las fiestas, así que no lo hemos hecho público. Él se pavonea delante de sus amigos presumiendo de su hombría creyendo que el niño es suyo.

—¿El niño no es suyo? —preguntó Mónica atónita.

—¡Pues claro que no! Es de José.

—¿Cómo estás tan segura?

—Si en más de ocho meses no fue capaz de dejarme embarazada, ¿cómo va a ser suyo? Sin embargo, desde la primera vez que estuve con José no volví a tener el periodo. No necesito más pruebas, ¿no crees? Estoy completamente segura de que este bebé es de José y gracias a eso soy capaz de soportar su ausencia. No he vuelto a verlo desde que volvió al cuartel y creo que voy a acabar volviéndome loca.

—¿Él sabe que estás embarazada?

—¡Uy! Cuando se lo dije por carta… —empezó a decir Estela antes de que Mónica la cortara preguntándole muy sorprendida:

—¡¿Tú?! ¿Tú se lo dijiste? ¿Por qué?

—Ellos no pueden comunicarse directamente, así que yo hago de intermediaria. Pero como te estaba contando. Cuando le escribí a mi cuñado diciéndoselo, no tardó ni dos días en venir un mensajero con una respuesta, y llegó exhausto. Dijo que mi cuñado le había pagado el triple para que trajera la carta en tiempo récord. El pobre venía con la lengua fuera. —Las tres se echaron a reír.

—¿Y qué decía la carta?

—Eso tendrás que preguntárselo a Susan. Yo solo las recibo y las

entrego, no las leo.

Mónica miró a Susan esperando una respuesta, Susan sonrió.

—Te lo voy a contar porque eres tú y estás en las condiciones que estás —bromeó Susan haciendo reír a sus amigas—. Está como loco. Dice que va a venir, que va a sacarme de la casa y que si mi marido intenta prohibírselo, lo matará.

—¡Dios mío! ¿Y no estás asustada?

—No. Lo amo y lo único que deseo es estar a su lado, lo demás no me importa. No me importan las consecuencias, no me importa lo que diga la gente. Si él me quiere y quiere estar conmigo, voy a dejarlo todo por él.

—Entonces prepárate para hacer las maletas —las tres se echaron a reír de nuevo, al decir Estela eso—, porque no creo que mi cuñado hable por hablar. Los Serra son muy posesivos con sus mujeres.

Mónica aún no podía creer que Jorge hubiera hecho algo así. Estaba muy sorprendida, pero contenta de que se hubiera molestado en traerlas para que la animaran un poco.

—Estáis las dos muy gordas. Bueno, tú no tanto —le dijo a Susan mientras tocaba las barrigas de sus amigas—. Aunque dentro de poco estaré igual que vosotras.

—Y bien, ¿cómo va todo? ¿Se han arreglado las cosas entre Jorge y tú? —preguntó Estela.

—No, todo sigue igual. No nos vemos, no hablamos, parece que no vivamos en la misma casa.

—Pues bien tonta eres —le dijo Susan—. Si no fuera por esa cicatriz, te lo cambiaría por mi marido. —Cuando Mónica le escuchó decir eso se molestó mucho—. Tú no sabes lo que es estar con un viejo que solo quiere que cuides de sus hijos y desahogarse por las noches contigo. Después eres como invisible para él, solo me hace caso cuando tiene algún compromiso, entonces me saca de esa maldita casa como si fuera algo bonito que puede lucir en las fiestas, aunque de eso no me quejo. Preferiría que me ignorase siempre, incluso por las noches, sería mucho más fácil para mí. Jorge por lo menos se preocupa por ti y tiene un cuerpo estupendo, no le cuelga la barriga como al mío y tampoco es tan viejo. Ya te digo que si no fuera por su cara…

—¿Y qué tiene de malo la cara de mi marido? Una vez te acostumbras es muy atractivo y ni siquiera le prestas atención a su cicatriz. Jamás te lo cambiaría por el tuyo. —Mónica estaba muy alterada.

—No te enfades, solo era una broma.

—Pues no me gusta que bromees con la cara de mi marido, no es perfecta, pero es la que tiene…

—Vaya, y yo que creí que no le querías —dijo Estela.

—Y no le quiero. Pero nunca me ha gustado reírme de las desgracias ajenas y lo sabéis.

—Ya, ya. Solo te ha faltado retarme a duelo —añadió Susan entre risas—. ¿Ves? Te lo dije —esta vez se dirigió a Estela.

—¿Qué quieres decir con eso de «te lo dije»? —preguntó Mónica aún molesta.

—Que has caído en mi trampa. ¿De verdad creías que decía en serio eso de tu marido teniendo a José? Solo quería saber hasta qué punto te importa Jorge, y por cómo has reaccionado parece que te importa, y mucho.

—No seas tonta y cambiemos de tema. Contadme cotilleos, hace mucho que no salgo.

Mónica no quería seguir hablando de Jorge, no quería pensar por qué le molestaba tanto que hablaran mal de él.

Se pasaron el resto de la tarde charlando y riendo, y eso para Mónica resultó ser el mejor reconstituyente. Tres horas más tarde tocaron a la puerta. Cuando Jorge entró Mónica no pudo evitar mirarlo y sonreírle para agradecerle que hubiera llevado a sus amigas, pero él ni siquiera la miró. Sin embargo, les dedicó una sonrisa encantadora a sus amigas, cosa que a Mónica le molestó bastante.

—Bueno, señoras, creo que ya va siendo hora de que las acerque a sus casas. No quiero que sus maridos se enojen y no las dejen venir mañana.

—¿Vas a traerlas mañana? —le preguntó Mónica sonriéndole de nuevo, pero él, más frío que nunca, le contestó:

—Si tú quieres, sí.

—Me encantaría.

—Os espero abajo, voy preparando el coche.

Cuando se fueron y se quedó sola, una pena la invadió profundamente. Jorge se había portado con ella mucho más frío que cuando estaban recién casados, y eso era casi imposible de superar.

Al quedarse sola, Tula volvió a subir y le preguntó:

—¿Puedes decirle a Jorge cuando regrese que suba un momento?

—¿De verdad quiere que suba su marido?

—Sí, quiero hablar con él.

—Sí, mi niña, enseguida se lo digo.

Había terminado de cenar y él no había subido todavía. Cuando

Tula le estaba quitando la bandeja de la cena del regazo, ya no pudo aguantar más.

—¿Le dijiste a Jorge que quería hablar con él? —insistió.

—Sí, mi niña, y me dijo que después subiría.

Ella se quedó muy triste pues parecía que Jorge no estaba por la labor de subir y al rato, cansada de esperarle, sé tumbó para dormir, imaginando que él ya no estaba interesado en nada de lo que ella tuviera que decirle. Cuando oyó que llamaban a la puerta se puso muy nerviosa porque sabía que era él. Se sentó, se arregló el pelo con las manos y gritó inquieta:

—¡Adelante!

Al entrar Jorge sus nervios aumentaron, hacía varias semanas que no se veían y le parecía mucho más grande, más fuerte y atractivo que nunca, pero también más frío y lejano. Estaba en el marco de la puerta y la miraba muy serio.

—¿Qué quieres? —le preguntó con frialdad—. Tula me ha dicho que querías hablar conmigo.

—Quería saber si has tenido problemas con los maridos de Susan o de Estela.

Su voz era suave pues quería ablandar un poco la tensión entre los dos, pero él le contestó fríamente.

—No. No te preocupes, mañana vendrán otro rato.

—También quería darte las gracias por haberlas traído.

—No tienes por qué. Ahora será mejor que me vaya, no quiero incomodarte con mi presencia. Buenas noches.

Cuando cerró la puerta a Mónica se le hizo un nudo en la garganta y sintió ganas de llorar, no soportaba su frialdad y su lejanía, y fue en ese mismo instante que se dio cuenta de lo mucho que lo echaba de menos. Echaba de menos sus besos, sus caricias, las noches cuando hacían el amor y se quedaba dormida entre sus brazos. También echaba de menos su risa, sus conversaciones y cómo se desvivía por complacerla. Deseaba correr a su lado, echarse en sus brazos y poder decirle lo mucho que le amaba.

—¡Dios mío! No puede ser.

Estaba tan asombrada de lo que acababa de descubrir en sus propios pensamientos que no se lo podía creer, no podía ni siquiera conciliar el sueño. ¿Desde cuándo? ¿Desde cuándo estaba enamorada de su marido y no se había dado cuenta por ese orgullo estúpido que era más fuerte que ella? ¿Qué podía hacer para volver a conquistarlo? Porque ella había visto en sus ojos frialdad e indiferencia, había visto en sus ojos que él ya no sentía nada por ella y eso le dolía profundamente.

***

Jorge estaba tumbado en su cama, nervioso y sin poder dormir, como casi todas las noches, pensando en ella y recriminándose el haber sido tan duro e inflexible cuando había subido a verla, ya que ella parecía haber sido un poco amable e incluso juraría que le sonreía. Pero estaba tan dolido que no podía ver el cambio en Mónica. Sentía un rencor muy grande hacia ella porque en todas esas semanas él estuvo esperando todos los días que ella recapacitara y le pidiera que subiera a verla. Que le dejara entrar en su alcoba para hacerle compañía, aunque solo fuera para poder compartir ese embarazo porque, al fin y al cabo, también era su hijo y ella lo había excluido por completo de él, como si no fuera el padre, y eso le iba quemando por dentro todos los días poco a poco como un veneno mortal.



# XLVII

## Nube Blanca

Los días iban pasando y ni siquiera las visitas de sus amigas la animaban, se alegraba cuando llegaban, pero volvía a hundirse cuando se iban. Solo deseaba que Jorge fuera un poco tierno y cariñoso con ella, que se quedara con ella, que la abrazara y le dijera de nuevo que la echaba de menos para poder confesarle que ella también lo extrañaba mucho. Pero pensar que el médico pronto le diría que estaba bien y que él se iría y la abandonaría, le ponía más triste todavía.

***

Hacía más de dos semanas que ni Estela ni Susan habían vuelto, sus embarazos estaban bastante avanzados y hacía mucho frío para salir de casa, y en todo ese tiempo él no se había dignado a subir a verla. Mónica había perdido las esperanzas de que entre ellos las cosas se pudieran arreglar.

Esa misma semana el médico le dijo:

—Ya estás de cuatro meses, ya no creo que haya peligro de

perder al bebé, así que puedes levantarte, pero con cuidado. Y si volvieras a sangrar debes llamarme inmediatamente. De todas formas, volveré la semana que viene, pórtate bien y tómatelo con calma. Hasta dentro de siete días.

Nada más abandonar el médico la habitación, entró Ana muy contenta.

—Por fin podemos respirar tranquilos, no sabes lo contento que está mi hijo.

—No me extraña, ahora podrá irse, ¿verdad? Estará deseando volver a la ciudad.

—Vamos, no digas tonterías y sal de esa cama ya. Podemos bajar a la salita y empezar a coser y a bordar la ropa de mi nieto.

—¡No! ¡No quiero bajar, y no voy a moverme de esta cama! ¡Ahora vete y déjame sola!

Estaba tan triste que le dolía todo y no saldría de esa habitación hasta que él no se hubiera ido, porque sabía que no soportaría verlo partir.

***

Mientras comían Ana le dijo muy preocupada a su hijo:

—Hijo, estoy muy preocupada. Mónica no quiere salir de su habitación y está muy triste, es como si no le importara nada. Otra en su lugar estaría deseando ponerse en pie y salir de esa cama después de tantas semanas de reposo.

—¿Y qué quieres que haga yo? A mí no quiere verme.

—Pues no sé, pero algo habrá que hacer. ¿Y si le pasa como a su madre? Ya sabes que no pudo salir de esa pena tan grande que sentía y se suicidó. ¿Eso puede heredarse?

—¡Por favor, madre! No digas tonterías.

Habían terminado de comer y de tomar el café, así que se levantó de la mesa y subió a la habitación de Mónica. Cuando ella lo vio entrar tan serio y decidido, se quedó sin respiración.

—Levántate, por favor —le pidió muy serio.

Mónica se levantó sin protestar mientras él sacaba las sábanas y las mantas de la cama para envolverla con mucho cuidado con ellas. Después la cogió en brazos y la llevó escaleras abajo. Ella no pudo evitar esconder su cara en el cuello de Jorge para respirar su perfume y ese olor a puro que tanto le gustaba y que le traía muchos recuerdos. La sentó en el sofá del porche trasero donde daba el sol y se veía casi toda la plantación.

—Espero que esto te anime y que quieras salir de tu alcoba. Si

tienes frío, pídele otra manta a Tula. No te preocupes, ya me voy. Volveré para llevarte arriba, no quiero que subas las escaleras, ¿me has entendido?

Ella asintió con la cabeza, no podía hablar. La sensación de tenerle tan cerca, de volver a estar en sus brazos la había dejado muda. Él se fue dejándola sola.

El sol le daba en la cara y el aire fresco hacía que se sintiera mucho mejor, no podía más que sentirse agradecida porque Jorge hubiera ido y la hubiera sacado de esa habitación, de ese encierro en el que había estado casi tres meses.

Cuando llegó Tula con una taza de chocolate caliente, Mónica le preguntó:

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Su marido me dijo que le trajera el chocolate y que estuviera pendiente de usted por si tenía frío traerle otra manta.

—¿Él te dijo eso?

—Sí, me lo dijo. Aunque le cueste creerlo, él se preocupa mucho por usted y la quiere.

—Si me quisiera no querría irse y abandonarnos a su hijo y a mí.

—Llega un momento en el que, por mucho que se quiera a alguien, uno ya no puede aguantar tantos desprecios, y usted siempre le ha despreciado a él para poner a su padre por encima, cuando su padre no se merecía siquiera que su marido se arriesgara a coger la escarlatina. Sin embargo, él lo cogió en sus brazos, lo trajo a la casa y le hubiera permitido quedarse si se hubiera recuperado, y todo lo hizo por usted. Por más que odiara a su padre, al final lo hubiera perdonado por usted. Ahora, dígame si su padre hubiera hecho lo mismo por él, por mucho que usted le hubiera suplicado.

Mónica sabía que Tula tenía razón, que si hubiera sido al revés y su padre odiara a Jorge tanto como Jorge lo odiaba a él por todo lo que pasó, su padre jamás le hubiera permitido poner los pies en la casa. Aunque ella le hubiera suplicado de rodillas, él lo habría dejado morir en esa pocilga. Justo en ese momento las palabras de Jorge volvieron a su mente: «¿Por qué no le preguntas a Tula cómo era tu padre? Pregúntale cómo era en la cama con las esclavas, ella lo vivió en sus propias carnes. Pregúntale por qué tu plantación acabó en quiebra. Y, ya de paso, pregúntale también por qué y de qué murió tu madre».

—Tula, siéntate. Quiero que me cuentes cómo era mi padre, pero quiero la verdad, por favor.

Sabía que le iba a causar mucho dolor lo que tuviera que

contarle, pero ahora estaba preparada para escuchar toda la verdad, ya no quería seguir llevando esa venda en los ojos.

—¿Está segura, mi niña? No creo que le vaya a gustar.

—Sí. ¿Mi padre fue tan bestia como dicen con la hermana de Jorge?

—¿Está usted segura de que quiere saberlo? —insistió Tula.

Tula sabía que descubrir cómo era en realidad su padre iba a ser muy doloroso para ella, ya que siempre lo había visto con la máscara que él lucía ante ella y ante la gente de la alta sociedad, y que no tenía nada que ver con el monstruo que en realidad era.

—Sí, quiero saberlo todo. Quiero que me quites la venda de los ojos como dice Jorge, creo que solo así podré llegar a ser feliz con mi marido. Porque, si de verdad mi padre fuera el monstruo que Jorge dice que fue, yo podría entender por qué hizo todo lo que hizo y estar con él sin tener remordimientos. Pero tú sabes cómo era mi padre conmigo, era bueno, maravilloso, encantador, por eso no puedo verlo como ese monstruo que Jorge quiere que vea.

Tula la miró con tristeza y se sentó a su lado sabiendo que lo que iba a contarle le rompería el corazón, pero también sabía que Mónica era fuerte y que, por más dolorosa que pudiera resultarle la verdad, debía conocerla para dejar de idolatrar a una persona que no se merecía su amor, para verse libre de remordimientos y poder tener la oportunidad de ser feliz al lado de su marido, pues Tula estaba completamente segura de que si Mónica se dejaba querer por su marido, este la haría la mujer más feliz del mundo. Así que empezó a contarle.

—Nunca podré olvidar la mirada de esa muchacha cuando subimos mi madre y yo después de que su padre hubiera abusado de ella. Era como si de pronto se hubiera quedado vacía, como si su alma hubiera desaparecido. Cuando supe que se había suicidado no me extrañó. Su padre era muy bestia, le gustaba que te resistieras, y cuanto más lo hacías, más disfrutaba y más daño te hacía. Cuando él terminaba contigo ya no te quedaban ilusiones ni ganas de volver a estar con otro hombre en tu vida.

—¿A ti te pasó eso? El abusó de ti, ¿verdad?

—De mí y de todas las esclavas. Nadie podía tocar a las muchachas antes de que él las hubiera disfrutado primero. Le gustaba desvirgar a todas las negras, así que ni sus hombres, ni siquiera los negros podían cortejar a ninguna muchacha antes que él. El derecho de pernada era una norma que se tenía que cumplir al pie de la letra, y el que no lo hacía era castigado.

—¿Eso fue antes o después de casarse con mi madre?

—Antes y después, a él nunca le importó. Aún no era el amo y las negras tenían que ser suyas antes de que nadie las tocara. Eso sí, era muy discreto, hacía que mi madre se las llevara a una alcoba que tenía detrás, en las caballerizas. Así nadie podía oír los gritos.

—¿Tu madre?

—Sí. Mi madre era la que debía llevarle a las muchachas. Ella se encargaba de que se bañaran y estuvieran presentables para él. La primera vez se negó, así que la ató al palo y la azotó, y con las heridas sangrando, tuvo que ir y llevarle a la muchacha igualmente.

A Mónica se le heló la sangre y tenía miedo de preguntarle, pero aun así se llenó de valor.

—¿A ti también tuvo que llevarte ella?

—Sí, y por más que le suplicó y le rogó él la obligó. La azotó, y al ver que ni con esas mi madre iba a llevarme, le dijo que me azotaría hasta arrancarme la piel y después me llevaría él mismo hasta la alcoba. Entonces mi madre no tuvo más remedio que llevarme y por lo menos evitar que me azotaran.

Tula estaba tensa recordando esos momentos y hasta la piel se le puso de gallina, Mónica podía ver el miedo en sus ojos como si al recordarlo lo estuviera reviviendo de nuevo.

—No me lo puedo creer, ¿cómo podía hacer algo así?

—A él le gustaba que todos le obedecieran sin rechistar, y nunca dejaba que nadie se negara a cumplir sus órdenes. Fuera como fuera tenías que obedecer, por más absurdas e injustas que fueran sus peticiones tenías que obedecer, y cuanto más te negaras, peor era el castigo.

Mónica no pudo evitar echarse a llorar y Tula la abrazó. Con un dolor muy grande y sin poder controlar las lágrimas le preguntó:

—¿Cu-cuántos años tenías?

—Quince.

—¡Dios mío!

—Mi madre intentaba retrasar lo máximo posible tener que llevarnos hasta él y siempre nos decía que no dijéramos a nadie cuándo nos bajaba el periodo. Pero él siempre acababa sabiéndolo, parecía tener espías por todos lados.

—¿Cómo podía saber nadie algo así?

—Usted tiene su intimidad, mi niña, nosotras no tenemos ese privilegio. Compartimos baños, duchas y todo acaba sabiéndose.

—Y mi abuelo o mi madre, ¿no hacían nada para evitar esas monstruosidades?

—Ellos no sabían lo que pasaba detrás de las caballerizas y su padre se encargaba de que no lo supieran. Delante de ellos era todo

un caballero. ¿Cómo cree que conquistó a su madre?

—¿Por qué tu madre no acudió a mi abuelo? Estoy segura de que él no hubiera permitido eso.

—Todos le teníamos mucho miedo a su padre y nadie se atrevía a ir en su contra, porque nada hubiera cambiado. Su abuelo le hubiera regañado, y después él se hubiera vengado de nosotros. Por muy bueno que fuera su abuelo, no iba a despedir al capataz por abusar de las negras, total, el próximo que llegara haría lo mismo. Nosotras somos el disfrute de los blancos, ya sean amos o peones, y si ellos quieren abusar de nosotras nadie lo va a impedir y a nadie le ha importado nunca. Aunque todo eso cambió desde que su esposo llegó. Desde que él está aquí las negras podemos estar tranquilas. Él es el único amo capaz de echar a un blanco a patadas a la calle por abusar de una esclava.

—¿A qué te refieres?

—Hace varias semanas uno de los pocos hombres que aún quedaban de su padre estaba en las caballerizas abusando de una esclava, una niña de quince años. —A Mónica se le volvió a poner la carne de gallina al oír a Tula decir eso—. Su marido los encontró cuando iba a por el caballo y lo sacó de los pelos, le dio puñetazos y patadas hasta que se cansó. El señor Torres acabó con el rostro deformado por la paliza tan grande que el amo le dio. Después, nos reunió a todos y amenazó a todos los empleados con echarlos a la calle si volvía a presenciar otra escena parecida, y nos dijo a todos los esclavos que no dudáramos en acudir a él si volvíamos a sufrir abusos de quien fuera o de la clase que fueran, porque él no iba a permitir eso mientras estuviera al mando en esta plantación. Luego ordenó echar al señor Torres a patadas de la plantación y le prohibió volver a poner un pie en ella.

Mientras Mónica oía a Tula contar todo eso no podía más que sentirse orgullosa de él.

—Ahora entiendo por qué los negros le tenéis tanto respeto.

—Es por eso por lo que yo no puedo entender por qué usted no abre los ojos y ve el hombre tan maravilloso que tiene a su lado.

—Lo intento, Tula, pero es difícil después de todo lo que ha pasado entre nosotros. Y después de lo que me has contado no puedo entender por qué me quieres siendo la hija de quien soy. Deberías odiarme e importarte bien poco si soy feliz o no con mi marido.

—Porque, gracias a Dios, usted no se parece en nada a su padre. Es usted igualita o mejor que su abuelo, y no tiene la culpa de ser la hija de un monstruo. Siempre fue buena y dio la cara por nosotros

como hizo con lo del palo, eso también significó mucho para todos nosotros y se ganó el respeto de todos los esclavos, igual que su marido. Por eso la quiero, mi niña, y quiero verla feliz, y creo que el amo podría hacerla muy feliz si usted le dejara.

—Yo también te quiero, tú siempre fuiste como una madre para mí. —Nada más decir esas palabras se quedó helada al pensar y volvió a preguntarle—: Moisés es mi hermano, ¿verdad? —Al ver que no le contestaba insistió—: Has dicho que después de estar con mi padre nunca más quisiste estar con otro hombre. Nunca te he visto con nadie y te conozco de toda la vida. ¿Es mi hermano? Contéstame.

—No piense en eso, mi niña, casi todos los negros de esta plantación podrían ser hijos suyos.

—Pero ¿él lo sabe?

—¡No! Moisés es su esclavo y eso nunca va a cambiar. Olvídelo, mi niña, será mejor que me vaya.

—Espera, aún no he terminado.

—¿Por qué quiere seguir haciéndose daño?

—Porque quiero saber toda la verdad, ya no quiero seguir viviendo engañada. Fue mi padre el que llevó Nube Blanca a la ruina, ¿verdad?

—Sí. Cuando murió el abogado de su abuelo empezó a gastar a manos llenas, ya no había nadie que pudiera controlar en qué se iba el dinero. Su abuelo no pensó en eso. Su padre no podía tocar los bienes, pero el dinero sí, y mientras vivió el abogado de su abuelo gastó el dinero con moderación porque sabía que si no él le cortaría las alas, pero después de su muerte ya nadie le controlaba. Le gustaban el juego, las mujeres y el alcohol, y cuando empezó a tener problemas económicos fue cuando empezó a recortar la comida de los esclavos. Según él, comían demasiado para lo que trabajaban. Pero él seguía derrochando y los esclavos se iban debilitando al comer cada vez menos y trabajar cada vez más. Por eso no daban abasto para recoger la siembra, y la plantación se iba debilitando igual que los negros.

—¡Dios mío! Nunca voy a entender cómo pudo ser tan falso y tenerme tan engañada.

—Usted solo era una niña. No podía darse cuenta de lo que pasaba a su alrededor.

Ahora que sabía que Jorge le había dicho la verdad, tenía miedo de saber de qué murió su madre porque, por lo que Jorge insinuó, no fue de escarlatina como siempre le había dicho su padre. Pero estaba decidida a saber toda la verdad de una vez por más que le

doliera, así que respiró profundamente y, aun estando aterrorizada por lo que podía averiguar, preguntó:

—¿Mi madre murió de escarlatina?

Esta vez fue Tula la que enmudeció y le costó recuperarse antes de hablar.

—Mi niña, no debería…

—Contéstame, por favor.

—No —respondió con gran pesar.

Conociendo a Mónica sabía que no la dejaría marchar hasta no saber toda la verdad, y sabía que eso la destrozaría.

—¿Qué paso? Y quiero la verdad.

—Se suicidó. —Mónica dio una exhalación y se le llenaron los ojos de lágrimas, pero con todas las fuerzas de su ser respiró profundamente evitando así echarse a llorar para que Tula terminara de contarle toda la historia—. Ella quería demasiado a su padre. Después de la muerte de su abuelo se dio cuenta de que él nunca sería el dueño de Nube Blanca porque se lo había dejado todo a usted, y se comportó tal y como era. La dejó a un lado para enredarse con otras mujeres, con las esclavas, con fulanas, con chicas de la alta sociedad, no importaba con quién fuera, con todas menos con ella. Esa fue su manera de castigarla por no conseguir su herencia, y eso fue algo que su madre nunca pudo soportar. Después de una pelea muy fuerte que tuvieron, él le dijo que nunca la había querido, que se casó con ella por su dinero, y le echó en cara que ni siquiera sirvió para darle un hijo varón. El amor que sentía por él y su decepción fueron tan grandes que prefirió irse. Mi madre la encontró en la cama toda ensangrentada, pues se había cortado las venas con el abrecartas. —Mónica ya no pudo aguantar más y se echó a llorar, Tula la abrazó con más fuerza susurrándole para tranquilizarla—: Ya, mi niña. ¿Ve por qué no tenía que haberle contado todo esto? Usted acaba de recuperarse y no debe tener estos disgustos. Si el amo se entera, me atará y me azotará.

—No, él nunca haría algo así y tú lo sabes tan bien como yo. Es mejor así, tenía que saber la verdad. Jorge tenía razón, estaba ciega. No puedo entender cómo todo eso pasaba delante de mí y yo no me daba cuenta. Él era tan bueno conmigo.

—A usted la quería, mi niña, y mucho. Creo que usted ha sido a la única persona que ha querido en su vida, por eso era bueno con usted. Por lo menos, eso lo convierte un poco en humano.

—Pero no se puede ser bueno y maravilloso con una sola persona y ser un monstruo para el resto del mundo. Pensar en lo mal que me he portado con Jorge, en todas las barbaridades que le

dije cuando murió mi padre, y resulta que era mi padre el que no le llegaba ni a la suela del zapato. Él siempre fue paciente conmigo y eso que yo era la hija de su enemigo, y aun así jamás abusó de mí, siempre me respetó. En cambio, estoy segura de que si hubiese sido mi padre el que hubiera estado en su lugar, no hubiera esperado ni a estar casados. ¡Oh, Tula! ¿Cómo he sido tan estúpida?

—Está usted a tiempo de arreglar las cosas, ese hombre la quiere. Solo tiene que abrirle su corazón y darle una oportunidad, él no va a ir a ningún sitio si usted se lo pide.

—Gracias, Tula. Ahora, ¿puedes dejarme sola? Tengo que pensar, estoy demasiado nerviosa después de lo que me has contado y necesito asimilarlo todo.

Cuando Tula se fue, la cabeza no dejaba de darle vueltas pensando en lo que acababa de descubrir pues todo su mundo había cambiado de golpe. Su padre había pasado de ser el hombre bueno y maravilloso que ella adoraba a un monstruo sin sentimientos, cruel y despiadado, culpable incluso hasta de la muerte de su madre. Y sin embargo Jorge, que ella siempre creyó que lo único que quería era hacerle daño y maltratarla, se había convertido de repente en ese hombre tierno, paciente, amable, cariñoso, ese hombre que ella vio y sintió en esas pocas semanas que estuvieron juntos y felices antes de la muerte de su padre, ese hombre que cualquier mujer desearía tener como marido y que ella había despreciado tantas veces. Deseaba arreglar las cosas con él, pero no sabía cómo hacerlo.

Ana la sacó de sus pensamientos cuando se sentó a su lado para coser.

—Creo que es hora de empezar a coserle la ropa a mi nieto.

Mónica le sonrió, entraron en la casa y se pasaron la tarde cosiendo.

Cuando llegó Jorge del campo le preguntó:

—¿Estás cansada? ¿Quieres que te suba ahora o prefieres que lo haga después de bañarme?

—Preferiría cenar con vosotros, estoy cansada de comer en mi alcoba sola, por favor.

—Como quieras.

Jorge se fue casi sin mirarla y Mónica se quedó muy triste.

Al sentarse a la mesa él no habló casi nada, estaba muy serio, preocupado y solo contestaba con monosílabos fríos cuando ella le preguntaba algo, así que decidió resignarse y dejar de hablarle. Solo lo miraba de reojo deseando ver un poco de amabilidad por su parte para tener el valor de hablar con él y decirle que estaba

arrepentida, que le diera otra oportunidad y que no se fuera.

Cuando terminaron de cenar él se levantó y le habló igual de serio.

—Estaré en el despacho, cuando quieras que te suba solo tienes que mandar a Tula para que me avise.

Al rato, Mónica ya se había cansado de estar esperando a que él apareciera y se sentara con ellas para hablar como hacía antes, aunque solo se dirigiera a su madre, porque estaba claro que con ella no quería hablar, pero al menos podría verlo. Al darse cuenta de que era inútil esperar, le pidió a Tula que le avisara para que la subiera a su habitación.

Jorge enseguida apareció y la cogió en brazos para subir las escaleras. Ella se dio cuenta de que había fumado ya que podía percibir ese aroma que la embriagaba y le gustaba tanto, así que se acercó a él para poder olerle mejor. Tenía la cara acurrucada en su cuello y aspiraba su aroma con nostalgia mientras con una mano acariciaba su cicatriz. Cuando su nariz empezó a ascender en una leve caricia rozando sus labios, él apartó la cara rápidamente y la tumbó en la cama intentando alejarse de ella. Se quedó paralizado cuando Mónica le cogió de la mano para evitar que se fuera, entonces se volvió y la miró con frialdad.

—¿Qué quieres? —Su voz era tan fría como su mirada.

—Quiero hablar contigo, siéntate, por favor.

Puso su mano al lado de ella y dio unos golpecitos en la cama para que se sentara a su lado, pero él se soltó de su mano y se sentó en el sillón frente a ella.

A Mónica se le hizo un nudo en la garganta al sentir su frialdad.

—Y bien, ¿vas a decirme lo que quieres o tengo que adivinarlo?

—¿Cuándo vas a marcharte?

—¡Vaya! Muy directa, como siempre. En un par de días. —Al ver cómo a Mónica le cambiaba la cara, le dedicó una sonrisa sarcástica diciéndole—: ¡Por favor, querida! No finjas que te da pena mi marcha porque estoy seguro de que sientes un gran alivio, ya que por fin vas a librarte de mí.

—No digas tonterías, no quiero que te vayas.

—¿Vas a decirme ahora que de repente te gusta vivir en un infierno y que te torturen todos los días? Pues no lo intentes, *querida*, porque no voy a creerte. Sé por qué quieres que me quede, Tula ya habló conmigo de eso, y no tienes de qué preocuparte, mis hombres van a quedarse, he invertido mucho en estas tierras para dejarla sola en tus manos. Ellos saben lo que hay que hacer para llevar la plantación, tú solo tienes que ser *el ama*. Por fin

conseguiste lo que querías, ningún hombre volverá a mandar sobre ti. Ahora discúlpame, pero tengo sueño y no me apetece seguir hablando. ¡Buenas noches!

Cuando se fue y cerró la puerta, a Mónica se le rompió el corazón.

Sabía que lo había perdido y por mucho que le rogara que se quedara, él pensaría que era por interés, por sacar la plantación adelante y no porque lo amara. Había sentido en su voz, en su mirada, lo dolido y decepcionado que estaba, y estaba segura de que por más que ella le dijera que lo amaba él nunca iba a creerla. Esta vez era él el que llevaba una venda en los ojos y el problema era que ella no sabía cómo quitársela.



# XLVIII

## Nube Blanca

Jorge estaba despidiéndose de su madre y Mónica estaba detrás de ellos sin poder moverse. No podía creer que él fuera a irse de verdad, que fuera a dejarla y sin despedirse, pues solo la había mirado y le había dedicado una leve reverencia con la cabeza. De repente no pudo contener las lágrimas y antes de que subiera al caballo, le gritó:

—¡¡Jorge!! —Cuando él se giró ella echó a correr y se le tiró en los brazos. Él la abrazó fuerte unos segundos, pero enseguida la apartó—. No te vayas, por favor. Quédate, aunque sea por tu hijo. ¿No-no-no quieres verlo nacer? —La congoja casi no la dejaba hablar.

Jorge cogió su cara con las manos y quitándole las lágrimas le habló muy triste.

—Lo siento, Mónica, pero no puedo quedarme, necesito alejarme de ti. Volveré antes de que nazca el bebé. —Le dio un beso en la frente y subió al caballo.

Mónica se quedó destrozada viéndole partir, subió corriendo a su habitación y se echó en la cama sin poder dejar de llorar.

Cuando al rato Ana subió a verla Mónica aún seguía llorando, se

sentó a su lado y le acarició la cabeza.

—Vamos, hija. No puedes seguir así, es malo para el bebé, aún no estás bien del todo y tienes que intentar tranquilizarte.

—¡No, no quiero! Si a él no le importa su hijo, ¿por qué tiene que importarme a mí?

—No digas eso, a él le ha dolido tanto o más que a ti marcharse.

—No te creo, si-siempre me ha odiado y por eso se ha ido. Mi padre ya no está, ya no tiene de quién vengarse, me deja sola y embarazada. Desde luego tu marido tenía razón, es un buen estratega, destrozó la vida de mi padre y ahora se va destrozando la mía. Ha-ha ganado la batalla y se retira victorioso, su venganza ha sido espectacular, deberían darle otra medalla. Lo que no entiendo es por qué tú sigues aquí y no es que quiera echarte, eres la abuela de mi hijo y esta es tu casa, pero no sé cómo no te has ido con él. Aunque haya dicho que volverá para el nacimiento del bebé sé-sé que es mentira, que nunca va a volver.

—Por favor, Mónica, intenta tranquilizarte y no digas esas cosas. Mi hijo os quiere a ti y a este bebé, y volverá.

—¡No, no me digas mentiras! ¡Él no me quiere, nunca lo ha hecho! —No podía dejar de gritar, estaba histérica— ¡Sí-sí me quisiera, no me abandonaría! —Limpiándose las lágrimas, añadió muy triste—: No quiero discutir contigo, Ana, así que prométeme que nunca más vamos a hablar de tu hijo, o si no será mejor que te vayas con él, aún podrías alcanzarle.

Ana decidió respetar su deseo ya que no podía decirle la verdad, así que sería mejor no hablar de él. La abrazó con fuerza y se quedaron calladas, mientras Mónica lloraba sin consuelo al saber que había perdido a Jorge para siempre.



# XLIX

## Nube Blanca

Habían pasado casi tres meses desde que Jorge se fuera y poco a poco Mónica iba dejando la tristeza a un lado. No había tenido ninguna noticia de él y no sabía si Ana tenía noticias suyas porque no habían vuelto hablar de él desde el día de su marcha. Y aunque a veces se moría de ganas de preguntarle, se había jurado a sí misma que iba a olvidarse de él, y para ello lo mejor era no saber nada de lo que estuviera haciendo.

Muchas noches, cuando no podía dormir, se lo imaginaba feliz en la ciudad disfrutando de la vida con su amigo José, saliendo todas las noches de juerga con mujeres preciosas, y eso hacía que fuera odiándole cada día un poco más.

***

Esa tarde estaba sentada en el porche cuando vio llegar un caballo. Mónica se quedó muy sorprendida al ver a Arturo, pues desde la fiesta de Estela no lo había vuelto a ver. Él bajó del caballo y cuando llegó a su lado le dio un beso en la mano.

—¿Qué haces aquí? ¿Ha ocurrido algo?

—Vengo a hablar contigo, será mejor que nos sentemos.

Mónica lo miró extrañada.

—Me estás asustando, parece muy serio.

—Y lo es, pero antes quiero que me digas una cosa.

—¿Qué?

—¿Qué sientes por tu marido? ¿Lo quieres?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Necesito que me contestes, Mónica.

—No, no lo quiero, lo odio por haberme abandonado y nunca voy a perdonárselo —contestó enfadada y dolida.

—Bien, entonces tengo que contarte algo.

—¿Qué es lo que pasa? Me estás poniendo nerviosa.

—Te dije que encontraría la manera de hacer que pudiéramos estar juntos de nuevo y que conseguiría liberarte de tu marido.

—Por favor, Arturo. Te dije que no quería que muriera nadie, así que olvídate de retar a mi marido, no quiero duelos.

—No voy a retar a ese malnacido, aunque me encantaría matarle con mis propias manos.

—Pues entonces no sé de qué hablas, porque solo podría librarme de él convirtiéndome en su viuda.

—No, si nunca has sido su mujer.

Mónica se quedó atónita al escucharle decir eso.

—¿Qué quieres decir?

—Tu matrimonio no existe, ha sido una farsa, una mentira, no es legal.

—No te entiendo, ¿por qué dices eso? —preguntó preocupada.

—Porque tú no eres Mónica Salazar, sino Mónica Gómez.

—¿De qué estás hablando? —Cada vez estaba más confusa.

—Verás, hace dos días mi padre y yo empezamos a hablar del tuyo, no recuerdo ni por qué salió el tema, el caso es que me dijo una cosa que me impactó mucho. Dijo que Ernesto terminó justo donde había empezado, en los bajos fondos. No le entendí, le dije que no dijera tonterías, que los Salazar habían sido siempre una familia respetable y de una gran posición. Lo que nunca me hubiera imaginado era que tu padre no fuera un Salazar. Todo el mundo cuando se dirigía a él lo hacía como el señor Salazar y tú siempre fuiste para todo el mundo Mónica Salazar, ¿cómo iba a imaginarme que no era así?

—No digas tonterías, eso no puede ser. Mi padre era un Salazar y yo soy una Salazar, de lo contrario, yo lo hubiera sabido.

—¿Cómo se llamaba tu madre?

—Pues igual que yo, Mónica Salazar.

—¿Y no te parece un poco raro que las dos fuerais Salazar?

—Pues no sé, a mi madre le gustaría utilizar el apellido de mi padre… —Pero justo en ese instante, nada más terminar de decir eso, se dio cuenta de su error.

No, ella no utilizaba el apellido de su marido. Su madre era la hija de Álvaro Salazar, su abuelo, de eso sí estaba completamente segura, su madre era una autentica Salazar. Entonces, ¿quién era ella? Si no era Mónica Salazar, ¿quién era? De repente le entró pánico al no saber quién era y al pensar por qué toda su vida había creído ser una Salazar, y por qué todo el mundo la llamaba Mónica Salazar.

—Mónica, Mónica ¿estás bien?

—No, no estoy bien, ¿cómo quieres que esté bien después de lo que me acabas de decir?

Se levantó y entró en la casa, Arturo iba detrás de ella. Cuando Ana los vio llegar le preguntó:

—¿Pasa algo, hija?

—Ahora no, Ana, por favor.

Al verlos entrar en el despacho se quedó intranquila. Estando allí ese muchacho seguro que no sería nada bueno para su hijo.

Mónica no paraba de buscar y buscar en los papeles de su padre algo que pudiera aclararle todo ese lío. De repente vio una carpeta con la letra de Jorge y el nombre de su padre, «Ernesto Gómez». Era documentación de su padre, como si Jorge lo hubiera estado investigando, abrió la carpeta y empezó a leerlo, y mientras lo hacía se iba quedando petrificada.

Arturo tenía razón, en esos papeles estaba la vida completa de su padre. Había sido siempre una persona humilde, fue capataz de otra plantación y lo echaron por querer enredarse con la hija del dueño. Siempre tuvo problemas con el juego y con los maridos de las mujeres que conquistaba y se llevaba a la cama, y por ese mismo motivo lo habían encerrado en un par de ocasiones.

Después leyó todo lo referente a su madre. La dejó embarazada para casarse con ella. La muerte de su abuelo y cómo consiguió su padre hacerse el dueño de todo después de morir su madre. Todo estaba en esos papeles, su marido sabía más de su vida y su familia que ella misma. La verdad la dejó sin fuerzas, así que se sentó en la butaca destrozada al descubrir toda esa realidad. Acababa de entender por qué le había sido tan fácil a su marido lograr todo lo que logró. Lo tenía todo muy bien calculado y planeado antes de aparecer por allí, puesto que la fecha que tenían los documentos era

anterior a su llegada para la boda de Estela.

—Tienes razón, no soy Mónica Salazar, sino Gómez. Pero no entiendo el porqué. ¿Por qué mi padre y todo el mundo me hicieron creer que era una Salazar?

—Según mi padre, el tuyo aborrecía sus orígenes y después de la muerte de tu madre empezó a hacer que la gente le llamara así. Y ya sabes cómo son esas cosas, cuando la gente se acostumbra a algo ya no presta atención, y acaba convirtiéndose en algo natural. Por eso acabaste siendo para todo el mundo Mónica Salazar y no Gómez. Ahora solo me queda encontrar una cosa. —Arturo seguía hurgando en los cajones rebuscando entre los papeles.

—¿Qué buscas?

—Tu partida de nacimiento y tu acta de matrimonio.

—¿Para qué?

—Mónica, cariño, si en los papeles de nacimiento constas como Mónica Gómez y en los de boda como Mónica Salazar, tu matrimonio no será válido. Eso significaría que nunca has estado casada con ese hombre y que podrías anular ese matrimonio simplemente presentando los papeles al juez, y así tú y yo podríamos casarnos. —Él seguía buscando y ella se quedó paralizada al escuchar tal insinuación.

Sabía que en su boda había firmado como Mónica Salazar, que en los papeles pondría ese nombre y que eso significaría que Jorge nunca había sido su marido, y lo más doloroso era que estaba completamente segura de que él lo sabía. Él debía saberlo todo, debía saber que su matrimonio era falso, por eso se había ido tan tranquilo. Si legalmente no estaban casados él no tenía ninguna obligación con ella, podía dejarla cuando quisiera y ella ni siquiera tendría derecho a protestar.

De repente, el grito de Arturo la sacó de sus pensamientos.

—¡Los encontré, aquí están! —Llevaba en la mano dos papeles y se los enseñó—. ¿Ves? Yo tenía razón. Mira, aquí constas como Gómez —era la partida de nacimiento—, y aquí como Salazar. —Esta vez le enseñó el acta de matrimonio—. Qué estúpido ha sido tu marido, si tanto sabía de ti no entiendo cómo se le pudo pasar algo así.

—Yo sí —anunció con mucha tristeza.

—¿Qué quieres decir?

—Él solo quiso vengarse de mi padre. Nunca quiso cargar con la hija de su enemigo, nunca quiso estar atado a mí legalmente, por eso en esos papeles consto como Mónica Salazar. Él lo hizo adrede.

—Pues mejor, así nos lo ha puesto todo más fácil. ¿Cuándo

quieres que vayamos a anular ese matrimonio tan absurdo?

—Ahora no tengo cabeza para eso.

Arturo la cogió del mentón y la miró a los ojos.

—¿Quieres seguir con esta farsa y que ese cerdo siga siendo tu dueño, o prefieres volver a ser libre?

—Tienes razón. El problema es que no estoy para muchos viajes —añadió muy triste tocándose la barriga.

—Es verdad, no había pensado en eso. Pero si tú me dejas, yo podría arreglarlo todo y tú solo tendrías que ir a firmar.

—Está bien, hazlo. Lo dejo todo en tus manos.

Estaba tan sumamente decepcionada de saber cómo Jorge se había aprovechado de las circunstancias y de ella, que ya no le importaba nada.

—Cuando esté todo arreglado, ¿te casarás conmigo? —le preguntó arrodillándose a su lado y cogiendo sus manos al mismo tiempo. Ella lo miró y él vio tanta tristeza en sus ojos que no la dejó contestar—. Está bien, esperemos a que todo esté arreglado y después volveré a preguntártelo. —Le dio un beso en la frente y salió con los papeles en la mano y una sonrisa triunfante.

Nada más salir él, entró Ana.

—¿Qué es lo que pasa, Mónica? ¿Dónde va Arturo con esos papeles?

Al ver la mirada triste y apagada de Mónica y como por sus mejillas corrían un mar de lágrimas, tuvo un mal presentimiento.

—¿Tú lo sabías? ¿Tú sabías que mi matrimonio con tu hijo nunca ha sido valido, que todo ha sido una farsa? —Ana se quedó petrificada y sin poder reaccionar—. Ana, por favor, contéstame. Necesito saber si tú lo sabías.

Ana decidió mentirle. Podía ver en sus ojos que Mónica no resistiría saber que ella lo sabía y que no se lo hubiera dicho. Sabía que si le decía la verdad no querría que siguiera allí, y en esos momentos tenía que estar con ella, cuidar de ella, ya que estaba destrozada por la noticia. Sabía que Mónica necesitaba apoyarse en alguien y ella era la persona más cercana que tenía, así que la necesitaba, y también tenía que saber qué iba a pasar para poder informar a su hijo de todo lo que estaba ocurriendo.

—No sé de qué me estás hablando. ¿Por qué dices eso? ¿Y qué tendría que saber?

Mónica respiró profundamente y se levantó para abrazarse a ella sin poder dejar de llorar.

—Gracias a Dios, no-no hubiera podido resistir que tú también me mintieras. En todo este tiempo has llegado a convertirte en la

madre que nunca he tenido y no-no lo podría soportar, no podría soportar que fueras cómplice con tu hijo de todo esto.

—Vamos, tranquilízate y cuéntame todo lo que ha pasado porque no entiendo nada. —Se sentaron en el sofá y Mónica le contó todo—. Mira, Mónica, los papeles no son importantes. Fíjate en mí, ¿no recuerdas lo que te conté? Nunca me casé con Manuel, pero sin embargo para mí fue mi marido, y con más derechos que el padre de Jorge porque me quería y me hizo feliz. Yo sé que mi hijo te quiere y a él no le importa lo que digan esos papeles. Puede que al principio fuera como tú dices, porque él estaba como loco por vengarse de tu padre y seguro que no le importaba cómo fuera esa boda con tal de conseguir lo que quería. Pero tú siempre serás su esposa y eso es algo que él nunca va a dejar que cambie. Conozco a mi hijo, Mónica, y él nunca va a dejar que ese matrimonio se anule.

—Pues lo siento por él, porque esta vez no podrá volver a obligarme a hacer nada más. Voy a anular ese matrimonio y voy a casarme con Arturo, y él nunca más va a volver a tener derechos sobre mí. —Cuando vio que Ana iba a hablar le dijo cortante—: ¡No! No digas nada, nada de lo que digas va a hacer que cambie de opinión. He tomado una decisión y no voy a echarme atrás. Si de verdad me quieres, respetarás mi deseo, y entenderás que tu hijo no se merece ninguna cortesía por mi parte. Solo espero que cuando vuelva yo ya esté casada y se marche por donde ha venido. Aunque estoy segurísima de que tiene que estar pasándoselo tan bien en la ciudad de juerga con sus amigos y con toda clase de mujerzuelas que ni siquiera le importará que yo me case o no. Seguro que casándome con Arturo le hago un favor y le quito un peso de encima.

—Mónica, piensa un poco en lo que dices, espera a que él vuelva y resolvéis esta situación los dos juntos. Estoy segura de que él querrá arreglar esos papeles, de que querrá que sigas siendo su esposa.

—No, no quiero resolver nada con él, solo quiero borrarlo de mi vida como si nunca hubiera existido. Y entenderé que no quieras seguir a mi lado cuando me case con Arturo. No puedo pedirte que hagas nada en contra de tu voluntad, yo no soy como tu hijo. Pero me gustaría que te quedaras conmigo, piénsalo. Ahora discúlpame, pero tengo que recostarme, me va a estallar la cabeza.



# L

## Los valles de Salazar

Dos semanas después salía de los juzgados como Mónica Gómez, Arturo ya había arreglado los papeles y Mónica era una mujer libre. Su matrimonio había sido anulado como si nunca hubiera existido, como si todo lo que había pasado con él hubiera sido una pesadilla a veces, y un hermoso sueño otras. Lo único que le quedaba era ese bebé que iba a nacer y al que ella jamás sabría explicarle quién era su padre cuando llegara el momento y le preguntara. ¿Cómo iba a decirle que su padre la compró como a una vulgar esclava, la utilizó, la enamoró y después, cuando se cansó de ella, la echó a un lado y se marchó para seguir jugando a los soldaditos?

**Nube Blanca**

Cuando llegaron a la casa, Mónica estaba cansada del viaje y se sentó en el porche. Arturo se sentó a su lado y le cogió las manos.

—Por fin te has liberado de ese malnacido. ¿Cómo te sientes?

—Bien.

Le costaba mucho mentirle, pero no podía decirle que estaba destrozada por dejar de ser la señora de Mendoza, si eso lo supiera Jorge se reiría de ella y le diría: «¡Te lo dije!». «¡Basta! —se gritó a

sí misma—, no tienes que volver a pensar en él, debes borrarle de tu vida, él no se lo merece».

La propuesta de Arturo la sacó de sus pensamientos.

—Te dije que cuando todo estuviera arreglado te lo volvería a preguntar. Y bien, ¿qué me dices? ¿Vas a casarte conmigo?

—Es muy pronto, deberíamos esperar. Además, voy a tener un hijo de otro hombre, ¿por qué quieres casarte conmigo?

—Porque te quiero y nunca voy a dejar de hacerlo, y no me importa que vayas a tener un hijo de ese hombre. Deberías pensar en ese bebé y aceptar mi propuesta.

—¿Por qué dices eso? —preguntó preocupada.

—Conociendo a tu marido, perdón, al señor Mendoza, ¿quién no te asegura que cuando nazca el bebé, venga y quiera llevárselo?

A Mónica se le paró el corazón solo de pensar en esa posibilidad, pero él tenía razón, era su padre y podría querer quitárselo, hasta incluso podría tenerlo planeado y formar parte de su venganza. El miedo empezó a adueñarse de su ser porque eso sería algo que no podría soportar, antes lo mataría.

—No, eso nunca se lo permitiría.

—Si te casas conmigo antes de que nazca el bebé, jamás podrá llevárselo. Legalmente no tendría ningún derecho puesto que desde hace unas horas él nunca ha estado casado contigo. Los derechos serían míos por ser tu marido legítimo, y sabes que yo cuidaría a ese bebé como si fuera mío.

—Sí, casémonos, y cuanto antes mejor.

El miedo a que sucediera lo que Arturo le acababa de decir no la dejaba ver que se estaba aprovechando y la estaba manipulando.

—¿Qué te parece dentro de dos semanas, en mi casa?

—Me parece bien.

—Entonces tenemos mucho que hacer para que todo esté arreglado. —La abrazó y le dio un beso—. Tengo que irme.

Mónica no había sentido nada con ese beso y se preguntaba cómo sería cuando tuviera que estar con él. Pero prefirió apartar ese pensamiento porque estaba segura de que nunca volvería a sentir lo mismo que Jorge despertaba en ella. No amaba a Arturo y tampoco quería volver a amar a nadie más de esa manera, se casaría con él por el bien de su hijo, para que tuviera un padre y un hogar seguro. El amor ya no importaba, había decidido que para ella se habían terminado todas esas tonterías.

Arturo era un buen hombre, y su hijo y ella estarían bien a su lado. Estaba segura de que nunca más volvería a enamorarse, porque nunca más quería volver a sufrir por amor, y mucho menos

volver a querer a nadie como había querido a Jorge. En su corazón ya no había sitio para otro hombre, el amor había muerto para ella.

—Mónica, hija —la voz de Ana la sacó de sus pensamientos—, no puedes hacer eso, no puedes casarte con ese hombre. ¿No te das cuenta de que te está manipulando para conseguir lo que quiere?

—No quiero hablar de eso, ya he tomado una decisión. Además, no creo que a tu hijo le importe demasiado pues ni siquiera ha venido para impedir que anulara el matrimonio, como tú dijiste. Y estoy segura de que tú se lo has hecho saber, así que deja de intentar persuadirme porque voy a casarme con Arturo pase lo que pase.

—Mi hijo no ha podido venir porque…

—¡¡No, basta!! ¡No quiero saberlo, ya no me importa nada! Y si no eres capaz de aceptar que voy a casarme será mejor que te vayas, y no te estoy echando. Me gustaría que te quedaras porque voy a necesitar tu ayuda cuando nazca el bebé, pero eso es decisión tuya. Solo te pido que, si te quedas, sigamos haciendo lo que siempre hemos hecho: no mencionar a tu hijo para evitarnos problemas. ¡Ya no quiero saber nada de él, voy a hacerme a la idea de que está muerto, y no se habla de los muertos!

—Mónica…

—¡No! Te he dicho que no quiero saber nada de él. —Le dio un beso en la frente y se fue a su habitación.

Se echó en la cama y se puso a llorar. Ahora sí, todas sus esperanzas habían muerto en el mismo momento en que había firmado los papeles para anular ese matrimonio. Hasta el último minuto ella tuvo la esperanza de que Jorge llegara a tiempo de impedir esa anulación, deseaba pensar que estaba equivocada y que él la quería, que haría cualquier cosa para no perderla, pero estaba equivocada, ya que él no apareció. A él nunca le importó ese matrimonio y ahora estaba segura de eso, como también estaba segura de que en esos momentos estaría celebrando con sus amigos su libertad, ya que por fin se había librado de ella y ya no tenía ninguna obligación. Aunque no necesitaba engañarse a sí misma porque en el fondo nunca la tuvo, ya que nunca estuvieron casados. El dolor era tan grande que quería dormir y no volver a despertar para no volver a sentir nunca más.



# LI

## La Caprichosa

Unos días más tarde Mónica y Arturo fueron a visitar a Estela, aún no había podido ir a verla desde que había nacido su hijo con tantas cosas que le habían pasado y lo deprimida que había estado, y de eso hacía ya casi dos meses.

—Por fin te dignas a venir y conocer a mi hijo —le riñó Estela al verla entrar.

Mónica se le lanzó a su cuello y la abrazó muy fuerte.

—Lo siento, perdóname, pero he estado muy mal y no tenía ganas de ver a nadie.

—Es broma, lo entiendo. Después de todo lo que has tenido que pasar es normal que no hayas estado para visitas. Y yo también siento no haber podido ir, sé lo mucho que me has tenido que necesitar.

—No puedes ni imaginarte lo mucho que necesitaba estar contigo y con Susan.

—Lo siento, pero estaba demasiado gorda para viajar y después del nacimiento tampoco podía ir. Si hubiera podido habría estado a tu lado, te lo juro.

Las dos lloraban como tontas consolándose la una a la otra.

Arturo se acercó a Mónica y le pasó el brazo por los hombros.

—Quiero que te tranquilices, sé que echabas mucho de menos a Estela, pero estar así no te hace ningún bien, y al bebé tampoco. Mónica, por favor.

Estela enseguida le sugirió a su marido:

—Sergio, cariño, ¿por qué no te llevas a Arturo al despacho a tomar una copa y nos dejáis solas para hablar de cosas de mujeres? Hace mucho que no nos vemos y tenemos muchos chismes pendientes. Y no te preocupes, Arturo, llorar de vez en cuando es bueno, te quita la tensión y te sientes mejor.

Sergio se agachó, le dio un beso en los labios a su mujer y después se dirigió a Arturo.

—Vamos, será mejor que las dejemos solas, los chismes de las mujeres son muy aburridos. Además, las mujeres lloran por cualquier cosa, no te preocupes. —Le guiñó un ojo a su mujer y sacó a Arturo de la salita para dejarlas solas.

Mónica tenía a José hijo en brazos y se le iba pasando poco a poco la congoja, le parecía el bebé más bonito del mundo. Cuando por fin se quedaron solas, Estela le preguntó:

—Vas a explicarme qué es ese cuento de que vas a casarte con Arturo. Porque, que yo sepa, Jorge sigue vivo y el divorcio aún no está permitido en este país. ¿Qué es lo que está pasando, Mónica?

—Es precioso, y por lo que veo Sergio aún sigue muy orgulloso de su hermano ya que le ha puesto su nombre al niño.

—No olvides que mi suegro también se llama así, así que lleva el nombre de su tío y de su abuelo. Pero no te escabullas, ahora que estamos más tranquilas quiero saber todo lo que ha pasado.

Y Mónica se lo contó. La partida de Jorge y que no había vuelto a verlo en todos esos meses. El fraude de su matrimonio. Que no era una Salazar y que volvía a ser una mujer libre, y los motivos por los cuales se casaba con Arturo.

Estela estaba abrumada, le parecía tan irreal todo lo que su amiga le contaba que no podía creerlo.

—Ahora entiendo por qué no has venido a verme, has estado muy ocupada, ¿eh? —bromeó—. No puedo creer todo lo que me has contado. Sabía que Jorge te había abandonado, pero pensé que era una de vuestras peleas y que volvería cuando se le pasara. Aunque me cuesta creer que Jorge no sienta nada por ti, siempre que te miraba parecía que lo tenías embobado.

—Eso para que veas la clase de hombre que es. Le odio con todas mis fuerzas y no quiero volver a verlo en toda mi vida. Hace

más de tres meses que se fue, si no ha tenido ningún interés en venir a verme ya, no creo que vuelva por aquí nunca más.

—¿Sabes lo que más extraño me parece?

—¿Qué?

—Que, si no pensaba volver, ¿por qué su madre no se fue con él? ¿Por qué ella sigue aquí?

—Ni lo sé ni me importa. A ella no le gusta la ciudad, me lo dijo el día que la conocí.

—Es su hijo, Mónica, y aunque no le guste la ciudad si él no tuviera pensamiento de volver la hubiera llevado con él, igual que la trajo cuando tuvo pensamiento de instalarse aquí. Igual te estás precipitando.

—No me importa lo que haga y espero que Ana no se vaya nunca. Ella es como una madre para mí y no podría vivir sin tenerla cerca, me he acostumbrado a ella y la necesito, y más aun con lo poco que falta para que nazca el bebé. Puede que ese sea el motivo por el cual ella haya decidido quedarse, porque ella no es como su hijo y tanto su nieto como yo le importamos.

—Mira, yo creo que deberías esperar un poco. Mi cuñado está fuera de maniobras y no ha podido venir en todo este tiempo para ver a Susan. Quizás a Jorge le pasa lo mismo y por eso no ha venido.

—Entonces, ¿por qué no me ha escrito? Si me hubiera escrito explicándome por qué no puede venir a verme lo entendería. Pero no, a él no le importa. Incluso José escribe a Susan a través de ti, entonces, ¿por qué él no? Es muy sencillo, porque no le importo. Además, me he cansado de este tema. Cuéntame cómo está Susan, debe estar a punto de dar a luz, ¿verdad?

—Sí, está tan gorda como tú, tampoco os lleváis mucho. Mira que si os ponéis las dos de parto el mismo día…

—Sería gracioso. Pero casi nos llevamos un mes, es imposible.

—Tienes razón.



# LII

## Los 20 Robles

Mónica estaba muy nerviosa mientras Estela le arreglaba el velo.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? Aún estás a tiempo de echarte atrás.

—No hagas eso, por favor. Bastante he tenido con Ana que sigue insistiendo en que Jorge me quiere y que no ha venido antes porque no puede hacerlo. Y ni siquiera ha querido venir a la boda. Aunque la entiendo, si yo estuviera en su lugar tampoco hubiera venido. Y sí, estoy segura, ya te dije por qué lo hacía.

—Vamos, Mónica, no creo que Jorge te vaya a quitar a tu hijo, no creo que él sea capaz de hacer algo así. ¿Y por qué, según Ana, él no puede venir?

—Ni lo sé ni me importa. Ha querido decírmelo un par de veces, pero ya no quiero saberlo.

—Pues deberías haberla escuchado. Yo creo que él te quiere, estaba muy preocupado por ti cuando estuviste en cama, ¿no te acuerdas cómo venía a por nosotras todos los días para que te animáramos?

—Él se fue, no le importó cómo me sentía, y desde entonces no he vuelto a saber nada de él. ¿A cuánto está la ciudad? A un día de

camino, y en todo este tiempo ni ha venido ni me ha escrito para saber si su hijo o yo estamos bien. ¿Crees que no sabrá que me caso? Estoy segura de que su madre se lo ha dicho. ¿Y le importa? ¡No! Si sintiera algo por mí, como todas intentáis hacerme creer, hubiera venido para impedirme que anulara nuestro matrimonio. Pero ¿le importó? ¡No! Como tampoco le importa que me case, y no pienso esperar a que un día se le ocurra venir y reclamarme a su hijo. Por eso voy a casarme, para que nunca tenga derechos sobre él.

—Por más que te diga, no vas a cambiar de opinión, ¿verdad?

—No, ya he tomado una decisión y pienso seguir hasta el final. Y Susan, ¿por qué no ha venido? —le preguntó para cambiar de tema.

—Empezó a encontrarse mal y por eso no ha podido venir, ayer mandó un esclavo a mi casa para decírmelo.

—Mira que si su hijo nace el mismo día de mi boda… Sería curioso, ¿verdad?

***

Mientras Mónica caminaba hacia el altar no podía dejar de recordar el día que su padre la llevó hacia el altar donde Jorge la esperaba. Ya hacía casi un año de eso y aunque ese día estaba triste y muerta de miedo por convertirse en la señora de Mendoza, en ese mismo instante estaba igual de triste. No tenía miedo de Arturo, pero sí le ponía triste casarse por segunda vez sin estar enamorada.

Ella que siempre había presumido de que el día que se casara lo haría con la persona que ella eligiera, de que su padre jamás la obligaría y de que sería cuando ella decidiera hacerlo. Y ahora mismo caminaba hacia su segundo matrimonio, obligada por las circunstancias a volver a contraer matrimonio contra su voluntad. La primera vez, para salvar a su padre de la cárcel, y esta, para que Jorge no tuviera nunca la posibilidad de quitarle a su hijo. Igual que en su primera boda, la voz de Arturo la sacó de sus pensamientos y lo escuchó contestarle al cura.

—Sí, quiero. —Mientras le ponía el anillo la miraba a los ojos con una sonrisa radiante—. Con este anillo, yo te desposo.

—Y tú, Mónica. ¿Quieres a Arturo como a tu a legítimo esposo para amarlo y respetarlo todos los días de tu vida? ¿En la salud y en la enfermedad? ¿En la alegría y en la tristeza? ¿En la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte os separe?

Mónica se quedó callada unos segundos, Arturo la miró y volvió

a sonreírle.

—Sí, quiero. —Mientras le ponía el anillo tenía ganas de echarse a llorar, y con el nudo que tenía en la garganta ni siquiera supo cómo le salieron las palabras—. Con este anillo, yo te desposo.

—Si hay alguien que tenga algo que decir por lo cual no pueda celebrarse esta unión, que hable ahora o calle para siempre.



# LIII

## Nube Blanca

Cuando Jorge llegó a su casa encontró a su madre sentada en la salita. En cuanto Ana lo vio se tiró a sus brazos llorando.

—¿Dónde está Mónica? —Su madre no dejaba de llorar—. Por favor, madre, dime dónde está Mónica.

—No está aquí, dijo que por respeto a mí prefería casarse en la plantación de Arturo. Lo-lo siento, hijo, pero es demasiado tarde, ya deben estar casados.

Jorge sintió que el corazón se le encogía de rabia e impotencia, y se dejó caer en el sofá. Estaba exhausto, llevaba cabalgando sin descanso seis días seguidos, solo parando para comer un poco y cerrar los ojos para no caer del caballo vencido por el sueño. ¿Y todo para qué? ¿Para no llegar a tiempo? ¿Ya era tarde? ¿Mónica se había casado con ese pelele? ¿Había dejado de ser suya y ahora le pertenecía a otro hombre?

Una furia inimaginable empezó a apoderarse de todo su cuerpo. Se levantó del sofá, sacó su arma y empezó a limpiarla y a cargarla a conciencia, pues quería estar seguro de que no le fallaría en el último instante. Su madre lo miraba, y por cómo su cara estaba

desencajada por la ira y cómo estaba preparando el arma, supo que iba a ocurrir una desgracia.

—Jorge, por favor, no cometas una locura. Ya no hay nada que puedas hacer.

—¡¡Sí!! —gritó, fuera de sí—. ¡Voy a matar a ese pelele y traeré de vuelta a Mónica!

—Si haces eso ella no querrá volver contigo.

—¡Eso no me importa! Ella es mi mujer y nada va a cambiar eso, ni siquiera que se haya casado con otro hombre. Solo tengo que matarlo y dejarla viuda.

—¡¿Estás oyendo lo que estás diciendo?! —Se puso delante de él cortándole el paso—. ¡No voy a dejar que cometas esa locura, el dolor no te deja pensar, tú no eres así! ¡Recapacita, por favor!

Jorge cogió la cara de su madre entre sus manos, vio el terror en sus ojos y le dio un beso en la frente.

—Lo siento, madre, pero tengo que hacerlo. No puedo perderla, mi vida no tendría sentido sin ella. —La dejó plantada en el porche y se subió al caballo.

Mientras galopaba a casa de los Robles no podía dejar de pensar en cómo Mónica había podido hacer una cosa así, cómo podía casarse con ese pelele, y sentía ganas de matarlos a los dos. Lo que tenía claro era que Arturo iba a morir por atreverse a deshacer su matrimonio y después casarse con su mujer, a ella lo único que la salvaría sería que volviera a casa con él.

**Los 20 Robles**

Cuando llegó a la plantación de los Robles vio que la entrada estaba atestada de carruajes, todo el mundo debía estar allí, pensó, y reconoció el carruaje de Mónica en primera fila. Entró dentro de la casa conteniendo la respiración, mientras oía al cura hablar.

Había llegado al final del pasillo donde estaban todos los invitados sentados en las sillas y justamente en ese momento fue cuando pudo soltar el aire y empezar a respirar nuevamente, concentrándose para escuchar las palabras del cura. Solo entonces su furia fue apaciguándose poco a poco, al darse cuenta de que todo no estaba perdido, que aún tenía una posibilidad de llevarse a Mónica sin tener que cometer un asesinato, ya que Mónica nunca le perdonaría que matara a Arturo. Aunque le importaba bien poco hacerlo o no, solo le dejaría vivir si Mónica volvía con él a casa, esa pequeña esperanza le calmó.

—Si hay alguien que tenga algo que decir por lo cual no pueda celebrarse esta unión, que hable ahora o calle para siempre.

—¡¡Yo tengo algo que decir!! —Su rugido resonó en toda la plantación.

Cuando Mónica escuchó su voz se le paralizó el corazón, se volvió y vio a Jorge caminando hacia ella entre las sillas de los invitados por el mismo pasillo que hacía unos minutos había cruzado con el padre de Arturo. Llevaba un traje militar muy sucio y una barba de varias semanas, su aspecto era lamentable. Tenía unas ojeras muy marcadas y parecía agotado, exhausto, como si no hubiera dormido en una semana.

—¡Oh, Dios mío! —susurró Mónica casi sin voz.

—¡Esta mujer no puede casarse porque ya está casada conmigo! —exclamó muy enfadado.

—¡¡Eso no es cierto!! —gritó Arturo—. Ella nunca fue tu esposa, vuestro matrimonio fue una farsa y se anuló hace más de dos semanas. Ella ya no te pertenece y ahora es mi mujer, has llegado tarde.

Mientras decía eso cogía a Mónica por la cintura acercándola a él, Jorge los miraba con una mirada asesina. Entonces dijo muy tranquilo:

—Que yo sepa, un matrimonio no está formalizado hasta que el cura lo dice y los novios firman el acta, y te puedo asegurar que Mónica no va a firmar nada y el cura tampoco va a concluir la ceremonia.

—¿Por qué estás tan seguro?

Los dos se miraban desafiantes matándose con la mirada. Mónica estaba paralizada, no podía moverse ni decir nada por el impacto de volver a ver a Jorge, como todos los invitados.

—Porque para que esta boda se formalice, tendrá que ser por encima de mi cadáver.

—Para mí será un placer matarte, no sabes cuántas veces lo he deseado.

—Entonces, ¿a qué esperamos? Te advertí que si volvías a tocar a mi mujer te mataría y esta vez nada va a impedirlo.

Jorge sacó su arma y Arturo, apartándose de Mónica, cogió la de su capataz que se había puesto a su lado para protegerle al ver entrar a Jorge.

Los dos se apartaron de la gente y se pusieron de espaldas uno contra el otro para empezar a caminar, todos estaban atónitos y no paraban de murmurar. La madre de Arturo estaba llorando y el padre intentaba disuadirlos, pero ninguno de los dos escuchaba a nadie pues estaban enloquecidos por la ira y no cesarían hasta que uno de los dos muriera.

Mónica lo veía todo como a cámara lenta, los dos apuntándose con las armas uno enfrente del otro. Podía ver incluso cómo a Arturo le temblaba la mano por los nervios, al contrario que a Jorge, a quien se veía centrado y con el pulso firme. Se notaba a leguas que él estaba acostumbrado a empuñar un arma, no como Arturo, que jamás había disparado a nadie.

Mónica no podía creer lo que estaba pasando hasta que escuchó el primer disparo producido por Arturo, que pegó un grito de terror y reaccionó corriendo hacia Jorge. Según se acercaba pudo ver que estaba ileso, que Arturo había fallado, pero tenía que impedir que Jorge disparara porque estaba totalmente segura de que él no fallaría.

—¡Jorge, por Dios, no lo hagas! Si lo matas no podré perdonártelo nunca.

Cuando vio su cara llena de lágrimas y sus ojos suplicantes, le preguntó muy serio:

—¡¿Sabes lo que me estás pidiendo? ¡Merece morir, él no ha fallado por compasión! —Tenía el mentón apretado y una ira tan grande en la mirada que daba miedo.

—Sé que estás enfadado, pero no lo hagas, por favor. Hazlo por mí, o si no por nuestro hijo.

—Si no vienes conmigo a casa ahora mismo, es hombre muerto.

No dejaba de apuntar a Arturo mientras hablaba.

—¡No me importa, Mónica, prefiero estar muerto a que vuelvas con él! ¡Ya no tiene derechos sobre ti, no tienes que volver con él!

—¡Basta, Arturo! —gritó Mónica, después miró a Jorge a los ojos y le susurró—: Me iré contigo, pero no lo mates.

—Tus deseos son órdenes para mí, querida. —Nada más decir eso Jorge disparó igualmente.

Mónica se quedó sin aliento cuando vio a Arturo chorreando sangre y cayendo al suelo, echó a correr a su lado y se arrodilló para comprobar que tenía la mano destrozada por el disparo.

—Lo siento —le dijo con un hilo de voz al ver tanta sangre.

Jorge la cogió del brazo y la levantó.

—Vámonos, Mónica —le ordenó enfadado.

—¡Dijiste que no dispararías! —le gritó Mónica enfurecida.

—Te dije que no lo mataría, no que no le dispararía. El médico está aquí, no te preocupes, se pondrá bien. —Entonces miró a Arturo advirtiéndole—: Esta es la última vez que mi mujer te salva la vida y por tu bien, no vuelvas a cruzarte en mi camino porque la próxima vez no fallaré. Esto solo ha sido una advertencia.

—¡¡No puedes llevártela, ahora es mi mujer!!

—¡Ya basta, Arturo! —le gritó su madre llorando y después le dijo a Jorge—: ¡Llévesela! Y por favor, Mónica, no vuelvas a acercarte a mi hijo, no quiero que tu marido acabe matándolo.

Jorge le quitó a Mónica el anillo que Arturo había puesto en su dedo y se lo echó a la cara, diciéndole con sarcasmo:

—Acabo de anular tu matrimonio con *mi* esposa, como tú hiciste con el mío.

Se dio la vuelta y salió con Mónica agarrándola del brazo con fuerza, ella sentía mucho dolor, pero no era capaz de decir nada. La subió al coche de caballos con el que Mónica había llegado, ató su caballo a la parte de atrás y se subió delante del carruaje para conducirlo.

En todo el camino ninguno de los dos fue capaz de hablar con el otro pues estaban demasiado enfadados para hacerlo. Cuando llegaron a la casa Jorge la ayudó a bajar y volviéndola a coger del brazo con la misma fuerza, tiró de ella. Al verlos entrar Ana corrió hacia ellos y cuando vio el vestido de Mónica ensangrentado le preguntó aterrada:

—¡Dios mío, hijo! ¿Qué has hecho? ¿Por qué el vestido de Mónica está lleno de sangre?

—Ahora no, madre. Y no te preocupes, aún no ha muerto nadie.

Cuando Mónica escuchó esas palabras le entró el pánico porque con lo furioso que estaba lo veía capaz de matarla. Jorge subía las escaleras a zancadas y ella tenía que correr para seguirlo, hasta que tropezó con el último escalón y él la sujetó con más fuerza del brazo para que no cayera. Mónica sintió tanto daño que soltó un quejido de dolor.

—¡Aaauuu!

—Lo siento, no quería hacerte daño. ¿Estás bien?

Acababan de entrar en la habitación y la soltó. Ella, agarrándose el brazo por donde le había hecho daño, le gritó enfurecida:

—¡¡No, no estoy bien!! ¡Casi me arrancas el brazo, me has hecho mucho daño, eres un animal!

—¡¡Tú me has puesto en esta situación!! —No dejaba de dar vueltas por la habitación gritando por lo furioso que estaba—. ¡Por Dios, Mónica! Si no hubiera llegado a tiempo te hubieras casado con ese pelele…

—¡¡¿Y qué te importa?!! —gritaba ella también muy alterada—. ¡¡Tú te fuiste, me abandonaste!! ¡¿De verdad pensaste que me iba a quedar aquí esperando a que volvieras algún día cuando recordaras que tuviste un hijo conmigo y quisieras quitármelo?

Volvía a tener a su fierecilla delante de él. ¡Dios! Esa mujer lo

volvía loco, otra en su lugar estaría aterrada por su furia, pero ella no. Ella estaba ahí, plantándole cara, gritando igual que él y se moría de ganas de besarla, de volver a tenerla entre sus brazos. Estaba tan hermosa cuando sacaba su lado salvaje, pensaba Jorge intentando controlar su furia.

—¡Yo jamás haría una cosa así! ¿Quién te ha metido esas ideas en la cabeza? Arturo, ¡¿verdad?! ¿No te das cuenta de que ese muchacho me odia desde el primer día que puse los ojos en ti, te aparté de su lado y me convertí en tu esposo? Sería capaz de inventar cualquier cosa para tenerte porque sabe que perderos a ti y a mi hijo sería lo más doloroso que pudiera ocurrirme en esta vida.

—¡Él no se ha inventado nada, no le eches la culpa! ¡Tú eres el mentiroso, porque me hiciste creer que eras mi marido! Me humillaste, me mentiste, me engañaste, me sometiste a tus deseos, me obligaste a hacer lo que te dio la gana, y resulta que yo nunca fui tu esposa. Nunca tuviste derechos sobre mí, porque nunca quisiste estar atado a mí. Solo me lo hiciste creer para vengarte de mi padre y la verdad es que tengo que aplaudirte —mientras decía eso iba dando palmadas como si estuviera aplaudiendo en una obra de teatro y la función hubiera terminado—, porque te salió muy bien. Eres un ¡graaan actor! Hasta llegué a creer en algunos momentos que yo era importante para ti, que podías llegar a quererme, pero todo era mentira porque lo planeaste todo con mucho cuidado.

—Mónica…

—Vi esos informes sobre la vida de mi padre, hiciste muy bien los deberes antes de venir aquí y que todos, incluida yo, creyéramos que era una Salazar te vino de perlas. Casarte conmigo siendo una Salazar era como firmar un acta de matrimonio con divorcio incluido, ya que podrías usarme hasta que te cansaras y después largarte sin preocupaciones, puesto que Mónica Salazar no existía y nunca estarías obligado a nada con ella. Y eso fue exactamente lo que hiciste, marcharte con tus amigotes a jugar a soldaditos y a golfear con mujerzuelas. Seguro que te lo has pasado muy bien todos estos meses con tu amiguito José y todas las furcias con las que te hayas enredado. —Mientras decía eso él sonreía—. Y mientras yo aquí, llorando como una estúpida por ti. Hasta que me cansé de esperarte y quise borrarte de mi vida, por eso iba a casarme. Lo que no entiendo es por qué has vuelto si en todo este tiempo no te ha preocupado lo que pasara conmigo, ni siquiera viniste para impedirme que anulara nuestro matrimonio...

—¡Deja ya de decir tonterías! —En dos zancadas se acercó a ella,

la cogió de la cintura y de un tirón la pegó a su cuerpo. Podía notar su gran barriga tocando la suya y volviendo a sonreír le preguntó—: ¿Sentiste celos por mí?

—¡No, suéltame!

Ella intentaba separarse, pero Jorge la sujetaba con tanta fuerza, y al mismo tiempo con cuidado de no aplastarle la barriga, que le era imposible escapar de sus brazos.

—No me mientas, lo he visto en tus ojos cuando mencionaste lo de las mujerzuelas. Me encanta que me celes, Mónica. —Su voz era suave y cálida como su mirada, la furia había desaparecido y volvía a mirarla intensamente, con esa mirada gris y azulada que la ponía tan nerviosa—. Pero no tienes por qué, sabes que no puedo estar con otra mujer que no seas tú. No he estado con nadie en todos estos meses, Mónica, no me gustan las mujerzuelas y sabes perfectamente que no me gusta que nadie vea mi cuerpo, excepto tú. Tú eres la única mujer con la que quiero estar, tú eres mi esposa y no me importa lo que digan esos papeles, si eres Mónica Salazar o Gómez. Lo único que me importa es que eres la señora *de* Mendoza, por lo tanto me perteneces. Que eso te quede bien clarito.

—No soy la señora *de* Mendoza...

—Sí eres la señora *de* Mendoza. —La miró profundamente a los ojos—. Siempre vas a ser la señora *de* Mendoza y eso no va a cambiar jamás, y si para eso tenemos que volver a casarnos, pues lo haremos. Quieras o no quieras volverás a casarte conmigo, Mónica, volverás a ser la señora *de* Mendoza porque no voy a permitir que te alejes de mí. Yo te compré. ¿Recuerdas? Y ese fue mi pecado y mi castigo, porque desde ese mismo momento supe que no podría vivir sin ti. Mi hijo y tú sois lo más importante para mí, no sabes lo mucho que te he echado de menos, cómo he extrañado tu olor a jazmín.

Mientras decía eso agachó la cabeza para meter la nariz en su cuello, olió su perfume y la besó suavemente, su barba le hacía cosquillas y al mismo tiempo le hacía estremecer.

—No te creo… —le susurró sin aliento

—Pues deberías —le habló al oído—, porque no he dejado de pensar en tus besos, en tus caricias, en todo tu ser. Me estaba volviendo loco sin ti, Mónica. —Ella temblaba entre sus brazos al oírle decir todas esas cosas, al tenerlo tan cerca de nuevo. Jorge levantó la cabeza y la miró a los ojos—. Si no vine en todos estos meses no fue porque no quisiera hacerlo, sino porque no podía.

—No te creo… —volvió a decir ella.

—¡Maldita sea, Mónica! ¿Cuándo vas a dejar ese orgullo a un

lado para que pueda demostrarte todo lo que siento por ti? No quiero perderte, Mónica, y ya no me importa confesarte lo mucho que te amo. Te amo más de lo que nunca creí que se pudiera amar a nadie, y nunca podré volver a amar a nadie como te amo a ti. —A Mónica le latía el corazón con tanta fuerza al oírle decir esas cosas, esas palabras que había deseado tanto escuchar y que ahora le parecían lo más hermoso que había escuchado en su vida, estaba tan fascinada que no podía hablar—. Voy a estar esperándote porque no quiero volver a obligarte a hacer nada que no quieras. Ahora conoces mis sentimientos y sabes que te amo como un loco. Todo depende de ti, mi vida, solo tienes que venir a buscarme. Pero no tardes demasiado, no tenemos mucho tiempo.

Nada más decir eso le dio un beso tan apasionado que la dejó sin respiración, despertando en ella muchas sensaciones dormidas y anheladas, y los brazos vacíos cuando se marchó.

Mónica estaba atónita con todo lo que Jorge acababa de confesarle, y después de ese beso tan ardiente la había dejado con ganas de más. Tenía ganas de correr detrás de él, echarse en sus brazos y que siguiera besándola, abrazándola, amándola. Pero se tumbó en la cama intentando calmarse un poco sin dejar de pensar en sus palabras.

Le costaba creer que él estuviera enamorado de ella, pero si no lo estaba, ¿por qué parar esa boda? ¿Por qué retar a Arturo a un duelo arriesgando su vida? Y, sin embargo, si estaba enamorado, ¿por qué se fue? ¿Por qué la dejó todos esos meses y nunca volvió a verla hasta ahora? Todas esas preguntas la estaban volviendo loca, no sabía qué creer, y decidió bajar para hablar con él. Necesitaba que él le explicara por qué se había ido, solo sabiéndolo podría creer en sus palabras y podría creer si la amaba o no.

Llamó a Tula para que la ayudara a cambiarse pues no era muy apropiado caminar por ahí con un vestido de novia ensangrentado.

—Tula, ¿dónde está Jorge? —preguntó nerviosa.

—Me pidió que le preparara un baño. Parece que hubiera estado un mes encerrado en un calabozo, está hecho un asco.

Al escuchar las palabras de Tula Mónica se dio cuenta de que tenía razón, su aspecto era deplorable y su barba de varias semanas, como si hubiera venido de una guerra.

Después de arreglarse decidió ir a buscarle, pero se encontró a su madre en el pasillo.

—Ana, ¿dónde está tu hijo?

Ana la miró sorprendida. Se había quitado el vestido de novia, y lo más sorprendente era que parecía muy tranquila. No estaba

enfadada ni disgustada por esa boda fallida. Cualquier otra muchacha que hubiera querido casarse de verdad estaría destrozada, pero ella no, ella estaba tranquila, demasiado tranquila.

—Se ha acostado, y por favor preferiría que lo dejaras dormir, debe estar exhausto.

Mientras le decía eso la cogía del brazo e iba bajándola por las escaleras para que no fuera a molestar a su hijo.

—¿Por qué dices eso? La ciudad tampoco está tan lejos. Y ahora que lo dices, tienes razón. Cuando lo vi me sorprendió las trazas que llevaba. ¿Qué está ocurriendo, Ana? ¿De dónde venía? ¿Dónde ha estado todos estos meses?

—Lo siento, pero tendrás que preguntárselo a él. Antes de marcharse me hizo jurar que no te lo diría. Y si en todo este tiempo no te lo he dicho, aunque me moría de ganas de hacerlo para que no te casaras con ese muchacho, no voy a hacerlo ahora.

Mónica la miró muy sorprendida.

—Por favor, Ana, necesito saber dónde ha estado. Después de lo que me ha dicho necesito saberlo para poder creerle.

—¿Qué te ha dicho?

—Que está enamorado de mí.

—Eso ya te lo dije yo y no me creíste.

Ana aún estaba disgustada por todo lo que había pasado y el susto que se había llevado, por eso le hablaba malhumorada.

—Lo siento, pero tú eres su madre y podrías estar mintiéndome para que no me casara. Quiero saber dónde ha estado. Por qué no volvió a verme en todos estos meses. Solo sabiendo la verdad podré creerle. Porque si de verdad me amara, no habría estado tanto tiempo alejado de mí, ¿no es así? Por favor, Ana. Si de verdad quieres que tu hijo y yo lleguemos a estar bien, cuéntamelo. Necesito saber qué ha estado haciendo, si no lo haces subiré ahora mismo y se lo preguntaré a él.

—No hagas eso, necesita descansar. Júrame que no le dirás que te lo he contado, al fin y al cabo, estoy convencida de que te lo contará todo cuando despierte.

—Te lo juro, no voy a decirle nada.

—Unas semanas después de la muerte de tu padre recibió una carta, su compañía iba a ser destinada al frente y él tenía que presentarse a filas, pero Jorge no quería irse hasta que tú no te encontraras bien. En esos días estuviste en cama por tu embarazo, ¿recuerdas? —Ella asintió con la cabeza—. Estuvo retrasándolo hasta que el médico le dijo que ya no corríais peligro ni tú ni el bebé. Fue entonces cuando se marchó, no podía seguir retrasándolo

o se hubiera metido en un buen lío.

—¿Por qué no me lo dijo?

—No quería que te preocuparas y prefería que le odiaras por abandonarte. Cuando le dije que te lo contara, que estaba cometiendo un error porque no le perdonarías su abandono, él me dijo que tú estabas acostumbrada a odiarle y que pronto se te pasaría. Que eso sería mejor para ti que vivir con la angustia todos los días de saber que estaba en el frente, e imaginar que pudieran herirle o matarle en el campo de batalla no sería bueno para tu embarazo. Enseguida comprendí que él tenía razón porque estabas enfadada, pero no angustiada, por eso guardé silencio y cumplí mi juramento de no decirte nada pasara lo que pasara. Aunque recuerda que cuando te empeñaste en casarte con Arturo quise decírtelo un par de veces, pero te negaste en rotundo a escucharme.

—¡Dios mío, en la guerra! Parece todo tan absurdo. Si lo hubiera sabido… ¡No! Si lo hubiera sabido me hubiera muerto de la angustia, en eso tenía razón. Si lo hubiera sabido hubiera vivido en un infierno todos estos meses porque imaginármelo todos los días en el campo de batalla, luchando y con la posibilidad de que podría morir… No, no creo que lo hubiera podido soportar.

—Lo sé, porque yo sé lo que es eso. Lo he vivido por partida doble con él y con su padre, y no se lo deseo a nadie. Esa fue otra de las razones por las que no te lo dije.

—Necesito verlo, tengo que hablar con él, tengo que decirle muchas cosas.

—Ahora será mejor que le dejes dormir. Lleva una semana cabalgando sin parar, y gracias a Dios que ha llegado justo a tiempo para parar esa boda, porque si te hubieras casado con Arturo no sé qué hubiera sido de él. Si hubieras visto su cara cuando llegó y le dije que ya deberías estar casada, que era demasiado tarde. ¡Dios mío! Creí que iba a morirse de la angustia. Su furia era tan grande que no atendía a razones, solo pensaba en matar a Arturo Robles…

—Gracias a Dios llegó a tiempo para impedir que cometiera el mayor error de mi vida.

—Sí, gracias a Dios. ¿Qué sientes por mi hijo, Mónica?

—Pues no lo sé, han pasado tantas cosas malas entre nosotros que no se si le odio, le quiero o me he acostumbrado a vivir así. Solo sé que a veces quisiera matarlo y otras le echo tanto de menos que me duele. Lo que me da miedo es que no sé si algún día las cosas podrán funcionar bien entre nosotros, si podrán terminarse tantas peleas y discusiones.

—Voy a darte una cosa, pero tienes que prometerme que nunca

le dirás a mi hijo que lo he hecho, y que conste que si lo hago es para que te des cuenta de que Jorge no te ha mentido cuando te ha dicho que te quiere. A ver si así desaparecen esos miedos porque no sabes las ganas que tengo de veros otra vez bien, como antes de morir tu padre.

Ana subió a su habitación y le bajó un montón de cartas que Jorge le había escrito mientras estuvo fuera. Mónica subió a su habitación, no sin antes darle las gracias a Ana y jurarle que no le diría nada a su hijo. Cuando llegó se tumbó en la cama y empezó a leerlas.

Todas eran muy cortas, como si no tuviera tiempo para pararse a escribir y solo lo hiciera para poder demostrarle a su madre que seguía vivo y de una pieza. No podía creer lo que él había escrito sobre ella, porque en todas ellas le pedía una cosa: que la cuidara por él. Que no dejara que nada malo les pasara ni a ella ni a su hijo. Que los quería muchísimo. Que la echaba de menos. Que deseaba volver a casa para verla y poder decirle todo lo que sentía por ella, pedirle perdón por todo lo que le había hecho, y que ella pudiera perdonarle para poder volver a estar como en esos pocos pero inolvidables días que vivieron antes de que muriera su padre. Cada carta que leía decía lo mismo, lo mucho que la quería y lo mucho que la extrañaba.

Mónica no podía creer que él fuera capaz de confesarle a su madre todo lo que sentía por ella, ni a su madre ni a nadie, ya que siempre lo vio como un hombre frío y sin sentimientos. Pero cambió de opinión cuando leyó una de las primeras cartas, porque cada palabra escrita por él le llegó al corazón.

*¡Hola, mamá!*

*¿Cómo está Mónica? ¿Y mi hijo? Perdona, ¿y cómo estás tú? Espero que los tres estéis bien. Sé que la cuidas muy bien por mí, pero si supieras cuánto la echo de menos.*

*He encontrado una planta que huele igual que su perfume, a jazmín, y he plantado una raíz en un bote. La tengo en mi tienda cerca de mi almohada, así cada noche la huelo y me duermo pensando en ella, y esperando que termine pronto esta dichosa guerra para poder regresar a su lado y no volver a dejarla nunca más.*

*Solo espero que cuando vuelva ella sea capaz de perdonar esta mentira, porque ya no puedo imaginar mi vida sin ella. Pero creo que es mejor así. Tanto ella como mi hijo están mejor sin saber la verdad, porque si algo les pasara por mi culpa jamás podría perdonármelo. Mónica no está para disgustos y yo no estoy dispuesto a darle ni uno más, creo que ya hemos tenido suficientes.*

*Siento no poder escribirte un poco más, pero tengo que dejarte. Esto cada vez está peor, pero no quiero que te preocupes. Como está aquí el mensajero tengo que aprovechar el momento porque no sé cuándo podré volver a mandarte otra carta, ya que no sé cuándo volverá, por eso quería que tuvieras noticias mías, para que no te preocuparas.*

*Os quiero y os echo mucho de menos. Un beso.*

*PD. Si algo me pasara prométeme que cuidarás de ellos y que le dirás a Mónica*

*que todo lo que hice fue para tenerla a mi lado. ¡Ah! y que la quiero.*

*Jorge.*

Mónica tenía un nudo en la garganta solo al pensar que mientras ella estaba llorando y maldiciéndole por haberse ido, él estaba en una guerra arriesgando su vida todos los días. Si le hubiera pasado algo no lo hubiera podido soportar. Estaba emocionada al leer todas esas cartas.

Deseaba ir con él y decirle que ella también había echado muchísimo de menos esos días que habían vivido antes de la muerte de su padre, que se moría de ganas de volver a vivirlos, volver a estar entre sus brazos, volver a estar con él como una pareja normal.

Se quedó dormida y abrazada a esas cartas que la acercaban a él, que le quitaban todas esas dudas que siempre había tenido por cómo empezó todo entre ellos. Después de leerlas por fin estaba dispuesta a decirle todo lo que sentía por él en cuanto lo viera por la mañana.

Mónica se durmió feliz, con solo unas palabras en su mente:

«No quiero perderte, Mónica, y ya no me importa confesarte lo mucho que te amo. Te amo más de lo que nunca creí que se pudiera amar a nadie, y nunca podré volver a amar a nadie como te amo a ti».

Esas palabras le habían devuelto la ilusión y fortalecían el amor que sentía por él, ahora estaba segura de que Jorge la amaba y se moría de ganas de decirle lo mucho que ella lo amaba a él, y lo mucho que lo había añorado.



# LIV

## Nube Blanca

Cuando se despertó se levantó y fue corriendo a su habitación, pero él ya no estaba. Entonces decidió buscarlo en el comedor por si estaba desayunando, pero solo encontró a Ana.

—¿Y Jorge? —le preguntó impaciente.

—No lo sé, cuando he bajado ya no estaba. Seguro que se ha ido a dar una vuelta por la hacienda. ¿Y esas cartas, te han ayudado a despejar tus dudas?

—Sí. Ahora estoy segura de que me quiere, y me muero de ganas de ver a tu hijo y poder decirle tantas cosas.

—Pues no sabes cuánto me alegra oír eso.

Mónica se sentó en el sillón del porche después de desayunar. Le gustaba tomar el sol y ver la plantación, y estaba ansiosa por ver aparecer a Jorge en el horizonte, pero al mismo tiempo los nervios no la dejaban respirar. Él le había dicho que esta vez era ella la que tenía que buscarlo y eso le daba vergüenza, pero estaba decidida a dar el paso, y ya no iba a permitir que nada más los separara. Aunque había algo que la tenía intranquila y era lo que él le dijo, que se diera prisa porque no tenían mucho tiempo. ¿Tendría que volver al campo de batalla? Solo pensar en volver a perderlo, que

tuviera que irse de nuevo la ponía mala.

De repente vio a Pegaso en el horizonte. Venía solo, cabalgando como alma que llevaba el diablo, y recordó que antes de irse Jorge le había pedido permiso para montarlo mientras Tormenta estuviera preñada. Mónica sonrió. Él era capaz de ser protector hasta con una yegua, y pensó en la suerte que tenía al tener un marido tan maravilloso como él.

Pero la sonrisa se le borró de la cara cuando se dio cuenta de una cosa, Pegaso jamás dejaría a su jinete a no ser que hubiera ocurrido algo, y Jorge tampoco dejaría al caballo volver solo a casa. Si Pegaso no estaba en la cuadra era porque Jorge lo había sacado, nadie más tocaba su caballo. El corazón le empezó a latir muy deprisa al tener un mal presentimiento, algo le había pasado a su marido, así que se levantó de un brinco y empezó a gritar.

—¡Tula, Tula!

Tula y Ana salieron enseguida y cuando la vieron de pie e intentando coger a Pegaso, fueron corriendo hacia ella.

—¡¿Qué haces, hija?! ¡No te acerques a ese animal, podría hacerte daño!

—Tula, ve a buscar a Moisés, ¡corre! Y que vengan los demás.

—Pero, mi niña, ¿qué le pasa?

—¡¡Obedece, maldita sea!!

Cuando Tula la vio así de nerviosa se dio cuenta de que algo estaba sucediendo, e inmediatamente obedeció, sin discusiones.

—Hija, ¿qué está pasando? Me estás asustando.

—Algo le ha pasado a Jorge. Pegaso jamás vendría sin él, conozco a este caballo.

Ana la miró sorprendida y asustada al mismo tiempo. En ese instante llegó Moisés, y detrás de él dos hombres de Jorge.

—¿Qué ocurre, señora? —preguntó uno de ellos.

—Moisés, coge a Pegaso y ve en busca del médico, que venga ¡ya!, inmediatamente. —Moisés salió corriendo con Pegaso sin preguntar nada, obedeciendo la orden de su ama—. Y vosotros. ¿Sabéis dónde iba mi marido después del desayuno? —les preguntó a los hombres de Jorge que estaban algo sorprendidos por la pregunta de Mónica y su nerviosismo.

—No, dijo que iba a dar un paseo y que quería estar solo.

—Quiero que cojan todos los caballos y a todos los hombres que puedan montar, y que busquen a mi marido por toda la plantación. Los que no puedan montar que lo hagan a pie. ¡Rápido! ¡Y no vuelvan sin él, es una orden! —Los hombres la obedecieron inmediatamente y salieron a buscarlo, ella se volvió hacia Ana que

aún estaba petrificada y la abrazó—. No te preocupes, seguro que lo encuentran enseguida y se quedará todo en un susto. Se habrá caído del caballo y estará regresando a pie, verás cómo se ríe de mí cuando vea todo el lío que he montado. —La llevó al porche y se sentaron en el sofá.

—Si creyeras lo que dices no estarías tan asustada. Mi hijo no se caería del caballo, eso lo sabes tan bien como yo. Algo le ha pasado, lo presiento igual que tú. —Se quedaron en silencio y con las manos cogidas dándose fuerza la una a la otra.

Parecía que habían pasado horas cuando vieron a lo lejos acercarse a los hombres de Jorge. Mónica se levantó con el corazón encogido cuando vio que traían un cuerpo inerte sobre el caballo, tumbado encima del animal y parecía estar muerto. No podía moverse, los ojos se le llenaron de lágrimas y no podía reaccionar, hasta que uno de los hombres se acercó a ella y le dijo cogiéndola por los hombros para que reaccionara:

—Señora, señora, ¿dónde quiere que llevemos a su marido?

—¿Está muerto? —preguntó con un hilo de voz.

—No, está inconsciente. Le ha mordido una serpiente y por cómo lleva el pie debe ser venenosa.

Cuando Mónica escuchó fue capaz de reaccionar, pero las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Llevadlo a su alcoba, el médico no tardará en venir.

—Señora, este negro estaba con su marido. Le encontramos con un cuchillo en las manos y lleno de sangre, incluso en la boca. Apostaría lo que fuera a que estaba bebiendo su sangre, ya sabe lo raros que son estos negros. Seguro que estaba haciéndole brujería. ¿Quiere que lo matemos?

—No tengo cabeza ahora para eso, encerradlo, ya decidiré luego qué hacer con él.

Subió detrás de ellos y lo acomodaron en la cama, Mónica se sentó a su lado para observarlo y le tocó la frente, estaba ardiendo y tenía el tobillo muy hinchado. Le ordenó a uno de los hombres que le ayudaran a desvestirlo y después mandó a Tula que le trajera agua helada.

—¿Qué ocurre, hija? ¿Para qué quieres el agua?

—Está ardiendo en fiebre, tenemos que bajársela como sea.

Cuando Tula trajo el agua y Mónica empezó a mojar los trapos le aconsejó:

—Deje que me ocupe yo, mi niña, usted no está en condiciones para estar ahí mal sentada. Debería recostarse y tranquilizarse después del susto que ha pasado.

—¡No! Quiero hacerlo yo. ¿De verdad crees que puedo estar tranquila viéndolo así? Además, él no quiere que nadie lo toque y tampoco que lo miren, solo yo puedo hacerlo. —Mientras decía eso tocaba suavemente su cicatriz acariciándole la mejilla.

—Pero, hija, Tula tiene razón, tú no estás en condiciones.

—¡No me importa! Estoy bien y quiero estar con él. —Se puso a llorar y le susurró entre sollozos al oído—: Por favor, Jorge, tienes que aguantar, tienes que ponerte bien. Sé fuerte por tu hijo y por mí. —Le pasó un trapo por la cara y le dio un beso en los labios, después cogió su mano y la puso en su barriga—. Te necesitamos, no puedes dejarnos. —Cuando Mónica escuchó la voz del médico entrar en la habitación se levantó y se acercó a él—. Doctor, por favor, tiene que hacer algo lo-lo que sea. Ayude a mi esposo, está ardiendo en fiebre. Le-le ha mordido una serpiente y creen que es venenosa. —Estaba histérica, no podía dejar de llorar y de hablar muy deprisa.

El médico empezó a examinar la herida que Jorge tenía en el tobillo.

—¿Cuánto hace que le ha mordido?

—No lo sabemos, hace poco que lo han traído, pero no sabemos cuándo le mordió.

Él médico sacó fuera a Mónica y a Ana, y mirándolas muy serio les comunicó:

—Hay que amputar la pierna. —Mónica se quedó helada y paralizada, igual que su madre—. Por cómo tiene el tobillo seguro que era venenosa, no se puede hacer otra cosa y no podemos perder mucho tiempo porque si el veneno llega a su corazón morirá. —Mónica tuvo que sentarse en una butaca, la noticia la había dejado sin fuerzas—. Señora de Mendoza, ahora no puede venirse abajo, tiene que tomar una decisión. La vida de su marido está en sus manos y no podemos esperar.

—¿Por dónde? —susurró casi sin voz.

—¿A qué se refiere? —preguntó extrañado por esa pregunta.

—¿Por dónde piensa cortarla? ¿Por el tobillo? ¿Un poco más arriba de la picadura?

—¿Y eso qué importa?

—¡Sí es importante! —gritó nerviosa.

—Toda entera, no sabemos cuánto tiempo lleva el veneno en su pierna y es mejor ir a lo seguro, y aun así tampoco puedo asegurarle que sirva de algo, podría morir igualmente. Pero decídase ya, cuanto antes lo hagamos más posibilidades habrá de que se salve.

Mónica estaba aterrada solo de imaginarse a su marido

mutilado, pero en ese momento sabía que prefería verlo mutilado antes que no volver a verlo nunca más.

—Está bien, hágalo. Haga lo que tenga que hacer, pero sálvelo, por favor.

—Mónica no-no puedes hacer eso —su madre casi no podía hablar—, si le haces eso él jamás te va a perdonar, te va a odiar el resto de su vida. Pi-piensa en el complejo que tiene por sus cicatrices, imagínate lo que sentirá cuando se vea sin la pierna.

—¿Y qué quieres, que le deje morir? ¡No-no me importa que me odie! —gritaba entre lágrimas—. ¡Quiero que esté conmigo, que mi hijo tenga a su padre, y no me importa si te parece egoísta, es lo que necesito!

—Yo no quiero que muera, es mi hijo. Pe-pero sé que él preferiría estar muerto antes que verse así. —Ana también lloraba y casi no se la entendía.

—Pues no tendrá que mirarse, y yo haré lo que sea para que él se sienta bien y se olvide de su pierna. —Respirando profundamente y quitándose las lágrimas de la cara le dijo al médico—: Adelante, doctor. ¿Qué necesita?

—Pues por lo menos cuatro hombres fuertes para que inmovilicen a su esposo y no se mueva.

—¿No va a dormirle? —preguntó casi sin pulso al escuchar tal atrocidad.

—Sí, pero nunca se sabe. No sería la primera vez que se despiertan en medio de la operación. Por su bien, espero que no lo haga, pero es mejor estar preparados. Necesitaré agua caliente…

—Tula, encárgate de todo lo demás, voy a buscar a los hombres.

—Mónica, ¿estás segura?

—No, Ana, no estoy segura de nada, pero no tengo otra opción. —La miró con mucha tristeza y le preguntó—: ¿Tú le dejarías morir? —Ana negó con la cabeza pues no podía articular palabra—. Discúlpame, pero tengo que ir, no podemos alargarlo más.

Cuando salió vio a los hombres de Jorge, casi todos los esclavos estaban esperando con impaciencia para saber cómo estaba su amo, todos estaban preocupados por él. Mónica señaló a tres hombres de Jorge que eran altos y robustos y a uno de los negros que también era muy corpulento, y les ordenó:

—Quiero que entréis en la casa, que os lavéis bien y que subáis a la alcoba de mi marido, el médico os necesita. ¡Daos prisa, por favor!

Todos hicieron lo que les ordenó. Mónica cayó en el suelo sin fuerzas. Moisés corrió a su lado y la ayudó a levantarse.

—Vamos, señora, no puede estar aquí. Deje que la ayude a entrar en la casa. ¿Qué pasa? ¿Qué le van a hacer al amo? —preguntó preocupado al verla así.

—Acabo de firmar su sentencia de muerte, Moisés. Cuando se despierte y se vea sin la pierna va a desear estar muerto y va a querer matarme. Pero soy demasiado egoísta para dejarle ir, le… le necesito.

Cuando empezó a llorar de nuevo él la sentó al lado de Ana, que tampoco podía dejar de llorar, y se fue. No habían pasado ni diez minutos cuando entró de nuevo y se arrodilló delante de Mónica para decirle:

—Señora, tiene que subir e impedir que le corten la pierna al amo.

—No puedo hacer eso, moriría.

—No, no va a morir, señora. Confíe en mí.

—Pero…

—Zacarías no estaba haciéndole brujería al amo, le estaba curando.

—¿Zacarías?

—Sí, he hablado con él. Los hombres le encerraron en el granero y por eso no ha podido hablar con usted. Pero me ha dicho que él estaba con su esposo cuando le mordió la serpiente y que enseguida le cortó con el cuchillo y le chupó la sangre para sacarle el veneno. Señora, confíe en mí, su marido no va a morir, no es necesario que le corten la pierna. A muchos negros les muerden las serpientes y no se mueren después de que Zacarías les hace eso.

Mónica miró a Ana esperando una respuesta.

—Tú decides, hija, es tu marido.

Mónica subió corriendo las escaleras maldiciéndose a sí misma. Tenía que haber hablado primero con Zacarías, pero estaba tan mal al ver a Jorge inconsciente sobre el caballo que no escuchó lo que los hombres le decían, y ni siquiera se había fijado en el negro que estaba con ellos y mandó encerrar. Si se hubiera dado cuenta de que era Zacarías hubiera sabido enseguida que él nunca le habría hecho daño a su marido, y mucho menos brujería, habría hablado con él y se hubiera acabado esa pesadilla antes de empezar. Mientras corría hacia la habitación de Jorge rezaba para que el médico no hubiera empezado porque de lo contrario no se lo podría perdonar nunca.

Mónica abrió la puerta de la habitación de Jorge y se quedó sin respiración al verlo tumbado en el suelo encima de una sábana y con todos esos hombres agarrándole por todas partes como si fuera un animal salvaje. El médico tenía una sierra en las manos y en la

ingle de su marido, que estaba chorreando sangre. Sintió que iba a desmayarse, pero una fuerza superior a ella le hizo gritarle al médico:

—¡¡Pare, no lo haga!! ¡Soltadle ahora mismo! —les gritó a los hombres que lo tenían agarrado, ellos obedecieron inmediatamente y lo soltaron.

—Señora, salga de aquí y deje que haga mi trabajo.

Mónica se acercó y vio que la herida era superficial, apenas le había cortado, aunque salía bastante sangre, así que le ordenó muy seria y con mucha autoridad al médico:

—No se le ocurra seguir con eso. Le agradezco lo que intenta hacer, pero no quiero que siga. Cúrele esa herida y déjelo descansar, que es lo único que necesita. —Miró a los hombres—. Cuando el doctor termine subidlo a la cama.

El médico le curó el corte que le había hecho con la sierra, y Mónica le acompañó fuera contándole todo lo que le había dicho Moisés.

—¿Y usted confía en esos negros? Seguro que quieren que su marido muera. No te puedes fiar de ellos, son todos unos mentirosos.

—Esos negros adoran a mi marido igual que yo, y sí, confío en ellos —contestó Mónica muy orgullosa de sus negros.

—Por el bien de su marido espero que tenga razón. Mañana me pasaré para ver cómo sigue.

—Muchas gracias, doctor.

Mónica subió a la habitación y encontró a Ana llorando al lado de Jorge, acariciando la herida que tenía en la ingle tapada con una venda. Se sentó a su lado y la abrazó.

—No te preocupes, es superficial, apenas un rasguño. Menos mal que llegué a tiempo. Casi me muero cuando lo vi lleno de sangre, pensé que ya la había cortado, pero gracias a Dios la sangre es muy escandalosa y resultó ser poca cosa. Eso sí, me parece que tendrá otra cicatriz en su expediente. Este hombre parece que no pueda vivir sin tener una cicatriz tras otra.

Ana le sonrió entre lágrimas.

—Estoy segura de que preferirá mil veces esta cicatriz a una pierna menos. Solo espero que Moisés no se equivoque.

—Seguro que no, ya lo verás. —Mónica le secó las lágrimas a Ana—. Bueno, ya basta de lloros, vamos a intentar que le baje la fiebre. —Cogió el agua y los trapos y empezó a ponérselos por todo el cuerpo—. Tula, vuelve a traer agua, esta ya no está fría, y dile a Zacarías que suba, quiero hablar con él.

—Sí, mi niña.

—¿Es normal que tenga tanta fiebre? —preguntó a Zacarías cuando entró.

—Sí, ama, tiene que tirar el poco veneno que le haya quedado.

—¡¿Aún tiene veneno?! ¿Estás seguro de que podrá superarlo? —volvió a preguntar esta vez asustada.

—Sí, ama…

—¡Por Dios! No me llames así, sabes que no me gusta.

—Su marido es fuerte y saldrá de esta, señora. Si los negros pueden hacerlo él también podrá. Puede que tenga fiebre durante todo el día, pero ya verá que poco a poco le irá bajando igual que la hinchazón del tobillo.

—Muchas gracias, Zacarías, te voy a estar eternamente agradecida. No hubiera podido verlo mutilado, no lo hubiera podido soportar, y él tampoco.

—No tiene nada que agradecerme, usted y su marido han devuelto la alegría y las ganas de vivir a mi gente, por eso lo salvé. Si hubiera sido su padre al que hubiera picado una serpiente, lo hubiera sentido por usted, pero no habría hecho nada, solo me habría sentado frente a él para verlo morir. Sé que puede castigarme por lo que le estoy diciendo, pero no me importa.

—Tranquilo, te entiendo. Después de todo lo que mi padre hizo con tu gente es normal que pienses así, yo también lo haría. Puedes irte. Bueno, espera. ¿Por qué mi marido estaba contigo cuando le mordió la serpiente? ¿Qué fue lo que pasó?

—Estaba trabajando en el campo y su marido me llamó. Quería saber cómo había ido todo por aquí en los meses que estuvo fuera, cómo habíamos estado los esclavos y si se habían cumplido sus órdenes. Ya sabe que él siempre se ha preocupado por nosotros.

—Sí, lo sé.

—Íbamos paseando y no sé si él pisaría la serpiente sin darse cuenta y por eso le mordió. Lo más sorprendente fue lo que hizo el caballo, su marido lo llevaba cogido de las riendas y en cuanto le mordió se puso muy nervioso y empezó a patalear hasta que la mató, después echo a correr.

—Sí, ese caballo es fantástico —sonrió Mónica—, y muy inteligente. Creo que vino corriendo para avisarme de que algo le había pasado a mi marido.

—Puede ser, los caballos son muy listos, señora.

—Gracias otra vez, Zacarías, puedes retirarte —le dijo Mónica.

—Ahora que todo ha pasado deberías irte a descansar —le aconsejó Ana–, recuerda que no es bueno para el bebé que estés

aquí tanto tiempo. Es mejor que descanses después de este susto tan grande que nos hemos llevado. Será mejor que no te arriesgues más, por favor, hija, los últimos meses son los peores y deberías cuidarte.

—Tranquila, estoy bien, ve tú a descansar que también te has dado un buen susto. Yo no voy a dejarle, quiero que me encuentre a su lado cuando despierte, quiero pedirle perdón por todo lo que le dije cuando murió mi padre y por lo estúpida que he sido todos estos meses. —Cuando Ana fue a protestar ella insistió—: No, no digas nada porque no me vas a convencer.

—Está bien, pero si ves que te cansas me llamas y vendré a remplazarte. —Mónica le sonrió y Ana se marchó.

Tula volvió con agua más fría y Mónica volvió a cambiarle los trapos, una y otra vez. Le había ordenado a Tula que se fuera porque quería estar a solas con él.

Parecía que la fiebre iba bajando, ya no estaba tan caliente y Mónica empezaba a estar más tranquila. Había pasado tanto miedo que le había costado respirar con normalidad. Por fin, él estaba más estable y ella empezaba a relajarse.

Mientras le ponía los trapos por el pecho iba acariciándole. Después de tantos meses sin verlo, la pelea que habían tenido y las pintas que llevaba cuando volvió con esa barba y hecho un desastre no se había fijado en él, pero ahora podía hacerlo tranquilamente. Estaba afeitado y descubrió que había adelgazado bastante, seguro que en todos esos meses no se había alimentado bien.

Estar en una guerra debía de ser horrible, imaginaba Mónica por lo demacrado que estaba, y se juró a sí misma que no volvería a pelear con él, que iba a cuidarlo y a consentirlo hasta que olvidara todos esos meses horribles que le hizo pasar después de la muerte de su padre. Seguía cambiándole los trapos, acariciándole y recordando lo bien que se sentía recostada en su pecho, le había echado tanto de menos todos esos meses que tenerle tan cerca la ponía nerviosa. Deseaba que se despertara para poder besarle, y que él la abrazara y le hiciera el amor, que hiciera que se derritiera entre sus brazos como antes, entonces le dio un beso en los labios y le susurró al oído.

—Te amo. Perdóname, he sido una estúpida. Te amo tanto, Jorge, vuelve conmigo.

***

Cuando Ana llegó por la noche la obligó a abandonar la habitación.

—Mónica, tienes que descansar y no quiero un no por respuesta. —Mientras le hablaba iba llevándola a su habitación a empujones —. Yo me ocuparé de él esta noche, tú has estado todo el día aquí sin descansar y eso no es bueno para mi nieto. Así que a la cama ahora mismo y sin protestar, le diré a Tula que te suba algo caliente.

Mónica estaba tan agotada que decidió obedecer.

—Está bien, pero si se despierta tu hijo quiero que me avises inmediatamente, por favor, y no me importa la hora que sea.

—Sí. No te preocupes que lo haré. Ahora, duerme un poco. —La ayudó a meterse en la cama, le dio un beso y volvió con su hijo.



# LV

## Nube Blanca

De madrugada, Jorge se despertó y su madre le contó todo lo que había pasado. Cómo Mónica había vuelto la plantación del revés para que lo encontraran. Cómo se había enfrentado al médico para que no le cortara la pierna. Cómo había llorado por él y lo había cuidado todo el día sin desfallecer.

—Quiero ir con ella.

—¿Qué dices, te has vuelto loco? No creo que puedas apoyar la pierna en el suelo, aún tienes el tobillo hinchado y yo no puedo contigo. Podría fallarte la pierna y podrías caerte.

—Entonces busca a Moisés y dile que venga para que me ayude.

—No creo que debas moverte de la cama.

—Por favor, mamá, no sé el tiempo que me queda y necesito estar con ella.

—Está bien, iré a buscar a Moisés, pero no te muevas de la cama hasta que vuelva con él.

Estaba ansioso por estar con ella, le había prometido que no volvería a molestarla hasta que ella lo buscara, pero después de todo lo que le había contado su madre, de todo lo que Mónica había

hecho por él, ya no le importaba nada. Ahora estaba seguro de sus sentimientos y ya no quería esperar más, quería abrazarla, besarla, sentirla en sus brazos y dormirse a su lado.

Cuando llegó Moisés, Jorge apoyó todo su peso en él y lo acompañó hasta la habitación de Mónica. Antes de entrar le advirtió:

—Si miras a mi mujer, te mataré. —Moisés lo miró extrañado, Jorge sonrió—. No me mires así, es una broma. Sé que tengo que agradeceros a ti y a Zacarías que aún conserve la pierna, mi madre me lo contó todo. Te debo una.

—No me debe nada, amo, haría cualquier cosa por la niña Mónica y por usted también. Y yo jamás miraría a su mujer de esa manera, puede estar tranquilo.

—Ya lo sé. Sé que Mónica es tu... medio hermana, y que por eso haces cualquier cosa por ella, y eso me gusta.

—¿Usted cómo sabe que ella es…? —No se atrevía ni a decirlo, aunque fuera verdad nadie nunca debería saberlo, ni siquiera ella.

—Yo lo sé todo, Moisés.

—¿Y eso no le avergüenza?

—¿Por qué tendría que hacerlo? Ninguno de los dos sois culpables de eso y la mayoría de los amos tienen bastardos con sus esclavas, los únicos culpables son ellos. Bueno, ahora ayúdame a llegar a la cama.

Cuando lo dejó en la cama le dio las gracias y se metió dentro muy despacio, se acercó a ella abrazándola con cuidado para no despertarla. Solo necesitaba tenerla cerca, sentirla a su lado, pero ella se despertó en cuanto sintió su abrazo. Mónica le acarició y le besó el antebrazo justo donde tenía la cicatriz que le había hecho Arturo, entonces se volvió hacia él.

—¿Qué haces aquí? No deberías moverte de la cama.

—Quería estar contigo.

—Pero tu pierna… ¿Te duele? ¿Estás bien?

—Ahora estoy perfectamente, gracias a ti.

—Te amo. Perdóname por no habértelo dicho antes, por haber sido tan tonta, tan orgullosa. Lo siento.

Mientras le hablaba le acariciaba la cicatriz de la cara y para él esa caricia era como un bálsamo reparador.

—¡Ssshhh! No quiero que te disculpes, no es necesario.

—Sí, sí lo es. No sabes cómo deseaba estar contigo, cómo te necesitaba, pero me sentía tan culpable.

—¿Por qué te sentías culpable? —le preguntó muy sorprendido.

—No podía dejar de pensar que mientras mi padre se estaba

muriendo en esa pocilga, yo era inmensamente feliz contigo. Con su enemigo. Con el hombre que lo había condenado a vivir así. Por eso cuando ocurrió todo y murió fui tan cruel contigo. Necesitaba echarte la culpa para no sentir que lo había abandonado a su suerte. Por eso te dije todas esas cosas, porque me sentía mal, no porque las sintiera. No sabes las veces que me he arrepentido de decirte todo eso.

—Está bien, ya no importa. Yo tampoco me porté bien contigo. También te dije muchas cosas que no sentía. Los dos hemos cometido muchos errores, y lo que importa ahora es que podamos olvidarlo todo para volver a empezar de cero. —Ella asintió con la cabeza, entonces él cogió su mano y le dio un beso diciéndole—: Hola, soy Jorge Mendoza, mucho gusto.

—Encantada, soy Mónica Gómez —le siguió la broma con una sonrisa.

—Se lo dije una vez, y se lo diré mil veces más si fuera necesario, le queda mucho mejor Mónica de Mendoza. —Mónica volvió a sonreírle.

—Creo que tiene usted toda la razón.

—¿Quieres volver a convertirte en la señora de Mendoza? —le preguntó con una mirada intensa.

—¡Sí, quiero! Quiero volver a ser la señora de Mendoza, es lo que más deseo.

—¿Puedo volver a besarte?

—No tienes que pedirme permiso para eso, lo estoy deseando.

—Sí, necesito hacerlo porque te dije ayer que nunca más volvería a obligarte a nada y que esperaría hasta que tú me buscaras, por eso quiero saber si quieres estar conmigo. Porque tú no has venido a buscarme y, una vez más, soy yo el que te busca, el que se muere de ganas de besarte, de abrazarte, de volverte a sentir mía. Daría la vida por poder hacerte el amor ahora mismo, no sabes cómo te he echado de menos.

Mónica no podía respirar de la emoción tan grande que sentía al oírle decir esas cosas tan hermosas.

—Fui a buscarte nada más despertarme, pero no estabas, y cuando volviste no podías escucharme, estabas con fiebre. Y por más que te decía que te amaba no me oías.

—Sí te oía, pero no podía contestarte. —Cuando vio su cara de sorpresa le sonrió—. Te oí cuando me dijiste que me amabas, por eso he venido para decirte que yo también te amo.

Ella le acarició y le besó suavemente la cicatriz hasta llegar a su oído para decirle con una voz melosa:

—Entonces no tienes por qué sentirte mal. Yo he sido la primera en buscarte, también me muero de ganas de estar contigo, te he echado tanto de menos que me dolía el corazón, y también deseo que me hagas el amor ahora mismo. Y si no me besas *ya* —cuando la escuchó decir eso no pudo evitar sonreír—, voy a morir…

No la dejó terminar de hablar, empezó a besarla con tanta pasión que Mónica se perdió entre sus brazos. Había anhelado tanto sus besos, sus caricias, podía sentir cómo el cuerpo empezaba a arderle, cómo le quemaba las entrañas por el deseo tan intenso que crecía dentro de ella.

Él no podía dejar de besarla y acariciarla. Acariciaba sus pechos, que estaban aún más sensibles y voluminosos por el embarazo, excitándola, llevándola a un placer tan grande que la volvía exigente, por eso su cuerpo se movía pidiéndole, exigiéndole más placer y su lengua bailaba con la de él con movimientos voraces, posesivos, llevándolo a la locura.

Jorge era incapaz de seguir controlando tanto deseo, eran muchos meses sin ella, muchos meses pensando en ella, deseándola, y ahora que por fin la tenía entre sus brazos, era incapaz de controlarse. La pasión que ella le demostraba, su manera de entregarse por completo a él, salvaje, ardiente y apasionada, le hacían perder la razón. Acariciaba su gran barriga con suavidad, y cuando por fin llegó a su zona más íntima y sensible, la hizo temblar de los pies a la cabeza con sus caricias. Solo en ese momento ella dejó de besarlo y le dijo con la voz cortada por el deseo:

—Si no me haces el amor ahora mismo… creo que voy a morir.

Él, sonriendo, le dijo con voz ronca mordiéndole el lóbulo de la oreja, estremeciéndola de placer.

—Yo jamás permitiría eso, señora de Mendoza, sus deseos son órdenes para mí. —La volvió poniéndola de lado y de espaldas a él, ella protestó al sentir su lejanía.

—¿Qué haces? Así no…

—¡Ssshhh! Confía en mí. —Se pegó a su espalda besándole el hombro y cogiéndola del mentón le volvió la cara para besarla.

—Jorge, por favor, te necesito aho…

Las palabras se perdieron en su garganta dando paso a un gemido de placer al sentir cómo él entraba en ella, llenándola por completo y dándole por fin todo ese placer que ella había anhelado, que había deseado desde hacía muchos meses, desde el mismo momento que creyó haberlo perdido y se dio cuenta de cuánto lo amaba, de cuánto lo necesitaba y de lo mucho que lo echaba de

menos.

Jorge temblaba, todo el control había desaparecido y su cuerpo se movía dentro de ella con fuerza, abrasándolos, derritiéndolos con el fuego del deseo, que cada vez ardía con más y más intensidad, hasta fundirlos en un solo cuerpo.

Cuando terminaron él empezó a acariciarle la barriga suavemente, besándole los hombros.

—Debo estar horrible con esta barrigona.

—Estás preciosa con barriga y sin ella. Lo siento, perdóname, he sido un irresponsable.

—¿Por qué dices eso?

—Porque, por más que te deseara, debí haberme controlado. Tu embarazo está muy avanzado y no sé si será bueno. —Mónica se volvió para mirarlo a los ojos y le puso el dedo en la boca haciéndole callar.

—No tienes de qué preocuparte, estoy mejor que nunca, me siento inmensamente feliz, y te amo. Nunca pensé que alguna vez pudiera decirte estas palabras y sin embargo ahora no puedo dejar de hacerlo. —Él le sonrió dándole un beso.

—Yo también te amo, mi vida, y no quiero que volvamos a pelear nunca más. ¿Y sabes una cosa?

—¿Qué?

—Que puedes decirme siempre que quieras esas palabras, porque no creo que me canse nunca de oírlas.

—Te amo —le dijo dándole un beso—. Te amo. —Volvió a besarlo—. Te amo… te amo… te amo… —No podía dejar de besarlo y de decirle esas palabras, hasta que él, sonriendo, le dio un beso con mucha pasión—. Yo tampoco quiero volver a pelear. ¿Puedo pedirte un favor? —Agachó la mirada y se puso a acariciarle el vello del pecho—. No quiero que te enfades, si no te parece bien solo tienes que decírmelo, pero no te enfades, por favor.

—¿Qué es lo que quieres? —Le levantó la cara cogiéndola del mentón para mirarla a los ojos—. Sea lo que sea no quiero que vuelvas a tener miedo de mí. Puedes decirme lo que quieras, no creo que haya nada que pueda hacer que me enfade contigo.

—Es algo que llevo rondando desde hace muchos meses. Quiero darle la libertad a Moisés, sé que te parecerá una locura, pero antes de que te fueras hablé con Tula y me contó todo acerca de mi padre. Tenías razón, yo tenía una venda en los ojos. Mi padre era un monstruo y yo una estúpida por ponerle siempre por encima de ti y despreciarte una y otra vez. No sé cómo has podido aguantarme. Tú eres mil veces mejor de lo que fue él. Si hubiera

sabido la verdad antes, jamás te hubiera dicho todas esas cosas cuando él murió.

—Ya hemos hablado de eso y todo está olvidado, de verdad, no quiero que vuelvas a pensar en eso. Yo también cometí muchos errores, así que estamos en paz, y deberíamos olvidarlo todo.

Ella le sonrió y bromeó al decir:

—¿De qué estás hablando? Yo no recuerdo nada. —Él se rio y le dio un beso—. Cuando hablé con Tula y me contó todo, me di cuenta de que Moisés es mi… medio hermano. Es por eso por lo que quiero darle la libertad, no quiero tener esclavizado a mi propio hermano. Sé que te parecerá tonto, porque entonces debería darles la libertad a casi todos los muchachos y muchachas de esta plantación, porque la mitad podrían ser mis hermanos. Pero con él es distinto, siempre ha habido algo especial entre nosotros. Cuando éramos niños sin que mi padre lo supiera me escapaba y jugábamos juntos, mi padre no quería que me acercara a los negros, pero a mí me gustaba estar con él y jugar con él. Después siempre estuvo ahí, cuando necesitaba salir de la plantación sin que mi padre me viera o cuando llegaba muy tarde de casa de Estela, él lo entretenía para que no me viera entrar. Yo siempre lo protegía, y nunca permití que nadie lo azotara o lo castigara. Como ya te he dicho antes, siempre hubo algo muy especial entre los dos. Tula dice que él no lo sabe, pero yo estoy segura de que sí.

—Pues sí, él lo sabe. Hace un momento estuvimos hablando de eso mientras me ayudaba a llegar hasta aquí, y creo que siempre lo ha sabido. Cuando quieras podemos ir y arreglarlo todo para darle la libertad.

—¿De verdad?

—Sí. Ya te dije que no podría negarte nada.

—Gracias.

—Puedes darle la libertad a Moisés y a todos los negros si quieres. Es eso lo que siempre has querido, ¿verdad?

—Sí. Aunque nunca creí que pudiera conseguirlo.

—Tú eres la dueña de todo esto, incluso de mí. Puedes hacer lo que quieras tanto con la plantación como conmigo. —Mónica sonrió feliz y le dio muchos besos.

—¿Me dejarías darles la libertad a todos los negros? —preguntó incrédula.

—Sí, pero espera unos meses a que entreguemos dos cosechas más y Nube Blanca vuelva a ser tan próspera como cuando vivía tu abuelo. Entonces podrás hacerlo, podrás liberar a todos los negros. No creo que quieran mucho dinero por seguir trabajando aquí, ya

que el solo hecho de sentirse libres será bastante recompensa para ellos. Eso sí, si quieres dársela a Moisés ya, puedes hacerlo. Al fin y al cabo, le debo mi pierna y creo que sería una buena recompensa.

—¿Tu madre te lo ha contado?

—Sí, todo. Cómo volviste la plantación del revés para encontrarme. Cómo peleaste con el médico por mí.

—Sí, y gracias a eso tienes otra cicatriz por mi culpa. Pero tenía tanto miedo de perderte que no me importaba que te cortaran la pierna, aun sabiendo que me odiarías el resto de tu vida por eso. Gracias a Dios que Moisés llegó a tiempo para parar esa locura. Cuando subí y te vi con la ingle chorreando sangre pensé que me moría. Menos mal que al final solo será una cicatriz más en tu expediente. Lo siento mucho, mi capitán.

—Pensaste que era lo mejor, aunque recapacitaste a tiempo, qué más da una cicatriz más o menos. Lo único que importa es que mi pierna sigue estando ahí. Además, como contigo no siento complejos porque sé que me amas hasta con este cuerpo marcado y deformado…

—No vuelvas a decir eso, sabes que no me gusta.

—Lo siento, tienes razón. Fuiste mi heroína, Mónica, y eso no voy a olvidarlo nunca.

—Tú harías lo mismo por mí.

—No te quepa la menor duda. Yo daría mi vida, si hiciera falta, por ti.

—Lo sé, sé que eres capaz de dar la vida por la gente que quieres, como hiciste con tu padre. Pero quiero que me prometas que ya no vas a volver hacerlo. No soportaría que te pasara algo.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué?

—Primero, porque si tú, nuestro hijo o mi madre estuvierais en peligro, ni siquiera lo pensaría, haría lo que fuera y no me importaría lo que pasara conmigo. Y segundo, porque soy militar y juré dar la vida por mi país.

—Pues esperemos que eso no vuelva a pasar y que no tengas que volver a jugártela por nadie. Mejor aún, ¿por qué no te retiras? —A Jorge le dio la risa.

—Creo que soy demasiado joven para eso, y me gusta ser soldado.

—Pues yo creo que lo odio. Primero porque te alejará de mí tarde o temprano, y segundo porque estarás en peligro. Y ahora que me acuerdo, ¿por qué me dijiste que teníamos poco tiempo? Por favor, no me digas que vas a volver a dejarme porque no podría

soportarlo. Estos meses han sido horribles sin ti. ¿Quieres saber por qué acepte la petición de Arturo, por qué iba a casarme con él?

—No hablemos de eso, porque eso sí que me pone de mal humor.

—No te enfades, déjame explicarte, por favor.

—Está bien, no voy a enfadarme, ya te lo he dicho antes.

—Cuando me pidió que me casara con él fue cuando me conto todo lo de mi apellido, y que tú y yo no estábamos casados.

—¿Ves? Tenía que haberlo matado hace mucho tiempo, nos habríamos ahorrado todo esto. ¿No te diste cuenta de que te estaba manipulando?

—Lo sé, pero en ese momento me sentía tan engañada, tan decepcionada y tan triste que quise casarme con él para hacerte daño. Después, cuando me di cuenta de que casarme con él me hacía más daño a mí que a ti porque eso sería perderte para siempre, quise romper el compromiso y estuve a punto. Pero entonces pensé que, si lo hacía, tú ya no tendrías una excusa para volver. Estaba completamente segura de que si seguía con la boda y tú sentías algo por mí volverías para parar esa locura, y yo me moría de ganas de verte, de saber si de verdad te importaba, por eso lo hice. Tenía muy claro que si me casaba con Arturo y tú no movías un solo dedo para impedirlo es que nunca te había importado, que Arturo tenía razón y que todo lo que pasó entre tú y yo había sido una farsa, y de ser así no me hubiera importado nada ser la señora de Robles o Mónica Gómez, nada hubiera tenido sentido para mí. Te puedo asegurar que los minutos más dolorosos que he vivido en mi vida fueron cuando iba caminando hacia el altar para convertirme en la señora de Arturo Robles. Me sentía triste y decepcionada porque tú no habías vuelto, porque mi plan para hacerte volver, para verte había sido un fracaso. Cuando oí tu voz detrás de mí quise correr a tu lado, echarme en tus brazos y decirte lo mucho que te quería, pero me quedé petrificada y no pude reaccionar. Después cuando lo hice, quise castigarte por todos los meses que me habías hecho pasar. Siempre consigues que quiera besarte y matarte al mismo tiempo, por eso nunca he podido abrir mis sentimientos contigo, porque nunca he sabido si te amaba o te odiaba, y eso era algo que siempre me hacía sentir mal.

—Bueno, espero que ahora lo tengas todo claro. —Ella asintió con la cabeza, sonrió y le dio un beso—. Te entiendo perfectamente porque a mí me ha pasado lo mismo. Muchas veces he creído que te odiaba, y cuando te escapabas o teníamos esas peleas tan grandes, que lo único que quería era someterte, hacerte daño y forzarte, por

más que lo intentaba no podía porque me dolía ver tu rostro triste y asustado. Entonces me daba cuenta de que jamás podría hacerte daño y que jamás conseguiría que fueras mía, y eso me desesperaba y me hacía darme cuenta de lo mucho que significabas para mí, de lo mucho que te quería. ¿Sabes para mí cuáles fueron los minutos más angustiosos que he vivido en mi vida? Bueno, más bien las semanas. —Ella negó con la cabeza—. Cuando recibí la carta de mi madre contándome todo lo que había pasado, cómo ese pelele había anulado nuestro matrimonio. ¡Diiiooos! Te juro que si en ese momento lo hubiese tenido delante de mí lo hubiera despellejado vivo. Cabalgué durante muchos días sin parar, rezando para llegar a tiempo y no tener que convertirte en viuda. Porque de una cosa puedes estar segura, si hubiera llegado tarde y te hubieras convertido en la señora de Robles no te hubieran servido de nada las súplicas, hubiera matado a ese muchacho por robarme lo más valioso que poseo. —Mónica volvió a acariciarle la cara y a besarlo —. No sabes lo que sentí cuando llegué aquí y mi madre me dijo que era demasiado tarde, que en esos momentos ya deberías estar casada. Cargué mi arma y fui a casa de los Robles nada más que con un propósito, matar a Arturo Robles. Mi rabia desapareció cuando oí al cura decir eso de «Si hay alguien que tenga algo que decir, que hable ahora o calle para siempre». Fue entonces cuando pude respirar pues aún tenía una posibilidad para sacarte de allí y llevarte a casa sin que me odiaras más de lo que ya lo hacías. Sabía que si lo mataba no me lo perdonarías, por eso decidí perdonarle la vida y dispararle en la mano. Quería demostrarte que me importaba más lo que tú sintieras que las ganas que tenía de matarlo, y también que a él le quedara bien claro que si volvía a acercarse a ti, la próxima vez no sería tan benévolo. —Mónica no pudo evitar dar un bostezo, él la besó apasionadamente y le preguntó—: ¿Tienes sueño?

—Sí, pero me gusta estar así hablando contigo y que me cuentes todas esas cosas. Me gusta saber lo importante que soy para ti, igual que tú lo eres para mí. ¿Sabes lo más increíble?

—¿Qué?

—Que tengo que agradecer que mi padre se arruinara y que tú me compraras, porque si no nunca hubiera sabido lo que es estar enamorada.

—No puedo creerte…

—Pues deberías. Siempre creí que estaba enamorada de Arturo, pero nunca me decidía a casarme con él porque nunca sentía esa sensación que siento cuando tú me besas o me abrazas. Siempre

pensé que había algo más que simplemente sentir cariño por una persona, y eso era lo que sentía con él. Pero contigo era tan distinto. Tú siempre me has puesto muy nerviosa, me has hecho palpitar el corazón con tanta fuerza que parecía que se me iba a salir del pecho. Como cuando oliste mi perfume y me besaste en el cuello en la puerta de tu hotel, hiciste que me temblaran hasta las piernas. O cuando estuve la segunda vez en la habitación de tu hotel y me arrinconaste contra la pared. ¿Te acuerdas?

—Cómo no iba a acordarme.

—Salí de allí odiándote más de lo que nunca creí que se podía odiar a nadie, pero al mismo tiempo preguntándome por qué me hacías sentir esas cosas que me alborotaban todo el cuerpo.

—Nunca podré olvidar lo que sentí cuando te fuiste. —Empezó a pasarle los dedos por el canalillo como aquella vez y ella volvió a ponerse nerviosa—. Cuando sentí cómo te ponías nerviosa, cómo tu voz temblaba pidiéndome que me estuviera quieto y cómo me pediste que me casara contigo para que dejara de tocarte. ¡Dios! En ese momento te deseé como un loco, aún no puedo entender cómo tuve fuerzas para rechazar tu oferta. Bueno, sí, lo hice porque sabía que no podría conformarme con un rato de placer, que querría más, por eso te dije que no, aun sabiendo que se me iba a hacer eterno esperar para tenerte entre mis brazos. Y no puedes imaginarte cómo me costaba respetarte y esperar que te entregaras a mí cuando sabía que eso nunca iba a pasar. Casi acabas volviéndome loco —le dijo consiguiendo una sonrisa de ella—. Por eso cuando vino tu padre me aproveché. Sabía que no dejarías que le castigara, por eso lo até al palo y mandé a Moisés a buscarte. Nunca tuve intención de azotarle, pero sabía que cuando lo vieras allí atado, te entregarías a mí para impedirlo. Forzada por la situación, pero al mismo tiempo resignada y sin luchar, y como sabía que era la única manera de tenerte no me importó chantajearte. Pero no me arrepiento porque fue la noche más hermosa que he vivido con una mujer en toda mi vida, y volvería a pasar por todo este infierno que hemos vivido en estos meses para volver a pasar esa noche contigo. —Ella no pudo evitar besarle.

—Para mí también fue una noche muy especial. Yo siempre tuve miedo a ese momento por todo lo que la gente decía de ella, y aún era peor cuando me la imaginaba contigo. Creía que sería horrible, dolorosa y traumática. Pero tú fuiste tan tierno y cariñoso. Y lo que más me gustó fue que te esforzaste para que estuviera relajada y que no me doliera mucho, eso hizo que te viera de otra manera. Creo que esa misma noche me enamoré de ti, pero estaba

demasiado ciega para darme cuenta. ¿Sabes una cosa?

—No. ¿Qué?

—Si es una niña —dijo poniendo las manos de él con las suyas tocando su barriga—, cuando sea mayor no voy a dejar que sienta miedo por las cosas que no conoce. Intentaré explicarle las cosas para que no sienta miedo de nada, y menos de algo tan bonito como estar con su marido y disfrutar en sus brazos.

—Vas a ser una madre muy moderna y estupenda, y estoy seguro de que va a adorarte. Pero tendrás un problema.

—¿Cuál?

—Nadie querrá que sus hijas estén con ella, porque te acusarán de pervertirlas. —Ella empezó a reírse.

—Nunca entenderé por qué quieren hacernos creer que el sexo es algo pecaminoso.

—Para que todas las muchachas de tu clase lleguéis vírgenes y puras al matrimonio, y así poderos vender al mejor postor y casaros con quien más les interese a vuestras familias.

—No digas eso, es horrible.

—No estoy mintiendo. ¿Alguna de tus amigas se ha casado por amor? Ni siquiera tú pudiste elegir, y no me digas que fue decisión tuya porque si tu padre no hubiera querido que lo hicieras no te hubiera dicho nada sobre mis intenciones. Él sabía que cuando tú supieras mi propuesta la aceptarías por salvarle, igual que lo sabía yo. Y si de verdad te hubiera querido no te hubiera dicho nada, se habría callado, hubiera estado un año encerrado por sus malas acciones y, cuando tu hubieras cumplido la mayoría de edad, lo hubieras sacado pagando sus deudas. Yo hubiera hecho eso por mi hija, me hubiera sacrificado por ella antes de venderla. Aunque le estoy sumamente agradecido, si no ahora mismo no estaríamos aquí. —Mónica volvió a bostezar—. Será mejor que durmamos un poco, estás muy cansada y no es bueno en tu estado que hagas tantos esfuerzos. Hoy ha sido un día muy duro y estresante para ti. Durmamos un poco, aunque sea ya de día, no tenemos prisa en levantarnos y quiero que te quedes todo el día en la cama descansando —le ordeno dándole un beso en los labios.

—Está bien, pero solo si te quedas conmigo.

—No pienso alejarme de ti ni un minuto. —Mónica le sonrió y se quedaron dormidos y abrazados.

Todo lo que se habían confesado el uno al otro les había dado paz interior y algo que necesitaban hacía mucho tiempo y que por fin habían logrado tener: confianza.



# LVI

## Nube Blanca

Mónica se despertó con unos dolores muy fuertes, Jorge ya no estaba a su lado e intentó tranquilizarse un poco. Todo lo que había pasado el día de anterior le había causado mucha fatiga y se encontraba mal. Al momento volvió a sentir mucho dolor y empezó a asustarse, así que estiró del cordón para que Tula subiera.

Cuando Tula entró y la vio inmediatamente se dio cuenta de que estaba de parto.

—¡Dios mío! Está de parto, mi niña.

—No, no puede ser, aún faltan más de tres semanas. —Casi no podía hablar del dolor que sentía.

—A muchas mujeres se les adelanta el parto, no se preocupe. Voy a avisar a su suegra.

Tula bajó y entró en la salita donde estaba Ana, que supo que algo pasaba por la cara que traía.

—¿Qué ocurre, Tula?

—Es la niña Mónica, se ha puesto de parto.

—No puede ser, aún falta mucho. Que vaya Moisés a buscar al médico inmediatamente.

Ana subió a ver a Mónica y cuando la vio no le quedó la menor

duda. Tula tenía razón, estaba de parto y no tenía muy buen aspecto.

—Ana… ¡Aaayyy, duele! —Ana se sentó a su lado y le acarició la cabeza.

—No te preocupes, hija, ya he mandado a buscar al doctor, enseguida estará aquí.

—Algo no va bien, Ana. Me duele mucho y aún es pronto. —Ana le sonrió, podía ver que Mónica estaba asustada y tenía que tranquilizarla.

—No seas tonta, todo está bien. A todas nos duele muchísimo, es normal. Cuando tuve a Jorge creí que me moría del dolor, y fíjate después tuve a Aní y aún estoy aquí. Verás que todo pasa en cuanto venga el médico.

—Fuiste muy valiente al repetir con tu hija, yo… yo no creo que quiera volver a pasar por esto otra vez. —Le vino otra contracción y pegó un grito desgarrador por el dolor tan grande que sintió.

—Eso te lo volveré a preguntar cuando pase todo y tengas a tu hijo en los brazos, verás cómo ya no te acuerdas de este mal rato.

—Moisés ya ha salido a buscar al médico —decía Tula casi sin poder respirar, por las prisas y por los nervios—. ¿Cómo se encuentra?

—Como cualquier mujer que vaya a tener a su bebé —aclaró Ana intentando tranquilizar a Mónica—. Voy a ir a avisar a mi hijo, quédate con ella, Tula.

***

Jorge estaba en su habitación cuando entró su madre.

—Buenos días, voy a tener que decirle a Tula que vuelva a poner todas mis cosas en la alcoba de Mónica, y esta vez espero que sea definitivo. —Su madre lo vio radiante y feliz, pero su sonrisa desapareció en cuanto oyó gritar a Mónica.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué grita Mónica?

—Está de parto.

Nada más escuchar a su madre, echó a correr hacia la habitación de Mónica. Aún cojeaba, pero ni se daba cuenta del dolor, solo podía pensar en Mónica, y mientras corría le preguntaba a su madre:

—¡¿Qué?! No puedes ser, eso es imposible, es muy pronto. —Su madre corría detrás de él.

—Pues se le ha adelantado. —Habían llegado a la puerta de la habitación, Jorge estaba a punto de entrar cuando su madre le gritó

—: ¡No puedes entrar ahí!

—¿Por qué no?

—Porque no, porque los hombres no podéis vernos así. Si lo hicierais nunca más querríais estar con nosotras. Vosotros no estáis preparados para algo así.

—No puede haber nada en este mundo que me haga no desear estar con mi mujer.

—Hazme caso, hijo, no entres ahí. Además, no creo que Mónica quiera que la veas así. —Cuando la oyó decir eso se apartó de la puerta y se dejó caer en la butaca, su madre podía ver su angustia en su cara—. Tranquilo, verás que todo sale bien.

—Yo tengo la culpa. ¡Dios! ¿Por qué siempre acabo haciéndole daño? Es la persona que más quiero y siempre consigo que se ponga mal por mi culpa. Tendría que alejarme de ella y dejar que viviera tranquila.

—No digas eso.

—Por qué no, si es la verdad. Hemos tenido dos días agotadores y ella no está para eso. Primero tuvimos una pelea horrible cuando la arrastré hasta aquí después de la boda con Arturo, después lo que pasó ayer conmigo y el susto que se llevó. Y para colmo de males esta madrugada he sido tan egoísta, deseaba tanto estar con ella, que no he podido controlarme y le he hecho el amor. Por mi culpa está así, igual que la otra vez, cuando discutimos por la muerte de su padre y casi pierde el bebé. Te juro que si algo le pasa no querré seguir viviendo.

—No vuelvas a decir eso, nada malo le va a pasar y todo va a arreglarse entre vosotros, ya lo verás. Ten fe, hijo.

Llegó el médico y Jorge se levantó de golpe acercándose a él muy nervioso.

—Dese prisa, doctor, mi mujer está de parto.

—Está bien, no se preocupe. Todo va a salir bien, ya lo verá, para eso estoy yo aquí. Y por lo que veo usted también está bien. Al final ese negro sí sabía lo que hacía.

El médico entró en la habitación y Jorge se quedó fuera desesperado, podía oír cómo gritaba Mónica por el dolor y deseaba estar a su lado, darle fuerzas y apoyarla. Pero los hombres no podían entrar en los partos, las mujeres tenían que pasar por eso solas porque no estaba bien visto que los hombres vieran a sus mujeres en ese estado.

Cuando vio salir al médico con su madre se le cayó el mundo encima, ya que por las caras que traían supo que algo malo pasaba con Mónica o con el bebé, y tenía miedo hasta de preguntar.

—¿Qué ocurre, doctor?

—Hay un problema, el niño viene de culo y está encajado, así que es imposible que nazca.

—¿Y qué piensa hacer?

—No puedo hacer nada, para que el niño saliera tendríamos que abrirle la barriga, y eso es algo que pocas veces se ha hecho.

—Y si no lo hace, ¿qué ocurrirá?

—Morirán los dos. —Jorge lo miró con una mirada tan fría y penetrante que al médico le entró un escalofrío—. ¡No puedo hacerlo, no lo he hecho nunca, podría morir el bebé, podría cortarle!

—¡No me importa! —vociferó, pues estaba muy nervioso—. ¡Entre ahí y salve a mi mujer, lo demás no me importa!

—Amo.

Jorge miró a Tula. que acababa de salir de la habitación, y se acercó a ella.

—¿Le ocurre algo a Mónica?

—No, sigue igual. Podríamos probar con la partera de las negras.

—¿Te has vuelto loca? Ninguna negra podría arreglar esto —afirmó el médico.

—¡Déjela hablar! —le gritó Jorge—. Total, usted no me da ninguna esperanza. —Se volvió hacia Tula—. Sigue, Tula.

—Usted sabe lo mucho que yo quiero a mi niña Mónica, y si hubiera otra posibilidad ni siquiera me atrevería a decírselo. Pero esa mujer tiene un don, yo la he visto meter la mano dentro y darle la vuelta al bebé en dos ocasiones.

—¿Y sobrevivieron los dos?

—Sí, amo, las dos veces.

—Ve a buscarla y tráela inmediatamente.

—¡¿Se ha vuelto loco?! Va a confiar la vida de su mujer y de su hijo a una partera negra.

—¿Usted me garantiza que va a entrar ahí y a salvar la vida de mi mujer? Ni siquiera le pido la de mi hijo, pero quiero que me garantice la de mi mujer. —El médico agachó la mirada y Jorge le advirtió muy frío—: Entonces no se meta. Como habrá podido comprobar, los negros también tienen sus recursos. Y si no fíjese en mí, que aún conservo mi pierna, y eso se lo debo a un negro.

Unos minutos más tarde, Tula aparecía con la partera.

—Ya estamos aquí. Hemos tardado un poco porque estaba aseándose, pero ya está preparada.

Antes de que entrara en la habitación Jorge le preguntó a la partera:

—¿Estás segura de lo que haces?

—Primero tengo que ver a la niña Mónica, después le diré si puedo hacerlo o no. Pero puede estar seguro de que voy a hacer todo lo que pueda por ella, amo.

—Está bien, adelante.

***

Cuando Mónica vio entrar a la partera le preguntó a Tula:

—¿Quién es, y qué hace aquí?

—Es nuestra partera y va a ayudarle, mi niña.

—Pero y el doctor, ¿dónde está?

—El doctor no puede hacer nada por usted, mi niña, si no deja que ella le ayude el bebé morirá.

—Es-está bien.

Mónica estaba llorando y muy asustada. La negra la tanteó un poco y le advirtió:

—Puedo hacerlo, pero le va a doler muchísimo.

Cuando Mónica escuchó esas palabras, empezó a gritar muy nerviosa:

—¡¡Jorge!! ¡Tula, dile a Jorge que entre!

—Pero, mi niña, él no puede estar aquí.

—¡Sí, le necesito! Yo-yo no puedo hacer esto sin él, por favor.

Seguía llorando y estaba cada vez más nerviosa y asustada solo al pensar que la partera le fuera a causar aún más dolor del que ya sentía. No estaba segura de poder soportarlo, por eso quería que Jorge entrara, para que le diera fuerza y valor.

—Tula, dile al amo que entre, nos vendrá bien que la sujete. No tenemos tiempo para discusiones, el bebé está padeciendo.

—¿Le-le pasa algo a mi bebé? —preguntó Mónica entre lágrimas —. ¿Está bien?

—Espero que sí, ama, pero hay que sacarlo ya.

Tula salió y le dijo a Jorge:

—Amo…

—¡Dios mío, Tula! No me digas que ella tampoco puede hacer nada porque soy capaz de entrar ahí y abrirle yo mismo la barriga. ¡No voy a permitir que muera! —Tenía los ojos llenos de lágrimas —. ¡Mónica no puede morirse, no puede dejarme, la necesito!

—No, amo, puede hacerlo, pero la niña Mónica quiere que usted esté con ella. Dice que si usted no está con ella no podrá soportarlo.

Todavía no había terminado de hablar y él ya estaba entrando en la habitación. Se puso al lado de ella y le dio un beso en la frente

diciéndole:

—Estoy aquí, mi vida, solo dime qué quieres que haga.

El dolor no la dejaba hablar, así que la partera le dijo:

—Póngase detrás de ella, abrácela y sujétela muy fuerte. Que no se eche para atrás, si no, no podré darle la vuelta al bebé.

—Está bien. —Miró a Mónica y le preguntó—: ¿Estás preparada? —Ella asintió con la cabeza, Jorge la abrazó muy fuerte diciéndole a la partera—: Cuando quieras.

Cuando la partera metió la mano dentro de Mónica desencajando al bebé y dándole la vuelta, ella sintió como si le estuvieran arrancando las entrañas y la estuvieran empalando, todo al mismo tiempo. El dolor era tan insoportable que pegó un grito ensordecedor y clavó las uñas en los brazos de Jorge, mientras intentaba echarse hacia atrás para poder escapar del dolor.

Jorge no dejaba de abrazarla con fuerza evitando que se moviera. No soportaba verla así, hubiera dado cualquier cosa por sentir él ese dolor en vez de ella, y le decía en el oído palabras llenas de ternura y de amor intentando tranquilizarla.

—¡Ssshhh! Estoy aquí contigo y vamos a salir de esto los dos juntos, ya lo verás. No voy a permitir que te pase nada. Te amo, Mónica. Aguanta, mi vida, tú puedes. —Su voz le daba fuerzas para aguantar el dolor.

—Ya está, ama. Ahora empuje, empuje fuerte para que nazca su hijo.

—No-no puedo —decía llorando, pues no le quedaban fuerzas y estaba exhausta.

—Sí puedes, mi vida, empuja fuerte —la animó Jorge—. Vamos, tú puedes hacerlo, ¡inténtalo!

—No puedo —decía entre sollozos.

—Hazlo por nuestro hijo, Mónica. Tú querías que estuviera aquí y no te voy a dejar que abandones ahora, es una orden. ¡Empuja ahora! —le gritó y cogió sus manos entrelazando sus dedos con los de ella.

Mónica volvió a sentir su fuerza y sus palabras le dieron coraje. Entonces, con un último esfuerzo, empezó a empujar hasta que salió la cabeza del bebé. De nuevo sintió un dolor desgarrador, pero cuando volvió a empujar y terminó de salir el bebé sintió un alivio inmenso al oír a Tula.

—Ya está, mi niña. ¡Es un varón!

Mónica sintió una paz muy grande, pero no duró demasiado porque no oía a su hijo llorar.

—¿Por qué no llora? —le preguntó a Jorge—. ¡Tula, ¿está bien?!

El bebé no lloraba y Mónica creía que iba a morirse de la angustia, Jorge le susurró al oído:

—Tranquilízate, seguro que está bien, tiene que estar bien. —Cuando la partera lo cogió por los pies y lo puso boca abajo dándole en el culo, el bebé arrancó a llorar con mucha energía. Mónica no pudo evitar echarse a llorar—. Lo sabía, sabía que no podía pasarle nada. Lo has hecho muy bien, mi vida. —Le dio un beso y Mónica le quitó las lágrimas que también le caían a él por las mejillas, por la angustia que había pasado hacía apenas unos minutos por su mujer y la emoción que sentía de ver a su hijo—. ¿Estás bien? —Ella asintió con la cabeza—. ¿Seguro?

—Sí, ahora sí, muy cansada y dolorida, pero bien. Gracias por estar conmigo, no lo hubiera podido conseguir sin ti.

—Siempre voy a estar a tu lado y lo sabes, me necesites o no, siempre estaré a tu lado. —Le dio un beso.

Cuando Tula se acercó con el niño enrollado en una manta y se lo puso en los brazos, todos los dolores estaban olvidados, todo el mal rato había desaparecido, tal y como le había dicho Ana, y no podía más que besarlo y acariciarlo con mucha ternura.

—Es precioso, ¿verdad?

—Sí, igual que su madre. Te amo, Mónica, no sabes lo orgulloso que estoy de ti. Es el bebé más bonito que he visto en mi vida y me encanta que me hayas llamado. Ha sido un momento muy traumático, porque no sabes lo mal que lo he pasado viéndote sufrir así, pero al mismo tiempo muy bonito. —Jorge acariciaba la manita del bebé y le dio un beso en la frente, después besó a Mónica—. Quiero que pase el doctor y que os vea a ti y al bebé, voy a decirle que entre. Además, sé de una persona que estará como loca por ver a su nieto. —Salió y le anunció a su madre—: Mamá, acabas de tener un nieto precioso. —Su madre se le echó en los brazos, y le dio un abrazo y un beso con lágrimas en los ojos.

—Y Mónica, ¿cómo está? He pasado tanto miedo por ella.

—Gracias a Dios, bien. Pero prefiero que pase el doctor y les eche un vistazo a los dos. Me quedaría más tranquilo, doctor —le pidió al médico.

—Pues claro que sí. Mi más sincera enhorabuena, me alegra mucho haberme equivocado, no creí que esa mujer lo pudiera conseguir. Deben ser ustedes unos amos muy especiales para que sus negros sean capaces de ayudarles de esa manera. Después de lo que pasó ayer con usted y lo que ha pasado ahora con su esposa estoy muy sorprendido. Jamás he visto a los negros preocuparse por lo que pueda pasarles a sus amos, sino todo lo contrario, antes

dejarían que se murieran que ayudarles en algo.

—Eso será porque no son unos buenos amos. Yo intento que mis negros vivan como personas y no como animales, como hace la mayoría.

El médico se quedó bastante sorprendido al oír a Jorge decir eso.

—Puede que tenga razón. Bueno, dejémonos de cháchara y vamos a ver cómo se encuentran su mujer y su hijo.

Cuando entraron al primero que revisó fue al bebé, y Mónica le preguntó preocupada:

—¿Cómo está mi bebé, doctor? ¿Está bien?

—Está perfecto. Déjeme felicitarla, señora de Mendoza, ha tenido usted un bebé sano y robusto para ser prematuro. Aun así, debe dar gracias de que haya nacido antes de tiempo, si hubiera nacido en su fecha hubiera sido mucho más grande y le hubiera costado mucho salir.

—Bueno, tampoco me lo ha puesto muy fácil ahora —suspiró Mónica casi sin fuerzas.

—Tienes toda la razón —sonrió—. Ahora, ¿por qué no se llevan al bebé fuera y me dejan solo con la madre para que pueda ver cómo está ella?

Tula y la partera estaban terminando de recoger todo y salieron todos juntos. Cuando estaban fuera Jorge abrazó a la partera y le dio un beso, y después hizo lo mismo con Tula, dejándolas tan sorprendidas que hasta se ruborizaron.

—Gracias, muchas gracias. Voy a estaros eternamente agradecido. Os debo la vida de mi mujer y de mi hijo, y podéis pedirme cualquier cosa, lo que queráis.

—No es necesario, amo. La niña Mónica siempre fue generosa y dio la cara por nosotros, y después de lo que hizo con el palo y todo lo que usted hizo por nosotros cuando llegó, no es necesario que me dé las gracias, es lo mínimo que puedo hacer. Además, desde que usted está aquí todos podemos vivir sin miedo y tranquilos en esta plantación, y eso no tiene precio —dijo la partera.

—Todos los negros de esta plantación haríamos lo que fuera por ustedes y me alegra ver que todo ha salido bien. Eso ya es una buena recompensa para nosotras —añadió Tula—. Además, sabe usted que yo haría cualquier cosa por mi niña Mónica.

—Lo sé, Tula, lo sé.

Jorge se acercó a su madre, que estaba sentada en la butaca con su nieto en los brazos, y se puso en cuclillas delante de los dos. Empezó a darle besos en la cabeza a su hijo mientras le decía a su madre:

—No puedes imaginarte lo feliz que me siento. Tener a mi hijo aquí ya, sano y salvo, que Mónica esté bien y que todo se haya arreglado entre nosotros es como un sueño hecho realidad. Nunca creí cuando volví a esta casa que vengarme de ese hombre al final me proporcionaría todo lo que siempre he deseado en la vida. Una mujer que me quiera y que no le dé asco que la toque, y una familia. Lo que no sé es cómo voy a decirle que tengo que irme de nuevo.

—Deberías hablar con ella cuanto antes, no se lleve otro susto. Creo que ya estamos más que hartos de sustos, que vaya rachita llevamos una detrás de otra y sin parar.

—Quiero esperar un par de días hasta que se recupere. Después de todo lo que ha pasado, necesita un poco de paz y me necesita a su lado. Total, ya me he metido en un buen lío y van a crucificarme igualmente, así que no me importa. Volveré cuando ella esté recuperada del todo y afrontaré las consecuencias.

—Está bien, como tú quieras, hijo.

Cuando salió el médico, Jorge se levantó.

—Y bien, doctor, ¿cómo está mi mujer?

—Muy débil y cansada, pero es normal con un parto como el que ha tenido. Ahora necesita mucho descanso y tranquilidad.

—No se preocupe, de eso no le va a faltar.

Lo acompañó hasta la puerta y enseguida subió a ver a Mónica que acababa de ponerse a darle el pecho al niño. Su madre se fue y los dejó solos.

—Parece que tiene hambre. —Mónica sonrió.

—Sí, estaba hambriento. En cuanto tu madre lo ha entrado no sé si me ha olfateado y huelo a comida de bebé, porque se ha puesto a llorar como un loco. Ha sido cogerlo en brazos y ponerse a comer. Se ve que donde estaba no le alimentaban bien.

Esta vez fue Jorge el que se rio. No podía dejar de mirarla, estaba tan hermosa con su hijo en brazos, daba la sensación de haber madurado de repente. Ya no parecía esa niña que se convirtió en su esposa hacía casi un año, si no esa mujer maravillosa que lo volvía loco. Se sentó a su lado y le dio un beso.

—Me gusta verte así, alegre, contenta, con ganas de bromear. —Volvió a besarla.

—Eso es porque me siento feliz. Todo ha salido bien, nuestro hijo está bien y todo gracias a ti. Si no hubieras entrado, no lo hubiera conseguido. Estaba aterrada y cuando me abrazaste todo el miedo desapareció, tenerte tan cerca me dio fuerzas, y gracias a eso pude seguir adelante.

—Y tú no puedes imaginarte las ganas que tenía de estar contigo compartiendo ese dolor. Creo que si no me hubieras llamado al final hubiera entrado igualmente, porque cada vez que te oía gritar quería echar la puerta abajo y abrazarte para que el dolor desapareciera.

—Bueno, pero todo ha salido bien. Tú y yo estamos bien, y ahora estoy segura de que nada va a hacer que volvamos a separarnos. No podría pedir más. —Esta vez fue ella quien le dio un beso.

—¡Dios mío! Parece increíble que ya esté aquí. He pasado tanto miedo, tenía tanto miedo por ti, Mónica. —La estrechó fuertemente entre sus brazos—. Te juro que si te hubiera pasado algo no hubiera querido seguir adelante. Cuando el médico me dijo que no podía hacer nada, no me importaba el bebé, no me importaba nada, solo quería que tú estuvieras bien, que no te fueras. Por un momento, sentí ganas de entrar y sacártelo yo mismo.

—No pienses en eso, todo ha pasado y todo está bien. Ahora, prométeme una cosa.

—Lo que quieras.

—Prométeme que vamos a recuperar todos estos meses de peleas y angustias, que vas a quererme toda la vida y que nunca más vas a dejarme. —Él le sonrió y le dio un beso muy apasionado.

—Me va a encantar recuperar todos estos meses de noches largas y frustradas sin ti. En cuanto estés bien voy a hacerte el amor todas las noches y no voy a darte tregua ni descanso. —Mónica no pudo evitar reírse—. Y sabes muy bien que te quiero y que estoy condenado a cadena perpetua para quererte durante el resto de mi vida, así que jamás podría volver a dejarte. —Mónica de repente dio una exhalación y lo miró con los ojos muy grandes—. ¿Qué te pasa? No me asustes.

—¿Cómo vamos a llamarle? Aún no hemos pensado en un nombre. Podríamos ponerle, si te parece bien, como a mi…

—No, por Dios, no me digas como a tu padre porque no podría soportarlo. —Ella se echó a reír y volvió a besarlo.

—No, bobo, jamás te haría eso. Además, no quiero que herede nada de ese hombre, ni siquiera su nombre. Me refería a mi abuelo Álvaro. Aunque entendería que quisieras que llevara tu nombre.

—Vaya, me asustaste. —Mónica se rio de nuevo—. Álvaro me parece perfecto, tiene fuerza, y tu abuelo era un gran hombre, si se pareciera a él me sentiría orgulloso.

—Pues yo me sentiría más orgullosa si se pareciera a su padre, porque por muy bueno que fuera mi abuelo, tú eres mil veces

mejor. Por eso creo que Álvaro tendrá que esperar a que tengamos otro niño. Quiero que se llame como su padre, Jorge, y estoy segura de que a ti también te hace ilusión.

—Si te dijera que no, te mentiría, pero no me importa si quieres ponerle el nombre de tu abuelo. —Le dio un beso muy tierno y ella le acarició la cara.

—No. Quiero que lleve tu nombre y quiero que se parezca a ti, para que pueda sentirme muy orgullosa de él. —Jorge hijo se había quedado dormido con el pecho de su madre en la boca—. Mira, se ha dormido. ¿Por qué no llamas a tu madre y le dices que lo ponga en la cuna?

—Puedo hacerlo yo.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Cuidado con la cabeza, es lo más delicado.

Cogió al bebé con mucho cuidado y lo puso en la cuna dándole un beso.

—Tampoco es tan difícil. —Se tumbó a su lado y la abrazó—. ¿Estás bien?

—Muy bien, pero muy cansada y dolorida —decía acurrucándose en sus brazos—. Tú también vas a ser un papá estupendo, ¿lo sabías?

—Será mejor que me vaya, así podrás descansar mejor.

—¡No! Quédate conmigo. No quiero que te vayas, me gusta dormir en tus brazos.

—Tus deseos son órdenes para mí —susurró besándola en los labios—. Descansa, mi vida, te lo has ganado. Te amo.

—Te amo —susurró ella relajándose en sus brazos y quedándose profundamente dormida.

Jorge se quedó en silencio disfrutando de esa sensación, pensando en lo feliz que esa muchacha podía llegar a hacerle.



# LVII

## Nube Blanca

Habían pasado cuatro días y Mónica se iba recuperando muy bien, ya se levantaba sola y bajaba al comedor a comer. Jorge había estado muy pendiente de ella, era atento, cariñoso y Mónica se sentía muy feliz.

—Bueno, ahora que ya estás bien y que todo ha pasado —le dijo Ana—, ¿querrás darme otro nieto? ¿O aún no has cambiado de opinión? Cuando me dijiste que no pensabas volver a pasar por eso, te dije que te lo preguntaría cuando todo hubiera pasado. ¿A que ya no te acuerdas de los dolores?

—He de reconocer que tenías razón, y que cuando estoy con el niño ya no recuerdo lo mal que lo pasé. Además, me siento tan feliz cuando lo tengo entre mis brazos que sí, quiero tener más hijos, pero no tan pronto, prefiero disfrutar de Jorge ahora que es tan chiquitín. Dentro de un par de años me encantaría tener otro.

—Por encima de mi cadáver. Tú lo habrás olvidado, pero yo no. No quiero volver a pasar nunca más por una situación parecida. No soporto verte sufrir, y no quiero arriesgarme otra vez a que te pase algo.

—Eres divino, encantador y te quiero. —Mónica le dio un beso —. Pero no me digas que no te gustaría tener otro hijo porque cuando te veo con Jorge puedo ver cómo disfrutas.

—Y disfruto. Me encanta estar con él y adoro a ese bebé, y si te dijera que no quiero más hijos te mentiría. Pero no quiero que tú vuelvas a arriesgarte, y mucho menos que pudiera llegarte a pasar algo. —La cogió de la mano y la besó—. No podría estar sin ti, Mónica, no me pidas que vuelva a pasar por eso. La primera vez casi te pierdo y gracias a Dios todo salió bien, pero ¿quién puede garantizarme que el próximo sea mejor? Prefiero quedarme como estoy. Tú estás bien y nuestro hijo también, tengo todo lo que deseo en la vida y para mí es más que suficiente.

—Parece que mi hijo va a necesitar más tiempo que tú para olvidar todo lo que pasó antes de que puedas convencerle para tener otro hijo. —Los tres se echaron a reír—. Ya te dije que los hombres no estáis preparados para ver algo así, pero tú no me hiciste caso y entraste.

—Y si tuviera otro, que no estoy muy seguro, volvería a entrar para estar con Mónica. Si ella quiere, por supuesto.

—No tendrás más remedio que entrar porque no podría hacerlo sin ti. Tú me diste fuerza y si vuelvo a pasar por eso querré tenerte a mi lado.

—Y ahí estaré, sabes que siempre voy a estar a tu lado cuando me necesites.

—Lo sé.

Salieron al porche después de comer y se sentaron en el sillón. Mónica se recostó en su pecho, le gustaba estar cerca de él, respirar el olor de su puro la relajaba. Estaba medio dormida cuando escuchó a Jorge maldecir.

—¡Maldita sea, ahora no!

—¿Qué te pasa? —le preguntó Mónica incorporándose. Cuando vio entrar a los soldados en la casa, tuvo un mal presentimiento—. ¿Qué pasa, Jorge? ¿Qué hacen esos soldados aquí?

Los dos se habían levantado y Jorge le ordenó:

—Quédate aquí, Mónica, no te muevas.

Jorge se acercó para hablar con los soldados, pero Mónica no le hizo caso. No le había gustado la cara que había puesto Jorge cuando había visto entrar a los soldados, así que decidió ir tras él para ver qué estaba pasando.

Cuando Jorge llegó a la altura de los soldados inmediatamente se cuadraron ante él y le saludaron, Jorge les devolvió el saludo y uno de ellos carraspeó antes de hablar. Se notaba que estaba

nervioso porque sentía demasiado respeto por su superior para cumplir la orden que les habían mandado.

—Sentimos mucho tener que molestarle, capitán, y más con el asunto que nos trae hasta aquí. Puede estar seguro de que a ninguno de nosotros nos hace ninguna gracia venir a cumplir la orden que nos han mandado, pero no tenemos más remedio que hacerlo.

—Vamos, soldado, no se disculpe y haga lo que tenga que hacer.

—Lo sentimos mucho, capitán, pero venimos a detenerle.

Cuando Mónica escuchó esas palabras y vio cómo el soldado sacaba unas esposas, se quedó sin respiración.

—No voy a resistirme, pero, por favor, no me pongáis las esposas delante de mi mujer. —Cuando vio al soldado mirar detrás de él se volvió y vio a Mónica con los ojos llenos de lágrimas y paralizada—. Te dije que no te movieras del porche.

Mónica, casi sin voz y con las lágrimas cayendo por sus mejillas, le preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Por qué quieren detenerte?

—Mónica, no deberías…

—Me prometiste que no volverías a ocultarme nada, ¿qué está pasando?

Jorge se volvió a los soldados antes de contestarle.

—¿Podéis darme unos minutos para despedirme de mi esposa y de mi hijo?

—Por supuesto, capitán, puede tomarse el tiempo que quiera.

Jorge cogió a Mónica por la cintura y la llevó hasta el porche. Mónica no podía hablar, no podía creer lo que Jorge acababa de decir.

«¡Despedirse! ¿Por qué tiene que despedirse? Me prometió que nunca más iba a dejarme y ahora tiene que despedirse», no entendía nada y menos aún que esos soldados quisieran arrestar a su marido.

Salió de sus pensamientos cuando escuchó a Jorge llamarla mientras la zarandeaba con suavidad.

—¡Mónica! Por favor, ¿quieres escucharme?

—¡No! ¿Qué ocurre? ¿Por qué quieren arrestarte? Y dime la verdad, por favor.

—Tuve que desertar para venir a impedir esa boda. —Jorge le cogió la cara quitándole las lágrimas que corrían por sus mejillas—. No quiero que llores. Tengo que irme, pero te juro que voy a volver. —Con una sonrisa para animarla, bromeó—: Prométeme que no te casarás con otro mientras yo no esté, no creo que esta vez pudiera venir a impedir esa boda. —Mónica le sonrió entre lágrimas.

—Voy a estar esperándote todo el tiempo que haga falta, pero vuelve pronto, sabes que no puedo vivir sin ti. ¡Te amo!

—Yo también te amo. —Le dio un beso tan apasionado que la dejó sin respiración, después se acercó a la cuna, cogió a su hijo en brazos dándole un beso mientras le decía—: Vas a tener que portarte bien y cuidar a tu madre. —Miraba a Mónica mientras le hablaba a su hijo, Mónica le sonrió y volvió a llorar mientras Jorge se despedía de su madre, que también estaba llorando—. Cuida bien de ellos, mamá, no sé cuándo voy a poder volver, y sobre todo no dejes que Mónica se meta en más líos por mi culpa.

—Lo intentaré, pero ya sabes lo impulsiva que es —bromeó sonriendo intentando quitar un poco de dramatismo a la situación —. Descuida, hijo, voy a cuidarlos muy bien, no tienes que preocuparte de nada.

Jorge le dio un beso en la frente y se volvió hacia Mónica, que no podía dejar de llorar. La abrazó muy fuerte y le dijo con un tono burlón:

—Aún no me he marchado y ya me estás desobedeciendo. Quiero que me dediques una sonrisa, ya sabes lo mucho que me gusta verte sonreír. —Ella, como pudo, le hizo una mueca en forma de sonrisa—. Eso está mejor.

—Esto es por mi culpa… todo esto es por mi culpa… yo… yo te obligué a volver. —No podía hablar del ataque de nervios que tenía, así que él la abrazó con más fuerza.

—¡Ssshhh! No quiero que pienses eso, yo sabía lo que me jugaba desertando y no me importó, y volvería a hacerlo si el resultado fuera el mismo, ha merecido la pena por todo lo que ha pasado entre nosotros estos días. Solo espero que sean benévolos y que podamos estar pronto juntos.

—¿Qué van a hacerte? Quiero la verdad, por favor. —Sus ojos azules mirándolo llenos de lágrimas le desarmaban.

No quería decirle la verdad porque sabía que se derrumbaría, pero no podía ocultárselo porque acabaría enterándose igualmente, así que prefería decírselo él mismo.

—Tendré que someterme a un consejo de guerra. —A Mónica se le paró el corazón cuando le oyó decir eso—. Pero no te preocupes, todo saldrá bien, ya lo verás. Ahora tengo que irme, y no olvides que te amo. —Le dio un beso y se fue sin volverse a mirarla, porque sabía que si lo hacía no podría irse.

Mónica se quedó con el corazón encogido por el dolor. Parecía todo tan absurdo, justamente ahora que todo estaba bien entre ellos pasaba esto para obligarlos a separarse de nuevo. Mientras lo veía

alejarse hacia los soldados se decía a sí misma que no podía ser, que debía tratarse de una pesadilla de la cual quería despertar y no podía. Hasta que vio cómo el soldado le puso las esposas, en ese momento se dio cuenta de que no era ninguna pesadilla, que esos soldados iban a llevarse a su marido y no sabía cuándo podría verlo de nuevo. Al darse cuenta de eso echó a correr hacia él.

—¡¡Jorge!!

Cuando Jorge la escuchó se dio la vuelta y la vio correr hacia él, al llegar a su lado se le colgó del cuello y empezó a besarle con mucha pasión.

—Mónica, por favor, tienes que soltarme. Me gustaría abrazarte, pero me es imposible. —Tenía las manos esposadas a su espalda.

—¡No… no quiero! Si te llevan a ti tendrán que llevarme a mí también, porque no pienso soltarte.

Ella estaba colgada de su cuello sin apenas tocar el suelo, él le sonreía, parecía una niña haciendo pucheros. De repente su mirada se volvió fría como el acero mirando a uno de los soldados que intentaba cogerla para apartarla de él.

—No se te ocurra tocar a mi mujer.

El soldado la soltó inmediatamente al ver la mirada de Jorge acompañada de esa amenaza.

—Pero, capitán, tenemos que irnos.

—Lo sé, déjame un minuto.

Mónica seguía colgada de su cuello como una lapa. Sabía que si los soldados la apartaban de él a la fuerza sería mucho peor, ya que ella se pondría histérica y él no podría verla así. Así que le habló con una voz muy suave.

—Mónica, mi vida, no me lo pongas más difícil. No soporto verte así y lo sabes. No quiero llevarme este recuerdo de ti, quiero ver tu sonrisa. En cuanto pueda te escribiré para decirte dónde y cuándo puedes venir a verme.

Mónica de repente se apartó de él.

—¿Podré ir a verte?

—Sí.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro. —Entonces le dedicó una sonrisa radiante.

Parecía una niña que por fin se hubiera salido con la suya después de un berrinche, pasando de las lágrimas a la sonrisa más maravillosa en un abrir y cerrar de ojos, él le devolvió la sonrisa.

—Cuando sepa dónde van a trasladarme te escribiré.

—No podría soportar otra vez estar tantos meses sin verte como la última vez. —Su voz y su mirada eran muy tristes.

—Lo sé, yo tampoco. Ahora tengo que irme, pero antes dame un beso. —Le sonrió y ella volvió a colgarse de su cuello besándole con mucha pasión.

—Te amo, no lo olvides.

—Nunca podría hacerlo, yo también te amo.

—¡Estaré esperando tu carta! —le gritó mientras los soldados se lo llevaban.

Cuando lo vio salir de la plantación echó a correr hacia la casa, subió a su habitación y se tumbó en la cama sin poder dejar de llorar. Ana subió detrás de ella con el bebé, lo dejó en la cuna y se sentó a su lado.

—Tienes que tranquilizarte, hija. No puedes ponerte así, se te agriará la leche del bebé.

—No puedo… todo es culpa mía… —La congoja no la dejaba hablar con claridad—. Por mi culpa desertó y… y ahora le van a hacer un consejo de guerra, ¿y si… y si lo encarcelan por muchos años, o lo fusilan? Te juro que no podría soportarlo, me moriría sin él.

—No digas eso, eso no va a ocurrir, y pase lo que pase tendrás que ser fuerte por tu hijo. Jorge nunca te perdonaría que dejaras a su hijo a un lado por él. —Mónica se abrazó a Ana—. Llora, hija, llora todo lo que quieras, eso te sentará bien, pero no quiero que pienses que mi hijo está así por tu culpa. Él sabía en el lío que podía meterse si desertaba y lo hizo.

—Sí, lo hizo porque yo iba a casarme, porque yo quería obligarle a venir. Si yo no hubiera sido tan estúpida él ahora no estaría en este lío.

—Si tú no te hubieras casado, si él no se hubiera ido sin darte una explicación, si tú no hubieras sido tan orgullosa, si él no se hubiera cegado contigo y con esa estúpida venganza. Los dos sois culpables de todo lo que está pasando, ahora tenéis que dejar de lamentarlo y apoyaros el uno al otro. Cuando sepamos dónde está iremos a verlo, necesitará todo nuestro apoyo y sobre todo verte bien y con mucho ánimo para que no se decaiga. Estar encarcelado no le va a sentar nada bien, es demasiado activo para estar encerrado sin hacer nada y pensando en ti, porque te puedo asegurar que no va a hacer otra cosa.

Mónica se incorporó y se secó las lágrimas.

—Tienes razón, voy a estar bien por él. Yo le he metido en ese lío, y yo le voy a sacar. Tengo que irme.

—¿Dónde vas? ¿Te has vuelto loca? —le preguntó sorprendida.

—A contratar al mejor abogado.

—No seas tonta, no hace falta que hagas eso, ya tenemos abogado y es muy bueno, por cierto. Pero ¿ves? Eso era a lo que yo me refería. Tienes que ser positiva, si te echas a morir en la cama no adelantas nada y tampoco le ayudas a él.

—Gracias.

Mónica le dio un beso y un gran abrazo.

—¿Y eso?

—Estoy segura de que si tuviera una madre no me apoyaría tanto como lo haces tú. Y no sé por qué lo haces, deberías odiarme por meter a tu hijo siempre en estos líos.

—Eres la madre de mi nieto, la mujer por la que mi hijo es capaz de cometer tantas locuras —Mónica sonrió—, y has llegado a ocupar en mi corazón ese vacío tan grande que dejó mi hija. En todos estos meses he ido queriéndote poco a poco y ya no podría estar sin ti, sería como volver a perder otra hija, y eso no podría soportarlo.

—Yo también te quiero, y tampoco sabría qué hacer sin ti. —Volvieron a abrazarse y a besarse—. Todos estos meses has estado a mi lado y si no hubiera sido por ti, no hubiera podido soportarlo.



# LVIII

## Nube Blanca

—¡Dios mío, es guapísimo! —exclamó Estela mientras cogía a Jorge en brazos.

—Sí, se parece a su padre.

—De eso nada, es igualito que tú, pero si es rubio y con esos ojos tan azules como los tuyos.

Sergio le puso a Mónica en los brazos a su hijo José.

—Bueno, pues este muchachito también está guapísimo y ha crecido muchísimo desde la última vez que lo vi. —Las dos estaban como tontas admirando cada una al hijo de la otra—. Gracias por venir, no sabes cuánto necesitaba verte.

—Ya sabes que siempre puedes contar con nosotros. ¿Cómo estás?

—Mal. Hace cuatro días que se llevaron a Jorge y creo que, si no recibo noticias de él, voy a volverme loca.

—Tienes que tener paciencia, verás que pronto tendrás noticias de él.

—¡Dios te oiga!

—No creo que condenen a tu marido —dijo Sergio para tranquilizarla—. Jorge es un hombre influyente, con un historial

militar impecable, condecorado en varias ocasiones, y su apellido tiene mucho peso. Es el quinto Mendoza que presta sus servicios a su país y todos fueron de rangos más altos que el suyo. Pero solo porque Jorge empezó la carrera mucho más tarde que los demás. —Mónica sonrió, daba la impresión de que intentaba justificar a Jorge por no haber tenido más tiempo para seguir aumentando sus galones—. Casi todos los Mendoza se criaron en la academia militar, aún no habían nacido y sus padres ya los apuntaban a la academia. No creo que ningún juez pueda condenarlo, por respeto a su apellido harán la vista gorda, le pondrán un castigo y todo se acabará olvidando, ya lo verás.

—Ojalá tengas razón, me moriría si lo condenaran. ¿Cómo sabes tanto de la familia de mi marido? Ni siquiera yo sabía que sus antepasados eran militares. Pensé que solo su padre había sido militar.

—Ya sabes lo mucho que mi hermano respeta y admira a tu marido, él me lo contó una vez. Me contó que para no ser hijo legítimo del general Mendoza, era un Mendoza de pies a cabeza. ¿Sabías que el bisabuelo de Jorge era uno de los mejores estrategas de su época?

—Pues no, no tenía ni idea.

—En el cuartel aún se habla de algunas de sus hazañas y a Jorge le pasa lo mismo. Mi hermano dice que cuando Jorge se pone a pensar, más le vale al enemigo echar a correr. —Todos se echaron a reír.

—Voy a tener que decirle al abogado de Jorge que te llame a declarar, seguro que les convencerías y lo soltarían inmediatamente. —Volvieron otra vez a reír, algo que Mónica necesitaba desesperadamente, pues desde que Jorge se fue ella no hacía más que llorar—. Cambiando de tema. ¿Sabes algo de Susan?

—No, y me tiene bastante preocupada. Dio a luz el mismo día que te casabas con Arturo, dos días antes que tú, y por más que he querido verla no me dejan. Dicen que el parto tuvo muchas complicaciones y que aún no puede recibir visitas. Sin embargo, tu parto también fue complicado y casi estás recuperada.

—Tienes razón, es muy extraño. Pero no te preocupes, en cuanto pueda iremos las dos a verla. Y tendrán que matarnos antes de abandonar esa casa sin ver antes a Susan y asegurarnos de que está bien.

—Sí, a las dos juntas no podrán echarnos.

Ana salió al porche para informarles de que ya estaba la comida, comieron y pasaron una tarde muy amena. Pero en cuanto se



fueron, Mónica volvió a ponerse triste pensando en Jorge.



# LIX

## Nube Blanca

Habían pasado casi dos semanas y Mónica aún no había recibido noticias de Jorge, estaba nerviosa y desesperada. Por las noches se lo imaginaba en el paredón o condenado a cadena perpetua, y no podía dejar de llorar hasta que se quedaba dormida por el cansancio.

Estaba en el porche con Jorge tomando el sol, ya que estar con su hijo era lo único que le hacía feliz esos días, él la ayudaba a relajarse un poco y a superar la ausencia de su padre.

De repente vio entrar a un jinete en la hacienda vestido de militar y se quedó helada. El terror se apoderó de ella al imaginar que venían a darle malas noticias de Jorge. Como, por ejemplo, que ya estaba dispuesto el día de su ejecución.

Cuando el jinete desmontó y se quitó el gorro lo reconoció y sintió un gran alivio al ver a José acercarse a ella con una sonrisa, haciendo desaparecer todos sus miedos. No podían ser malas noticias si él sonreía. Al llegar a su lado la cogió de la mano y le dio un beso.

—¡Gracias a Dios! Por fin alguien que viene a darme noticias de

Jorge.

—Hola. ¿Cómo estás? Estoy muy bien, gracias —bromeó José. Mónica le sonrió.

—Lo siento, discúlpame. Soy una maleducada, lo sé. Pero hace más de dos semanas que se lo llevaron y aún no sé nada de él. No me ha escrito, no sé si está bien, y si sigo así, voy a acabar volviéndome loca.

—Lo sé, solo era una broma, no necesitas disculparte. Jorge no te ha escrito porque no le dejaban. Está bien, pero estaba arrestado e incomunicado, y no podía recibir visitas ni correspondencia y tampoco escribir hasta que decidieran qué iban a hacer con él.

—¿Y qué van a hacer con él? ¿Dónde está? Quiero ir a verlo, por favor, ¿puedes llevarme?

—Tranquila, tienes que esperar unos días.

—No te entiendo. ¿Por qué tengo que esperar unos días? Ya he esperado bastante. ¿Aún sigue incomunicado?

—No, pero su abogado ha conseguido que el juicio se haga aquí, en la ciudad. La semana que viene lo trasladan y podremos ir a verlo. Yo mismo te acompañaré. —Mónica estaba tan emocionada de pensar que podía ver a Jorge que se le colgó al cuello y le dio un beso en la mejilla—. ¡Hey! Cuidado, no creo que a mi capitán le gustara vernos así. —Mónica volvió a sonreír.

—Discúlpame, es que solo de pensar que en unos días podré verlo me pone muy contenta. ¿Le has visto? ¿Está bien?

—Sí, me dejaron verlo unos minutos antes de venir. Está bien, pero desesperado por veros a ti y al niño. Me ha dado esto para ti. —Sacó una carta del bolsillo y se la entregó.

Ana salió en ese momento para saludar a José.

—¡Hola, José! Cuando me dijo Tula que estabas aquí, no podía creerlo. ¿Cuándo has llegado? ¿Cómo está mi hijo?

Tula sirvió una limonada y se sentaron en el porche.

—Acabo de llegar, y tu hijo está bien, os manda muchos besos a todos. Le estaba contando a Mónica que la semana que viene será trasladado a la ciudad y que el juicio empezará la otra semana. Es muy bueno ese abogado porque conseguir su traslado ha sido toda una hazaña y buenísimo para Jorge. Cualquier juez que lo juzgue aquí lo conoce tanto a él como a su familia, conocen su carrera militar y será un buen punto para él. Serán más benévolos. Y si tenemos la suerte de que el juez que lo juzgue sea el amigo de su padre, podemos dar por ganado el juicio.

—¡Dios te oiga! No sabes cómo deseo que termine esta pesadilla y tenerlo de vuelta en casa —dijo Mónica más aliviada por la

noticia.

—Mónica, ¿has sabido algo de Susan?

—No he podido ir a verla, entre el parto y todo lo que ha pasado con Jorge no he tenido cabeza para hacer visitas. Sé que Estela intentó verla, pero le dijeron que no estaba para visitas, que el parto había sido muy complicado y que no podía recibir a nadie.

—Sí. Estela me lo contó todo en una carta, pero no sé, hay algo que no me cuadra. Susan dio a luz dos días antes que tú, y por lo que Jorge me ha explicado, también fue un parto difícil, y sin embargo estás bien y puedes recibir visitas. ¿Por qué ella no? ¿Y si su marido se ha enterado de algo? ¿Y si la tiene encerrada? En todos estos meses no he podido venir por esa dichosa guerra, no he podido verla y necesito saber que está bien, y conocer a mi hijo. Mañana voy a presentarme allí, y te juro que si no me dejan verla, me voy a liar a pegar tiros y voy a sacarla de esa casa a la fuerza.

—No puedes hacer eso, no puedes ir allí.

—No me importa si puedo o no, voy a hacerlo igualmente. No voy a abandonarla.

—Yo no te estoy diciendo que la abandones, solo que te tranquilices. Mañana iré contigo, te acompañaré y veremos a Susan para asegurarnos de que está bien. ¿Alguien sabe que estás aquí?

—No. ¿Por qué?

—Bueno, si tus sospechas son ciertas y Sandoval sabe que eres su amante, mientras te crea fuera estará más tranquilo. A Estela puede que no la dejen entrar porque es tu cuñada, pero a mí no creo que me nieguen la entrada en su casa. Tú encárgate de que tu padre haga que salga de la casa y de lo demás me encargo yo.

—Está bien, muchas gracias, Mónica, no sabes cómo te agradezco esto.

Los tres se pusieron a hablar toda la tarde del plan para ver a Susan, del juicio y de Jorge. José aceptó la invitación y se quedó a cenar con ellas. La velada resultó muy agradable y cuando Mónica lo despidió, subió corriendo a su habitación, acostó a Jorge en la cuna y por fin se tumbó en la cama para leer la carta que le había escrito Jorge. Había estado toda la tarde deseando hacerlo, pero se había aguantado las ganas porque quería estar a solas, sin que nadie la molestara.

*¡Hola, mi vida!*

*Espero que estéis todos bien y que no os preocupéis por mí porque yo estoy bien. Echándoos muchísimo de menos, pero bien.*

*Si estás leyendo esta carta es que José ya ha hablado contigo y te habrá dicho que van a procesarme. No quiero que te preocupes. Por lo que dice mi abogado no está todo perdido, un juicio es una buena oportunidad, que te manden directamente al*

*paredón eso sí que ya no tiene remedio. Es una broma* —Mónica sonrió. ¿Cómo podía hacer bromas en una situación como esa?, se preguntaba—. *Estoy deseando que pase todo para poder estar contigo, no sabes cuánto te echo de menos. Me paso los días y los minutos pensando en ti, en los pocos, pero intensos, momentos que hemos pasado juntos, y me pregunto si alguna vez podremos estar juntos como un matrimonio normal y corriente, compartiendo todos los días y, sobre todo, las noches.* —Mónica sonrió de nuevo recordando las noches que habían pasado juntos—. *A veces tengo la sensación de que nuestro amor está condenado y que solo lo podemos disfrutar a cuentagotas. Cada vez que parece que podemos empezar de nuevo ocurre algo que nos separa. Debe ser un castigo por haberte comprado y aferrarme a ti por una estúpida venganza, y por eso Dios me está castigando. Pasé de odiarte a quererte sin darme cuenta apenas, y en esa noche que te hice mía por primera vez supe que ya no podría vivir sin ti. Desde ese día te he tenido y perdido tantas veces que, si seguimos así, voy a acabar volviéndome loco.* —Volvió a sonreír leyendo esas palabras, le gustaba saber que él fuera capaz de enloquecer si la perdía—. *Por eso te juro que si termina esta pesadilla y tenemos otra oportunidad vamos a hacer las cosas bien. Quiero que volvamos a casarnos, pero esta vez porque tú desees tanto como yo deseo que vuelvas a ser la señora de Mendoza. A ver si estando todo legalizado entre nosotros se termina esta condena de perderte cada vez que creo que eres mía. Yo siempre supe que nuestro matrimonio no era legal, pero entonces no me importabas y tenía pensado dejarte en cuanto la venganza contra tu padre hubiera concluido. Después, cuando me di cuenta de que me había enamorado de ti, quise decírtelo y arreglarlo, pero las cosas entre nosotros iban de mal en peor. Estaba completamente seguro de que si te lo decía me hubieras dejado y eso no lo hubiera podido soportar, por eso callé deseando que nunca lo supieras y esperando que las cosas entre nosotros se arreglaran algún día para poder decírtelo y poder arreglarlo los dos juntos. Jamás me hubiera imaginado que ese pelele un día podría descubrirlo. Si te cuento todo esto ahora y por carta es porque quiero que lo tengas todo claro, que sepas que me sentí mal muchas veces por haberme aprovechado de tu inocencia porque, al fin y al cabo, tú fuiste una víctima en todo esto. Nunca estuviste en mis planes de venganza, porque en todos estos años siempre recordé a esa niña de ojos grandes y azules llenos de lágrimas suplicarle a su padre para que me soltaran, por eso nunca tuve pensado vengarme de ti. Pero desde que te vi la primera vez y hablamos debajo de ese árbol en la boda de tu amiga, desde ese momento ya no pude dejar de pensar en ti. Eras tan joven y valiente, capaz de mirar mi rostro sin bajar la mirada asustada, y me impresionaste con todas esas cosas que me dijiste. Bailaste conmigo y me hiciste sentir que mi cicatriz no existía, ya que tú eres la única mujer que me hace olvidar que mi cara está marcada. Tú haces que mis cicatrices desaparezcan, siempre me has hecho sentir un hombre normal porque nunca me has mirado mal, no como el resto de las mujeres. Hacía muchos años que no estaba con una mujer, después de que mi prometida me dejara por mis cicatrices y de algunos otros desplantes, decidí no volver a dejar que otra mujer se burlara de mí. Hasta que te conocí y todo eso en ti me cautivó. No podía dejar de pensar en ti, y cuando descubrí que eras una Salazar la rabia me cegó y ya no pude pensar en esa niña. Pero al mismo tiempo me alegré, porque sabía que nunca tendría la oportunidad de conquistarte, ya que estabas prometida, y también sabía que nunca dejarías a un pretendiente joven, rico, y apuesto, por un hombre como yo, ya que para ti era bastante viejo, estaba desfigurado y tú jamás te fijarías en mí de esa manera. Y aunque fuera capitán del ejército, que eso para cualquier padre sería un buen partido, para el tuyo no, porque él*

*nunca te obligaría a casarte con nadie, eso me lo dejó muy claro cuando hablamos de ti. En ese momento pude ver el amor tan grande que te tenía y supe que cuanto más daño te hiciera a ti, más dolor le causaría a él. Por eso me alegré de que fueras una Salazar, porque te deseé desde el primer momento que te vi y a una Salazar no me importaría forzarla, humillarla, someterla, hasta conseguir que fueras mía, por eso hice todas esas locuras. Fui yo quien inventó todo ese bulo de las máquinas. Fue a mí a quien tu padre pagó todo ese dineral por unas máquinas que no existían, el mismo dinero con el que después te compré. Yo mandé a los soldados a tu casa haciéndote creer que los acreedores querían cobrar ya porque tenía miedo de que tardaran en denunciarle y acabaras casándote con Arturo. Sabía que en cuanto vieras a tu padre con la soga al cuello acudirías a mí, claudicarías y aceptarías mi propuesta de matrimonio. Lo que nunca creí en esos días es que acabaría cayendo en mi propia trampa y que te acabarías convirtiendo en la persona más importante de mi vida. Por eso te cuento todo esto, porque no quiero que vuelvan a decirte cosas de mí y vuelvan a ponerte en mi contra. Ahora sabes toda la verdad, sabes todas las barbaridades que he hecho por tenerte. Puede que al final tú tuvieras razón y que de verdad estuvieras casada con un monstruo, porque después de todo debería arrepentirme de lo que hice, pero no puedo. Porque si no hubiera hecho todas esas cosas jamás hubieras sido mía y ahora no tendríamos a Jorge, y puedo asegurarte que volvería hacer lo mismo una y otra vez si fuera necesario con tal de poder estar contigo. Sí no vienes a verme cuando me trasladen a la ciudad entenderé que es por todo lo que te acabo de confesar en esta carta, y tendré que resignarme a estar sin ti, aunque sea lo más doloroso que tenga que hacer en mi vida. Solo espero que puedas perdonarme y me des otra oportunidad para que podamos empezar de nuevo. Sin venganzas, sin orgullos, sin resentimientos. Voy a estar esperándote, Mónica, nunca olvides que te amo con todo mi corazón. Tuyo para siempre, Jorge.*

*Hasta pronto*

Mónica se quedó abrazada a la carta pensando en él, sabiendo que si se hubiera enterado de todo eso hacía unos meses le hubiera odiado mucho más de lo que ya lo hacía antes. Pero ahora solo podía agradecerle que le hubiera contado todo, porque el amor que sentía por él era tan grande que no le importaba lo que él hubiera hecho anteriormente, y más si gracias a eso estaban juntos.

Aunque lo que más le gustaba era que él se hubiera sincerado con ella, que no hubiera más mentiras entre ellos, porque no se veía capaz de volver a soportar otro desengaño como el último, cuando supo que su matrimonio era una farsa.

Se quedó dormida pensando en él y deseando que pasaran los días rápido para volver a verlo.



# LX

## Impetuosa

A la mañana siguiente, Mónica y José se presentaron en casa de Alberto Sandoval. A Mónica le había costado mucho convencer a José para que dejara su arma en casa, puesto que ella no entraría en casa de Susan con él armado. Sabía que podía cometer una locura porque estaba demasiado nervioso para controlarse.

Cuando una de las esclavas les abrió la puerta, Mónica dijo muy segura de sí misma, entrando agarrada del brazo de José:

—Buenos días, vengo a ver a la señora Sandoval. ¿Puedes anunciarnos? Soy Mónica de Mendoza y él es mi marido el señor Mendoza.

—Lo siento mucho, pero el señor Sandoval acaba de salir y la señora Sandoval no recibe visitas.

—Siento mucho que el señor Sandoval no esté, me hubiera gustado saludarlo y a mi esposo también. ¿Verdad, querido?

—Sí, es una lástima, en otra ocasión será.

—Pero bueno, no he venido a visitarle a él, sino a Susan. Por favor, acompáñame hasta donde se encuentra, no me hagas perder más tiempo.

—Pero, señora, no puedo…

—Mira, negra estúpida. Soy amiga íntima de tu señora, mi padre era íntimo amigo de tu amo y si no me dejas ver ahora mismo a Susan hablaré con Alberto y haré que te arranquen la piel a tiras. Vengo desde muy lejos y no tengo tiempo para tonterías, quiero conocer a mi ahijado y no voy a moverme de aquí hasta verlo. —La mirada, la voz fría y la seguridad con la que hablaba Mónica consiguieron que la esclava se acobardara.

—Está bien. Espérenme aquí, les anunciaré.

La esclava se dirigió a la salita donde estaba Susan, pero Mónica la siguió tirando de José. Cuando la esclava abrió la puerta y se disponía a anunciarles, Mónica le dio un empujón y entró. José lo hizo tras ella y Mónica sacó a la esclava de la habitación diciéndole mientras cerraba la puerta:

—Has sido muy amable, pero ya no te necesitamos. Y no te preocupes, le hablaré muy bien de ti a Alberto. Ahora vuelve a tus quehaceres. ¡Ah! ¿Podrías traernos algún refresco? El viaje nos ha dado sed.

—Sí, señora.

Cuando Susan vio a José se levantó y los ojos se le llenaron de lágrimas. José corrió hasta ella y la abrazó, Susan se derrumbó en sus brazos sin poder dejar de llorar.

—¡Ssshhh! No llores, cariño.

—Pe-pe-pensé que no volvería a verte, que-que no querías saber más de mí…

—¿Cómo puedes pensar eso? Eres la persona más importante de mi vida, no sabes cómo te he extrañado. Creí que iba a volverme loco cuando Estela me dijo que nadie podía verte. No sabía si estabas bien, si nuestro hijo estaba bien. Estaba a punto de entrar a punta de pistola para sacarte de esta casa, pero Mónica me persuadió asegurándome que hoy mismo ella me haría entrar para poder verte. —Cogió su cara entre sus manos y la besó apasionadamente—. ¿Estás bien?

—No, no estoy bien. ¿Cómo puedo estar bien en esta casa, con ese hombre? A veces quisiera morir y desaparecer.

—No digas eso, no vuelvas a decir eso. —Al ver el aspecto de Susan, José cambió de planes inmediatamente, estaba demacrada, ojerosa y una tristeza muy grande se percibía en su rostro—. ¿Dónde está el niño?

—Arriba.

—Ve a buscarlo, nos vamos.

—Pero…

—No discutas conmigo, no voy a irme sin ti y sin mi hijo.

—José, nunca voy a poder librarme de mi marido si no es enviudando.

—Sabes que eso no sería un problema para mí, pero estoy desarmado y no podemos esperar a que vuelva, sus hombres me matarían en cuanto él diera la orden. Por favor, Susan, ve a por el niño. Nos vamos, no voy a irme sin ti.

Susan miró a Mónica y ella le sonrió.

—¿Quieres seguir en esta casa con tu marido, encerrada sin poder salir y seguir dejando que ese cerdo abuse de ti? ¿O prefieres estar en casa de los Serra sin poder salir evidentemente hasta que las cosas se arreglen, pero amada y protegida por José? Yo lo tendría muy claro, saldría de esta casa sin mirar atrás. —A Mónica le pasó lo mismo que a José, nada más ver a su amiga apoyó la decisión de José de sacarla de esa casa inmediatamente.

—Está bien. ¿Puedes ayudarme?

—Pues claro.

—No tardéis. Coge las cosas del niño y larguémonos antes de que vuelva tu marido.

Cuando llegaron a la habitación Mónica ayudó a su amiga a coger las cosas del niño, y al coger Susan al niño para salir se abrió la puerta. La misma esclava que les había recibido entraba en la habitación.

—Señora, no puede irse —le advirtió la esclava—. Si intenta salir, tendré que dar la voz de alarma.

—Por favor, Rut, déjame ir. Sabes que no puedo seguir aquí, cualquier día va a matarme. —Mónica la miró sorprendida al oírla decir eso.

—¿Te ha pegado? ¿Ese cerdo se ha atrevido a pegarte?

—Desde que se enteró me pega cada noche, después abusa de mí y vuelve a su alcoba. —Susan se echó a llorar de nuevo, Mónica la abrazó.

—Vamos a sacarla de aquí por encima de quien sea —le informó con frialdad a la esclava—. Ahora, puedes echarte a un lado y dejarnos pasar, porque si no soy capaz de atarte y amordazarte a la cama. Tú eliges.

—Para ser la señora de esta casa es tratada peor que las esclavas y usted no se merece esto, es demasiado buena para él —dijo la esclava con tristeza—. Será mejor que se vaya, yo no diré nada. Pero dese prisa antes de que vuelva el amo o entren los niños del jardín, porque ellos sí que no la dejarían irse, más bien se irían con usted. —Susan se acercó a la esclava cogiendo sus manos.

—Gracias y, por favor, cuida de los niños. Diles que los quiero

mucho y que los voy a extrañar muchísimo…

—Vamos, Susan, tenemos que irnos.

Cuando salieron y subieron al coche José cogió a su hijo por primera vez en brazos, y dándole un beso en la cabeza se le escapó una lagrima por la emoción.

—Es precioso.

—Sí, es muy guapo —afirmó Mónica—. ¿Puedo cogerlo?

—Pues claro. —José le pasó el bebé y después abrazó a Susan diciéndole—: Por fin estás conmigo, si supieras cuántas veces he soñado con este momento.

—¿Crees que tus padres me aceptarán en tu casa?

José se echó a reír.

—¿Sabes dónde está mi padre ahora mismo?

—¿Con mi marido?

—Exacto. Cancelando todos los negocios que tu marido le llevaba.

—¿Por qué?

—Porque ayer por la noche le expliqué lo que iba a hacer, que iba a llevaros a ti y a su nieto a vivir conmigo a la casa, y le dije que si tenía algún problema me iría a la ciudad. Él me contestó que le diera unas horas para deshacer todos los negocios que tenía con tu marido, puesto que no podía seguir tratando con el hombre que había maltratado a su futura nuera y a la madre de su nieto.

—Vaya, tu padre es un hombre increíble.

—¡Sí! Es el mejor.



# LXI

## La Caprichosa

Cuando llegaron a la plantación de los Serra después de haber dejado a Mónica, Susan se quedó sorprendida y muy emocionada por el recibimiento que todos le dieron a ella y a su hijo, en especial Estela, que cuando la vio le dio un abrazo tan fuerte que la dejó sin aliento.

—Gracias a Dios que estás bien, estaba tan preocupada por ti. No me dejaban verte, solo me decían que el parto tuvo complicaciones y que no estabas bien para ver a nadie. Ni siquiera tus padres quisieron recibirme.

—Ellos estaban igual de enfadados conmigo que Alberto porque él fue a mi casa y les dijo a mis padres que yo era una fulana, y que ellos no habían sabido educarme para ser una buena esposa. Según Alberto, ellos han renunciado a mí, me han repudiado.

—¿Pues sabes qué te digo, querida? Que no te hacen ninguna falta. —La madre de José le pasó el brazo por los hombros y la llevó al comedor—. Ven, siéntate y descansa. Quiero decirte en nombre de todos los miembros de esta casa que aquí eres muy bienvenida, y mientras estés con nosotros nadie va a volver a hacerte daño, de eso

puedes estar segura. Y ahora, ¿puedo coger a mi nieto?

Susan le pasó al bebé mientras le decía:

—Pues claro. Muchas gracias, Leonor, esta bienvenida significa mucho para mí.

—¿Estás mejor? —le preguntó José que se sentó a su lado pasándole el brazo por los hombros para acercarla a él.

—Sí, ahora sí. Después de esta bienvenida, ¿quién no se sentiría mejor?

—¿Aún no ha vuelto papá?

—No. Habéis sido vosotros más rápidos que él —contestó Sergio.

—¿No tendrá problemas por mi culpa? —preguntó Susan preocupada.

—No te preocupes, mi padre sabe arreglárselas muy bien. Ahora quiero que te relajes y que no vuelvas a preocuparte por nada, los problemas déjamelos a mí. Tú solo tienes que preocuparte del niño y dejar que cuide de ti. —Le dio un beso en los labios muy tierno.

—Gracias. —Susan lo miró embelesada susurrándole—: Te amo.

Justo en ese momento entró el padre de José.

—Por fin. ¿Qué ha pasado? —le preguntó José levantándose del sofá.

—Por favor, hijo, déjame primero darle la bienvenida a mi futura nuera. —Susan se levantó, José se acercó a ella y cogiéndola por los hombros le preguntó—: ¿Estás bien? —Ella asintió con la cabeza y bajó la mirada avergonzada, él le levantó la cara cogiendo su mentón—. No tienes que avergonzarte por nada, tu marido es el que debería sentir vergüenza por no saber tratar a una dama como tú. Todo el mundo sabe que si no cuidas lo que tienes acabas perdiéndolo, y eso es lo que le ha pasado a él. Ahora quiero darte la bienvenida a esta casa. Quiero que te sientas cómoda y, sobre todo, que no te preocupes por nada, aquí vas a estar protegida.

—Gracias, muchas gracias. —Susan estaba tan emocionada por esas palabras que le dio un abrazo sin poder evitarlo, José se lo devolvió.

—Vamos, vamos, no es para tanto. Y bien, ¿vas a presentarme a mi nieto?

—Este es su nieto —dijo Susan con una sonrisa cogiendo a su hijo para ponérselo en los brazos.

—Es muy guapo, y parece fuerte como su padre. ¿Cómo se llama?

—Aún no le he puesto nombre. Alberto decía que no se merecía ninguno puesto que era un bastardo, y cuando se dirigía a él decía «tu bastardo».

—¡Qué hijo de perra! —exclamo José padre, haciendo asentir a todos con la cabeza al mismo tiempo.

—Me gustaría matarlo con mis propias manos. —Esta vez era José el que hablaba muy enfadado.

—A mí me hubiera gustado llamarle como a su padre, pero Estela ya ha llamado así a su hijo.

—¿No quieres ponerle el nombre de tu padre? —le preguntó Leonor.

—¡No! Gracias a él mi vida ha sido un infierno. Además, me ha repudiado por no ser la hija perfecta que él cree que debería haber sido, al no conformarme y aceptar la vida que él eligió para mí. Ni a él ni a mi madre les ha importado en ningún momento si era feliz o no, solo les importó que su capital se duplicara con ese matrimonio. Ustedes, que apenas me conocen, son capaces de preocuparse y protegerme de ese monstruo; ellos, sin embargo, me dan la espalda. Por eso para mí han muerto y no quiero volver a verlos nunca más. —Susan volvió a llorar y José la abrazó con fuerza.

—Ya basta, no hablemos más de eso, no quiero que vuelvas a llorar.

Estela se acercó a su amiga y cogiéndola de las manos le dijo sonriendo:

—Hay muchos primos hermanos que tienen el mismo nombre, y si tú quieres que tu hijo se llame como su padre, por mí no deberías ponerle otro nombre.

—¿De verdad no te importa?

—No, no me importa.

—¿Y tú qué opinas? Al fin y al cabo, eres el padre.

—Creo que serían demasiados Josés en esta casa. Sin embargo, me gustaría que llevara el nombre de mi abuelo, Eduardo. Si a ti te gusta, claro.

—Eduardo… Sí, me gusta, es muy bonito. —Susan sonrió.

—Creo que es el nombre perfecto. Mi padre estaría muy orgulloso sabiendo que uno de sus biznietos lleva su nombre —dijo Leonor muy contenta.

—Y bien, ahora que está todo resuelto, ¿por qué no nos cuentas qué ha pasado con el señor Sandoval? —preguntó Sergio a su padre.

—Sí, querido, cuéntanos —insistió Leonor.

—No hay mucho que contar. Cuando le dije que quería que desde hoy fuera mi hijo pequeño el que llevara todas mis cuentas, insistió un poco para que no me fuera de su compañía, y cuando le pedí que no insistiera porque ya había tomado una decisión y que era irrevocable solo me hizo una pregunta.

—¿Cuál? —preguntó José.

—Me preguntó si estabas de regreso. Cuando le dije que sí empezó a cancelar y a devolverme todas las cuentas con una rapidez increíble, hasta me sorprendió que no pusiera más pegas. Tengo que reconocer que es muy astuto y debió darse cuenta de lo que estaba pasando porque cuando termino salió conmigo y sin despedirse, subió a su carruaje y le dijo a su cochero que lo llevara a su casa inmediatamente. En estos momentos debe estar ordenando a sus hombres que carguen sus armas para dirigirse aquí y llevarse a Susan de vuelta.

—Tengo miedo. —Susan se pegaba a José como si quisiera fundirse con él, José la abrazó con fuerza.

—No tienes que temer nada, no va a poder entrar en esta casa y no va a volver a tocarte, eso te lo juro.

—Tranquilízate, Susan, mandé a todos los hombres a vigilar la entrada, nadie va a poder entrar aquí a no ser que quiera perder la vida. Y tu marido, bueno, mejor llamémoslo el señor Sandoval, es bastante inteligente como para querer entrar en esta casa arriesgando su propia vida.

—Bueno, puesto que todo está solucionado, ¿por qué no nos sentamos a la mesa y comemos? Todo está listo. —Leonor llamó a una esclava diciéndole a Susan—: Querida, ella es Tesa, y de ahora en adelante será tu sirvienta personal y quien se ocupe de mi nieto cada vez que lo necesites.

—Muchas gracias, Leonor.

En esa época todas las mujeres tenían su propia esclava, por muchas mujeres que hubiera en una misma casa, cada una tenía una esclava exclusivamente a su servicio para ayudarlas a vestirse, desvestirse, bañarse, cuidar a los niños, cualquier cosa que necesitaran.

—No es necesario que des las gracias por todo, querida —sugirió Leonor con una sonrisa, después le ordenó a la esclava—: Ahora será mejor que te lleves a mi nieto a descansar mientras comemos. —La esclava obedeció inmediatamente y cogiendo al bebé salió del salón—. He mandado poner en vuestra alcoba la cuna que uso José cuando nació. Supuse que querríais compartir la habitación con el niño, como tu hermano y Estela. En mi época los niños dormían en otra alcoba, nunca en la de los padres, las madres de ahora son tan modernas que quieren a sus hijos al lado. Pero ¿vosotros queréis que el niño duerma en otra alcoba?

—No, preferiría que durmiera con nosotros, por favor. —Susan miró a José colorada de vergüenza al pensar que todos los presentes

sabían que iban a compartir habitación sin estar casados.

—A mí no me importa, si tú quieres que duerma con nosotros, no hay problema —dijo José.

—Gracias, se despierta muchas veces por la noche.

—Razón de más para que duerma en otra alcoba, no os dejará dormir.

—Igualmente tendría que ir a su alcoba. Hasta que no le doy el pecho no vuelve a dormirse, es un comilón.

—Entonces no se hable más, no quiero que andes toda la noche de arriba abajo. —José le dio un beso dejando el asunto zanjado.

—El mío también se despierta por lo menos dos veces exigiendo su comida. Mira que tan pequeños y ya mandan sobre nosotras —bromeó Estela haciéndoles reír a todos—. Me parece increíble que al final vayamos a ser cuñadas.

—Todo lo que está pasando parece increíble. —Susan miró a José avergonzada aún por la situación—. Pero tú y yo no deberíamos compartir alcoba hasta que no… —Susan volvía a estar colorada como un tomate—. No creo que a tus padres… —No se atrevía a levantar la cabeza por la vergüenza que sentía.

—Susan, querida, no debes avergonzarte con nosotros —aclaró Leonor intentando tranquilizarla—. Creo que entre mi hijo y tú las cosas no pueden ser normales, y a estas alturas es lo que menos importa, ¿no te parece? Tenéis un hijo y creo que es un poco tarde para remilgos. Pero si tú prefieres alcobas separadas, por nosotros no hay problema…

—¡No! No quiero alcobas separadas —se opuso José muy serio. Cogió a Susan del mentón y la miró a los ojos—. Mi familia no va a juzgarte y yo no quiero estar lejos de ti, ¿no crees que ya hemos estado demasiado tiempo separados? —le preguntó dándole un beso tierno en los labios.

—Entonces, no se hable más. Creo que, aunque te fueras a la alcoba más lejana de la casa, mi hijo acabaría colándose en ella, y no puedo culparlo porque yo haría lo mismo con mi esposa —bromeó José padre haciendo reír a todos de nuevo.

—¡Exactamente! Estés donde estés, siempre acabaré en tu alcoba —dijo seductoramente José volviendo a sonrojar a Susan—. Así que, ¿por qué no nos ahorramos todo ese jaleo y me dejas estar a tu lado? Como bien ha dicho mi madre, nuestra relación no es como las demás, no tenemos que esperar a estar bendecidos, ya es un poco tarde para eso. ¿Verdad?

—Tienes razón, discúlpame. Yo tampoco quiero estar lejos de ti, y si tenemos la bendición de tus padres, para mí es más que

suficiente.

—Entonces considérate bendecida, querida. Solo hay una cosa que me importa en esta vida, y es ver a mis hijos felices. Y si José te ha elegido a ti, desde este mismo instante eres una Serra para todos nosotros.

—Gracias, Leonor, no sabes lo que esto significa para mí.

—Bien, entonces brindemos. —José padre levantó su copa y todos los demás le acompañaron—. Solo quiero desearos una cosa, que seáis tan felices como lo hemos sido tu madre y yo. —Al decir eso miró a su mujer y le guiñó un ojo—. Creo que no se puede pedir más.

—Gracias, papá. —Volvió a besar a Susan para dejarle bien claro que no debían esconder sus sentimientos delante de su familia.

Terminaron de comer y se sentaron en el salón a tomar café y a esperar que apareciera Alberto Sandoval reclamando a Susan y a su hijo porque, aunque no fuera suyo, legalmente él era el padre.



# LXII

## La Caprichosa

El día se hizo largo y pesado, Susan tenía los nervios a flor de piel, así que su esclava le preparó un baño antes de dormir para que se relajara. Cuando José entró en la habitación ella estaba acostada, él se desnudó y se metió en la cama. Susan se acercó y él la abrazó, la besó y le habló con una voz suave.

—¿Por qué no te quitas el camisón? No sabes lo mucho que te he echado de menos, he pensado en ti cada noche.

—Han pasado muchos meses, ¿por qué no viniste antes?

—No podía, estaba en una guerra.

—¡Dios mío! Y yo que creí que ya no querías saber nada de mí. Lo siento, perdóname.

—¿Por qué te disculpas?

—Porque te maldecía todas las noches creyendo que me habías olvidado y que andarías por ahí con otras.

José se rio, y después de un beso sumamente apasionado le aclaró:

—Nunca podría olvidarte, cariño, nunca. Y no he vuelto a estar con otra mujer después de ti.

—¿Por qué no me dijiste que estabas en una guerra? Ni siquiera

Estela me lo dijo cuando me traía tus cartas.

—Porque nadie lo sabía, les dije que estaba de maniobras. Prefiero que mi madre no lo sepa, así le evito estar todos los días preocupándose y llorando por mí.

—Prométeme que no volverás a ocultarme algo así.

—No puedo, a ti tampoco querré preocuparte.

—Pero…

—¡Ssshhh! Olvidémonos de todo eso, te he echado de menos. —Empezó a besarla con mucha pasión y cuando intentó quitarle el camisón ella le detuvo.

—No, por favor, no quiero que me veas desnuda.

—¿Por qué? —le preguntó sonriendo con picardía—. Creo que esa fase de timidez ya ha pasado entre nosotros, ya te he visto desnuda antes.

—Por favor, solo te pido unos días.

La cogió de las caderas para acercarla a él y cuando vio una mueca de dolor en su rostro le preguntó:

—¿Qué ocurre, Susan?

—Nada, solo… —Volvió a apretarle las caderas y de nuevo vio ese gesto de dolor en su rostro—. ¡Aaauuu! —No pudo evitar soltar un quejido.

José se levantó de la cama de un brinco ofreciéndole las manos.

—Susan, levántate.

Ella no quería levantarse, pero José la obligó y le quitó el camisón. Cuando vio su cuerpo todo lleno de cardenales una furia muy grande se apoderó de él.

Susan podía ver cómo su mandíbula se apretaba, cómo los puños se cerraban poniéndosele los nudillos blancos, y cómo todos los músculos de su increíble cuerpo se tensaban por la cólera que manaba de todo su ser. Se apartó de ella y empezó a vestirse, ella volvió a ponerse el camisón.

—¿Qué haces? ¿Por qué te vistes? —le preguntó nerviosa con los ojos llenos de lágrimas sintiendo su rechazo —. Sé que estoy horrible, que debe ser muy desagradable mirarme ahora, pero se pasará, en unos días volveré a estar igual que antes. Por favor, no me dejes.

José se levantó después de ponerse las botas y cogiendo su cara entre sus manos, le quitó las lágrimas que corrían por sus mejillas.

—No te estoy rechazando y no voy a dejarte. Pero tengo que ir a matar a ese malnacido.

Salió de la habitación y Susan, muerta de miedo, fue detrás de él gritándole y suplicándole para que no se fuera.

—¡Por favor, José! ¡No vayas, te matará! ¡Por favor, hazlo por mí, por tu hijo! ¡Si algo te pasara, mi vida no valdría la pena!

Al oír los gritos todos se despertaron y salieron al pasillo.

—¿Qué ocurre, hijo? —le preguntó Leonor asustada al ver en los ojos de su hijo esa furia incontrolable.

—¿A dónde vas a estas horas y por qué estáis discutiendo? —preguntó su padre.

—¡Voy a matar al viejo Sandoval, voy a matar a ese malnacido! —gritaba José bajando hasta el comedor mientras cargaba su arma. Todos le seguían.

—¡Te has vuelto loco! Si te presentas por allí te volarán la cabeza —le advirtió Sergio—. ¿Por qué te ha dado esa locura? Es mejor que esperes a que él venga.

—¡Él no va a venir! ¡Ahora comprendo por qué no ha venido a buscar a Susan en todo el día, y por qué no va a hacerlo!

—Vamos, hijo, tranquilízate y cuéntame por qué te has puesto así, y por qué crees que no vendrá a reclamar a su mujer.

Estela abrazaba a Susan, que temblaba de miedo llorando y mirando a José sin abrir la boca.

—Porque sabe que en cuanto lo vea le mataré sin darle tiempo a hablar —explicó fríamente—. ¡¡Y no puedes impedirme que vaya!! —Estaba tan furioso que sus gritos retumbaban por toda la casa.

—¡¡Sí puedo hacerlo!! —le gritó su padre igual de alto para que le oyera—. ¡Si no me das una buena razón, no voy a dejar que cometas una locura! Tú le has robado a su mujer, él es el ofendido, él es quien tiene que venir a reclamarte.

No dejaba de dar vueltas intentando tranquilizarse, pero el cuerpo de Susan lleno de cardenales no se le borraba de la mente y no le dejaba pensar con claridad.

—¡¡Él no va a reclamarme nada, ese cerdo no se va a atrever a reclamarme nada, y yo necesito matarlo!!

—¡¡¿Por qué?!! ¡¿Por qué ahora?! Has estado todo el día bien, ¿qué ha ocurrido para que te pongas así?

—¡¿Que qué ha ocurrido?! Pues que he visto en qué se ha entretenido ese malnacido en estas últimas semanas. Susan no tiene ni un solo centímetro de su cuerpo donde no haya un cardenal. Bueno sí, en los lugares visibles a los ojos de los demás, ahí es en el único sitio donde no la ha golpeado. Y aunque ella no me lo haya dicho estoy completamente seguro de que ha estado pegándola y abusando de ella todas las noches. Por eso tengo que matarlo, no puedo permitir que salga impune de esto.

Todos estaban atónitos al oír lo que José acababa de confesar,

Leonor se acercó a Susan y la abrazó diciéndole con la voz rota por la pena:

—¡Oh, criatura! Has debido pasar por un infierno con ese hombre.

—¡Dios mío! No me lo puedo creer. ¿Cómo has podido aguantar algo así? —susurraba Estela muy apenada.

Susan se desmoronó y rompió a llorar sin consuelo.

—¡¡Ya basta!! —le gritó Leonor a su hijo al ver el estado en el que se encontraba Susan—. ¡Vas a tener que tranquilizarte, hijo, y preguntarle a Susan qué es lo que quiere ella que hagas!

Su hijo la miró extrañado, pues su madre nunca levantaba la voz, y nunca tuvo que hacerlo porque nunca le hizo falta. Pero ahora tenía una buena razón para hacerlo.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó confuso.

—Creo que Susan ya ha sufrido bastante como para que tú ahora también le causes angustias. Si ella te pide venganza, está bien, coge tu arma ve hasta esa casa y desafía a su marido. Puede que con un poco de suerte llegues hasta su cama. Eso si no ha dejado vigilando a todos sus hombres, que es lo más probable, para que te vuelen la cabeza en cuanto la asomes y así mueras en el intento. Y ten por seguro que si eso ocurre, ya nada detendrá a ese hombre para venir hasta aquí y reclamar a Susan y a tu hijo para así poder seguir torturándolos cuanto le plazca, ya que sin tu presencia nosotros no podríamos oponernos porque, al fin y al cabo, ella es su esposa y él tiene todos los derechos.

José se quedó callado asimilando las palabras de su madre, y al darse cuenta de que tenía razón miró a Susan, que estaba al borde de la histeria sin dejar de llorar. Se acercó a ella y la abrazó con fuerza diciéndole:

—¡Ssshhh! Ya… ya, no llores, por favor.

—No-no-no quiero que vayas. —La congoja no la dejaba casi hablar—. Si te pasara algo… yo-yo…

—¡Ssshhh! No voy a ir a ningún sitio, tranquilízate. Mi madre es muy inteligente, como habrás podido comprobar, y sabe cómo hablarme para tranquilizarme. Siempre elige las palabras adecuadas para hacerme cambiar de idea, y no sé cómo se las apaña, pero siempre tiene razón.

—Júrame que no vas a ir a esa casa… júramelo.

—Te lo juro. —Cogió a Susan en brazos y ella escondió la cara en su cuello intentando tranquilizarse y así dejar de llorar. José les dijo a todos—: Siento mucho haberos despertado a todos y causado este disgusto. Ahora, si me disculpáis, voy a consolar a mi preciosa

mujercita antes de que se arrepienta, cambie de opinión y no quiera vivir conmigo.

Susan levantó la cara para mirarlo y con una sonrisa muy débil en medio de tanta lágrima le susurró dándole un beso en los labios:

—Jamás me alejaría de tu lado, te amo.

—Buenas noches a todos, creo que ya es hora de irse a dormir, ¿no?

Todos se rieron y les dieron las buenas noches, y José subió a su habitación con ella en brazos. Cuando llegó la dejó en la cama y, desnudándose, se acostó y se acercó a ella abrazándola suavemente.

Susan sintió en ese momento una paz interior increíble, su cuerpo cálido y duro, sus brazos fuertes y musculosos, hacían que todos sus miedos desaparecieran. Se sentía protegida, amparada, pero lo que más sentía era el amor de José y eso la llenaba de gozo.

Antes de conocerle, creyó que nunca podría saber lo que era sentirse amada y deseada, y él le hacía sentir las dos cosas, y por muchas palizas que su marido le hubiera dado, por ese sentimiento valía la pena aguantar todos los golpes, los abusos y las vejaciones a las que ese monstruo la había sometido durante todas esas semanas cuando supo que José era su amante.

La voz de José la sacó de sus pensamientos.

—¿Cómo se enteró tu marido de que estábamos juntos?

—Recibió un mensaje.

—¿Por qué no lo negaste? Por lo menos hasta que yo hubiera vuelto para poder protegerte.

—Él nunca me lo preguntó, vino con el mensaje y lo dio por sentado. Simplemente me golpeó hasta que ya no pude más y confesé.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace más de tres semanas.

—¿Todo este tiempo te estuvo golpeando? —Su voz era fría.

—Por favor, no me preguntes más, no quiero que vuelvas a enfadarte.

—Tranquila, no voy a volver a enfadarme, pero necesito saber todo lo que te ha hecho.

—¿Para qué?

—Para poder matarlo sin ninguna compasión. Porque de una cosa puedes estar segura, Alberto Sandoval va a morir, no se merece otra cosa después de lo que te ha hecho. Solo espero que estés de acuerdo conmigo.

Susan le dio un beso y entonces siguió contándole. José sabía que después de lo que le acababa de decir, si ella seguía contándole

todo lo ocurrido era porque estaba de acuerdo con él y quería ver a su marido muerto.

—Abusaba de mí todas las noches y después me golpeaba. —Notó cómo él se tensaba y la abrazó con más fuerza—. Yo me hacía una pelota e intentaba taparme la barriga para que no me golpeara en ella. Por más que le suplicaba y le pedía por el niño que parara, él no me hacía caso y me gritaba que no le importaba mi bastardo. Dos días antes de la boda frustrada de Mónica vino borracho y me pegó tan fuerte que me provocó el parto. Aún doy gracias a Dios de que Eduardo esté sano y salvo. Muchas veces pensé que con los golpes acabaría matándolo y creo que en el fondo eso era lo que quería, castigarme y malograr al niño.

—Menos mal que no lo consiguió. ¡Dios, lo siento! Debí escaparme como hizo Jorge en cuanto Estela me escribió diciéndome que no la dejaban verte.

—No, no me importa lo que ha pasado, me pondré bien y olvidaré todo esto si estoy contigo. No me imagino el tormento que debe estar pasando Mónica. ¿Y si lo condenan? Yo me moriría si te ocurriera algo así, no podría soportarlo, y creo que Mónica tampoco lo hará.

—Esperemos que todo salga bien y que al final solo sea un susto. Jorge es como un hermano para mí, yo tampoco soportaría que lo condenaran. No quiero que salgas de esta casa hasta que yo regrese.

—¿Vas a irte?

—Tengo que irme. Voy a testificar en el juicio y no puedo abandonar la ciudad hasta que termine. Pero te juro que después del juicio voy a pedir un permiso muy largo y no voy a moverme de tu lado. Al final, vas a estar deseando que vuelva al cuartel.

—Eso nunca va a pasar —sonrió al decir—, nunca voy a cansarme de ti. Te amo.

—Yo también te amo. Ahora quiero que te relajes y que te duermas.

—¿No vas a hacerme el amor?

—No —contestó con una sonrisa—, y no me tientes porque no hay nada que más desee que hacerte el amor. Pero tu cuerpo está tan magullado que solo sentirías dolor por donde intentara tocarte. Puedo esperar hasta que te recuperes, después serás mía todas las noches. —Ella sonrió y él le dio un beso tierno y suave en los labios.

—Creo que mi recuperación va a ser muy rápida, ya lo verás.

—Estoy de acuerdo, yo mismo voy a encargarme de eso. —Los dos se rieron y se dieron un beso de buenas noches.



# LXIII

## La Caprichosa

Los días en casa de José eran como un bálsamo reparador y Susan se recuperaba a la carrera porque se sentía feliz. Todos la consentían y la mimaban, en especial José, que se desvivía por ella, y se le hacía cuesta arriba pensar en regresar a la ciudad y dejarla sola, pues tenía miedo de que algo le pasara.

Estaban acostados y era su última noche porque al día siguiente él tenía que volver a la ciudad, así que Susan le decía llenándole el cuello de besos:

—Me prometiste que ibas a enseñarme cómo hacer el amor de muchas formas distintas y quiero empezar esta noche.

—Susan…

—Estoy bien, ya casi no me duele, y estoy segura de que irás con cuidado y no me harás daño. Mañana te vas y necesito ser tuya esta noche.

—Si te hago daño quiero que me lo digas.

Ella asintió con una sonrisa luminosa y él se perdió en esa sonrisa. Sin poder dejar de besarla y acariciarla con mucha ternura le hizo el amor, no sin antes haberla excitado y llevarla hasta el

límite, para ponerse encima de ella, pero manteniéndose en vilo y así no aplastar su cuerpo aún magullado. La poseyó con tanta pasión y tanto amor que acabaron los dos embriagados, extasiados, agotados y abrazados el uno al otro besándose y diciéndose lo mucho que se amaban. Entre beso y beso acabaron quedándose dormidos.



# LXIV

## Cardoña

Jorge estaba muy nervioso, hacía cuatro días que estaba en la cárcel militar de la ciudad y Mónica aún no había ido a verlo, le desesperaba pensar que ella no fuera capaz de perdonarle. Se arrepentía de haberle contado todas esas cosas en esa dichosa carta porque sabía que, aunque le hubiera dicho que se resignaría a estar sin ella, era imposible, nunca podría hacerlo, y estaba seguro de que si conseguía salir de ese lío la buscaría y le pediría perdón una y mil veces hasta lograr que ella le perdonara y lo aceptara de nuevo.

No podía dejar de darle vueltas a la cabeza imaginándose que ella no iba a ir, que no lo perdonaría y eso hacía que se pusiera más nervioso. De pronto se abrió la puerta y se levantó esperando que fuera la comida o la merienda, no tenía muy claro qué podía ser, pues allí encerrado perdía la noción del tiempo.

Cuando la vio entrar creyó que era una alucinación, pues estaba mucho más bonita de lo que podía recordar. Llevaba el pelo recogido a los lados y sus tirabuzones dorados salían por debajo de un sombrero diminuto con unas pequeñas plumas, haciendo juego con el vestido rojo que llevaba escotado hasta los hombros, ceñido hasta la cintura, y una falda tan pomposa que no cabía por la puerta. Estaba tan hermosa que se quedó sin habla, y solo reaccionó cuando se le echó en los brazos colgándose de su cuello y besándole

sin parar por toda la cara.

—¡Dios mío! Te he echado tanto de menos… que creí que iba a morir… —Mientras le hablaba no dejaba de besarlo, pero se quedó paralizada al ver que él no le decía nada, que no se movía. Entonces le preguntó preocupada—: ¿Qué te pasa? ¿No querías que viniera?

Cuando él miró sus ojos llenos de lágrimas por la emoción fue cuando reaccionó. Cogió su cara entre sus manos sin pronunciar palabra porque él tampoco podía hablar, ya que tenía un nudo en la garganta que no le dejaba, y empezó a besarla con tanta pasión que la dejó sin respiración, estrechándola entre sus brazos tan fuerte que parecía que iba a partirla en dos. Pero a ella no le importaba, quería estar entre sus brazos y que no volviera a soltarla nunca más. Hacía más de un mes que no se veían y no podían dejar de besarse, incluso cuando escucharon a José.

—Vamos, suelta a la muchacha que la vas a ahogar.

Él seguía besándola, hasta que se apartó de ella un momento para volver a coger su cara entre sus manos, y sin dejar de besarla iba diciéndole entre beso y beso:

—Creí que estaba soñando… que no eras real… Pensé que no ibas a venir… ¡Dios, Mónica! No sabes cuánto te amo… cuánto te he echado de menos… y por fin estás aquí. —Temeroso, le preguntó mirándola a los ojos—: ¿Sin resentimientos?

Ella, recordando su carta, le sonrió.

—Sí, sin resentimientos. Te amo y eso es lo único que me importa.

Jorge volvió a abrazarla y a besarla con mucha pasión hasta que escuchó a su madre detrás de él.

—Jorge, cariño, dile a tu padre que nosotros también necesitamos un beso y un abrazo.

Jorge sonrió con los labios aún pegados a los de Mónica al oír a su madre, y la soltó para coger a su hijo en brazos y comérselo a besos, al igual que a su madre.

—No os podéis imaginar lo mucho que os he echado de menos a todos.

—A todos menos a mí —protestó José. Jorge sonrió y abrazó a su amigo.

—A ti también, no te me pongas celoso. Pero has tardado mucho en traérmelas, casi me vuelvo loco.

—Lo sé, disculpa, pero tuve unos problemas con Susan y no pudimos salir hasta ayer. Pero ya están aquí y eso es lo que importa.

Jorge se volvió hacia Mónica cogiéndola por la cintura de

nuevo.

—Sí, ya están aquí, y eso es lo único que me importa.

Empezó a besarla de nuevo y José le dijo a Ana:

—Creo que tú, este pequeñín y yo sobramos aquí. Pero ¿podéis esperar un momento? Tengo una sorpresa. —Jorge y Mónica lo miraron, José llamó a un soldado que, en cuanto entró en la celda, se cuadró saludando a sus superiores—. Descansa, soldado. Creo que ya puedes acompañar al capitán y a su esposa.

—¿Qué estás tramando? —le preguntó extrañado.

—No hagas preguntas y aprovecha, considéralo como una recompensa por el retraso de estos días. Tenéis un par de horas, ya me lo agradecerás más tarde. Yo estaré paseando con tu madre y mi ahijado, porque espero que cuando lo bauticéis yo sea el padrino. Ahora venga, llévatelos de aquí —ordenó al soldado.

—Sí, señor. ¿Quieren acompañarme? —les preguntó a Jorge y a Mónica.

Antes de irse, Jorge puso la mano en el hombro de José.

—¿Todo bien con Susan y tu hijo? —preguntó preocupado.

—Mi hijo es muy guapo. Y sí, todo está perfecto entre Susan y yo, no te preocupes. Ahora disfruta de tu mujer, te lo mereces.

—Me alegra que todo saliera bien.

Los dos siguieron al soldado sin saber dónde iban. Cuando abrió la puerta de otra celda en vez de un catre destartalado se encontraron con una cama de matrimonio muy bien arreglada con limonada, agua y comida.

—Volveré en un par de horas, capitán.

—Gracias, soldado.

Cuando el soldado cerró la puerta y los dejó solos, Mónica le preguntó:

—¿Cómo ha podido conseguir todo esto?

—Eso no me importa ahora. —Se acercó a ella, la cogió por la cintura y la pegó a su cuerpo—. Después se lo agradeceré, ahora solo quiero estar contigo. No sabes cuántas ganas temía de volver a tenerte entre mis brazos. —La besó apasionadamente y ella se dejó llevar.

Su boca la volvía loca, sus labios ardientes recorrían su cuello estremeciéndola mientras le quitaba el vestido y el cancán, tirándolos al suelo. Pegado a su espalda, le quitó el pequeño sombrero deshaciendo sus tirabuzones mientras tiraba de su pelo echando su cabeza hacia atrás para poder besarla, al mismo tiempo que deshacía el lazo de su corsé y tiraba de él con fuerza para arrojarlo al suelo junto al resto de su ropa, dejándola desnuda de

cintura para arriba.

Seguía detrás de ella cuando sus manos empezaron a subir lentamente por sus caderas, acariciando su cintura y subiendo hasta sus pechos, consiguiendo que todo su cuerpo temblara por el deseo tan grande que él despertaba en ella. Sus manos abarcaban sus pechos, sus dedos pellizcaban sus pezones, volviéndolos duros y erectos, mientras su boca mordía y lamía su oreja.

Mónica no podía soportar más esa tortura, necesitaba tenerlo dentro, sentirlo y, dándose la vuelta, lo besó con pasión al mismo tiempo que le desabrochaba la camisa y le acariciaba el pecho, sintiendo todos sus músculos tensarse bajo sus dedos. Mientras sus labios besaban su pecho, sus manos desabrochaban los pantalones dejándolos caer al suelo.

El tiempo que habían pasado separados y el deseo tan grande que sentía hacia él le hacían ser atrevida, y sin darse cuenta su mano se adentró en sus calzones. Al sentir su gran erección dura y palpitante, le entró el impulso de quitar la mano avergonzada, pero cuando escuchó el gemido de placer salir por la garganta de su marido y cómo su cuerpo reaccionó en un pequeño estremecimiento, el pudor desapareció.

Amaba a ese hombre y deseaba darle placer del mismo modo que él se lo daba a ella, así que empezó a acariciarle suavemente, notando cómo su respiración se aceleraba, cómo sus músculos se endurecían y se tensaban, y le gustaba esa sensación. Se sentía poderosa al comprobar cómo ese hombre grande y fuerte se deshacía ante ella volviéndose vulnerable con cada caricia. Hasta que cogió su mano deteniéndola.

—Para, Mónica, por favor —le pidió en un susurro.

Ella se quedó muy sorprendida al ver cómo la había detenido con tanta brusquedad y le había quitado la mano de sus calzones, entonces agachó la cabeza avergonzada.

—Lo siento… creí que te gustaba.

Jorge le levantó la cara para decirle mirándola a los ojos:

—Y me gusta, no puedes imaginarte lo mucho que me gusta.

—Entonces, ¿por qué…?

—Porque no es el momento. Llevo muchos días sin ti, muchos días esperándote, deseándote, estoy desesperado y si sigues acariciándome así todo acabará antes de empezar.

Mónica comprendió inmediatamente lo que quería decir, puesto que a ella le pasaba lo mismo cuando él la tocaba. Sintió una gran emoción al saber que ella despertaba los mismos sentimientos en él y no pudo evitar decirle con un beso:

—Te amo.

—No puedo esperar más, Mónica. —Terminó de desnudarse mientras la besaba con mucha pasión—. Te necesito ahora. —Volvió a besarla y mientras lo hacía le quitó la poca ropa que le quedaba, tumbándola en la cama—. Voy a enloquecer si no eres mía en este mismo instante. —La penetró hasta lo más profundo sin dejar de mirarla. Ambos soltaron un gemido por el puro placer de estar por fin unidos de nuevo y Jorge le dijo con voz ronca de placer—: Te he echado tanto de menos, te amo tanto, Mónica.

Mónica ya no podía hablar, era incapaz de decir nada, de su garganta solo salía ese sonido que a Jorge le volvía loco y le hacía acelerar el ritmo para poder seguir escuchándola y deleitarse con sus gemidos hasta perder el control, dejándose llevar hasta el final.

Jorge acariciaba los cabellos de Mónica y le besaba cada centímetro de su bello rostro mientras recuperaban el aliento. Cuando por fin Mónica consiguió volver a la realidad, le susurró:

—Yo también te he echado mucho de menos. —Esta vez fue ella quien le besó el rostro—. Creí que nunca iba a llegar esa maldita carta para decirme cuándo podía verte, dónde estabas.

—Tenía tanto miedo de que volvieras a odiarme cuando leyeras esa carta, que casi me vuelvo loco pensando si podrías perdonarme y si querrías volver a verme.

—Si tenías tanto miedo, ¿por qué la escribiste?

—Porque quería que todo entre nosotros estuviera claro, que no hubiera más mentiras ni más secretos. Casi te pierdo la última vez por eso y no quiero que nada vuelva a interponerse entre nosotros.

—Lo único que yo necesito saber es que tú me amas, lo demás ya no me importa. Todo lo malo que ha pasado entre nosotros está olvidado, es más, deberíamos ver el lado positivo y pensar que gracias a todo lo que ha pasado estamos juntos.

—Tienes razón, pero ahora no quiero seguir pensando y tampoco quiero hablar, quiero seguir besándote. —Le dio un beso—. Acariciándote. —Le pasó suavemente los dedos por el canalillo—. Y, sobre todo, quiero volver a hacerte el amor para recuperar el tiempo perdido, porque no sé cuándo voy a poder estar contigo y eso ahora mismo me deprime.

—No creo que a José le resulte complicado volver a conseguirnos otra cita.

—¿Cuantos días vas a estar aquí? Podríamos vernos antes de irte, hablaré con José.

—No voy a irme hasta que tú no vuelvas a casa conmigo. Nos hemos instalado en tu casa, que es muy bonita, por cierto. He traído

a Tula y a Moisés, no tienes por qué preocuparte, estoy muy bien acompañada.

—No puedes quedarte, el juicio podría hacerse muy largo y pesado, y además muy desagradable.

—No me importa.

—Mónica…

—¡No! No pienso irme sin ti, voy a estar a tu lado y voy a acompañarte hasta el final. Además, tu abogado me ha dicho que si me ven en la sala a tu lado, puede que él juez se ablande un poco.

—¿Has hablado con mi abogado?

—Sí. Antes de entrar lo vimos en la calle y me lo presentó José. Y después de lo que me ha dicho no pienso abandonar ese juzgado hasta que tú no salgas conmigo de mi brazo para irnos a casa.

Al escuchar esas palabras sintió tanto amor y tanto orgullo por tenerla incondicionalmente a su lado, que empezó a besarla como un loco.

—¿Sabes ya cuánto te amo, Mónica? —le preguntó en un susurro.

—Sí, lo sé. Ahora, por favor, vuelve a hacerme el amor. No tenemos mucho tiempo y no sé cuándo podremos estar juntos de nuevo.

Él le sonrió diciéndole esa frase que ya se había convertido para los dos en algo muy significativo.

—Ya sabes que tus deseos son órdenes para mí. —Se besaron y volvieron a fundir sus cuerpos en uno.

Cuando consiguieron recuperar el aliento, ella le confesó:

—Me gustó mucho leer tu carta, que me contaras todas esas cosas.

—¿Por qué? —le preguntó mirándola a los ojos.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué no me odias? Después de leer todo lo que te conté, todas las barbaridades que hice para conseguir que fueras mía.

—Precisamente por eso, porque todo lo hiciste para estar conmigo y estar contigo es lo mejor que me ha pasado. Jamás podría odiarte por eso. —Volvió a besarla con tanta pasión que la dejó sin respiración.

—Para mí estar contigo también es lo mejor que me ha pasado.

—¿Sabes? Solo hay una cosa en esa carta con la que no estoy de acuerdo.

Jorge la miró arqueando una ceja.

—¿Solo una? Pues ya debes quererme mucho. —Ella se rio—. Quiero saber cuál es.

—Sí, hubieras podido conquistarme sin necesidad de todos esos engaños.

—No te creo, nunca hubieras dejado a Arturo por mí, él era perfecto. Sin embargo, mi cara… —Ella le puso el dedo en la boca haciéndole callar.

—Tu cara es perfecta para mí. —Le besó la cicatriz—. Cuando salimos de tu hotel, después de que me abrazaras y me besaras en el cuello al oler mi perfume, esa misma noche cuando me tumbé en la cama no podía dejar de pensar en ti, deseaba que fuera sábado para volver a verte, para bailar contigo, para poder sentir esa sensación que me invadía cuando me tomabas entre tus brazos, como si tuviera mariposas en el estómago. Eso nunca lo sentí con Arturo, por muy guapo que sea. Inmediatamente me levanté de la cama y te apunté en mi carné de baile por si te retrasabas. Después me dormí pensando en ti. Por eso te puedo asegurar que si te hubieras seguido comportando como el hombre que conocí bajo ese árbol, hubiera acabado dejando a Arturo por ti, sin importarme que su cara fuera perfecta.

—No sé qué he hecho en esta vida para tenerte a mi lado, pero me siento el hombre más afortunado del mundo.

—Ser tú, solamente eso. Eres bondadoso, generoso, cariñoso y me haces feliz. ¿Qué más podría pedir? —Sonrió—. Muchas mujeres desearían tener a su lado un hombre como tú. —Jorge volvió a besarla con la misma pasión que le hacía perder la cabeza—. Para, tenemos que vestirnos, José estará al llegar.

—Entonces tendrá que esperar, porque ahora mismo me muero de ganas por volver a hacerte el amor, por volver a sentirte mía. Te amo, Mónica. —Y de nuevo le hizo el amor con esa fuerza y esa pasión que la hacían enloquecer.

Nunca creyó que pudiera amarla más de lo que la amaba, pero después de esa confesión y de decirle que hubiera sido capaz de dejar a ese pelele por él sin importarle su apariencia, ¡Dios!, después de esa confesión sentía que la amaba más aún que antes, si eso era posible.

***

Cuando llegó José, que les había dado más tiempo del esperado, los encontró en la cama, sentados y vestidos, comiendo y bebiendo lo que les había dejado.

—¡Vaya! Parece que os ha dado tiempo a todo.

Jorge se levantó y le dio un abrazo.

—Gracias, no sabes cómo necesitaba estas horas. Nunca voy a olvidarlo.

—Lo sé, y no tienes nada que agradecerme. Gracias a Mónica conseguí sacar a Susan de casa de Sandoval, y eso no tiene precio. Por eso os he dejado un poco más de tiempo —bromeó por esos minutos de más que había estado entreteniendo a los soldados antes de ir a sacarlos de esa habitación.

—Vais a tener que contarme esa historia, parece interesante.

—Tendrás que esperar a mañana, te traeré el desayuno y te la contaré. Pero ahora será mejor que saque a Mónica de aquí antes de que llegue el coronel.

—¿Podrías volver a traérmela…?

—Sabía que me lo pedirías. Intentaré traértela siempre que el coronel salga de la ciudad como hoy. Con los demás no hay problema, pero el coronel ya sabes lo recto que es. Cuando está él, no se pueden infringir las reglas.

—Gracias de todas formas —le dijo Mónica dándole un beso en la mejilla muy tiernamente.

Cuando llegó el soldado para llevarse a Jorge, Mónica lo abrazó y lo besó una vez más.

—Hasta pronto, voy a estar pensando en ti.

—Y yo en ti. —Volvió a besarla y José empezó a bromear.

—Vamos, será mejor que te lo lleves, si no vendrá el coronel y nos arrestará a todos.



# LXV

## Cardoña

Habían pasado casi dos semanas y José solo les había podido juntar una vez más, Mónica estaba muy nerviosa porque hacía seis días que no lo veía. Estaba sentada en el banco detrás de la pequeña valla donde iba a sentarse Jorge.

El abogado le había dicho que se sentara justo detrás de él para que fuera visible en todo momento para el juez, porque eso podría ablandarle un poco y aún no sabían el juez que les iba a tocar, y de ello dependían muchas cosas.

La sala estaba llena de bancos detrás de ella y al otro lado de la sala también, dejando un pasillo en el centro. Delante de los bancos había una pequeña valla que los separaban de las mesas del fiscal y su ayudante, y justo al lado estaba la de Jorge y su abogado. Enfrente de ellos estaba el estrado del juez y a un lado una silla para los testigos.

Mónica nunca había asistido a un juicio y le parecía la cosa más fría del mundo, y más tratándose de un juicio militar. Todos estaban muy bien uniformados, los soldados que hacían de jurado, el fiscal, que era capitán como Jorge. Todo eso se lo iba explicando

José mientras esperaban que comenzara el juicio. Mónica solo podía rezar para que le tocara el juez que era amigo de toda la vida del padre de Jorge para que tuviera una oportunidad de salir de ese infierno.

Cuando se abrió una puerta y vio a Jorge aparecer, el corazón le dio un vuelco. Estaba muy guapo con su uniforme de gala y todas sus medallas, como el día de su boda. Jorge la miró nada más entrar en la sala y le sonrió. Cuando llegó a su lado la cogió de las manos.

—No debiste venir, esto puede ser muy desagradable.

—Te dije que iba a estar aquí, apoyándote, y es lo que pienso hacer. Además, me moría de ganas de verte. ¿Puedo besarte? —le preguntó inocentemente, Jorge le sonrió.

—No, aquí no. No me tientes, Mónica, o me acusarán también de escándalo público.

A Mónica le dio la risa y en ese momento todo el mundo se puso en pie al oír decir a un soldado:

—Todo el mundo en pie. Preside el honorable juez Fernando Ayala.

Jorge se volvió inmediatamente y se cuadró delante del juez. A Mónica le encantaba ver a su marido hacer ese saludo, lo veía tan alto, erguido y elegante con su traje militar que la atraía y cautivaba como la primera vez que bailaron juntos y le contó todas esas batallas que la dejaron fascinada, así que no podía dejar de mirarlo.

Todos estaban de pie, y todos los que eran militares le hacían el saludo al juez sin bajar el brazo, hasta que este les devolvió el saludo.

—¡Biiieeen!

Cuando Mónica escuchó a José exclamar, dio gracias a Dios. Estaba segura de que ese hombre con una toga negra, pelo canoso, mirada amable y que miraba a Jorge con una sonrisa dibujada en los labios debía ser el mejor amigo de su padre.

Mónica sintió que podía empezar a respirar con tranquilidad, por fin tenía esperanza desde que hacía más de un mes y medio se habían llevado a Jorge detenido de la plantación. No obstante, quería asegurarse y no hacerse ilusiones.

—Es él, ¿verdad? ¿Es el amigo de su padre? —le preguntó bajito a José.

—Sí, hemos tenido suerte —contestó José igual de bajito.

El juicio acababa de empezar y Mónica sentía mucha angustia porque todo eran acusaciones en contra de Jorge. El fiscal lo acusaba de desertor, que era lo peor que podía hacer un soldado en

el campo de batalla, y mucho más tratándose del capitán de la compañía. También lo acusaba de no importarle la vida de sus hombres y haberlos abandonado a su suerte por una mujer. De no tener honor ni voluntad. De cobardía porque prefería salir corriendo detrás de las faldas de su mujer en vez de quedarse a defender a sus hombres. Decía tantas barbaridades de Jorge que Mónica se sentía fatal, se sentía culpable por todo lo que estaba pasando ya que estaban humillándole, insultándole, rebajándole y lo más extraño era que él estuviera tan tranquilo, tan impasible. Conocía su carácter impulsivo y no podía creer que estuviera ahí sentado sin decir nada, sin defenderse. No parecía él.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué no dice nada? ¿Por qué no se defiende? —volvió a preguntarle a José en voz baja muy preocupada.

—Porque no puede hablar. Primero es el fiscal el que acusa y después le toca al abogado defender todas las acusaciones.

—Pues como siga diciendo todas esas mentiras, voy a saltar esa valla y le voy a dar una patada en el culo a ese estúpido.

—Contrólate, Mónica. —José no pudo evitar reírse—. ¿O quieres que te encierren a ti también? —Mónica resopló con los labios y José volvió a reírse.

A Mónica le parecía tan injusto todo lo que ese hombre decía de él sin conocerle, porque si lo conociera no diría esas cosas. Si supiera que ese hombre, que según él era un cobarde, había sido capaz de recibir un disparo por salvar a su superior, que por eso había recibido una medalla al valor y que le habían dado otra por llevar a sus hombres a la victoria en el campo de batalla. Que el hombre que estaba sentado al lado de ella le debía la vida en dos ocasiones, y que aun antes de ser soldado hubiera dejado que una viga lo partiera por la mitad para salvarle la vida a un completo desconocido. No, si lo conociera de verdad estaba segura de que no diría todas esas cosas de él.

Cuando el juez dio por terminada la vista hasta la mañana siguiente, Mónica estaba destrozada. No soportaba oír todas esas cosas de Jorge y se sentía culpable.

Jorge se volvió y cuando vio la tristeza de Mónica cogió su cara entre sus manos y la levantó para mirarla a los ojos.

—Te dije que era mejor que no vinieras, que sería desagradable.

Cuando los soldados se acercaron para llevarse a Jorge, José les hizo una señal para que los dejaran un momento.

—Lo siento, todo es culpa mía, no soporto que digan todas esas mentiras de ti. —Los ojos se le llenaban de lágrimas.

—No quiero que te preocupes, todo va a salir bien. Y no quiero que vuelvas a decir que es culpa tuya. Quizás si yo te hubiera dicho la verdad ahora no estaríamos aquí. Así que no quiero que vuelvas a culparte, ¿está claro? —Le limpió las lágrimas que le rodaban por las mejillas y le dio un beso.

—¿Qué haces? Estate quieto, no quiero que te acusen de más cosas por mi culpa. —Él sonrió.

—Por un beso tuyo, soy capaz de cumplir cadena perpetua. —Con esa broma la hizo reír—. Estamos solos, creo que puedo besarte sin meterme en un lío.

—Entonces, ¿a qué estás esperando?

Jorge volvió a sonreír y empezó a besarla con mucha pasión, odiando tener esa valla entre los dos que le impedía sentirla a su lado.

José había desalojado la sala y estaban solos, los únicos que quedaban eran los dos soldados que tenían que escoltar a Jorge hasta su celda, pero José hablaba con ellos y les invitaba a un cigarro para entretenerlos y darles un poco más de tiempo.

—Y mi madre y el niño, ¿cómo están?

—Están bien, solo que tu madre no ha querido venir, ha preferido quedarse con Tula y el niño. Y ha hecho bien, no creo que hubiera podido soportar oír tantas barbaridades. A mí me daban ganas de saltar la valla y darle una paliza a ese hombre.

Jorge se rio a carcajadas mientras veía cómo por el rabillo del ojo se acercaban los soldados.

—Tengo que irme, Mónica. Nos vemos mañana, y procura controlarte. No es lo mismo que me condenen a cadena perpetua por un beso de mi mujer, que por lo menos habría valido la pena, a que lo hagan porque mi mujer le dé una paliza al fiscal, aunque eso también valdría la pena. —Mónica empezó a reírse y le devolvió el beso.

—Intentaré controlarme por ti, pero que sepas que me va a costar mucho —le decía mientras los soldados se lo llevaban y pudo oír cómo Jorge se reía antes de que se cerrase la puerta.



# LXVI

## Cardoña

Al día siguiente, el abogado de Jorge explicó cómo era él en el campo de batalla: valiente, honorable, disciplinado, cómo había conseguido sus medallas, cómo sus hombres irían a una batalla con los ojos cerrados si él estuviera al mando, y cómo se había ganado los galones uno a uno sin ayuda de su padre, sino por mérito propio.

Ese día Mónica salió muy contenta y orgullosa por todo lo que había dicho su abogado, pero José le dijo muy serio que no se confiara, que quedaba lo peor porque no se sabía lo que podían decir los testigos que llevara la acusación, y tenía razón. Cuando el juicio se reanudó, el fiscal volvió a contraatacar a Jorge, esta vez presentando a sus testigos.

El primero en declarar fue el antiguo capataz del padre de Mónica, que contó cómo Jorge se había apoderado de la plantación de los Salazar comprando a su mujer, por supuesto, y cómo había echado a su padre a patadas de la casa para vengarse de él.

Mónica se quedó paralizada cuando le oyó decir:

—Yo estaba allí cuando cogió a la señorita Salazar y le dijo a su padre: «Tu hija va a vivir un infierno conmigo todas las noches,

igual que mi hermana lo vivió contigo».

—¡Protesto! —gritó el abogado de Jorge—. Aquí se está acusando a mi cliente por desertor, no por cómo empezó su matrimonio, y mucho menos su vida privada.

—Señoría, yo solo quiero que todo el mundo sepa cómo trató ese hombre a su mujer desde el primer día de casados. Además, él dejó a sus hombres solos por ella —dijo el fiscal señalando a Mónica—, tenemos que saber por qué. Que todos sepan que el capitán no es tan honorable y disciplinado como su abogado quiere hacernos creer. Si es capaz de hacer cualquier cosa con tal de tener a su esposa bajo su yugo, solo así conoceremos de verdad cómo es el capitán Mendoza y sabremos hasta qué punto podríamos volver a confiarle la vida de nuestros soldados.

—Prosiga con el testigo —ordenó el juez.

Cuando Mónica escuchó decir al juez esas palabras se le cayó el mundo encima porque sabía que su marido no parecería ese hombre bueno y generoso que era si la gente sabía cómo empezó todo entre ellos, sino más bien el monstruo que ella vio los primeros meses de matrimonio.

—Sigamos. ¿Qué más ocurrió esa noche? —volvió a preguntar el fiscal al capataz.

—Exactamente lo que ocurrió en la alcoba nadie lo sabe, solo ellos dos. Pero nunca podré olvidar cómo la señorita Salazar gritaba y pataleaba mientras él la subía a la fuerza a la alcoba después de decirle a su padre todas esas barbaridades. Al rato, bajó con una cara de satisfacción que no le cabía en el rostro, tirando delante de su padre una sábana ensangrentada y regocijándose de lo mucho que había disfrutado violando a su hija. —Toda la gente empezó a murmurar—. Después nos echó al señor Salazar y a mí a la calle como a dos perros.

—¡Oh, Dios mío! —susurró Mónica con un nudo en la garganta.

Esa declaración iba a hundir a Jorge, y ni siquiera el amigo de su padre podría verle con buenos ojos después de eso.

—No tengo más preguntas —aclaró el fiscal.

—Es su turno —le dijo el juez al abogado de Jorge.

—¿Usted puede asegurarnos que mi cliente violó a su mujer?

—Después de lo que vi, sí, estoy seguro.

—No tengo más preguntas.

—Puede retirarse —ordenó el juez.

—Que entre el señor Agustín Fernández.

Mónica se quedó pálida al oír al fiscal llamar a ese hombre, y no entendía qué hacía ahí si Tula le había contado cómo Jorge le había

matado por azotarla.

—Señor Fernández, ¿es cierto que usted no debería estar aquí, o al menos eso debe estar pensando el señor Mendoza?

—No, señor. Él debe creer que soy un fantasma.

—¿Puede explicarnos por qué?

—Porque me disparó dos veces, una en el hombro y otra en el estómago, y después me echó a la calle para que me desangrara poco a poco.

—¿Y por qué hizo eso?

—Por cumplir una orden suya.

—¿Puede ser más explícito?

—Su mujer se escapaba de su lado en cuanto él se daba la vuelta y me ordenó que la tratase como a una esclava —todo el mundo murmuró de nuevo—, y que si volvía a escaparse me arrancaría la piel a tiras. Entonces, siguiendo sus órdenes, cuando la señora de Mendoza intentó volver a escaparse la até al palo y le di a elegir el castigo, como hacía con las negras. Le pregunté si quería ser azotada o que la castigara en un catre. —Mirando a Jorge con desafío y queriéndose vengar de él, añadió—: Fue bastante agradable acariciar y besar una piel tan suave como la de la señora Mendoza, después tuve que azotarla para que no volviera a escaparse.

Mónica en ese mismo instante miró a Jorge, que se levantó de su silla para dirigirse a ese hombre con intención de matarle. Los soldados lo detuvieron inmediatamente, pero Jorge estaba fuera de sí de solo pensar que ese hombre hubiera rozado la piel de su mujer. Necesitaron tres soldados para detener a Jorge y así evitar que lo estrangulara con sus propias manos, porque eso era exactamente lo que pretendía.

—¡¡No te maté la otra vez, pero si vuelvo a verte, juro por Dios que te mataré!!

Eso era exactamente lo que ese hombre pretendía, que todos vieran a Jorge perder la paciencia por su mujer. Todo iba de mal en peor y Mónica estaba asustada. Cuando los soldados por fin consiguieron sentarlo, el juez le advirtió:

—Si vuelve a comportarse así, capitán Mendoza, no tendré más remedio que sacarlo de la sala y solo podrá entrar cuando tenga que declarar. Puede continuar —ordenó al testigo.

—Él fue el culpable de la muerte de Ernesto Salazar, él le obligó a vivir en una pocilga y gracias a él enfermó y murió. Eso era justamente lo que quería, ver a Ernesto Salazar muerto y al final lo consiguió. Le robó todo lo que tenía, sus posesiones, el dinero, su

hija e incluso su propia vida. Era un buen hombre y no se merecía lo que le hizo. No tengo más que decir, ya he acabado.

—¿Tiene alguna pregunta más el fiscal? —preguntó el juez.

—No, señoría, he terminado.

—Es su turno, abogado.

El abogado de Jorge se puso en pie y le preguntó al señor Fernández:

—¿De verdad quiere hacernos creer que mi cliente le dio permiso para azotar a su esposa o abusar de ella después de cómo ha reaccionado cuando usted ha contado lo sucedido? ¿O esos disparos se los dio precisamente por eso, por haberse tomado la libertad de castigar a su esposa sin su permiso? ¿No es cierto que usted siempre odió a la señora de Mendoza porque ella hizo que su padre le castigara en varias ocasiones por abusar de las negras y castigar a los esclavos sin motivo? —Al ver que el señor Fernández no contestaba insistió—: Parece que se le han acabado las ganas de seguir diciendo mentiras.

—¡Yo no he mentido, él me dijo que la tratara como a una esclava, y eso fue lo que hice!

—No es lo mismo decirle a alguien que vigile a su esposa como a una esclava, que es lo que le ordenó mi cliente, a que la trate como a una esclava. El concepto no es el mismo, por eso mi cliente le disparó después de ver cómo usted había dejado la espalda de su mujer llena de latigazos. Creo que cualquier hombre en su lugar hubiera hecho lo mismo. Y mi cliente no llevó al señor Salazar a esa pocilga, como usted la llama, él solo lo echó de la casa. Fue decisión suya terminar en ese sitio inmundo, ya que nadie lo llevó allí. Quizás quiso purgar sus malas acciones dejándose morir en ese horrible lugar. Y aún tuvo suerte de que mi cliente lo llevara de vuelta a su casa e intentara curarlo. El señor Mendoza hizo más por él de lo que ese hombre ha llegado a hacer por nadie en toda su vida. No tengo más preguntas, señoría.

—¿Tiene algún testigo más? —le preguntó al fiscal.

—Sí, llamo a declarar al señor Arturo Robles.

Mónica se quedó atónita al oír el nombre del siguiente testigo, no podía creer que él fuera allí a declarar contra su esposo.

Arturo no dejaba de mirar a Mónica mientras ponía la mano en la Biblia.

—¿Jura decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?

—Sí, lo juro.

—¿Puede explicarnos cómo es el señor Mendoza con su esposa?

—Posesivo y dominante. En cuanto vi cómo la miraba el primer día que la conoció supe que sería un problema.

Arturo empezó a contarlo todo. Cómo la compró y se la robó unos días antes de la boda. Cómo fue a buscarla cuando ella se escapó y el miedo que ella sentía por él. Cómo su matrimonio fue una farsa montada por él y cómo, sabiendo que él no tenía derechos sobre ella legalmente, la forzó a todo lo que le dio la gana. Cómo llegó como un loco, paró su boda, le disparó y se la llevó a la fuerza sin ser su marido, pues ese matrimonio falso ya estaba anulado por el juez hacía un par de semanas.

Con todo lo que Arturo estaba diciendo, Mónica solo podía ver a Jorge en el paredón, no habría nadie que pudiera verle con buenos ojos después de esa declaración.

Cuando le tocó al abogado de Jorge, este le preguntó:

—¿Es verdad que en dos ocasiones usted ha retado a duelo a mi cliente?

—Sí, pero creo haber dejado bastante claro mis motivos.

—¿Puede decirnos cómo es que aún sigue vivo? Porque lo que es seguro es que en las dos ocasiones usted falló. Pero lo que es muy extraño es que un capitán del ejército, que por lo que tengo entendido tiene una puntería infalible y maneja la espada como un maestro de esgrima, haya fallado en las dos ocasiones. —Arturo se quedó callado—. Y bien, ¿podría explicarnos por qué sigue usted con vida?

—Él me perdonó en las dos ocasiones —confesó bastante avergonzado.

—¿Quiere usted decir que ese monstruo que todos intentan hacernos creer que es el capitán Mendoza, en las dos ocasiones se apiadó de usted y le perdonó la vida?

—Sí. Pero no lo hizo por mí, sino por su mujer, ella se lo pidió.

—Es de suponer, porque si yo fuera él le habría matado. Primero, usted anuló su matrimonio que, aunque no fuera legal, para mi cliente ella era su esposa. Después intentó casarse con su mujer y quiso robarle a su hijo. La señora Mendoza debe ser muy influyente para que él perdonara una ofensa como esa. Entonces, ¿puede explicarnos cómo ese hombre dominante, que según usted no tiene ningún respeto por su mujer, es capaz de perdonarle la vida en dos ocasiones simplemente porque ella se lo pidió? Un poco extraño, ¿no cree? Ahora quisiera saber otra cosa, cuando la señora de Mendoza se escapó y fue a pedirle ayuda, ¿cuántos días llevaban casados?

—No lo recuerdo, pero muy poquitos.

—¿Después ella volvió a escaparse? ¿Alguna vez mas le volvió a pedir ayuda?

—No.

—¿Odia usted a mi cliente?

—Sí, pero tengo mis razones. Después de todo lo que me ha hecho, cualquiera en mi lugar le odiaría. Además, me destrozó la mano y desde entonces no he podido volver a empuñar un arma.

Mientras decía eso levantaba la mano derecha que tenía deformada por el disparo que Jorge le dio justo en el centro de la palma.

—Usted empuñó un arma contra mi cliente en varias ocasiones, creo que lo único que mi cliente pretendía al destrozarle la mano era precisamente eso, que usted no volviera a empuñar un arma contra él y así no verse obligado a matarle. ¿Habría cesado usted en su empeño de retarle a duelo en cualquier ocasión que se le brindara? Y no olvide que está bajo juramento.

—No, no lo habría hecho.

—Bien, no tengo más preguntas.

Cuando el juez dio por terminada la vista y Jorge se volvió para mirar a Mónica, la descubrió sentada en el banco llorando. Saltó la valla y los soldados que lo escoltaban enseguida se abalanzaron sobre él, José les apaciguó un poco y los dejaron unos minutos a solas.

—Vamos, Mónica, mi vida, no te pongas así. —La abrazó y ella se acurrucó en sus brazos sin dejar de llorar, necesitaba sentir su fuerza para poder resistir ese maldito juicio—. No me gusta verte así. —La cogió del mentón y le levantó la cara—. No puedes rendirte ahora, te necesito fuerte.

—Es-es que todo lo que han dicho —ella casi no podía hablar—, es-es como si ya te hubieran condenado, y lo peor es que van a hacerlo por-por cómo funcionaba nuestro matrimonio antes, no porque hayas desertado. Es-es todo tan injusto y tan absurdo.

—Nadie es culpable hasta que se demuestre lo contrario y puede que pasado mañana alguien diga algo bueno de mí. Y si no, espero que les valga con mi declaración y la de mis soldados, que no me fallaran. Verás cómo todo va a arreglarse. —Ella se había quedado muy callada y había dejado de llorar, él la miró extrañado preguntándole—: ¿Qué te pasa? ¿En qué piensas?

—Tienes razón, alguien tiene que decir algo bueno de ti.

—Ni se te ocurra, Mónica. No quiero que subas al estrado, el fiscal te haría puré y yo tendría que matarlo. No voy a dejar que hagas eso.

—Yo te he metido en esto y yo tengo que sacarte. Tu abogado es muy bueno y entre los dos podemos conseguirlo.

Jorge cogió su cara entre sus manos para decirle muy serio:

—No quiero que lo hagas, te lo prohíbo.

—Me prometiste que nunca más ibas a obligarme a nada, y ahora no puedes obligarme a estar callada. ¡No!, si de eso depende tu libertad.

—Mónica, por favor, no puedes obligarme a ver cómo te descuartizan ahí arriba, no podré soportarlo.

—Y yo no podría seguir viviendo si te condenaran. Lo siento, pero voy a hacerlo. Además, me conoces, sabes que no soy fácil de doblegar y no voy a dejar que ese hombre me pisotee. Voy a darle una patada en el culo —bromeó con una sonrisa.

Jorge empezó a besarla y ella se aferró a él hasta que los soldados los separaron.

—No permitas que ella declare —le decía a José mientras se lo llevaban los soldados—. José, por favor, habla con el abogado, no dejes que lo haga. Antes prefiero pudrirme en la cárcel.

Pero ninguno de los dos le hizo caso y los dos fueron a hablar con el abogado. El abogado les contó que estaba todo bastante negro, pero que haría todo lo posible para ayudarle. Cuando Mónica le dijo que quería declarar él le aclaró:

—Lo siento, Mónica, pero su marido me dijo desde un principio que a usted la dejara fuera de esto, que no quería que usted se involucrara.

—Pero ahora es tarde, ¿no cree usted? Ese juicio ya no es contra lo que mi marido hizo en el campo de batalla, sino con lo que él me hizo a mí. Y la única persona que puede decir todo tal y como ocurrió soy yo, ¿no le parece?

—Puede que tenga razón, pero su marido…

—Olvídese de lo que mi marido le dijo y hagamos una cosa. Saque todos los testigos que usted tenga pensado, saque a mi marido y si después de todo usted cree que nada vale la pena, que podrían condenarlo igualmente, entonces llámeme a mí. Deme esa oportunidad, no quiero que mi hijo crezca sin su padre y yo tampoco podría estar sin él.



# LXVII

## Cardoña

Dos días después, cuando se reanudó el juicio le tocaba al abogado de Jorge sacar todas sus armas. Los soldados hablaban maravillas de él.

—¿Usted cree que su capitán actuó de forma irresponsable al abandonarlos y salir en busca de su esposa? —le preguntó el abogado a José cuando lo llamó a declarar.

—No. Él simplemente actuó en ese momento como un hombre, no como un soldado, y todos sabemos que cuando a un hombre le tocan su honor, pierde la cabeza y es capaz de cualquier cosa. Conozco al capitán Mendoza desde hace muchos años, nunca le vi interesado por una mujer hasta que conoció a Mónica, así que se podría decir que ella es su debilidad, todos tenemos un punto débil y el suyo es su mujer. En el campo de batalla es frío, calculador y un estratega magnífico. No sé cómo lo hace, pero siempre sabe por dónde hay que atacar para derrotar al enemigo, con él casi siempre tienes la batalla ganada. Pero si le tocas a su mujer pierde los estribos, y eso fue lo que pasó.

—No tengo más preguntas.

—Es su turno, fiscal —ordenó el juez.

—Es muy bonito todo lo que ha dicho de su capitán, se nota que es usted su mejor amigo. ¿Pero no cree que el soldado ha de ser soldado antes que hombre? ¿Que primero está el deber antes que el placer?

—Sí, lo creo.

—Entonces, ¿por qué defiende a su capitán si no le importó dejar a su compañía en plena batalla para correr tras una mujer que, para colmo de males, ni le amaba y encima iba a casarse con otro hombre? ¿No cree que es lamentable?

—No. No creo que sea lamentable correr para defender tu felicidad, sino heroico. Cuando encuentras a alguien que te hace feliz y te complementa tienes que luchar por ello, como en el campo de batalla. Y quiero dejar bien claro que cuando el capitán Mendoza se fue y nos abandonó, como todo el mundo dice que ocurrió, nosotros en ningún momento nos sentimos así, la batalla estaba ganada y la habíamos ganado gracias a él. Ya nos habíamos apoderado del fuerte y solo estábamos esperando que llegara la otra compañía para poder regresar a casa, y para eso no necesitábamos al capitán, por eso se fue.

—Se nota que el capitán Mendoza ha salvado su vida en dos ocasiones. Vendería su alma al diablo por él, ¿verdad?

—Pues sí, lo haría sin pensármelo, y también he de decirle que si yo hubiera estado en su lugar hubiera hecho lo mismo. Ningún hombre puede permitir que le roben lo suyo sin presentar batalla...

—No tengo más preguntas.

—Llamo a declarar al capitán Mendoza —anunció su abogado.

—¿Jura decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?

—Sí, lo juro.

—¿Es verdad que cuando usted dejó a su compañía, ellos ya no corrían ningún peligro?

—Sí, habíamos ganado y solo estábamos esperando que vinieran a remplazarnos, como bien ha dicho el teniente Serra.

—¿Usted pidió permiso para abandonar el campo de batalla?

—No, solo dejé una carta explicando por qué me iba. Si hubiera informado hubiera tenido que esperar una respuesta y no tenía tiempo para eso.

—¿Por qué cree que le acusaron por desertor? Usted había cumplido las órdenes, había conquistado el fuerte y solo tenía que cederle el puesto al próximo capitán que fuera a remplazarles.

—Justamente el capitán que me remplazaba y yo nunca fuimos

buenos amigos, ya me entiende. Yo debía estar en mi puesto hasta que él llegara y de eso se aprovechó.

—Debe querer mucho a su esposa para arriesgar su carrera militar y no importarle ir a la cárcel, o que lo fusilen, para evitar que ella se casara con otro.

—Sí, es la persona más importante de mi vida. —Miraba a Mónica mientras hablaba y ella le sonreía—. Ella y mi hijo, y no estaba dispuesto a perderlos. Sabía que se casaba para vengarse de mí, estaba dolida al enterarse que nuestro matrimonio fue un fraude y por eso iba a casarse, no porque amara al señor Robles.

—¿Por qué está tan seguro?

—Conozco a mi esposa, aunque todo el mundo crea lo contrario. Cuando me fui estaba embarazada y quise evitarle disgustos. Ya habíamos pasado un buen susto al principio del embarazo y tuvo que estar varios meses en reposo para no perder al bebé. Y como antes de irme habíamos tenido una pelea muy fuerte, creí que lo mejor era que pensara que me marchaba porque estaba evitándola y no quería verla, pues de esa manera solo sentiría unas semanas de odio hacia mí. Después se le pasaría, como ya había ocurrido otras veces. Sabía que acabaría perdonándome cuando supiera que yo no la había abandonado, que lo único que quería era evitarle el sufrimiento de imaginarme todos los días en el frente arriesgando mi vida, y que por ese motivo preferí mentirle, por su embarazo, para que estuviera tranquila y no volviera a tener problemas. Lo que nunca imaginé fue que el señor Robles descubriera que mi matrimonio era falso y se aprovechara de las circunstancias para manipular a mi esposa e intentar robármela. Por eso tuve que impedirlo, porque sabía que cuando ella descubriera esa verdad se arrepentiría de ese matrimonio. Si se casaba con el señor Robles solo era por rencor, y eso hubiera sido muy doloroso para los dos porque ese matrimonio sí que no se hubiera podido romper y no hubiera tenido más remedio que dejarla viuda. Porque de una cosa pueden estar seguros, si no hubiera llegado a tiempo y ese matrimonio se hubiera celebrado, en estos momentos no me estarían juzgando por desertor, sino por asesinato. —Mientras decía eso miraba a Arturo con una mirada fría como el hielo.

—No tengo más preguntas.

—Es su turno —volvió a decir el juez al fiscal.

—Yo solo tengo una pregunta. Si la batalla no hubiera estado ganada y sus hombres le hubieran necesitado, ¿se habría ido igualmente en busca de su esposa? Y recuerde que está bajo juramento.

Mónica sintió una angustia muy grande porque sabía que su esposo no mentiría y era una pregunta trampa. En ese momento deseaba no ser tan importante para él, que él pusiera a su compañía por encima de ella o de lo contrario sería hombre muerto. Jorge la miró y ella, sabiendo su respuesta, le decía que no con la cabeza para que mintiera. Pero incluso antes de escuchar su respuesta, ella ya sabía que su honor no le dejaría mentir.

—Sí, lo habría hecho.

Mónica podía oír todos los murmullos de la gente e incluso a José maldecir.

—Tenías que haber mentido, ¡maldita sea!

—Llámeme a declarar, quiero declarar —pidió Mónica al abogado de Jorge—. Tenemos que evitar que esto sea lo último que oiga la gente de él.

—Ella tiene razón —coincidió José—, no podemos dejar que esto sea el final.

La gente no dejaba de murmurar y el juez, dando con el martillo varios golpes, puso orden en la sala.

—¡Silencio en la sala, o daré por concluida la vista hasta mañana! ¿Tiene otra pregunta que hacerle al acusado?

—No, señoría, he terminado.

—Y usted, abogado, ¿tiene algún testigo más?

—Sí, señoría. Llamo a declarar a la señora de Mendoza.

Jorge acababa de llegar a su lado, así que lo cogió de la chaqueta y lo sentó de un tirón.

—No se le ocurra hacer eso, si lo hace lo despediré. Le dije desde un principio que…

—Demasiado tarde. Además, usted me ha obligado al ponerse solito la soga al cuello. Cuando acabe el juicio puede despedirme si quiere, pero ahora déjeme hacer mi trabajo, y mi prioridad es sacarlo de este lío en el que se acaba de meter. —Se levantó de la silla y se alejó de él para que no siguiera matándolo con la mirada.

—¿Jura usted decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?

Mónica, con la mano en la Biblia y con la vista fija en Jorge que la miraba muy serio mientras le decía que no con la cabeza para que bajara del estrado, respondió:

—Sí, lo juro.

—¿Ama usted a su marido? —Fue lo primero que le preguntó el abogado.

—Con toda mi alma. —La gente volvió otra vez a murmurar, incrédula.

—¿Oye usted esos murmullos? Seguro que todos se preguntan lo mismo que yo. ¿Cómo puede una mujer amar a un monstruo como su marido? Porque así es como en esta sala nos han hecho ver al capitán Mendoza.

—Eso es porque han sido engañados con todas las mentiras que se han dicho sobre mi marido —al decir eso Mónica miró al fiscal fríamente—. Pero no les culpo porque yo también pensé que era un monstruo los primeros días de matrimonio. Después fui conociéndole y me di cuenta de que debajo de esa cicatriz, que todo el mundo repele la primera vez que lo ven, hay un hombre bueno y maravilloso.

—¿Quiere usted decir que ese hombre que está ahí sentado no fue un salvaje y un animal en su noche de bodas, que no la violó brutalmente como el fiscal ha pretendido hacernos creer?

Mientras hablaba señalaba a Jorge y Mónica lo miraba con mucha ternura, pero él seguía muy serio y enfadado.

—¡No! Él nunca me tocó, solo manchó la sábana con su propia sangre para hacerle creer a mi padre que había abusado de mí. —La gente volvió a murmurar.

—¿Y por qué hizo eso?

Mónica contó brevemente cómo era su padre y lo que le hizo a la hermana de Jorge y a él mismo para que todos entendieran por qué Jorge la compró y echó a su padre a la calle.

—Si he contado todo esto es para que todos ustedes sepan que mi padre no fue ese hombre maravilloso que el señor Fernández les ha hecho creer, y que sí se merecía lo que le pasó. Todos acabamos teniendo nuestro propio castigo, y él lo tuvo.

—Entonces, ¿por qué el capitán Mendoza no la castigó a usted para concluir la venganza contra su padre? Al fin y al cabo, se casó con usted para eso, ¿no?

—Porque él no es como los demás. A cualquier otro hombre no le hubieran importado mis súplicas y eso que solo se casó conmigo con un único propósito; vengarse de mi padre. Es más, el noventa por ciento de los matrimonios se casan sin amor y la noche de bodas al marido le importa bien poco si ella quiere o no consumar el matrimonio. Es su mujer, le pertenece y no tiene más remedio que cumplir con sus obligaciones maritales, así que quieran o no, las obligan a consumar ese matrimonio, ¿no es cierto? —preguntó mirando a los hombres de la sala—. Entonces, me pregunto yo, ¿todos esos hombres son unos violadores? —Todos volvieron a murmurar al decir Mónica esas palabras tan crueles hacia el género masculino, pero increíblemente ciertas—. Sin embargo, yo tuve la

suerte y el privilegio de casarme con un hombre que, aun odiándome por ser la hija del hombre que odiaba, no fue capaz de convertirse en la persona que tanto odiaba, y tuvo la santa paciencia de esperar y respetarme hasta que yo me entregué a él por voluntad propia. Y no fue un salvaje ni un animal como muchos han pretendido hacerles creer, sino todo lo contrario. —Miraba a Jorge con mucho amor recordando aquella noche—. Esa misma noche me enamore de él y supe que ya no podría estar sin él, pero el orgullo a veces es más fuerte que tú y no te deja reconocer las cosas, por eso seguíamos peleando y discutiendo.

»Como todos hemos oído, mi matrimonio al principio no fue un camino de rosas, pero los dos acabamos enamorándonos. Hemos cometido muchos errores los dos, y el más grande fue mío, pues me dejé manipular por un hombre que odiaba tanto a mi marido que no paró hasta encontrar la manera de separarme de él —en ese momento miró a Arturo, que estaba en la sala—, de convencerme para que me casara con él utilizando a mi hijo, y lo peor es que yo estaba tan dolida que le creí. Pero, como bien ha dicho mi marido, no me casaba con el señor Robles por amor, sino por venganza. En cuanto mi marido apareció impidiendo la boda, supe que si me hubiera casado con el señor Robles me hubiera arrepentido toda la vida, pues nada más ver a mi marido supe que con el único hombre con el que quiero estar casada el resto de mi vida es con él. —Cuando Arturo la escuchó decir esas palabras se levantó y abandonó la sala lleno de ira—. Así que, si ustedes le condenan, me estarán condenando a mí también. —Mónica no pudo soportar más la presión y se echó a llorar.

—No tengo más preguntas.

—Baja de ahí, Mónica, por favor —le suplicó Jorge.

—¿Está usted bien, señora de Mendoza? ¿Puede continuar o quiere un descanso? —le preguntó el juez a Mónica.

Mónica miró a Jorge y respiró profundamente.

—No se preocupe, estoy bien. Solo son los nervios.

—Es su turno —dijo el juez cediéndole la palabra al fiscal, el cual se levantó y empezó a aplaudir acercándose a Mónica.

—No sé si está usted de verdad enamorada de su marido o es una excelente actriz. Porque no puedo creer que un hombre como el señor Mendoza fuera capaz de esperar tranquilo y sentado hasta que usted le diera permiso para consumar el matrimonio. ¿Tanto miedo le tiene para mentir tan bien? Porque hasta ha conseguido que yo mismo me emocione con sus palabras. Ahora quiero que sepa que puede usted estar tranquila, que no necesita seguir mintiendo,

porque no creo que su marido pueda volver a casa para seguir maltratándola después de este juicio.

Mónica se secó las lágrimas, respiró hondo y tomó fuerzas porque no iba a permitir que ese hombre la anulara. Si Jorge no pudo hacerlo en los peores momentos, ese hombre tampoco lo haría. Por eso tenía que ser fuerte, serenarse y, sobre todo, no decir nada que pudiera perjudicar todavía más a Jorge.

—Él nunca me ha maltratado, y no entiendo por qué usted quiere que todos crean que estoy mintiendo. Además, creo que antes ya he dejado bastante claro que, si fuera verdad lo que usted dice, la mayoría de los hombres de este mundo deberían estar encarcelados por abusar de sus mujeres, incluso usted. ¿Podría jurar ante la Biblia que nunca ha forzado a su mujer a hacer algo en contra de su voluntad? Todos lo hacen, así que no quiera juzgar a mi marido por lo que todos hacen en sus casas…

—No es a mí a quien se está juzgando, y tampoco se está juzgando a su marido de eso, sino de desertar y de dejar abandonados a sus hombres en el campo de batalla para correr bajo sus faldas.

—Fue usted el que se creyó con derecho a poner mi matrimonio en boca de todo el mundo. El que ha querido que todos vieran a mi marido como un monstruo por cómo empezó nuestro matrimonio, no por desertor…

—¡Basta, usted solo debe contestar a mis preguntas!

—¡No! ¡Ahora no puede obligarme a estar callada, no puede negarme el derecho a defender a mi marido por todas las injurias que usted ha levantado sobre él…!

Jorge no podía dejar de mirarla, su fierecilla sacaba las uñas y los dientes por él, y justo en ese momento se dio cuenta de que el fiscal no sería capaz de intimidarla. La conocía. Su fuerza y su coraje la ayudarían a pasar ese mal rato en el que cualquier mujer se quedaría anulada ante ese hombre. Cualquier mujer menos ella.

Ella pelearía hasta desfallecer, como tantas veces hizo con él, y saldría victoriosa, de eso estaba completamente seguro. Se sentía terriblemente orgulloso de esa pequeña, hermosa y frágil mujer, o al menos eso era lo que parecía sentada en esa silla. Pero pronto demostraría que podía ser pequeña y hermosa, pero frágil jamás. Los gritos del fiscal lo sacaron de sus pensamientos.

—¡Señoría! ¡¿Puede hacer callar a la testigo?!

—Creo que no, ella tiene razón. Usted empezó esto y quiero oír todo lo que la señora de Mendoza quiere decir. Prosiga, por favor —alentó a Mónica para que siguiera.

Cuando Mónica sintió el apoyo del juez se llenó de valor y siguió diciéndole al fiscal:

—Si usted solo quería culpar a mi marido por desertor, ¿por qué hablar de su vida privada? Porque sabía que si su mujer confirmaba todas esas barbaridades usted tendría la batalla ganada. Pero se equivocó porque no conozco un hombre más generoso, bondadoso y responsable que él. Y por más que usted intente ensuciar su nombre, nadie que lo conozca estará de acuerdo con usted, como ha podido comprobar por las declaraciones de sus soldados. Usted sabía perfectamente que como soldado no podría convencer a nadie de su falta, porque mi marido es un gran soldado y lo ha demostrado muchas veces arriesgando su vida en muchas ocasiones en el campo de batalla y fuera de él. Pienso que todo el mundo comete errores y él lo hizo. Sí, cometió un pequeño error, pero no obstante no ocurrió nada, sus hombres no corrieron peligro en ningún momento. Y que usted le hiciera confesar que no le hubiera importado dejar a sus hombres en una situación delicada, no quiere decir que lo hubiera hecho, porque puede que en el último momento él no fuera capaz de dejar a sus hombres por mí. Eso es algo que nunca sabremos y por eso no puede culparle de algo que no ha sucedido, y lo que ocurrió no tuvo consecuencias. Si de verdad busca un culpable, cúlpeme a mí. Yo sabía que estuviera donde estuviera, si me quería vendría a parar esa boda. Por eso acepté al señor Robles, para que mi marido volviera a mí. Soy tan culpable como él, encarcélenme a mí también, me lo merezco.

—¿Ha terminado? —le preguntó el fiscal muy enfadado.

Mónica había conseguido tirar por tierra todas sus acusaciones.

—Sí, he terminado.

—No tengo más preguntas.

Temía seguir preguntando cualquier cosa a esa mujer que acababa de darle la vuelta a su acusación al defender a su marido tan fervientemente y conseguir que todo el mundo dejara de ver al capitán Mendoza como el monstruo que él había conseguido que todos vieran. Por eso prefería dejarlo estar con la esperanza de poder volver las cosas a su terreno con un buen alegato.

Mónica volvió a su sitio, no sin antes guiñarle un ojo a su marido consiguiendo una sonrisa de sus labios.

—Bien, entonces espero que para el lunes tengan sus alegatos preparados. La vista queda suspendida hasta entonces.

Cuando el juez se fue Jorge se volvió hacia Mónica y le dijo cogiéndola de las manos:

—¡Dios mío! Has estado impresionante, contigo no hubiera

necesitado ni abogado.

—En eso le doy toda la razón. Tengo que felicitarle por tener una mujer así —afirmó el abogado diciéndole a Mónica—: Ha estado usted fantástica. Muchos quisieran tener una mujer tan valiente como usted, señora de Mendoza.

—Lo sé, pero ella es solo mía, los demás que se aguanten —bromeó Jorge.

Los tres se echaron a reír. El abogado se despidió y se fue, y Jorge aprovechó para acercarla suavemente hacia él y así poder besarla.

—Ya te dije que le daría una paliza por decir todas esas mentiras sobre ti. —Jorge volvió a reírse.

—Desde luego que le has dado una paliza. Yo que tenía miedo de que te destrozara ahí arriba, y resulta que has sido tú la que le ha destrozado a él su acusación.

—Dicen que la verdad siempre sale a la luz, y yo solo he dicho la verdad.

—Te amo, Mónica, y me siento muy orgulloso de ti. Si hubo algo que me cautivó de ti la primera vez que te vi fue tu valentía, tu rebeldía, tu carácter fuerte, todo eso que hoy ha hecho que me sienta el hombre más orgulloso y satisfecho de tener una mujer como tú. —Le dio otro beso—. Se me va a hacer tan largo este fin de semana, van a ser los dos días más largos de mi existencia. Tengo tantas ganas de que por fin termine esta pesadilla. A veces siento que me voy a volver loco por no poder tenerte entre mis brazos, no sé si voy a poder aguantar dos días más sin ti, mi vida.

—Ojalá tengas razón y por fin termine esta pesadilla para volver a casa. Tu casa es muy bonita, pero prefiero estar en Nube Blanca.

—Yo también. —Volvieron a besarse y después los soldados se lo llevaron.

***

—¿Qué cree que pasará el lunes? —le preguntó Mónica al abogado al encontrarlo fuera cuando salía con José hacia la casa.

—Después de cómo ha defendido a su marido, y si presento un buen alegato, creo que tenemos el juicio ganado.

—¡Dios le oiga!

—Dios no, será mejor que trabaje todo el fin de semana con ese alegato, de lo contrario no quisiera estar en su pellejo. Ya ha visto cómo ha dejado al fiscal, imagínese lo que puede hacer con usted si no saca a su marido de ahí.

Mónica se rio a carcajadas.

—Anda, no seas tonto. —Se despidió del abogado y cogió a José del brazo diciéndole—. Necesito un favor.

—Puedes pedirme lo que quieras. Después de cómo has defendido a mi amigo con uñas y dientes soy capaz de hacer cualquier cosa por ti, y tampoco me veo capaz de llevarte la contraria, eres muy peligrosa.

Mónica volvió a reírse a carcajadas y José no pudo evitar reírse con ella.



# LXVIII

## Cardoña

Era tarde, Jorge no podía dormir y hacía un rato ya que había cenado. El día se le había hecho eterno y la noche se le haría más todavía, porque cuando oscurecía era cuando más extrañaba a Mónica. Solo tenía que esperar un día más y si ganaba el juicio, que era bastante probable después de la declaración de Mónica, por fin podría estar con ella. Se había jurado a sí mismo que si salía de esta, nunca más iba a volver a separarse de su esposa ni de su hijo, en lo poco o mucho que le quedara de vida.

De repente abrieron la puerta y entró un soldado, que inmediatamente se cuadró frente a él saludándole. Jorge le devolvió el saludo.

—Por favor, capitán, ¿puede acompañarme? —le dijo el soldado.

—¿Qué ocurre? ¿Dónde me llevas? —le preguntó saliendo de su celda.

El soldado, sin contestarle, lo llevó a la misma celda donde pasó unas pocas horas con Mónica hacía más de dos semanas. Cuando entró vio a una mujer de espaldas, llevaba una capa con la capucha puesta así que no podía ver quién era, pues no había mucha luz. Mientras ella se volvía hacia él se iba quitando la capucha dejando

caer sus tirabuzones dorados por la espalda.

Cuando Jorge la vio el corazón le dio un vuelco. Mónica se abalanzó hacia él colgándose de su cuello sin dejar de besarle, mientras él no estaba seguro de si había conseguido dormirse y todo se trataba de un sueño, o si era real. De lo que estaba seguro era de que, si era un sueño, no quería despertarse.

Estaban besándose, abrazándose y no era momento de palabras. Ninguno de los dos quería hablar, solo amarse, amarse con tanta pasión, con tanto ardor, que podían sentir cómo los dos cuerpos se convertían en uno, cómo se fusionaban con cada beso, con cada caricia hasta quedar extasiados, sin fuerzas, abrazados, cansados, pero felices de ese momento tan mágico que habían pasado juntos.

—Creí que estaba soñando. —Jorge no podía dejar de besarla mientras le hablaba suavemente—. ¿Cómo has conseguido que te dejen pasar a estas horas?

—Eso tendrás que preguntárselo a José, yo solo le pedí estar contigo esta noche. Le dije que sería la única manera de poder esperar hasta el lunes el resultado de la sentencia sin volverme loca, y que si no estaba contigo sería el fin de semana más largo y horroroso de mí vida. También le dije que era mi cumpleaños y que sería el mejor regalo que nadie me hubiera hecho jamás.

—¡Dios, se me olvidó! Felicidades. —Le dio un beso—. Tendrás que perdonarme, pero he estado muy liado y no he podido comprarte nada. —Ella le sonrió.

—Ya te he dicho que el mejor regalo para mí es estar en tus brazos, y de eso se ha encargado José. Tendremos que recompensarlo porque no sé cómo se las habrá apañado para librarse del coronel, pero después de cenar unos soldados vinieron a por mí de parte de José y me trajeron aquí. No le he visto, pero no me importa. Mañana se lo agradeceré, ahora solo quiero estar contigo —lo besó—, quiero que me abraces. —Él la abrazó con fuerza y ella volvió a besarle—. No podría soportar que te condenaran, que te alejaran de mí, tengo mucho miedo.

—Nada ni nadie va a hacer que me aleje de ti. Espero que todo salga bien, pero si no fuera así te juro que me escaparé e iré a buscaros a ti y al niño para irnos bien lejos y empezar de nuevo. Siempre que tú quieras venir conmigo, por supuesto.

—Mañana mismo dejaré las maletas preparadas, por si acaso. No me importa dónde tengamos que estar mientras estemos juntos. Te amo y eso es lo único que me importa.

Él la abrazó y la besó con tanta pasión que volvieron a sentir deseos de amarse de nuevo hasta quedar exhaustos.

Mónica estaba tumbada a su lado acariciándole el pecho y jugueteando con su vello.

—¿Tienes tabaco? —le preguntó

—¿Por qué, quieres fumar? —contestó con otra pregunta haciéndole reír.

—No. Solo es que me gusta mucho su olor. Desde el primer día que fui a tu hotel y empezaste a fumar. Yo estaba muy nerviosa y el olor del puro consiguió relajarme un poco.

—Nunca he fumado delante de ti por si te molestaba el olor.

—Gracias, pero puedes fumar siempre que quieras. Además, ahora estoy muy nerviosa por lo que pueda pasar y me gustaría comprobar si funciona.

—Entonces vamos a probar.

Él se incorporó y sacó un puro de su chaqueta, lo encendió y volvió a tumbarse a su lado. Entonces le tiró el humo a la cara y ella empezó a toser.

—No seas malo, así no. —Jorge no pudo evitar reírse.

—Lo siento, discúlpame. Ha sido una broma, no lo he podido evitar. —Ella le golpeaba en las costillas suavemente—. No volveré a hacerlo, te lo juro.

Mónica acabó riéndose con él, y se quedaron callados y abrazados mientras Jorge fumaba. Ella empezó a relajarse con ese olor que tanto le gustaba y que tanto había añorado.

—Y bien, ¿funciona? ¿Consigues relajarte?

—Sí, aunque estar así en tus brazos también me ayuda.

—Vaya, menos mal, ya estaba pensando en batirme a duelo con este puro. —Ella empezó a reírse a carcajadas.

—No tiene por qué, mi capitán. Usted siempre ocupará el primer lugar en mi corazón, solo echaba de menos ese olor porque te echaba de menos a ti. Siempre que me has abrazado, ya fuera por las buenas o por las malas, ese olor a tabaco siempre estuvo en ti y siempre me gustó. Como la vez que me subiste a mi alcoba en brazos cuando el médico dijo que podía salir de la cama, ¿recuerdas? —Él asintió con la cabeza—. Acababas de fumar y ese olor me embriagó. Tenerte tan cerca después de tantas semanas sin verte fue muy placentero, me moría de ganas de besarte, pero tú estabas tan frío.

—Fui un estúpido porque lo sentí, sentí cómo me deseabas, y no te puedes imaginar cómo me costó dejarte en esa cama y no echarme encima de ti y hacerte el amor como un loco. Pero aún estabas delicada y yo tenía que irme al frente, y prefería que me odiaras por dejarte, ya estabas acostumbrada a creer que me

odiabas y sabía que te recuperarías pronto. Pero si hubieras sabido que me iba a luchar, te habrías pasado todos esos meses sufriendo por si me pasaba algo, y en tu estado no quería que te preocuparas por mí. Solo por eso lo hice, te lo juro.

—Ahora lo sé, pero no debiste hacer eso, fueron los peores meses de mi vida. Pensar que no me querías, que estabas en la ciudad con tus amigos pasándotelo bien e imaginarte con otras mujeres me entristecía muchísimo. —Jorge la miró con mucha intensidad.

—No he estado con otra mujer después de ti, desde que me miraste con esos ojos tan hermosos debajo de aquel árbol sin miedo, sin repulsión. Desde entonces no he podido dejar de pensar en ti cada hora, cada minuto del día. Te amo, Mónica, y voy a amarte toda mi vida. Nada ni nadie después de ti me importa.

—Yo también voy a amarte toda la vida.

Sus palabras le llegaban al corazón y sentía ganas de complacerle, de volver a sentirse poderosa, así que bajando su mano lentamente por su pecho llegando hasta su erección, empezó a acariciarle y a besarle con pasión, sintiendo cómo crecía poco a poco y se endurecía entre sus manos por el deseo que ella despertaba en él con cada caricia.

—Mónica…

Su voz era un susurro y su cuerpo empezaba a desmoronarse al sentir cómo su mujer se volvía exigente, atrevida, deseosa por complacerlo. Eso era algo que él jamás creyó que ocurriría por cómo había sido educada y le encantaba ver cómo ella perdía el miedo y la timidez al estar con él. Él le devolvía las caricias y los besos hasta que ya no aguantaron más y volvieron a fundirse el uno en el otro, y mientras hacían el amor ella le susurraba al oído:

—Este momento es el mejor regalo para mí… y tú eres el único que puede dármelo.

—Felicidades, mi amor —musitó mordiéndole el lóbulo de la oreja estremeciéndola de placer.

Estaban cansados y abrazados cuando Mónica soltó de repente:

—Lo siento, mi capitán, pero te mentí, tú no eres el hombre que ocupa el primer lugar en mi corazón —Jorge la miró arqueando una ceja y ella sonrió—, y puede que dentro de poco hasta te toque pasar a un tercer plano. —Jorge volvió a mirarla sorprendido.

—¿Estás embarazada? No me digas que sí, por favor.

—¿No te gustaría tener otro hijo? —preguntó con tristeza al escuchar sus palabras.

—No es eso, es que aún no me he recuperado del susto que nos

dio Jorge para venir al mundo, y solo de pensar que pueda pasarte algo… —Mónica le acarició la cara y lo besó.

—No sé si estoy o no, pero con las tres noches que hemos pasado aquí casi podría ser. —Sonrió.

—Tienes razón, vamos a tener que ir con cuidado. Quiero disfrutar más tiempo de ti antes de que vuelvas a tener esa barrigona.

—¡Oye, no seas malo! Dijiste que te gustaba mi barrigona.

—Y me gustó, te lo juro. —Se reía mientras ella le daba unos pellizcos en el costado—. ¡Au, au, para, me rindo! Tú siempre estarás preciosa, aunque peses veinte kilos más.

—¡Será posible!

Mónica seguía pellizcándole, Jorge la apretó fuerte contra su cuerpo y le dio un beso, que ella le devolvió muy apasionadamente, y él volvió a susurrarle al oído:

—Será mejor que durmamos un poco porque si no, sí voy a acabar pasando esta noche a un tercer plano. No puedo creer que haya pasado un año, se me ha pasado volando. Y pensar que el día de tu cumpleaños fue uno de los días más desastrosos de mi vida.

—¿Por qué?

—Porque ese día me armé de valor y después de estar toda la semana pensando en ti, muriéndome de ganas de verte, y aun sabiendo que corría el riesgo de que otra mujer se burlara de mí, decidí arriesgarme. Estaba decidido a confesarte mis sentimientos, e intentar por todos los medios que dejaras a tu novio para estar conmigo. Pero cuando me dijiste que eras una Salazar, quise morir en ese mismo instante.

—Lo sé, te lo vi en la cara, y para mí también fue muy doloroso el cambio tan drástico en ti y esa forma de tratarme tan fría. Porque yo también estuve pensando en ti y también deseaba verte, y jamás me hubiera reído de ti por confesarme tus sentimientos, sino todo lo contrario, me hubiera sentido muy halagada.

—Si tú no hubieras sido una Salazar, y yo no me hubiera portado como me porté, si te hubiera cortejado como tenía pensado hacer, ¿hubieras dejado a ese pelele por mí?

—Sí, ya te lo dije. Puede que no lo hubiera hecho en el primer intento, pero estoy segura de que tú habrías insistido y yo no hubiera podido resistirme a tus encantos, como no pude hacerlo en el hotel. En ese mismo instante supe que si volvías a acorralarme estaría perdida, porque no me hubiera podido resistir a ti.

—¿Sabes que desde esa misma tarde en el hotel todo empezó a oler a jazmín para mí? —Ella sonrió y se fundieron en un beso—.

Deberíamos dormir un poco. Buenas noches, mi vida.

—Buenas noches. —Volvieron a besarse y se quedaron dormidos.



# LXIX

## Cardoña

Al día siguiente, Mónica estaba contenta y feliz. Había pasado toda la noche con Jorge, hasta que José llegó de madrugada para llevársela.

Ya no le importaba lo que ocurriera en ese juicio, él le había dicho que fuera como fuera estarían juntos y eso era lo único que a ella le importaba, y en lo único que pensaba mientras hacía las maletas.

—¿Por qué haces las maletas? ¿Vuelves a Nube Blanca? —le preguntó Ana cuando entró en su habitación.

—No lo sé, depende del juicio.

—¿A qué te refieres?

—Si condenan a tu hijo vamos a escaparnos.

—No puede ser que estés hablando en serio.

—Pues sí, nunca he hablado tan en serio en toda mi vida.

—No podéis hacer eso, ¿sabes lo que es estar por ahí dando tumbos, huyendo de un lado a otro? Yo lo he vivido y no te lo aconsejo.

—¿Por qué? Tú me dijiste que el tiempo que estuviste huyendo

con el padre de Aní fueron los años más felices de tu vida.

—Sí, pero tú no podrías vivir así, estás acostumbrada al lujo, a la riqueza, a tenerlo todo. ¿Sabes lo que es estar por ahí sin tener nada que llevarte a la boca?

—¿Por qué crees que yo no podría? Tú pudiste y también vivías con lujos. ¿O es que crees que yo no amo lo bastante a tu hijo como para soportar vivir así? Es eso, ¿verdad? —le preguntó con tristeza.

—No, no es eso... —Le sonrió cogiendo sus manos.

—Amo a tu hijo por encima de todo y no voy a dejar que nada nos separe. Soy fuerte y puedo trabajar, y si cuando llegue a casa él está ahí para abrazarme, el esfuerzo habrá valido la pena.

A Ana se le hizo un nudo en la garganta al ver cómo Mónica quería a su hijo, lo que era capaz de hacer por él, y sintió un orgullo muy grande por ella. Con lágrimas en los ojos, le dio un beso y un abrazo muy fuerte.

—Tienes razón, hija, perdóname. Voy preparando las maletas, necesitarás a alguien que cuide del niño mientras trabajáis los dos.

—Gracias, pero prefiero que reces para que todo salga bien. —Miró las maletas y dijo con una sonrisa apagada—. Esto es como último recurso.

***

Esa misma noche Jorge no podía dormir pensando en el juicio, rezando para que todo saliera bien y que el juez fallara a su favor, y dando gracias a Dios por tener a Mónica incondicionalmente a su lado.

Podía recordar cada palabra que ella había dicho en el juicio para defenderlo y se sentía feliz, feliz de que ella fuera indomable. Recordaba cuando le dijo la primera vez que la vio: «Al hombre que consiga domarla, deberían condecorarlo». Y ahora podía estar seguro de que ese hombre no existía, de que nadie podría jamás domarla, y eso precisamente era lo que más admiraba de ella.

Cuando todo iba mal entre ellos él pudo sentir que ella lo odiaba con tanta fuerza que por más que intentó doblegarla, nunca logró hacerlo, y ahora podía sentir que toda esa fuerza que ella tenía la volcaba en el amor tan grande que sentía por él, siendo capaz de enfrentarse a cualquiera sin desfallecer ni dejarse aplastar. Así que se sentía el hombre más afortunado del mundo al tener a una mujer como ella a su lado.



# LXX

## Cardoña

Cuando se sentaron en el banco esperando que entrara Jorge con los soldados, Mónica estaba muy nerviosa. El abogado le dijo al verla retorcerse los dedos:

—No tiene que preocuparse, señora de Mendoza, verá que todo sale bien.

Mónica le sonrió y en ese momento entró Jorge. Ella enseguida se dio cuenta de que él estaba preocupado por su manera de sonreírle e intentó dedicarle una sonrisa radiante, aunque por dentro estaba temblando como un flan.

Cuando entró el juez Jorge se cuadró y después el fiscal empezó con su alegato:

—Bien, estoy seguro de que después de la declaración que todos oímos de la señora de Mendoza. —Al decir esas palabras se volvió hacia Mónica diciendo con ironía—. Perdón, se me olvidaba que usted no ha sido nunca la señora *de* Mendoza, sino una simple esclava que el señor Mendoza compró para entretenerse y desahogar su rabia, y al mismo tiempo poder vengarse de su padre. —Mónica veía cómo Jorge apretaba los puños en la mesa y movía las piernas nervioso, indignado por las palabras de ese hombre,

pero su abogado puso la mano en su hombro y le dijo algo al oído calmando su ira, mientras el fiscal seguía con su alegato—. Aunque usted nos haya hecho creer que su marido es un hombre bueno y maravilloso, aún no entiendo cómo puede verle así después de todo lo que hemos oído de él en este juicio. Pero bueno, no podemos olvidar por qué estamos aquí, y es porque este hombre que según todos sus soldados es un capitán excelente, fue capaz de abandonar a sus hombres en pleno campo de batalla ¡por esa mujer! —dijo volviendo a señalar a Mónica—. Sin embargo, no podemos dejar de alabarle el gusto, capitán Mendoza, es muy hermosa, y debe ser muy especial y complaciente en la cama para que usted pierda la cabeza por ella.

Jorge se levantó de la silla y, golpeando la mesa con los puños y con una furia inmensa, gritó:

—¡Si vuelve a faltarle el respeto a mi esposa tendrá que comer purés durante el resto de sus días, ya que le arrancaré los dientes a puñetazos! —Eso era justo lo que el abogado pretendía, que volviera a perder los estribos.

—Señor fiscal, si vuelve a utilizar a la señora de Mendoza para molestar al acusado yo mismo daré por terminado su alegato y pasaré el turno al abogado del señor Mendoza —le advirtió muy serio el juez dando unos golpes con su martillo para poner orden.

—Le pido mil disculpas, señoría, y a usted también, señorita Gómez —añadió haciéndole una pequeña reverencia a Mónica—. Solo quería que todos comprendieran que este hombre pierde los estribos en cuanto alguien dice o hace algo en contra de la señorita Gómez, y que por ese mismo motivo nunca se debería volver a dejar en sus manos algo tan valioso como la vida de nuestros soldados, que por él irían a la muerte sin pensarlo. Como bien podemos recordar, el señor Mendoza dijo ayer que, si la batalla no hubiera estado ganada, se hubiera ido igualmente sin importarle dejar a sus hombres en una situación crítica. Y fíjense cómo ha reaccionado hace un momento. —Se dirigió a los soldados que hacían de jurado —. Deberían encarcelarlo por lo menos hasta que sea capaz de pensar en alguien más que no sea su esposa. Perdón otra vez, en la señorita Gómez. Solo me queda decir que si, por una casualidad, en el momento en que el capitán Mendoza abandonó a sus hombres, al enemigo le hubiera dado por mandar refuerzos para contraatacar antes de que llegara la otra compañía, ahora estaríamos llorando por la vida de muchos soldados, y eso sí hubiera sido una desgracia. Por eso creo que se merece un castigo. No tengo nada más que decir.

—Bien, puede retirarse —ordenó el juez, y volviéndose al abogado de Jorge añadió—: Puede empezar con su alegato, abogado.

—Gracias, señoría. No entiendo por qué el señor fiscal se empeña en acusar a mi cliente de cosas que no han sucedido y que estoy seguro nunca van a suceder. Primero, porque una persona puede decir muchas cosas y cuando llega el momento no las hace. Como todos hemos comprobado, el capitán Mendoza es capaz de cualquier cosa por su mujer, como cualquiera de nosotros por sus seres amados. Pero también hemos podido comprobar que es un soldado de honor y que es capaz de dar la vida por su país, como ya lo ha hecho en varias ocasiones. Ha sido condecorado dos veces y una de ellas por recibir un disparo que no iba dirigido a él. Entonces, ¿por qué creer que cuando llegara el momento, él no haría lo correcto? Cuando recibió la carta de su madre comunicándole que su mujer iba a casarse, él no salió en ese mismo instante corriendo como un loco como pretende hacernos creer el fiscal. Esperó unos días para dejar las cosas más o menos arregladas antes de irse y después tuvo que cabalgar sin descanso más de cinco días para llegar a tiempo y detener esa boda. Eso debería hacernos pensar si de verdad él hubiera sido capaz de irse en plena batalla abandonando a sus hombres. Yo estoy completamente seguro de que no lo hubiera hecho, y ustedes deberían pensar lo mismo, porque un hombre que es capaz de arriesgar su vida por otro no va a dejar a sus hombres a la deriva, eso es incomprensible. El capitán Mendoza tuvo la mala suerte de que justamente el capitán que le remplazaba fuera el único en todo el ejército que no puede soportar a mi cliente por una rencilla del pasado. Si hubiera sido otro el que hubiera ocupado su sitio nada de esto hubiera pasado, todo hubiera sido normal, y ninguno de nosotros estaría aquí ahora mismo. Entonces, ¿por qué seguir haciendo una montaña de un grano de arena? —Mirando al jurado añadió—: Ahora todo está en sus manos, ustedes deben decidir si arruinan la vida de un gran hombre que lleva diez años luchando y defendiendo a su país, o hacen lo correcto y perdonan un pequeñísimo error sin consecuencias. No tengo nada más que decir.

—Ahora es el turno del tribunal —dijo el juez—. ¿Necesitan tiempo para deliberar o todos tienen claro el veredicto?

—No, señoría, no necesitamos tiempo. Tenemos claro el veredicto —anunció uno de los soldados.

—Entonces puede ponerse en pie el acusado para recibir su sentencia.

Mónica estaba con el alma en vilo, casi no podía respirar.

—Pensamos que el capitán Mendoza desertó, por lo tanto, es culpable de lo que se le acusa.

Cuando Mónica escuchó eso las piernas le flaquearon y se dejó caer en el banco soltando una exhalación tan grande que hasta Jorge se volvió a mirarla. Tenía el semblante tan blanco que parecía que iba a desmayarse. José se sentó a su lado y la cogió de las manos.

—Tranquila, verás que todo sale bien, no pueden condenarle.

Jorge tuvo que hacer un gran esfuerzo para no abandonar su sitio y correr a su lado mientras el soldado seguía diciendo:

—Pero, aun así, no creemos que merezca ser castigado, puesto que sus hombres en ningún momento estuvieron en peligro. Por lo tanto, dejamos el castigo en sus manos señoría, usted deberá decidir cuál es el castigo que debe cumplir.

—Bien. Pues yo voy a poner en la mesa una balanza, y después de todo lo que se ha dicho del capitán Mendoza, exceptuando su vida privada que en ningún momento debió salir a la luz, porque la vida privada de un hombre es eso, ¡privada! —exclamó mirando al fiscal—. La balanza se inclina a favor de un soldado que ha dado mucho al ejército, tanto él como todos sus antepasados, que en paz descansen. Solo ha cometido un error, capitán Mendoza, y bastante grave. Porque no hay nada peor que ser acusado de desertor, sobre todo siendo un oficial del ejército, y va a ser muy difícil, casi imposible diría yo, quitar esa mancha de su expediente. Por eso lo condeno…

—¡¡Nooo!! —gritó Mónica.

Toda la gente se volvió para mirar a Mónica a quien se le llenaron los ojos de lágrimas pensando que iban a condenarlo a muchos años de prisión, o al paredón para ser ejecutado. Jorge sentía una presión en el pecho al verla en ese estado, temblando, llorando y tan blanca que parecía que iba a desmayarse en cualquier momento. Mientras, el juez seguía dictando el veredicto.

—A abandonar el ejército sin honores. Así que desde este mismo instante deja usted de ser el capitán Mendoza y de pertenecer al ejército para pasar a ser un simple civil, no sin antes decirle que lo siento mucho, porque perdemos un gran militar. Pero como militar tendría que condenarlo a unos cuantos años en prisión por desertar, y no creo que usted se merezca un castigo como ese. Como civil puedo perdonar el error que cometió y dejarlo en una amonestación. ¡Esta es mi sentencia! —Golpeando con el martillo, dio por terminado el juicio—. El detenido puede abandonar la sala,

es usted un civil libre. Disfrute de su esposa y de su hijo, señor Mendoza.

—Gracias, general —dijo Jorge cuadrándose por última vez ante su superior.

—De nada. —El general, sonriéndole y guiñándole un ojo, abandonó la sala.

Jorge se volvió hacia Mónica, que aún seguía temblando, y traspasó la valla para cogerla por la cintura y levantarla abrazándola con fuerza.

—Por fin podemos irnos a casa, ya se terminó esta pesadilla.

Mónica no podía dejar de llorar por el miedo que había pasado después de oír al juez sentenciándole, y también por la emoción que sentía al saber que todo había acabado. Entonces se colgó de su cuello besándole sin importarle que todo el mundo estuviera mirándolos, y cuando por fin consiguió apartarse de él le preguntó, aún con lágrimas en los ojos:

—¿Estás seguro?

—Sí. Podemos irnos a casa. —Le quitó las lágrimas—. Y no quiero que vuelvas a llorar nunca más. Es una orden, señora de Mendoza. Todo ha terminado.

—¡A sus órdenes, mi capitán! —se cuadró esta vez ella con una sonrisa radiante.

—No, ya no soy capitán, solo señor Mendoza.

—Y no sabes cómo me alegra esa noticia. Y bien, señor Mendoza, ¿podemos irnos ya? —Jorge le sonrió.

—Sí, ahora soy un hombre libre y soy todo tuyo. Solo necesito unos minutos para quitarme el uniforme y recoger unas cuantas cosas.

—Siento que te hayan echado del ejército por mi culpa.

—¡Ssshhh! Es lo mejor que me ha pasado, ya no quiero volver a separarme de ti ni de Jorge, y siendo militar tarde o temprano hubiera tenido que volver al frente. Ahora solo quiero ser un simple civil, hacer caso al juez y disfrutar de mi familia.

—¡Enhorabuena! Tienes suerte hasta para los castigos —bromeaba José mientras se daban un abrazo.

—Nunca voy a olvidar lo que has hecho por mí y por mi mujer en estas semanas. No sé cómo pudiste colarla el sábado, pero gracias. Necesitaba esas horas de paz, me estaba volviendo loco de pensar en lo que pudiera pasar hoy, y estar con ella fue increíblemente tranquilizador.

—Lo sé, por eso me llevé al coronel de juerga. Ya me conoces, nadie puede resistirse a una noche de placer y borrachera conmigo,

excepto tú, claro. Y no lo digo porque estés tú delante —dijo mirando a Mónica—, sino porque es cierto. Eso sí, vamos a dejar las cosas claras. Quiero que sepas —volvió a dirigirse a Mónica—, que yo solo me emborraché, las mujeres se las dejé todas a los demás, ya que solo me interesa una y está un poco lejos. Además, no podía negarle a esta bella dama un regalo de cumpleaños como ese sabiendo que era el mejor regalo que nadie le había hecho jamás. Ni siquiera tú vas a poder superarlo nunca. —Mónica y Jorge se miraron y sonrieron sabiendo que él había superado esa noche el regalo de José con creces, pero eso era algo que nunca le dirían a nadie, algo entre los dos—. Aunque podría apostar que el regalo fue más bien para ti, así que en tu próximo cumpleaños no me pidas nada. —Los tres se echaron a reír—. Ahora, será mejor que te vayas, no vayan a arrepentirse y te metan en prisión.

—¿Podrían hacer eso? —preguntó Mónica asustada.

Jorge se rio y le dio un beso.

—No. Es solo una broma de este sinvergüenza.

Mónica le dio un leve puñetazo en las costillas a José.

—No vuelvas a hacer eso, me has dado un susto de muerte. —Los tres volvieron a reírse de nuevo—. Y me alegra saber que eres capaz de comportarte y serle fiel a Susan. Con tu expediente, es muy admirable que hayas podido controlarte.

—Bueno, nunca me interesó serle fiel a una mujer hasta ahora, y te puedo asegurar que hasta yo estoy sorprendido.

—Y más te vale seguir así, ya has visto a mi mujer en acción, no me gustaría estar en tu pellejo si haces sufrir a su amiga. —Una vez más volvieron a reír, pero a Mónica le desapareció la sonrisa de golpe al mirar detrás de Jorge y ver a ese hombre.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Jorge, mientras se volvía para ver por qué Mónica se había quedado tan seria.

—¡Enhorabuena! Tiene usted una mujer envidiable —le felicitó el fiscal ofreciéndole la mano. Jorge se la estrechó.

—Gracias, ya lo sé. Ahora estoy seguro de que puede entenderme.

—Siempre lo hice, desde el primer momento que la vi, de eso puede estar seguro. Mi mujer no abriría la boca delante de la gente ni aunque mi vida dependiera de ello.

—Eso será porque usted no se lo merece —le reprochó Mónica muy fríamente.

No soportaba a ese hombre y, como siempre, decía lo que sentía, aunque no fuera lo más correcto.

—Mónica, por favor, solo hacía su trabajo.

—Pues es un trabajo muy desagradable, debería cambiar de profesión.

—Déjela, entiendo que esté enfadada conmigo. Además, yo no le cambiaría ese carácter, gracias a él supo defenderle con valentía ahí arriba. He interrogado a muy pocas mujeres y todas han acabado derrumbándose, usted ha sido un hueso duro de roer. Cuando el abogado la llamó a declarar vi el juicio ganado, pero usted le dio la vuelta y me dio una buena paliza. No intente cambiarla, señor Mendoza, es perfecta así.

—Lo sé, eso fue lo que más me gustó de ella, y no querría que cambiara por nada del mundo.

—Tengo que dejarles. —Cogió la mano de Mónica y la besó haciéndole una pequeña reverencia—. Me postro a sus pies, señora de Mendoza. —Mónica le sonrió y él se alejó.

—Al final resultará ser buena persona y todo.

—Ya te lo dije, solo hacía su trabajo e intenta hacerlo lo mejor posible, como todos. Ahora espérame fuera con José, salgo enseguida.

***

Cuando salió iba vestido de paisano y llevaba una maceta en las manos.

—¿Qué es eso? —preguntó Mónica al verle con la maceta.

—Es jazmín. Encontré esta planta mientras estaba haciendo un reconocimiento del terreno cuando estaba en esa maldita guerra y la planté en este cubo. Cada vez que entraba en mi tienda tu aroma me llenaba y me reconfortaba.

Mónica recordó esa carta que tanto le había gustado leer, esa que le decía a su madre que cada vez que olía esa planta le recordaba a ella y se le colgó al cuello para besarle.

—Te amo.

—Yo también te amo. Quiero plantarla para que toda Nube Blanca huela a ti.

—¿Y eso? —le preguntó con una sonrisa radiante cautivándolo por completo.

—Quiero que cada vez que entre a Nube Blanca tu aroma me embriague, y quiero que mi hogar huela a jazmín, igual que su dueña.

Ella no pudo evitar besarlo nuevamente después de esas palabras tan bonitas.



# LXXI

## Cardoña

Cuando Ana vio entrar a su hijo por la puerta se puso a llorar y se le echó en los brazos, la angustia había sido demasiado larga, así que Jorge la abrazó, la tranquilizó y le contó todo lo que había ocurrido.

—Pues entonces me alegro de que haya pasado todo esto —dijo Ana—. Si gracias a esto ya no eres militar y ya no tienes que volver a arriesgar tu vida en el campo de batalla, entonces me alegro. Aunque hayan sido las semanas más angustiosas de mi vida.

—En eso estoy de acuerdo contigo —afirmó Mónica—. Solo espero que no me hayas mentido y que de verdad no te importe dejar de ser militar.

—No. Ya te he dicho que no, que ya no quiero volver a dejarte. ¿Por qué crees que el juez ha dictado esa sentencia?

—¿Qué quieres decir? —preguntó sorprendida.

—Ayer por la noche vino Fernando a hacerme una visita.

—¿Fernando? —volvió a preguntar Mónica.

—Sí, el juez, el amigo de mi padre.

—¡Ah! No recordaba cómo se llamaba. ¿Y por qué fue a verte?

—No era la primera vez que venía a verme, en estas semanas me ha hecho bastantes visitas, nos conocemos desde hace mucho tiempo.

—A mí también ha venido a verme, varias veces —confesó su madre—, y por más que intentara tranquilizarme diciéndome que todo saldría bien, no podía creerle. Conociéndole como le conozco, sabía que ni tratándose de ti él haría la vista gorda. Su honor es inquebrantable, como lo era el de tu padre, y por más cariño que sienta por nosotros jamás haría algo en contra de su deber.

—Y no lo ha hecho, yo jamás se lo permitiría. Lo único que le pedí fue que, si el jurado no me condenaba, quería dejar el ejército para estar con mi familia. Y eso es lo que él ha hecho, librarme del ejército. No es fácil retirarse, a no ser que te hieran en combate y ya no puedas empuñar un arma.

—Pues me alegro de que te haya hecho ese favor, porque si hubieras tenido que volver al frente lo hubieras tenido que hacer conmigo, porque esta vez no te hubiera dejado ir solo —bromeó Mónica haciéndole reír.

—Me sorprendió que me hiciera caso y dictara esa sentencia. La verdad, no creí que fuera a hacerlo. Para él que alguien quiera abandonar el ejército es como desertar.

—Puede que con los años se haya dado cuenta de que hay algo más en la vida que servir a tu país. Al igual que tu padre, él nunca se casó. Tu padre lo hizo tarde, pero lo hizo. Se sentía muy solo hasta que entramos en su vida, y según él fuimos lo mejor que le había pasado. Fernando cometió el mismo error que tu padre al dedicar su vida por entero al ejército, lo único que lo diferencia de tu padre es que aún sigue estando solo. Puede que eso le haya hecho dictar esa sentencia y liberarte, para que disfrutes de algo que él nunca podrá tener, como una familia.

—Tienes razón. Cuando el domingo salió de mi celda me dijo que tenía suerte de tener a alguien que me quisiera tanto y que peleara por mí de esa manera —decía mirando a Mónica—. Y también me dijo que no dejara nunca que se me escapara, porque lo lamentaría el resto de mis días. —Abrazó a Mónica y la besó en la frente.

—¿Ves?, yo tenía razón. Él siempre le dijo a tu padre que había tenido mucha suerte al tenernos a su lado, aunque fuera tarde.

—Ahora, si me disculpáis, voy a darme un baño. —Le dejó el niño en los brazos a su madre después de habérselo comido a besos y subió a la habitación.

—Te acompaño.

Cuando Jorge entró y vio las maletas le preguntó:

—¿Por qué están hechas las maletas?

—Creí que hablabas en serio cuando me dijiste que si te condenaban nos escaparíamos juntos, por eso ayer hice las maletas. ¿No pensabas escaparte conmigo?

Cuando vio su cara de decepción, se acercó a ella sonriendo y cogiéndola de la cintura la pegó a su cuerpo.

—Sí, hablaba muy en serio. Lo que nunca creí es que tú fueras capaz de dejar los lujos y las comodidades para andar escondiéndote por los caminos tras de mí.

—¿Cuándo vas a darte cuenta de que lo único que me importa es estar contigo? Ni los lujos ni el dinero tienen importancia si no estás tú.

—Pues menos mal, porque de lo contrario me hubieras obligado a secuestrarte, pues no hubiera ido a ningún sitio sin ti, mi vida. —Le dio un beso—. Eres mía, Mónica —volvió a besarla—, y donde yo vaya, tú vendrás conmigo.

Ella se quedó sin respiración, cada vez que él le decía esas cosas y la miraba con tanta intensidad la dejaba sin palabras. La besó con tanta pasión que ella se derritió en sus brazos dejándose llevar por el deseo. Estaban tumbados en la cama y abrazados, y él le habló muy serio.

—Voy a hacerte una pregunta que ha estado rondándome por la mente todos estos días y volviéndome loco. Y, por favor, quiero que seas sincera conmigo, no me mientas por no herirme porque no podría soportarlo. Y tampoco quiero que te avergüences porque pasara lo que pasara no fue culpa tuya, pero necesito saber la verdad.

—Me estás asustando, ¿qué quieres saber? No voy a mentirte sea lo que sea, ¿qué ocurre?

—Quiero saber qué fue lo que te hizo ese cerdo de Fernández. ¿Abusó de ti? Porque te juro que si te hizo algo lo buscaré, lo encontraré, y esta vez sí que lo mataré.

Mónica podía notar cómo se le tensaban los músculos y cómo apretaba el mentón por la rabia que le invadía al pensar que ese hombre pudiera haberle hecho algo, su abrazo era tan fuerte que le cortaba la respiración.

—¡Ssshhh! No pasó nada importante, no quiero que pienses en ese hombre, no vale la pena. Y olvídate de buscarlo, no pienso dejar que te vuelvas a meter en más líos por mi culpa.

—Mónica, necesito saberlo. ¿Abusó de ti?

Conocía a los hombres que sirvieron a su padre y sabía de lo que

eran capaces con las mujeres, como el señor Torres, al que encontró con aquella esclava, y el solo hecho de imaginar que ese cerdo le hubiera hecho algo a ella después de lo que dijo en el juicio no le dejaba vivir.

—¡No, por Dios! Borra ese pensamiento de tu mente. Solo me tocó los pechos, y que conste que llevaba el vestido puesto. —Se lo dejó bien claro para que no imaginara más de lo que pasó—. Me dio un lametón en el cuello y después me azotó. Solo fue eso, te lo juro. —Tenía los ojos llenos de lágrimas, le daba terror que él pensara que ese hombre la hubiera mancillado—. Además, después de eso estuve contigo, tú mismo pudiste comprobar que yo era…

No la dejó terminar de hablar y empezó a besarla con pasión al darse cuenta de lo estúpido que había sido por haber dado importancia a las palabras de ese hombre que solo pretendía molestarlo a él y avergonzarla a ella.

Había estado todos esos días torturándose como un estúpido cuando lo único que tenía que haber hecho era recordar esa noche tan maravillosa en la que por fin Mónica fue suya por primera vez. Apoyó su frente en la de ella mirándola a los ojos.

—Lo siento, perdóname, pero me estaba volviendo loco. Tienes razón, olvidemos ese tema, he sido un estúpido. Pero te amo tanto que solo pensar que alguien pueda hacerte daño me hace perder la cabeza.

—Bien, entonces no vuelvas a pensar. Será mejor que bajemos, no podemos dejar a tu madre sola comiendo.

—Tienes razón, pero creo que puede esperar un poco más, aún es pronto. —Le sonrió con picardía y volvió a hacerle el amor.



# LXII

## Cardoña

Cuando Jorge se despertó al día siguiente y vio a Mónica desnuda a su lado durmiendo plácidamente, empezó a besar su espalda suavemente. Ella se despertó enseguida, dándose la vuelta para abrazarle y devolverle los besos.

—Buenos días, mi vida.

—Buenos días. Me parece increíble despertarme y encontrarte a mi lado.

—A mí también me parece increíble. Hace media hora que me desperté y no he podido dejar de contemplar tu precioso cuerpo.

—¿Has estado mirándome mientras duermo? —le preguntó asombrada y tapándose con las sábanas.

—Sí.

—¿Por qué? Qué vergüenza. Voy a tener que usar camisón para dormir. —Jorge se rio.

—Si haces eso me veré obligado a quemar todos tus camisones. —Esta vez fue a ella a la que le dio la risa.

—¿Serías capaz de hacer eso?

—Si me obligas, sí. Adoro tu cuerpo, me encanta verte desnuda y no quiero que sientas vergüenza conmigo, eres preciosa. —

Mientras le hablaba bajaba la sábana poco a poco, dejando un reguero de besos por su cuerpo—. Tu cuerpo es perfecto y no creo que me canse nunca de contemplarlo. —Volvía a subir por su cuerpo desnudo, acariciándolo y haciéndola estremecer de deseo—. Eres mía, Mónica, y en la cama te quiero desnuda, solo para mí.

—Sí, soy tuya, toda tuya. —Su voz ronca, sus tiernos besos y sus suaves caricias la hacían enloquecer y desear más, mucho más, tanto que se volvía posesiva y exigente—. Y tú eres mío, solo mío. —Al decirle eso le cogió la cara entre las manos devorándole la boca y pidiéndole desesperada—: Hazme el amor ahora, te necesito.

Jorge la miró a los ojos diciéndole con una sonrisa:

—Tus deseos son órdenes para mí.

Colocándose entre sus muslos, entró en ella muy despacio, moviéndose lentamente, saboreando cada beso, cada caricia, con calma, sin prisa, llevándola hasta el límite, hasta lo más alto de la cumbre del placer para oírla gritar su nombre y suplicarle en un susurro.

—¡Jorge...! Por favor, más deprisa.

Sus palabras y esa manera de aferrarse a él, de apretarle contra su cuerpo le hicieron perder el control y acelerar el ritmo como un poseso, dándole y obteniendo el placer que ambos necesitaban. Seguían abrazados y él no dejaba de besarla cuando le dijo:

—Vas a volverme loco, ¿lo sabías? Me vuelves loco cuando te vuelves tan exigente, cuando siento cómo me deseas, cómo gritas, cómo te mueves… —Mónica le puso la mano en la boca haciéndole callar.

—Calla, no digas esas cosas. Tú eres el único culpable de que me comporte así, tú me obligas a hacer esas cosas, tú me vuelves loca. Por tu culpa pierdo todo el pudor y me vuelvo una descarriada. —A Jorge le dio tanta risa que sus carcajadas retumbaron en toda la habitación—. No te rías, hablo en serio, nunca creí que fuera capaz de hacer todas esas cosas. —Jorge la besó con mucha pasión.

—No debes avergonzarte por sentir placer entre mis brazos. Si yo no quisiera, tú no sentirías nada, pero me encanta verte disfrutar y eso es algo a lo que no voy a renunciar jamás.

—Entonces, ¿todo esto que hacemos no es pecaminoso? —le preguntó temerosa.

Jorge le sonrió y la besó dulcemente. Cuando la tenía en sus brazos, cuando le hacía el amor, ella le respondía como la mujer que era, ardiente y apasionada. En esos momentos olvidaba cómo había sido criada y todos los tabúes que a las muchachas de su clase les inculcaban para mantenerlas alejadas de los hombres. Pero en

ese mismo momento al hacerle esa pregunta vio a esa muchacha joven, inocente e inexperta, asustada por todas las cosas que él le hacía sentir y que para ella eran pecaminosas.

—No, mi vida. —Le dio un beso—. Cuando dos personas se aman nada de lo que hacen es pecaminoso. Mientras los dos estén de acuerdo, por supuesto. Además, no debes preocuparte porque todo lo que hagamos tú y yo en nuestra alcoba será eso, entre tú y yo, y mientras nosotros estemos bien el resto del mundo no importa.

—¡Gracias a Dios! Porque yo tampoco quiero renunciar a todas esas cosas que me haces sentir. —Mientras hablaba le acariciaba el pecho y le confesaba—: Me gustan mucho.

—Bien, entonces ¿por qué no seguimos pecando un poquito más? —Su voz volvía a sonar ronca por el deseo que de nuevo crecía en él al sentir las manos de Mónica por su pecho.

—Me gusta pecar con usted, señor Mendoza —su sonrisa era picarona—, y ya le he dicho antes que soy toda suya.

—¡Uuummm! —le susurró al oído mordiéndole el lóbulo de la oreja, haciéndola estremecer de nuevo—. ¿Toda mía?

—Sííí.

Jorge le mordió la mandíbula y, con una mirada tan ardiente como para derretir el Polo Norte, la hizo estremecer de placer mientras acariciaba su cuerpo y lo llenaba de besos bajando poco a poco. Se entretuvo en sus pechos para volver a despertar en ella el deseo y siguió mucho más abajo hasta llegar a su centro de placer.

Mónica dio un brinco asustada al sentir la boca de Jorge en esa zona tan sensible e intentó escapar de él, pero él la agarró fuerte de las caderas dejándola inmovilizada.

—Jorge, para, pa…

Sus palabras se perdieron al sentir un placer tan intenso y profundo que fue incapaz de pensar, y se dejó llevar por el momento perdiéndose en esa sensación de locura que le hacía arder las entrañas. Él era el fuego que la consumía y la derretía poco a poco como una vela, llevándola a lo más alto del placer.

Cuando Jorge volvió a subir llenando su cuerpo de besos nuevamente, y volvió a morderle la mandíbula, ella abrió los ojos y lo miró. Tenía la mirada turbada y seguía extasiada. Casi sin voz le susurró:

—Ahora sí vamos a arder en el infierno.

—¿Y eso te preocupa? —preguntó con una sonrisa maliciosa en los labios.

—No, siempre que quede entre tú y yo.

Esas palabras lo volvieron loco y apoderándose de su boca, volvió a hacerle el amor, provocando en ella todas esas sensaciones que le parecían pecaminosas, pero sin las cuales no podría vivir durante el resto de su vida.



# LXXIII

## Cardoña

—Vamos, date prisa —le dijo Jorge después de desayunar.

—¿Por qué? ¿Qué hora es?

—Es pronto, pero tenemos que darnos prisa.

—¿Por qué? ¿Dónde vamos? No me asustes, ya no podría soportar otra desgracia.

—No tienes de qué preocuparte, no es nada malo. Vamos a ir al juzgado.

—¿Para qué?

—Parar hacer algo que siempre has querido hacer, dar la libertad a tus negros.

—¿A todos? —preguntó atónita.

—Bueno, de momento a Tula, Moisés, Zacarías y a la partera, que no sé cómo se llama. Espero que Tula lo sepa para poder hacerlo todo hoy mismo. Quiero salir pronto y estar en Nube Blanca lo más pronto posible. Más adelante podrás dársela a los demás, pero a ellos les debemos estar vivos tú, el niño y yo, y me parece que es una buena manera de agradecérselo, ¿no crees?

—Sí lo creo, y es perfecto. Vamos rápido, tengo ganas de ver sus

caras cuando salgan de ese juzgado siendo unas personas libres. Seguro que no se lo van a creer.

***

Mónica tenía razón, cuando el juez puso los papeles delante de ellos y les dijo que si firmaban serían libres, ninguno de los dos podía creérselo. A Tula le dio por llorar, Mónica la abrazó y le dio un beso.

—No seas tonta, tú nunca fuiste una esclava para mí y lo sabes. Siempre me quisiste y me cuidaste como a una hija, aun siendo la hija de ese hombre, y siempre fuiste la madre que nunca tuve gracias a él, ya que por su culpa se suicidó. Lo más justo es que seas libre, nadie más que tú se lo merece.

Tula seguía sin poder hablar por la emoción, Jorge le pasó el brazo por los hombros.

—Piensa que es una recompensa por haber cuidado a mi mujer tan bien durante toda tu vida.

—Gracias, amo, pero no lo hice por obligación, sino por amor. Quiero a la niña Mónica como si fuera mi hija.

—¡Ah, no! Ya no soy tu amo, ahora tendrás que acostumbrarte a decirme señor. Además, tengo que confesarte algo, nunca había tenido esclavos hasta que me casé con Mónica y nunca me ha gustado que me dijerais amo. Cuando era joven y vivía aquí muchas veces me sentí como un esclavo, hasta me trataron y castigaron como si lo fuera —en ese momento miró a Mónica y ella le devolvió la mirada con tristeza sabiendo que estaba hablando de su padre—, por eso no me gusta tener esclavos. Y creo que ningún ser humano debería pertenecerle a otro. Exceptuando a Mónica, que siempre será mía quiera o no quiera. —Todos se rieron y Mónica le dio un puñetazo bromeando y un beso al mismo tiempo.

—¡Oye! A ver si tengo que volver a entrar y denunciarte por abusos hacia mi persona.

—Es una broma, solo una broma mi vida.

—Lo sé, y sabes que me encanta que seas mi dueño. Aunque quisieras, no podrías librarte de mí.

—Y si lo intentara, yo no se lo permitiría —dijo Moisés.

—Hijo, ¿cómo se te ocurre decirle eso al amo? Discúlpate ahora mismo.

—No te preocupes, Tula. Siempre he admirado como tu hijo es capaz de hacer cualquier cosa por Mónica, y por esa misma razón debemos agradecerle que no hayan ocurrido muchas desgracias. Eso

sí, a pesar de que seas un hombre libre ahora, me gustaría que siguieras velando por el bienestar de mi esposa, aunque eso signifique ponerte en mi contra.

—Eso no tiene ni qué decírmelo, señor, yo siempre velaré por el bienestar de la niña Mónica, aun por encima de usted.

—Entre nosotros siempre hubo algo muy especial, y aunque en todos estos años yo lo ignoraba tú siempre lo supiste, ¿verdad? —Moisés asintió con la cabeza.

Mónica no podía decirle directamente que eran hermanos, pero indirectamente quería que él supiera que ella por fin lo sabía, y que supiera también que no le importaba tener un hermano de color, aunque nunca nadie pudiera saberlo. Pero a él con eso le bastaba, no necesitaba que nadie lo supiera y se conformaba con que fuera un secreto entre los dos, como cuando eran pequeños y ella se escapaba para jugar con él, o él le tapaba sus pequeñas escapadas.

—Sí, siempre lo supe. Por más que mi madre quisiera escondérmelo, yo siempre lo supe. —Mónica le dio un beso en la mejilla—. No debería hacer eso, señorita, la gente podría…

—No me importa lo que piense la gente. Además no está prohibido besar a un hombre libre, y desde ahora eres libre. —Moisés sonrió—. Gracias por no odiarme, yo lo tuve todo, mientras tú…

—Yo tuve un buen sitio en la casa y una buena ama que nunca dejaba que me castigaran, con eso era más que suficiente. Y ahora ¡soy libre! No podría pedir nada más, y todo gracias a usted y a su marido.

—Señor, aunque sea libre podré seguir trabajando en la casa, ¿verdad? ¿Podré seguir cuidando de la niña Mónica y ayudarla con el bebé?

Jorge y Mónica se echaron a reír.

—Pues claro que sí, Tula. Nube Blanca siempre será tu hogar, tuyo y de todos los negros que quieran seguir con nosotros después de darles la libertad. Aún no sé cuánto os podremos pagar, pero el que quiera seguir con nosotros siempre será bien recibido y no le faltarán techo y comida. Además, esa casa no podría salir adelante sin ti —Mónica la cogió del brazo—, te necesitamos allí y si por darte la libertad nos dejaras, tendría que volver a esclavizarte —bromeó con una sonrisa.

—Yo jamás la abandonaría, mi niña —dijo acariciando su mano.

—Lo sé, Tula, lo sé.

—Y yo estoy seguro de que, si ustedes son capaces de darles la libertad a todos los negros, a ninguno le va a importar lo que

puedan pagarles. Casi podría apostar que trabajarían igual que hasta ahora, por comida y casa, pero con el placer de pensar y sentirse libres, ese ya es el mejor de los salarios —afirmó Moisés—. Además, fuéramos donde fuéramos la gente seguiría tratándonos como a esclavos, por eso es mejor estar en casa, porque para todos nosotros Nube Blanca es nuestro hogar.



# LXXIV

## Nube Blanca

Cuando llegaron a Nube Blanca y les dieron los papeles de libertad a Zacarías y a Catalina, la partera, a quien todos llamaban Cata, los dos se quedaron paralizados. No podían reaccionar y cuando por fin lo hicieron no podían dejar de dar las gracias.

—No seáis exagerados, gracias a vosotros yo conservo la pierna, y lo más importante que poseo, que son mi mujer y mi hijo.

—Muchas gracias, amo. —Cata no dejaba de llorar por la emoción—. Mi niña, cuide bien de este hombre porque no creo que haya nadie más bondadoso que él en el mundo.

—Lo sé, y no te preocupes, cuidaré muy bien de él. —Se abrazó a Jorge, que le devolvió el abrazo y le dio un beso.

—Siempre creí que moriría siendo un esclavo, y ahora creo que si me muriera en este mismo instante me moriría feliz —les dijo Zacarías con un nudo en la garganta.

—Pues aún no puedes morirte porque tienes que disfrutar un poco de tu libertad, es una orden —bromeó Jorge.

Los cuatro se echaron a reír y salieron de la casa por el porche. En ese momento llegó un hombre de Jorge.

—Señor, con tanto jaleo se me olvidó informarle de algo.

—¿Qué ocurre?

—Hace más de dos semanas que Tormenta tuvo su potrillo.

Mónica y Jorge se miraron sonriendo y él le gritó haciendo reír a Mónica:

—¡Somos abuelos!

—Vamos a verlo.

Los dos se fueron hacia las cuadras y cuando Mónica vio al potrillo, se quedó impresionada.

Era precioso. Todo blanco como su padre, con la crin y la cola negro azabache como su madre. Parecía que tuviera un parche grande en el ojo izquierdo que le quedaba muy gracioso. En la espalda tenía dos manchas negras bastante grandes con una forma muy peculiar, y parecía que llevaba botas, pues sus cuatro patas eran negras desde los cascos hasta media pata.

—Es el caballo más bonito del mundo.

—¿Más que Pegaso y Tormenta?

—Sí, más que ellos, que ya es decir.

—Es precioso y estoy seguro de que va a ser un gran semental. ¿Cómo vamos a llamarlo?

—¿Te gusta Bandido?

—Es perfecto para él —sonrió Jorge—, con esa mancha en el ojo parece eso, un bandido. Va a ser un buen caballo para Jorge.

—Sí, seguro que sí.

***

Después de conocer a Bandido ordenaron reunir a todos los negros en las caballerizas, todos estaban muy contentos de que hubieran regresado y les dieron la enhorabuena porque al final todo hubiera salido bien y él estuviera de regreso en la plantación. Jorge les dio las gracias.

—Supongo que queréis saber por qué estáis todos aquí. Bien, pues eso os lo contará mi mujer. —Mónica lo miró sorprendida.

—Es mejor que lo hagas tú, a mí me da vergüenza —le confesó bajito.

—Es lo que siempre has querido, así que tienes que hacerlo tú. Además, lo hiciste muy bien con el palo, seguro que puedes hacerlo de nuevo. Y después de cómo machacaste al fiscal, esto es pan comido.

Mónica se rio, Jorge siempre conseguía darle el valor que necesitaba. Miró a los esclavos y respiró hondo.

—Bueno, supongo que todos recordareis a mi abuelo. Él era un

hombre bueno y generoso, no como mi padre —añadió con tristeza —. Él siempre me decía que ningún hombre debería estar esclavizado, que todos los seres humanos tendrían que ser libres, y aunque yo era muy pequeña cuando murió, esas palabras siempre vivieron en mí. Recuerdo que cuando sacaba ese tema con mi padre me decía que estaba igual de loca que mi abuelo, pero gracias a Dios he tenido la suerte de casarme con un hombre maravilloso —al decir eso miró a Jorge—, que comparte las mismas ideas que yo y al que tampoco le gusta tener esclavos. —Cogió la mano de Jorge al decir—: Por eso los dos juntos hemos decidido que, en cuanto cumplamos y entreguemos las cosechas que tenemos acordadas, y Nube Blanca remonte y vuelva a ser próspera como cuando vivía mi abuelo, os daremos la libertad a todos.

Todos los negros empezaron a murmurar extrañados sin poder creer lo que Mónica estaba diciendo, entonces Jorge le apretó la mano y se dirigió a ellos.

—Sé que todos estáis pensando que Mónica ha perdido la razón, pero os puedo asegurar que lo que está diciendo es verdad. El único problema es que todavía no sabemos si os podremos pagar, sois demasiados y la plantación aún está recuperándose de lo mal que la dejó mi suegro. Pero espero que dentro de poco todo funcione bien y podamos pagaros un jornal, aunque no creo que pueda ser muy elevado ya que sois muchos. —Uno de los negros levantó la mano —. ¿Quieres decir algo? —El negro asintió con la cabeza—. Bien, pues habla.

—Si lo que dicen es verdad no necesitamos que nos paguen nada, amo, con saber que somos libres creo que es más que suficiente y estoy seguro de que todos los demás opinan lo mismo que yo. No hay mejor pago que la libertad, amo.

Todos los negros empezaron a asentir con la cabeza y a decirles que sí, que con eso era suficiente, y por primera vez empezaron a asimilar que sus amos hablaban en serio y que no se trataba de una broma de mal gusto, solo entonces empezaron a dar las gracias. Se reían, gritaban de felicidad, se abrazaban los unos a los otros y Mónica no pudo evitar que los ojos se le llenasen de lágrimas por la emoción. Había soñado muchas veces con ese momento, pero nunca se imaginó que ver a esos negros tan felices le haría sentirse tan bien.

Sabía que su padre había maltratado y abusado de cada uno de ellos, y poder verlos así le daba la paz que necesitaba desde el momento que supo quién había sido su padre en realidad y todo lo que había hecho con los esclavos. Cuando Jorge la cogió de la

cintura y le secó las lágrimas con su pulgar, fue cuando reaccionó.

—Vamos, mi vida, sonríe. Todos están contentos y seguro que no les gusta verte así.

—Estoy bien, solo es la emoción de este momento. Necesitaba hacer esto. Después de saber todo lo que mi padre les hizo, lo necesitaba.

—Lo sé, y por eso tienes que disfrutar de este momento y no pensar en él, no se lo merece. —Mónica se colgó de su cuello.

—Te amo, señor Mendoza.

Mónica cada día se sentía más y más orgullosa de él por todo lo que hacía, por todo lo que le decía, y cada día se enamoraba un poquito más y más de él, hasta pensaba muchas veces que era imposible amar tanto a alguien como ella amaba a Jorge. Le dio un beso muy apasionado y él la estrechó entre sus brazos con tanta fuerza que la dejó sin respiración.

—Yo también te amo, señora de Mendoza. Bueno, ¿y cuándo vamos a arreglar ese pequeño detalle?

—¿A qué te refieres?

—¿Quieres casarte conmigo? —le preguntó mirándola profundamente a los ojos—. Pero esta vez de verdad y para toda la vida.

—Sabes que es lo que más deseo en el mundo —le respondió con otra sonrisa y otro beso—, pasar el resto de mi vida a tu lado.

Empezó a besarla levantándola del suelo y dando vueltas, mientras ella sonreía con sus labios pegados a los de él.



# LXXV

## Nube Blanca

Después de comer estaban sentados en el porche cuando vieron llegar a un jinete a toda velocidad.

—¿Quién puede ser? —preguntó Mónica.

—Es José.

—¿Estás seguro?

—Sí. Reconozco su modo de cabalgar y por la prisa que trae, no debe ser nada bueno.

—No me asustes, ya no quiero más desgracias, creo que ya hemos tenido suficientes.

Mónica y Jorge se levantaron y bajaron del porche para recibirlo. Cuando el jinete llegó a la altura de Jorge y Mónica, desmontó de un brinco. En efecto era José, y por la cara que traía pasaba algo muy gordo. Mónica tuvo un mal presentimiento.

—Hola —saludó Jorge sonriendo, pero inmediatamente su sonrisa desapareció.

—¡¡Tienes que ayudarme, Jorge, por favor!!

La cara de José estaba desencajada por la ira que manaba de todo su cuerpo, y su voz retumbaba por los gritos.

—Está bien, sabes que puedes contar conmigo para cualquier cosa, pero tranquilízate y cuéntame qué ha pasado.

—¡No puedo tranquilizarme, no me pidas eso! ¡Ese cerdo de Sandoval tiene a Susan!

—¡¿Qué?! ¡¿Cómo puede ser eso?! —le preguntó Mónica alterada al pensar que su amiga estuviera de nuevo en poder de ese monstruo—. ¡Estaba en tu casa! ¡¿Cómo ha podido atraparla?!

—¡¡Tranquilicémonos todos un momento!! —gritó Jorge—. Vayamos dentro y nos explicas qué ha pasado.

Cuando entraron José les explicó:

—Hace dos días Sandoval se presentó en casa de mis padres con todos los soldados del cuartel armados hasta los dientes. Mi padre intentó explicarles a los soldados que no podían llevársela, y mucho menos para entregársela a Sandoval. Les dijo que la maltrataba, que la golpeaba y que ella había pedido refugio en su casa y se lo habían dado. Pero por más que intentó persuadirles, ellos no le hicieron caso. Legalmente es su esposa y tiene todos los derechos, y aunque la pegue y la maltrate, es su mujer y no pueden hacer nada al respecto.

—¡¡Dios!! ¡¿Por qué las leyes son tan injustas y tan machistas?! —gritó Mónica muy indignada.

—¿Has ido al cuartel?

—Sí, vengo de allí y me han dicho lo mismo. Mientras Susan sea su esposa ellos no pueden hacer nada para sacarla de esa casa. Ayer por la noche nada más llegar y enterarme de todo fui a inspeccionar la casa, y tiene a todos sus hombres armados hasta los dientes. Dejé a uno de mis hombres para que me avisara si Sandoval salía, pero no ha abandonado la casa. Por eso tenemos que entrar, Jorge, tenemos que sacarla de allí. Sabe Dios lo que estará haciendo con ella.

—No podemos ir a casa de Sandoval, en cuanto nos vean abrirán fuego, de eso puedes estar seguro.

—¡No podemos dejarla allí! ¡Maldita sea, Jorge, te lo pido por nuestra amistad! ¿Sabes cómo la encontré la otra vez que la saqué de allí? En su cuerpo no cabía ni un solo moratón más, no quiero ni pensar lo que habrá hecho con ella ahora. —Se dejó caer en el sofá destrozado y desesperado.

—¡Dios mío! —La voz de Mónica era un susurro y no pudo evitar echarse a llorar al enterarse de lo que José acababa de decir —. Tenéis que sacarla de allí.

Jorge abrazó a Mónica diciéndole malhumorado por lo que José acababa de contar:

—Y vamos a sacarla. Solo necesito pensar un plan, dadme unos minutos.

Jorge empezó a caminar por el despacho sin decir una sola palabra. Mónica y José lo miraban esperando pacientemente.

Si era tan buen estratega, tal y como todos habían dicho en el juicio, hallaría una solución, pensaba Mónica orgullosa de su marido. Él no podía fallar, no en un momento como ese y dependiendo de él la seguridad de Susan. Y si era capaz de conquistar una fortaleza y de llevar a sus hombres a la victoria, esa situación debía ser pan comido para él. Entonces recordó lo que Sergio le había dicho que le contó su hermano: «Cuando Jorge se pone a pensar, más le vale al enemigo echar a correr». Pues bien, ahora le tocaba a ese cerdo de Sandoval echar a correr porque Mónica sabía que Jorge no la decepcionaría y que su plan sería perfecto, así que estaba segura de que sacaría a Susan sana y salva de esa casa. Cuando escuchó la voz de Jorge salió de sus pensamientos.

—Bien, puesto que no podemos ir a su casa, tendremos que hacerle venir a nosotros.

—¿De qué estás hablando? —preguntó José con la poca paciencia que le quedaba.

—La única solución para sacar a Susan de esa casa es matando a su marido. ¿Estás de acuerdo conmigo? —le preguntó a José.

—Sí, nunca he estado más de acuerdo. Pero no podemos matarlo si no sale allí, y no podemos entrar sin que nos vuelen la cabeza.

—Pues por eso, ¿no conoces el refrán que dice «si la montaña no va a Mahoma, Mahoma irá a la montaña»? Nosotros somos la montaña y él es Mahoma, solo tenemos que hacer que venga a nosotros.

—¿Y cómo vamos a conseguir eso?

—¿Él sabe que estás aquí?

—No. Creo que no.

—Mejor, así estará más confiado. Dejará a todos sus hombres vigilando la casa, y saldrá con uno o dos para que le cubran la retaguardia.

—Sí, pero sigo sin saber cómo vamos a sacarlo de allí.

—Es muy fácil. Mandaremos un mensaje citándole de parte del señor Reinosa. Después de tu padre es uno de sus clientes más importantes y no declinará una reunión con él, y menos aún en el club, un sitio demasiado concurrido para tener miedo a un ataque.

—Muy bien pensado. Pero ¿cómo voy a atacarle delante de tantos testigos?

—Eso es exactamente lo que nos interesa, los testigos, y cuantos más mejor. Una vez lo tengamos allí solo tienes que decirle exactamente lo que piensas de él. Cuanto más lo pinches más nervioso lo pondrás, y tienes que pincharlo mucho, ridiculizarle, acusarle, destrozarle para sacarlo de sus casillas. Y cuando no pueda más te retará. Te dirá cuándo y dónde quieres enfrentarte a él, y tú solo tendrás que decir: «¡Aquí y ahora!».

—No te preocupes, voy a hacer que se sienta como una piltrafa, y para volver a levantar la cabeza solo tendrá una opción, retarme para limpiar su honor. O de lo contrario no podrá volver a poner un pie en la calle sin que la gente se ría de él.

—Eso espero, porque debes pensar una cosa. No puede salir vivo de allí porque entonces sí que te puedo asegurar que Susan no verá la luz de un nuevo amanecer.

—¡Por Dios, no digas eso! —Mónica volvió a llorar y Jorge de nuevo la abrazó.

—Tranquila, todo va a salir bien, ya lo verás. Ahora tenemos que irnos.

—No puedo esperar aquí, acabaría volviéndome loca. Voy a buscar a tu madre y nos iremos a casa de los Serra. Si estoy con Estela, podré soportarlo.

—Está bien. De todas formas, cuando todo termine iremos allí con Susan, estoy seguro de que le reconfortará veros a las dos. Llévate a Moisés y a Tula.

—Tened mucho cuidado, por favor, no soportaría que te pasara algo. —Se colgó de su cuello y le besó con mucha pasión—. Y controla a José, está muy nervioso.

—Sí, no te preocupes.

—Te amo.

—Yo también te amo. —Le dio un beso.

—Vamos, Mónica, por favor. No se va a la guerra y no le va a pasar nada.

Mónica se acercó a José y le dijo cogiendo sus manos:

—Sé que no le va a pasar nada, y tampoco quiero que te pase a ti. Prométeme que vas a tener mucho cuidado. Piensa en Susan y en tu hijo, porque si algo te pasara los dos estarían desamparados y a merced de ese hombre.

—No te preocupes, no va a pasarme nada, de eso puedes estar segura. Tengo dos buenas razones para volver a casa y cuando lo haga no será solo —aseguró sonriendo.

El plan de Jorge lo había animado y tranquilizado, se le notaba en la cara. La sola idea de tener la oportunidad de matar a Alberto

Sandoval le ponía de buen humor.

—Bueno, vámonos.

Jorge lo cogió de los hombros y lo sacó de la casa mientras iban analizando todo lo que tenían que hacer.

Mónica buscó a Ana, y cuando le contó todo lo que había pasado y lo que pasaría, se quedó atónita.

—¡Ay, hija! ¿Nunca vamos a poder estar tranquilos?

—Yo voy a casa de los Serra a esperar que regresen. ¿Tú quieres venir?

—Pues claro, qué pregunta es esa, la espera me mataría.



# LXXVI

## Los Valles de Salazar

Cuando José y Jorge entraron en el club respiraron tranquilos al comprobar que su plan había salido a la perfección. Allí estaba Alberto Sandoval sentado con unos amigos suyos esperando que llegara su cliente. Lo que no podía imaginar era que el señor Reinosa no iba a aparecer.

El club estaba lleno y eso les venía muy bien, pues cuanta más gente hubiera más presión sentiría Alberto y mucho antes perdería los nervios.

Cuando Alberto vio entrar a José y a Jorge empezó a ponerse nervioso, e inmediatamente se despidió de sus amigos e intentó marcharse. Justo cuando se levantó, José se puso a su lado y, cogiéndole de los hombros, lo obligó a sentarse de nuevo.

—¿Dónde vas, Sandoval? ¿Tanta prisa tienes por llegar a tu casa? ¿No me vas a dejar que te invite a una copa?

—No, no quiero que me invites a una copa, tengo que irme. —Cuando intentó volver a levantarse José volvió a sentarlo, pero esta vez con más brusquedad.

—¿Qué ocurre, José? ¿Por qué eres tan brusco con Alberto? —le preguntó uno de los amigos de Alberto.

—¿Qué por qué soy tan brusco? ¡Ja! Seguro que si comparas mi brusquedad con cómo este malnacido trata a su mujer, verías en mí a un ángel. ¿Verdad, Sandoval?

—No quiero hablar de mi mujer, y menos contigo. Retírate, quiero irme.

—¿Quieres volver a casa para seguir golpeando a tu mujer y llenarla de cardenales?

Todos se quedaron mudos en la sala al oír esa acusación, y no dejaban de mirarlos.

—¿Por qué dices eso? Alberto jamás haría una cosa así.

—¡¿Ah, nooo?! Sandoval, no me digas que no les has contado a tus amigos cómo disfrutas pegando, maltratando y violando a tu esposa todas las noches.

Alberto empezó a ponerse muy nervioso al sentir todas las miradas sobre él y los cuchicheos de todos los presentes.

—¡Eso es mentira! —le gritó Sandoval poniéndose de pie.

—¡¿Es mentira?!

—¡¡Sí, es mentira!! —Cuando intentó irse, Jorge le cortó el paso.

—Él adora a su mujer. ¿Cómo puedes acusar a Alberto de algo tan monstruoso? —le preguntó su amigo.

—¡Porque yo he visto el cuerpo de Susan lleno de cardenales! Porque he tenido que sacarla de su casa para impedir que la matara de una paliza. Porque soy el amante de su mujer y porque el hijo que ha tenido Susan es mío. ¿Quieres que siga hablando, Sandoval? ¿O vas a tener lo que hay que tener y vas a hacerme callar? ¿O solamente eres capaz de ser hombre con una mujer embarazada y desamparada que no puede defenderse? ¿Dónde están tu hombría y tu orgullo ahora, malnacido?

Después de todas esas palabras Alberto solo tenía dos opciones: retar a José para limpiar su honor, o salir con el rabo entre las piernas y dejar que todas esas acusaciones fueran de boca en boca. Pero si huía, si no limpiaba su honor acabaría perdiendo el respeto de todo el mundo, y todos se reirían de él y creerían todo lo que José acababa de decir.

Estaba paralizado, sabía que enfrentarse a José era una batalla perdida, pero si no lo hacía nunca más podría volver a levantar la cabeza con orgullo en público, puesto que confirmaría que era un maltratador, que su esposa lo engañaba y que su último hijo no era suyo, sino un bastardo al que tendría que mantener el resto de su vida.

—¡Lo sabía! Sabía que no tendrías lo que hay que tener, que eres un cobarde y un poco hombre, por eso tu mujer disfruta tanto entre

mis sábanas.

Sabía que estaba echando la reputación de Susan por los suelos, pero no le importaba, una vez fuera su mujer ya se encargaría de recomponerla. Ahora lo único que quería era poner a ese hombre contra la pared y obligarlo a retarle. Lo haría él mismo, el problema era que el que retaba no podía elegir cuándo y dónde, sino el que había sido retado. Y él no iba a dejar que ese hombre regresara a su casa para que matara a Susan de una paliza, porque sabía que Jorge tenía razón.

Gracias a Dios sus últimas palabras dieron resultado, porque Sandoval se volvió hacia él y con la cara desencajada por la ira sacó sus guantes del bolsillo y abofeteó a José.

—Solo hay una manera de arreglar esto entre tú y yo, Serra. Dime cuándo y dónde estás dispuesto a darme una satisfacción.

Pero la satisfacción se podía ver en el rostro de José, una sonrisa de victoria se dibujaba en su cara y Sandoval sabía que acababa de cometer el mayor error de su vida.

—Aquí y ahora, malnacido. No voy a dejar que vuelvas a tu casa para que descargues tu furia contra ella. Vayamos fuera.

—Pe-pero no tenemos armas ni padrinos.

Jorge sacó dos pistolas y le dijo al hombre que había estado defendiendo a Alberto unos minutos antes:

—No te negarás a ser su padrino, ¿verdad?

—Pe-pero yo…

—Si tanto crees que tu amigo es inocente de lo que el teniente Serra lo acusa, no puedes negarte a ser su padrino. —Mientras le hablaba le ofrecía una de las pistolas.

—Está bien, seré su padrino.

—¿Y bien, Sandoval? No tienes excusa ni escapatoria —sonrió José.

—Está bien, terminemos con esto de una buena vez.

Salieron los cuatro al jardín, todos los que se encontraban en el club en ese momento les siguieron contemplando todo lo que estaba ocurriendo entre los dos, tal y como Jorge había dicho que ocurriría.

Jorge y el padrino de Sandoval estaban comprobando las armas y cargándolas, y cuando lo hicieron se las dieron a ambos para que empezara el duelo.

Cuando Jorge le dio a José el arma le dijo muy serio, pero con una sonrisa para animarlo:

—Todo ha salido como esperábamos, no puedes fallarme ahora. Mata a ese malnacido y vayamos a por Susan.

—Dame cinco minutos —dijo José devolviéndole la sonrisa.

Se pusieron de espaldas uno contra el otro esperando que el padrino de Sandoval empezara a contar, y cuando lo hizo los dos empezaron a caminar. Al llegar a diez se giraron y se oyeron dos disparos, uno de ellos en la frente de Sandoval entre ceja y ceja, que murió en el acto cayendo de espaldas al suelo. Pero en ese mismo instante José caía al suelo también, cuando Jorge lo vio acudió corriendo a su lado y lo incorporó, impregnándose la ropa con la sangre de José.

—¡Maldita sea! Te dije que tuvieras cuidado.

—Solo es un rasguño. Ayúdame a levantarme, tenemos que ir a por Susan.

—De eso nada, primero vamos a ir al médico.

—¡¡No!! Estoy bien, puedo aguantar, y si no me acompañas iré yo solo.

—Está bien, pero déjame que te tapone la herida antes de que te desangres.

La bala le había atravesado el hombro y Jorge, como pudo y con unos trapos que le había traído uno de los camareros, le echó un chorro de whisky para desinfectar la herida y la taponó. Después le ayudó a levantarse y a montarse en el caballo.

Sabía que por más que le insistiera él no querría ir a ningún sitio, solo a buscar a Susan, y en el fondo lo entendía porque si él estuviera en su lugar se arrastraría hasta llegar al lado de Mónica, y solo después de tenerla a su lado sana y salva dejaría que lo atendieran.

Justo cuando estaban a punto de irse, los dos hombres que Alberto había dejado fuera del club entraban al oír que todos salían pregonando la muerte de Sandoval. Jorge les apuntó con la pistola obligándoles a parar y los desarmó.

—Señor, nosotros solo somos unos mandados —dijo uno de ellos —, y si el señor Sandoval ha muerto, todo esto ya no es asunto nuestro.

—Tienes razón, pero ya que estáis aquí vais a acompañarnos. Queremos entrar en la plantación de Sandoval sin que nos maten y vosotros vais a ser nuestros ángeles de la guarda. ¡Vamos, adelante! —les ordenó Jorge.

—Y ya podéis rezar para que Susan esté bien —les advirtió José —, porque si no mi furia va a ser tan grande que deseareis no haber nacido.

—Pero nosotros no le hemos hecho nada a la señora Sandoval, nunca la hemos tocado.

—Pero habéis consentido que ese malnacido lo hiciera.

—Si hubiéramos hecho algo en contra del señor Sandoval, nos habría matado a nosotros.

—Sois igual de cobardes que vuestro amo, lo único que puede salvaros es que consigáis hacernos entrar. Y recordad que nuestras armas apuntan a vuestras cabezas —decía Jorge mientras los obligaba a cabalgar delante de ellos.



# LXXVII

## Impetuosa

Cuando llegaron a casa de los Sandoval, los dos hombres empezaron a gritarles a los que estaban custodiando la puerta.

—¡Bajad las armas, somos nosotros!

—¡¿Y el señor Sandoval?! —gritó uno de los hombres que custodiaba la puerta.

—Ha muerto.

—¡¿Cómo?! ¡¿Quién le ha matado?!

—¡El teniente Serra, y quiere que le dejemos entrar!

—¡¿Te has vuelto loco?! ¡¿Cómo vamos a dejarle entrar después de lo que ha hecho! Si pone un pie en esta casa es hombre muerto.

—¿Estás seguro de lo que dices? ¿De verdad quieres una guerra con los Serra y el capitán Mendoza? ¿Qué sacarías con ello? Ha matado al señor Sandoval, ¿a quién estás defendiendo?

—A la señora Sandoval.

—¿Y por quién crees que está aquí el teniente Serra? ¿A quién crees que ella apoyará?

Se hicieron unos minutos de silencio e inmediatamente las puertas empezaron a abrirse. Los hombres apuntaban a Jorge y a

José mientras entraban, y el mismo hombre que había estado hablando con su compañero les advirtió:

—Solo voy a dejarles claro una cosa antes de que entren, si la señora nos pide que les matemos por matar a su marido, no dudaré en hacerlo.

—¿De verdad crees que Susan va a llorar la muerte del hombre que la ha estado maltratando? —le preguntó José con ironía.

—¿Eres fiel a tu señora? —quiso saber Jorge.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué dejaste que tu amo la maltratara?

Al decirle eso la vergüenza le hizo bajar la cabeza y apartarse del camino para dejarlos pasar. Cuando llegaron a la casa la misma esclava que recibió a José y a Mónica la primera vez les abrió la puerta. Al verle con la ropa llena de sangre lo miró extrañada.

—Señor, sabe que no puedo dejarle pasar.

—Acabo de matar al señor Sandoval, ¿ahora vas a dejarme pasar y llevarme hasta Susan o tengo que obligarte?

—¿Ha muerto? ¡Gracias a Dios! Sígame, por favor, está en su alcoba. Creí que acabaría matándola, no sé cómo ha podido soportar tantos golpes.

Cuando José la escuchó decir eso el corazón se le paralizó, la sangre empezó a golpearle en las sienes y la furia se apoderó de él. Subía los escalones a zancadas y rezaba para que Susan estuviera bien, que esa esclava solo fuera muy exagerada y que todo fuera una falsa alarma. O por lo menos, en el peor de los casos, que estuviera como la encontró la primera vez, llena de cardenales, pero entera. Eso podría soportarlo.

Cuando llegaron a la habitación Susan estaba tumbada en la cama de espaldas a él, se acercó para tocarla y cuando ella sintió su contacto todo su cuerpo empezó a temblar. Se encogió haciéndose una pelota para protegerse de los golpes que creía que le iban a caer encima una vez más.

Al ver su reacción José no pudo evitar levantarse y abalanzarse sobre la cómoda para destrozar todo lo que había en ella, gritando como un condenado. Necesitaba desahogar la furia que tenía dentro antes de acercarse a ella y comprobar su estado, pero la manera con la que ella había reaccionado al tocarla se lo decía todo.

Jorge no decía nada, estaba parado en la entrada de la habitación mirando a su amigo y compartiendo su dolor con la misma rabia e impotencia que él. Sabía que por más que le dijera nada habría que pudiera calmarlo, así que solo esperaba a que él le pidiera ayuda para acudir a su lado.

Cuando consiguió tranquilizarse un poco respiró profundamente y se acercó de nuevo a la cama, diciéndole con una voz muy suave sin atreverse a tocarla:

—Susan, mi amor. Estoy aquí, he venido a buscarte. —Ella no se movía—. Susan, por favor, escúchame. Tu marido está muerto, no va a volver a tocarte, acabo de matarlo. Vámonos a casa.

Al oír eso se volvió muy despacio y cuando por fin la vio el pulso se le paralizó. La esclava no había exagerado, tenía la cara deformada de tantos golpes que había recibido y casi no podía moverse. Se sujetaba las costillas y su rostro reflejaba un dolor insufrible. José le levantó el camisón para examinar su cuerpo y todo él volvía a estar lleno de moratones, sobre todo la parte de las costillas, como si la hubieran molido a patadas, y estaba completamente seguro de que tendría algunas fracturadas por el dolor que reflejaba su rostro al moverse. Intentó calmarse y le dijo con lágrimas en los ojos abrazándola muy despacio mientras ella lloraba:

—Jorge va a cogerte en brazos. Lo haría yo, pero no creo que pueda, estoy herido. —Ella intentó mirarlo a través de sus párpados hinchados—. No te asustes, no es nada. Pero tengo miedo de que me fallen las fuerzas y no poder sujetarte, podría hacerte más daño. Estás muy malherida y por eso es mejor que lo haga él.

Mientras él hablaba con ella Jorge ordenaba a la esclava que prepararan un coche y al niño.

—¿El niño está bien? —preguntó Jorge.

—Sí, señor. Lo llevé con las esclavas para que el amo no lo oyera ni lo viera hasta que su furia se calmara.

—Bien, tráelo. Vendrás con nosotros.

—Sí, señor.

Cuando volvió a la habitación José le pidió:

—Vas a tener que cogerla tú, a mí me es imposible. Ve con cuidado, creo que tiene algunas costillas rotas.

—Bueno, para eso están los amigos —bromeó intentando animar a su amigo, y acercándose a la cama le preguntó a Susan—: ¿Crees que podrás rodear mi cuello con tus brazos? —Ella levantó las manos e hizo lo que le pedía—. Si te hago daño, avísame.

Cuando la levantó y vio su rostro sabía que le estaban doliendo hasta las pestañas, pero sin embargo no se quejó, solo apoyó la cabeza en su hombro y cerró los ojos.

Deseaba salir de esa casa y por más que le doliera no protestaría. Su marido por fin estaba muerto y se sentía liberada. José había cumplido su promesa y lo único que quería era estar con él, que él

cuidara de ella porque solo teniéndole a su lado podría recuperarse. Así que no le importaba el dolor con tal de salir de esa casa.

A Jorge le invadió la misma furia que a su amigo al contemplar el estado de Susan, pero tuvo que calmarse porque de nada serviría que los dos perdieran los estribos, eso no le haría ningún bien a Susan. Lo que más necesitaba Susan en esos momentos era tranquilidad.

Sin necesidad de palabras, con la mirada le pidió a José paciencia ya que paseaba como un loco por toda la habitación pasándose las manos por el pelo y respirando con dificultad.

—José, necesito que te tranquilices y que me abras la puerta. Saquemos a Susan de aquí de una maldita vez.

José respiró profundamente un par de veces y mirando a Susan dijo con la voz rota por la impotencia:

—Está bien, salgamos de aquí, porque si no destrozaré la casa de arriba abajo para calmar mi ira.

—El niño —susurró Susan, pues su voz era un quejido.

—Está bien, está en el coche con tu esclava.

Cuando salieron Susan no pudo evitar echarse a llorar, pues dejaba en ella cuatro criaturas que no tenían la culpa de ser los hijos de un monstruo, pero ella sabía muy bien que jamás podría volver a poner un pie en esa casa.



# LXXVIII

## La Caprichosa

Todos estaban desesperados en casa de los Serra, estaba anocheciendo y no se sabía nada de ninguno.

Sergio había querido ir a buscar a su hermano en varias ocasiones, pero su padre se lo había impedido. José no había querido involucrarlos y su padre respetaba la voluntad de su hijo. Conociendo tanto a su hijo como a Jorge, sabía que una intrusión por cualquier persona ajena podría desbaratar los planes de ambos, como también sabía que los dos eran unos militares excepcionales y sabrían resolver ese problema sin ayuda de nadie.

Cuando el médico apareció los nervios empezaron a crecer y todos se abalanzaron sobre él avasallándolo a preguntas.

—Tranquilos, tranquilos, no sé más que vosotros. Vino un camarero del club y me dijo que el señor Mendoza le había pagado para que me buscara y me dijera que tenía que venir aquí sin falta. ¿Qué está pasando?

Mientras le explicaban lo que ocurría uno de los esclavos entró anunciando la llegada del carruaje. Todos salieron corriendo y cuando vieron a Jorge bajar con la chaqueta llena de sangre se quedaron paralizados. Mónica echó a correr hacia él con los ojos

llenos de lágrimas, Jorge la abrazó con fuerza.

—Tranquila, no es mía, estoy bien. Es de José, le dispararon, pero nada grave. Tengo que ayudar a Susan.

—¿Cómo está?

—Mal.

Cuando Mónica vio a Susan las lágrimas terminaron por salir de sus ojos.

Jorge entró en el porche con Susan en brazos y todos se echaron las manos a la cabeza al ver el rostro de Susan tan destrozado.

Sergio ayudó a su hermano a entrar a la casa y todos se abalanzaron sobre él preocupados al ver tanta sangre.

—¡Estoy bien, estoy bien! Por favor, ocupaos de Susan.

Leonor le dijo a Jorge:

—Acompáñame, Jorge, llevémosla a la alcoba. ¡Dios mío! ¿Cómo puede hacer alguien algo así? ¿Qué clase de monstruo es ese Sandoval?

Jorge la dejó en la cama con mucho cuidado, todos habían subido detrás de ellos.

—Deja que eche un vistazo a esa herida antes de que se infecte —le aconsejó el doctor a José.

—¡No! Puedo esperar, Jorge la desinfectó con whisky. Atienda primero a Susan.

—Pero, muchacho, una herida de bala es muy peligrosa.

—¡Estoy bien! Primero a ella, por favor.

—Está bien, entonces déjenme a solas con ella.

Estela cogió al bebé de los brazos de la esclava de Susan ordenándole:

—Quédate con tu señora por si el médico necesita algo.

—Bien, bajemos todos y dejemos tranquila a Susan para que pueda descansar —ordenó el padre de José esta vez.

José no dejaba de dar vueltas, estaba muy nervioso y muy preocupado por Susan.

—Hijo, por favor, ¿por qué no te sientas y te tranquilizas un poco?

—¡¿Cómo quieres que me tranquilice?! ¡¿Has visto cómo está Susan?! ¡¿De verdad crees que puedo tranquilizarme?! Quisiera que ese hombre siguiera vivo para poder matarle una vez más, y otra, y otra, hasta que esta furia tan grande que tengo dentro desapareciera.

—¿Has matado a Sandoval? —le preguntó su padre.

—Sí, un balazo entre ceja y ceja. Pero ahora me arrepiento, ha sido una muerte muy rápida y poco dolorosa para lo que se merece.

—Pues no sabes cuánto me alegro, el mundo estará mucho mejor sin ese malnacido —comentó su padre lleno de furia.

—¿No crees que puedan venir a arrestarlo por matar a ese hombre? —preguntó su madre asustada.

—Puedes estar tranquila, Leonor, todo ha salido tal y como esperábamos —intentó tranquilizarla Jorge.

—No seas modesto, Jorge —dijo José a su amigo con una sonrisa—. Todo ha salido tal y como tú lo planeaste, y voy a estarte eternamente agradecido.

—Hijo, deja que Jorge me explique por qué no corres peligro por matar a ese hombre —insistió su madre.

—Sí, cuéntanoslo, por favor —pidió Mónica que estaba abrazada a su cintura desde que habían bajado de la habitación de Susan.

Aún tenía metido en el cuerpo el miedo que había estado sintiendo toda la tarde de que algo le hubiera podido pasar mientras rescataban a Susan, y después de verlo lleno de sangre casi se muere de la impresión, por eso no podía dejar de abrazarlo.

—Tu hijo es inocente de la muerte de Sandoval puesto que fue Sandoval quien lo retó delante de todos los que estaban en el club esta tarde. Así que nadie puede acusarlo de asesinato, él solo se defendió.

—¿Cómo a ese viejo estúpido se le ocurrió retarte? ¿Estaba loco o qué? —preguntó Sergio a su hermano.

—No le di otra opción, seguí el consejo de Jorge y le dije tantas barbaridades que no tuvo más remedio que retarme. De lo contrario, hubiera perdido el respeto de todo el mundo y no hubiera podido volver a levantar la cara en público porque todos se reirían de él.

—Muy inteligente, Jorge —elogió el padre de José—. Conseguir que te reten a duelo y delante de todos es una manera de poder matar a alguien sin que te culpen por ello.

—Además de verdad, no os podéis imaginar la satisfacción que sentí cuando ese degenerado me retó. Si no hubiera sido así tendría que haberlo matado sin importarme las consecuencias, puesto que no hubiera podido permitir que ese hombre volviera a su casa para seguir maltratando a Susan. Gracias a Jorge todo ha salido bien. ¿Por qué tarda tanto el médico? ¿Susan estará bien?

—Seguro que está bien, hijo, y de ahora en adelante va a estar mucho mejor.

Justo en ese momento entró el médico y José se abalanzó sobre él acosándolo a preguntas.

—¿Cómo está, doctor? ¿Se pondrá bien? ¿Es muy grave?

¿Cuánto tardará en recuperarse?

—¡Hey, hey! Tranquilo. Además, no voy a decirte nada hasta que me dejes curarte ese hombro.

—Está bien. —José se quitó la camisa y se sentó en una silla—. Hágalo aquí porque de lo contrario tendrá que volver a explicarle todo a los demás, y creo que están igual de impacientes que yo.

Todos asintieron al unísono y el médico empezó a curarle el hombro mientras les informaba del estado de Susan.

—Le han dado una buena paliza, pero eso es evidente, solo había que mirarla para saberlo. Para eso no necesitabais un médico, ¿verdad? El rostro, aunque al mirarla parece que se lo hayan destrozado, gracias a Dios no tiene nada roto. Con los días la hinchazón bajará y los moratones desaparecerán, y poco a poco volverá a ser tan hermosa como antes. Sus costillas son las que me preocupan, tiene cuatro costillas fracturadas, debió patearla hasta que se cansó.

Todos estaban escandalizados al oír al médico, tanto Mónica como Estela abrazaban a sus maridos buscando consuelo y sin poder evitar las lágrimas por el dolor de su amiga. Leonor abrazaba a su nieto y daba gracias a Dios porque él estuviera sano y salvo, y por ser aún demasiado pequeño para así poder ignorar todo lo que estaba pasando a su alrededor. Mientras, su marido la abrazaba con fuerza.

Ana estaba sentada al lado de Leonor con su nieto en brazos sollozando en silencio, pues todo eso le traía recuerdos de su juventud, del tiempo que pasó junto a su marido y de todas las veces que ella acabó como Susan estaba ahora. Era la única que podía saber cómo se sentía Susan y la única que sabía que, desde ese momento y al lado de José, ella olvidaría todo lo que había pasado, como a ella le pasó gracias a Manuel, y disfrutaría cada momento de su nueva vida. Puesto que, igual que ella, tenía la suerte de estar con un hombre bueno y maravilloso, un hombre que la había salvado de ese infierno que le había tocado vivir gracias a unos padres egoístas, ambiciosos y miserables a los que les importaba bien poco el bienestar de su hija mientras que a ellos no les dejaran de crecer los ahorros.

—¡Dios, lo sabía! Tenía que haber matado a ese hijo de perra hace mucho tiempo.

—Bueno, José, tranquilízate, se pondrá bien. Le he puesto un buen vendaje para que las costillas vuelvan a su sitio. Solo necesita mucho reposo, tranquilidad, mucho cariño y en unos días estará como nueva, ya lo verás.

—No se preocupe, eso es exactamente lo que va a tener de ahora en adelante.

—Esto ya está —anunció después de curarle la herida y de vendarle el hombro sujetándole el brazo para que no lo moviera—, a ti tampoco te vendría mal un poco de reposo, y también puedes tomarte los polvos que le he dejado a Susan para aliviar el dolor. Ahora tengo que irme, mañana volveré para ver cómo sigue.

—Creo que voy a meterme en la cama con ella y haremos reposo juntos, así no será tan aburrido —bromeó José haciendo reír a todos y relajando el ambiente tan tenso que se había producido después del informe del médico sobre el estado de Susan.

Despidieron al doctor y los Mendoza se despidieron también, prometiendo que volverían al día siguiente para visitar a Susan, ya era muy tarde y Susan no estaba en condiciones para recibir visitas en ese momento.

***

Cuando José se metió en la cama e intentó abrazarla, Susan dio un brinco asustada.

—¡Ssshhh! Soy yo, cariño, no te asustes. —Cuando escuchó su voz intentó acercarse a él, pero no podía moverse—. No te muevas, no puedes moverte, órdenes del médico. ¿Me dejas abrazarte?

—Pues claro. —Su voz era un susurro.

—Está bien, voy a hacerlo muy despacio y si te hago daño quiero que me lo digas, ¿vale?

—Vale.

Cuando él la abrazó ella sintió un poco de dolor, pero no dijo nada, ni siquiera hizo una mueca. Necesitaba estar en sus brazos, sentir su cuerpo, su fuerza, su calor, y sabía que si él oía un solo lamento por muy pequeño que fuera, la soltaría y no volvería a abrazarla hasta que no se recuperara del todo.

Esos dos días que estuvo con su marido de nuevo creyó que moriría, creyó que la próxima vez que volviera a abrirse la puerta sería el fin e incluso lo deseaba, porque ya no podría volver a soportar otra paliza más. Pero justo cuando la puerta se abrió de nuevo, cuando estaba esperando que la furia de su marido volviera a caer sobre ella, escuchó la voz de José.

Cuando creyó que todo estaba perdido él había vuelto una vez más a buscarla, una vez más para sacarla de ese infierno, y esa vez era la última. Él se lo había dicho, estaba muerto, la había liberado de ese monstruo, tal y como le prometió. Pero, sin poder evitarlo y

queriendo estar segura de que su marido nunca más volviera a tocarla, le preguntó:

—¿Está muerto, muerto de verdad?

—Sí. Debí hacerlo hace mucho, lo siento. —Le dio un beso en la frente y ella acarició su cara.

—Tú no tienes la culpa, no quiero que te disculpes. El único culpable es él.

—No, debí haberte protegido mejor, no debí dejarte sola aquí.

—No hubieras podido hacer nada contra los soldados, como no pudo hacerlo tu padre, y fue mejor que no estuvieras porque seguro que te habrías hecho arrestar, y entonces sí que no hubieras podido venir a por mí, y yo no hubiera podido soportar un día más sus maltratos. Demos gracias a Dios de que por fin todo ha terminado y no volvamos a hablar más de este asunto. Quiero olvidar, quiero empezar una nueva vida a tu lado y quiero disfrutar de cada minuto contigo, lo demás no me importa. —Cuando acarició su pecho y notó el vendaje, bajó enseguida la mirada—. ¿Qué te ha pasado?

—Parece ser que tu marido no tenía tan mala puntería.

—¡Oh, Dios mío! Si te hubiera pasado algo, yo… —Los ojos empezaban a llenársele de lágrimas.

—¡Ssshhh! No me ha pasado nada, es superficial. En unos días estaré como nuevo, y sería capaz de volver a recibir un balazo con tal de tenerte a mi lado. Ahora descansa, lo necesitas.

—¿Y el niño dónde está?

—Está con mi madre, cuando tenga hambre te lo traerá y después volverá a llevárselo. —Al ver que iba a protestar le puso un dedo en los labios diciéndole—: ¡Ah, ah! Tú tienes que descansar y recuperarte. Te prometo que cuando te encuentres bien el niño volverá a nuestra alcoba, ahora lo más importante eres tú y que te recuperes pronto, y sobre todo que tus costillas vuelvan a su sitio cuanto antes. Con el niño podrías hacer un esfuerzo y podrías empeorar. Además, te puedo asegurar que está perfectamente con mi madre y que en estos días va a ser el niño más consentido del mundo.

Susan le sonrió como pudo, pues su boca no estaba para muchas muecas. Lo miraba con mucho amor, aun debajo de sus párpados hinchados. Adoraba a ese hombre que se preocupaba por ella, que la cuidaba, protegía, mimaba e incluso era capaz de matar por ella. Sabía que no podía ser más afortunada al tener un hombre como él a su lado y se sentía inmensamente feliz.

—Te amo. —Le besó en los labios aun sabiendo que eso le iba a causar dolor—. Te amo tanto.

—Yo también te amo, cariño, pero no necesitas besarme para demostrármelo. Sé que debe ser doloroso conforme estás hasta parpadear, por eso quiero que reserves tus fuerzas y te recuperes pronto. Porque, en cuanto lo hagas, voy a reclamarte todos los besos, las caricias, los abrazos y, sobre todo, tendremos que seguir con las lecciones, aún te faltan muchas posturas que aprender. —A Susan le dio la risa, pero inmediatamente se le cortó por el dolor que sentía al reírse tanto en la cara como en las costillas—. Lo siento, lo siento, perdóname, no volveré a hacerte reír.

—No importa, pero será mejor que descanse, estoy agotada.

—Entonces cierra los ojos y duérmete. —Le dio un beso en la frente, pues era lo único que no tenía amoratado.

—No vas a irte, ¿verdad?

—No, a mí también me han mandado reposo y voy a hacerlo contigo. Así que cuando te despiertes mi cara será lo primero que veas, espero que no te asustes. —Ella volvió a reírse a pesar del dolor—. ¡Maldita sea! Voy a tener que ponerme un bozal en la boca o dejar de ser tan gracioso.

—No, eso no lo hagas nunca. Lo que más me gustó de ti fue tu personalidad alegre y divertida, me haces reír y me gusta. No quiero que cambies nunca.

—Está bien, pero por hoy se acabó la charla. Quiero que te duermas ahora, es una orden.

—Sí, mi teniente. Buenas noches.

—Buenas noches, cariño. —Volvió a besarle la frente y se quedaron dormidos.



# LXXIX

## La Caprichosa

Tres días después, Susan estaba bastante recuperada y se sentía mucho mejor. Empezó a pensar en todo lo que había pasado y en todo lo que había dejado atrás, y tomó una decisión que de nuevo destruía su vida y la de José. Pero era algo que no podía eludir pues no podría ser feliz si lo hacía, y tampoco podía obligarle a él a cargar con tantas responsabilidades.

Cuando lo vio entrar con esa sonrisa tan radiante, una tristeza muy grande la embargó y sus ojos se llenaron de lágrimas. José la miró preocupado.

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal? ¿Te duele algo?

—No, estoy bien. No te preocupes.

—¿Cómo no voy a preocuparme si estás llorando? ¿Qué te pasa?

—He estado pensando.

—Pues entonces no pienses más, te lo prohíbo. —Ella sonrió entre lágrimas y él le secó la cara con los dedos—. ¿Qué es lo que te preocupa? Dímelo y lo solucionaré.

—Tengo que volver.

—¿Dónde tienes que volver? —le preguntó extrañado.

—Al morir mi marido, yo soy la dueña de todo lo suyo. —El semblante de José se endureció—. No me mires así, por favor.

—¡¿Estás diciéndome que ahora solo piensas en su fortuna, que quieres volver a esa casa para ser la dueña de todo lo suyo?!

—¡No, por Dios! ¡No es eso! No quisiera volver a poner los pies en esa casa, ¡odio esa casa! Pero tengo que volver, es mi responsabilidad.

—¿Qué es tu responsabilidad? ¿Las tierras, el dinero? ¿Qué? Porque no lo entiendo. No necesitas nada de ese bastardo si estás conmigo.

—¡Los niños! —le gritó desesperada—. Te amo y no creo que vuelva a amar a nadie como te amo a ti. Pero esto no puede ser, lo nuestro no puede ser. No puedo abandonarlos, soy lo único que tienen, y si yo no me hago cargo de ellos, irán a un orfanato. Yo no podría ser feliz, y tampoco podría hacerte feliz a ti sabiendo que ellos están en un sitio tan horrible como ese. Lo siento, José, pero ellos no son culpables de ser los hijos de un monstruo, son buenos niños y yo he aprendido a quererlos. Son mi responsabilidad y no voy a abandonarlos, y tampoco puedo pedirte que me ayudes en esto, sería injusto para ti. Por eso tengo que irme y cuanto antes lo haga, mejor.

José la miró muy serio y pensativo hasta que se dio la vuelta y salió por la puerta sin decir una sola palabra destrozando el corazón de Susan, que se tumbó y empezó a llorar sin consuelo al darse cuenta de que lo había perdido para siempre.

***

Susan no sabía cuánto tiempo había pasado ni cuantas lágrimas había derramado. Estaba mirando al techo y pensando cómo iba a ser su vida ahora siendo la madre de cinco niños, sola y sin nadie a su lado que la ayudara. De pronto escuchó mucho jaleo, muchas voces, muchas pisadas y todas parecían dirigirse a su habitación. La puerta se abrió de golpe y los cuatro entraron en la habitación como un torbellino.

—¡¡Cuidado con vuestra madre, aún está delicada!! —les gritó José antes de que llegaran a la cama.

Pero las tres más pequeñas no le hicieron ni caso y subieron de un salto a la cama, echándose en los brazos de Susan y comiéndosela a besos. Susan aguantaba el dolor sin decir una palabra pues por esa muestra de cariño que le ofrecían las niñas valía la pena. La más pequeña tenía cuatro años, las otras dos ocho

y nueve. El chico, que tenía diez, era el más serio y estaba de pie al lado de la cabecera mirando fijamente la cara de Susan que, aunque casi no estaba hinchada, aún seguía estando amoratada.

—¡¡Mamá!! —gritaron las tres.

—Te hemos echado mucho de menos —le dijo la mayor—. ¿Te duele? ¿Estás bien? —le preguntó acariciando su cara suavemente.

—No, ya no me duele, no tenéis que preocuparos. Y sí, ahora que estáis aquí estoy perfectamente, os he echado mucho de menos.

—Creíamos que ya no nos querías. —La mediana hacía pucheros pensando que su madre les había abandonado.

—Cómo no os voy a querer, si sois mis niños. Y siempre voy a estar con vosotros, pase lo que pase. —La emoción de volver a verlos la hizo llorar.

—¿Sabes que tenemos un nuevo papá? —dijo la pequeña muy entusiasmada. Susan miró a José y no pudo evitar llorar de nuevo —. Y es muy guapo y muy joven. —Al escuchar esas palabras comenzó a reír.

Tenía las emociones a flor de piel por eso lloraba y se reía al mismo tiempo. José se acercó a la cama riéndose también y agarrando a la más pequeña proclamó, lleno de alegría:

—Esta creo que va a ser mi perdición, es muy zalamera.

Susan lo miró y, alargando la mano, le hizo sentarse a su lado para darle un beso.

—Gracias, no sabes cómo te agradezco esto. Pero ¿estás seguro? ¿Sabes dónde te estás metiendo?

—Sí. Te amo, Susan, y si ellos son tus niños, desde este momento son míos también.

—Pero ¿y tus padres?

—Mis padres están encantados de tener la casa llena de niños. Además, hablé con mi madre antes de ir a buscarlos y ¿sabes qué fue lo que me dijo?

—¿Qué?

—Que a qué estaba esperando, que se moría de ganas de conocer a sus nietos y que iba a ir preparando las habitaciones.

—Adoro a tus padres. Solo espero que tantos niños de golpe no los vuelvan locos…

—No te preocupes. Tanto José como yo estamos encantados de tener bullicio, no hay nada más alegre que las risas y los gritos de los niños. Eso da vida a una casa y esta casa hace mucho tiempo que estaba demasiado silenciosa. Vamos, chicos, ¿quién quiere merendar? Hay galletas recién horneadas.

—¡Yooo! —gritaron las más pequeñas y salieron corriendo.

Pero antes de que se fuera, Susan llamó a su futura suegra, que se había mantenido en un discreto segundo plano:

—Gracias, Leonor. Nunca voy a poder pagaros a ti y a tu esposo lo que estáis haciendo.

—Solo voy a ponerte un precio, querida, y es la felicidad de mi hijo. Hazle feliz y con eso ya me sentiré más que recompensada.

—Puedes darlo por hecho, porque a eso voy a dedicarme el resto de mi vida.

—Me parece estupendo. Ahora voy a ver qué hacen esas dos, no vayan a comerse todas las galletas y se empachen. Vamos, chicos, bajad a merendar —les propuso a los más mayores.

—Bajarán enseguida, Leonor. Necesito hablar con ellos.

—Está bien, os espero abajo, voy preparando el chocolate.

—¿Podéis sentaros un momento? —Susan golpeó la cama para que se sentaran a su lado—. No te vayas, José, quiero que estés tú también. —Todos se sentaron en la cama alrededor de ella. Los niños estaban uno a cada lado de Susan y José detrás de la niña—. Os voy a hacer una pregunta y, por favor, quiero que seáis sinceros, ¿de acuerdo? —Los dos asintieron con la cabeza—. ¿Sabéis lo que ha pasado con vuestro padre?

—Sí, murió en un duelo —contestó Ángeles.

Susan miró a José y le tembló la voz al hablar:

—¿Sabéis contra quién fue el duelo?

—Sí, contra el teniente Serra —contestó Alberto.

—¡Dios mío! Yo… yo no quiero que culpéis a José. Si tenéis que odiar a alguien, que sea a mí, por favor. Yo soy la única culpable y si no queréis estar aquí, lo entenderé… —Sus ojos volvían a llenarse de lágrimas.

Alberto se abalanzó sobre ella y la abrazó con fuerza, era la primera vez que se acercaba a ella desde que había llegado.

—Mamá, por favor, no llores más. No odiamos al teniente Serra, sino todo lo contrario, le estamos muy agradecidos por haberte salvado. En todos estos días creíamos que habías muerto, que ese hombre te había matado —se refirió a su padre con mucho odio en la voz—. Nadie quería decirnos qué había pasado hasta que el teniente Serra vino y nos lo explicó todo. Debí matar a ese cerdo para que no volviera a pegarte. ¡Mira cómo tienes la cara! —gritó enfurecido acariciando su cara suavemente—. ¡Le odio por hacerte todo lo que te hizo!

—No digas eso, era tu padre.

—Nunca fue un padre para nosotros.

—No, nunca. Nunca nos demostró amor —afirmó Ángeles con

mucho resentimiento hacia su padre—. Sin embargo, contigo fue todo distinto. Cuando tú llegaste a la casa descubrimos el significado de esa palabra, tú nos la enseñaste, y cuando empezó a pegarte todos quisimos que desapareciera. Todos estaremos mejor sin él.

—Entonces, ¿no os importa que José y yo estemos juntos?

—Solo si te hace feliz —sonrió Ángeles.

—Sí, porque si no lo hace seré yo quien lo mate. No voy a dejar que otro hombre te haga daño nunca más, ¡lo juro!

—¡Guau! Me gustan estos chicos. Eso sí, recuérdame que nunca discutamos delante de ellos —dijo haciéndoles reír.

—Creo que de ahora en adelante voy a sentirme demasiado feliz para discutir con nadie.

—Bueno, chicos, ¿por qué no bajáis a merendar? La abuela os estará esperando y juro cuidar muy bien a vuestra madre.

—Sí, teniente…

—José, por favor. Sé que no querréis llamarme papá, pero me conformo con que me tuteéis y me llaméis José, con eso será suficiente por ahora. —Cuando los dejaron solos le preguntó—: ¿Cómo te sientes?

—¡Bien, feliz, increíblemente feliz! —Se le echó al cuello y empezó a llenarlo de besos.

—¿Eso quiere decir que ya no vas a dejarme?

—No, bobo —se rio—, mi vida ahora es perfecta gracias a ti. Estaba muriéndome de angustia solo al pensar que no podía estar contigo. Cuando te fuiste quise morirme. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Quería darte una sorpresa.

—Y me la has dado, desde luego. Nunca creí que querrías hacerte cargo de tantos niños.

—Cuando te conocí, supe que eras la madrastra de cuatro niños. Después cuando estábamos debajo de ese árbol, que lo único que deseaba era llevarte a la cama —Susan sonrió recordando esa mañana y la primera vez que fue suya—, me dejaste bien claro que adorabas a esos niños. Luego me enamoré de ti y asumí todo lo que eso conllevaba, como convertirme en padre de familia numerosa. ¿De verdad pensaste que te haría elegir entre ellos o yo?

—No, nunca pensé eso. Pero no quería que te sintieras obligado, por eso te dije todas esas cosas.

—Entonces quiero dejarte bien claro que no me siento en absoluto obligado, sino todo lo contrario. Cuando he visto sus caras de felicidad al saber que iban a vivir contigo, me he sentido feliz. Y Beatriz, esa pequeñaja, creo que va a acabar volviéndome loco, es

increíble.

—Sí, es increíble. Solo tienes que prestarles un poquito de atención para darte cuenta de lo maravillosos que son. ¿Qué les dijiste cuando fuiste a buscarlos?

—Les dije que estaba enamorado de su madre y que tú también estabas loca por mí, que no iba a permitir que nada me separara de ti y que tenían dos opciones. La primera, aceptarme y vivir todos juntos como una familia, y que intentaría ser un buen padre si me dejaban y me enseñaban. Y la segunda opción era el orfanato, pero que esa no les iba a gustar, así que tenían que elegir la primera. Así que en realidad solo les di una opción y debió gustarles porque cuando les dije «¡Vamos a ver a mamá!», todos gritaron «¡Biiieeen!». Eso me dio a entender que elegían la primera opción. —Susan se rio y le dio un beso muy apasionado.

—Vas a ser un padre de familia numerosa maravilloso, ¿lo sabías?

—Sí, lo sabía, solo tenía que hacértelo entender a ti.

—Pues lo conseguiste, y ahora ya no tienes escapatoria. Te amo y aún no sé qué he hecho para merecerme alguien como tú.

—Puede que sea yo el que no me merezca a alguien como tú.

—¿Cómo puedes decir eso si gracias a mí has matado a un hombre? —dijo muy triste.

—No quiero que vuelvas a pensar en eso. Por desgracia, he matado a muchos hombres en el campo de batalla, hombres que luchaban por sus ideales como yo y que no merecían morir. Tu marido no ha sido el primero y tampoco será el último, y por primera vez he matado a alguien que sí se lo merecía, porque nadie que haga algo como lo que hizo tu marido merece seguir viviendo. —Susan sonrió y volvió a besarle con mucha pasión—. Y ahora que ya está todo arreglado, ¿cuándo nos casamos?

Susan le miró con los ojos muy abiertos diciéndole muy sorprendida:

—¿Estás loco? Acabo de enviudar y si nos casáramos se armaría un buen revuelo.

—¿Te importa el qué dirán a estas alturas? Todo el mundo debe saber ya que estás aquí compartiendo mi cama. Y lo siento mucho, pero para que tu marido me retara dije muchas barbaridades de ti. Ya estamos en boca de todos, ¿qué importa un poco más? Hagámosles hablar hasta que se queden secos —dijo haciéndola reír.

—No me importa lo que la gente diga de mí si a ti no te importa, y no me importa lo que tuvieras que decir para molestar a Alberto.

Lo único que me importa es estar contigo, y para mí será un gran honor convertirme en la señora del teniente José Serra.

—¿Eso quiere decir que aceptas?

—Pues claro que acepto, no hay nada en el mundo que desee más que ser tu mujer. —Volvieron a besarse con mucha pasión y ella le preguntó dejándole muy sorprendido—: ¿Por qué eres así?

—¿A qué te refieres?

—Pocos hombres son como tú, cariñosos con una mujer. Normalmente os creéis con derecho a mandar y a que las mujeres obedezcan sin rechistar, y todo eso sin necesidad de demostrar amor.

—¿No te gusta que sea así? —preguntó confundido.

—¡No, por Dios! Adoro tu forma de ser, eso fue lo que hizo que me enamorara de ti. Es solo que a veces me pregunto si siempre serás así o acabarás cambiando como todos los maridos y como hizo Alberto. Porque él al principio era amable. Cuando lo conocí y mis padres me lo presentaron diciéndome que iba a ser mi marido, quise morirme solo de pensar en convertirme en la esposa de un viejo como él. Después, cuando me di cuenta de que nada podía impedir esa boda, me consolaba diciéndome que por lo menos era una persona amable y bondadosa. Pero la noche de bodas, cuando le dije que tenía miedo, que no quería compartir su cama y que me diera un poco de tiempo para conocernos mejor, me abofeteó. Me dijo que era su esposa y que podía hacer conmigo lo que quisiera, después me violó, aunque fuera su esposa, yo no quería estar con él y él me obligó. Eso fue lo que sentí en mi noche de bodas y el resto de ellas. Después de eso nunca más volvió a ser amable conmigo, solo cuando teníamos visitas lo era para que la gente no murmurara.

José podía sentir cómo temblaba al recordar todo lo que ese hombre le había hecho, y tras escucharla podía entender que tuviera miedo de que él cambiara después de casados. Entonces le habló con mucha calma para tranquilizarla.

—Desde que tengo uso de razón recuerdo a mi padre entrar por la puerta, ¿y sabes lo que hacía cada vez que entraba? —Susan negó con la cabeza—. Buscaba a mi madre, que casi siempre estaba jugando con nosotros, la estrechaba entre sus brazos, la besaba y le decía: «Hola, preciosa, te he echado de menos». ¿Sabes lo que le contestaba ella? —Susan volvió a negar con la cabeza—. «Yo también a ti». Después de casi cuarenta años casados siguen haciendo lo mismo.

—¡Vaya! Eso es muy bonito.

—No voy a cambiar cuando nos casemos, te lo juro. Estaré deseando volver a casa para estrecharte entre mis brazos y decirte lo mucho que te he echado de menos, y estaré esperando tu respuesta. —Susan sonrió y lo besó—. Si algo he aprendido de mi padre es a respetar y proteger a la mujer que amas, y me ha costado mucho encontrar a esa mujer. Como comprenderás, no voy a hacer nada que me haga perderla, no soy tan estúpido.

—Te amo —le susurró fundiendo su boca en un beso ardiente.

—¿Eso significa que vas a casarte conmigo?

—¡Sííí! Es lo que más deseo, y estaré esperándote todos los días de mi vida para responderte «yo también a ti».

Volvieron a besarse y se quedaron abrazados hablando de los planes para la boda.



# LXXX

## Nube Blanca

Las tres estaban en la habitación de Mónica, y se sentían muy dichosas.

—Espero que dentro de dos semanas no tengáis nada planeado —dijo Susan alegremente, mientras ayudaba a Estela a ponerle el velo a Mónica.

—¿Por qué? —preguntó Mónica.

—¡Porque me caso! —exclamó Susan emocionada.

Estela y Mónica la abrazaron al mismo tiempo gritando:

—¡Biiieeen!

—¡Cuidado! No me apretéis tanto, mis costillas aún están para pocos trotes.

—Me alegro muchísimo, parece que al final nuestras vidas se han arreglado. ¿Quién iba a decir hace un año en esta misma alcoba que acabaríamos así? Yo locamente enamorada de Jorge y deseando volver a convertirme en la señora de Mendoza, y tú viuda y planeando con entusiasmo tu segunda boda. ¿No es increíble?

—Sí, es increíble.

—Y tanto, nunca pensé que volveríamos a estar así de felices algún día.

Susan y Mónica se miraron y las dos le tiraron a Estela un almohadón a la cabeza riéndose.

—¡Tú! Tú siempre fuiste feliz desde el primer día —le reprochó Mónica con cariño.

—De las tres siempre fuiste la más afortunada, tu matrimonio siempre fue perfecto. Tu madre al final supo elegir un buen hombre para ti.

—Tenéis razón, pero aun así sufrí mucho por vosotras y eso no podéis negarlo.

—¡No, no podemos! —dijeron las dos a la vez, y las tres se echaron a reír de nuevo.

—José es increíble, aún no puedo creer la suerte que he tenido. Si lo vierais con los niños, es un padrazo, están locos con él, hasta le llaman papá. El único que no lo hace es Alberto, pero no creo que tarde mucho en hacerlo, se le ve orgulloso de José y siempre está preguntándole cosas del ejército. Siempre anda detrás de él para que le enseñe a disparar y a usar la espada, y a José todo eso le encanta, así que siempre están juntos. En cuatro días ha pasado más tiempo con él que su propio padre en todos los años que vivieron juntos. Creo que voy a tener otro soldado en la familia, y una gran competidora.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Mónica.

—Creo que Beatriz ésta enamorada de José. —Las tres volvieron a reírse—. Cuando lo ve se le echa al cuello y lo llena de besos, y a José se le cae la baba. Dice que esa pequeñaja lo va a volver loco. ¿Sabéis lo que dice ella?

—Conociendo a esa zalamera cualquier cosa, a Sergio también lo tiene loco. Creo que cuando sea mayor va a ser una rompecorazones —predijo Estela, sabiendo lo mucho que Sergio se había encariñado de la niña.

—Y bien, ¿qué es lo que dice de José? Me has dejado intrigada —preguntó Mónica.

—Dice que cuando sea mayor se casará con el —las tres se echaron a reír una vez más—, y que prefiere mil veces este papá al otro que tenía, después me pregunta: «Mamá, mi otro papá no va a volver, ¿verdad?». Cuando le pregunto por qué, me dice partiéndome el alma: «Porque el otro papá me daba miedo, yo solo quiero a José, no quiero que el otro vuelva».

—Algunos hombres no deberían tener hijos —protestó Estela indignada—. Esos niños son maravillosos y no puedo entender cómo el viejo Sandoval podía ignorarlos y tratarlos tan mal.

—Se casó mayor y tuvo los hijos ya mayor —aclaró Mónica—.

Puede que ese fuera el problema, aunque no tiene justificación, por supuesto. Además, debía ser un amargado.

—No. Ese hombre era incapaz de querer a nadie —dijo Susan—. Pero cambiemos de tema, no quiero volver a pensar en él nunca más. Tengo que daros una mala noticia.

—¡¿Qué?! —preguntaron las dos a la vez.

—José y yo hemos estado hablando y vamos a vender todas las propiedades de Sandoval. No creo que pueda volver a poner un pie en esa casa y los niños tampoco quieren volver. Hemos decidido mudarnos a la ciudad, así cuando José se incorpore al cuartel podremos verle todos los días. Si me quedara aquí solo lo vería los fines de semana y aun así sería muy cansado para él venir solo para dos días. No quiero estar separada de él, pero va a ser muy difícil estar tan lejos de vosotras.

—Te vamos a echar de menos —dijo Estela—, pero lo normal es que estés con tu marido.

—Pues sí, vamos a echarte muchísimo de menos —afirmó Mónica con mucha tristeza, fundiéndose las tres en un abrazo—. Pero te entiendo, si estuviera en tu lugar tampoco dejaría a Jorge e iría detrás de él, aunque fuera al fin del mundo.

—Bueno, dejémonos de sentimentalismos y terminemos de arreglarte, Jorge debe estar desesperado. —Las tres volvieron a reír —. Además, no os librareis de mí tan fácilmente porque pienso venir a veros de vez en cuando.

—Eso me parece bien, y como Jorge tiene una casa en la ciudad nosotros también iremos a veros.

Cuando llamaron a la puerta, las tres pegaron un grito y volvieron a reír.

—Creo que Jorge debe estar poniéndose nervioso —bromeó Estela.

—¡¡Adelante!! —gritó Mónica.

Cuando José entró miró a Mónica y sonrió.

—¡Guau! Estás preciosa. Cuando Jorge te vea se va a desmayar, y no deberías hacerle esperar más, está como loco por verte. ¿Sabes lo que me ha dicho?

—¿Qué?

—Me ha dicho que si el padrino no bajaba *ya* a la novia, él mismo subiría a por ella. Y ya sabes lo impulsivo que es, por eso he subido para no hacerle esperar más.

José le dio un beso a Susan y le ofreció el brazo a Mónica, que se colgó de él con una sonrisa.

—¡Bien, pues vamos allá! No le hagamos esperar más.

***

Mónica estaba radiante, su vestido de novia era espectacular, de seda color marfil con el escote muy pronunciado y cayéndole por los hombros. Todo el escote estaba ribeteado con pequeñas florecitas bordadas en tono rosa palo. Se le ceñía hasta la cintura y de ahí salía una falda muy pomposa con una larga cola. La tiara que sujetaba el velo llevaba las mismas florecitas que el escote. Lo había comprado en la boutique más lujosa de la ciudad y las joyas se las había regalado Jorge.

Esta vez no quería llevar nada que no fuera nuevo, quería que todo saliera bien y no quería repetir nada de lo que había llevado la primera vez que se había casado con él. Porque esa vez no quería casarse, por eso no le importó llevar el vestido y las joyas de su madre, y aunque la gente le dijera que le podía dar mala suerte porque su matrimonio fue un fracaso y terminó en desgracia, no hizo caso a los comentarios. Y por eso tampoco le importó volver a usarlo en la boda frustrada con Arturo. Tula le hizo unos arreglos para que le entrara la barriga y para que no pareciera el mismo, ya que a ella le seguía importando bien poco que ese matrimonio fracasara o no.

Pero esta vez todo tenía que ser distinto, esta vez era tal y como ella siempre había soñado y caminaba por ese pasillo entre las sillas de los invitados en el jardín del brazo de José, feliz y enamorada hacia el hombre que amaba.

Jorge la esperaba con impaciencia, con una mirada de satisfacción viéndola caminar hacia él sonriendo y tan hermosa que parecía un sueño. Ella tampoco podía dejar de mirarlo, estaba muy guapo. Esta vez él tampoco iba de militar, llevaba un pantalón negro y camisa blanca con un pañuelo negro en forma de lazada al cuello. La levita negra le hacía mucho más alto y elegante, como un caballero, aunque viniera de los bajos fondos, como él le dijo al principio de estar casados.

Cuando Jorge cogió su mano la sintió tranquila y serena, no como la primera vez, que la sintió fría y temblorosa por el miedo que le tenía.

Esta vez Mónica escuchaba al cura atentamente para estar segura de que no volviera a haber ningún error.

—Jorge, ¿quieres a Mónica como tu legítima esposa para amarla y respetarla todos los días de tu vida? ¿En la salud y en la enfermedad? ¿En la alegría y en la tristeza? ¿En la riqueza y en la

pobreza? ¿Hasta que la muerte os separe?

—Sí, quiero. —Mientras le ponía el anillo la miraba con esos ojos grises y azulados que destilaban amor y la volvían loca mientras le decía—: Con este anillo, yo te desposo. —Le sonrió.

Entonces ella cogió su mano mientras el cura le preguntaba lo mismo.

—Mónica, ¿quieres a Jorge como tu legítimo esposo para amarlo y respetarlo todos los días de tu vida? ¿En la salud y en la enfermedad? ¿En la alegría y en la tristeza? ¿En riqueza y en la pobreza? ¿Hasta que la muerte os separe?

—Sí, quiero. —Volvió a mirarle a los ojos sonriéndole mientras le ponía el anillo diciéndole—: Con este anillo, yo te desposo.

—Si hay alguien que tenga algo que decir, que hable ahora o calle para siempre. —Jorge y Mónica se miraron al mismo tiempo y empezaron a reírse al recordar el momento en que el cura dijo eso en la boda con Arturo, y él apareció impidiendo que Mónica cometiera el mayor error de su vida—. Por el poder que me otorga la Santa Iglesia, yo os declaro marido y mujer. Y espero que esta vez sea para siempre —bromeó el cura—. Puedes besar a la novia.

Jorge cogió a Mónica por la cintura y la besó levantándola del suelo.

—Por fin eres la señora de Mendoza. Y esta vez de verdad, ya no tienes escapatoria.

—Tú tampoco —le advirtió ofreciéndole su mejor sonrisa, haciéndole reír.

Jorge volvió a besarla hasta que los invitados los separaron para darles la enhorabuena.

Después aprovecharon el momento para bautizar al niño, José y Susan eran los padrinos y todo había sido muy bonito e íntimo. Porque esta vez solo habían acudido los pocos amigos y conocidos que tanto Jorge como Mónica querían tener ese día a su lado.

Habían bailado, comido, reído y todo había sido perfecto.

Y justamente un año después de esa boda que tanto daño les hizo a los dos los primeros meses, pero que después tanto les unió hasta el punto de no poder estar el uno sin el otro. Por eso habían decidido volver a casarse ese mismo día y demostrarse a sí mismos que después de todo, ese día debía ser un día de celebración y alegría.

Estaban bailando un vals y Jorge le susurró al oído:

—Feliz aniversario, mi vida. —Mónica le sonrió y lo besó.

—Feliz aniversario. Te amo.

***

De madrugada, Mónica se despertó y no pudo evitar mirarlo, Jorge estaba durmiendo bocabajo y comenzó a acariciarle y besarle cada una de sus cicatrices. Él se despertó inmediatamente cuando sintió sus besos en la espalda.

—No hagas eso, por favor. —Cuando intentó volverse ella no le dejó.

—¿Por qué no? ¡Relájate!

Mónica seguía tocándole la espalda con suavidad, acariciando cada cicatriz con sus pequeños dedos y mirándole con el codo apoyado en la almohada sujetando su cabeza en la mano.

—Porque son desagradables y no quiero que las toques, y mucho menos que las beses.

—No seas tonto, no hay nada en ti que pueda resultarme desagradable. Además, adoro estas cicatrices, y esta también. —Tocó la cicatriz de su cara y la besó también.

—No seas mentirosa, no pueden gustarte, son horribles.

—No para mí, y por varias razones. La primera es que para mí no existen. Cuando te miro no las veo, nunca me han importado y lo sabes.

Mónica seguía provocándole y acariciándole con la punta de sus dedos todas y cada una de las cicatrices consiguiendo que a Jorge se le pusiera la piel de gallina.

—Lo sé, eso fue lo que hizo que me enamorara de ti. —Le puso un dedo en los labios haciéndole callar.

—Aún no he terminado, no sea maleducado, señor Mendoza. —Le sonrió haciéndole reír a él.

—Está bien, prosiga. Quiero saber todas y cada una de esas razones, señora de Mendoza.

Ni podía ni quería moverse, la sensación de sentir sus dedos por la espalda acariciándole de esa manera era demasiado agradable para hacer que parara. Algo que nunca creyó que pudiera sentir algún día, pero ella siempre conseguía que él olvidara sus complejos y no podía dejar de sentirse bien mientras le acariciaba.

—La segunda es que, si no hubieran existido, con el tiempo te habrías olvidado de mi padre y de tu venganza. Ellas siempre han mantenido vivo en ti ese sentimiento.

—Vuelves a tener razón. ¡Uy! Discúlpeme, aún no ha terminado, ¿verdad?

Con esa broma le hizo sonreír y siguió diciéndole:

—Y la tercera, y la más importante, es que gracias a ellas me

compraste y me convertí en la esclava de tu venganza.

—¡Dios! No digas eso, por favor, suena horrible. Aún no puedo entender cómo terminaste enamorándote de mí. Fui un monstruo contigo y tú no tenías la culpa de nada. Doy gracias a Dios todos los días por haberte puesto en mi camino.

—Pues deberías agradecérselo a tus cicatrices, porque gracias a ellas me enamoré de ti.

—No puedo creer que estés hablando en serio.

—Pues es cierto. La primera vez que vi tu espalda sentí mucha pena, y ya sé que eso no te gusta, que no te gusta que la gente sienta lástima de ti. Pero ellas me hicieron entender por qué habías hecho todas esas cosas, y cada vez que te portabas como un bestia y un animal pensaba en tus cicatrices, y me decía a mí misma que ellas te habían vuelto así. Pensaba que yo merecía tu ira como un castigo por lo que mi padre te hizo.

—Tú no te merecías eso, y yo debí castigar solo a tu padre.

—Espera, déjame terminar. Eso solo fue al principio, cuando no te conocía y me dabas terror. Después ayudaste a los negros, trabajaste como el que más para sacar la plantación a flote, y por más que discutiéramos y quisieras castigarme, nunca me hacías daño físicamente. Después, el día que vinieron a comer Estela, Sergio, José y Susan, cuando me besaste de esa manera y por la noche en la puerta de mi alcoba me suplicaste que te dejara estar conmigo, ese día sentí algo aquí. —Se puso la mano en el corazón —. No sabía lo que era, quería estar contigo, pero tenía mucho miedo al mismo tiempo, y ese miedo al pensar en la intimidad de la alcoba contigo era lo que me alejaba de ti. Después empezaste a ignorarme y me sentía fatal, no me gustaban ni tu rechazo ni tu indiferencia, y entonces hablé con tu madre, necesitaba saberlo todo para poder entenderte, y según Ana me iba contando, todos mis sentimientos hacia ti iban cambiando. Cuando tu madre me explicó cómo llegaste con la espalda destrozada, cómo se te infectaron las heridas, cómo sufrías con cada cura y cuando me dijo cómo tu novia te dejó, sentí odio por esa muchacha, pensé que nadie se merecía nada como eso, y mucho menos tú. En ese momento me hubiese gustado acariciarte las cicatrices y que desaparecieran con mis caricias, como tú hiciste que las mías desaparecieran con ese ungüento. Ahí empezaste a ignorarme y ahí empecé a echar de menos nuestros tropezones.

—Tuve que hacerlo, tenía que alejarme de ti porque te deseaba tanto que, si no me alejaba y te ignoraba, hubiera sido capaz de cometer una locura que después no hubieras podido perdonarme.

Por eso no volví a curarte, por eso evitaba mirarte y hablar contigo, para no volverme loco y acabar subiéndote a la fuerza a la alcoba para hacerte el amor quisieras o no quisieras. Cuando te hice el amor por primera vez pude sentirlo, pude sentir lo que acabas de decir, tus caricias eran suaves y delicadas como si quisieras borrar cada una de ellas, recorriste todas mis cicatrices con las puntas de tus dedos, incluso la de la cara, con tanta ternura que me volviste loco. Nunca unas caricias habían significado tanto para mí, y desde ese momento supe que te amaría el resto de mis días.

—Y eso era lo que quería, quería que desaparecieran, que nunca más volvieras a sentirte mal por ellas, ¿y sabes lo más gracioso?

—No, ¿qué?

—Que esa misma noche mientras me hacías el amor descubrí que quería estar en tus brazos, que querría seguir siendo tuya todas las noches, y que lo mejor que me había pasado en la vida era que me hubieras comprado.

—Pues lo disimulabas muy bien, siempre te me escapabas como el agua entre las manos. —Mónica sonrió.

—Era mi maldito orgullo que no me dejaba reconocer que me moría por ti y que quería seguir así, esclava de tus besos, de tus caricias.

Jorge se incorporó un poco apoyando los codos en la almohada y empezó a besarla con pasión diciéndole en el oído con una voz que la hizo estremecer de deseo:

—El día que te compré no compré una esclava, sino todo lo contrario, fuiste tú la que se convirtió en mi dueña. Desde ese mismo día los dos quedamos esclavizados para siempre a este amor.

—Tienes razón, y por eso te odié y te odiaré toda mi vida, señor Mendoza.

Mónica volvió a tumbarlo para seguir acariciando sus cicatrices, besándolas una a una haciéndole estremecer de deseo, y mientras su deseo crecía por segundos, ella le demostraba con cada caricia y cada beso lo poco que le importaba que su cuerpo estuviera marcado.

Jorge no pudo seguir aguantándose más las ganas y la tumbó a su lado.

—No más de lo que yo te odio a ti, señora de Mendoza.

—¿Vas a odiarme toda la vida?

—¿Es lo que deseas?

—Sí, eso y que me hagas el amor.

—Tus deseos son órdenes para mí, señora *de* Mendoza.

Volvió a besarla dejándola sin aliento y le hizo el amor

derritiéndola con el fuego de su deseo, poco a poco, como una vela.

# FIN

# Agradecimientos

Cuando llega este momento, el de los agradecimientos, quisiera nombrar a todo el mundo, pero eso es algo imposible y bastante difícil porque si lo hiciera seguro que me dejaría a alguien por el camino. Así que la mejor manera de no hacerlo es esta, agradeciendo a todas esas personas que me apoyan, me leen y están ahí siempre que las necesito: mi familia, mis amigos y, sobre todo, tú, lector. Sin ti este sueño de escribir sería una pérdida de tiempo, pues ¿qué es un escritor sin sus lectores? Un libro en blanco. Por esa misma razón te doy las gracias por confiar una vez más en mi trabajo y dejarte llevar con cada renglón de esta novela que deseo de corazón hayas disfrutado como yo lo hice con cada palabra que escribía. Aunque si has llegado hasta aquí supongo que he logrado mi objetivo y he conseguido mantenerte entretenido, así que te espero en mi próxima novela, siempre que quieras seguir acompañándome en esta aventura.

Ahora quisiera agradecer a las personas que han colaborado conmigo para que esta novela llegara a tus manos tal y como la has visto: preciosa y perfecta. Preciosa porque Marien Fernández Sabariego, mi portadista y maquetadora, es una artista y consigue que mis novelas sean bonitas por dentro y por fuera con esa portada tan espectacular y esa maquetación tan bonita. Perfecta porque Carol RZ y sus correcciones son únicas. No hay mayor satisfacción que estar rodeada de un gran equipo, y ellas son el mejor para mí, trabajar con ellas siempre es un placer porque son encantadoras.

Pero esta vez tengo una dedicatoria especial, pues esta portada tan divina que ha hecho Marien no hubiera sido posible sin la gente que me ayudó a hacer las fotos, por eso quiero nombrar a todas

ellas. En primer lugar a mis súper modelos, mi hija Sandra y Marcos, que es como un hijo para mí. A Lola, mi amiga y fotógrafa personal por ese reportaje tan bonito, a Rosi, mi amiga y mi peluquera, por su ayuda y paciencia cada vez que le hago volver su local del revés para alguna de mis locuras, y a Amparo por su aportación del látigo, ya que para mí era algo fundamental en esta portada, y eso me incitó a hacer las fotos y volver a todos locos con mi locura. Pero el resultado ha merecido la pena y entre todos lo hemos conseguido. Y, por último, pero no por ello menos importante, quisiera agradecerle a mi chico todo su apoyo porque sin él este sueño de escribir sería imposible.

# Prisionera de tu venganza. Los Mendoza II

Próximamente en Amazon



Natalia Román
Prisionera de tu venganza
Los Mendoza II
NR